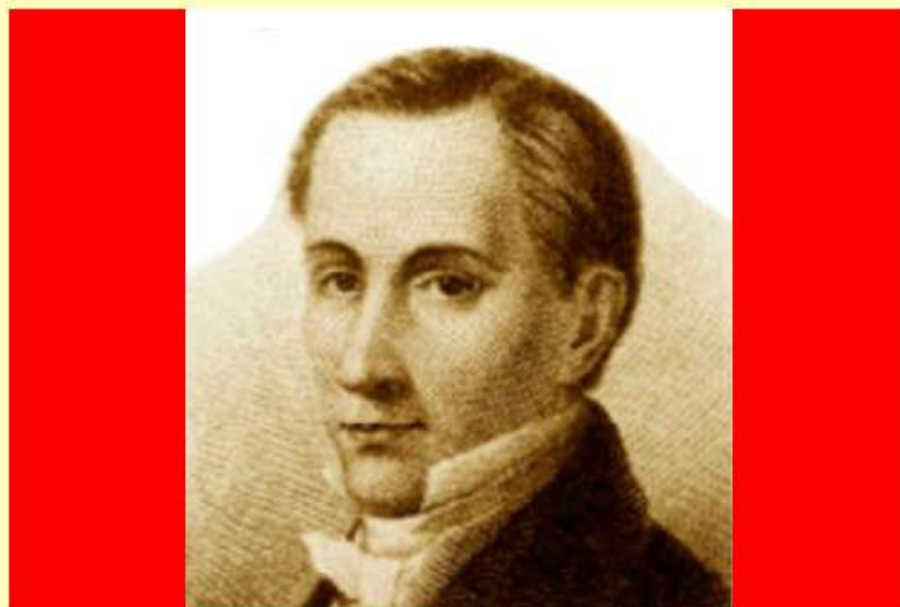


**FRANCISCO A. ENCINA**



# Portales

**SEGUNDA EDICIÓN**

**NASCIMIENTO**

## Reseña

Diego José Pedro Víctor Portales y Palazuelos (Santiago, 16 de junio de 1793—Quebrada de la Cabritería, Valparaíso, 6 de junio de 1837) fue un comerciante, militar y político chileno, una de las figuras fundamentales de la consolidación del Estado de Chile.

Lideró políticamente las fuerzas conservadoras en la Guerra Civil de 1829-1830 y, tras rehusar la presidencia del país, fue ministro del Estado durante la presidencias provisionales de José Tomás Ovalle y Fernando Errázuriz colaboró, frecuentemente con el gobierno de José Joaquín Prieto, e impulsó la creación de las Academias Militar y Naval, devolvió los bienes a las órdenes religiosas, e influyó decisivamente en la redacción de la Constitución de 1833. Fue nominalmente vicepresidente de la República hasta que el cargo fue abolido en mayo de 1833.

Ocupó la Gobernación de Valparaíso y en 1835 volvió al Gobierno como ministro de Guerra y después nuevamente de Interior. Aseguró la reelección de Prieto, de quien actuó como auténtico "primer ministro", aplicando una política destinada a afianzar el orden y el principio de la autoridad, rotos durante los procesos de Independencia y de Organización de la República. Algunos historiadores califican su actuación de dictatorial; y otros, lo tienen como el fundador y arquitecto del estado chileno. Para establecer el orden, tomó duras medidas, que incluían todo tipo de violaciones a los derechos humanos, destierros y algunos fusilamientos de opositores al gobierno. Vio en la creación de la Confederación Perú-

Boliviana una amenaza para Chile, por lo que impulsó la guerra contra ella, lo que produjo un alzamiento militar en Quillota que finalmente terminó con su vida.

## Índice

### Prólogo

- I. La anarquía hispanoamericana
- II. La anarquía chilena
- III. La revolución de 1829
- IV. Portales (Bosquejo psicológico de su personalidad)
- V. Portales (Ensayo de inteligencia racional de su genio político)
- VI. Primer ministerio de Portales
- VII. Portales en Valparaíso y en El Rayado
- VIII. Segundo ministerio de Portales
- IX. La guerra contra la Confederación Perú-Boliviana
- X. Conspiraciones y tentativas revolucionarias
- XI. El motín de Quillota. El cantón militar de Quillota
- XII. Asesinato de Portales. Partida del Maipú de Quillota
- XIII. Bases sociológicas de la creación política de Portales
- XIV. La creación política de Portales
- XV. Factores psicológicos que hicieron posible la realización del régimen político de Portales
- XVI. Trascendencia histórica de la tradición portaliana
- XVII. Mirada retrospectiva
- XVIII. Panorama de los procesos que informan el apogeo, el ocaso y la muerte de la tradición portaliana.

Introducción a la historia de la época de Diego Portales  
Obra premiada por la Real Academia de Italia

*“La envidia se ensaña de preferencia en los que, volando con sus propias alas, huyen de la jaula común.”*

PETRARCA

*“La verdad supera todas las ficciones del artista, cuando alguien tiene el valor de decirla.”*

GOETHE

*A las obscuras memorias de DIEGO DE ENCINAS, hidalgo de Fuente de Encina, cerca de Tordesillas en Castilla la Vieja {Fuente de Encina 1509 - Ciudad de los Reyes 1560) y de su nieto, en décimo grado*

FRANCISCO ENCINA Y BARKER

*(Santiago 1902-1927)*

## Prólogo

*Comte y la sociología despertaron muy temprano mi curiosidad por la historia concebida como algo más que la narración puramente externa de los acontecimientos. El resultado de esta curiosidad fue una decepción. Lo que los historiadores nos brindan como histórico, no es el pasado como fue, sino una caricatura, una visión deformada a través de los lentes de refracción de las ideas y de los sentimientos del instante en que escriben y de su propia complejidad mental. Y como si esto no bastara para falsear la corriente de existencia que animó el pasado, la mayor parte de los que han ido más allá de las apariencias, han intentado encerrar en fórmulas forjadas por el intelecto o someter a leyes esa corriente.*

*La necesidad de investigar, desde el punto de vista del problema del conocimiento, la manera cómo los diversos pueblos concibieron el espacio, el tiempo y el infinito, me obligó, hace unos treinta y cinco años, a vencer la antipatía por la historia, que había germinado a raíz de mi primera curiosidad. Los resultados que creí obtener en la investigación, mostrándome la posibilidad de restablecer el sentido muy diferente y aun la ausencia de los conceptos que me interesaban, en pueblos ya muy distantes de nosotros, me sugirieron la idea de reconstituir algunos períodos de la historia, desenterrándolos de las capas de escombros filosóficos, científicos y sentimentales que los cubren.*

*La tarea de aprehender objetivamente la historia me pareció posible, dentro de ciertos límites. No se me oculta que la objetividad será*

*siempre más de forma que de fondo. En la de formación que el pasado experimenta a través de nuestros cerebros ya muy diferentes de los que lo engendraron, hay algo de fatal. Aunque tengamos conciencia viva del hecho y pongamos sincero empeño en reconstituir lo histórico como fue, nunca la lograremos completamente. Para ello, tendríamos que volver al tipo mental del hombre del siglo XVIII, del cruzado, del griego, del azteca, del egipcio, etc. Aunque nos libertemos de la esclavitud filosófica y retórica, y aunque acallemos las pasiones hasta convertirnos en espectadores que contemplan, desde otro planeta, la corriente de existencia que teje nuestra historia, la visión está fatalmente determinada por nuestra mente, que, aun prescindiendo de lo individual, no será mañana lo que hoy, como hoy no es lo que ayer.*

*Sin embargo, se puede ir dentro de esta relatividad, bastante más allá de lo que los historiadores han ido siempre que se procure contemplar la historia como corriente de existencia enunciando a encerrarla en fórmulas y en leyes que carecen de toda realidad. El panorama cambiaría con la transformación continua de nuestro cerebro; pero el cambio se haría más lento y se encerraría dentro de un ritmo que sería reflejo del propio ritmo mental. No llegaríamos a la verdad absoluta, que es una ilusión; mas alcanzaríamos la máxima verdad posible. Además, desaparecería de la historia la pesada majadería de juzgar el pasado desde el punto de vista pequeño y transitorio del presente.*

\* \* \* \*

*Una curiosidad muy explicable me movió a dedicar algún tiempo a la revisión de nuestra historia, aún incipiente y sin mayor interés para el pensamiento occidental, pero al fin, nuestra. La benevolencia de Barros Arana, me ayudó con indicaciones en la selección del material, permitiéndome recorrer la documentación más sugestiva desde mi punto de vista. Procuré, primero, formarme una idea general de nuestra evolución. Nuestra alma colonial, su disolución durante la crisis de la independencia y su vigoroso renacimiento entre 1830 y 1891, fueron surgiendo de la documentación. Al llegar a este periodo, percibí con mucha viveza un fenómeno curioso: la evolución política en lugar de seguir la dirección normal señalada por el genio de la raza, se aparta violentamente en la primera de esas fechas, como empujada en otra dirección por una fuerza extraña. Si representamos por la recta la dirección normal, la desviación habría que representarla por una curva que se aparta con fuerza en 1830 para volver, mediante una serie de zigzag, a tocar la recta en 1891. Se percibe una lucha entre el genio racial que pugna, desde el primer momento, por recobrar la dirección normal, y una fuerza extraña colocada fuera de él, que actúa, con intermitencias en su intensidad, en un sentido contrario; pero cediendo siempre terreno hasta desaparecer en la última fecha.*

*Había convivido demasiado con la psicología étnica y con la sociología para que el fenómeno pudiera sorprenderme. Las huellas de la influencia de un genio cuyo sino histórico en el terreno político era diverso del sino racial, estaban manifiestas. La novedad*



*estribaba en el poder del foco de sugestión y en la plasticidad del pueblo chileno para desviarse de su dirección normal.*

*Ambos fenómenos me interesaron, y entre los años 1902 y 1906 revisé minuciosamente la documentación que podía permitirme penetrar la personalidad de Portales, y consigné en notas más o menos aisladas entre sí, las sugerencias del estudio. Paso a paso, empezó a surgir un gran intuitivo, dotado de extrañas fuerzas de intuición creadora y de poderosa voluntad magnética, que crea un alma nacional, y simboliza un trozo interesantísimo de historia, en que una corriente joven de existencia toma forma orgánica.*

*A pesar del interés del personaje y de los fenómenos que simboliza, no pensé hacerlos objeto de un libro. Mi curiosidad mental nunca tuvo otro norte que saciarse a sí misma. Además, el contenido de las notas estaba colocado en una esfera muy distante del plano en que se movían nuestros humanistas e historia dores para que pudiera interesarles. En su incesante transformación, el pensamiento occidental pasará por una fase en que conciba la historia como la contemplación de una corriente de existencia que no es susceptible de ser vaciada en moldes fabricados por el intelecto, y en que la sociología moderará sus pretensiones. Pero ella pertenece a un futuro aún lejano; y es dudoso que la mente hispanoamericana alcance a vivirla antes de llegar la hora final de la civilización de occidente.*

*Habría sido una ingenuidad esperar comprensión y una majadería pedirla a escritores que se preguntaban; ¿Fue Portales un tirano? ¿Cuál constitución fue mejor, la del 28 o la del 33?; o que creían ver*

*en los pipiolos, representantes de la democracia, y en los pelucones, partidarios de la reacción colonial.*

\* \* \* \*

*La necesidad de testar llega, especialmente, para los que pensaron para sí mismos. El fuego fue devolviendo al seno del cual salieron, las notas que marcaban la ruta de mi porfiada lucha con el problema del conocimiento, desde las primeras dudas surgidas en la adolescencia, hasta la palabra fin, escrita por la comprobación de que nuestro cerebro está sujeto al desarrollo cósmico y que los problemas últimos no tienen otra realidad que la oposición artificial entre el cosmos y la forma transitoria de nuestra mente. Con estas notas caminaron las que reflejaban las distracciones con que- entretuve el hábito de pensar; la transmisión hereditaria de las cualidades adquiridas; la identidad esencial de la idea y del sentimiento; las transformaciones de la energía vital; las sugerencias del alma colectiva; las ideas de espacio, de tiempo y de infinito a través de las razas; el aspecto sociológico de la educación, etc. Con ellas debieron irse, también, las notas sobre Portales. Una debilidad paternal las desvió en su destino. Quiso mi hijo conservar a toda costa los apuntes, y especialmente los que hoy forman los capítulos II, IV, V, XI, XII, XIII, XIV y XV, que estaban redactados, aproximadamente, en la forma actual. Se proponía dividir el material en un esbozo de la personalidad de Portales y en una introducción a la historia de la república. El destino dispuso que volvieran a mí, y una nueva debilidad paternal me ha movido a reunirlos en un libro.*

*Quise separar los dos estudios. Pero era menester redistribuir todo el material y variar la forma, y esta tarea, realizada a veintisiete años de distancia de la redacción primitiva, no sólo me pareció peligrosa, sino que, también, encaminada a restar a la expresión de las ideas la fuerza que soto tiene en los momentos en que sentimos y pensamos vivamente. Este convencimiento me movió a seguir el camino opuesto, o sea, a engastar la personalidad de Portales en su misma actuación. En la confección del libro, realizada en esta forma, he debido luchar con una dificultad casi insuperable. Cuando se piensa una obra, brota hecha. Cuando se quiere convertir en libro lo que se pensó para sí mismo, el fondo y la- forma se sublevan a compás. He tenido que podar las reflexiones puramente científicas, a fin de dejar lo histórico y lo biográfico. He necesitado aclarar párrafos y añadir datos, para hacer inteligible a los demás lo que sólo lo era para mí.*

*Después de este trabajo, he revisado severamente la obra. Creo que el genio de Portales vaga en ella; a lo menos, yo lo palpo. Creo, además, que la piedra angular de que necesita partir el historiador del futuro, para rehacer la historia de la época, está, también, en el libro. Ahora, ¿habré logrado presentar al lector ese genio y los contornos de esa piedra? Una cosa es pensar para sí mismo y otra transmitir a los demás lo pensado. Aparte de la destreza en el arte de exponer, que nunca me pre ocupó, la comprensión exige cierta comunidad de ideas, cuya ausencia tengo fundadas razones para presumir en el caso concreto de este libro. Su inteligencia exige una clara distinción entre la corriente cósmica que realiza la historia y las abstracciones o conceptos meramente intelectuales con que se la*

*representa el espíritu libresco; entre el estado, el gobierno y la política como realidades y las construcciones ideológicas basadas en los conceptos de derecho, de justicia, de libertad, de democracia y de igualdad; entre el genio creador de realidades y el constructor de ideales o de fórmulas políticas; entre el gran estadista auténtico, dotado de poderoso instinto político, y el ideólogo o político de principios, esclavo de una idea o de cierta fórmula. Esta distinción, muy clara en todo pensador profundo, y bastante presentida por el sentido común, es muy borrosa en el período de adolescencia intelectual en que aún está el pensamiento hispanoamericano a fin de no aumentar la confusión del texto con disertaciones que, inútiles dentro del primitivo propósito con que fueron redactadas las notas, son necesarias para facilitar al lector su inteligencia, había intercalado por vía de epígrafe, algunos pensamientos de Leibniz, de Goethe, de Nietzsche, de Ward, de Comte y de otros pensadores que, a mi juicio, facilitaban la comprensión. En "La Decadencia de Occidente", de Spengler, que acabo de leer, encuentro algunos de estos mismos pensamientos expuestos en forma más concreta. En mi deseo de claridad, los he substituido en varios de los epígrafes. El lector ajeno a prejuicios científicos y políticos, que quiera formarse idea real de Portales y de su creación política, encontrará un auxiliar útil en muchas de estos epígrafes. Su contenido, aunque muy viejo y vulgar entre los grandes pensadores, difiere bastante del mundo de los conceptos y de las abstracciones en que aún se mueve, casi exclusivamente, el intelecto hispanoamericano.*

*Entre las novedades del libro de Spengler — sin perjuicio de su novedad para el historiador y el humanista— figuran algunos términos nuevos. Ha reemplazado con la expresión "estado en forma", en el sentido deportivo, el antiguo concepto del estado orgánico, en oposición al estado inorgánico o caótico, en estilo figurado. Tiene la expresión las ventajas grandes de ser más precisa y de permitir la restitución a su significado genuino de las expresiones "estado orgánico" y "estado organizado". Pero es demasiado restringida. Abarca sólo un momento fugaz de la vida del estado: el instante en que la forma está en el máximum de entrenamiento, y excluye los períodos de mayor duración, en que la forma, ya surgida del caos y aún no disuelta de nuevo en él, va en ascenso y en descenso, momentos durante los cuales hay un principio y un resto de organización. Esta circunstancia me ha movido a conservar a las expresiones "estado orgánico" y "forma" su antigua significación.*

\* \* \* \*

*Finalmente, las ideas básicas de este libro, fueron espontáneamente brindadas a los intelectuales con quienes tuve contacto, con el propósito de que escribieran el libro que yo no pensaba escribir. Alberto Edwards, admirador político de Portales, pensó hacer un estudio serio de su personalidad y de su influencia histórica. Entre los años 1910 y 1916, le insté a que realizara su propósito; pero distraído en distintas direcciones, nunca se dedicó a la tarea. Años más tarde, utilizó de paso algunas de las sugerencias. Este hecho, unido a la circunstancia de que tenía sobre Portales, por intuición, algunos conceptos que calzaban con los míos, me ha movido a*

*reemplazar en el texto, a veces, la redacción de mis notas por la de Edwards, sin perjuicio de rectificar inteligencias erradas que dio a algunas de las sugerencias.*

*He aprovechado, también, estos cambios para incorporar documentos que han llegado a mi conocimiento después de 1906, y aun para referirme a hechos recientes; pero sin introducir novedad en lo que en aquel entonces pensé y que no he vuelto a pensar. Debo a los señores Javier Bustamante, Miguel Varas, Guillermo Feliú, Juan Luis Espejo, Ricardo Donoso y Hernán Díaz Arrieta, copias o indicaciones de las cartas de Portales o de las dirigidas a él que han aparecido después de 1906. Sin modificar el concepto ya formado, algunos de estos documentos reflejan con más viveza rasgos del carácter y la fisonomía de ciertos acontecimientos, y en este sentido los he utilizado, reemplazando citas antiguas por otras más gráficas.*

## Capítulo I

### La anarquía hispanoamericana

*Resúmenes de los juicios de Brackenridge y de Tocqueville. —*

*Párrafos descriptivos de la anarquía. —Las intermitencias*

*"La falta de una competencia industrial intensa ha dejado el campo libre a los políticos. Estos últimos se han visto favorecidos, también, por el error, frecuente en los pueblos de educación latina, que estriba en creer que el gobierno y las leyes lo pueden todo y todo lo crean en un país. La política ha llegado a ser ocupación dominante. El lugar de la competencia fecunda en el terreno industrial y comercial, lo ha ocupado una lucha política estéril, con su cortejo de interminables revoluciones". — Fouillée.*

Una descripción completa de los disturbios y de las revoluciones hispanoamericanas^ con su cortejo de sangre y de abyección moral, no puede encerrarse en un capítulo. Pero tampoco es posible comprender la creación política de Portales, sin engastarla en el panorama de la anarquía de la América española y de las modalidades que el fenómeno revistió en Chile. Acaso sea el mejor arbitrio para salvar el escollo, reproducir los juicios sintéticos de los contemporáneos más capacitados para apreciar la hondura del fenómeno, escogiéndolos entre observadores y actores de opuestas

tendencias y mentalidades. Así podremos disponer del espacio necesario para esbozar con hechos concretos las modalidades de la anarquía chilena, íntimamente compenetrada con la acción revolucionaria y con la labor constructora de Portales.

En 1817-1818, el gobierno de Estados Unidos envió una comisión a estudiar el estado político de la América del Sur. Informando el secretario Brackenridge, dice: "Lo que en Buenos Aires se llama libertad, es la licencia"; y añade que ningún hombre honrado puede gobernar, porque, para mantener la popularidad, le es al gobernante necesario dejar que sus partidarios cometan todo género de violencias y de abusos. Termina opinando que no es posible, en estos países, implantar un gobierno análogo al de los Estados Unidos, porque faltan en la población las aptitudes necesarias para que pueda funcionar regularmente.

En 1835 y 1840, Alexis de Tocqueville publicó su ensayo sobre "La democracia en América"; y su juicio sobre las llamadas democracias hispanoamericanas, puede resumirse así: "Después de veinticinco años de revoluciones, de la libertad ya sólo se puede esperar, en estos países, la confusión y el desorden. El vivir en perpetua revolución, es el estado normal de la América española; sus diversos pueblos, empeñados en devorarse las entrañas, han perdido hasta la idea de que es posible emplear la vida en otros objetivos. La sociedad ha caído en ellos en un abismo, del cual le será ya difícil salir por su esfuerzo. Si por momento parecen aquietarse, es sólo consecuencia de la extenuación; es un corto descanso, precursor de un nuevo período de furor revolucionario".



\* \* \* \*

Véase ahora la descripción de un actor que corrió casi toda la América, participando activamente en la anarquía; y que, ya cansado, echa una mirada al panorama que lo circunda,

"Examinemos lo que pasa entre nosotros, desde las orillas del río de la Plata hasta los confines de los Estados Unidos de la América del Norte".

"En todas partes, vemos los partidos armarse unos contra otros, proclamando los mismos principios, invocando la misma justicia, quejándose de las mismas violencias, asesinándose con los mismos pretextos y escandalizando al mundo con las mismas calumnias. El que vence tiene la razón mientras le llega su turno de ser vencido. Las fuerzas, o la traición, y casi siempre la mala fe, son las que consiguen dar a cada país de éstos algunos meses de sosiego; pero muy pronto los nuevos intereses que se crean, las nuevas ambiciones que se forman, los descontentos que nacen de la misma falta de principios, dividen al partido vencedor y salen de éste los nuevos ejércitos que deben continuar la devastación de los infelices países. La libertad, el orden y las leyes fueron en Buenos Aires los pretextos de que se valió Lavalle para con jurarse contra Dorrego y para asesinarle; y la libertad, el orden y las leyes armaron a Rosas para vengar a Dorrego y para asesinar sin misericordia a cuantos encuentra que con viene asesinar para que triunfe el orden, la libertad y las leyes de que él se ha llamado restaurador. Allí todos se degüellan, todos se asesinan en obsequio de los mismos nombres que se dan a unas cosas que nadie conoce. Rosas se sostiene por el

terror que ha infundido, y este Rosas, este hombre sanguinario de nuestros días, cuando yo lo conocí en 1814, era un hacendado de Buenos Aires, amable, pacífico y digno de aprecio. El deseo de vengar la muerte atroz dada a su amigo Dorrego, le convirtió en un tigre; pero ¡qué tigre! mejor diré, en un demonio".

"En Centroamérica comenzó la guerra civil que dura hasta hoy, desde ahora dieciocho años, por la misma confusión de ideas, por la misma falta de principios, por el mismo abuso de palabras, que hemos observado en todas estas desgraciadas regiones. Triunfó el partido que se levantó contra las autoridades federales, en defensa, se decía, del sistema federal, en defensa de la constitución que hollaba con sus propios pies; triunfó sólo para hacer ver que su triunfo debía ser la ruina de aquel sistema, entre hombres que no tenían una idea exacta de lo que era federación; y triunfó, en fin, para que se viese en el mundo una guerra civil interminable".

"En el Perú, según el manifiesto que Gamarra publicó en el Cuzco en 1835, después de haber usurpado el 9 de junio de 1829 la autoridad al general Lamar, presidente constitucional de aquella república, tuvo que sofocar catorce revoluciones, que se fraguaron en el espacio de cuatro años, lo que corresponde a más de tres revoluciones por año, A este número, agregaremos la que él hizo contra Lamar, la que Lafuente verificó contra el presidente Vistaflorida, la que dirigió el mismo Gamarra desde los confines del Perú contra el vicepresidente Lafuente, cuando trataba de invadir a Bolivia en 1831; la que él mismo hizo a Orbegoso el año 1834, la que después realizó Salaverry; y todas las que se han sucedido con

una maravillosa rapidez desde 1839 hasta esta última, en que Castilla ha triunfado de Vivanco. En todas éstas han figurado los generales de la restauración peruana, haciendo ya un papel, ya otro; pero siempre dando algún motivo para que los pobres pueblos griten: "¡Viva el vencedor, muera el vencido!", habiendo todos tenido alternativa mente, sus correspondientes vivas y mueras, y siempre pagan do los aplaudidores los gastos de estas guerras, después de haber puesto su contingente de sangre, de necesidad o de in dolencia. Castilla acaba de triunfar, y se dice que es ídolo de los pueblos, como se decía de Vivanco, y como se ha dicho siempre del que triunfa en estos países; pero es muy probable que a Castilla se le llegue el día en que oiga su respectivo muera y el correspondiente viva a su vencedor"

"El ídolo del pueblo ha sido también el general Flores, en el Ecuador, hasta que sus mismos sacerdotes lo arrojaron de las aras en que le habían colocado. Jamás este general se hubiera creído el hombre necesario para conservar la paz, la unidad y la integridad de la república, si los mismos aduladores, que se conjuraron después contra él, no le hubieran persuadido tales cosas. El fue cantado como un héroe, como el genio tutelar de la república, por el sabio poeta ecuatoriano, por el hombre de estado del Ecuador, cuando aquel general sólo se presentaba como un faccioso, como un jefe de partido, y del partido opuesto al que se llamaba liberal. ¿Quiénes fueron los que, en la convención de Ambato, decretaron una acción de gracias al vencedor de Miñarica? ¿Quiénes los que dieron en aquel decreto los títulos de fundador, defensor y

conservador de la república? Los mismos que ahora le niegan el haber fundado, defendido y conservado el Ecuador; los mismos que le condenan por haber combatido y derrotado en Miñarica -al partido que hoy está triunfando; los mismos que no sólo le niegan los exagerados elogios que antes le prodigaron, sino que le pintan como el hombre más vulgar"

"Pero, dejemos que la historia se haga de sus documentos para representar los hechos como ellos son en sí. Nos otros debemos contentarnos con observar que, en este país, gracias al despotismo de que se acusa al general Flores, por los mismos que antes encomiaban su lenidad y mansedumbre, no han ocurrido, desde la batalla de Miñarica, sino amagos, de revoluciones; y mientras, en el Perú, en la Nueva Granada y otros puntos de este continente, se degollaban los hombres en obsequio de la libertad, en el Ecuador, aquel tirano cruel impedía que la sangre ecuatoriana fertilizase el árbol, que ya ha comenzado a dar sus sangrientos frutos".

"En la Nueva Granada, han ocurrido sucesos memorables de bien triste memoria. No hablaré aquí del asesinato cometido en la persona del general Sucre, y pasaré sobre todos los siguientes acontecimientos hasta que estalló la revolución de 1839, terminada en principios de 1842. Esta revolución estaba agitada, por una parte, por el fanatismo político, y por otra, por el fanatismo religioso. Se necesitaba como en todo el mundo, de un pretexto para comenzar; y en Pasto se tuvo por bastante el decreto del congreso, por el cual se suprimían los conventillos; en otros puntos, se halló que el presidente de la república era inconstitucional. De este modo,

vimos que, para unos, el gobierno que había, no debía de gobernar por ilegítimo; y que, para otros, el congreso, aunque legítimo, no debía legislar; pero mientras tanto, era indisputable que los ciudadanos podían trastornarlo todo, porque el gobierno y el congreso eran obras de ciudadanos".

"Entretanto, la Nueva Granada, ningún fruto sacó de aquella guerra civil, que duró cerca de tres años, cometiéndose en ella cuanto atentado se ha cometido en las otras repúblicas, en iguales circunstancias. Muchos son los documentos sobre los cuales se apoyará la historia para presentar esta revolución como una de las más sanguinarias, y será uno de ellos el decreto del general José María Vesga, dado en Pacora, el 4 de mayo de 1841, en que obliga a todo hombre de doce años para arriba, a tomar las armas contra el gobierno; condena a seis horas de saqueo a todo pueblo que resista, aunque sea con un solo tiro; da la libertad a todo esclavo que se le presente; concede a todo pobre el derecho de robar a los ricos del partido opuesto; y ofrece pagar cuatrocientos pesos por cada cabeza de los jefes del partido contrario".

"No presentará la historia de la revolución de Nueva Granada un documento de atrocidad tan solemne como el que quiso Vesga transmitir a las edades más remotas; pero los demás caudillos de la insurrección, si no escribieron sus principios de inmoralidad, los pusieron al menos en práctica, y cometieron ellos mismos o dejaron cometer a sus secuaces, todo género de abominaciones. El hombre acusado por todo el mundo, y que aparecía ya en la historia como el autor principal del asesinato cometido en la persona del general

Sucre; el hombre que llegó a ser general de la república sin haber empleado su espada sino en favor de la causa de los españoles, o en las guerras intestinas que él mismo promovió en provecho suyo, dejó repentinamente de hacer el papel de reo que desea vindicarse, y se puso al frente de unos fanáticos que se levantaron contra el poder legislativo, a pre texto de que este poder, que es el de la nación entera, no debía reformar los abusos de que estaban plagados los conventillos de Pasto. El mismo hombre inconsecuente, que se había manifestado sumiso a la autoridad del poder ejecutivo de aquella época, como emanado aquel poder del principio más legal, y cuando iba ya a expirar el período en que el nombrado para presidir la república debía dejar, el mando reúne a los que quisieron tan importunamente decir de nulidad de elección de aquel magistrado, y revistiéndose de toda la autoridad, que sólo en un sultán podría verse sin es cándalo, por los hombres de principios, obra como un señor absoluto reúne todos los pueblos que pisa, dispone de las vidas y haciendas de sus conciudadanos, huella todas las leyes civiles, políticas y morales, y comete cuanto crimen es capaz de cometer el más descarado de los bandidos. El lleva la desolación y el espanto por donde no encuentra resistencia, acaudillando indios semisalvajes, esclavos, facinerosos y criminales que saca de las cárceles a quienes permite cometer toda especie de atentado; se asocia a los hombres más temibles por su inmoralidad, como Sarria, Erazo y otros semejantes; saquea las haciendas de los particulares; estanca el abasto de la carne en todas las poblaciones que ocupa con sus hordas indisciplinadas; surte aquellos estancos

con los ganados de las haciendas que saquea; y forma su erario del producto de esta contribución de nueva especie; asesina sin misericordia a los que se le oponen, ya se le rindan, ya los tome en su fuga; convierte el edificio de la Universidad de Popayán en cuartel de su bárbara soldadesca, para que ella destruya la biblioteca pública, los instrumentos de física y cuanto podían haber a las manos aquellos monstruos de rapacidad; se roba, en fin, la imprenta para convertir los tipos destinados a la difusión de las luces, en balas que dieran la muerte a los que no siguiesen sus tenebrosas banderas".

"En Chile, es verdad que no se ha escrito tanto como en la Nueva Granada sobre principios y doctrinas, pero se ha hecho infinitamente más para la comodidad y felicidad de los hombres, y es una lástima que no podamos al mismo tiempo adquirir las dos famas, la de sabios y la de prudentes. Yo no quisiera sino que en todas estas repúblicas, después de haber dedicado ya veinticinco o más años a sólo tratar de los principios que han consumido la vida y la riqueza de los habitantes, se dedicasen ahora otros veinticinco años a mejorar la suerte de los hombres por aquellos medios que nos han enseñado los americanos del norte, los ingleses, los franceses y los belgas, y entonces veríamos que sin hablar más de principios, sin combatir todos los días por ellos, los hallaríamos, al fin, bien establecidos por el silencio. Yo creo que éstos son de la naturaleza de aquellas plantas delicadas, que menos prosperan mientras más las toca la mano del hombre. Es menester

contentarse con verlos y admirarlos, dejándolos crecer y desarrollarse por su propia virtud" <sup>1</sup>

Resumiendo los resultados de la anarquía boliviana hasta el momento en que, después de treinta y cuatro tentativas revolucionarias, el doctor Linares asumió el poder, dice Sotomayor Valdés: "Dando una mirada comprensiva al período histórico que hemos recorrido, encontraremos, por punto general, una gran incongruencia entre las leyes y las costumbres: decretos sin cumplimiento, tentativas sin éxito, propósitos sin eficacia; cada gobierno atento sólo a conservarse y pronto a transigir con todas las exigencias inmorales y a condescender con todos los vicios sociales, con tal de existir. La política se ha convertido en un escamoteo social; la revolución no significa más que trastorno violento; subir al poder es ganar una partida de azar, dejar el gobierno es perder la partida. Cada revolución triunfante ha sido una feria de empleos; el mejor título para llegar, a los altos puestos políticos, para ejercer el sacerdocio de la justicia, para ocupar la cátedra de la enseñanza, es ser amigo del jefe del estado y haberle ayudado a subir o sostenerle, sea con la intriga, sea con el dinero o las influencias personales, sea con el sable en la mano. El favoritismo se ha convertido en costumbre y la costumbre en principio, hasta el punto de subvertir las ideas y crear una lógica sin sentido. El que no ha obtenido su parte de poder, o no está contento con la que le ha tocado, cree tener derecho para conspirar contra el gobierno o para traicionarlo. Se han dictado muchas leyes; pero de ellas no han tomado los

---

<sup>1</sup> Irisarri, Historia crítica del asesinato de Sucre.



gobiernos sino la parte que les ha parecido cómoda y conveniente. La industria no ha dado un paso. Cada funcionario al llegar al poder, dice lo que sabe en la primera hora, como para cumplir con un deber de cortesía, y hace lo que puede en las restantes para colmar su vanidad y su egoísmo. Entre el gran mariscal Sucre y el general Córdova el poder ha descendido desde holocausto del apostolado hasta el festín de la orgía. Miserables pasiones, torpísimas costumbres, vicios vergonzosos se han ostentado en el solio de los presidentes, han dirigido la política y removido los más sagrados principios, derramando a torrentes la corrupción por doquiera. Las bellas tradiciones, la pureza de las costumbres, la llaneza y sinceridad de los sentimientos, las virtudes domésticas se han quedado recogidas y asiladas aquí y allá, para honra de algunas familias y de algunos individuos a quienes la providencia parece haber confiado la dichosa misión de salvar del naufragio el fuego sagrado de las virtudes"<sup>2</sup>.

La anarquía tuvo intermitencias. El gobierno vigoroso de algún hombre de carácter y de aptitudes superiores la en frenó por cortó tiempo. O'Higgins en Chile, Santa Cruz en Bolivia, Flores en el Ecuador, Páez y Soublette en Venezuela, lograron mantener el orden; pero sin crear nada duradero. Gastados por la crítica y el descontento, algunos de ellos tuvieron que renunciar; otros fueron derribados; y de los restantes, ninguno logró crear un estado en forma, algo orgánico capaz de seguir por impulso propio un

---

<sup>2</sup> Estudio histórico sobre Bolivia

desenvolvimiento ordenado, ni conservar una sucesión regular en el régimen político. El caso de Portales es único en América.

## Capítulo II

### La anarquía chilena

*El período histórico 1823-1830. —Ensayo del gobierno democrático bajo Freire.—Desconcierto político y renuncia de Freire.—El ensayo federal y el motín de Campino.—Segunda dimisión de Freire.—Gobierno de Pinto y defunción del federalismo.—Conspiraciones y motines.—Fracaso de Pinto.—Modalidades de la anarquía chilena.*

*"Cuando Platón, Aristóteles y sus contemporáneos definieron y mezclaron las formas antiguas de constituciones para obtener la más sabia y la más bella, todo el mundo escuchó atento y, precisamente, Platón, en su intento de transformar a Siracusa según receta ideológica, arruinó esta ciudad".*

*—Spengler.*

*"Que el estado se muestre débil y el egoísmo resurgirá con bríos renovados".*

*— Schopenhauer.*

La obra política de Portales está de tal manera ligada a la historia de la república, que se confunde con ella; es, sencillamente, el proceso de su organización, el tránsito del caos informe al estado en forma. Para comprenderla, hay rudos golpes del cincel de Portales, se les escapa. El alma nacional, tal cual la palpan y sienten hacia 1879,

les parece que ha existido siempre, o que brotó del acta de la independencia, o de la batalla de Maipo. El lector tiene que hacerse el ánimo de que nada, territorio, raza, cultura, sentimientos ni ideas exactamente iguales a los de hoy, existían entonces. El territorio es el mismo; pero sus vías de comunicación, su estado de cultivo, su extensión útil y sus posibilidades económicas eran muy diferentes. La raza era la misma; mas su grado de desarrollo mental, su distribución urbana y rural y la relación de las capas sociales, eran completamente distintos. Los hombres que entonces pasaban por sabios, tenían conceptos tan superficiales y tan deformados de las ideas europeas de la época, que apenas es posible reconocerlas. Eran personas que habían leído algunos libros sin digerirlos, y que procuraban implantar sistemas de gobierno que ni ellos entendían, ni tenían concordancia alguna con la capacidad política y con el estado social del pueblo chileno. Hemos tenido a nuestra disposición las bibliotecas de algunos de los hombres más ilustrados de la independencia, y hemos podido reconstituir, por las huellas marcadas en los libros, lo que leían y lo que les llamaba la atención.

Frente al teórico, existía muy numeroso el hombre de sentido común. Siempre se ha opuesto el sentido común del chileno a la insensatez del teórico chileno, que, no siendo capaz de elaborar la realidad, no hace sino parodiar ideas ajenas indigeridas. Pero este sentido común era negativo. Comprendía la impracticabilidad de lo que le brindaba el teórico, presentía confusamente que las constituciones y las leyes, en lugar de poner orden, eran nuevos

factores de desorden y de relajación general. Mas, el sentido común no veía nada positivo; no sabía cómo reemplazar el pasado desaparecido con una forma nueva, que trocara el caos en estado orgánico. Ignoraba, tanto como el teórico, que había muerto el alma nacional, y que lo único que podía infundir nueva vida al cuerpo político y poner orden en el caos, era otra alma colectiva. Y si no era capaz de comprenderlo, menos era aún capaz de realizarlo.

Con lo dicho se comprenderá que los sentimientos y las ideas que animaban al pueblo chileno, entre 1810 y 1837, eran muy diversos de los actuales. Las palabras nación y estado no tenían el alcance y la fuerza que hoy. El patriotismo, como reflejo del sentimiento de la nacionalidad, es muy posterior. Con la energía y la nitidez de 1879, en ese entonces, apenas se le advierte en Portales y en uno que otro hombre de su idiosincrasia. Orjera, Navarro y Padilla, directores y usufructuarios del régimen pipiolo, eran argentinos los dos primeros, y boliviano el último. Mora y Chapuis, los periodistas de la época, tenían nacionalidad española y francesa. En el otro bando, Garrido era español, Bello, venezolano e Irisarri, guatemalteco. Algo parecido ocurría con los propios chilenos. José María Novoa, que fue la verdadera alma del pipiolismo y a quien sus adversarios apodaron "Don Negocio", había sido coronel en el Ecuador, ministro de Riva Agüero en el Perú, y ministro de Freire en Chile.

Tampoco debe representarse a los partidos o grupos políticos por lo que después se ha conocido bajo los mismos nombres. Nada hay más arbitrario que hacer derivar el partido liberal del grupo heterogéneo que los contemporáneos bautizaron con el nombre de

"pipiolos". Figuraron en él, hombres que, como Pinto, tenían ciertas tendencias confusas hacia los principios que, después, agruparon a los liberales; pandillas de simples logreros; violentos que no pertenecían a credo alguno; oligarcas; fanáticos de una idea; un conjunto, en suma, que de todo tenía menos de liberal. No tiene más razón el partido conservador moderno en derivar su origen del otro conglomerado, el de los pelucones. Estaba formado por uno que otro retrógrado, por individuos avanzados que, hacia 1891, habrían tenido que figurar entre los radicales, por el grueso fondo que formó después el partido liberal, por clericales y volterianos, por autoritarios y adversarios acérrimos del estado fuerte. Los vínculos que los unen, son la repugnancia al cinismo de la pandilla que se incrustó en el gobierno pipiolo, cierta sensatez negativa y el miedo a la disolución causada por el fracaso de los repetidos ensayos teóricos.

Está de más decir que, entre 1810 y 1837, el alma nacional está disuelta. Las ideas negativas de libertad y de democracia no bastaban a informarla. Toma, gradualmente, forma a partir del advenimiento de Portales; cobra extraña fuerza después de la batalla de Yungay; y sigue desenvolviéndose, para ostentar los contornos vigorosos de lo adulto, sólo hacia el final de la administración Montt.

Cuando, en el curso del relato, aparezcan traiciones, felonías, asesinatos o proyectos de asesinatos, concomitancias con Santa Cruz y otros actos que nos chocan, no debemos medirlos con el código moral de hoy. Si queremos comprender nuestro pasado, hay

que encuadrarlo dentro del alma borrosa y del código moral, aún más borroso, del período 1810-1837.

Finalmente, la oposición de clases sociales que aparece en los historiadores, es una fantasía semejante a los discursos que Ercilla pone en boca de sus héroes araucanos; es una simple reminiscencia del 48 europeo; una repetición de los imaginarios precursores ideológicos de la Independencia. "Durante la anarquía, hay un cambio en los hombres, impuesto por la fisonomía de los acontecimientos, que no refleja, absolutamente, oposición de clases. Séanos permitido borrar las frases en que habíamos esbozado este fenómeno, para reemplazarlas por otras de Alberto Edwards, que, a nuestras instancias, comprobó, por sí mismo, el error de nuestros historiadores: "Ni Freire — dice— ni mucho menos Pinto, fueron hostiles a la aristocracia, sino al contrario. Si se analiza el alto personal de gobierno en aquel tiempo, encontramos que, socialmente hablando, no se diferencia del que hubo de actuar después de Portales. Se componía, como este último, de dos clases de elementos: por una parte, grandes personajes de rango hereditario o de fortuna y, por la otra, de personas que debían su figuración política a condiciones más personales. A este respecto, la diferencia entre ambos regímenes se marca más bien por el carácter, las tendencias espirituales de los políticos en boga".

"Ello fue el resultado, no el objeto del cambio producido en el gobierno mismo. En una época turbulenta de continuos trastornos, de dominaciones inciertas, de motín y aventura, hubieron de sobresalir los temperamentos audaces, las ambiciones impacientes,

las personalidades inquietas y brillantes, los tribunos y agitadores capaces de actuar sobre la dudosa fidelidad de los regimientos o de organizar el aparato vano de mentidos movimientos populares".

"Después de 1830, bajo un poder estable, que no dudaba de sí mismo... el personal político hubo de reclutarse en forma muy diversa. El régimen pelucón utilizó, aún más que el precedente, los servicios de hombres que distaban mucho de figurar socialmente en el primer rango, levantándolos, como ya antes hemos dicho, a las más altas dignidades del gobierno; pero estos personajes debieron su elevación a cualidades casi opuestas a las que habían distinguido a los auxiliares del pipiolismo neto; fueron hombres de estudio y disciplina, funcionarios inteligentes y laboriosos, magistrados y jurisconsultos de competencia técnica. Se premiaba sobre todo lo que había estado más abatido antes de 1830: la obediencia, la sumisión, la disciplina administrativa o política.

\* \* \* \*

Entre las causas que determinaron la caída de O'Higgins, se contó el deseo de realizar el gobierno democrático, confusamente entrevisto por algunos espíritus, a través de la literatura revolucionaria del 89, de algunas reminiscencias de la antigüedad grecorromana y de un conocimiento muy imperfecto de la organización política de los Estados Unidos del Norte. Disipados los temores que inspiraron los primeros actos de Freire, las esperanzas de la clase dirigente se cifraron en la reunión de un congreso que elaborara una constitución. Por decreto de 5 de mayo, el gobierno aprobó el reglamento de elecciones, y éstas se verificaron el 7 de



julio de 1823. La gran masa, ahora como antes y como después, permaneció indiferente. Las elecciones fueron libres; y dieron por resultado una mayoría abrumadora para las clases tradicionales, que, inconscientemente, seguían las ideas de los Egaña, padre e hijo, don Juan y don Mariano. El último era el ministro del interior de Freire. Haciéndose eco de las esperanzas que se cifraban en la asamblea, decía "El Liberal": "El día 12 de agosto es el elixir que nos ha vuelto a la vida, despertándonos del sueño letal en que hemos dormido por tanto tiempo. Su memoria se celebrará eternamente con el mismo entusiasmo y la alegría que el pueblo chileno ha manifestado en él". La apertura del congreso constituyente engendró "la ilusión de ver organizada definitivamente la república bajo bases indestructibles de libertad, de orden y de progreso. Un doloroso desengaño iba a demostrar algunos meses más tarde la inanidad de esas esperanzas"<sup>3</sup>.

Este congreso, como los que le siguieron, tomó de hecho el gobierno del país, dejando al Director Supremo, como entidad política decorativa. Era esta una concepción política que abrigaban, por igual, reaccionarios y avanzados. Para aquéllos el ejecutivo fuerte era un atentado contra los fueros de la aristocracia, y para éstos, contra los de la libertad. La constitución conservadora-patriarcal de Egaña, sólo consagró un orden de cosas ya realizado, y que respondía al anhelo de la opinión general de la época. Realizó a este respecto ampliamente las aspiraciones de los avanzados de su tiempo y las que Lastarria y sus discípulos, con simples variantes

---

<sup>3</sup> Barros Arana, Historia General de Chile, t. XIV, p. 124.

en los medios de alcanzar el objetivo, abrigaron más tarde. Las es casas resistencias que el código de 1823 despertó en su discusión y los ataques de que después fue objeto, provinieron del espíritu de rutina y de intolerancia religiosa en que estaba empapado; del exceso de reglamentación, y de su impracticabilidad: no del hecho de anular al ejecutivo, que era aspiración común de conservadores y de avanzados. La fe en las exhortaciones morales como base del orden, del respeto a las leyes y de la moralidad de los ciudadanos, en reemplazo de la sanción, es otra de sus Originalidades. Consultaba funcionarios encargados de intervenir, cada vez que estallara una revolución o un motín, antes de usar la fuerza, a fin de recordar a los autores los preceptos constitucionales y legales y exhortarlos al cumplimiento del deber. En el terreno político, esta originalidad sólo es reflejo del concepto de la sanción en esa época. Más adelante, veremos al general Pinto y a todos sus predecesores y sucesores hasta Portales, proceder con igual benignidad teórica, sin perjuicio de fusilar cuádruple número de individuos que éste.

El congreso inició, en otro terreno, una política que, teóricamente, subsistió hasta Portales. El estado, en vez de crear condiciones favorables para que el esfuerzo individual se desenvuelva y libre de rebote la prosperidad nacional, entra a suplir la incapacidad chilena en el terreno económico. Una serie de iniciativas quedaron en el papel, y las pocas que se llevaron a la práctica, sin lograr ningún resultado, desmoronaron los últimos restos de moralidad que quedaban en pie.

Freire, en la imposibilidad de gobernar dentro de la situación de anulamiento del ejecutivo por el senado, con fecha 14 de julio, presentó su renuncia: "Sólo pude decidirme —dice en ella— a admitir el mando supremo para probar si estaba a mis alcances hacer la felicidad de la patria, por cuya independencia he sacrificado mis mejores días. He empleado todos mis esfuerzos y conatos por proporcionarme el cumplimiento de mis votos; y hoy toco el desengaño, viendo que el país marcha precipitadamente a su disolución. He procurado rodearme de hombres que creo de probidad y luces, para que me ayudasen a poner en ejecución la constitución del estado; pero sus esfuerzos' y los míos no son bastantes para conseguirlo. Mi conciencia me aconseja renunciar en manos de V. E., y me dice que un día de demora me haría criminal ante Dios y la patria. Quedo esperando su admisión para noticiarlo a los pueblos que, en este último paso, verán la religiosidad y respeto con que venero sus instituciones, y el deseo que tengo de que otra administración que conozca mejor sus ventajas, haga con ellas la felicidad pública". El senado se negó a derogar la constitución y a admitir la renuncia de Freire. Con este motivo, le pasó una larga nota, en la cual le dice: "El senado cree de su deber exponer con la sencillez y franqueza de la verdad que la renuncia de V. E. va a ser en el estado la señal de la anarquía y de la disolución social. Los pueblos que hoy se hallan reunidos por los sagrados vínculos de la más dulce fraternidad, pronto se entregarán a los delirios de una perfección ideal, que, arrastrándolos de abismo en abismo, les haga sentir todo el peso de su desgraciada situación. El

orden público, sin el apoyo que le presenta la fuerza moral de V. E., pronto será derrocado". El resto de la nota defiende enérgicamente la constitución del estado, hace resaltar sus excelencias, sostiene que es menester mantenerla en pie y que el Director Supremo debe ser el más decidido protector de ella.

Freire insistió en su renuncia el día 17 de julio, en los siguientes términos: "No me creo el hombre necesario de Chile, ni el destinado por la providencia para hacerlo feliz con sus presentes instituciones. Si ellas son cual las juzga V. E., no deben de necesitar de una determinada persona: ellas deben prescribir una marcha segura y uniforme a cual quiera que gobierne, y deben contener las aspiraciones y contener los males que V. E. teme... Mis más ardientes deseos han sido siempre la felicidad y prosperidad de la patria por medio de instituciones liberales. Si ellas no existen, yo no quiero mandar... Sólo permaneceré en el mando el tiempo necesario para despachar las circulares a los pueblos y a los ministros extranjeros".

El senado, por su parte, insistió nuevamente en mantener la constitución y en exigir a Freire que continuara gobernando, y propusiera las modificaciones que la experiencia aconsejara introducir en aquélla. Dos días después, una poblada, con el beneplácito de Freire y de los ministros Pinto, Benavente y Fernández, obligó al senado a suspender el imperio de la constitución de 1823. Teórica y prácticamente, no era viable. Más, el problema era más hondo. Ni por su constitución étnica ni por la capacidad de la clase dirigente, el pueblo chileno estaba preparado

para practicar ninguna de las formas del gobierno democrático. Los adeptos teóricos de este régimen, entre los cuales figuraron algunos de los hombres de mayor valer de la época, sin quererlo, fueron en Yumbel, impagas, se sublevaron también; y hubo que someterlas con los demás cuerpos. Con este motivo el intendente Rivera, de Concepción, escribió al gobierno: "Si el supremo gobierno no provee a las grandes necesidades que circulan en estas provincias, no sé a dónde iremos a parar. La marcha que llevan estos sucesos es rápida y sin esperanzas. ¿Qué alma habrá entre nosotros que no sienta el corazón traspasado por estos procedimientos? ¿Y será posible, señor, que unos soldados tan bravos y tan constantes en los mayores peligros, estén hoy tan corrompidos?"

Los dos congresos se habían mostrado incompetentes para gobernar. Sus fracasos eran consecuencia ineludible de la ineficacia de las asambleas como poder ejecutivo, y del divorcio entre el grado de desarrollo del país y de la ideología dentro de la cual se le quería organizar. Pero Freire, revestido de facultades discrecionales, carecía, por su parte, de las condiciones de carácter y de inteligencia necesarias para ejercer el gobierno. "En sus manos se habían relajado los resortes de la marcha administrativa". Los ministros Francisco A. Pinto y Diego J. Benavente, tampoco demostraron como gobernantes mayor capacidad. En uno de los pasquines en que se desahogaba el descontento público, se decía: "Chile, por la firmeza de su gobierno y por el heroísmo de sus hijos, era hasta hace poco mirado con respeto en todo nuestro continente.

Hoy se nos lleva aceleradamente a « ocupar el último lugar entre las naciones hermanas ».

Una conspiración o'higginista que iniciaron Miguel Zañartu, Joaquín Echeverría y el mariscal Joaquín Prieto, no fue objeto de proceso, sino más tarde, en las personas de José Gregorio Argomedo y de Francisco de Borja Fontecilla, que la habían proseguido. El congreso, al que tomo a su cargo el conocimiento de la causa, expidió el 22 de abril de 1825 el siguiente decreto: "Se absuelve a todos los procesados, y los que se hallen en arresto, pónganse en entera libertad, advirtiéndose que los señores Argomedo y Fontecilla quedan restituidos a sus honores y fama..."

Hablando de la situación general, el gobernador de Valparaíso, José Ignacio Zenteno, en una carta confidencial, la califica así: "Esta no puede ser peor... Los tres meses de gobierno absoluto, después de quitado el senado, se desvanecieron como el humo, sin haberse hecho más que la confiscación de temporalidades para tirar los frailes a la calle, y abandonar sus propiedades como bienes mostrencos, de que ni los antiguos poseedores, ni el fisco, ni nadie; han aprovechado nada. Reunido el congreso en noviembre, no se ha hecho más que consumir el tiempo en niñerías, y fomentar dentro de la sala, las más animosas divisiones, que pronto han trascendido al público. Entretanto, abolidos los más ramos de la hacienda, suspenso el remate de diezmos, paralizada totalmente la aduana por falta de comercio, desacreditado el papel billete (bonos de tesorería), hasta el punto de perder el 80 por ciento, ha sucedido una bancarrota espantosa y de todos modos incurable. A pocos

empleados se deben menos de 6 a 7 meses de sueldo, yo tengo el gusto de contar ya 9, y así muchos. De aquí un descontento general. De aquí la sublevación de las tropas del sur, de la que dos escuadrones de la escolta se pasaron a Pincheira; y que, aun que con el empréstito de quince a veinte mil pesos se ha podido sofocar un tanto el motín, el fuego no está extinguido y no hay ya recursos para apagarlo cuando vuelva a inflamarse. De resultados de todo esto, hace muchos días que la capital se halla en agitación. Los pasquines y anónimos contra el gobierno, se repiten incesantemente... En tal estado de cosas, nada se hace, nada se provee; y, por instantes, se espera el reventar. Las diarias sesiones del congreso se reducen a encarnizarse entre sí los diputados con injuriosas ofensas. El pueblo, por su lado, insulta a la autoridad. Las facciones se enardecen, pero ninguna tiene caudillo. La opinión no existe, porque cada hombre tiene la suya, y sólo reina el desorden y la anarquía... El director pierde por instantes la confianza pública; no tiene, puede decirse, la del ejército; carece de cohesiones poderosas, le falta absolutamente erario; y, lo que es peor, hombres que lo ayuden y dirijan. El pueblo, por su parte, tampoco tiene uno que reúna sus miradas; y en tal estado y circunstancias tan terribles, ¿qué puede pronosticarse? Me estremezco al pensar en lo futuro..."

El 20 de abril, un cabildo abierto, provocado por agitaciones y presidido por el intendente Rivera, revocó los poderes a los diputados que representaban a Concepción en el congreso. Los de Coquimbo se retiraron motu proprio. Ocho días antes, se había

dado cuenta al congreso de una presentación de los jefes de la guarnición de Santiago, coroneles Beauchef, Rondizzoni, Viel y Borgoño, en la cual hacían presente que se habían agotado los fondos para la alimentación de la tropa, y que se proponían salir a los campos a recoger sustento. El diputado Carlos Rodríguez, que fue después ministro y líder pipiolo, negó con gran entereza el derecho de las tropas a cobrar sus sueldos, estando impaga la administración entera; y expresó que, si no les agradaba continuar sirviendo en esas condiciones, debían irse a los campos, no a mendigar sustento, sino a trabajar. El congreso acordó la separación de los coroneles Rondizzoni, Beauchef y Viel y la suspensión del comandante general de armas, Luis de la Cruz.

La presión de las turbas con el beneplácito del gobierno, impidió de nuevo el funcionamiento del congreso, como lo había hecho un año antes con el senado conservador. El 16 de mayo, el ejecutivo le recomendó al presidente que no convocara más a sesiones, y le pidió las llaves de la casa en que se reunía el congreso. Al día siguiente, lo disolvió por un bando.

"La responsabilidad de este resultado — dice Barros Arana— no pesa sobre personas determinadas, ni siquiera sobre los constituyentes de 1823, cuya obra había contribuido tan poderosamente a acelerar el desquiciamiento que se venía produciendo. Todo aquello, no era tampoco, como podría creerse, la consecuencia de ambiciones malsanas, ni del caudillaje militar, que, si bien había asomado en Chile en sus formas más amenazadoras en los primeros días de la revolución, no tenía entonces, ni tuvo



más tarde el carácter absorbente y odioso que alcanzó en otros pueblos hispano americanos. Era, sí, el fruto de la educación colonial, de la ninguna preparación del pueblo, comprendiendo bajo este nombre las clases acomodadas, para constituir un gobierno regular bajo el régimen republicano, que debía ser la obra de mayor cultura y de una larga y penosa evolución"<sup>4</sup>

\* \* \* \*

"Las provincias de Concepción y de Coquimbo, que habían desconocido la autoridad del congreso y retirado sus representantes, se mantenían en cierto estado de independencia, porque, si bien protestaban su respeto al Director Supremo y al poder central, habían organizado y mantenido asambleas provinciales, que sesionaban bajo la presidencia de sus respectivos intendentes, y que pretendían ejercer cierta autoridad legislativa en los asuntos interiores de la provincia. En Santiago, el poder público se hallaba en manos del Director Supremo, sin contrapeso d^ ningún género, sin ley constitucional, y sin cuerpo alguno encargado de compartir la autoridad y de detener los avances del ejecutivo. Si aquella situación no tomó los caracteres de una verdadera dictadura, a pretexto de tranquilizar los ánimos y de reprimir los espíritus turbulentos y exaltados que agitaban la opinión, debióse a la bondadosa moderación de Freire y de sus consejeros"<sup>5</sup>

Freire convocó a la asamblea de Santiago, a fin de que designara dos plenipotenciarios para que se entendieran con las asambleas de

---

<sup>4</sup> Barros Arana, Historia General de Chile, t. XIV, p. 465

<sup>5</sup> Barros Arana, Historia General de Chile, t. XIV, p. 138.

Concepción y de Coquimbo en la elección de una nueva legislatura central. Esta asamblea se volvió unánimemente contra el Director, responsabilizándole de la situación del país. Pero al paso que la mitad de ella creía que el desastre era la consecuencia "de la relajación de las bases fundamentales del orden social en nombre de una libertad intempestiva e inadecuada al estado del país, y de reformas inmoderadas que no correspondían a ninguna necesidad real", la otra mitad creía que el mal estaba en que Freire no había dejado tomar vuelos a la libertad y a las reformas en la medida que necesitaba el país. Después de largo debate, prevaleció esta última opinión; y se procedió a designar una junta compuesta de José Miguel Infante, de Carlos Rodríguez, y de José Antonio Ovalle, para que dirigiera el gobierno. El Director Supremo y los jefes de cuerpos debían jurarle obediencia.

Freire rechazó la imposición y disolvió con tropas los grupos que se habían formado. Mas, poco después, en su deseo de conciliar, que fue el secreto de su prestigio en la aristocracia, resolvió consultar al vecindario respetable. A los invitados se agregaron oficiosamente los violentos y todos los que deseaban intervenir en los acontecimientos. A indicación de Carlos Rodríguez se aprobó por los dos tercios de los asistentes la constitución de una junta, que quedó formada por los tres miembros ya designados. Un bando de 15 de junio de 1825 le encargó el mando en los asuntos de régimen interior en la provincia de Santiago. Los ministros Vicuña y Eyzaguirre prefirieron retirarse.

La nueva junta se arrogó el gobierno general. Hizo presente al Director que O'Higgins se había desconceptuado por no permitir a los pueblos que eligieran ellos sus autoridades; y como Freire se negara a convocar a elecciones de gobernadores, decretó la Junta, en 23 de julio, la cesantía de todos los gobernadores y ordenó reemplazarlos por elección popular. Estalló el conflicto, y Freire, para eludirlo, se fingió enfermo, y delegó el mando en los ministros Juan de Dios Vial del Río y Rafael Correa de Saa.

Se convocó, por el gobierno con la cooperación de la Junta, a un congreso, invitando a las provincias de Concepción y de Coquimbo a participar en él. Ni la nota del Director ni las exhortaciones de Infante tuvieron éxito. Las dos provincias respondieron, en tono violento, que no estaban dispuestas a dejarse dominar y avasallar por Santiago. Las elecciones, practicadas sólo en esta última provincia, dieron una abrumadora mayoría a los o'higginistas, como resultado del cansancio general y del temor a una anarquía sangrienta, cuyo espectro empezaba a perfilarse. El congreso se reunió el 15 de septiembre. Dada su composición, la armonía con el Director no podía prolongarse mucho. Pendía de su consideración un mensaje de Freire que esbozaba un plan de expedición sobre Chiloé, aún sometido al poder de España. El congreso lo había encarpetado; mas, al imponerse de la sublevación producida en Valparaíso por las ordenanzas de aduana y otras medidas del ministro de hacienda Correa de Saa, aprobó en el acto el proyecto, disponiendo que le correspondía a él designar el general que debiera mandar la expedición. Acordó, también, aceptar el auxilio de mil

hombres ofrecidos por Bolívar, siempre que vinieran al mando del general O'Higgins.

Freire, que esperaba rehabilitar su prestigio militar quebrantado con el fracaso de la expedición anterior y que vio, en el retorno de O'Higgins, su caída, resistió el acuerdo. El conflicto continuó con pretexto del empeño de Freire en sofocar el movimiento de Valparaíso y el del congreso, capitaneado por su presidente José Ignacio Cienfuegos, por impedir su represión. El congreso llamó a Freire y a las autoridades militares a prestar juramento de obediencia. Aquél y el general Luis de la Cruz se negaron a hacerlo. Los jefes del cuerpo lo prestaron en medio del entusiasmo delirante de la multitud.

El Director Supremo abandonó secretamente la ciudad a medianoche, y se fue al sur a buscar apoyo en las tropas de Concepción. El congreso, por unanimidad, lo depuso del cargo y proclamó Director Supremo interino al coronel José Santiago Sánchez, jefe de uno de los cuerpos de la guarnición.

Freire reunió las tropas de Borgoño y algunas fuerzas de caballería y se detuvo en Rancagua a esperar la reacción, que creía iba a producirse en los batallones de Santiago. Uno a uno se pronunciaron éstos por él; y Sánchez, que tenía aún fuerzas superiores, pero que había aceptado el cargo de Director Supremo sobre la base de no derramar sangre, acabó sometiéndose, después de 48 horas de gobierno nominal. Freire llamó al ministerio a Joaquín Campino, Diego J. Benavente y José María Novoa, personaje internacional, nacido en Concepción, que había figurado

en la presidencia de Quito y en el Perú, que luego iba a dar lugar a un escándalo administrativo de índole pecuniaria. Un decreto disolvió por tercera vez el congreso,

Esta tentativa había perseguido la vuelta de O'Higgins mediante el interinato de Sánchez; y fue dirigida por Miguel Zañartu y por Argomedo. Por primera vez, los ministros lograron de Freire medidas de represión, que consistieron en confinaciones y destierros de los o'higginistas.

Asumiendo la plenitud del poder, Freire organizó la expedición a Chiloé, y tomó el mando de ella. El gobierno quedó encargado a un Consejo Directorial formado por los tres ministros y presidido por Infante.

De regreso de Chiloé, después de una expedición feliz, Freire, que ya se había visto obligado a disolver tres congresos, presionado por la idea generalizada de que «sólo una asamblea de esa naturaleza podía realizar la felicidad de la república, convocó de nuevo a elecciones generales en todo el país. Su prestigio militar reavivado, encontró eco en las provincias segregadas, y las elecciones se verificaron ordenadamente. La mayoría correspondió esta vez a los pipiolos, como consecuencia de las persecuciones a los o'higginistas, después de la revolución de Sánchez. Eran los jefes de la nueva asamblea, en general, personas sanas y de cierta ilustración; pero sin sentido de la realidad y destituidas de capacidad gubernativa. Reunido el congreso en Santiago, en julio de 1826, Freire leyó un mensaje, que terminaba con su di misión y con exhortaciones a apresurar la labor legislativa. "Ante todo — decía—

reclama preferentemente vuestras tareas el más esencial y el origen común de los bienes sociales, es-decir, la formación de las leyes políticas y fundamentales. ¡Una constitución! Este es el grito universal del pueblo chileno, el colmo de sus deseos, la base en que se asientan todas sus esperanzas. ¡Legisladores! el primero es éste de vuestros deberes; y el mío pedir os que elijáis desde luego el ciudadano virtuoso en cuyos hombros haya de librar el grave peso de mi autoridad; que yo, volviendo a confundirme gustoso con el resto de mis conciudadanos, sabré, si la necesidad lo exigiese, empuñar la espada que, como soldado, esgrimo, siempre contra los enemigos de mi patria, jamás contra su libertad".

El congreso rechazó la renuncia, mas, habiendo insistido Freire en ella, le fue aceptada; y se dispuso que en adelante el jefe del poder ejecutivo se llamara Presidente de la República. El día 8 de julio se eligió para este cargo provisional mente al general Manuel Blanco Encalada, y para vicepresidente, a Agustín Eyzaguirre.

\* \* \* \*

En Chile, como en toda la América española, la incapacidad del intelectual para elaborar directamente la realidad política, dio extraordinaria fuerza a la idea que hace derivar el valer de los pueblos del régimen de gobierno. No es, pues, extraño que se generalizara el convencimiento de que la capacidad política y la prosperidad de los Estados Unidos de Norteamérica eran la resultante del régimen federal de gobierno. Esta idea arraigó en un hombre probo, dotado de una tenacidad a toda prueba. Espíritu ideológico y simplista en grado heroico, para valem os de la

expresión de la época, José Miguel Infante era incapaz de comprender que un pueblo es el producto de un desarrollo histórico, ni que un régimen de gobierno está condicionado por el pasado, por la configuración geográfica, por la distribución de la riqueza y de la población, por el grado de desarrollo social y por las características raciales. "Yo creo — decía— que es necesario o carecer de sentido común o no tener absolutamente virtudes republicanas para oponerse al federalismo"<sup>6</sup>.

La afirmación contraria habría estado más próxima a la verdad. Se necesitaba carecer de sentido común para no advertir que la implantación del federalismo, dado el conjunto de factores que en Chile condicionaban la forma de gobierno, iba a acelerar la disolución política y social del país. Pero la opinión nacional estaba ganada por la idea federal. El fracaso de los ensayos de gobierno unitario; los sentimientos hostiles que la riqueza superior y la cultura de Santiago despertaban en las provincias; y la propaganda tenaz de Infante, habían engendrado un entusiasmo vehemente por el sistema federal. Se esperaba que afianzara la libertad y la igualdad de los chilenos; y que la cesación de la preponderancia artificial de la capital haría a las provincias ricas, prósperas y felices. Sólo la experiencia era ya argumento bastante poderoso para disipar las ilusiones cifradas en el federalismo. El 11 de junio el congreso aprobaba la siguiente ley: "La República de Chile se constituye por el sistema federal, cuya constitución se presentará a los pueblos para su aceptación". Se dividió al país en ocho

---

<sup>6</sup> Infante se había hecho federalista por sugestión del aventurero boliviano Manuel Aniceto Padilla.

provincias, y se procedió en el acto a implantar el sistema por medio de leyes mientras se dictaba la constitución. Se dispuso que los gobernadores departamentales, los cabildos y los párrocos se designaran por elección popular; y, poco más tarde, que los intendentes fueran designados por las municipalidades.

A estas alturas había llegado la implantación del régimen federal cuando tuvo lugar una sublevación o'higginista en Chiloé, que fue fácilmente dominada. Con este motivo José Miguel Infante presentó un proyecto de ley para que, en recompensa de su fidelidad, se agregara al nombre del jefe que mandó en Chiloé las tropas del gobierno, el de Leonidas, y, a todos los compañeros, el de Espartano. Este congreso, como los anteriores, había absorbido en gran parte las funciones del ejecutivo; pero, dedicado a los proyectos de reforma constitucional; no gobernaba ni dejaba gobernar. El presidente Blanco, exasperado, presentó su renuncia en términos casi violentos. "Compelido —dice en ella— por el deber sagrado que me impone mi cargo, por mi honor y conciencia, y queriendo salvar mi responsabilidad ante la nación, pido al soberano congreso se digne admitir la dimisión que solemnemente hago de la suprema magistratura que ejerzo, con la protesta de que la causa que me conduce a esta resolución, es el abandono que se ha hecho del ejecutivo, dejándolo a la merced de los ataques de la opinión pública, y fluctuando entre mil escollos contra los cuales debía necesariamente fracasar. Otro más feliz, o que posea la ciencia o el poder de hacer algo de la nada, podrá suceder a quien sólo ha tenido la fatal suerte de tropezar con insuperables inconvenientes,



ora luchando contra peligrosas innovaciones, ora contra ideas las más inexplicables y peregrinas, y ora, también, contra las artes de la intriga y el fervor de pasiones nada elevadas y generosas".

Lo reemplazó el vicepresidente Agustín Eyzaguirre, cuya falta de personalidad propia respondía mejor que Blanco al ideal político del congreso y de la aristocracia que representaba. El nuevo mandatario tuvo que hacer frente a los motines, que eran la resultante del desquiciamiento administrativo y de la bancarrota financiera, y a las primeras con secuencias del régimen federal.

El 15 de junio de 1826 se sublevó en Chillan un escuadrón de caballería. El 20 de septiembre se amotinaron los tres regimientos de infantería de la guarnición de Santiago, El 20 de octubre se sublevó el escuadrón Guía, y sólo se le pudo volver a la subordinación pactando el gobierno con los amotinados.

La demarcación de las provincias y las designaciones de ciudades capitales, no fue aceptada por Talca, por Valparaíso, ni por Chillan. Las elecciones de autoridades locales degeneraron en rivalidades lugareñas, que no lograron calmar las paternales exhortaciones del gobierno central. A los fraudes, y abusos de todo género, se siguieron las vías de hecho. Los más resueltos movilizaron las milicias regionales y se impusieron, no sólo sobre las mayorías, sino también sobre los intendentes que aún representaban el poder central. No fueron más tranquilos los ensayos del régimen en las elecciones de párrocos. El carácter violento y batallador del clero de la época, encontró en ellas campo propicio a sus inclinaciones.

El aplazamiento del ensayo comenzó por los párrocos. El vicario capitular del obispado, José Ignacio Cienfuegos, que era, también, presidente del congreso, había abrazado el régimen federal con el ardor propio de su carácter y de la inconsistencia de su juicio. Creyó ver en la elección popular una panacea regeneradora del clero. Los resultados lo asustaron y pidió la cesación del régimen federal respecto de los párrocos. "Una triste experiencia — decía — me ha enseñado que lejos de producir aquellos bienes, semejantes elecciones son el origen de los mayores desórdenes, divisiones y odios que aumentándose sucesivamente acarrearán la ruina de nuestra santa religión, y aun del estado. Bien notorias son las ocurrencias ruidosas y escandalosas de San Pedro, Navidad e Illapel, donde se han visto partidas numerosas de gentes que excitadas por la ambición de algunos eclesiásticos, han atropellado el orden y faltado a la subordinación y respeto debidos a las autoridades civiles; y causando, de este modo, mortales enemistades, odios y divisiones en los pueblos y familias que rompen el sagrado vínculo de la unión y caridad cristiana tan recomendada por Jesucristo, y necesaria para la consagración y felicidad de la sociedad y de la religión". Iguales desórdenes se habían producido en la diócesis de Concepción.

Las provincias que más habían anhelado el régimen federal, apenas experimentaron sus consecuencias, reaccionaron. La asamblea reunida en Concepción, en conformidad a la nueva ley, pasó una nota al gobierno que dice: "Las provincias de Concepción, Valdivia, Chiloé, Cauquenes y Colchagua, en medio de sus miserias ¡podrían

buscar recursos de su interior para subsistir en aquella forma! Quien conoce por experiencia estas porciones del estado, verá que si en si es liberal el sistema (de federación), la situación de cada una de ellas las hace alejarse mucho de recibir este aparente bien, y que, por admitir innovaciones de espíritus pensados, se les encamina a lo último de sus desgracias. ¿Y podrá llamarse este gobierno preferente para nuestro departamento? Sus representantes están convencidos del mal y no del bien que les resulta. Prescindiendo de la debilidad del federalismo, y lo expuesto que deja esta forma a la anarquía, esta sala está íntimamente convencida de que no le conviene".

El ministro Manuel José Gandarillas, que era el alma del gobierno, y muchos de los diputados, en vista del fracaso de los primeros ensayos, iniciaron una campaña contra el federalismo. Pero Infante y sus partidarios no estaban dispuestos a cejar ante los contrastes. Había que amoldar la realidad a los principios. Creían que las perturbaciones desaparecerían tan luego como se dictase la constitución del estado, "ilusión fundada en la creencia general en los hombres de esa generación de que las leyes escritas tenían una eficacia absoluta para modificar radicalmente la manera de ser de un pueblo". El proyecto, elaborado por los eclesiásticos Cienfuegos, Elizondo y Fariña y por Infante, Vicuña y Novoa, estaba calcado sobre la constitución mejicana de 1824, injerto, a su turno, de la constitución de Estados Unidos en la española de 1812.

El proyecto suscitó una enérgica resistencia de parte de todos los que conservaban un resto de sentido común en medio de la

perturbación colectiva, y provocó la agrupación de los políticos en un sentido nuevo. Infante pasó a ser el portaestandarte de las tendencias avanzadas, y quiso adueñarse del apodo de liberal que Manuel J. Gandarillas y Diego José Benavente, ahora retrógrados, habían traído de Buenos Aires. Prevaleció, sin embargo, el apodo burlesco de pipiolo, voz provincial de Chile, con que se designaba a los hombres sin posición fija, inquietos y movedizos, que le fue aplicado por sus contrarios. A su alrededor, se agruparon los convencidos sinceros de las excelencias del federalismo; los que soñaban con un régimen de libertad absoluta, entendiendo por tal la destrucción o aniquilamiento del gobierno; los turbulentos y noveleros, siempre listos para derribar lo existente; un grupo de juventud ardorosa; algunos desequilibrados del corte del clérigo Fariña; y numerosos aventureros, pescadores a río revuelto. El bando opuesto lo formaron los hombres de posición social, sensatos y tranquilos y la mayoría del clero. Recibieron el apodo de pelucones, es decir, anticuados y viejos. Los verdaderos liberales, en el sentido moderno, Gandarillas, Benavente, Rengifo, que formaban el corto número de hombres a la vez ilustrados y cuerdos, se sumaron en la resistencia contra el federalismo a los pelucones, no por afinidad sino por sensatez. Más adelante, se agruparon, por su gestión, en torno a un joven comerciante de ideas mucho más audaces que las suyas, cien tíficamente colocadas en un porvenir tan remoto que no podían ser comprendidas en la época y en el medio en que actuó. Se les apodó los estanqueros, a causa de haber nacido los vínculos que los unieron, en torno al negocio del estanco

del tabaco, del té, de los naipes y de los licores, que mas adelante veremos.

Entretanto, la descomposición política se hizo general y envolvió al ejecutivo conjuntamente con el congreso. El aventurero francés Pedro Chapuis la calificaba así desde "El Verdadero Liberal": "¿Qué tiempo durará el actual gobierno? Esta es la gran cuestión del día que no nos toca resolver, porque se usurparía de este modo el derecho del pueblo soberano, que sabe hasta qué punto puede y debe sufrir... preguntar por el tiempo que puede durar un gobierno, es reconocer por esto solo su existencia, y yo que niego que exista un gobierno en Chile, no podré incurrir en la contradicción de preguntar por cuántos días permanecerá su carrera. Digo que no hay gobierno porque no hay ejecutivo, y porque, en el congreso, no reconozco el derecho de ejercer sus funciones. Digo que no hay gobierno, porque veo reinar en todas partes la más completa disolución; y si se me niega mi pro posición, porque todavía no se han degollado mutuamente, diré que esto no impide, pues se camina directamente a este resultado". Y cuatro días más tarde proseguía así su fatídico pronóstico: "Aún no ha llegado la crisis inevitable que esperamos por momentos, es decir, estamos todavía en los mismos términos de siempre, sin gobierno y sin administración, Los partidos están a la vista, la señal de la lucha se ha diferido. Pues bien, ¿qué aguardamos? Que se nos haga pasar por el yugo. Esto sería a un tiempo la mayor deshonra y la desgracia mayor".

Los federalistas exaltados, los locos y los aventureros que se les habían unido, especialmente Santiago Muñoz Bezanilla, el presbítero Fariña, el boticario Fernández, encabezados por José María Novoa, instaron al coronel Enrique Campino, militar impetuoso, aunque de buen fondo, que en tres ocasiones había sido separado del servicio por faltas graves, a que derribara al gobierno. Algunos sólo perseguían remover los obstáculos con que tropezaba la implantación del régimen federal. Los más esperaban encontrar en Campino un instrumento de sus ambiciones. Con la cooperación de otros militares retirados de las filas por ineptos o turbulentos, logró aquél adueñarse de la guarnición. Apresó al ministro del interior Manuel José Gandarillas, al accidental de la cartera de guerra, Tomás Ovejeros y al intendente José Santiago Luco. Por precaución apresó, también, al comerciante Diego Portales, cuyo carácter resuelto y cuya audacia lo habían constituido en cerebro y nervio del grupo de los estanqueros.

El presidente de la república acudió al congreso, que se había reunido con treinta y siete miembros, en la mañana del 25 de enero de 1827, y le informó de los sucesos de la noche. Las exhortaciones morales, que eran de rigor, no escasearon esta vez. Campino, sin hacer el menor caso de ellas, penetró a caballo en la sala donde estaban reunidos los diputados y les dio orden de disolverse. Siguiendo el ejemplo del presidente Elizondo y de Diego José Benavente, los diputados resistieron con entereza. Campino se retiró y ordenó al mayor Latapiat, comandante de la compañía de fusileros que le acompañaba, que hiciera fuego sobre los diputados.

Al abocar los soldados sus fusiles, aquéllos se retiraron, evitando una carnicería inútil. Permanecieron en sus asientos Benavente y el capellán de ejército Benavides cuyas peroraciones surtieron algún efecto en la tropa. Apenas se retiró la fuerza, los diputados se reunieron nuevamente e invistieron a Freire de facultades extraordinarias.

Intentó éste organizar una especie de guardia cívica para salvar a la ciudad del saqueo, y alcanzó a reunir unos cuatrocientos hombres, reclutados entre gente de cierta posición social. Disuelta a balazos esta guardia, en la mañana del 26, Freire se dirigió a Aconcagua para reunir armas y gente. Mientras lanzaba un manifiesto al país y pedía socorro a las provincias, Portales, desde su prisión, ordenó sacar de las cajas del estanco \$ 3.700, que se distribuyeron entre las tropas. El 28 el comandante Acosta, el secuaz más decidido de Campino, salió de Santiago con su escuadrón, y fue a reunirse a Freire. En la madrugada del 29, el comandante Maruri, que sólo había entrado, al motín en virtud de una orden arrancada con pistola al pecho al comandante general de armas Calderón, puso término al motín apresando a Campino. En la mañana del día 30, Portales escribió a Freire: "Las circunstancias peligrosas en que nos hallamos no me permiten abstenerme de dar este paso. Una sola hora que Ud. demore puede importar una nueva revolución. En estos momentos .críticos, no hay quien tome una sola medida de seguridad, y se está dejando libre el campo a los enemigos del orden, que hacen nuevos esfuerzos para perturbarlo. No crea Ud. que esta es una prevención nacida de miedo o de ligereza. Andan

libres y conmovidos los hombres más comprometidos en el movimiento que acaba de sofocarse. Todo exige un pronto remedio, y nada puede hacerse sin Ud., que es el único autorizado legítimamente para tomarlo".

"Vuele Ud., señor, haga que Benavente no se demore; cualquiera que sea su enfermedad. Su presencia interesa mucho en el congreso, donde, se dice, hay ya un partido para acordar el indulto de los forajidos, y un olvido absoluto de los crímenes con que se han manchado; lo que equivale a decretar la completa ruina del país y la dominación de Bolívar".

"Vuele Ud., repito, y disponga de su más afecto S. S. Q. B. S. M—D. Portales".

\* \* \* \*

Con fecha 5 de febrero, Freire renunció en términos perentorios la presidencia que se le había confiado accidental mente. El congreso, sin embargo, no quiso pronunciarse hasta fijar las atribuciones que en adelante iba a tener el ejecutivo. El 13 de febrero se aprobó un proyecto de Infante que, limitando aún más las facultades de este poder, hacía obligatorio el acuerdo del congreso para el nombramiento de los ministros de estado y de los jefes de oficinas. Ante él debían también, tramitarse los juicios de residencia de los funcionarios y de los jueces. El mismo día se acordó proceder a la elección de presidente y vicepresidente de la república, señalando como término de sus funciones, el 1° de julio de 1829. La elección recayó en los generales Ramón Freire y Francisco Antonio Pinto, respectivamente.



La desorganización que el régimen federal originó en el país, continuó agravándose, y fue el punto de partida de un nuevo conflicto entre el ejecutivo y el congreso. Mientras Infante continuaba impertérrito en su tarea de acelerar la aprobación del estatuto orgánico de la república federal y anticipaba su establecimiento en el papel mediante nuevas leyes, las dificultades de Colchagua pasaban a vías de hecho. La asamblea chocó con el intendente y se trasladó a Nancagua. La de Santiago, por su lado, acordó no obedecer las leyes que dictara el congreso. El ministro del interior, Gandarillas, en 31 de marzo, había pasado una nota al congreso en la cual le decía: "Muy lejos de ligar a las provincias entre sí y al gobierno general, esa ley hace de cada una de ellas una república separada e independiente, del ejecutivo nacional, pues no expresa las relaciones que deben formar los lazos de unión entre el poder supremo y los subalternos, ni los deberes mutuos que constituyen la alianza o federación".

La situación se tornó aún más grave; y el congreso, pasando por sobre Infante, en la esperanza de conjurar la catástrofe, acordó el 29 de marzo "que los pueblos que no se conformasen con la demarcación de las provincias quedasen sujetos inmediatamente a los poderes generales de la nación". Este acuerdo era el golpe de gracia asestado al nuevo sistema de gobierno, aún antes de aprobarse la constitución que debía regirlo. Infante creyó divisar en este acuerdo y en algunos actos de Gandarillas, el propósito de provocar, por antipatía doctrinaria, el fracaso del régimen que estaba llamado a hacer la felicidad de la patria; y en 20 de abril

presentó un acta de acusación del ministro. Gandarillas con testó con firmeza, casi con altanería. Su exposición termina diciendo: "El gobierno ha respetado invariablemente la senda que le marcó el congreso; ha cruzado sus brazos delante de la autoridad de éste; y si alguna imputación se le hace, es la deferencia a esa corporación contra la cual se ha alzado el grito en el público por su desacierto. Tanto ha querido trabársele el poder de hacer el bien, que sólo se le ha dejado la facultad de aburrirse".

Freire, desesperado ante tanta contrariedad, dimitió el día 2 de mayo. "Resolvió — -dice de sí mismo— ensayar su capacidad en este nuevo campo; y habiendo reconocido de que ella no es bastante para mandar sin leyes, ni para poner orden en el caos que aflige a Chile, su deber le insta para que dimita por segunda vez el cargo más pesado que puede habersele confiado".

\* \* \* \*

El 5 de mayo de 1827, el congreso acordó llamar al ejercicio del mando al vicepresidente Francisco Antonio Pinto. Este general, que a la fecha contaba, cincuenta y dos años de edad, se parecía moral e intelectualmente a su hijo Aníbal, que gobernó a Chile entre 1876 y 1881. Sensato, prudente, de cierta entereza negativa de carácter, con alguna cultura literaria, que entonces pareció enorme, probo, y sin ambición, era el tipo clásico del mandatario adecuado para los días de reposo que en los pueblos organizados se sigue a los de activo progreso. Pero carecía de todas las condiciones que hacen a un organizador de estados y a un conductor de pueblos en días de borrasca. Era uno de aquellos gobernantes destinados a captarse

las simpatías del mundo del pensamiento y a sucumbir en el mundo de las realidades. En oficio de 7 de -mayo dijo al congreso: "Me hallaba en Coquimbo cuando tuve aviso del alto honor con que me había distinguido el congreso nacional nombrándome vicepresidente de la república. Colocado a gran distancia del centro de los negocios, y llamado urgentemente por el presidente de la república, diferí mi resolución hasta ver por mí mismo el estado de nuestras cosas. Confieso ingenuamente que me ha espantado; y midiendo la escala de las dificultades que circundan al gobierno con la extensión de mis fuerzas, me he convencido de que no soy el hombre llamado por las circunstancias a presidir la república. Sin garantía para el gobierno, sin leyes ni reglas establecidas para gobernar, y con los demás obstáculos que el congreso no ignora, ¿cómo es posible que ose aceptar un cargo que el general Freire, con sus virtudes, con su popularidad y con su crédito militar, ha dimitido por los motivos que expone en su abdicación? ¿Qué puedo esperar, si él no ha podido dar vitalidad a la administración?"

No habiéndole admitido el congreso la renuncia, tuvo Pinto que aceptar un cargo para el cual se reconocía sinceramente incapaz, y afrontar una situación a la cual no veía salida. Habría deseado conciliarse con el congreso, que insistía en llevar adelante la implantación del régimen federal, y con el país que ya lo rechazaba por gran mayoría. Mas la situación no daba espera. Había que optar entre suspender el ensayo o naufragar. La reacción contra el federalismo se tornó aplastante. Benavente, embarcado en ella, atacó a Infante y a su ideología con gran entereza y fuerte sentido de

la-realidad. A pesar del furor de este último, el congreso, abrumado por el desprestigio, acordó el 19 de junio poner término a su existencia. Votaron en contra del acuerdo Infante y seis partidarios más que le permanecieron fieles.

La situación era más grave aún de la que imaginaba el general Pinto. Los desórdenes eran todavía locales. La anarquía, aun en preludios, no revestía los caracteres sangrientos que en el resto de la América española. Pero la relajación general de la disciplina política y social, se había ahondado mucho. En Santiago, donde el orden se conservaba más que en provincias, se contaron en 1826 quinientos asesinatos. El aspecto financiero era sencillamente pavoroso. El desorden impedía trabajar, y el país, sin producciones espontáneas del suelo, sumido en la miseria, carecía de capacidad tributaria. La organización financiera era anticuada y el desorden la había tornado .inefcaz. El ministro de hacienda calculaba que de lo pagado por los contribuyentes, sólo la tercera parte ingresaba en arcas fiscales. Los empleados y el ejército pasaban continuamente impagos.

Pinto era más cuerdo y más consciente que la generalidad de los gobernantes de la época. Comprendía que, sin remover las causas generadoras de la anarquía, nada era posible hacer; mas, no concebía otros procedimientos que los de la persuasión. Con acuerdo de la comisión legislativa, puso término al ensayo federal. Pero no tuvo éxito en sus esfuerzos por conservar el orden y restablecer la disciplina administrativa. De acuerdo con los deseos de la comisión primero, y del congreso después, recomendó a las

autoridades evitar la represión y conciliarse, en la medida de lo posible, con los revoltosos. La sanción administrativa, ya muy relajada durante los gobiernos anteriores, se convirtió, bajo el suyo, en la más completa impunidad. El desastre financiero se agravó. El país continuó rápidamente su camino hacia la disolución final.

\* \* \* \*

Las conspiraciones y los motines, estimulados por el desquiciamiento general y por la impunidad de los cabecillas, se multiplicaron. Con el fusilamiento de tres soldados y un cabo, se puso término al motín que estalló en Talca el 21 de julio. En San Fernando, después de diversas incidencias, el intendente Gana tuvo que renunciar; y su sucesor, el comandante Castro, atacado por los milicianos al mando del gobernador Silva y entrabado por las órdenes del gobierno, no pudo salvar el prestigio de la autoridad. Encerrado en la cárcel, se limitó a defender su vida, mientras Silva ocupaba a Rancagua y se adueñaba del armamento que había allí. Sólo un mes más tarde, en vista del empecinamiento del gobernador, sordo a las exhortaciones morales, muy a su pesar, el gobierno se resolvió a someterlo por la fuerza. El coronel Agustín López, procediendo motu proprio, dominó otra sublevación en Aconcagua y disolvió la junta que ahí había organizado Latapiat, el asaltante del congreso en 1827, en nombre otra vez del coronel Enrique Campino. El 28 de junio, el coronel Pedro Urriola, de acuerdo con el sargento mayor José Antonio Vidaurre, segundo jefe del batallón Maipú, sublevó en San Fernando este cuerpo; apresó al intendente Castro; obtuvo la cooperación del escuadrón Dragones; y

burlando a una división que Pinto destacó contra él al mando de Borgoño, después de haber agotado las exhortaciones y los empeños para que desistiera de su intento revolucionario, se dirigió a marchas forzadas sobre Santiago. El 16 de julio, un propio despachado a mata caballo por el gobernador de Rancagua, informaba al presidente de la marcha de los sublevados. Poniéndose a la cabeza de su escolta, formada por unos cien coraceros, y de cuatrocientos milicianos, el presidente presentó batalla a los sublevados al sur de la ciudad. Los cien coraceros de la escolta, que formaban toda su tropa de línea, estaban ganados; y abandonaron a Pinto, el cual fue completamente batido por Urriola y Vidaurre; El día 20 de julio Urriola, que había permanecido en el cuartel de la Maestranza, avanzó hasta la plaza; e hizo fijar en las esquinas un bando que decía: "Pedro Urriola, intendente de la provincia de Colchagua y jefe de la fuerza libertadora del estado... Los notorios vejámenes que ha sufrido la provincia de Colchagua de la administración, y el grito casi uniforme de todas las que componen el estado, exigen imperiosamente un remedio activo y eficaz, tal es la inmediata separación del mando del vice presidente don Francisco Antonio Pinto; y como el estado no puede quedar acéfalo, y recordando el concepto y la opinión pública del ciudadano don José Miguel Infante, queda, desde este momento, electo supremo interventor de la república con las facultades que son inherentes al presidente del estado, quien cuidará a la mayor brevedad de expedir una convocatoria a las provincias para que se reúnan por medio de diputados electos libremente y den la constitución al país. Dése a

reconocer, publíquese por bando, fíjese en los lugares acostumbrados v archívese. Plaza de la Independencia, julio 20 de 1828. Pedro Urriola.

El pueblo se levantó contra Urriola y las fuerzas restantes del país se pronunciaron por el gobierno. Rodríguez Aldea, que había provocado esta sublevación, se escondió; y Vidaurre, viéndose perdido, entró en capitulaciones con Pinto por medio de Diego José Benavente. El presidente, que ya lo tenía dominado, lo perdonó y lo dejó, lo mismo que a los demás revolucionarios, en posesión de su empleo, después de exigirle una promesa formal de arrepentimiento. Entre los civiles comprometidos, sólo se castigó a uno de ellos, Manuel Aniceto Padilla, boliviano que residía en Chile desde hacía tiempo, participando en todas las conspiraciones y azuzando la anarquía, como lo había hecho en la Argentina, y como continuó haciéndolo en su país. Fue embarcado en el "Aquiles" con prohibición de volver a Chile.

El general Luis de la Cruz, logró sofocar una nueva revuelta encabezada por Urriola, que debía estallar el 8 de agosto sobre la base de los mismos elementos indultados en la sublevación de San Fernando. Pero el día 17, los dragones, acampados en Apoquindo, se fueron al sur en abierta rebelión. Bulnes logró detenerlos en Linares. Dos nuevas conspiraciones, una en el "Maipú" y otra en el "Concepción", motivaron el fusilamiento de tres oficiales humildes que habían subido desde soldados, mientras quedaban impunes los promotores que tenían altas vinculaciones sociales.

El 6 de junio, un tercer motín, también encabezado por Urriola, que había quedado en libertad, estalló sobre la base del Escuadrón de Coraceros, que servía de escolta al gobierno, y de una compañía de inválidos. Después de diversas incidencias, Urriola se atrincheró en el cuartel de San Pablo. El coronel Elizalde dominó este motín, derribando las barricadas con la artillería y embistiendo el cuartel a la bayoneta. Esta vez el gobierno dijo por boca del ministro del interior, Carlos Rodríguez, hermano de Manuel Rodríguez: "La impunidad obra como el más poderoso estímulo en los delincuentes para renovar sus atentados". En la práctica, Urriola escapó y no se puso empeño en prenderle; el capitán La Rosa que inició el motín, fue reincorporado después de tres meses. Ambos tenían vinculaciones sociales. En cambio, se fusiló, para escarmiento, a un sargento, un cabo y tres soldados. En este motín, resultó implicado el propio ministro de hacienda de Pinto, Francisco Ruiz Tagle.

El general Pinto, al iniciar su gobierno, apartó de sí los elementos políticos que no le eran afines: los pelucones de quienes estaba distanciado por las ideas religiosas; los liberales del corte de Benavente y de Gandarillas, ya refundidos con los estanqueros, cuyo concepto del estado era diverso del suyo; y, finalmente, a Infante y sus partidarios. Se apoyó en el partido pipiolo, depurado de los hombres más exaltados. Después de la revolución de Urriola, la mayoría de los dos primeros grupos, que no tenían distancia personal al presidente, se manifestaron dispuestos a apoyarlo. Todavía, en septiembre del mismo año, cuando ya Portales estaba completamente desilusionado de la capacidad de Pinto como



gobernante y resuelto a la revolución, Benavente continuaba creyendo que su elección había sido acertada. El precio del concurso sólo era la exigencia de más energía en las medidas de gobierno para llevar a cabo la reconstitución del país y poner dique a la descomposición sembrada por el federalismo. No era escollo insalvable. La morosidad y la indecisión del presidente, podían suplirse con el personal del ministerio.

Los obstáculos vinieron de otro lado. Entre los elementos que rodeaban a Pinto, había dos que hacían imposible su deseo: uno, demasiado inexperto y violento, no veía el precipicio adonde se encaminaba; y el otro, carecía de la moralidad necesaria para sacrificar las ventajas personales en aras del bien público. Hacía cabeza en el primero, Carlos Rodríguez, el ministro del interior. Nada había que esperar de él. Honrado, valiente e impetuoso, carecía del juicio y de las demás condiciones necesarias para encauzar los elementos de que se había rodeado. El otro, estaba formado por "traficantes de la política que buscaban en ella un campo de lucro o un medio de adquirir influencia social", y para quienes el liberalismo era sólo una etiqueta que cubría sus verdaderos móviles. Los Ovalle, los Errázuriz, los Eyzaguirre, los Ruiz Tagle, los Vial, los Gandarillas, no eran, para ellos, representantes de un pasado aristocrático: sino estorbos para sus concupiscencias. Pinto, sin bríos, y sin capacidad en cuanto estadista, era sensato y profundamente honrado. Su sensatez lo convenció de que era imposible el gobierno dentro de las normas constitucionales; y la compañía de elementos destituidos de toda

moralidad política y personal repugnaba a su honradez. Veía, además, alejarse de él, desengañados, a todos los hombres de alguna capacidad y valer, sin distinción de pelucones, ni de liberales o estanqueros. Pudo luchar; quedaban, en ese momento, fuerzas de reacción mayores que la que alcanzó a salvar Portales en 1830. Pero su temperamento y sus aptitudes lo inclinaron en otra dirección. Resuelto a soltar el timón y dejar que la nave siguiera el rumbo que no podía escaparse a su visión de pensador, pidió licencia el 14 de julio; y el 17 partió para Apoquindo, después de entregar el gobierno al vicepresidente Francisco Ramón Vicuña.

Con este paso, la guerra civil se hizo ineludible, y la caída del régimen pipiolo, ya moralmente muerto, sólo en cerraba un enigma: el de la sucesión. Todos, a excepción de Portales, temían que el desenlace fuera la anarquía y el derrumbamiento de lo que aún quedaba en pie. Como última tabla de salvación, los más volvieron los ojos hacia O'Higgins, cuyo gobierno demasiado exigente habían repu diado.

\* \* \* \*

La rápida revista que se ha hecho de la anarquía, pone de relieve las modalidades que revistió en Chile. Mirada superficialmente, hace el efecto de una parodia de la anarquía americana, suavizada por la dulzura del carácter nacional. Si se ahonda más, se ve que la mayor parte de las causas que actuaron en la América española, actuaron también en Chile. En cambio, el ritmo es muy diferente. En los países restantes, el período de incubación es muy breve. La anarquía estalla en forma fulminante, junto con desaparecer el

caudillo que mantenía personalmente el orden. En Chile, el período de incubación es muy largo. Han corrido doce años desde Maipo y siete desde la caída de O'Higgins, y la anarquía está aún en preludios. Se han sucedido los mandatarios como en una cinta cinematográfica, la descomposición parece completa; y, sin embargo, aun sólo se ha producido una profunda anarquía administrativa y una relajación militar que no se ha condensado en ningún caudillo. En América, en general, el estadista no puede contener el huracán desencadenado; su fuerza es muy superior al poder de uno o de varios hombres. En Chile, el esfuerzo combinado de la clase dirigente, de los doctrinarios y de los violentos, no logró desencadenar ese huracán.

La mentalidad vasca, sólo concibe la libertad como negación del gobierno. Se han ideado y puesto en práctica todos los expedientes imaginables para anular el poder ejecutivo. Se ha eliminado a los mandatarios y a los hombres que mostraron voluntad propia y capacidad de acción. Se ha tolerado apenas a Freire y a Pinto, porque se sabía a aquél inconsciente y a éste resuelto a no ejercitar su conciencia. Se ha ido más lejos; para prevenir el gobierno eventual de algún hombre de carácter y de capacidad, se ha radicado el ejecutivo en los congresos, cada vez que han funcionado, como se le radicó antes en las juntas. Son organismos incapaces de gobernar, a lo menos en la forma que revistieron entre nosotros, y la administración se ha desquiciado por su base. Ni se ha detenido aquí el furor anárquico. En nombre de la libertad, se suprimió la sanción y se autorizó la licencia. Los atentados contra el orden han

quedado impunes. El congreso, en un acto de generosidad, mantuvo en su grado y fama al coronel que mandó fusilarlo. Urriola, después de tres revoluciones y motines, sigue preparando el cuarto. Las tropas se sublevan; y en lugar de castigar a los cabecillas y a los intrigadores, se fusila a los soldados inconscientes. Se prohíbe a las autoridades contener por la fuerza las sublevaciones, antes de agotar los ruegos, las reflexiones y demás medidas conciliatorias. El caudillejo y el turbulento saben que pueden tentar suerte sin el menor riesgo. Con someterse, si el incendio no prende, todo ha concluido bien.

Finalmente, cuerdos y locos, honrados y aventureros, han buscado afanosamente el concurso popular, la movilización de la gran masa, para hacerla participar en la anarquía o en su represión al margen del gobierno, que existe sólo de nombre; y no lo han conseguido. Apenas se ha logrado reunir pequeñas pobladas dirigidas por los corifeos de Santiago o por los turbulentos de provincias, para fines limitados, como el cambio de gobierno o de una autoridad local. Alcanzado el objetivo, todo vuelve a la quietud. Sólo los Pincheira lograron organizar bandas de carácter permanente. Y para esto tuvieron que buscar base de operaciones en las comarcas salvajes de ambas vertientes de los Andes y reclutar desalmados chilenos y argentinos, simples bandidos que no representaban ninguna región, casta, clase social o aspiración política.

Recorriendo los motines, se advierte que en la mayor parte de ellos, fue la falta de pago de la tropa, reflejo del desgobierno general, la última gota que derramó el contenido revolucionario del vaso. Aun

en los que tuvieron un origen político, el esfuerzo no corresponde a los resultados. Muchos se apagaron solos, y casi todos fueron sofocados por las tropas restantes o por el peso de la opinión.

Nunca, en la historia, gobierno alguno, comprendiendo en esta expresión ejecutivo y congreso, hizo más por precipitar a un país en la anarquía y en el desfondamiento definitivo, sin lograrlo. Hacia el final de la administración Pinto, no sólo se vio una relajación administrativa completa, sino que asomaron también los síntomas de una descomposición política y moral, que era ya la portada de la anarquía sangrienta en que se revolvía el resto de la América, con cortas excepciones. El presidente se dio cuenta de ello; y sabiamente dejó precipitarse los acontecimientos, para que el espanto abriera los ojos a la miopía colectiva, y la reacción se produjera antes de debilitarse más las fuerzas que podrían servirle de base. Pero esa descomposición, más que efecto de la influencia directa de las fuerzas disolventes, es la resultante secundaria e indirecta de siete años de parálisis en el gobierno y en la administración, originada por la alianza del teórico con el concepto que la mentalidad vasca ha tenido siempre de la libertad.

Esta resistencia del pueblo chileno a la anarquía, revela la presencia de fuerzas espirituales y de un resto de disciplina política y social que sobrevivieron a la Independencia. Sólo el genio de Portales supo captarlas y edificar sobre su base; pero eran anteriores a él.

### Capítulo III

## La revolución de 1829

*Génesis de la revolución. —Intervención de Freire. —La asamblea de 7 de noviembre – Desconocimiento de la nueva junta de por las autoridades antiguas; el presidente huye a Valparaíso-Última tentativa de Freire para evitar un choque armado. —Portales director de la revolución, —Combate y tregua de Ochagavía. —Tratado de Ochagavía. —Rompimiento entre Freire y Prieto. —El nuevo gobierno. —Batalla de Lircay.*

*Sin la aparición milagrosa de Portales, la revolución de 1829 sólo habría sido el principio del fin en el desfondamiento político y social del pueblo chileno. Santiago, 1906.*

La revolución de 1829 no tuvo origen en una rivalidad de principios políticos, ni revistió en ningún momento el aspecto de una lucha de clases. La existencia de un gobierno democrático de tendencias liberales entre 1823 y 1829, es una fantasía de los escritores políticos: Lastarria, Errázuriz, Vicuña Mackenna y otros. Según ya se ha visto, la anarquía de 1823-1829 se desarrolló exclusivamente entre fracciones de la aristocracia y algunos jefes y caudillejos militares. El sentido histórico de este período, es el de una lucha contra el mandatario que ejerce accidentalmente el gobierno para disputarle la autoridad y reducirlo a un poder nominal. La

tendencia a debilitar el gobierno está, en todo momento, encabezada por la aristocracia castellano-vasca, que resistía por atavismo racial el gobierno fuerte y eficiente, y que anhelaba radicar el mando en juntas creadas por ella o en el congreso, A la aristocracia se sumaron los doctrinarios, Infante, Egaña (Juan), Rodríguez y otros, que di visaban, en todo gobierno eficiente, una tiranía y una amenaza para la libertad. Algunos actuaron sólo negativamente; otros, como Infante, lograron imponer el ensayo de una forma de gobierno cuya aplicación práctica produjo la des organización política y la relajación de la disciplina social.

Estos elementos chocaban entre sí y con los jefes militares que tomaban el gobierno, o con los caudillejos que las mismas facciones levantaban o que afloraban espontánea mente. Freire y Pinto, los mandatarios del pipiolismo, tenían simpatías por la aristocracia, y, al revés de O'Higgins, pro curaron siempre conciliar con sus tendencias políticas. Nunca estos choques revistieron el aspecto de una lucha de clases. Ni siquiera existía en esos momentos una clase media bastante desarrollada para luchar con la aristocracia, y en cuanto al pueblo, no tomaba aún participación en las actividades cívicas.

Con estos antecedentes, es posible representarse el pro ceso sui géneris de la revolución de 1829. Nunca, tal vez, un gobierno contó en Chile con menos fuerzas morales ni tuvo al frente un descontento más general. Difícilmente, tampoco, tuvo otro una oposición más inerte, más incapaz de derribar un orden de cosas. Desde el presidente Pinto y desde Freire, hasta el comerciante, que

sólo miraba por su mercadería, y hasta el hacendado, que temía por sus vacas y por su cosecha, todo el mundo deseaba un gobierno mejor. Pero nadie sabía cómo realizarlo. Faltaba la fe, la visión de algo positivo. Era una psicología diametralmente opuesta a la de 1891, en que las esperanzas cifradas en la libertad electoral electrizaban los corazones. Con el fracaso de los ensayos políticos, había muerto toda fe ideológica en los cerebros cuerdos; con el fracaso práctico de todos los gobiernos, la indiferencia había ganado la masa. Sólo se divisaba por delante otro gobierno igual al pipiolo, o la anarquía total. Por tales no fue comprendido en su época; dudamos mucho que hoy, un siglo más tarde, lo sea, fuera de un corto grupo de intelectuales. Meses más tarde, se le siguió por terror a la anarquía y por sugestión. Pero, a mediados de 1929, era aún inexistente; y, en los primeros días de la revolución, los más sólo veían en él un loco audaz, cuya finalidad era un enigma para la sensatez del castellano-vasco. O'Higgins era la última esperanza, una esperanza odiada a muerte por los carrerinos y profundamente antipática a la gran mayoría de la aristocracia. Sobre este ambiente desarrollaron Rodríguez Aldea, Portales, Gandarillas, Benavente, Meneses y de más cabecillas su acción revolucionaria.

Veamos ahora el desarrollo del proceso. Las elecciones de las asambleas provinciales y las municipales se verificaron el 3 de marzo; el 15 de mayo las de electores de presidente; y el 7 de junio las de parlamentarios. Todas se realizaron en un ambiente muy apasionado. Los fraudes y los abusos fueron numerosos; y en varias



partes degeneraron en atropellos y asaltos de las fuerzas armadas, que favorecieron, en general, a los pipiolos dueños del gobierno.

La revolución habría estallado sin necesidad de estos abusos; y vencida, se habría renovado al día siguiente, pues obedecía a causas más hondas que las pasiones electorales. Sin embargo, era necesario justificarla moral y legalmente. Los abusos pipiolos y la dudosa legalidad de la elección del vicepresidente, ofrecieron a los pelucones," estanqueros y federalistas, campo propicio para la justificación. El resultado de la elección de presidente, efectuada por medio de electores en votación indirecta, de acuerdo con la constitución de 1828, entre 201 votantes, había arrojado ciento veintidós votos por Pinto, que fue proclamado sin dificultad. Para la vicepresidencia, Francisco Ruiz Tagle había obtenido cien votos, sesenta y uno Joaquín Prieto, cuarenta y ocho Joaquín Vicuña, y treinta y cinco José Gregorio Argomedo. Los votos restantes se dispersaron. El congreso, en vez de elegir entre Ruiz Tagle y Prieto, como entendía la oposición, eligió a Vicuña.

En la provincia de Concepción, el factor del estanco, Juan Manuel Baso, dirigido desde Santiago por José Antonio Rodríguez Aldea, venía preparando, desde hacía tiempo, una revolución de carácter o'higginista. La opinión, hasta entonces adversa a O'Higgins, al ver alejarse a Pinto, y el gobierno, entregado a hombres que no inspiraban garantías a la gran mayoría del país, volvió sus ojos hacia el ex mandatario. Provincias enteras votaron para presidente por Prieto, el general en jefe del ejército del sur, corrió un paso hacia la solución única que divisaban al caos. La aristocracia

pelucona, atemorizada, se sumó a los o'higginistas; los estanqueros, encabezados por Portales, a pesar de la distancia de Benavente y de Gandarillas hacia O'Higgins, se les unieron también. Infante y los federalistas añadieron su concurso. Esta coalición y el cambio de candidato a última hora, se reflejó en la aplastante derrota del candidato pipió lo Vicuña. Pinto había logrado reunir la mayoría exigida por la constitución con los votos de fracciones de los partidos de oposición, que tenían confianza en él personalmente. Sin la enérgica intervención electoral y el empleo de la fuerza armada, los pipiolos habrían quedado con una votación ridículamente baja.

La oposición revolucionaria era un nido de avutardas. En cambio, el gobierno pipiolo contaba con las mejores tropas del ejército y con cierta unidad de los pocos elementos que le quedaban. Apoyado en aquéllas y en la masa indiferente de la opinión, cansada de revueltas y de cambios, podía afrontar la revolución que se le venía encima con grandes probabilidades de éxito. Sólo la falta de prestigio inclinó la balanza del lado de sus adversarios. Por lo demás, el triunfo sólo habría aplazado la caída para meses más tarde al cesar el apoyo siempre fugaz de la fuerza material.

La asamblea de Concepción, apoyada por el general Joaquín Prieto, el coronel José María de la Cruz y el coronel Manuel Bulnes, general en jefe, jefe de estado mayor y comandante general de caballería, respectivamente, del ejército del sur, negó obediencia a las decisiones del congreso nacional. "Notando — dice el acta de la asamblea celebrada el domingo 4 de octubre— este cuerpo

provincial la escandalosa infracción de la constitución sostenida por la cámara de representantes nacionales que han traicionado abiertamente la voluntad de sus comitentes en el hecho de excluir a los que la mayoría respectiva llamaba a la vicepresidencia, interpretando arbitrariamente la ley constitucional para consumir el meditado plan de dar muerte a la patria; notando otra multitud de actos de absolutismo, así en la citada cámara como en el ejecutivo en general, que no ha querido aprobar hasta ahora las propuestas legales que ha dirigido esta representación, desechando asimismo la cámara de senadores los que ella nombró, a pretextos insubstanciales e insignificantes; y viendo, por fin, que todo es emanado de complots para que triunfe una facción ominosa y desorganizadora que ataca con impudencia los más sacrosantos derechos; la asamblea, en consecuencia de sus atribuciones y del deber de sostener a todo trance la gran carta constitucional", declaró que desconocía la autoridad del gobierno, que consideraba nulos sus actos, y que le negaba obediencia. Días más tarde la asamblea de la provincia del Maule adhirió a la de Concepción.

El general Pinto presentó la renuncia de su cargo, y desentendiéndose de las decisiones del congreso, que le llamaba a asumir el mando, el 18 de octubre pasó a este cuerpo una nota en que le dice: "No insisto en mis enfermedades habituales. No invoco el principio incontestable de que toda grave responsabilidad debe ser voluntariamente contraída. En otras circunstancias hubiera renunciado gustoso este derecho. Motivos de un orden superior me hacen imposible hacerlo. Algunas de las primeras operaciones del

congreso adolecen, en mi concepto, de un vicio de legalidad que, extendiéndose necesariamente a la administración que obra se en virtud de ella, o que pareciese reconocerla, la haría vacilar desde sus primeros pasos, y la despojaría de la con fianza del público. No me erijo en juez del congreso. Lo respeto sobremanera. La inteligencia que doy a la carta constitucional será, tal vez, errónea; pero basta que en un punto de tanta importancia difieran mis opiniones de las del congreso, basta que entre los principios que la dirigen y los míos no exista aquella armonía sin la cual no concibo que ninguna administración pueda ser útil, basta, sobre todo, la imposibilidad de aceptar la presidencia sin aparecer partícipe en actos que no juzgo conformes a la ley para que me sea lícito, si no obligatorio, el renunciarlo".

La actitud de Pinto asestó el golpe de gracia al pipiolismo; y reforzó moralmente la posición de las provincias de Concepción y de Maule cuya inferioridad militar respecto de las fuerzas del gobierno era enorme. Obligado por el congreso a prestar juramento, Pinto lo hizo con la intención de imponer desde el gobierno una solución de armonía; y el día 20 de octubre le dirigió la siguiente comunicación, que refleja su estructura moral y la entereza negativa de su carácter: "Ha llegado —decía— uno de aquellos momentos en que la vida de las naciones hacen desaparecer todas las opiniones, todos los intereses a vista del grande y primordial objeto de la propia conservación. Poseo datos ciertos sobre la situación presente de la República. Para mejorarla de un solo golpe, para restituirla al reposo y asegurarle la dignidad de que necesita, sólo se presenta, a mi

parecer, un plan de operaciones. Me considero en la imperiosa necesidad de manifestarlo al congreso, y me creía altamente criminal para con la nación entera, si lo sepultara en un culpable disimulo. La separación absoluta del congreso, la convocación de los cuerpos electorales y la renovación de las elecciones constitucionales para el año venidero en las épocas que la ley fundamental señala, tales son, en mi opinión, las solas medidas que pueden salvar de un naufragio inminente el bajel del estado. Si esta opinión es errónea, estoy seguro de la solidez de las razones en que se funda, y sobre todo de la pureza de las intenciones que la dictan. Para acreditarlo de un modo irrefragable, para el primer ejemplo del desprendimiento y la lejanía de toda mira personal, me comprometo del modo más solemne, en caso que estas ideas merezcan la aprobación del congreso, a dirigir a los pueblos de Chile una exposición sincera de los sentimientos que animan a la persona a quien ellos se han dignado confiar sus destinos, y a declarar sobre todo en los términos más positivos la inapelable resolución que ha formado de separarse para siempre del mando supremo".

El congreso rechazó la insinuación de Pinto, y éste delegó el mando en el presidente del senado, Francisco Ramón Vicuña. Durante sus dos años de presidencia, este mandatario cuya moderación de carácter lo hacía simpático a la antigua aristocracia gobernante y cuyo espíritu irreligioso le conquistó las simpatías de los que se titulaban avanzados, desarrolló una extensa labor legislativa más cuerda que las anteriores. Por desgracia, no logró implantarla y las leyes y los decretos quedaron en el papel. Gastó, también, repetidos

esfuerzos por calmar las pasiones y por encarrilar al país más por la persuasión que por el mando efectivo, sin encontrar eco en bandos exacerbados por los odios.

\* \* \* \*

Ambos bandos se disputaron encarnizadamente la adhesión de Freire, que representaba el mayor prestigio militar de ese entonces. Los adversarios de- O'Higgins habían logrado años atrás inculcarle un odio contra su antiguo ídolo, que conservó por el resto de sus días, explotando su amor propio militar, inventando desaires que nunca existieron y convenciéndole de la iniquidad de algunos actos del ex Director Supremo. Su espada, movida por estos resortes, había sido decisiva en la caída de aquél. Se intentaron los mismos recursos. Gandarillas y Benavente, que habían sido sus ministros y que tenían gran influencia sobre su ánimo, le representaban el escaso aprecio que Pinto hacía de su gloria y de sus servicios; y el empeño que los hombres del nuevo régimen, ponían en deprimir su administración. Consiguieron, por estos medios, predisponerlo contra, el gobierno, al mismo tiempo que le convencían de que él era el único hombre capaz de salvar al país. Pero la tarea era, ahora, más difícil, porque la esposa de Freire, Manuela Caldera, señora de gran belleza y de bastantes bríos, era pipiola; y en lugar de sumar su influencia a la acción de Benavente y de Gandarillas, se había puesto del lado de sus ideas y de sus parientes.

Resultó de esta lucha que, habiendo el congreso recomendado al vicepresidente Vicuña que diera a Freire el mando del ejército pipiolo, este aceptó, dejando sumidos en la consternación a los

revolucionarios que contaban con su con curso, o con su neutralidad, a lo menos. Se le había convencido de que la revolución se hacía en favor de O'Higgins, a quien continuaba odiando por sobre todas las cosas. Además, el alejamiento de Pinto del gobierno, removi6 el otro obst6culo: el de servir a un mandatario que lo había desestimado. "Ese día nos vimos casi perdidos", dice Rodríguez Aldea. No desmayaron, sin embargo. Este lo convenció de que O'Higgins no vendría en ningún caso y que era extraño a la revolución. Benavente y Gandarillas le inculcaron la idea de que el país se pacificaría en el acto, si en vez de entregarle sólo el mando militar, los pipiolos le entregaban, también, la presidencia; y lo comprometieron a rechazar el mando militar, si no se le daba el gobierno político. Los pipiolos, dueños del gobierno y de las fuerzas militares, que ya habían negado a Pinto exigencias semejantes; rechazaron la de Freire; y éste, herido, declinó el mando del ejército, tal cual lo habían previsto sus diestros consejeros. La señora luchó en vano por cambiar su decisión. "Peleó en su casa, hubo vasos y botellas quebradas en la mesa en ese día, la mujer quedó llorando y maldiciendo en contra de Benavente, de Gandarillas, y de mí"<sup>7</sup>.

\* \* \* \*

Para evitar que las tropas fieles continuaran plegándose a la revolución, como lo habían hecho los Cazadores a caballo, el gobierno dispuso que los batallones de infantería Concepción, mandado por Rondizzoni y Pudeto, por Tupper, y la parte del cuerpo de artillería que había en Santiago, acamparan en la Calera, a

---

<sup>7</sup> Carta de Rodríguez Aldea a O'Higgins.

cuatro leguas de la ciudad, bajo el mando del coronel Benjamín Viel. Allí debía reunírsele el batallón Chacabuco, que venía retirándose del sur. La ciudad quedó, así, sin más fuerzas que el pequeño escuadrón de húsares que formaba la escolta, la policía poco numerosa y mal organizada, y dos cuerpos de guardias nacionales que casi no representaban valor militar efectivo.

Esta circunstancia precipitó la resolución de celebrar una asamblea y de deponer en ella a las autoridades constituidas, tal como se había hecho el 28 de enero de 1823. Encabezaron el movimiento Manuel José Gandarillas, Diego Antonio Barros, Juan Francisco Meneses, Diego Portales y algunos otros representantes de la oposición. El intendente Pedro José Prado, sea que al advertir la calidad de las personas creyera perdido al gobierno, o que divisara en la reunión una salida al conflicto, la dejó desarrollarse. Una vez reunidos en el consulado unas mil personas, casi en su totalidad gente decente y encabezadas por las principales personas país, se procedió a leer un acta redactada por Gandarillas, cuyas conclusiones eran: "El vecindario de Santiago: Primero, no reconoce la autoridad del cabildo, ni la de la asamblea, ni la de ningún funcionario cuyo nombramiento haya emanado de alguna 'de esas corporaciones. Segundo, declara nulas las elecciones de diputados y senadores de esta ciudad, y, por la intervención que han tenido en las cámaras, insubsistentes los nombramientos que estos cuerpos, hayan hecho de cualesquiera empleados. Tercero, niega la autoridad al que actualmente detiene el mando de la república, y a las cámaras que se han puesto en receso". Para evitar la falta de todo



gobierno, el vecindario allí reunido, acordó, igualmente, nombrar una junta gubernativa compuesta del capitán general Ramón Freire, en quien residiría el mando de la fuerza armada, de Francisco Ruiz Tagle y Juan Agustín Alcalde, y la autorizó para tomar todas las medidas conducentes al restablecimiento de la tranquilidad pública, para corregir la ley de elecciones, para proceder a otras nuevas y para restaurar el régimen constitucional. Acto continuo, se designó una comisión compuesta del mismo Gandarillas, de Diego Antonio Barros, de Juan Francisco Meneses y de José María Guzmán, para que pusieran el acta en conocimiento del presidente en ejercicio, Francisco. Ramón Vicuña.

Vicuña recibió cortésmente a la comisión, y junto con manifestarle el sacrificio que hacía desempeñando en semejantes circunstancias la presidencia, expresó que no podía resignar el cargo en la forma irregular en que se le exigía. La intemperancia de unos doce o quince pipiolos exaltados y especialmente la de Francisco Fernández, imprimió a la reunión, contra la voluntad del presidente, un giro cuyas consecuencias iban a ser la vejación de la persona del mandatario. Ya, al llegar la comisión había sido recibida agresivamente; durante la conversación con el presidente le había costado a éste trabajo hacerlos guardar compostura; y a la salida, se desataron en insultos e improperios que, sin resolver nada, iban a aumentar la exasperación de los ánimos.

La multitud aguardaba, reunida en el consulado, el regreso de la comisión; y tan luego como se impuso de la forma cómo se la había tratada se dirigió a la casa de gobierno, ubicada en el lugar que hoy

ocupa el correo, desarmó la guardia y acometió con lo que encontró por delante. El primer mandatario, viendo su vida en peligro, protestaba en todos los tonos que él no era el que había ordenado a la guardia resistir. Carlos Rodríguez que, pistola en mano, había intentado defender al presidente, vio en el acto lucir frente a él una docena de cañones abocados al pecho. Fue difícilmente salvado por, la serenidad y la entereza de Diego José Benavente. Vicuña había aparecido revestido de la banda presidencial. Logró despojarse de ella, y su hijo Pedro Félix, la ocultó en un sombrero, de donde fue substraída por Meneses. Por suerte, se le ocurrió al presidente pedir a la multitud que fueran a buscar al general Freire, designado presidente de la junta gubernativa momentos antes en el consulado; y los asaltantes, tomando este pedido por dimisión, se encaminaron a casa del general. Con el propósito de poner fin al tumulto, Freire, cediendo a las instancias de Diego Antonio Barros, acudió a palacio. La multitud lo levantó en brazos y así fue llevado en medio de un vocerío ensordecedor hasta el sillón presidencial, donde Meneses le colocó la banda arrebatada a Vicuña. Después de grandes esfuerzos, Gandarillas, Rengifo y Rodríguez Aldea, lograron imponerse al tumulto y acallar el vocerío. Quedó la junta compuesta por Freire, Ruiz Tagle y Juan Agustín Alcalde, ya designados en el consulado. Entretanto, el presidente Vicuña, aprovechando el momento en que la multitud fue a buscar a Freire, había logrado refugiarse en su casa sin firmar la dimisión.

En la tarde, la junta comunicó, por el órgano del sub secretario del interior, su instalación a los intendentes de provincias en la

siguiente circular: "El pueblo ha negado obediencia al gobierno supremo de la república y exige tenazmente todas las medidas que indica el acta que se acompaña a US. Ha pedido que la junta mencionada substituyese al jefe supremo, por considerar disueltos los vínculos que han unido a las provincias. Este magistrado se creía sin facultades para sellar con su consentimiento aquellas providencias, y el resultado fue, que, habiéndose separado de la silla suprema sin deliberar cosa alguna en tan espinosas circunstancias, porque a su juicio nada le quedaba qué hacer cuando ya se había desconocido su autoridad, el pueblo exigió de la junta el duro sacrificio de ocupar un puesto que sus miembros habrían repugnado en épocas menos tristes". Continúa la circular esbozando los propósitos de la junta en orden "a establecer la armonía entre las provincias" y a realizar "la grandiosa obra^ de la reorganización del estado".

\* \* \* \*

La junta presidida por Freire se había instalado en medio de autoridades y de corporaciones, como el cabildo, la asamblea provincial, el intendente y el personal de gobierno, que eran netamente pipiolo, sin disponer de fuerzas para imponer su decisión. El ejército de Prieto estaba aún distante, y no era probable que los batallones concentrados en la Calera de Tango le prestaran obediencia.

En la mañana del día 8, la asamblea provincial y el cabildo, compuestos exclusivamente de pipiolo, se reunían, citados por el intendente Prado, para imponerse del oficio de la junta, y

desconocían su autoridad. Viel, por su parte, reunió a los comandantes y mayores de los batallones y de finió su actitud en estos términos: "Esta división obedece, como hasta ahora ha obedecido, las órdenes del poder ejecutivo constitucional, protestando a la faz de la nación que jamás hará uso de sus armas para hostilizar a sus conciudadanos, cuyos derechos defenderá hasta derramar la última gota de sangre, y haciendo notoria esta declaración, obrará en el concepto de haber uniformado sus votos con los de la mayoría de la república".

Con esta resolución la junta quedaba de hecho sin autoridad. Pero la revolución seguía ganando terreno. Rancagua se había plegado a Bulnes. Melipilla se sublevó y nombró gobernador a Agustín Vidaurre. El intendente de Aconcagua avisó que de un momento a otro esperaba ser depuesto. El gobierno, temeroso de no ser obedecido, se abstuvo de adoptar medidas de represión.

El cabildo de Santiago, en la reunión que desconoció la autoridad de la junta, había recomendado abrir negociaciones con Prieto. Cumpliendo estos deseos, el presidente Vicuña despachó como plenipotenciario al coronel Pedro Godoy, y le dio las mismas bases de arreglo que el partido pipiolo había propuesto anteriormente. En el fondo, consistían en una tregua hasta que se verificaran las elecciones de presidente y de vicepresidente de la república, conservando entre tanto Prieto el mando del ejército del sur. Las proposiciones no podían ser aceptadas por la oposición, dada la desconfianza que tenían en elecciones presididas por Vicuña, Godoy fue capturado por Bulnes al pasar por Rancagua y no pudo

proseguir su viaje. Tampoco encontró acogida, en el círculo, formado ya casi exclusivamente por la pandilla que dominaba a Vicuña, una nueva gestión iniciada por la junta de Freire, la cual deseaba, por sobre todo, evitar el desenlace sangriento del conflicto. Mientras se realizaban estas gestiones, el presidente, informado de que se iba a robar su persona y temeroso de sufrir nuevas vejaciones, se trasladó a Valparaíso haciendo extender antes el siguiente decreto: "Hallándose amenazada esta ciudad de ser invadida por las fuerzas insurreccionadas del sur y estando amagado el gobierno de sucumbir, no sólo por los ataques de dichas fuerzas insurreccionadas del sur, sino también por las asechanzas que sabe le preparan los facciosos que ya intentaron despojarlo de la autoridad que ejerce por ministerio de la ley; no debiendo él exponer la -república a las fatales contingencias de la acefalia en que quedaría sumergida si el jefe supremo fuese privado de su libertad o de su vida, delego el mando en el vice intendente de Santiago".

\* \* \* \*

El 12 de noviembre iba a estallar en Santiago una aso nada popular. Desde temprano, circulaba un volante con el texto de la nota en que la junta pedía al presidente provisional la entrega del mando, precedida de una invitación al pueblo que decía: "Los ciudadanos deben reunirse a las 12 de este día en la plaza principal para solemnizar el recibimiento del gobierno que han nombrado, o para tomar medidas en el caso que el ex gobernante continúe resistiendo la voluntad del pueblo".

No era fácil medir las consecuencias de semejante re unión. Hasta donde pueden presumirse acontecimientos no realizados, tal vez habría sido el término del régimen pipió lo y de la guerra civil. La llegada de la división acampada en Tango a las órdenes de Viel, impidió la asonada; y fue el punto de partida de una nueva tentativa de Freire para imponer el gobierno de la junta y evitar la guerra civil. Viel llegó hasta el centro de la plaza y procedió a celebrar una junta de guerra. Se dio lectura a la nota del gobierno, y se arribó al acuerdo de no mezclarse en asuntos políticos y de sostener las autoridades constituidas. Pero dentro del designio pipiolo de separar a Freire de la influencia opositora que lo rodeaba, se acordó, también, "entregar el mando de la fuerza armada al Excmo. señor capitán general del ejército don Ramón Freire como al jefe nato de mayor grado, y no como presidente de la junta gubernativa".

Freire no perseguía otro propósito que evitar la guerra civil. Se había convencido de que faltaba al gobierno el prestigio y la fuerza moral para continuar al frente del país. Por muy inconsciente que se le suponga —y los historiadores han extremado su inconsciencia— no podía dejar de percibir este hecho que flotaba en la atmósfera. Materialmente vencedor, el gobierno tenía que caer moralmente días más tarde. Su línea de conducta revela una conciencia que pelucones y pipiolo le han negado a porfía. Veía en la obstinación de los pipiolo, ya reducidos casi a Novoa y la pandilla, un inútil derramamiento de sangre. Sabía, además, que ningún avenimiento era posible sobre la base de la continuación del gobierno provisional de Vicuña, al cual la oposición suponía instrumento inconsciente de

Novoa. Confiando en su prestigio militar, y creyendo que la composición de la junta, formada por tres individuos que hasta el día anterior habían marchado con el gobierno, podía repercutir favorablemente a sus deseos en el ejército, dictó, el mismo día doce, la siguiente orden del día: "El comandante general de armas dará las órdenes para que el ejército y milicia reconozcan y presten obediencia á la junta provisional nombrada por el pueblo en la reunión del 7 del corriente; y en atención a no haber ninguna autoridad civil, ordenará se publique por bando el acta celebrada en ese día, a fin de que llegue a noticias de todos.— Freire". La junta, por su parte, creyó del caso anunciar al pueblo que habían cesado los motivos de alarma y de zozobra. El mismo día, Freire despachó un propio a Prieto, comunicándole que había logrado solucionar el conflicto y le ordenó detener su marcha al norte.

Entretanto, el día 13, una nueva junta militar dirigida nominalmente por Viel, y en la realidad por el coronel Tupper, se negó a acatar la orden de Freire, y lo removió del mando que le había conferido. Intentó éste hacerse obedecer sin lograrlo. Acompañado 'del teniente general Blanco Encalada, se dirigió después de mediodía al cuartel de San Agustín, donde estaban acuartelados los regimientos Pudeto y Concepción, mandados por los coroneles Tupper y Rondizzoni. Ordenó al primer oficial que encontró al paso, tocar a formación. Sorprendido el sargento mayor Gregorio Barril con lo que ocurría, acudió a imponerse del origen de la orden; y expresó respetuosamente al general que sólo podía recibir órdenes por el órgano regular de su comandante. Pendiente

aún el altercado, apareció a caballo el coronel Tupper; y, acto continuo, mandó al batallón ¡Firme! ¡Armas al hombro! El batallón respondió a la voz de su jefe. Se siguió un nuevo altercado entre Freire y Tupper. Para cortarlo, el último invitó al primero a que hablara a los soldados. Permaneciendo éstos mudos, Tupper preguntó: ¿A quién reconocéis por jefe, a un general que ha traicionado a un gobierno legítimo, o a vuestro comandante? "No obedecemos sino a nuestro comandante", fue la respuesta. Freire se retiró animado de la firme resolución de no mezclarse más en política ni en revoluciones. Los acontecimientos iban, sin embargo, a disponer otra cosa. Los odios políticos, la concupiscencia de los aventureros y las ambiciones de hegemonía continental de Santa Cruz, -iban a continuar explotando, por largos años su incurable buena fe y deslustrando su nombre. Sufrimientos de todo género debían amargar el ocaso de su vida.

\* \* \* \*

Se había formado de hecho una especie de junta revolucionaria, cuyas cabezas salientes eran José Antonio Rodríguez Aldea, Juan Francisco Meneses, Manuel José Gandarillas, Diego José Benavente, Manuel Rengifo y Victorino Garrido. Unido a los últimos, por lazos de afecto personal y no por comunidad de ideas, salvo con Garrido, actuaba Diego Portales. Era un comerciante de treinta y siete años de edad, desconocido en los círculos políticos, salvo su figuración en el negocio del estanco, como gerente y socio de la firma contratista "Portales, Cea y Cía." En abril de 1823, el gobierno le había nombrado miembro del tribunal de residencia que debía



juzgar a los funcionarios públicos y que se componía de cinco vocales y de un fiscal; y en 1825 le volvió a designar miembro del consejo consultivo que creó Freire. Campino había tenido la mala ocurrencia de encarcelarlo, tal vez por representar la cabeza visible de la firma contratista del estanco. Hizolo en mala hora para la suerte de su motín. Portales, desde la cárcel, apresó a su apresador con una audacia y una seguridad en los medios que pasó inadvertida a los contemporáneos.

Se vuelven a encontrar huellas suyas el mismo año 1827, en un periódico satírico contra el régimen pipiolo. "El Hambriento", que se titulaba a sí mismo "papel público, sin período, sin literatura, impolítico, pero provechoso y chusco", del cual se alcanzaron a tirar diez números. Este periódico "era el eco de las carcajadas de la tertulia política de Portales, quien con su genio zumbón y su destreza para descubrir los lados flacos de los caracteres, era una abundante fuente de temas y de argumentos". "Los redactores fueron Manuel y Ramón Rengifo, Manuel José Gandarillas, Manuel de Salas, Diego José Benavente, Victorino Garrido y Portales, que más inspiraba que escribía"<sup>8</sup>

Hasta este momento, sólo ha aparecido en la prensa para contestar los ataques que se le dirigían en cuanto gerente de la firma concesionaria del estanco, y para desmentir o aclarar actos y situaciones sin ningún alcance político. Aunque, según se verá más tarde, la creación de su genio político es taba ya esbozado a grandes rasgos, no se advierte el menor indicio del deseo de realizarla. Su

---

<sup>8</sup> Briceño, Estadística bibliográfica de la literatura chilena, I, p. 157.

actuación es más de índole cívica que política. Es una preocupación por la incapacidad de los gobernantes que no aciertan a poner orden en el caos naciente, y una indignación contra la pandilla de los que titula aventureros desvergonzados que, a río revuelto, empieza a adueñarse del gobierno. No es el odio al aventurero mismo. Tuvo a su servicio a Mora y a Chapuis como escritores mercenarios, y más tarde alimentó de su bolsillo a algunos de ellos. Sus odios jamás hicieron blanco en los hombres sino en cuanto malvados o picaros, expresiones en que condensa los conceptos de falta de honradez y decencia en el desempeño de los puestos públicos. Liquidadas las cuentas de la compañía contratista del estanco con el fisco, se fue a Valparaíso. Allí reanudó sus actividades comerciales, ya muy olvidado del estanco y de sus complicaciones. Revisando su correspondencia, especialmente la sostenida desde 1823 con Benavente, se advierte una viva preocupación por los acontecimientos de la política americana. Divisa caminar a su país hacia una catástrofe irreparable. Más, lejos de preconizar la revuelta, exhorta al mismo Benavente y a otros a que entren al gobierno y auxilien a Freire. La noticia del llamado a Pinto a la presidencia, hace renacer por un momento sus esperanzas. En el fondo de todas las cartas de esa época hay una preocupación tenaz, un *leit motiv* que puede expresarse así: ¿Cómo es posible que se deje hundir al país, cuando es tan sencillo salvarlo? Habiendo tantos hombres inteligentes, probos y patriotas, ¿por qué se apartan del gobierno y lo abandonan a los ineptos y a

los picaros? Inútilmente se buscará un indicio del deseo de actuar personalmente en política.

Después de los primeros fracasos de Pinto, parece volver la espalda a la cosa pública. No quiere saber nada. Las instancias de Rengifo y de Gandarillas, la condescendencia con amigos a quienes quiere, lo mueven a escribir a sus antiguas relaciones del estanco y a las suyas personales, para recomendar las candidaturas que la oposición presentó a la lucha electoral de 1829. Esta intervención no modifica, sin embargo su repugnancia por la política. El 11 de agosto de 1829, escribe desde Valparaíso a Fernando A. Elizalde: "La parte que yo he tenido en esta incomunicación no ha sido voluntaria; no habiendo negocios particulares sobre qué escribirte, siento una fuerte repugnancia para ocuparme y ocuparte de asuntos públicos, cuyo giro causa asco y desesperación: así es que cuando por necesidad tengo que detener me algunos ratos en escribir acerca de ellos, lo hago con inexplicable violencia, y botando la pluma a cada rato. Ningún sacrificio de cuantos hago por ser buen chileno me cuesta más que éste".

La situación general sigue agravándose. La descomposición es ya total. Nada queda que hacer al hombre de trabajo ni al ciudadano que conserve un resto de decencia. Para una personalidad como la de Portales no hay más alternativa que exceder a los demás en desvergüenza, o revolverse revolucionariamente contra el orden de cosas imperantes. Con fecha 6 de septiembre de 1829, en carta a Benavente que vacilaba, deja ya ver el propósito de buscar por otras vías la reacción que no pudieron realizar sus exhortaciones a los

hombres del gobierno. "Puede suceder —le dice— que nuestros intereses y afecciones se manifiesten opuestos en la apariencia dentro de poco tiempo". Y más adelante: "He jurado guerra eterna a los malvados, y si se verificare el imposible de que Ud. se convirtiese en uno de ellos, sería el único pícaro con quien pudiera estar en paz y a quien deseara bienes y felicidad". Este era su estado de ánimo cuando habló por primera vez con Rodríguez Aldea, en el mismo mes de septiembre de 1829. "En Valparaíso — dice éste en carta a O'Higgins, escrita a principios de 1831— conocí a don Diego Portales, a quien nunca había saludado; fue fácil unirnos, porque él con los del estanco era muy contrario a los pipiolo. A mi venida para Santiago, le vi por tercera vez, y me dijo que si lograba inspirar confianza a Freire de que el movimiento de los pueblos del sur no eran para traer a Ud., era entonces muy fácil dar en tierra con todo el pipiolaje. Según lo que hablamos en tres largas entrevistas que tuvimos, debo asegurar que él no era contrario a usted... Y que no había motivos, pues su familia no lo había sido. También él tenía una fortuna hecha y le interesaba un gobierno de orden. Observé, sí, que era opuesto al general Bolívar, y traté de inspirarle confianza en cuanto a no haber relación entre Ud. y el Libertador. También procuré de inspirarle confianza respecto del general Prieto, porque advertí que no le miraba bien. En fin, me vine de Valparaíso, y ya fue preciso marchar adelante". Y ya peleado con Portales, lo retrataba así: "Los estanqueros, aunque estaban caídos, eran los más temibles y de importancia por dinero, influjo, relaciones y plan combinado. El jefe de éstos, don Diego Portales, es hombre

ciertamente de revolución,- genio vivo, emprendedor y de una actividad increíble; pero, al mismo tiempo, falso, inconsecuente, voluntarioso y de odios implacables".

A partir desde este momento, su carácter ardoroso empujó a Portales a la revolución, sin escatimar sacrificios personales ni pecuniarios. El ejército de Prieto venía del sur mal armado, con pocas municiones y casi desnudo. Portales reunió cuarenta mil pesos, de los cuales él puso catorce mil, a pesar de su difícil situación financiera, siete mil cuatrocientos Rodríguez Aldea y el resto lo reunió entre los demás adeptos. Apenas Prieto se acercó a Santiago, se fue con Rodríguez Aldea al cuartel general de Rancagua; y desde allí imprimió a la campaña una energía sagaz y atrevida. Provocó las sublevaciones de Aconcagua y de Coquimbo; hizo des tacar una pequeña división sobre Valparaíso al mando del teniente coronel Pablo Silva, que llevaba como mentor a Victorino Garrido. Este logró ocupar la plaza por la astucia y sublevó el bergantín "Aquiles", el único buque de la marina de guerra. El presidente Vicuña obtuvo del comandante de la fragata inglesa "Thetis" (de sesenta y cuatro cañones y de cuatrocientos hombres de tripulación), que capturara al buque sublevado, el cual apenas contaba con veinte cañones de corto alcance y alrededor de cuarenta hombres de tripulación. El "Aquiles" se rindió después de perder la cuarta parte de la marinería. Este combate despertó un verdadero furor popular contra los extranjeros, que repercutió en Lircay, en el asesinato de Tupper, y en otros desmanes que los superiores no pudieron contener. Recuperado el "Aquiles", el

presidente huyó en él a Coquimbo, y allí se entregó a los revolucionarios el 20 de diciembre, seis días después del combate de Ochagavía.

Como consecuencia de las sublevaciones de las provincias y de la ocupación de Valparaíso, el gobierno, contando con fuerzas militares muy superiores a las revolucionarias, quedó reducido a la ciudad de Santiago.

Se produjo un fenómeno que pareció tan natural a los contemporáneos que nadie reparó en él. Portales, sin prestigios anteriores de ninguna naturaleza, sin pretenderlo, se adueñó de la dirección del movimiento revolucionario. Los heterogéneos elementos entre los cuales no había más lazo común que la conciencia de la necesidad de derribar al gobierno, por su parte, se subordinaron a una voluntad que no reflejaba la aspiración de ninguno de ellos. Pelucones, reaccionarios, doctrinarios, egañistas, federales, o'higginistas, liberales y militares, como magnetizados, siguieron la dirección que les imprimió Portales, sin saber adónde les llevaba. Ni el jefe se dignó señalar la meta, ni a nadie se le ocurrió preguntárselo. Empujados por una fuerza extraña, tomaron todos, una dirección, que no era la propia. Después de Ochagavía, Rodríguez Aldea advirtió, espantado, que estaba solo; que no era nadie, y que la revolución que afanosamente había incubado con Basso, se orientaba en una dirección muy p diferente de la que había presidido su génesis; pero que él ni nadie adivinaban. El mismo Prieto, que había recibido con desconfianza a Portales en el

primer momento, parecía, también, no tener más voluntad que la de éste.

\* \* \* \*

Las negociaciones entre Prieto, Rodríguez Aldea y Portales, por un lado, y Lastra y Bilbao, vice intendente de Santiago, en ejercicio del poder desde la fuga del presidente y de sus ministros, habían continuado, estimuladas por Vicuña, obispo de Cerán, por Borgoño, por Blanco y por otras personas empeñadas en evitar la batalla, sin llegar a resultado. Entretanto, la vanguardia de Prieto, mandada por Bulnes, capturaba dos compañías de artillería que habían salido de Valparaíso en dirección a Santiago antes de la caída de esa plaza. Ciento setenta soldados y dos oficiales se incorporaron al ejército de Prieto. Capturó, además, Bulnes cuatro mil pesos y la correspondencia de que era portadora la columna.

Después de todas estas incidencias, los ejércitos que iban a pelear en Ochagavía no alcanzaban a reunir entre ambos tres mil hombres. Mandaba el del gobierno el general Francisco de la Lastra, que nunca había comandado un batallón y que asistía por primera vez a una batalla. No había sido posible obtener el concurso de ninguno de los generales restantes. Su impericia la suplía el coronel Viel, nombrado jefe de estado mayor. Se componía este ejército de tres batallones veteranos de infantería, de una buena brigada de artillería, de un escuadrón de húsares y de uno de milicianos, en total poco menos de mil quinientos hombres. El ejército de Prieto, que superaba al de Lastra en la caballería, fuerte de seiscientos hombres de línea, era muy inferior en infantería y en artillería.

Contaba sólo con dos cañones, un buen batallón de infantería de línea y dos batallones de la misma arma recién formados y aún a medio disciplinar.

El combate comenzó por un ataque de Lastra a las posiciones de Prieto, iniciado a las cinco de la mañana del 14 de diciembre. Este había tendido su línea delante de las casas .de Ochagavía al abrigo de las tapias vecinas. Lastra abrió el fuego de artillería e intentó llegar con parte de la infantería hasta las mismas casas, aprovechando las tapias no ocupadas. El ataque fue rechazado por los fuegos de los dos cañones de Prieto y por un contraataque de dos compañías del Maipú. Una vigorosa carga de caballería, mandada por Baquedano, desorganizó los débiles escuadrones de Lastra, cuyos restos huyeron a la ciudad y se disolvieron.

A pesar de estos contrastes, la infantería de Lastra, más numerosa y de un valer muy superior a la de Prieto, renovó el ataque a las casas, reforzada por los fuegos de la artillería y obligó al ejército revolucionario a desalojarlas. Prieto se retiró en orden hasta las casas de Domingo Eyzaguirre, al sudeste de San Bernardo, donde ocupó la viña, y rompió de nuevo los fuegos, resuelto, al parecer, a resistir a los batallones Concepción y Pudeto que lo embistieron. Al mismo tiempo, Baquedano cargaba con los Cazadores a la infantería de Lastra por retaguardia, y Bulnes con los Granaderos caía por el flanco. Eran las siete de la mañana y el combate permanecía indeciso. Las cargas "de caballería habían paralizado momentáneamente el avance de la infantería de Lastra y desorganizado los batallones sin aniquilarlos. La suerte del combate



dependía, en ese momento, de que Prieto contara aún con infantería y municiones suficientes para apoyar las cargas de caballería, y de la presteza con que Lastra lograra rehacer sus batallones. Lo que sigue está de tal manera de formado por la pasión política, desde los documentos originales, que cuesta reconstituir siquiera aproximadamente los acontecimientos como fueron. Pero hay dos datos firmes que hacen comprensible la suspensión de los fuegos y el extraño tratado de Ochagavía. Prieto estaba escaso de municiones, circunstancia ignorada por Lastra<sup>9</sup>. Su retirada de las casas de Ochagavía, para decidir la batalla en un campo más propicio a las cargas de caballería, no tiene otra explicación táctica. El hecho de solicitar el armisticio, revela que no tenía esperanzas de triunfar. La facilidad con que Lastra y Viel aceptaron pactar, dada la animosidad en que ya estaban los combatientes, la decisión con que aceptaron el tratado, la actitud posterior de estos jefes y todos los datos que hemos logrado reunir, manifiestan que, después de la segunda carga de caballería, consideraron ambos imposible alcanzar, por su parte, un triunfo decisivo, ignorando como ignoraban, la debilidad de Prieto.

A la hora indicada, este último general, se apersonó al comandante del batallón Concepción, coronel José Rondizzoni, y le pidió que lo acompañara hasta donde estaba el general Lastra, para pactar un convenio que pusiera término a la lucha. Tanto este general como el jefe de estado mayor Viel, aceptaron con efusión la idea, y convinieron en reunirse en las casas de Ochagavía. Procedieron

---

<sup>9</sup> Carta de Rodríguez Aldea a O'Higgins.

antes a soltar los prisioneros y a retirar las tropas a las posiciones de la mañana, de suerte que las de Prieto quedaron rodeando las casas donde se iba a celebrar la conferencia. Se invitó a ella a todos los jefes de cuerpos; pero los comandantes quedaron ocupados en reunir las tropas dispersas y sólo acudieron el general Lastra, Viel y el coronel Pedro Godoy, que hacía de secretario del general en jefe. Iniciada la discusión del convenio, se puso por obra un plan ideado por Rodríguez Aldea. Fingiendo un aviso de que los jefes de batallones del ejército de Lastra estaban al mando a los prisioneros devueltos y arengando a las tropas de Prieto para atraerlas, se apresó a los tres jefes pipiolos. Viel, que intentó resistir, fue despojado de su espada. Un día más tarde, Lastra, narraba así lo ocurrido: "Después de un fuerte debate y de haber entregado su espada el mayor general Viel, se celebró un armisticio concediendo al general Prieto cuanto pedía, no teniendo otra alternativa para conseguir mi libertad y la de los jefes que me acompañaban". Manuel Rengifo, llamado a redactar, dio forma a lo convenido, que se limitó a establecer un armisticio de cuarenta y ocho horas, durante el cual el general José Manuel Borgoño y Santiago Antonio Pérez, como plenipotenciarios del ejército de Santiago y el general Freire y Agustín Vial Santelices con igual carácter por el ejército del sur, celebrarían el tratado definitivo de paz. Las tropas ocuparían sus antiguos acantonamientos, se devolverían los prisioneros y no efectuarían acto alguno de guerra. Lastra, Viel y Godoy fueron a reunirse a sus tropas, y todos parecieron por el momento muy satisfechos del convenio.

Si el resultado probable del combate de Ochagavía apasionó a las generaciones pasadas, este tratado y la felonía de Prieto dividen hasta hoy la opinión, tan ávida por las pequeñeces que hablan a sus sentimientos como indiferentes por los grandes procesos de la historia. Lo curioso es que nadie ha reparado en que lo que allí se pactó es lo único que podía pactarse y lo que ya estaba aceptado y aun puesto en práctica por Lastra y por Viel. ¿Qué fue, entonces, lo que ocurrió? Algo muy sencillo, pero cuya inteligencia exige tener presente la división interna que, en los momentos de Ochagavía, había en los propósitos del heterogéneo conglomerado político que gobernaba. Desde el retiro de Pinto, casi todos los hombres de algún peso y de situación que habían formado ese conglomerado, los generales Freire, Borgoño y Lastra, los coroneles Godoy y Viel, y entre los civiles Ruiz Tagle, Pérez y cien más, deseaban un cambio de rumbo. Para realizarlo sin perder el gobierno, necesitaban poner término a la guerra civil merced a un acuerdo con los revolucionarios. En esto no claudicaban, puesto que ideológicamente no había distancia respecto de Benavente, de Rengifo, de Gandarillas y de la mayor parte de los opositores. El precio del pacto, según creían entenderlo, sólo era la exigencia de un gobierno más fuerte y la eliminación de José María Novoa y de la pandilla, propósito que, por su parte, abrigaban con la misma energía que los revolucionarios.

Mas, Novoa, cuya audacia y capacidad de acción apenas era inferior a la de Portales, cualquiera que sea el juicio que merezca su aspecto moral, "los tenía metidos en un zapato", para emplear la frase de la

época. Apoyándose en la pandilla y en un corto número de fanáticos honrados, pero inconscientes, había dominado a unos por la concupiscencia de los honores, a otros por los provechos y al ejército por un concepto de lealtad al régimen, que es la nota alta de su actuación. Era bastante perspicaz para leer las más recónditas intenciones de sus aliados, bastante diestro para frustrarles las negociaciones, introduciendo disimuladamente una exigencia que provocara el rechazo, y el único cuya sagacidad le permitía leer a libro abierto el próximo predominio de Portales, su rigidez cívica y su inflexibilidad moral en el terreno pecuniario. Lo que no vio, es lo que nunca han visto los grandes aventureros: la imposibilidad de sostener un régimen destituido de todo prestigio moral en un pueblo cuya capa dirigente estaba desorganizada, pero no podrida.

Lastra y Viel, empapados en los propósitos de Borgoño y demás partidarios decididos del acuerdo, procedieron motu proprio y sin autorización de Novoa y su bando, a aprovechar la coyuntura que les brindó Prieto durante el combate de Ochagavía, para llegar a un pacto que era la única salvación de su partido. Veían que sin caballería ya no podían aniquilar a Prieto, y que sin un resultado decisivo inmediato, el gobierno estaba perdido. Si avanzaban hacia el sur siguiendo a Prieto, Santiago se les sublevaba y el desenlace de la guerra civil iba a ser la caída del régimen. Si regresaban a Santiago, después de la pérdida de todo el norte, de Valparaíso, de Colchagua y de Concepción, de la fuga del presidente, y de la defección de todas las personas de algún valer, a la larga, Prieto, rehecho, tenía que vencerlos. Más aún, un gobierno sobre la base de

José María Novoa y de la disciplina de cuatro batallones y de tres jefes extranjeros, tenía que desmoronarse solo antes de la semana. De aquí que Lastra, Viel y Godoy regresaran contentos de lo pactado, que no sólo ponía término a la guerra civil, sino que evitaba, a juicio de ellos, el aplastamiento del régimen pipiolo, haciendo posible el gobierno de hombres más prestigiosos, como Borgoño, Freire y otros militares de su corte. Esto explica por qué, ya en libertad material por acto de Prieto y en libertad moral por la forma cómo dijeron haber sido presionados, no movieran en el acto sus tropas e infringieran el castigo merecido a los que abusaron de su buena fe.

Al día siguiente, sindicados de traidores, apostrofados de cándidos y hasta de mentecatos, por el grupo de aventureros y de violentos en que había caído el gobierno, al cual sólo interesaba mantenerse en él, cualquiera que fuera la suerte que el país corriera, comenzaron las tergiversaciones de lo ocurrido por uno y otro lado. La pasión política acabó por enredar algo que no admitía enredo<sup>10</sup>

\* \* \* \*

---

<sup>10</sup> En la correspondencia de la época, hay constancia de una iniciativa encabezada por el ex presidente Pinto, por Freire y por Borgoño, encaminada a poner término a la guerra civil, sobre la base de la candidatura de este último. Lastra, Viel, y parece que también Godoy, eran partidarios del arreglo; y esta circunstancia ayuda a comprender el pacto de Ochagavía, el choque de estos jefes con la fracción extremista de Novoa y la actitud que se vio Lastra forzado a adoptar para sindicarse de los cargos de traición. Más tarde, cuando los acontecimientos burlaron sus expectativas, todos siguieron el camino de Lastra, y atribuyeron el pacto a la presión de que habían sido víctimas. La verdad es que la felonía ideada por Rodríguez? Aldea, no pasó de una tentativa, que no tuvo influencia alguna sobre el pacto, el cual, como se ha dicho, reflejó los propósitos que, en ese momento, perseguían Lastra y sus directores. Los acontecimientos que frustraron las expectativas de este grupo, fueron la consecuencia de las vacilaciones de Freire y no del pacto de Ochagavía. Los historiadores del siglo XIX. que sólo dispusieron de una documentación muy incompleta relativa al origen y a la celebración del pacto de Ochagavía, acogieron sin examen las falsas versiones de los autores de su propia filiación política. En el tomo IX de la Historia de Chile, págs. 477-491, se relata por primera vez el verdadero desarrollo del combate y el origen del pacto entre Prieto y Lastra

A las tres de la tarde del 16 de diciembre, los delegados de los generales Prieto y Lastra firmaban un tratado de diez artículos. Ambos ejércitos debían quedar bajo el mando del general Freire. Ninguno de los militares que, por uno u otro bando, habían intervenido en la lucha, podía ser reconvenido por su participación en ella. El mismo general Freire quedaba encargado del mando político accidentalmente, debiendo ordenar cuanto antes la elección de una junta gubernativa provisoria compuesta de tres miembros; y se recomendaba para integrarla a Francisco Antonio Pinto, a Agustín Eyzaguirre y a Francisco Ruiz Tagle. Esta junta debía, a su turno, convocar un congreso de plenipotenciarios de todas las provincias que se reunirían dentro de los dos meses de publicado el convenio. Correspondía al congreso decidir si había habido o no infracción de la constitución en las elecciones de 1829; dictar la ley electoral que regiría en el futuro; convocar, si lo creía necesario, un congreso general, y nombrar un poder ejecutivo provisoria, mientras se realizaban las elecciones. A las seis de la tarde, lo firmaron los generales Lastra y Prieto.

Freire quiso asumir con cierta firmeza el papel de árbitro y entregar el país a la mayoría libremente expresada en elecciones que se realizarían de acuerdo con el largo y accidentado proceso que consultaba el pacto. Sus medidas de carácter militar no encontraron tropiezo. Disolvió las fuerzas recién movilizadas por ambos contendores, llamó al ministerio de la guerra al coronel Tomás Ovejeros y a la jefatura del estado mayor al de igual grado Fernando Elizalde, militares ambos alejados de la contienda. Pero

en cuanto quiso poner orden en las finanzas nacionales, cuyo manejo había quedado en manos de las autoridades locales, a fin de cortar las dilapidaciones y los abusos, los funcionarios pipiolo estimaron este acto un desconocimiento de las facultades gubernativas que creían al margen del pacto, por estimar aún vigente en el terreno económico la delegación del mando que en ellas había hecho el vicepresidente Vicuña antes de su fuga.

A la irritación de las autoridades provinciales, se unió el descontento general de los pipiolo, con motivo de otro decreto de Freire, en que, pretextando que no podía desprenderse de la atención del ejército, designaba una junta compuesta de José Tomás Ovalle, de José María Rosas y de Santiago Etchevers para que presidiera, en su lugar, las elecciones. Los tres eran vecinos serios y prestigiosos, que, en otras circunstancias, habrían contado con la confianza general; pero, en ese momento, los pipiolo los estimaron teñidos de revolucionarios, a pesar de su moderación, y rompieron con Freire. Ya en esta disposición de los ánimos convocó por medio de esquelas rubricadas por él y que distribuyó en número de tres mil, a elecciones para la designación de la junta provisional, en la cual debía delegar el mando en conformidad al tratado. Los invitados pipiolo se abstuvieron de concurrir, y los mil setecientos ochenta y ocho electores que sufragaron, en su inmensa mayoría, votaron por Isidoro Errázuriz, José Tomás Ovalle y Pedro Trujillo. No habiendo aceptado el último, una nueva elección lo reemplazó por José María Guzmán, y designó en calidad de suplente a Manuel Huici.

Los pipiolo prefirieron acudir de nuevo a las armas antes que afrontar una lucha electoral en que estaban vencidos de antemano, aun supuesta la más completa imparcialidad de parte de la junta y de las autoridades que iban a presidirlas. A fin de contener el movimiento que lo iba a derribar, Freire ordenó que los tres batallones- que habían formado el núcleo del ejército de Lastra, fueran a acantonarse, el Chacabuco a Melipilla, el Concepción a Quillota y el Pudeto a Aconcagua. Pero, como no tomó igual medida con el ejército de Prieto que permanecía en Ochagavía, quedó la ciudad y quedó él mismo a merced de este general.

La nueva junta fue reconocida en toda la provincia; la masa fluctuante la acató con cierto entusiasmo; y buena parte de los caídos con el régimen anterior se plegaron al nuevo gobierno. Pareció por un momento que, al fin, se consolidaba en el país un gobierno estable y que la anarquía llegaba a su término. La contrarrevolución iniciada en el sur por Barnachea, no podía alterar seriamente el orden de cosas ya producido.

\* \* \* \*

Freire había obrado en la dirección en que lo empujó el ambiente del momento y no en la de sus convicciones, que continuaban siempre gobernadas por su odio implacable a O'Higgins y por la influencia de su esposa, estrechamente vinculada a muchos de los personajes que habían figurado en el crepúsculo pipiolo. Aquel odio y esta influencia iban a ensangrentar de nuevo, sin fruto alguno, el territorio de la república y a conducir al general a un duro calvario. Se logró convencerle de que se le había engañado; que lo que se



preparaba no era el advenimiento de un gobierno vigoroso, honrado y progresista como se le prometía, sino el retorno de O'Higgins y de su odiada dictadura. Se le exhibieron la permanencia de Prieto, cuyo o'higginismo era conocido, al frente del ejército, y la actuación de Rodríguez Aldea, como pruebas inequívocas de las verdaderas finalidades de la revolución. Comenzaron las dificultades con Prieto a causa de designaciones y de órdenes militares de Freire que revelaban su desconfianza sobre las intenciones de aquél; se agravaron con motivo de las órdenes impartidas para sofocar la revuelta de Concepción; y culminaron con una insinuación a Prieto para que dejara el mando del ejército. Por otro lado, entró Freire en rivalidades con la junta que ejercía el gobierno y estaba ya reconocida por casi todo el país. El día 17 de enero de 1830 Prieto ocupó sin resistencia la ciudad y lo comunicó a aquél en una carta calculada para definir la situación. Freire contestó exonerando a Prieto del mando. Este procedió el día 18 a adueñarse del material de artillería que había en el cuartel situado en la Alameda al pie del Santa Lucía y a incorporar a su ejército los artilleros.

Durante la noche, Freire abandonó Santiago y fue a reunirse con los tres batallones que formaban el antiguo ejército de Lastra. Sobre la base de estos elementos, de los últimos restos del partido pipiolo, de la pandilla y del prestigio de Freire, se constituyó frente al nuevo gobierno una fuerza que no reflejaba una gran opinión, que no podía triunfar en la lucha armada; pero que era suficiente para alimentar una nueva guerra civil, tanto más inevitable cuanto Freire tenía un concepto exagerado de su popularidad, y el grupo de

pipiolos extremistas que lo rodeaba creía, también, tener hondas raíces en el país. Ocupó sin resistencia Valparaíso; más, en lugar de apertrecharse e intentar un golpe rápido sobre Santiago, capturó los buques que encontró en la bahía; y después de recoger el armamento y el dinero que había en la ciudad, se embarcó con dirección a Coquimbo el 27 de enero.

Perdió, en esta expedición inútil, veinte días, y sólo el 17 de febrero se embarcó de nuevo con los tres batallones en dirección a las provincias centrales. Temiendo caer en poder del bergantín "Aguiles", que suponía en Talcahuano, después de grandes peripecias, arribó a Constitución. En la barra de este puerto naufragó el buque en que iba la artillería. Se volcó el bote que lo desembarcaba, pereciendo Francisco Fernández, que ahora hacía de secretario del general; y el propio Freire fue recogido medio ahogado por uno de sus ayudantes. Otros dos buques que conducían los batallones Chacabuco y Concepción, tuvieron que recalar en la costa de Petrel cerca de Pichilemu. La infantería, dejando abandonado parte de su equipo, se dirigió por tierra a Constitución. Reunidos, al fin, los tres batallones, avanzó por la ribera izquierda del Maule hasta el lugar denominado el Barco, punto de intersección del camino que viene de la ' frontera. Allí se le juntaron algunos milicianos procedentes de Talca; las fuerzas que lograron reunir Viel y Tupper, que habían sido despachados con doscientos hombres directamente de Coquimbo a Concepción; y un contingente de caballería que le trajo de la frontera el coronel Barnachea. Alcanzó a reunir en total mil setecientos hombres con

cuatro cañones. La base del ejército pipiolo era, como en Ochagavía, los tres cuerpos de infantería de línea.

La nueva junta, desde que estuvo completa, comenzó a gobernar con una tranquila firmeza desconocida en Chile desde los días de O'Higgins. Puso término a los latrocinios y despilfarros de los dineros fiscales. Hizo frente a los gastos ordinarios y extraordinarios desde el 24 de diciembre hasta el 15 de febrero con ciento cuarenta y un mil trescientos diecinueve pesos. Lo que más llama la atención, es la conciencia que se formó de ser ella la autoridad legítima emanada de la voluntad nacional frente al gobierno caído, en el cual sólo vio una autoridad de hecho entronizada por el fraude y la infracción de las leyes. Surgida del pacto de Ochagavía, olvida su origen revolucionario. Más adelante ordenará no anotar en la hoja de servicios de los militares la acción de Lircay. Procede con gran energía, pero ajustando, o mejor, cubriendo sus actos con las leyes existentes, forzando, si es necesario, su interpretación.

No vaciló un momento delante de Freire y de los que le siguieron. Consideró al árbitro del pacto de Ochagavía como un simple faccioso, y así lo comunicó a las autoridades de la república. Su lenguaje es el mismo de Freire; representa las aspiraciones de libertad y las garantías sociales. Pero a diferencia de los gobiernos que vienen sucediéndose desde hace siete años, se palpa por primera vez la voluntad de gobernar en una dirección fija. "Disuelto — dice una circular dirigida a las autoridades — el pacto social que unía a la república, esta provincia ha reasumido su soberanía como las demás, y el gobierno que ella instaló por su más libre voluntad,

que es el poder supremo, pues él no reconoce superior alguno, y el único que debe mandar en todos Tos ramos de su administración interior. Ninguna orden, pues, que no emane de esta autoridad en lo político, militar o de hacienda, debe ser obedecida; y por eso se previene a Ud., bajo la más estricta responsabilidad, que por ningún motivo proceda a dar cumplimiento a orden o providencia que no sea rubricada por el presidente de esta junta y suscrita por el secretario".

Nombró a Prieto general en jefe; completó la dotación del batallón Maipú, formó un nuevo batallón de infantería de línea que se denominó Constitución y elevó la dotación del Carampangue. Las milicias fueron reorganizadas sobre nuevas bases. Despachó al coronel Agustín López a Coquimbo para que hiciera igual reorganización en esa provincia. Adquirió y armó la goleta "Colo-Colo", que con el "Aquiles" formaron la marina de guerra que más tarde ve remos capturar la escuadra peruana.

En medio de los preparativos militares, aceleró con gran empeño la reunión del congreso de plenipotenciarios que debía unir con un vínculo común las ocho provincias, hasta ese momento independientes entre sí. El 9 y el 10 de febrero se reunieron los representantes de las seis provincias del norte, e iniciaron los trabajos preliminares, mientras llegaban los de Valdivia y Chiloé. Comenzó este congreso por estudiar la legalidad del gobierno anterior y la validez de sus actos. El 17 de febrero, tomando pie de la opinión del ex presidente Pinto, expresada en su comunicación al congreso pasado, declaró que: "reconociendo que la voluntad

general ha declarado nula y refractarias a la constitución las últimas cámaras legislativas, son también nulos los actos que emanen de ellas". El congreso acordó nombrar inmediatamente presidente y vicepresidente provisionales que debían gobernar hasta que se efectuaran elecciones el año siguiente. Quedaban en las provincias, hasta enterar su período, a firme, las asambleas, cabildos, intendentes, gobernadores y jueces letrados contra cuyas elecciones no se hubiese reclamado hasta la fecha. Los reclamados quedaban en carácter de interinos.

El mismo día 17 se procedió a la elección de presidente y de vice, resultando elegido por unanimidad para el primer cargo Francisco Ruiz Tagle, y para el segundo, José Tomás Ovalle, con un voto disidente a favor de Diego Portales. El primero era un mayorazgo de ideas indefinidas, que por un momento, había sido candidato de los pipiolos a la vicepresidencia de la república y que, en las elecciones de 1829, fue favorecido con numerosos votos de otras fracciones. Representaba el tipo del hombre conciliador, pacato, incapaz de acción, que no es una amenaza para nadie, que siempre constituyó el ideal del gobernante para la aristocracia castellano-vasca. Portales, que era su primo hermano, con su causticidad habitual, lo calificaba de "un magnífico pavo real". Ovalle representaba, también, el mismo tipo de gobernante, con menos pretensiones, más dócil y más resignado a las decisiones de la voluntad impetuosa que todo lo avasallaba, negándose, al mismo tiempo, a ocupar puesto alguno en el gobierno.

El choque entre Ruiz Tagle y el grueso de sus nuevos correligionarios estalló en el acto. Aquél quería un gobierno blando, de conciliación, con injerencia de todos los partidos, más honrado y decente que el anterior. Estos últimos se habían orientado hacia un gobierno impersonal, pero firme, eficaz, austero e inflexible en la sanción. El presidente entró en tratos de advenimiento con los partidarios de Freire, a fin de poner término pacífico a la guerra civil sobre la base de la participación de todos en el gobierno. Portales fue el encargado de representarle la situación falsa en que se colocaba, y lo indujo a presentar su renuncia el 31 de marzo. Entró a reemplazarlo el vicepresidente Ovalle, sin que se produjera cambio alguno en la marcha del gobierno. Las gestiones de Ruiz Tagle habían revestido un carácter personal y no alcanzaron a ejercer influencia en la marcha de los acontecimientos. El nuevo mandatario, honrado, cuerdo, caballero, pero sin vocación y sin dotes políticas, fue llevado, casi a la fuerza, a un puesto para el cual no se sentía capaz.

Las provincias de Chiloé y Valdivia reconocieron al nuevo gobierno de acuerdo con las guarniciones que había en ellas. Una junta freirista instalada en Aconcagua, fue di suelta sin resistencia.

En el sur, Viel y Tupper, que, habían desembarcado con doscientos hombres cerca de Talcahuano, lograron reunir alrededor de mil milicianos y pusieron sitio a Chillan, donde el coronel Cruz se defendió con gran energía. Desde Constitución, Freire les ordenó levantar el sitio y reunirse con él en el Barco del Maule. Cruz, en el acto, marchó con quinientos hombres que pudo reunir, a juntarse

con Prieto al norte del Maule. Ambas fuerzas se confundieron con los ejércitos que iban a pelear en Lircay. Ni estas operaciones ni los sucesos que se desarrollaron en Coquimbo, tuvieron influencia en el desenlace de la contienda. La suerte de Freire y del pipiolismo se decidió en Lircay; y aunque esta batalla se libró días después de asumir Portales el ministerio, su colocación lógica está en este lugar.

\* \* \* \*

Freire, acampado en el Barco del Maule, en vista de que no podía ya esperar más refuerzos, avanzó el 15 de abril, a la luz de la luna, sobre Talca, y ocupó el pueblo antes de mediodía con unos mil setecientos hombres. Prieto había reunido, después de la incorporación de Cruz, unos dos mil doscientos hombres. Las fuerzas de infantería de ambos ejércitos eran ahora muy próximas; pero la caballería de Prieto y la artillería fuerte de catorce cañones, le daban una superioridad incontestable.

En los momentos en que Freire entraba a Talca, Prieto pudo atacarlo con fuerzas equivalentes. Prefirió, sin embargo, esperar que se le reuniera la caballería que estaba aún al sur del Maule, limitándose a aproximarse a la ciudad. El día 16 se acercó Prieto hasta una legua de la ciudad y situándose en el cerrillo de Baeza, procuró provocar a Freire para que atacara. No habiéndolo logrado, se retiró en la noche en dirección a Lircay. Freire salió del pueblo al amanecer del día 17 y tendió su línea en Cancha Rayada un poco al nororiente de la ciudad. La posición era favorable, porque los fosos que sembraban el campo inutilizaban casi la caballería contraria.

En vista de que no se le atacaba, dos horas más tarde avanzó hacia Lircay en demanda de las fuerzas de Prieto. Este último, fingiendo una retirada hacia el sur, los que encubrió con algunas falsas cargas de caballería, sin hacer caso del fuego de los cuatro cañones de Freire, avanzó en dirección al mismo cerrillo de Baeza que había ocupado el día anterior, y se interpuso entre la ciudad y la nueva posición de Freire. En estas condiciones, la derrota del último tenía que ser decisiva, dadas las fuerzas de caballería de que disponía el ejército que ahora se llamaba legal. Embistió Freire de frente las posiciones de Prieto, aprovechando lo mejor que pudo los fosos y los accidentes del terreno; pero vigorosamente rechazado por la infantería contraria, tuvo que retroceder hasta las márgenes del Lircay, donde creyó encontrar posiciones defensivas más favorables. Dos cargas de caballería decidieron allí la acción. Llevaba el ejército de Prieto en el ala derecha unos cuatrocientos hombres de milicias montadas de escaso valor militar. Advirtiéndolo Viel, cargó con toda la caballería de Freire en masa y las dispersó. Mas, no bien se hubo separado de su infantería, cayó sobre él, como un rayo, la caballería de línea de Bulnes y los destrozó en menos de diez minutos. El campo quedó sembrado de cadáveres y Viel, arrastrando consigo a Freire, que lo creyó todo perdido, fugaron hacia el norte con unos doscientos dispersos, dejando ordenado que la infantería pasara el Lircay y se replegara hacia el norte. El movimiento era imposible. Los batallones rodeados por todas partes, a pesar de la fuga de Freire, resistieron con gran firmeza hasta las cuatro de la tarde. El coronel Elizalde, que tomó el mando, murió atravesado por un



balazo. Tupper alcanzó a fugar un corto trecho cuando ya todo estaba perdido, pero fue alcanzado y ultimado a lanzazos. El ejército vencedor hizo mil prisioneros, entre ellos cuarenta oficiales, tomó los cuatro cañones y novecientos fusiles. Por disposición de Prieto, se disimuló el número de bajas. El relato de los contemporáneos lo hizo oscilar entre trescientos cincuenta y cuatrocientos muertos para el ejército de Freire, del cual sólo se capturaron doscientos hombres que se habían retirado en el primer momento con Viel, después de la derrota de la caballería. De los jefes, Rondizzoni logró escapar a la furia de los soldados contra los extranjeros, ocultándose en Talca. Las bajas de Prieto fueron insignificantes, aunque no tanto como las revela el parte oficial.

## Capítulo IV

### **Portales (Bosquejo psicológico de su personalidad)**

*Deformación de la personalidad.—Antepasados y ambiente familiar.—Temperamento y carácter.—La crisis mística.—El comerciante.—El amor, la mujer y las diversiones.—Características intelectuales.—La correspondencia es la fuente de que emana la personalidad real de Portales.—La vida afectiva.—Generosidad de alma y abnegación personal.—Ideas religiosas.—Exuberancia vital.—Portales íntimo.—Retrato de Portales.*

*"Todo lo que hay en una familia, se resume un día en uno de sus miembros". —GOETHE.*

No hay entre las figuras de la historia americana otra más deformada que la de Portales. Admiradores y detractores han rivalizado en la incomprensión. Algo han contribuido al fenómeno las pasiones; pero las verdaderas causas están en la misma personalidad del estadista, en las características de nuestro ambiente intelectual y en el divorcio psicológico-político entre Portales y su raza.

Portales fue un intuitivo que nunca tomó postura histórica, imposible de aprehender exteriormente por falta de contornos definidos. Para coger su personalidad, hay que penetrar en ella a fondo, robarla a su hermetismo, reconstituyéndola de adentro hacia afuera. La penetración intuitiva, la única que puede llegar a las últimas profundidades, sólo es accesible a un corto número de

elegidos; choca con las dificultades de la expresión; y cae, fatalmente, en la palabrería a los ojos del racionalista. La inteligencia crítica, o sea, la comprensión por el intelectual, en cuya mente la lógica ha substituido a la realidad, casi siempre resbala sobre la superficie, deformándola hasta tornarse caricatura. En seguida, la actuación de Portales se produjo en un momento histórico singularmente complejo, en el cual muere espiritualmente el pasado y nuevas corrientes luchan, hasta que la de mayor vitalidad ahoga a las demás y prevalece en el devenir histórico.

Si para penetrar la personalidad, es menester perspicacia psicológica aguzada por un prolongado ejercicio, para comprender el momento en que se desarrolla su acción, se necesita hondo conocimiento del pasado y juicio firme y sereno, aptitudes que presuponen amplitud y profundidad mentales. Ahora bien, ni la amplitud ni la profundidad pertenecen a nuestro grado de desarrollo intelectual, aún muy retrasado respecto del de occidente. Nuestro intelectual, salvo excepciones raras, no intenta comprender, sino medir los personajes históricos por los conocimientos científicos y literarios que poseyeron, por los principios políticos que profesaron, por su respeto a la moral común, y por sobre todas las cosas, por el grado de conformidad que advierte entre sus ideas y sentimientos y los suyos. Recuerda, todavía, demasiado de cerca a aquel sabio humanista que, deseando formarse concepto exacto de Napoleón, midió cuidadosamente sus conocimientos y relacionándolos con los de su época, arribó a la conclusión de que era una medianía intelectual. Igual cosa le ocurre con nuestro desarrollo histórico.

Siempre le ha encarado llevando en el espíritu remachada la doble barra de grillos de los prejuicios científicos y de los postulados políticos.

Queda, en seguida, la venda producida por el divorcio psicológico-racial. Según se verá más adelante, Portales es, políticamente, un caso de atavismo, una mentalidad opuesta a la de la aristocracia castellano-vasca en la cual nació. Uno que otro intuitivo lo ha adivinado. Algunos sugestionados por la fuerza magnética de su creación, la admiran sin comprenderla. Hasta fue posible que esta admiración se hubiera tornado colectiva. Habría bastado que el poder magnético de Portales hubiera sugestionado al intelectual para que el fenómeno se realizara. Pero ignoraría hasta los rudimentos de la psicología étnica, el escritor que intentara producir en la mentalidad castellano-vasca la comprensión de Portales. Salvo un corto número de intuitivos, el castellano-vasco, racionalmente, por necesidad mental, sólo puede ver en él un tirano o un loco, o ambas cosas a la vez.

La obra de Vicuña Mackenna es una demostración objetiva de esta imposibilidad. Al revés de Portales, era Vicuña un intuitivo del pasado, de lo histórico y ya muerto. Cuatro años antes de estudiar a Portales y de intentar comprenderlo racionalmente, según su propia frase, vio “más por intuición que por estudio”, su genio y su creación y su poder evocativo logró expresar la visión. Salvo algunos místicos, ningún escritor español ha alcanzado las profundidades que tocó Vicuña en esa visión intuitiva. Entusiasmado, intentó completarla analizando racionalmente al estadista, a través de la

estructura vasco-irlandesa de su mentalidad; y desbarró en una medida que no hemos visto repetirse en cuarenta y cinco años de lecturas. Produjo un libro en que se mezclan las más asombrosas intuiciones con raciocinios inverosímiles en un cerebro de su poder mental. Uno de los escritores mejor dotados desde el punto de vista del poder evocativo de individuos y de acontecimientos, Vicuña Mackenna, adolecía de dos grandes fallas intelectuales. Su exceso de entusiasmo, uniéndose a su idiosincrasia mental, producía una disociación exagerada de la realidad, seguida de una reconstitución que caía en lo fantástico. Los grandes personajes de nuestra historia, exceptuado Portales a quien percibió intuitivamente, son simples transfiguraciones de su fantasía. Aspectos enteros de la vida de la república no tienen realidad alguna fuera de su visión deformada, impuesta a la creencia colectiva. En parte, como consecuencia de este exceso de disociación, y en parte, por debilidad innata, su inteligencia del devenir histórico y aun de los simples acontecimientos, recuerda a la del niño. Pero se formaría muy errado concepto de sus dotes intelectuales, el que juzgara de ellas por el fracaso de su tentativa de completar con la inteligencia racional su genial intuición de Portales. El fracaso es la resultante fatal de la imposibilidad de la mente castellano-vasca de comprender un genio y una creación política que no es el producto de su elaboración ancestral. Su pecado no es el fracaso. Es el haber rellenado con las hojarasca del razonamiento las profundidades que adivinó su intuición.

Entretanto, para comprender el período histórico de 1830-1891; para darse cuenta del de 1891-1920; y aun, para presentir el que se abre en esta última fecha, hay necesidad de reconstituir la génesis del primero como fue, no como nos imaginamos que fue, o como deseamos que hubiera sido. Y esta tarea es imposible, sin comprender antes la personalidad real de Portales y su influencia sobre el devenir histórico. Es la llave de la historia de la república. Sin poseerla, el espíritu más agudo, sólo percibirá la sucesión ininterrumpida de un azar absurdo, rebelde a toda comprensión.

\* \* \* \*

A fojas 8 del libro 8° de bautismos de la parroquia de Santa Ana, figura la siguiente partida:

*“En la ciudad de Santiago de Chile, en 16 días del mes de junio de 1793 años.*

*En ésta Iglesia Parroq<sup>l</sup> de mi S<sup>a</sup> S<sup>ta</sup> Ana baptisé, y puse óleo y crisma a Diego, Josef, Pedro, Víctor, de un día de nacido. Hijo legítimo de Dn Josef, Santiago Portales y Larrain Meneses, Andía e Irarrázabal. Ministro Contador de exercito y Real hacienda con función de comisa<sup>o</sup> de Guerra por su Magd<sup>a</sup> y de D<sup>a</sup> María Fnnez de Palazuelos, Acevedo y Borja. Fueron padrín\* el Dr. D\* Martin de Ortúzar Abogado de esta Real Audiencia y D<sup>a</sup> Ana Josefa Torres de Palazuelos. De que doy fe. —D' Fran'°-Rosa”.*

Portales, como Carrera, nació en el seno de la alta aristocracia criolla de las postrimerías del siglo XVIII. Su padre, el

superintendente de la Casa de Moneda, José Santiago Portales, “hombre tan ardoroso de carácter como festivo de humor”, era por el lado paterno de origen burgalés; pero corría abundante por sus venas la sangre vasca. Sus padres fueron Diego Antonio Portales Irarrázaval y Teresa Larraín Lecaros. El primero era, a su turno, hijo del peruano José de Portales Meneses y de Catalina de Irarrázaval y Bravo de Saravia. Diego Portales era, en consecuencia, nieto en cuarto grado de Francisco de Meneses, gobernador de Chile de 1664 a 1668. En el índice que Pascual de Gayangos puso a la colección de “Cartas de algunos Padres de la Compañía de Jesús” figura: “Barrabás, Véase Meneses”. Según el relato, Meneses había llegado a Madrid huyendo de Portugal, en compañía de otros locos”; y en España se le bautizó con el sobrenombre de Barrabás, a causa de su carácter impetuoso y atropellador y de sus desaguisados. El mismo sobrenombre le acompañó en Buenos Aires y en Lima, donde duró largo tiempo el recuerdo de sus turbulencias y de sus fechorías.

Su madre, María Encarnación Fernández de Palazuelos, era hija del español Pedro Fernández de Palazuelos y Ruiz de Cevallos y de Josefa de Aldunate y Acevedo Borja. Esta última, hija de Domingo Aldunate Barahona y de la dama peruana Petronila de Acevedo Borja, que entronca tradicionalmente con la familia papal de los Borgia<sup>11</sup>.

---

<sup>11</sup> El padre de Petronila de Acevedo Borja y Manterola, fue Ignacio de Acevedo y Borja, hijo de Antonio de Acevedo y Legarda y de Isabel de Borja. El primero tuvo por padre al paje del virrey del Perú, conde de Chinchón, Antonio de Acevedo. En cuanto a la señora Borja, una investigación que tuvo la bondad de hacer el señor Gangotena y Guijón, permite afirmar que no deriva de la rama de los Borjas de América, la cual arranca de Juan de Borja, hijo natural de

Sería aventurado suponer que esta corriente de sangre haya sido el vehículo del extraño caso de atavismo que hay en el genio político de Portales. El genio, antes que un eugenismo latente que aflora, es la resultante de muchos eugenismos que se combinan. "Todo lo que hay en una familia, se resume un día en uno de sus miembros". Pero la sangre de los Borgia está presente en Portales. Un examen fisiognómico atento no deja dudas. Su nariz larga, alta, de aletas movibles y pronunciadas, el mentón y los labios son los de César Borgia, recuerdan los del duque de Gandía y tiene marcado aire de familia con varios de los Borja de América. Psicológicamente, el gran organizador, el concepto del gobierno para el bien general y el de la sanción, dirigida siempre contra el poderoso, nunca contra el inconsciente, ya aparecen en Alejandro VI y en César, su hijo. La

---

Fernando de Borja y Castro (cuarto hijo de Francisco de Borja y Aragón y de Leonor de Castro) y de Violante de Armendia, bautizado en Gandía el 16 de octubre de 1564, y legitimado por el rey Felipe III el 14 de enero de 1604, que fue presidente de la Real Audiencia del nuevo reino de Granada, y "falleció en Bogotá el 12 de febrero de 1628.

Cuando resolvimos publicar esta obra, pedimos a Lima, sin éxito, las partidas que establecen la filiación de Isabel de Borja, que suponemos nacida en esa ciudad hacia 1665. No dudamos, por razones psicológicas y fisiognómicas del hecho de que, como se ha afirmado sin contradicción en Lima desde muy antiguo, esta señora pertenecía a la parentela del virrey príncipe de Esquilache y de que corre por ella la sangre de Rodrigo de Borja y Borja. Pero habría sido interesante establecer a firme la rama de la cual deriva doña Isabel, pues de ser efectivo que es la del duque de Gandía, Portales llevaría en sus venas, por dos entroncamientos diversos, la sangre del rey de Aragón, Fernando el Católico, libre de la degeneración que agravó en la dinastía, la herencia de Isabel la Católica. María Henríquez, mujer de Juan de Borja, segundo duque de Gandía, era prima hermana de aquel monarca; y Juana de Aragón, mujer de Juan II de Borja, tercer duque de Gandía, y madre de San Francisco de Borja, era nieta natural del mismo rey. En este caso, su ascendencia por esta línea sería:

Gonzalo Gil de Borja, Jurado de Játiva en 1340.

Rodrigo de Borja, Jurado de Játiva en 1368 cc. Sabina de Anglesola.

Rodrigo II Gil de Borja, Jurado de Játiva en 1395-1406 y 1407 cc. Sibila de Oms.

Jofré de Borja, cc Isabel de Borja, hermana de Calixto Papa III.

Rodrigo de Borja y Borja, Alejandro Papa VI.

Juan de Borja, segundo duque de Gandía hijo del anterior y de Juana Catancei, más conocida por la Vanozza, cc. María Henríquez.

Juan II de Borja, tercer duque de Gandía cc Juana de Aragón, hija de Alonso de Aragón y nieta natural de Fernando el Católico, rey de Aragón.

Francisco de Borja y Aragón (San Francisco de Borja), cuarto duque de Gandía cc. Leonor de Castro.



irritabilidad del temperamento y la viveza de genio están en Francisco de Meneses<sup>12</sup>. El carácter resuelto y la fertilidad de recursos los heredó de ambas sangres. El temperamento viene del ex gobernador de Chile a través de su padre. Hay, sin embargo, manifestaciones de un fondo que no está en Meneses, y que hace recordar involuntariamente la poderosa sangre de los Borgia, desvaída, pero no agotada, en el correr de los siglos y de los cruzamientos. La mayor parte de sus excentricidades, fueron frecuentes en la familia Palazuelos, que lleva la sangre de los Borgia. Los acontecimientos llevaron a su padre el 24 de enero de 1812 al cargo de vocal de la junta organizada por Carrera, el 2 de diciembre de 1811 y al presidio de Juan Fernández después de Rancagua. El ardor de las ideas de la señora Palazuelos, obligó a Marcó a encerrarla en un monasterio.

Destinado por su familia a la carrera eclesiástica, a fin de que gozara de la renta de capellán de la casa de Moneda, estudió humanidades en el aula de mayores del latinista Lujan, donde demostró una predilección por el latín, que debía conservar a través de su azarosa existencia. Contestando a Garfias una carta en que éste procura confortarlo en un contraste de fortuna, le escribe: "A sus saludables consejos y consolaciones quiero contestarle con un latín, que si no entiende, debe imputarse a sí mismo o al viejo don Antonio Garfias... por no haberle hecho aprender gramática y teología, sin lo cual no hay educación ni nada bueno: "*Facile omnes*

---

<sup>12</sup> Edwards y algunos biógrafos, han tomado por afloramiento de la sangre andaluza estas y otras lejanas reminiscencias del complejo temperamento de Meneses

*cum valemus recta conciba aegrotis damus: tu si hic esses aliter sentires"*.

Pasó en seguida al Colegio Colorado, y al abrirse el Instituto ingresó a este establecimiento. Su partida de matrícula es del tenor siguiente: "Don Diego Portales, natural de esta ciudad, e hijo legítimo del señor superintendente de la Casa de Moneda don José Santiago Portales y de doña María Palazuelos, entró al Instituto el día 30 de agosto de 1813, a estudiar derecho natural y de gente; es de diecinueve años, y ocupa la beca dotada de los señores Lecaros, por presentación que hizo de su persona el señor marqués de Casa Larraín, según consta a fs. 121 del libro de asiento del antiguo consistorio de San Carlos". Más tarde, en 1815, para complacer a su padre, se inició en el estudio del derecho romano, bajo la dirección de su amigo y condiscípulo José Gabriel Palma. Casi al mismo tiempo aprendió la docimasia con el químico Brochero, y, en 1817, se recibió de ensayador de la Moneda.

\* \* \* \*

Bajo su complexión fina, casi frágil, hierve en Portales una vitalidad exuberante que, desde la niñez, se desborda en variadas direcciones. Primero, las travesuras, generalmente ingeniosas, pero con frecuencia crueles. En el Colegio Colorado, quiebra las ollas de la cocina para provocar un asueto general. Otro día, viste a la muía calesera con la sotana del rector. En ocasión que su padre salía en calesa, calienta el sombrero de lata barnizada que usaba el "Come Sapos", paje negro de la calesa, y se lo colocó arteramente, chamuscándole la cabellera. Asustando a Bustamante, sirviente

algo cándido de la Casa de Moneda, con una falsa orden de prisión del coronel Reina, lo induce a esconderse en las maritanas del laboratorio, tapa el desagüe y suelta el agua hasta que le llega a los labios, gozándose en la desesperación y en los gritos de infeliz portero.

Un poco más tarde, el amor. Muy joven, se enamoró de su prima Josefa Portales y Larraín, con quien casó a mediados de 1819. La amó con el ardor de su temperamento sensual y con la pasión de un místico. La muerte se la arrebató dos años más tarde, en pleno apogeo pasional. La vehemencia interior se resolvió en una violenta crisis mística. Es la primera manifestación viril de su gran exuberancia vital. Se canalizará más tarde en otras direcciones; pero permanecerá constante en intensidad. Es un hervor de vida que se vuelve a encontrar en el comerciante, el estadista y el escritor epistolar.

La irritabilidad de su carácter, reflejo de su temperamento, se advierte desde muy temprano y le acompaña durante su existencia. Los incidentes que se desarrollan en las cartas que reproducimos, muestran de cuerpo entero este aspecto suyo: "Mi querido Cea: ¡Hasta cuándo me entretiene Ud. con sus sandeces! Parece no gasta Ud. nada de la actividad que puso al instalar el negocio antes de su enfermedad. Si no me ayuda vamos a la ruina, mi amigo. Las entradas disminuyen, la gente no compra, la situación política cada día más grave, de tal modo que no se puede salir sin un pico, porque los famosos c... que se llaman patriotas y españoles ni al diablo dejan tranquilo. Newman insiste en su ida y no acepta la

propuesta que le hago de mi propio sueldo. Todo marcha mal y por mucho que pienso en la manera de poner orden a la situación, no puedo encontrar el medio. He disminuido mis gastos; como de la manera más humilde y me he propuesto no usar cigarro, ni comprarme ropa sino a la vuelta del año. ¡Vea Ud. cómo yo me estrecho y Ud. pide y pide para este fregado negocio y las mercaderías no vienen! Apúrese. Le escribo a las 12 de la noche, después de una calaverada. Si Ud. desea cambiar el puesto suyo por el mío, le aceptaré; pero creo no lo hará, porque reconocerá lo fregado que es. Suyo siempre. —Diego Portales. Lima, marzo 18 de 1822". Cea contestó: "Callao, y 22 de marzo 1822. — Señor Diego Portales. — Lima. — Muy señor mío: Con verdadero estupor he leído su carta de 18 de los corrientes, y al darle a Ud. respuesta quiero hacerla categórica, para que Ud. no se permita contra mí improperios que no tiene derecho de lanzarme. ¿Se ha imaginado Ud., acaso, que yo estoy bajo su subordinación? Sólo así comprendo, señor, su preconcebido espíritu para injuriarme. Si Ud. quiere liquidar nuestra sociedad como lo finge en su carta, dispuesto estoy a hacerlo, no importándome nada el arreglo de las cuentas, pues bien sabe Ud. que yo no habría venido aquí sin sus repetidas instancias. En su carta se demuestra Ud. como desconfiado del que fue su amigo de aventuras de juventud y más tarde cuando fuimos hombres. Por eso protesto a Ud. que estoy dispuesto a retirarme de la empresa; porque no acostumbro el trato con hombres desconfiados y recelosos que dudan de la sinceridad de los amigos. Repito a Ud. lo anterior y apenas pueda darme

tiempo iré a Lima a concluir la sociedad para poner término a sus deseos de terminar la empresa. Me es grato saludarlo. — J. M. de Cea". "Lima, 23 de marzo de 1822. — Señor J. M. Cea. Mi simpático Cea; Jamás habría imaginado que Ud. diera tanta importancia a mis burradas. Por lo que veo no es Ud. hombre de bromas, y si yo le he herido en algo, protesto a Ud. que ha sido sin espíritu alguno. Me juzga Ud. como desconfiado y desleal, y esto sólo me parte el alma al pensar que el mejor de mis amigos, dude de las mejores condiciones de mi carácter. La misma desesperación en que me encuentro fue tal vez el origen de mi dureza y ¡qué sería yo sin Cea! Quedaría desamparado en esta tierra que odio, por la mezquindad de sus gentes, y me vería obligado a sucumbir sin sus discretos consejos. Olvide Ud. mis ligerezas y sandeces y volvamos a abrazarnos para vivir en paz. Nunca dudo de mis amigos, como que estoy seguro no me traicionarán en el futuro, porque en el presente y en el pasado de nadie he tenido que lamentar esta iniquidad. Volvamos a nuestro trabajo y Ud. recuerde los versos de Ovidio y se persuadirá que más que amigo soy su hermano, porque de todos los hombres que conozco ninguno tiene sus condiciones. Después de ésta no tiene Ud. que molestarse en venir aquí, porque ello sería inútil. Agradeciendo a Ud. que olvide lo pasado, me suscribo de Ud. su amigo que B. S. M — Diego Portales". En mayo del mismo año escribía a Cea lo que sigue: "Estimado amigo: Ayer ha sido una borrasca. En circunstancias que a las 9 de la mañana conversaba en nuestra casa con la señora de D. F. sobre la venta que se le había hecho a su marido, llegó el hijo mayor de ésta y protestando

con grandes voces de que se le había robado parte de su fortuna, me insultó groseramente. Inútiles fueron mis ruegos para que callara, y como siguiera en sus mal habidas intenciones le obligué a salir al punto; pero como se resistiera tomé el camino de hacerme respetar a puñetazos, que se los di bien y en buena parte".

Muchos años más tarde dirá de sí mismo: "Los actos de intemperancia que se me hayan notado, nunca han nacido de otra causa que de la irritabilidad de mi temperamento"<sup>13</sup>.

La vehemencia del temperamento indujo a los observadores superficiales a suponer su juicio y su conducta dominados, aun en el terreno político, por los sentimientos, por las pasiones y por los arranques momentáneos. La penetración psicológica cambia por completo el panorama y lo complica. Se experimenta una verdadera sensación de calofríos al palpar la frialdad de las intuiciones, que gobiernan sus actos como soberanas absolutas. Las pasiones son sus esclavas sumisas. El temperamento efervescente y el ardor de los sentimientos, sólo son una envoltura externa que da calor, vida y fuerza magnética a los mandatos despóticos de la intuición. Como a Napoleón, una fuerza desconocida lo empuja hacia un sino que ignora.

Este desdoblamiento entre el intuitivo helado que obra políticamente y el pasional que habla, escribe y gesticula, fue enigma indescifrable para los que le trataron, y escollo en el cual han naufragado la totalidad de los biógrafos. Más adelante, veremos la génesis de esta extraña dualidad.

---

<sup>13</sup> Carta a Tocornal, de 21 de agosto de 1832.

Su irritabilidad se resuelve a veces en crisis de pesimismo de corta duración. Con motivo de las negociaciones de la compra de Pedehua, en carta de 17 de enero de 1832, dice a Garfias: "¿Quiere Ud. que sea fácil conformarse con la vida, y que no hayan momentos en que se desee perderla, cuando por todas partes no se ven más que miserias y delincuencias? Así va enteramente perdido el hombre de bien en una lucha tan desigual. Si no me engaño, indiqué a Ud. mis sospechas, en Santiago, de que don Estanislao Portales me traicionaba, a pesar de sus protestas, en el negocio de la hacienda. He aquí confirmada mi sospecha. Hoy me ha escrito una carta en que se quita la máscara..."Tengo el alma tan negra que no estoy para nada". Con fecha 13' de marzo del mismo año 32, escribe: "Con un "maldita sea mi suerte" debían principiari y concluir todas mis cartas; hoy he recibido dos que me han hecho olvidar los propósitos de todos los días de no alterarme por nada. Incluyo la de don José Domingo Bezanilla para que, imponiéndose de ella, se vaya a ver con Cardoso y le hable muy confidencialmente sobre su contenido, suplicándole a mi nombre le diga qué deberé hacer en circunstancias que, gravado con intereses por todas partes, debiendo a varios y no teniendo ya a quien pedir y, por consiguiente, descubierto aun en el pago de los diezmos en que afiancé a Otaegui. A mí no me duelen prendas y si el cancelar todas mis obligaciones consistiese en verme de gañán, empuñaría la azada como si fuera un cetro; pero cuando nada remedio con mis ardientes deseos, si Ovalle no hace un esfuerzo, yo conseguiré por resultado una buena tisis. No soy de los que se dejan abatir a los

primeros reveses de la suerte; pero siendo tan vehemente mi pasión de honor en mis procedimientos, a veces me agobian los contrastes como si presente. Una enfermedad cualquiera, la desgracia y la muerte misma me serían muy soportables como lograse desaparecer de entre mis semejantes sin dejar un motivo por que se maldijese, con justicia, mi memoria. En fin, no avanzándose nada con lamentaciones, me abstendré de tales desahogos".

La extrema vivacidad del temperamento, uniéndose a su repugnancia invencible por lo convencional y por lo hipócrita, le impidió siempre embutirse en la librea castellano-vasca, del hombre grave, circunspecto y ponderado. Tuvieronle por loco muchos de sus contemporáneos; y el acuerdo con la aristocracia sólo se produjo bajo la presión del terror a la anarquía, concediéndole el derecho "a cosas", o sea, a genialidades. "Cosas de Portales", es una expresión corriente entre sus partidarios.

\* \* \* \*

Sobrevino la gran crisis de su vida, la que va a decidir de su destino y de la suerte del pueblo chileno. En carta sin fecha, dice a su padre: "Amado padre: con el correr de los días, que cada vez me son más penosos, la ausencia eterna de Chepita no ha hecho más que aumentar la pena que me aflige. Tengo el alma destrozada no encontrando sino en la religión el consuelo que mi corazón necesita. He llegado a persuadirme de que no pudiendo volver a contraer esponsales por el dolor constante que siempre me causará el recuerdo de mi santa mujer, por la comparación de una dicha tan pura como fue la mía con otra que no sea la misma, no me queda



otro camino mejor que entregarme a las prácticas de votas, vistiendo el hábito de algún convento. Con ello conseguiría olvidar lo que, como hombre, todavía no consigo ni creo conseguiré jamás: dejar en el olvido el recuerdo de mi dulce Chepa. Por eso sus empeños para que contraiga nuevamente, me parecen algo así como un consejo terrible y por lo mismo inaceptable. Viviré siempre en el celibato, que Dios ha querido depararme, después de haber gozado de una dicha infinita. Crea Ud. que las mujeres no existen para mi destrozado corazón; prefiero Dios y la oración antes de tentar seguir el camino que inicié con tanta felicidad y que bien pudiera serme fatal después por sí..."(incompleta).

Uno de sus antepasados, Francisco de Borja y Aragón, cuarto duque de Gandía y marqués de Lombay, doscientos ochenta y dos años antes, al abrir el féretro que encerraba el cadáver de la reina Isabel de Portugal, esposa del emperador Carlos V. para testificar su identidad, había reaccionado en una crisis psicológicamente idéntica.

En el fondo de la poderosa y variada estructura moral de Portales, había, como en Balmaceda, un místico. Un místico en casillero tan aparte que los grandes estímulos que sacudieron hasta el fondo su personalidad, lograron abrirlo y cerrarlo una vez; pero jamás mezclar su contenido con el de los casilleros restantes. Se abismó en la religión. Paladea gota a gota sus sensaciones plásticas. Visita las iglesias, se confiesa casi a diario, y se encierra a entonar, con voz acentuada y fino oído, los cantos litúrgicos.

Pero hay en su naturaleza un exceso de fuerzas que el misticismo no puede consumir. La energía de la voluntad, la necesidad de acción, es un contenido demasiado fuerte para los odres místicos. A vivir tres siglos atrás, acaso se eche los odres auestas, y como Ignacio de Loyola, se abrace con ellos en el supremo vértigo de la voluntad, en la acción universal. Nunca, aun nacido en el siglo clásico de la fe y de la renunciación, habría seguido el camino de Miguel de Manara, que, después de avasallar con su imperio a cuantos le rodearon y de agotar los placeres del mundo, en una crisis semejante, consumió el resto de su existencia en los más humildes menesteres de un hospital, y se hizo enterrar bajo el umbral del pórtico, a fin de que todos pisaran y hollaran su cuerpo. El casillero se cerró bruscamente; y se cerró para no reabrirse ni en la hora suprema del martirio. Nunca se creyó instrumento de los designios de la providencia. No buscó en ella la justificación interior de sus actos, ni encontró, como Bismarck, complacencia en paladear místicamente sus concepciones realistas.

\* \* \* \*

En el comercio encontró una válvula de escape el exceso de energía de su voluntad, aún no encauzada en sentido político. Es una vocación que cree innata y que no le abandonará. Por una extraña aberración entre el estímulo y la aptitud, Portales se creyó siempre comerciante, a través de sus repetidos fracasos. Nada más extraño a su psicología que el clásico deseo vasco de labrarse una posición respetable. Pero, también, nada más lejos de ella que la inconsciencia andaluza de la vida material que, a porfía, le han

supuesto sus diversos biógrafos. El dinero por el dinero o por la influencia que procura, le deja frío. Arroja en la revolución, dejando consternados a Benavente y a todos sus amigos, los últimos restos de su caudal y, en seguida, rechaza, no sólo las ventajas que, espontáneamente, le brinda su encumbramiento, sino los sueldos que le eran indispensables para vivir. Dictador omnipotente, le faltará un día el dinero sencillo para cigarros. Arruinado su negocio en Lima, escribe a Newman: "Apreciado amigo: Dolorosa impresión me ha causado el hecho de que Ud. haya resignado el aumento de su sueldo debido a las precarias circunstancias de la casa. Nosotros, mi amigo, por malos que sean nuestros negocios, tenemos, al fin, para sostenernos, mientras que Ud. alimentando a la distancia a su señora madre y a sus hermanos, necesita de algún dinero para mantenerse en situación holgada. Protesto a Ud. que no le acepto estas muestras de su caballerosidad, y ya he escrito al señor Cea, para que proceda a reintegrarle parte del dinero entregado por Ud. Su acción, mi sincero amigo compromete mi generosidad hacia Ud. y eleva su moral a una altura que, aunque conocía sus prendas de hombre recto y justiciero, no me había imaginado llegaran a hacerse efectivas. aguardo la liquidación de haberes con mi mujer, para premiar a Ud. su acción y créame es esto un deber mío y que me consideraré desairado con su no aceptación de parte de Ud."

Pero este desprendimiento es generosidad y valor moral, y no inconsciencia. Al borde de la quiebra, ante la posibilidad de afectar a otros o de tener que pesar sobre sus amigos o sobre la nación

para los gastos más indispensables, recomienda y practica minuciosas economías. En carta de 8 de abril de 1827, dice al mismo Newman: "Garrido debe venir se pronto, y respecto a que debe Ud. quedarse solo en la casa, es preciso que se reduzcan los gastos a la mitad de lo que son en el día. Ud. sabe cómo andan mis negocios, y sólo la economía puede hacerme sostener y tal vez (reservada mente) será necesario que Ud. haga un ajuste con Mr. Budge u otro, para ir a comer, almorzar, etc., a su casa, y que en la mía no halla comida, para lo que los criados podrán ajustar, también, su comida con alguna de esas mujeres que dan de comer por un tanto. Acaso, también, será necesario que Ud. tome una pieza en casa de Budge, y arrendar c subarrendar mi casa, porque no hay costillas cómo pagar esa casa en el estado actual de mis negocios".

Más tarde, uno de sus admiradores, el opulento mine ro Francisco I. Ossa, impuesto casualmente de su situación, le envió treinta mil pesos, a fin de salvarle. Portales, no muy seguro de poder dominarla, no ocupó de este dinero sino cuatro mil pesos que devolvió a los pocos días.

Su giro comercial había empezado en 1821, al retirarse de la Casa de Moneda, sobre la base de cuatro mil pesos que le facilitó su deudo Santiago Larraín, en un negocio de paños. El móvil de su actividad es, al principio, alcanzar la in dependencia el deseo de levantar su propio peso. No quiere gravar a los suyos. Además, su carácter se aviene mal con la regularidad y la subordinación de los empleos. Ya viudo, es la necesidad de aturdirse, la reacción de su

voluntad sobre sus sentimientos. El proyecto de establecerse en Lima, que ha concebido, es comercialmente disparatado. Su padre se lo advierte, pero pasa sobre el consejo paterno y, asociado a José Manuel Cea, se embarcó en 1821. Espera colocar en el Perú artículos chilenos y retornar productos tropicales. Los disturbios interiores y la irregularidad de las comunicaciones pusieron el negocio al borde de la quiebra. El auxilio de su padre lo evitó, pero la empresa ha concluido. El 6 de diciembre de 1822, escribe a Cea: "Nos retiramos de la tierra del oro, más pobres que cuando salimos de la tierra de las miserias. Dejamos, en cambio, hijos y amores, pero una reputación sobrada y un crédito lleno de dignidad. ¿Qué más pueden pedir los hombres de verdadera honradez? Ud. y yo vamos ciegos al futuro, pero confiando en nuestra propia fuerza e inteligencia lucharemos hasta conseguir nuestra felicidad". Año y medio más tarde, el 20 de agosto de 1824, siempre asociado a Cea, contrató con el fisco chileno el estanco del tabaco y de otras especies. Las cláusulas substanciales del contrato son: "1° El gobierno de Chile concede a la casa de Portales, Cea y Cía., el privilegio exclusivo de vender tabacos de todas clases, en rama y polvo, naipes, licores extranjeros y té... 2° Los empresarios se obligan, por este privilegio y por el capital que reciban y se designará en adelante, a poner en Londres de su cuenta y riesgo la cantidad de trescientos cincuenta y cinco mil doscientos cincuenta pesos anualmente, y a más a entregar en ésta la de cinco mil pesos, también todos los años, a disposición de los directores de la caja, entendiéndose que la primera suma deberá ponerse por semestres...

4° La caja de descuentos se obliga a enterar a Portales, Cea y Cía. la cantidad de quinientos mil pesos corrientes sin interés alguno ...  
12° Expirado que sea el término de la contrata (diez años), los empresarios se obligan a devolver el capital recibido ..."

Esta negociación debía, también, fracasar. El capital de la sociedad era insuficiente; y las odiosidades que el monopolio despertó desde el primer momento, haciéndolo inestable, impidieron su aumento. El contrabando descarado, ejercido con el beneplácito fiscal, y las plantaciones clandestinas des arrolladas, también, al amparo de la tolerancia oficial y de la desorganización administrativa, completaron la ruina. La firma de Portales, Cea y Cía., en la cual figuraban varios de los hombres influyentes de la época, no pudo cumplir con la cláusula 2.a, o sea, la de consignar en Londres la suma de trescientos cincuenta y cinco mil doscientos cincuenta pesos anuales, que el fisco destinaba al servicio de la deuda externa.

Es difícil hoy formarse concepto de la medida en que el contrabando y las plantaciones clandestinas contribuyeron al fracaso. Pero el rendimiento calculado al estanco era excesivo para el país, agotado por la guerra de la independencia, por los sacrificios impuestos por la expedición libertadora del Perú y por la anarquía que siguió a la caída de O'Higgins. En los diez años que siguieron al fracaso de Portales, Cea y Cía., en condiciones económicas bastante más favorables y con una administración pública muy severa, el rendimiento bruto del estanco osciló entre trescientos veintitrés mil y quinientos un mil pesos. Descontados los gastos de

administración y vigilancia, su rendimiento líquido medio queda muy por debajo de la cantidad que se comprometió a pagar la firma contratista. Los concesionarios, al comprobar su fracaso, propusieron seguir como comisionistas por cuenta del fisco, aprovechando la organización ya establecida. Para el fisco era esta la solución ideal, y a los contratistas les permitía liquidar sus cuentas en condiciones favorables. Pero las pasiones se habían exacerbado; y de una negociación fatal para ambas partes, se había formado, con móviles políticos, uno de esos escándalos destituidos de toda base, tan frecuentes entre nosotros.

El congreso, por unanimidad, puso término al negocio el 6 de septiembre de 1826, cancelando el contrato y denegando la solicitud de los concesionarios en el sentido de continuar como comisionista. Se siguió un largo juicio arbitral ante un tribunal formado por Rosas, Etchevers, Elizalde y Rengifo, que terminó con un fallo en el cual se condenó al fisco a devolver a la firma concesionaria la cantidad de ochenta y siete mil doscientos sesenta pesos, en que resultaba alcanzado. A pedido de Portales, se introdujo en el laudo, bajo el número 10, la cláusula siguiente: "Otorgarán, asimismo, fianzas por la cantidad de cien mil pesos, que se adjudicarán al que les descubra y les pruebe suplantación de partida, inexactitud, dolo o fraude en los libros, sin perjuicio de condenarlos al lasto que corresponda por el error malicioso que apareciere".

El congreso había puesto término al monopolio, que siempre fue impopular, en parte, por ceder a la opinión; y en parte, por el convencimiento de que los concesionarios estaban en la

imposibilidad de cumplir. Pero la forma como el gobierno procedió, dejaba ante la opinión a los concesionarios bajo los cargos de defraudadores de los intereses fiscales, que habían partido de sus adversarios políticos.

Portales salió de este negocio con fuertes pérdidas. Tan apurada era su situación que no tenía cómo subvenir a sus gastos personales.

En la gestión del estanco, ya se advierte en Portales la embriaguez de la organización, del manejo de los hombres y de la lucha contra las dificultades. Más tarde cambiará la psicología del comerciante. Será la consecuencia de los fracasos y de la canalización de sus sentimientos y de su voluntad hacia la política. El comerciante de 1832-35 sólo recuerda al de 1822-27 por la vehemencia del temperamento y lo 'ondulante del juicio práctico<sup>14</sup>.

---

<sup>14</sup> Entre las inepticias que la dificultad de penetrar la psicología de Portales ha generalizado, ninguna mayor que la de suponer a la irritación que le produjeron estos ataques, el estímulo que despertó su vocación política. Sólo fue la fuente de que manó la repugnancia hacia los hombres que formaron la pandilla. La generación de este sentimiento se destaca nítida de la correspondencia de Portales y de las cartas de adulación y arrepentimiento que le dirigieron los propios autores de su difamación. Como ocurre siempre que se disuelve el alma colectiva y el gobierno se debilita, se había formado una pandilla de logreros, de individuos destituidos de todo civismo, sin convicciones de ninguna especie, que se cubrían con la etiqueta liberal o pipiolo sólo para adueñarse del gobierno, lucrar y recoger sus migajas. Dirigidos por un individuo audaz, de mucha fertilidad de recursos y de gran instinto, se organizaron espontáneamente; y envueltos en el manto de la libertad, de los principios y de los demás conceptos gratos a la opinión del momento, supeditaron y redujeron a entidades meramente decorativas, al honrado general Pinto, a Vicuña y a todos los hombres detrás de los cuales actuaron. La pandilla había atacado al estanco no por interés público, a pesar de que la negociación era desfavorable, sino por necesidad política y sin el menor odio personal a Portales, a quien habría deseado tener a toda costa por cómplice y hasta por jefe. Portales respondió a los ataques con la virulencia propia de sus plumarios, Mora y Chapuis. Apenas disuelto el estanco, el finísimo olfato del picaro español que poseían los jefes de la pandilla, percibió en el ambiente el olor a cadáver que exhalaba el régimen pipiolo; y cuando aún no lo presentían sus partidarios, adivinó en Portales el nuevo astro que iba a alzarse en su reemplazo. No habiendo logrado contenerlo, empezaron su cortejo y el de su séquito. No hubo bajeza ni humillación a que no se sometieran voluntariamente en su deseo de congraciarse, logrando por único resultado despertar en él una repugnancia que persistió con tenacidad hasta su último instante. De las cartas que hemos tenido a la vista, vamos a reproducir sólo una, por emanar del propio Portales para no mortificar a descendientes, cuyo civismo lavó más tarde la vergüenza moral de esta época: "Por varias cartas —dice a Benavente— sabemos que la



Quedan corrientes de energía vital que no pueden escapar por las válvulas de la acción y del comercio. El temperamento de Portales era vigorosamente sensual. Su vida afectiva, a juzgar por su fugaz florecimiento y por las reacciones posteriores, fue muy rica y ardiente hasta que más tarde la debilitaron poderosos desarrollos en sentidos intelectual y voluntario. Su ideal no se esfumó en una quimera como en muchos hombres de su estructura sentimental. Se encarnó, fue realidad y el destino la tronchó en ciernes. El cadáver de la mujer que amó con la pasión de un místico y el ardor de un sensual, le produjo una impresión tan profunda que removi6 el fondo íntimo de su estructura moral y afectiva. La intuición mística de la nada de la vida y de su contenido estalló con igual fuerza que en su antepasado, el duque de Gandía, a la vista del cadáver de la emperatriz y reina, que, en vida, había simbolizado para él la gracia

---

apáreme conciliación de Elizalde con el facineroso B, se ha pintado en ésa con colores que ponen en ridículo al primero y le hacen indigno del saludo de sus amigos. Yo celebra ría que Ud., como uno de ellos, aprovechase las ocasiones de vindicarlo que puedan presentarse. Para ello, sepa que la reconciliación fue un efecto de urbanidad y de consideración a la concurrencia. El suceso fue como sigue: convidado Elizalde a una comida que dio Collao a los diputados, en ella le convidó B a beber, y desentendiéndose Elizalde de la invitación, se convirtió a Gana, que estaba a su lado, para manifestarle la admiración que le causaba el descaro del salteador: hablaban de esto, cuando alzando "Don Negocio" la voz, llamó la atención de Elizalde y de toda la mesa, para prevenirle que era convidado a beber por B. Aquél no pudo entonces repetir el desaire sin incurrir en una falta muy notable. Al poco tiempo saltó el tribuno sobre la mesa, y dijo: "¡Señores! Uno de los concurrentes, que ha ofendido altamente al señor Elizalde, desea satisfacerlo con un abrazo. La mesa debe empeñarse en esta reconciliación que col maría nuestros gustos, y las satisfacciones que nos ha proporcionado esta reunión ..." Esta es la verdad, así como lo es que yo también fui uno de los convidados; pero que, menos condescendiente, menos obligado o más cerril que el fiscal, no quise recibir el honor que se me dispensaba". "Los pipiolos que van a entrar y que están entrando en el goce de todos los destinos, quieren poseerlos en paz, temen ser inquietados por sus enemigos, y he aquí la causa de su buena disposición, de sus deseos y no sé si diga de sus esfuerzos por la unión. Lejos de tirar al estanco sólo lo tocan para sincerar a los estanqueras y para des mentirse ellos mismos en público, y confesar con descaro que nos han calumniado para quitarnos el partido y la aceptación de que gozábamos, y poder ellos conseguir por estos santos medios obtener el triunfo en todos los actos populares; pero que ya todo es concluido: no se oye en sus inmundas bocas, .sino' -paz, unión... y a cada paso tratan de satisfacernos de que, nada se proyectó en la logia contra nosotros.

femenina y la belleza física y moral dentro de la grandeza humana. Ya no volverá a amar; el amor ha muerto para siempre.

Las organizaciones sentimentales de su temple, sólo aman una vez en la vida. Además, la violencia de la sacudida produjo un trastorno, psicológico que dominó por el resto de sus días su vida afectiva-sexual. Pero la vitalidad que la engendra, lo mismo que la voluntad, bulle poderosa en plena efervescencia juvenil. Tres asilos se abren por delante. Golpeó, como Francisco de Borja, a las puertas del más alto, del supremo refugio de las almas ardorosas y ricas en sentimiento. Las puertas del misticismo se entreabrieron fugazmente en el violento empujón de la sacudida. Pero el exceso de vida mismo voluntario, que no estaba presente en San Francisco de Borja, se las cerró para siempre. El otro, el más bello, se lo había rehusado la naturaleza. No había nacido artista. Le queda sólo el último, el del libertinaje; y en él se sumergió momentáneamente con todo el ardor de su naturaleza impetuosa. No es un vicio. Es una distracción; una venganza contra el destino; una especie de necesidad de encañallar su delicadeza sentimental.

La mujer sólo será en adelante objeto de placer; una exigencia de su temperamento sensual. La perseguirá con ardor y la rendirá a su voluntad viril. La consideración de los hijos, lo moverá a cubrir con su nombre a la mujer que deshonró. Es sólo un refinamiento de su repulsión al matrimonio. Constanza, hija del sabio prusiano y consejero del rey de Polonia, barón Timoteo de Nordenflycht, al servicio más tarde de Carlos III, y de Josefa Cortés y Azúa, dama de

la más alta aristocracia colonial, siendo joven, huérfana y soltera<sup>15</sup>, concibió por él una violenta pasión, y tuvo de él tres hijos. En 1832 la señora Nordenflycht estuvo a las puertas de la muerte; y con este motivo Portales escribió a Garfias; "Mayo 13 de 1832. Mí querido Garfias: Si hay algún bien en la vida es el consuelo de tener un amigo a quien entregarse y que merezca este título sagrado. Tenga Ud. paciencia. Debe saber mis relaciones con Constanza Nordenflycht. No es del caso entrar en historia tan desagradable y en que tendría que hacer yo mismo mi panegírico. Sabe Ud. que tengo dos chicos de ella: que quiero y compadezco a la que está en el colegio y que, a más, no está fuera de mi deber propender a hacerla feliz en cuanto pueda. Declaro a Ud., también, que no he contraído obligación alguna con su madre, y que para la puntual asistencia que ha recibido siempre de mí, no he tenido otro móvil que mi propio honor, la compasión y el deber de reparar los daños que hubiese recibido por mi causa. Después de estos antecedentes, debo poner en su noticia que se halla gravemente enferma y que la escarlatina puede concluir de un momento a otro con sus días: quiero hacer menos desgraciados a los inocentes frutos de mi indiscreción y juventud, casándome con la madre en artículo de muerte y, al efecto, cuando llegue el caso será Ud. avisado por los facultativos o uno de ellos, para que se presente a representarme y contraer a mi nombre: para esto, remito a Ud. el poder necesario. Debo prevenirle que formada mi firme resolución de morir soltero, no he tenido embarazo y he estado siempre determinado a dar el

---

<sup>15</sup> Al fallecimiento de sus padres en Lima, habría sido en viada a Chile, donde residía su familia materna, siendo aún pequeña.

paso que hoy le encargo; pero con la precisa calidad de que la enferma no dé ya, si es posible, señales de vida: hace cinco años estuvo desahuciada y abandonada de los médicos y hasta del ministro que la auxiliaba: hice varias tentativas para dirigirme a su casa con este mismo objeto; pero me fue imposible vencer el temor de que sobre viviese a aquella enfermedad. Yo no tendría consuelo en la vida, y me desesperaría si me viera casado: esta declaración reglará la conducta de Ud. y me avanzo a aconsejarle que, si le es posible, se case, a mi nombre, después de muerta la consorte: creo que no faltaría a su honradez consintiendo en un engaño que a nadie perjudica y que va a hacer bien a unas infelices e inocentes criaturas. Constanza hizo su testamento cerrado en aquel entonces; deja por herederos a sus hijos y por albacea y tutor a don Manuel Rengifo, en cuyo poder se hallan esas disposiciones. De consiguiente, el engaño no perjudica a sus hermanos que podrían heredarla abintestato. En fin, a Ud. me entrego y esta consideración sólo puede hacerme suspender toda otra instrucción. Tengo despedazada el alma, por lo que no me contraigo a sus cartas que he recibido. Adiós. —D. Portales".

La señora mejoró y el proyecto de matrimonio no se llevó a efecto. Cinco años más tarde, el siguiente rescripto de Prieto realizó el deseo de Portales de legitimar sus hijos sin conceder a la madre el lugar que había ocupado el único amor de su vida: "El presidente de la república. Por cuanto estoy plenamente cerciorado de que el distinguido ministro de guerra y marina don Diego Portales tuvo en la señora doña Constanza Nordenflycht, siendo ambos solteros, y

sin impedimento para contraer matrimonio, tres hijos llamados doña Rosalía, don Ricardo y don Juan Santiago, y queriendo dar un nuevo testimonio de la gratitud y el reconocimiento debidos a la memoria respetable de aquel ilustre finado, que consagró sus vigili­as a la felicidad de la patria, y fue al fin víctima de su celo por sostener el honor nacional; por tanto, en uso de las facultades inherentes a la suprema autoridad que ejerzo, vengo en otorgar el presente rescripto por el cual declaro hijos legítimos a los expresados doña Rosalía, don Ricardo y don Juan Santiago Portales y Nordenflycht; y los habilito para que puedan obtener cualesquiera empleos, honores y dignidades y entren en el goce de todas las sucesiones testamentarias y abintestato que pudieran corresponderles como nacidos de legítima unión. Tendréislo así entendido todos los tribunales, jefes y justicia, y en la parte que os tocare daréis el debido cumplimiento a este rescripto, que se registrará en el archivo de la municipalidad de Santiago. Dado en la sala principal de mi despacho, firmado de mi mano, signado con el sello de las armas de la república y refrendado por mi ministro secretario de estado en el departamento del interior, a 31 días del mes de agosto de 1837 años. —Joaquín Prieto. —Joaquín Tocornal". Sólo tres años más tarde, en julio de 1840, el congreso acordó por cuatro años a doña Rosalía, a don Ricardo y a don Juan Santiago Portales y Nordenflycht, ya huérfanos y en la indigencia, una pensión de mil doscientos pesos anuales a cada uno <sup>16</sup>. No se trata

---

<sup>16</sup> Doña Rosalía nació en Santiago el 20 de septiembre de 1824, don Ricardo en la misma ciudad el 7 de febrero de 1827 y don Juan Santiago, en Valparaíso, el 24 de julio de 1833. Constanza Nordenflycht falleció en Santiago el 23 de julio de 1837, nueve días después de

de una distancia personal. En la correspondencia con Garfias, se encuentran, a cada paso, huellas de la afectuosa solicitud de Portales por la señora Nordenflycht. Las asperezas que erradamente han creído divisar algunos escritores, provienen de un alcance de nombres y se refieren a otra persona de la misma familia. Antes de irse aquél al Rayado en 1834, regresó la señora Nordenflycht de Valparaíso a Santiago, para vivir con su tía abuela Josefa Azúa y Marín de Poveda, segunda marquesa de Cañada Hermosa, que tenía estimación por su sobrina y especialmente por la niña Rosalía. Casi al mismo tiempo, llegaba desde Lima Constanza Cortés y Azúa de Recabarren, tía materna de Constanza Nordenflycht y Cortés, y dos de sus hijas, con el ánimo de vivir, también, en casa de Josefa Azúa. Portales temió que la dama peruana "la mujer más arrogante, imperiosa" y capaz de "echar a la dueña de casa a la cocina" encendiera la discordia. Para prevenirlo escribe: "Si la vieja quiere pasar en paz, y con alguna tranquilidad el resto de sus días, debe pasar una mesada a la recién llegada... "a Constanza que desde el principio observe con su tocaya y sus hijas una conducta muy circunspecta: buenas te las vaya, buenas te las venga y nada de intimidad, ni privanzas; que si desde los principios no lo hace así, después, cuando conozca la necesidad de hacerlo, le será difícil o lo vendrá a conseguir por medio de disgustos y riñas".

---

llegar los restos de Portales a Santiago. Su partida de defunción no existe en los libros parroquia les y hemos debido atenernos a los del cementerio. Bajo el número 262, del día 24 de julio de 1837, hay una anotación que dice: "Doña Constanza Nordenflycht y Cortés, natural de Lima, soltera, de 29 años, pagó \$ 31 6 reales, diez del carro de primera clase, veinte de sepultura de familia y catorce reales por la cera y tumba". En cuanto a su filiación, no habiendo obtenido su fe de bautismo, que pedimos a Lima, al rectificar la de Vicuña Mackenna, nos hemos atendido a la de su hermano legítimo, Pedro Nordenflycht y Cortés, fusilado en el Alto Perú por Baldomero Espartero por sospechoso de patriota, que conocíamos documentalmente.

Es una aversión al matrimonio mismo. La sacudida de su alma, excesiva en todo, fue demasiado honda. El matrimonio le recuerda la gran catástrofe que ahogó en ciernes su vida afectiva. En una ocasión escribe: "El santo estado del matrimonio, es el santo estado de los tontos", y en 1835 dice a Garfias: "Mucho me alegro de todos los matrimonios que Ud. me ha comunicado, porque necesitamos población. Que siga la veta, con tal que Ud. se mantenga cuerdo y no se pegue en la liga".

En su innata necesidad de admirar la mujer y la juventud, exteriorizó excesiva predilección por Rosita Mueno, una de las bellezas de su época; y con este motivo escribió a un amigo que se interesaba por ella: "Ud. va a confirmar la sospecha de mi afición a M. y de la hipocresía con que la encubro; pero sepa y le aseguro bajo mi palabra, que mucho antes de tocar en los cuarenta aprendí a ser viejo, y que nunca lo seré verde; hace años que mi pecho no se deja devorar por pasiones, y actualmente está como debe, esto es, con toda la serenidad que corresponde a mi edad".

La mujer se ha dividido para siempre en dos categorías profundamente separadas. La amiga, la mujer joven o vieja, fea o bonita que le admira y que espontáneamente busca, como enredadera, el apoyo de su virilidad. Es la mujer a la cual jamás deseará, es la amiga casta, no por virtud, sino por distancia sexual. La tradición ha conservado el recuerdo de varias jóvenes y bellas señoras, a quienes la atracción del genio, tan poderosa en cierto tipo de mujeres, habría arrojado fácilmente en sus brazos. No hay huellas de que siquiera en la imaginación sintiera el deseo de

poseerlas. No es el respeto a la situación social; es una repulsión sexual determinada por su estructura afectiva. Es la mujer que por posición social por educación y por delicadeza afectiva la recuerda, sin sustituirla, a su propia mujer, al ideal que, al troncharse, segó para siempre las fuentes espirituales del amor. "¿Sabe Ud. — escribe a Garfias en 27 de mayo de 1833— que la maldita ausencia de las señoras, aún no me deja comer ni dormir a gusto? Examino mi conciencia con más prolijidad que lo hacía cuando tomaba los ejercicios espirituales de San Ignacio, y encuentro que las quiero del mismísimo modo que el señor San José a Nuestra Señora la Virgen Santísima... todo el mal está sólo en el corazón, sin que descienda una sola línea".

La otra, la forma la mujer de placer, la hembra, la que sin recordarle al ideal perdido, incita su sensualidad. A esta efectivamente nada le da, pero tampoco nada le pide. No importa de donde venga ni a donde vaya. Sólo le exige los atractivos físicos que incitan su sensualidad. En carta a Cea, de 3 de febrero de 1822, recién llegado a Lima, escribe: "Decididamente prefiero las mujeres chilenas a las peruanitas: son muy refinadas y falsas, muy ardientes y ambiciosas, muy celosas y desconfiadas y amaneradas. Vivo aquí en compañía de Julia; pero estoy dispuesto a darle la patada. Vivir con mujeres es broma, sobre todo cuando son intrigantes. Nuevo cambio de tierras, nuevas aventuras de amores, amigo".

Una vena que hasta el momento de su viudez parece dormida en él, se despertó, lo mismo que el misticismo, por la violencia de la sacudida moral. De Francisco de Meneses, su ascendiente en quinto



grado, cuenta Fray Juan de Jesús María..."que se entretenía en pasatiempos viciosos y en ir a bailar en todas las fiestas y casamientos que se ofrecían, aunque fuesen en casas de hombres plebeyos y mecánicos, con escándalo público y admiración de todos"<sup>17</sup>. La remolienda en el sentido criollo, contenida dentro de ciertos límites, se convirtió en una necesidad del temperamento de Portales. "A su regreso a Chile —dice Vicuña Mackenna— asombrado de un cambio tan brusco, tarareaba de primor la zamacueca, y muchas veces, dando sueltas a su genio naturalmente retozón, poníase a danzaría él mismo, sin más compañera que la que su recuerdo le pintaba allá en las saturnales de Malambo".

Años más tarde, siendo ministro universal de Ovalle, en 1830, abrumado por una labor administrativa que tres hombres normales habrían encontrado pesada, dedicaba una noche a la semana a su diversión favorita. Se reunía con sus amigos íntimos y sus amigas alegres, pero no de mala vida, en una casa de la calle de las Ramadas que denominaban "la Filarmónica", por ironía para el salón de igual nombre donde se congregaba la alta sociedad de Santiago. Pasaban la noche al son del arpa y vihuela; pero la tertulia nunca de generaba en orgía. Portales jamás bebió. Su gusto era animar la reunión tamboreando en el arpa.

\* \* \* \*

Durante su residencia en "El Rayado", distraía su vida solitaria con pasatiempos análogos. "Con los mismos mozos de Larraín — escribía a Garfias el 19 de febrero de 1835— mándeme una guitarra

---

<sup>17</sup> Memorias sobre el Reino de Chile.

hecha en el país, que sea decentita, de muy buenas voces, blanda, bien encordada y con una encordadura de repuesto. Le prevengo que no quiero guitarra extranjera, sino de unas que he visto muy decentes hechas en Santiago, y cuyo precio es de 5 a 6 pesos". "Cuando cerraba la noche solía hacer disparar un volador, que era la señal convenida con las niñas del pueblo, de que había recepción, esto es, baile y chicoleo en la casa de "El Rayado". El mismo rasgueaba la guitarra y durante cierto tiempo, tuvo alojada la banda de uno de los batallones cívicos de Valparaíso.

\* \* \* \*

Las características intelectuales se destacan en Portales desde la niñez con relieve no menos poderoso que su temperamento y su carácter. Lo que primero hiere la atención, es una vivacidad sorprendente. Todo lo asimila á fondo y con una rapidez que ninguno de sus amigos puede seguir. José Miguel Infante fue uno de los examinadores en la prueba que rindió como ensayador de la Casa de Moneda, y quedó tan impresionado con el deslumbrador ingenio del examinado, que en 1838, cuando ya el Portales de carne y hueso había desaparecido, escribió: "La noticia anticipada de sus distinguidos talentos y del genio que comenzó a desplegar desde la infancia, nos movió a indicar a su respetable padre cuánto convendría continuar su carrera literaria".

A la rapidez intelectual, uníase un ingenio cáustico y atrevido que, al cebarse en la ñoñez o en la incapacidad de los figurones (personajes graves) de la época, hizo más de una vez recordar a Carrera. En 1822, cuando era simple comerciante, Baltazar Ureta,

carrerino fanático, al llegar desterrado a Montevideo, llevó a Diego José Benavente, la noticia de haber aparecido en Chile otro José Miguel Carrera, que se llamaba Diego Portales. En ambos, hay mucho del pícaro español, de su audacia, de su astucia, de su humor y de su ingenio. Pero apenas se ahonda un poco, sus psicologías no sólo se separan, sino que se oponen violentamente.

Su ingenio burlón e irónico solía entretenerse en retratar a sus amigos y deudos. Véase el retrato de su primo hermano Pedro Palazuelos, que recién llegaba de Europa: "Pongo en su noticia — dice a una señora— la feliz llegada de don Pedro. Yo no lo he visto; pero me he pasado buenos ratos oyendo sus ridiculeces y tonteras: todos convienen en que está loco: cuando puso el pie en el muelle, hizo alto por un gran rato y levantando los ojos al cielo, exclamó: "¡Santo Dios! ¡Cara patria! ¡Feliz el que te pisa! ¡Este solo gusto es bastante a borrar todas las amarguras pasadas, mientras he estado separado de ti! ¡Al fin te veo y te gozo! ¿Es sueño? ¿Delirio...? Llegó a casa de Cavareda, quien hace del pobre tonto más estimación de la que se merece, y apenas le saludó, le dio la noticia de que había avanzado tanto en la música, que se había hecho compositor, y que sin duda tenía gusto para serlo. Siguió hablando de florete, y pasó a decir que por cartas que había recibido de su padre, y más que todo, por las expresiones de sus letras de retiro, en que se le manda venir a la mayor brevedad, él conocía que el gobierno lo llamaba para perseguirlo... Cavareda le contestó en los mismos términos burlescos en que Ud. y yo le habríamos contestado, y sin embargo, dejó el asiento precipitadamente y sacándose una manga del frac,

descubrió el pecho como podría hacerlo un Maiquez y dijo: "Aquí estoy si se me quiere herir, hiéraseme de frente y no se me lastime por la espalda... Viene muy monarquista, dice que está desengañado y que jamás el gobierno y la cosa pública deben estar en manos de los pelados".

Con ocasión de la estada de Gay en Valparaíso, escribe a Garfias: "Mr. Gay saldrá el miércoles de la semana entrante para Francia. El tiene devengado un mes, vea a Bustillos si se lo puede conseguir del ministerio, como su apoderado: en el tiempo que está aquí, ha gastado más de ciento cincuenta pesos en pagar a peso cada objeto nuevo que le han presentado. Con esto ha puesto en alarma a todos los muchachos, que trasnochan buscando pescaditos, conchas, pájaros, cucarachas, mariposas y demonios, o salen a expedicionar hasta San Antonio, por el sur, y hasta Quintero por el norte. El dueño de la posada donde reside, ya está loco, porque todo el día hay en ella un cardumen de muchachos y hombres que andan en busca de Mr. Gay: siempre que sale a la calle, los muchachos le andan gritando mostrándole alguna cosa: Señor, esto es nuevo, nunca visto; Ud. no lo conoce; y anda más contento con algunas adquisiciones que ha hecho, que lo que Ud. podría estar con cien mil pesos, y platónicamente querido de todas las señoritas de Santiago".

Otras veces, la ironía se tornaba cruel, implacable. Con una frase o con una anécdota, que jamás erraba el blanco, hacía más destrozos que una campaña de desprestigio. En el curso de este bosquejo aparecerán muestras de la forma cruel de su ironía.

Muy viva se manifiesta, también, la aversión a los estudios y disciplinas regulares del colegio, salvo el latín. No es dificultad; puede aprenderlo todo en la mitad del tiempo que emplearía una inteligencia corriente. Lo demostró desempeñando diversos ministerios a la vez en forma que el trabajo de varias mentalidades ordinarias difícilmente habría podido hacerlo. Tampoco es indiferencia intelectual. Acaso fue quien primero se dio cuenta de la distancia que había entre Bello y el resto de los intelectuales americanos. Su respeto para el sabio humanista fue profundo. Su chanza y su sátira feroz, se detuvieron ante el talento y el saber verdadero del ilustre venezolano. Fue precisamente su desprecio insultante por la mediocridad, uno de los rasgos que más contribuyeron a aislarlo.

Su indiferencia por los estudios de la época debe buscarse en la naturaleza de esos estudios y en la repugnancia innata de los genios de la acción por los ejercicios retóricos y las vanas disciplinas ideadas para estimular el desenvolvimiento intelectual. Los biógrafos de Portales, al subrayar esta antipatía, han confundido la falta de curiosidad intelectual con el desdén instintivo del verdadero talento por las fórmulas muertas en que el retórico y el filósofo han pretendido siempre encerrar la vida. Buscó con avidez la comprensión de la historia, en la única fuente en que puede beberse: en la experiencia de la vida y en el conocimiento de los hombres. Las lecturas del adulto, son meras distracciones. Aprende inglés por necesidad comercial más que por vocación literaria. En cambio, es muy posible que haya sido su simpatía por Voltaire, su

lectura favorita, lo que lo movió a estudiar francés. Entre los españoles, Cervantes fue su predilecto. Nunca se cansó de releer el "Quijote". Entre los autores ingleses, simpatizó especialmente con Pope. Sin embargo, estas lecturas y predilecciones son meros pasatiempos. Su estructura cerebral no admite nada hecho. Observa la realidad propia y la realidad extraña a través de los viajeros, de los periódicos y de todas las informaciones que puede recoger. Y con estos materiales, su cerebro trabaja febrilmente, y forma juicios, que son los más penetrantes y seguros de su época.

Portales es uno de los genios políticos en que la elaboración directa de la realidad, ha alcanzado mayor vigor y profundidad. Su cultura, que era la corriente entre los hombres ilustrados de su época, queda aplastada por el torbellino del pensamiento propio. Pensó tan hondo y en una dirección tan aparte de su tiempo, que sólo un siglo más tarde, sus ideas han venido a ser comprendidas conjuntamente con sus intuiciones.

Las simpatías lo asechan y le tienden zancadillas. Ahonda en las instituciones inglesas y en la psicología del pueblo inglés. Se produce en él la misma simpática comprensión que experimenta todo inglés que se le acerca. Pero no cae por un momento en la mentecatez de realizar en Chile una parodia del gobierno inglés.

\* \* \* \*

Se conservan más de trescientas cartas de Portales a Antonio Garfias, escritas entre octubre de 1831 y septiembre de 1835. Se han salvado, además, algunas dirigidas a José Manuel Cea, su socio, escritas, durante su residencia en el Perú; a Enrique

Newman, su dependiente; a Ramón Freire; a Ventura Blanco Encalada; a Pedro Chapuis; a Joaquín Prieto; a Elizalde; a Benavente; a Tocornal; a Benavides; a Garrido, etc.

La correspondencia con Garfias es fundamental en el estudio de Portales. Hay en ella mucho más que "un resumen de toda su correspondencia". Es un diario íntimo en que se refleja su temperamento, su carácter, sus sentimientos, sus estados de ánimo, sus tribulaciones y sus reacciones frente a las vicisitudes de la vida y de la política, sin reticencias de ningún género. Pero ni en la correspondencia a Garfias, ni en la que cambió con Prieto, ni en ninguna de sus cartas, escritas desde que fue ministro, asoma nada que permita tras lucir su pensamiento político. Portales fue en este terreno un hermético absoluto, tanto que, durante largos años, se creyó que había carecido de pensamiento político. Es una consecuencia ineludible del origen absolutamente intuitivo de sus concepciones.

Había en Portales una necesidad íntima de comprensión y de simpatía expansiva. Nunca intentó saciarla en la opinión y en la popularidad. Instintivamente se sabía culpable del crimen que más castigan los contemporáneos: "El de introducir en el presente demasiado del porvenir". Su necesidad afectiva, aletargada después de la gran crisis de su viudez, pasado el aturdimiento, estalló de nuevo, pero en una dirección diferente. El horror al amor, que le recordaba la gran catástrofe, la canalizó hacia la amistad. En Garfias, el genio de Portales había despertado una admiración abnegada, un renunciamiento absoluto en aras del ser admirado,

que recuerda a aquel Domingo de Vicq, que en su devoción por Enrique IV, realizó cuanto poseía para seguirlo a París, y murió de pesar sentado en la acera de la calle de la Ferroniere, donde el puñal de Raveillac puso término a los días del rey.

Esta admiración rendida, incondicional y a prueba de todas las vicisitudes, captó la necesidad de comprensión y de simpatía expansiva que había en Portales. En éste, "su otro yo" como lo llama, vació todo cuanto había en él, sin las reservas y deformaciones impuestas por las necesidades del parecer o de las conveniencias. Lo primero que hiere la atención al recorrer la correspondencia, es el estilo. Vivo y punzante, desde sus cartas a Cea y a Blanco, se perfecciona gradualmente; y en la madurez, la forma viva, lacónica, cortante, siempre precisa y directa, lo coloca en primera fila entre los escritores epistolares españoles. Su genio, tan espontáneo, que nace hecho en el dominio político, hasta mostrarse incapaz de desarrollo, se manifiesta normal en el terreno literario.

Causa, en seguida, asombro la vivacidad intelectual. Capta toda la vida familiar, social y política de su época. Desde la intriga pequeña, desde el rasgo psicológico íntimo, propio de la edad y del sexo, desde la preocupación ñoña o lugareña, hasta las altas concepciones políticas de otros países, todo lo percibe con un sentido de la realidad y un presentimiento del porvenir que nadie en su época alcanzó. Es en sus cartas donde se reflejan más vivamente las genialidades de su carácter. En los momentos que dormita el



intuitivo, predominan los desequilibrios de su psiquis, y a veces, se obstina en caprichos y detalles de una pequeñez casi inverosímil. Su correspondencia muestra en él, a través de la orientación política, rígida como un riel de acero, y de Viertas líneas maestras de su organización moral, una extensa gama de matices; y exceptuando su excesivo rigor cívico, una rara flexibilidad mental. Los retratos de sus contemporáneos son obras maestras. Los adivina con una agudeza de percepción psicológica que hace saltar de impresión a todo el que tenga fuerzas para penetrar en el fondo real de los hombres del pasado. A través de la viveza de la forma, de las explosiones de su cólera o de su desprecio, se acercan a la realidad mucho más que las imágenes incoloras, destituidas de carne y de hueso de nuestro convencionalismo histórico. Véase el retrato del obispo Cienfuegos. Para ser completo sólo falta añadirle dos o tres renglones del activo, que Portales, hasta por estética, tenía que preterir desde el punto de vista en que estaba colocado en ese instante: "Por lo que respecta a Cienfuegos, su presentación equivale a la destrucción del orden eclesiástico: este viejo mentecato dejó correr los vicios de los encargados de dar buen ejemplo en el tiempo que gobernó el obispado de Santiago; él tiene la mayor parte en la relajación de los curas que se desplegó en aquella época: sin carácter y sin ese espíritu de justificación tan necesario a los de su clase, le hemos visto protegiendo criminales, cambiando de opiniones, según se lo ha aconsejado su conveniencia, y nunca castigando los crímenes más inauditos que siempre trató de enterrar, porque era incapaz de tomar una providencia seria. En fin,

él no piensa más que en honores y distinciones, y a cambio de adquirirlos y conservarlos, creo que no se vería embarazado para negar un artículo de fe. Véale Ud., siempre ocupado de sí mismo y de sus conversaciones' con el Papa y el ministro 'de Su Santidad, hablando siempre de las consideraciones que se le dispensaron en la corte romana, y su desprendimiento por el vestido morado, que ha ansiado siempre, y tras del que ha hecho exclusivamente dos viajes a Roma, que no habría hecho en su edad ni para obtener el Papado. Véalo Ud. votando en el congreso del 26 por que fuese popular la elección de los párrocos, y todo con el objeto de congraciarse con los diputados de aquel tiempo, para que cooperasen a saciar su ambición. Le he delatado con él en un cuerpo y puedo asegurar que a más de torpe es lesa, muy lesa, ridículo y muy acreedor al epíteto de Ña Tomasita, con que es conocido".

Más frecuentemente, en un solo rasgo capta la personalidad entera del retratado. En carta a Fernando Urizar, de 12 de julio de 1833, le dice: "No extraño la conducta de Gandarillas que Ud. me noticia; yo creo que él nunca pecará de corazón; pero peca. No tiene previsión ni ideas fijas, y estas sensibles faltas le precipitarán siempre en errores e inconsecuencias que quisiera ver muy lejos de él".

Todos se dirigen a él: el gobierno, los amigos, los postulantes a empleos, los extranjeros de algún valer, sus acreedores, su clientela comercial, las amigas viudas, los correligionarios políticos. Con frecuencia se desespera, y, abrumado, estalla. El 2 de enero de 1833, dice a Garfias: "Sepa que aunque me volviera cuatro y no

descansara dos horas en las veinticuatro del día, alcanzaría a contestar todas las cartas que se me escriben". Y el día 24 le añade: "Adiós, mi don Antonio, estoy empachado de cartas, ahogado y desesperado, porque me es absolutamente imposible contestar la mitad de las que recibo al día".

Su correspondencia tiene tres orientaciones fijas: los negocios, la cosa pública y el interés por sus amigos. Pero a cada momento se intercalan asuntos variadísimos. Es imposible, sin leerla, formarse idea de los matices intelectuales y morales que se reflejan en ella. Pero se pueden reproducir algunos párrafos para despertar la curiosidad. El 17 de abril de 1832, contestando a Garfias que le informa de la salud de Tocornal, escribe: "Me ha dado muy malos ratos la noticia de la enfermedad de Tocornal por el estado insalubre en que se halla Santiago; en otras circunstancias no habría tenido mayor cuidado, porque él padece continuamente de esas indigestiones nacidas de que su temperancia es menos que la que necesita su mal estómago. Dele Ud. mis memorias y asegúrele de mi parte que la noticia de su completo restablecimiento me ha sido de tanta más satisfacción cuanto es más necesaria e importante su salud en el día. Dígale Ud. que Wellington se apartó enteramente de la política de Canning, demasiado liberal en mi concepto, y que tendía a poner en las manos del pueblo instrumentos de que abusa casi siempre o que al menos no sabe manejar las más veces. Si Canning no hubiera muerto, le habrían traído abajo del puesto los mismos acaso que le colocaron en él; porque al fin habrían probado los ingleses que faltando ese equilibrio en que se mantiene el poder

de los nobles y el del pueblo, debe caer ese edificio; Wellington quiso desequilibrar ese poder por el extremo opuesto y se le declaró una oposición que lo obligó a entregar los sellos, y que así en materias de aristocracia, liberalismo, protección a los hijos de San Pedro, del Seráfico, del Doctor, del Inquisidor, azote de los albigenses en el siglo XIII, etc.; in medio consistit virtus: que paca mí una de las muchas y mejores cualidades que tiene para el puesto que va a ocupar es el que ni andará abrazando a la gente de corona ni maldiciendo de ella: que no buscará las ocasiones de perseguir a nadie, pero que no dejará pasar la que se le venga a las manos para corregir al díscolo y ejemplarizar a los malos con el castigo; y, en fin, que nunca capitulará con los enemigos del orden, de la verdad, de la honradez y de la decencia, y que jamás tendrán poder alguno en su ánimo las consideraciones perjudiciales, que retraen a muchos funcionarios del cumplimiento de sus deberes. Basta de hacer el papel de D. Quijote; pues D. Joaquín no necesita consejos y menos los triviales"

Veinte días más tarde, siempre refiriéndose a Tocornal, escribe: "Diga a don Joaquín, que al hacer yo el papel de manchego dando consejos, a él no podría darle otro nombre que el de Sancho, y que a más no es tan impropio, pues ya va echando una guata que le hace parecido a aquel escudero: que me eché a reír cuando leí la promesa de escribirme por ayer, porque en esto de escribir, la flojera hace que falte siempre o casi siempre a la palabra, y en fin, que celebro que esté bueno".

Con motivo de un elogio del ex presidente Ovalle, que encargó a Andrés Bello y que no resultó de su agrado, dice: "Recibí también la cosa de don Andrés y (confidencialmente) sólo el cariño que profeso a este hombre, y el conocimiento que tengo de él, me hace disculparle. Yo esperaba una gran cosa y cuando vi esa gran tontera, lo sentí especialmente porque ya no había tiempo para hacer alguna otra rosilla: así es que tomé la pluma y puse cuatro porquerías, porque no era regular que se pasase hoy sin que "El Mercurio" hablase algo de las honras: sentiré que don Andrés se crea desairado, porque quité tanta parte de lo que él escribió; sólo por considerarle puse una que otra cosa, aunque lo que yo escribí fuese peor. El resultado es que la función es tuvo muy buena: a Ud. se le pasó decirme cómo estuvieron las de Santiago".

La correspondencia de Portales está salpicada de gro serías que ni la gracia ni la aguda ironía que, a veces, las viste, redimen ante el gusto y la pulcritud de hoy. Su gro sería epistolar forma a nuestros ojos un extraño contraste con su pulcritud personal, con sus modales y con su elevación de alma. Pero hay que recordar que, en el siglo XVIII la tolerancia era aún más grande en este terreno. Las" groserías de Diderot, que recuerdan al Aretino y el libertinaje de Casanova, son manifestaciones de esa indulgencia. Entre nos otros mismos, hay cartas de Zenteno a O'Higgins y algunas de Mariano Egaña, que ha sido menester dejar en los archivos. La psicología chilena de la virilidad se ligó siempre a ciertos rasgos que han persistido hasta nuestros días. Para el chileno, ser hombre, es ser valiente, generoso, mujeriego, algo tunante, hablar grueso y saber

beber: "Sepa Ud. —dice Portales a Garfias, refiriéndose a un recomendado— que el portugués es muy respetable, porque en una sola mujer ha tenido treinta y dos hijos, a pesar de estar viejo; cuide Ud. siempre de no quedarse solo con él, yo al menos le tendría miedo".

\* \* \* \*

Su pasión amorosa y su crisis mística revelan, en la primera juventud de Portales, una sensibilidad muy viva, aun que ya algo áspera y viril. Posteriormente, se resintió de la poderosa actividad de la inteligencia y de la voluntad. En él, como en todo ser, la actividad total del organismo era una cantidad limitada; y esos dos desarrollos anormales sólo pudieron verificarse a expensas del tercer polo, el de la sensibilidad.

Su vida afectiva no se atrofia: conserva una sensibilidad simpática por las desgracias ajenas. Pero se produjo una especie de intolerancia sensitiva. Le fastidia la intromisión de los afectos en su vida política de acción. Se revuelve casi irritado contra lo que despierta su sensibilidad y contra lo que se atraviesa en sus propósitos. Hablándole de su hijita, que fue su gran afecto de padre, dice a Garfias: "Ud. debe saber que profeso algún cariño mezclado con compasión a la chiquilla Rosalía: quisiera educarla bien, así para aminorar su desgracia de que soy autor, como porque si llego a viejo y ella sale buena, pueda aliviar mi vejez, con sus cuidados; si no sale buena, como me temo, la educación la hará menos mala, y tendré el consuelo de haber llenado uno de mis primeros deberes. Quiero, pues, que habite el colegio donde más avance; pero dudo

que éste sea el de mi amada doña Manuela, porque la misma escasez de sus recursos y el poco número de alumnas no puede proporcionarle buenos maestros y lo demás necesario para poner su establecimiento en el pie que lo tiene Madame Versin; mas, a Ud. toca hacer las indagaciones y comparar, pues tiene las cosas a la vista. Es verdad que yo noto que los adelantamientos de la chica son demasiado lentos; esto lo atribuía a su poca edad antes de tener la que hoy tiene; a veces desconfío también de sus aptitudes, porque aunque a veces se conduce de modo que arguye viveza de imaginación y entendimiento, puede suceder muy bien que no lo tenga para cosas de peso. Ud. debe examinar si hay con tracción en la enseñanza de la muchacha y si la falta de adelantamiento pende de ella o de las personas que deben procurarla... Haga que Madame le hable con franqueza sobre su buena o mala disposición y las causas de su retraso, y deme cuenta. Por no tener sombrero no concurriré al convite que se me hace en la carta que le incluyo, y lo siento, porque según el estado de este colegio tal vez me resolvería a traer a Rosalía. Me he ocupado bastante de una pequeña persona, a quien acaso desearía no recordar jamás".

El 22 de mayo de 1832 le vuelve a escribir: "Si el establecimiento de la Cabezón tiene buenos profesores, y se disloca el de Versin, pase en hora buena la Rosa a aquél; pero si no, creo mejor que me la mande Ud. acá: hay un mal colegio en que la pondré y yo me entretendré, venciendo mi genio, algunos ratos enseñándole lo más necesario. No me ha parecido mal la plana, aunque para la edad que tiene, podía ser mejor. Si en todo está tan avanzada como en la

escritura, yo me daría por contento. Por lo que hace al genio, estoy cierto que a punta de varejonazos la pondría yo como un cordobán; no crea Ud. que sus llantos nazcan de amor a Madame, porque no es capaz de querer a nadie: lo menos que tiene es sensibilidad: son causados sin duda por la separación de las demás chiquillas y por la falta de chacota"

Al recibir de su padre la insinuación de que acepte el cargo de ministro en España para poder recuperar los usufructos del mayorazgo, no tiene una palabra de simpática comprensión para la natural debilidad de un anciano pobre cargado de familia y de obligaciones. "Ha de haber recibido con disgusto —escribe a Garfias mi contestación a su empeño para que admitiese la legación a España: ella está concebida en términos respetuosos pero que dejan traslucir que he mirado el paso como un rasgo de su triste vejez".

Le irrita que se le comuniquen las desgracias. A propósito de la grave enfermedad de una jovencita a quien quería con predilección, dice: "He sentido sobre mi corazón un peso enorme con la noticia del estado de la pobre Antoñita, que está tan lejos de merecer la desgracia que le ha caído en una edad tan tierna. Desde hoy la lloro ya por muerta, y no quiero que me diga Ud. nada de ella, si no me ha de decir que está enteramente buena: hago el ánimo de recibir la noticia de su muerte, pero no quiero saberla por conducto de Ud. Nada me diga tampoco de la madre; no quiero saber de ella. ¿Qué puede haber hecho esta señora para ser tan desgraciada? ¿Y hay Dios?"



Tal vez la carta en que revela un afecto más delicado por los suyos, es la escrita a Garfias, recomendándole que haga una visita a su hermana Manuela, enferma a la sazón, "Haga una visita —le dice— a mi pobre Manuela, que se halla bastante enferma: me alcanzó a escribir media carta de su letra, que tuvo que concluir Moran porque ella se agravó, lo que me tiene con mucho cuidado. Dígale muchas cosas mías, y entre ellas, que estoy convertido en un santo: que deseo mucho verla por acá, que no deje de venir a convalecer, luego que se vuelva la familia de la comadre; que le tendré carruaje para que vaya a la Merced, que está cerca...A Moran mis memorias y que me cuide mucho a la pobre rubia".

La excesiva vivacidad de su temperamento lo lleva con frecuencia a entusiasmos que van más allá de lo discreto, y a reacciones igualmente exageradas, bien que no duraderas. En su correspondencia, durante más de cinco años, se advierte su estimación por su dependiente Enrique Newman. Sea que éste cambiara, o que nunca tuviera la competencia y actividad que Portales creyó, se vio obligado a despedirlo; y relata este acto en los términos siguientes: ..."después de hacerle ver lo inútil, abandonado, mentecato, enredoso, etc., que era su merced, los daños que me había causado con tal conducta y que esta era la razón porque lo había dejado sin más atención ni más cargo que el de sentar una partida cada semana, por no botarlo y que se lo comiesen los perros en la calle, concluimos conviniendo a propuesta de él que saldría de la casa".

Su vida afectiva, como ya se ha dicho se canalizó de preferencia hacia la amistad. Sus amigos ocupan buena parte de su correspondencia. Inquieta por su salud, se asocia a sus desgracias y les conserva lealtad inquebrantable. Puede injuriosos en sus vivacidades de temperamento, puede mortificarlos y hasta herirlos con sus chanzas y con sus burlas; pero jamás traicionarlos.

\* \* \* \*

Violento contraste forma en Portales, visto superficialmente, su inflexibilidad en la sanción y sus frecuentes asperas en la vida afectiva, con la gran generosidad de alma, que nunca se desmintió en las numerosas vicisitudes de su vida. Es una consecuencia del desdoblamiento completo que se produce en él entre el ciudadano y el hombre. Portales gobernante o simple ciudadano, es severo, rígido, inflexible con él en primer lugar, con sus amigos en seguida, y con sus adversarios después. Quiso a O'Higgins, deseó con toda su alma que se mantuviera en el poder, porque así convenía a Chile. No pudo sostenerse. El logró agrupar los últimos jirones del orden en torno a una entidad abstracta: el gobierno impersonal. Ni O'Higgins, ni sus partidarios, ni nadie en su época comprende la grandeza de este designio, Los o'higginistas se suman a los conspiradores en la esperanza de que, en el caos, O'Higgins pueda gobernar de nuevo. Este, herido con Prieto, se calla; no conspira, pero deja hacer. Portales estalla contra él con una ira que brota de lo más hondo de su pecho. El que sabe de civismo, el que libertó con su brazo a Chile, está más obligado que nadie a sacrificar en todas sus susceptibilidades a la salud del país. No tiene O'Higgins la

grandeza de alma suficiente para acallar sus resentimientos y darle un tapa boca a sus secuaces: Portales se lo dará a él.

En cuanto hombre, es otra cosa. A través de la aspe reza viril de sus sentimientos, sólo hay en él abnegación para amigos y adversarios. Salvó a Freire del asesinato; guardó reserva del nombre de los altos personajes que lo habían concebido; pero una repugnancia invencible los distanció para siempre de su contacto. A pesar de los epítetos que prodiga a sus adversarios, no les guarda rencor. Sólo castiga en ellos al revolucionario, al que atenta contra el orden que el estado necesita para desenvolverse. Campino lo vejó en 1827; y él, a su turno, desde la cárcel, le compró las tropas y sofocó el motín. En 1832 sólo ve en aquél un impulsivo de buen fondo, es decir, lo que era. "Campino —dice— con un buen mentor podría dar muy buenos frutos: me ha complacido sobremanera su conducta noble para con la desgraciada familia de Uriondo: cuando no tuviera otra cosa que legar a sus hijos que un ejemplo de grandeza de alma como el que les ha dado, ellos deberían quedar satisfechos. Siento no hallarme por ahora en circunstancias de poderle imitar; pero acaso lo haré cuando más necesite la familia de algún socorro"<sup>18</sup>. Ya roto con Gandarillas se expresa de él en estos términos: "El pobre tuerto Gandarillas está en El Monte hecho una fiera conmigo. Su estupidez y ceguedad llega hasta el extremo de fijarse y estar cerrado en que yo soy el autor de los artículos de "El Mercurio", y dice que lo sabe positivamente. Compadezcamos a este pobre hombre, y deseemos que restablezca su salud para alivio de su

---

<sup>18</sup> Uriondo fue uno de sus adversarios

familia. Dice que yo quiero algo más que mandar, pues pretendo mandar al que manda".

Va más allá, el hombre auxilia a los que castiga el gobernante. "Al coronel Godoy — dice Vicuña Mackenna— le prestó franca y leal ayuda en un caso difícil en que le pidió amparo, no de amigo, sino de noble adversario. Al ex ministro Muñoz Bezanilla, el más aborrecido de sus pelagianos, en la época de la lucha, le franqueó después el dinero que debía darle el pan del destierro, a que sus enemigos le condenaban. Tuvo bajo su propio techo durante muchos meses, a Velásquez cómplice de, la revolución de los puñales y por último al mismo Nicolás Cuevas, a quien se sorprendió en una celada contra su vida, no lo hizo castigar, pues lo ajusticiaron después que él ya no existía" por delitos cometidos con anterioridad. "Cuando iba a terminar cada mes —cuenta Diego Tagle— me llamaba a su oficina y me indicaba la seña de la casa de alguno de sus prisioneros. "Lleva esas dos onzas a la señora X; tiene mucha familia, ya debe estar muy necesitada; se las entregas en nombre de una señora caritativa y te retiras sin decir una sola palabra más". "Al día siguiente — agrega un nieto del señor Tagle— recibía don Diego Tagle igual comisión para visitar a otra de las esposas de los prisioneros de Portales. Creía el señor Tagle que el ministro invertía en sus donaciones todo su sueldo y parte de su renta personal"

Este dualismo entre el estadista y el individuo, ha sido un rompecabezas de biógrafos e historiadores; y se le ha señalado como una de las mayores anomalías de Portales. Una elemental intuición

psicológica, les habría permitido advertir que la dureza del estadista es reflejo del concepto de la sanción y no de los sentimientos. Desde el momento que aquélla cesa, éstos estallan en el sentido de la generosidad y de la profunda simpatía humana que los animaba.

La crisis que se siguió a su temprana viudez mostró en Portales una vena mística que no volvió a asomar. Atavismo de la sangre de los Irarrázaval, que con cierta frecuencia habían manifestado tendencias místicas, reminiscencias aún más lejanas de los Borja, esa crisis no fue algo accidental y puramente externa. Estímulos poderosos, corrientes vitales y psíquicas más caudalosas, la captaron en germen, transformándola, primero, en una sensualidad ardiente y, más tarde en una especie de rabia del bien público.

Sobrevino la indiferencia religiosa, un volterianismo amable, que se burlaba de la religión sin odiarla, y sin enturbiar la clara visión de la gran fuerza sociológica que representa. Su posición es, en este terreno, la de Bonaparte, musulmán en Egipto, católico en Francia, y, como él, dice: "Ya vetéis qué partido sé sacar de los curas". Se las entiende bien con el clero, lo halaga; y burlándose de él, se capta sus simpatías. A Mariano Egaña, que se quejaba del escaso partido que tenía en el clero,- a pesar de su ortodoxia religiosa le contesta irónicamente: "Es que Ud., don Mariano, cree en la religión y yo creo en los curas".

Con motivo de la epidemia de escarlatina y de otras pestes que asolaron a Valparaíso en 1832, escribe a Garfias: "Hoy me ha dado por noticioso, porque estoy escribiendo por distracción. La peste, o fiebre escarlatina parece que va des apareciendo "en el Puerto,

aunque sigue en el Almendral, porque no para el Sacramento, es la prueba que yo tengo más a la vista, porque siento las campanas de La Merced y una tambora que lo acompaña de noche, y que no sé cómo no se ha hecho mil pedazos con tanto trajín... El domingo en la noche vi salir el rosario de Santo Domingo, que fue a ofrecer a la puerta de la casa de la Santa María; pero ha sido patente el milagro, porque mediante el rosario y las purgas, sudorífico, vomitivos y refrigerantes, la Nieves comenzó a mejorar desde el lunes. Mas, por uno de aquellos altos juicios que no alcanzamos a comprender, han sanado las otras enfermas, que, aunque no se les ha llevado el rosario, tomaron el mismo medicamento que la Nieves... ¡Qué consuelo suministra nuestra santa y sagrada religión....! En ella espero vivir y morir, creyendo y confesando todo cuanto cree y confiesa nuestra Santa Madre la Iglesia".

Apadrinando el matrimonio de una chilena católica con un protestante, pide a Garfias que hable con Tocornal a fin de obtener la autorización del obispo y le transmita las reflexiones siguientes: "Dígale de mi parte que la silla romana habría venido al suelo hace medio siglo, si los papas no hubieran conocido la necesidad de marchar con tino y con prudencia, desde que los apóstoles de la impiedad, rasgando ciertos velos, manifestaron al mundo los abusos del poder papal; dígame que le haga presente esto mismo al obispo y que le haga ver que es preciso marchar según los tiempos. Si en el presente siglo quisiese un papa que un rey le tuviese la brida para montar a caballo, como sucedió en otros tiempos, si quisiese penitenciarlo con las varas y ceniza\* que sufrió otro rey en el siglo

II, vería Su Santidad llover un aguacero de palos sobre su tiara. Pío VII autorizó el repudio de Josefina y el casamiento de Napoleón con la hija del emperador de Alemania y viviendo aquélla...

"Así exige siempre la prudencia ceder parte para no perderlo todo. Dígame que no me crea hereje por esto, pues aunque los papas, queriendo tener la soga tirante como en otros tiempos, hubiesen venido abajo en Roma, se habrían venido a establecer en Valdivia, por ejemplo, y así quedaría siempre cumplido aquello de *et portae inferi non prevalerunt adversus eam*. Sobre todo insista Ud. en esa desigualdad con que se da a uno lo que se niega a otro en circunstancias semejantes. Haga Ud. presente a nuestro don Joaquín que la niña está dispuesta a protestar y que acaso solamente porque yo me he opuesto, no está ya casada a bordo de un buque de guerra, como lo hizo el boticario Leyton, que vive muy feliz, en quieta y pacífica posesión de su mujercita, sin que nadie le haya dicho una palabra. Suplíquele, a mi nombre, que convenza a su Ilustrísima de que será mayor honra y gloria de Dios que se case un protestante con una católica con la esperanza de que aquélla lo convierta a nuestra adorable religión, que el perder una católica, que después de protestar, tendrá que huir hasta de las prácticas religiosas, con daño de la prole, para inhibirse de la potestad eclesiástica. No puede ser grato a Dios, que después de haber escogido una octava parte de los pobladores de la tierra para comunicarnos la verdadera luz que ha querido negar a las otras siete octavas, sus vicarios hagan por donde cierre los ojos también esta pequeña porción elegida. Una de las cualidades que distinguen

a don Joaquín es la prudencia y el tino para saber aflojar oportunamente, para evitar los graves mates que suelen venir de una inconsiderada, tirantez. ¡Ojalá pudiera comunicar esta virtud a su Ilustrísima, tan necesaria en estos calamitosos tiempos, en que la indiferencia sobre el punto más interesante al hombre, la religión, se tiene por uno de los principales adornos de la buena educación!"

\* \* \* \*

Lo anterior se habría escrito inútilmente, si no ha lo grado producir la conciencia de la exuberancia vital de Portales. Había en él un intenso hervor de vida. Es el hervor de una vida joven, de una savia nueva. Es la savia aún no gastada por la civilización y el exceso de intelecto, que circula por las venas de los hombres del Renacimiento, transportada por el azar histórico, a un pueblo frío y somnoliento, que balbucea una civilización en el extremo austral de América. Hay una superabundancia positiva de la cual, fuera del Renacimiento, apenas se encuentran ejemplos. Odió el pasado colonial y conoce a fondo la endeblez de la ideología revolucionaria. No gasta una frase en expresar aquel odio o este desdén. La energía constructora canalizó todas sus fuerzas, Envuelto en el más negativo de los ambientes, permanece impenetrable. Hay en sus concepciones una salud y una fuerza que el alma española conoció en América por primera y por última vez...

Todo lo esboza con gran firmeza, a grandes rasgos, dejando a otros la tarea de completar los detalles. Como en los genios del Renacimiento, la grandeza no reside en la obra realizada, sino en el contenido por desenvolver. De los esbozos de Portales surgieron



una estructura política y un alma nacional, cuya vitalidad y duración excedieron a 'a base étnica que las sustentaba.

Desde que despertaron los estímulos del genio político, espoleó al país y se espoleó él mismo con furor. Es difícil explicarse cómo en furia no destruyó los gérmenes de organización política y de reacción moral que sobrevivieron a la Francisco a. encina tormenta revolucionaria, al embutirlos en el molde creado por su genio. Acaso la tragedia del Barón encierra el secreto que la razón busca en vano.

\* \* \* \*

Su vida, lo mismo en Santiago que en Valparaíso y en El Rayado, era muy sencilla. Cuando no desempeñaba funciones públicas, se levantaba a las ocho, tomaba un baño tibio y se vestía con pulcritud, pero sin lujo. Usaba, casi siempre, frac en la ciudad, y chaqueta de paño, faja de seda y pantalón de brin en el campo.

Comía muy poco y no bebía, pero nunca prescindió del cigarro y del mate. "Por Dios le pido (carta a Garfias) que me mande dos matecitos dorados de las monjas de aquellos olorocitos: con el campo y la soledad me he entregado al vicio, y no hay modo que, al tiempo de tomar mate, no me acuerde del gusto con que lo tomo en dichos matecitos: en cargue que vengan bien olorosos, para que les dure el olor bastante tiempo, y mientras les dure éste, les dura también el buen gusto: junto con los matecitos, mándeme media do cena de bombillas de caña, que sean muy buenas y bonitas".

Siempre conservó, en su vida privada, lo mismo que en su vida pública, una independencia absoluta del qué dirán: "No soy — escribe— de los que se curan de las imputaciones del público, y su

merced puede pensar lo que le dé la gana". Sin embargo, por complejión moral innata, mantuvo la decencia en su vida y rígidas normas en sus relaciones sociales y en su conducta como individuo. Sus remoliendas estaban incorporadas al código moral de la época, y nunca degeneraron en orgías. Sus relaciones con doña Constanza Nordenflycht, prolongadas por la tenacidad de ella más que por la voluntad de él, se mantuvieron reservadas hasta donde era posible, tratándose de un hombre hacia el cual convergían las miradas del país entero.

Su correspondencia proyecta luz sobre algunos rasgos íntimos. Con motivo del padrinazgo de uno de los hijos de Andrés Bello, le dice a Garfias "A mi señor compadre don Andrés Bello, que reconozco la distinción que me hace eligiéndome para su compadre; que siento no estar en ésa para asistir personalmente al acto del renacimiento de mi ahijado, en que muy gustoso habría suplido toda mi fe, y que lo que me ha hecho gracia en su solicitud, es la advertencia de que en ella no se propone mira alguna de interés; dígame que tal prevención no está bien en su boca y me humilla con ella, pues me juzga incapaz de conocer y distinguir a los hombres". Por intermedio del mismo, manda a Gandarillas y a Prieto los siguientes recados: "Diga Ud. al Tuerto que no sea zonzo, que apenas leí el artículo cuando en presencia de Newman, Silva y Maqueira, dije que su autor no podía ser otro que él, y si lo he preguntado a Ud., ha sido por cerciorarme. Dígame que no le mando memorias, porque no es hombre que entiende de finezas, que si tuviera algún pedazo de lomo de buey que mandarle, sé que lo agradecería más que todos

los recuerdos que hago de él y que no le comunico por no perder tiempo. Cuando vea al Tuerto, dígame que es el gran bestia, que el dar y quitar son cosas opuestas y muy diferentes, y por lo mismo no pueden ser parecidas, aunque sea uno a quien se dé y uno a quien se quite. Dígame que tengo mis buenos quesos, y que si gusta le mando uno. Va Ud. a ver a don Joaquín Prieto, dele memorias de mi parte, y dígame que, teniendo Garrido cortedad de obsequiarle seis jamones, me los ha mandado para que yo lo haga a mi nombre, que no han caminado por falta de proporción y que niegue a Dios se presente pronto, porque la gente de esta casa es muy comedora y la despensa no tiene llave".

Cavareda padecía de continuos dolores de cabeza. Con este motivo le escribe Portales: "Quiero que haga un sacrificio a mi amistad, y él consiste en que Ud. me empeñe su palabra de honor, muy formalmente, de abstenerse del té por veinte días. Yo le miraría a Ud. muy en menos si le creyera incapaz para superar esta pasión tan fácil de vencer y por tan pocos días... Sí a los veinte días no siente Ud. un completo alivio del dolor de cabeza tómese Ud. un fondo de té diaria mente para desquitar el que dejó de tomar en ese tiempo". Y en otra carta posterior: "La noticia que me comunica en su apreciada del 23 del que rige, de haber, aminorado los malditos dolores de cabeza, me ha dado un rato de gusto, de los muy pocos que conozco ya en la vida; al mismo tiempo, me deja lleno de orgullo por mis conocimientos en la facultad médica y acierto en mis curaciones. Si la abstinencia del té es la causa de la mejoría, yo he descubierto lo que no alcanzaron los eximios profesores, Leyton y

Cía.<sup>19</sup>. La perseverancia y mucha abstinencia será lo que nos saque de duda, lo que aumente mi orgullo médico, y lo que acabe de probar la superioridad de Ud. sobre sus pasiones y el poder que tiene la amistad en su corazón".

Escribiendo a Garfias, con fecha 12 de agosto de 1832, le anuncia: "Mañana irá con destino a entregarse a Ud. un cajoncito con doscientos cincuenta cigarros y quince docenas de pastillas adornadas, que distribuirá Ud. en la forma siguiente: a don Andrés Bello, cien cigarros y a don Ignacio Jerauld, ciento cincuenta, diciendo a éste quedos pruebe y que avise si le gustan, y a don Andrés que me perdone. Que mi objeto de acreditarle mi recuerdo se llena lo mismo con cien cigarros que con cien mil y que celebraré que la comadre y familia toda se hallen sin novedad. Las pastillas las distribuirá del modo siguiente: dos docenas a la comadre, dos ídem a la Dolores, dos a la Antuca, y dos a don Borja Valdés, dos a la Rosita Garfias, y la docena que resta es para que Ud. se sahúme, protestando, mandarle más en otra ocasión, así para las Garramuños como para la señora de su tío Miguel".

Fuera de la mujer, dos inclinaciones singularizaban a Portales: la de los caballos y la de los bufones. Tenía la pasión del caballo, gusto extraño en quien llevó siempre vida urbana. Su quinto abuelo, Francisco de Meneses, el gobernador de Chile, la había tenido también. "Tenía muchos y muy generosos caballos. Preciábase de industrialarlos y tenía a lisonja le viesan todos y admirasen aquellos

---

<sup>19</sup> Boticarios de Valparaíso.

ejercicios"<sup>20</sup>. Portales, como su lejano abuelo, compraba a altos precios los que estimaba sobresalientes. Una de sus nostalgias durante su residencia en Valparaíso, es el recuerdo de los buenos caballos de las haciendas vecinas a la capital. No lidió toros como Meneses; pero fue eximio jinete y gustábale domar potros. Tuvo, también, como su ascendiente, el prurito de los arreos de montar. Usaba comúnmente silla inglesa, pero tenía completos los aperos del huaso chileno, tal cual los había perfeccionado la vida campesina durante el coloniaje. Llamaba a Juan Etchevers su hermano en caballos.

En medio de sus preocupaciones, comerciales y políticas, jamás dejó de mano los caballos: En diferentes ocasiones escribe a Garfias: "Nada he dicho a Ud. sobre el Obscuro desde aquel tiempo, porque, habiéndose arrancado y estrellado contra unas piedras, ha estado en el hospital: en el día se halla convaleciente; su venta es segura, pero he resuelto no verificarla hasta tener algún otro caballo, pues, de lo contrario, me expongo a quedar a pie. Don Ángel Ortúzar llevó la comisión de examinar el de Toro, con él puede Ud. asociarse cuando vaya a verlo. Sé que no hay más contrato con Rafael Larraín que una conversación, y que éste está muy distante de pagar por el otro caballo los ochocientos pesos que Toro le ha pedido". Meses más tarde: "Mucho quiero al caballo Obscuro; pero quiero más las oncitas para comprar otro mejor o que al menos me dure más, porque al Obscuro le van creciendo mucho las vejigas. Si no puede Ud. conseguir el alazán de Urcullú, vea si puede conseguir alguno

---

<sup>20</sup> Fray Juan de Jesús María, Memorias del Reino de Chile.

de los dos de Toro". Con fecha 14 de febrero de 1833: "He recibido la- de Ud. fecha de ayer, y sobre su contenido sólo tengo que contestar que no quiero el caballo viejo de Toro, que me he decidido por el nuevo con tal que tenga las calidades del viejo". El 28 del mismo mes, vuelve a escribir; "Incluyo una carta de Lombard para que la conteste verbalmente diciéndole que su sobrino Vega se fue en la Colo-Colo bien recomendado a su comandante; y por lo que hace al potro, que le doy las gracias y que lo admitiría si lo necesitase; pero por segunda mano hágallo Ud. ver y cómpreselo si lo merece... El potro sé que es fino y que con el tiempo ha de ir dando mucho de sí, y dejando su compra para después, puede sucedemos lo que con el alazán, que no quise comprar en siete onzas cuando tenía cuatro años".

El 9 de abril de 1835 escribe desde "El Rayado": "A Santibáñez que no deje de traerme las espuelas y a González que me mande bien acomodado con el portador de esta carta, mi avío de pellones".

Durante su residencia en El Rayado, donde se recluyó por economía después de sus desastres financieros, se rodeó de una servidumbre de tontos, a quienes hacía zapatear zamacuecas o pelear entre sí chismeándolos. En Santiago, sentaba a la mesa a otro imbécil, Isidro de Ayestas, nombre que se aplicaba a sí mismo y que, en ocasiones, extendió a Prieto, para divertirse jugándole pasadas que recuerdan las de su niñez.

El retrato que se conserva de Portales es obra del pintor italiano Camilo Dominiconi, que reconstituyó sus rasgos y su expresión sobre la base del cadáver despedazado, y sirviéndose como modelo

de algunos de los deudos que más se le parecían. El atento examen de la obra deja la impresión de que el artista tradujo la fisonomía de acuerdo con las indicaciones de personas de la intimidad de Portales.



*Diego Portales y Palazuelos de Camilo Dominiconi*

Es dudoso que le haya conocido vivo; y si así fue, no logró su talento artístico reconstituir, con la sola base del recuerdo, la fisonomía profundamente espiritual que hacía marco a la expresión imperiosa de Portales, según el recuerdo de los contemporáneos.

Era Portales de estatura corriente. Su cuerpo delgado y flexible, sostenía una cabeza de rara belleza. Rostro fino, ovalado, de semblante muy pálido, frente prominente agrandada por calvicie

prematura,' nariz alta y recta de ventanas entreabiertas, labios finos movibles, casi siempre plegados en una sonrisa que iba de la benevolencia a la ironía; de barba redonda, firme y descarnada. Había en su fisonomía una expresión a la vez espiritual e imperiosa. Sus ojos de un azul intenso, un poco hundidos, de mirar dulce en los momentos de calma, clavaban al reflejarse en ellos las tempestades interiores.

Su temperamento activo, de reacción viva e intensa, excitado por los variados estímulos de su inteligencia rápida y profunda, mantenía en continua actividad su organización delicada y nerviosa. "Tenía en todo su ser una singular movilidad, marchaba siempre de prisa, hablaba con vehemencia", y su voz, limpia y varonil, era espontáneamente imperiosa.

Había aprendido a dominarse; pero, cuando su cólera o su indignación rompían los diques de la voluntad, estallaba con un ímpetu rayano en el frenesí; "su presencia causaba terror".

Pasaba casi sin transición de la cólera a la alegría; y cuando no lo agitaba una pasión violenta, sabía acomodar la expresión exterior a los más diversos estados ficticios de ánimo o de sentimientos con una facilidad que rivalizaba con la de un artista. Nadie como él fingía una pasión.



## Capítulo V

### Portales

#### **(Ensayo de inteligencia racional de su genio político)**

*El intuitivo y la comprensión racional.— Antipatía entre el genio y la raza.— ¡Hay en Portales una manifestación del genio político godo?— ¡Probable atavismo del genio político romano.—La intuición creadora.—La fuerza de sugestión.—Las anomalías.—Génesis de la vocación política y de la emoción cívica.—El sentimiento de la nacionalidad.— Pasado y futuro.—Los ideólogos y las teorías políticas. — Posición frente a los partidos. — Concepto de la sanción. — El conductor de hombres. — Los complementos del genio.*

*"El verdadero hombre de estado es, ante todo, un conocedor de hombres, situaciones y cosas. Tiene una visión que, sin vacilar, inmediatamente, abarca el círculo de las posibilidades... Hacer lo conveniente sin saberlo, tener la mano segura, la mano que acorta o alarga insensiblemente las riendas; esto es, justamente lo contrario del talento del hombre teórico... Los grandes papas y los jefes de los partidos ingleses, cuando tenían que dominar las cosas, no han seguido otros principios que los que siguieron los conquistadores y caudillos de todos los tiempos... ¡No mirar hacia atrás ni buscar el criterio en el pasado! ¡Menos aún mirar de lado hacia un sistema! En épocas como la actual o la de*

*los Gracos, hay dos clases de idealismos, ambos fatales: el reaccionario y el democrático. El primero cree en la reversibilidad de la historia; el segundo, en un fin de la historia".*

— Spengler.

*"Su espíritu superior tiene una especie de don profético para adivinar el porvenir, que, desprendiéndose de los aparentes intereses del momento, descubre el más allá negado al común de los mortales".*

—Walker Martínez.

*"El hombre de acción no tiene conciencia".*

—Goethe.

El sentido común, más clarividente que la razón, tratándose de políticos, porque está más próximo que ella de la corriente cósmica, ha presentido siempre el genio de Portales. Desde el gañán incapaz de conciencia vigilante hasta el político de instinto, no ha habido quien no haya advertido que en Portales hay algo extraño, enigmático, misterioso, que no se encuentra en los demás hombres inteligentes. Confusamente, todos han creído divisar algo así como un adivino, un mago, un loco superior, un apóstol de la realidad, un genio. El único que no lo ha presentido es el intelectual de] corte de Lastarria, el razonador, al cual la ideología pinchó los ojos del

espíritu, y lo privó de los más grandes dones que, desgajándose del cosmos, se posaron en nuestro pequeño microcosmos: el instinto y la intuición, a los cuales deben el hombre y la sociedad todo lo que son políticamente.

Tal cual el instinto lo ha presentido, hay en Portales uno de los mayores genios, y a un mismo tiempo, el más perfectamente intuitivo, entre los que han aflorado en la historia en el terreno político. Su intuición es tan completa que no tiene siquiera obscura conciencia de ella. Difiere, a este respecto, de César, de Bismarck, de Mussolini y de los' de más. Es un intelecto fuerte. También fue un hombre culto, La leyenda de su ignorancia sólo es un reflejo del prejuicio español, que no concibe una mujer bonita ni un hombre rico inteligentes, ni un hombre inteligente ilustrado. Para la mente española, sólo es ilustrado el zonzo leído, el mentecato que vacía, en proyectos y en discursos, las reformas políticas o sociales que ha extraído de sus lecturas indigeridas. Pero ni su inteligencia, muy viva y penetrante, ni su cultura, cuentan para nada en la creación política de su genio. César, como Portales, fue a la vez un intelecto poderoso y un intuitivo; pero al paso que en aquél el intelecto es lo fundamental, y el intuitivo, lo secundario, en el último, el intuitivo es todo.

Se verá más adelante que la creación política portaliana encaja en un conjunto de factores sociológicos dados, con tal fuerza y tan perfectamente, que la más poderosa elaboración racional no habría bastado a concebirla. Es una concepción que abraza el pasado, el presente y el futuro, en una visión, a la vez, profundamente real y

lógica. Hay en ella una percepción psicológica admirable, y la elaboración socio lógica queda muy por encima del grado de desarrollo que, hacia 1822, había alcanzado el pensamiento científico occidental. Pero en Portales no hay trabajo mental, no hay si quiera la posibilidad de una elaboración racional. Su forma cerebral, como la de casi todos los grandes intuitivos del de venir, de lo futuro y de lo vivo, es reacia a la comprensión del pasado. En otros términos, habría en la creación portaliana, si se la supone producto de la imaginación que- trabaja y elabora los datos de la realidad, una combinación tan perfecta, que inútilmente se la buscaría en otros genios. Sería psicológicamente la máxima invención individual en el terreno político<sup>21</sup>. Más, en Portales, no hubo invención elaborada. Todo lo que realizó lo recibió hecho, sin conciencia del porqué ni de su trascendencia sociológica. Fue un presente gracioso de la intuición; una revelación igual a la de los grandes intuitivos de la mística. La razón humana nunca ha alcanzado esas honduras, ni elaborado en el terreno político construcciones de semejante naturaleza. Su campo de acción es otro.

Así como hay una intuición del futuro, existe otra del pasado; y ambas formas tienen un poder de penetración más o menos circunscrito a ciertos órdenes de presentimientos. Desde que Portales despertó nuestra atención, no presentimos, sino que vimos su genio en contornos tan vivos y de finidos, como jamás hemos

---

<sup>21</sup> Entiéndase bien, sería la mayor creación política, sino la mayor creación que hubiera brotado del cerebro de un hombre. Todas las creaciones políticas, exceptuada la de Portales han. sido la resultante de la elaboración. a veces- secular, de uno o muchos genios y de innumerables hombres de instinto que han desarrollado. la concepción primitiva.

logrado ver la psiquis de ningún hombre normal. Lo vemos, lo sentimos, lo palpamos; y, sin embargo, todos los esfuerzos realizados para expresar esta visión en lenguaje racional, nos han resultado vanos. Hemos escrito diez y más veces una página, y, al leerla después de desaparecida la intensidad de la visión, sólo, nos encontramos en presencia de símbolos y de imágenes, que pueden responder a cierto gusto literario y que suenan gratamente al oído, pero que no pueden sugerir al racionalista ninguna inteligencia del genio de Portales. Al fin, del fondo más lejano de nuestro recuerdo, a través de cuarenta y dos años, surgió, como advertencia, la frase de San Agustín: "Lo sé; pero, si intento explicarlo, ya no lo sé".

Si es imposible expresar directamente la intuición, no es menos impasible aprisionar a un genio intuitivo dentro de la inteligencia racional. Siempre resultará más una caricatura que una imagen fiel. Y, sin embargo, lo vamos a intentar. No enturbia nuestra visión la doble venda de las pasiones políticas y de los postulados teóricos. Pipiolos, pelucones y estanqueros, son nombres que nada hablan a nuestros sentimientos. En los principios y postulados políticos nunca hemos visto otra cosa que palabras huecas o etiquetas que cubren los más diversos contenidos. Pero lo favorable de la posición desde la cual intentamos la tarea, no nos librará del fracaso, si no encontramos en el lector cierta disposición innata que le permita reconstituir el personaje mediante la imaginación, haciendo la síntesis de sus rasgos desarticulados.

Así, pues, cuando, en lo sucesivo, se separen los componentes del genio, cuando se analicen los factores sociológicos en que encaja su

concepción política, cuando se desmenuce la propia creación portaliana, no es porque se nos escape la verdadera fisonomía psicológica de Portales. Sabemos que todo está reunido en él en una concepción intuitiva extraña a todo razonamiento, a lo menos en su trascendencia socio lógica.

Así, pues, cuando, en lo sucesivo, se separen los componentes del genio, cuando se analicen los factores sociológicos en que encaja su concepción política, cuando se desmenuce la propia creación portaliana, no es porque se nos escape la verdadera fisonomía psicológica de Portales. Sabemos que todo está reunido en él en una concepción intuitiva extraña a todo razonamiento, a lo menos en su trascendencia sociológica.

\* \* \* \*

Pocas veces la incompreensión y el divorcio entre el genio moldeador y el pueblo moldeado, ha sido mayor. Portales, en sus intuiciones, parece haberlo presentido. No pidió a los suyos gratitud ni se mostró sensible a la satisfacción del homenaje colectivo. Sabía que "en este mundo, la indiferencia y la aversión están como en su propia casa". Disipado el espectro de la anarquía, desaparecida, en el correr de veinte años, la gratitud de aquellos por quienes se sacrificó, los suyos no le correspondieron con la indiferencia, sino con odio implacable y con antipatía encubierta. Al recibir Lastarria el ensayo sobre Portales, que Vicuña Mackenna tuvo el candor de dedicarle, le contesta: "No he abierto el segundo tomo, ni lo abriré, a pesar de que sé que Ud. me llama rudo crítico, y no historiador, y no obstante que también afirma que los documentos sobre que

escribí, fueron hechos por otros que por Portales. ¿Para qué lo he de abrir, si el primero, que leí durante la navegación, me costó rabias, dolores de estómago, patadas, reniegos y cuanto puede costar una cosa que desagrada...? En su libro de Portales, puedo sacarle a cada página una mentira, o una contradicción, o una visión de su alma enamorada. Sí, Benjamín: Ud. se enamora para escribir estas historias, pues los Carrera, O'Higgins y Portales son panegíricos y no historias... Váyase Ud. a pasear con su Portales, pues creo que con este libro hace más mal que con ninguno. Pervierte Ud. el juicio público, y presenta como grande a un pillo de los que tiene nuestra tierra a puñados".

Estas frases respiran el odio del ideólogo hacia el intuitivo. Además, [Lastarria, era un estrecho menta], y por tanto, un incomprensivo, lo que no debe confundirse con la falta de talento. Pero respiran, también, por todos los poros el sello indeleble de las antipatías raciales. Porque, si no ha habido genio más anti ibérico que el de Portales, tampoco ha habido, entre los escritores chilenos, mentalidad más ibera que la de Lastarria.

Y esta antipatía es general: flota en el ambiente. Vicuña Mackenna presintió en Portales mucho más de lo que se atrevió a decir. Su imaginación fogosa y desmedida, que creaba genios como los egipcios dioses, tiende repetidas veces a desbocarse, a decir todo lo que ve, y a gritar a voz en cuello que en Portales hay un genio creador, uno de los diez o doce que la humanidad, tan indigente en el terreno político, como fecunda en el guerrero, en el científico y en el artístico, ha producido. No le detienen los prejuicios ideológicos,

telarañas que su entusiasmo torrencial barre a cada momento, sin necesidad de desbordarse. Tampoco le retiene el temor al ridículo literario que resulta del contraste entre la grandeza del genio y la pequeñez del escenario. Su entusiasmo generoso no conoció ese temor. Lo que lo ata, lo que le impide volar, lo que lo mueve a asesinar su intuición genial, es la atmósfera de plomo que respira desde todos los sectores del ambiente intelectual y político. Es esa misma atmósfera letal la que mueve a la señora Marín del Solar a retractarse, y a excusar con su juventud y su emoción el delito de su canto fúnebre a Portales.

Y esa atmósfera no es sólo liberal; es aún más densa entre los conservadores. Walker Martínez y Edwards sienten admiración sincera por el estadista genial. Son dos mestizos de inglés, cuyas mentalidades en las caprichosas resultantes del cruzamiento, se moldearon, a este respecto, inglesas. Y entre el genio político de Portales y el genio político inglés, casi en todo instante dominado por el instinto, no media el abismo que entre Portales y su raza. Los demás, ni le comprendieron ni le admiraron. La mayoría le odia con odio instintivo, exacerbado por la necesidad política de alabarlo y de enaltecerlo.

Este concierto incomprensible de antipatías contra un genio, cuyo papel histórico se limitó a señalar, en una hora de hondo desconcierto y de naufragio inminente, el rumbo que nadie divisaba, debe buscarse en la reacción instintiva del amor propio racial herido contra el intruso, contra la sombra de un genio político ya muerto,



que, después de un siglo, aún no logra hacerse perdonar su superioridad.

Un genio político, normalmente, sólo es la condensación de las aptitudes de su raza en un individuo que reúne, a la fuerza del ideal, la inteligencia de los medios y la voluntad magnética que sugestiona y arrastra a los tímidos, a los miopes .y a los indiferentes.

En Portales, el divorcio entre la índole de su genio y la constitución mental de su raza, a través de los acuerdos del temperamento y de ciertos rasgos del carácter, es irreductible. Es un genio que no pudo nacer español. Aunque la imaginación apure las posibilidades latentes de la constitución mental española, el divorcio queda en pie.

Entre las naciones derivadas del imperio romano, ninguna se ha mostrado más reacia, por estructura mental innata, que la española a la idea romana del estado. La historia de España es una lucha ininterrumpida entre el poderoso influjo de la civilización occidental y de los acontecimientos externos por imponer la forma romana del estado, y la resistencia de la mente ibera a" una concepción que, no sólo no es la suya, sino que es la antítesis de su concepción' ancestral. Casi no hay historiador extranjero que no haya advertido este antagonismo<sup>22</sup>. En Portales hay una concepción romana del estado tan espontánea, tan ajena a toda sugestión exterior, que brota hecha con nitidez asombrosa. Por un fenómeno curioso y, sin embargo, muy sencillo, el análisis último de la concepción

---

<sup>22</sup>) Hume, Historia del pueblo español, y Oliveira Martins, Historia de la civilización ibérica, han intentado, entre otros, rastrear el origen de esta característica de la mentalidad ibérica.

portaliana proyecta luz viva sobre la propia ideología romana del estado. Es una especie de hilo mágico que sirve de guía y hace posible la percepción de matices y de rasgos recónditos, de la mentalidad política romana, que es capan a nuestros cerebros, ya muy modificados en el correr de veinte siglos.

El genio de Portales es profundamente realista en la acepción científica de la palabra. El genio español es también realista, pero lo es a su manera. Ve la realidad inmediata, y la fuerza de su imaginación plástica ha sabido transformarla en obras de arte inmortales. Cervantes, Velázquez, Goya. Aun en el terreno en que su genio se ha mostrado de una inferioridad indiscutida, en el terreno político, la clara percepción de la realidad inmediata, cuando no la ofusca la pasión, ha producido resultados sorprendentes. Pedro de la Gasea no ha sido excedido en cuanto genio conductor de hombres; y, aunque constituye un caso raro, no es único entre los capitanes españoles

Pero la percepción del encadenamiento lógico de la realidad-pasada con la realidad actual y la que viene, ha escapado siempre al genio español en una medida de que no hay otro ejemplo entre las grandes razas que han hecho la civilización<sup>23</sup>. Aranda empujó a Carlos III a cumplir el pacto de familia y a fomentar la independencia de los Estados Unidos. Cumplido el propósito, la

---

<sup>23</sup> No se expresa bien esta característica de la mentalidad española, cuando se afirma con los psicólogos franceses que hay en ella una limitación. No procede hablar de limitación cuando los mismos autores han anotado con tanta sagacidad el hecho de que en la mentalidad española sólo sale de la realidad inmediata para perderse en lo universal y absoluto, los místicos, o en la fantasía, Aranda y mil más. No es una mentalidad limitada la que así salta. Lo que hay en ella es una falla capital: la atrofia de la imaginación combinadora, que, en la mentalidad francesa, ha tomado un desarrollo exagerado. El español percibe claramente, a menos que la pasión lo ofusque; pero no enlaza lógicamente lo percibido

realidad ya producida alumbró su miopía, y reconoció la locura que había cometido. La próxima emancipación de la América española "se clavó en su testa aragonesa", para emplear sus palabras, y se convirtió en una pesadilla. Pensó, entonces, cómo reparar el error, cómo prolongar la dependencia y prevenir la emancipación; y elaboró un plan de monarquías dependientes, cual no lo habría soñado el más fervoroso revolucionario; pues era la manera más eficaz de perder cuanto antes las colonias. La falta de sentido político que hubo en su primer error, apenas ha sido entrevista por uno que otro historiador. La falta de instinto político que encierra el proyecto de las monarquías dependientes, desde el punto de vista español, que era la conservación de las colonias, no sólo no ha sido comprendida hasta hoy, sino que, por sarcasmo, es el pedestal del supuesto genio político de Aranda. La dependencia habría durado el tiempo que el monarca y la colonia hubieran tardado en compenetrarse y reaccionar en el sentimiento de estado soberano.

Balmaceda vio con igual intuición que Aranda el por venir inmediato: la crisis que iba a determinar el derrumbe miento del régimen de Portales, y selló con su vida lo que creyó el cumplimiento de su deber de mandatario. Pero perdió el concepto del presente. No advirtió que las fuerzas espirituales habían minado las bases del régimen, y que ningún poder humano podía ya sostenerlo en pie. Perdió el en lace entre el pasado, el presente y el porvenir; y, al perderlo, provocó una catástrofe inútil.

En la intuición de Portales, el enlace lógico del desarrollo histórico es tan hondo, tan extenso y tan perfecto, que inútilmente se

buscará otro ejemplo. Y es precisamente esta la forma de imaginación de que su raza carece por compleción atávica.

La mentalidad española, tal cual ha quedado después de los grandes agregados y eliminaciones de sangre que sólo cesaron con la independencia de América, es una mentalidad política negativa. Negativa en el fondo, no en la forma, que se expresa por la sátira y la crítica. Ve el defecto, la falla, se absorbe en él, en una especie de paladeo sádico, y pierde la visión del conjunto. Se ha producido con el ejercicio una canalización del proceso mental en el sentido del estímulo que creó su estrechez de visión, que no debe confundirse con el pesimismo. En todo político español, el discurso es un análisis penetrante de los vicios y de los defectos, con absoluta abstracción de todo lo sano y vigoroso que encierra la realidad en el momento que habla o escribe. En seguida, el parto de los montes: el reemplazo de lo que ve mal o por la nada, o por una insensatez. Nadie vio, en un momento histórico más oscuro y más desconcertante, las posibilidades que aún quedaban para elaborar una construcción política, ni nadie las explotó con mayor genio que Portales.

Portales es un aislado, un extraño en su raza. No un extraño en la forma, en el corte externo, como fue Disraeli para el pueblo inglés, cuyo poder moldeador acabó por hacer de un judío, un político más inglés que todos los grandes ingleses de su siglo. En la lucha entre su genio y el de su raza, Portales permaneció inflexible como una estructura de rígido acero; y la subyugó y la encerró en un edificio que era suyo, exclusivamente suyo, merced al poder de sugestión de

su genio. La oposición entre la energía de su naturaleza férrea y el medio frío y hostil, encierra una dramaticidad menos aparente, pero más honda, que su trágico final. Su asesinato es sólo un episodio en la lucha entre su genio y el de su pueblo.

\* \* \* \*

El aislamiento de Portales dentro de la psicología de su raza es tan resaltante que apenas hay escritor que no lo haya advertido. Sólo que simples historiadores, juristas o literatos, la totalidad de los biógrafos se han contentado con el sencillo axioma de que el genio no tiene fronteras raciales.

Dos hipótesis pueden explicar las características del genio de Portales. La primera es la de Nicolás Palacios. Advirtió muy temprano el hecho de que la mentalidad del pueblo español no pudo engendrar el genio de Portales. Todavía no había elaborado su original, pero exagerada, concepción étnica araucano-gótica del pueblo chileno. Más tarde, cuando la ideó, encontró en ella una explicación fácil del fenómeno que lo había desconcertado. Portales sería la exteriorización del genio político goda. Se sabe que, diseminada en el grueso fondo ibero del pueblo español, circula todavía, en cierta proporción, la sangre goda, que mostró una extraña rebeldía a la fusión definitiva con el aborigen celtíbero. Chile, como consecuencia de la selección con sentido racial engendrada por la guerra de Arauco, es el pueblo de origen español que contiene más alto porcentaje de sangre goda. Este es, también, un hecho indiscutible, cualesquiera que sean las exageraciones de las fantasías étnicas de Palacios. Dada esta circunstancia, el genio

godo tenía en Chile mayores probabilidades de aflorar que en ningún otro pueblo. Portales sería el resultado de ese afloramiento; la expresión del genio político de ese pueblo semibárbaro que los sucesos históricos disolvieron después de tres siglos de un imperio agitado y tormentoso; pero que los psicólogos modernos consideran el mejor dotado intelectualmente entre todos los pueblos de origen nórdico que formaron las naciones occidentales.

La antropología justifica a Palacios. Portales era, antropológicamente, un godo afinado en el correr del tiempo y de la civilización, algo así como lo que el inglés de hoy al gigantesco normando, anglo y sajón de otra época, o lo que el francés rubio actual, al galo primitivo. Dolicocefalo de ojos azules y cabellos claros, sin ninguna cruz con otra raza nórdica, a través de todas las generaciones conocidas de sus antepasados, estas características son reminiscencias inequívocas de ancestrales godos confundidos con el ibero ya desde la península.

La psicología confirma ampliamente la suposición. Todos los que estudiaron a Portales, siempre advirtieron algo de inglés en el fondo de su genio. El inglés exteriorizó por él una admiración y una simpatía que jamás otorga al individuo de otra raza; instintivamente, lo presintió algo suyo. Ahora bien —y esto también es históricamente cierto—, los godos eran, entre los bárbaros del norte, los vecinos más inmediatos y los más afines con las tribus que poblaron la Inglaterra.

Los datos de que parte esta explicación son rigurosamente ciertos y muy dignos de ser tomados en consideración. Pero la explicación

misma no se puede ni contestar ni probar. Ni siquiera se puede discutir. ¿Cómo hablar del genio político de un pueblo que se disolvió racialmente después de un corto reinado semibárbaro hace ya trece siglos?<sup>24</sup>

\* \* \* \*

La segunda hipótesis sólo descansa en una fuerte base de probabilidades psicológicas. Cuando se ha convivido intelectualmente con las razas muertas, su alma se nos hace familiar. Sin que sepamos por qué, señalamos con cierta seguridad la filiación de un rasgo del carácter o de una manifestación de la cultura, cuyo origen no encontramos históricamente indicado en el rasgo o en la manifestación misma.

Esto es romano, esto es griego, esto es egipcio, esto es incásico, esto es azteca, decimos con la misma seguridad que señalamos, aún ignorándola, la nacionalidad de un autor. Nos otros hemos creído siempre divisar en Portales un fondo romano. La sangre romana se mezcló a la ibera en cierta proporción, pero antropológicamente más afín que la goda con la población peninsular, se refundió en ella con mayor rapidez.

Al hablar del atavismo romano, de ninguna manera debe pensarse en una reencarnación de la mente romana tal cual ella existió, tal cual informó la civilización de Roma. Esa mente estaba colocada en otro plano que la occidental. No sólo los conceptos de infinito, de

---

<sup>24</sup> No siéndonos posible entrar más a fondo en esta interesante hipótesis, indicamos al que quiera ahondarla algunas fuentes: Pérez Pujol, *Estudios históricos sobre la España goda y La vida científica de la España goda*; T. Hodgkin, *España visigoda*; Dam, *Historia primitiva de los pueblos germánicos y románicos*; Bradley, *Historia de los godos*; Spengler, *La decadencia de Occidente*.

tiempo y de espacio, sino también los del estado, del ciudadano, de la libertad y otros análogos, significaron para el romano algo diverso de lo que bajo los mismos nombres se representa el occidental. Al hablar de atavismo romano, hay que tener presentes los rasgos esenciales del sentimiento y del intelecto, no sólo como se exteriorizaron en el romano, sino, también, como la cultura occidental, en cuyo seno se disolvieron, pudo desenvolverlos como casos aislados.

La extraña predilección de Portales por el latín, que tanto ha chocado a sus biógrafos, es sugestiva. No se trata de una predilección determinada por la línea de menor resistencia, por la mayor facilidad para asimilar los idiomas. Aun que Portales tenía oído fino, nunca mostró una memoria especial de las lenguas. En todo caso, esa canalización estaba destruida por la agilidad intelectual que empieza a manifestarse en el examen de docimasia para no desmentirse en el terreno bien distante de la organización política y del ejercicio del gobierno. En Portales hay una afinidad entre su constitución mental y la sintaxis latina; entre sus gustos intelectuales y la constitución mental del pueblo cuyo genio se expresó por ese idioma. Esta afinidad por sí sola carece de significación. Es demasiado común, y aisladamente, sin dejar de ser una manifestación de atavismo desvaído, no justificaría el empleo de la palabra. Pero ahóndese más en la misma dirección y la sospecha se trueca rápidamente en evidencia.

La sanción ha desaparecido en la ideología política del pueblo chileno. Más adelante se verá el curioso proceso ético-racial que ha



producido este fenómeno. En Portales, la sanción es dura, implacable. Pero es la sanción fría, ajena a todo odio, a toda pasión. Es la sanción romana exigida por la salud pública; la sanción impersonal de Marco Aurelio. No es la sanción apasionada y personal del ibero, que mana del odio, y, al acercarse a la venganza, se aleja infinitamente del concepto romano.

En el terreno ético-político, la mentalidad castellano-vasca, que durante el siglo XIX ahogó completamente a la andaluza-meridional, creó en Chile un concepto que, moralmente, la enaltece y la redime de su inferioridad política. Su concepción de la honradez es total y no admite distinciones. Su ideal se expresa por los Pinto, por Matta, por Reyes, por González Errázuriz, hombres moralmente de una pieza en cuanto individuos y en cuanto estadistas. Portales es la más violenta antítesis que pueda exhibirse del ideal ético-político español. Como en el romano, se divorcian en él, absoluta mente, el hombre y el político. El romano, en cuanto individuo, fue duro y avaro, pero recto y honrado. En cuanto político, una sola palabra es bastante fuerte para caracterizarlo: fue salteador. Portales, individualmente, está por encima del romano. Su honradez toca en lo enfermizo, y además es desprendido. Como chileno, no le detiene la deslealtad ni retrocede ante la felonía o el despojo. Para implantar su creación política, para salvar al país deteniéndolo en el borde del abismo donde se balanceaba, ya perdido casi el equilibrio, intenta con Rodríguez Aldea una celada a Lastra; se sirve de Freire, abusando de su ingenuidad, como instrumento de sus designios; y, finalmente, cubre de ridículo al propio Rodríguez Aldea y le arroja a

la ropa sucia como un pañuelo usado. El poder naciente de Santa Cruz constituye una amenaza para el futuro, y el dominio del mar le permite iniciar impunemente la descomposición interior de Chile. Portales no tiene buques ni dinero con qué adquirirlos. Se apodera por sorpresa de la escuadra de la Confederación y se hace dueño del mar.

Pero en Portales, como en el romano, lo útil se viste siempre con una fórmula jurídica. No es el suyo el reflejo del espíritu jurídico tan desenvuelto en el chileno hasta la crisis de 1920, que se empeña en encerrar la realidad entre las telarañas de la estructura constitucional y legal. Esta manifestación del genio nacional es totalmente extraña a Portales. El suyo es el espíritu jurídico romano, que acomoda el derecho a la realidad cambiante; y al captarla, sin trabas legales ni morales de ninguna especie, en un sentido útil a la salud del estado, procura siempre cubrirla con el manto jurídico, estirándolo y retorciéndolo, a veces casi hasta despedazarlo, pero sin prescindir de él.

Para Portales las constituciones del 28 o del 33, manzanas de discordia entre liberales y conservadores durante setenta años, son poco más que tiras de papel, perfectamente indiferentes para la suerte de Chile. No obstante, lo veremos apremiar a los redactores de la carta fundamental y de los diversos códigos; y remover afanosamente las dificultades que encuentra su aprobación en las discordias de los legisladores. En cuanto estadista, tenía el cinismo de lo útil; pero no el cinismo de la desnudez de lo útil. Por lo demás,

este cinismo ha sido característico en ¡todos los grandes político! creadores de realidades.

El sentido de la duración está en el genio político romano. No es que tenga conciencia de ello. Esa conciencia no es de su civilización. Es sólo uno de los elementos integrantes de su devenir histórico, pero este elemento era bastante vivo para constituir un rasgo característico del pueblo romano. La construcción política portaliana respira la misma ansia de eternidad, está animada del mismo sentido de la duración. Sólo que el majestuoso edificio romano descansaba sobre el genio político de una de las razas mejor dotadas que han existido; y el de Portales no tenía otros, cimientos que las combinaciones de su propio genio.

La acción del político, sus astucias y sus arterías, miran todas a un porvenir impersonal y lejano. El problema de la anarquía tiene soluciones inmediatas y fáciles, más no duraderas. Para solucionarlo momentáneamente, habría bastado el retorno de O'Higgins. Era una solución fácil, aunque transitoria. Pero Portales la desdeña, fija la mirada en el porvenir distante. Busca el camino áspero y cuesta arriba, no por el placer de luchar, sino porque al término de él divisa la duración. Su última obsesión es la pequeñez de su país. Le irrita la imposibilidad de transformarlo en un gran pueblo, Esta visión de la pobreza de los factores naturales de crecimiento, está colocada en un porvenir tan remoto, que, cuando a principios del siglo actual, Palacios y otros la renovamos, pareció preocupación de patrioterros. El concepto del estado, la suprema elaboración del genio romano, tal vez sólo representaba para él la

reunión de los organismos individuales en un organismo grande que los abrazaba o contenía a todos. La abstracción está más probablemente en nuestros cerebros occidentales que en la realidad romana. El estado romano, como todo estado orgánico, tenía alma; pero los romanos no tuvieron conciencia de esa alma. En Portales, el concepto abstracto occidental del estado y del alma que lo informa, está superado. Intuitiva o conscientemente, miró hacia adelante de su época, ya muy distante de la época romana. Adivinó la función de las su gestiones en el alma colectiva y por ellas deslizó su creación. Pero la forma esencial del estado impersonal, fuerte, unitario y centralizador, es la primitiva dirección romana, fundamentalmente opuesta a la dirección vasca y a la griega.

Ahora bien, si todos los rasgos esbozados no son roma nos sino godos, quiere decir sencillamente que el genio político godo estaba destinado a confundirse en un grado superior de desenvolvimiento con el genio romano. En tal caso, la batalla de Janda, en la cual don Rodrigo "vestido con manto de púrpura y con una corona de brillantes en la cabeza, sobre un carro de marfil, arrastrado por ocho caballos blancos como la leche, al frente de cien mil godos contuvo con éxito a Tarik hasta que ya, a punto de derrotarlo al tercer día de batalla, los dos hijos de Witiza, comandantes de las alas, se pasaron al enemigo"<sup>25</sup>, tuvo una trascendencia histórica sin precedentes. Porque un pueblo de la juventud y vitalidad del godo, dotado del genio político romano, habría transformado en un

---

<sup>25</sup> De una relación árabe de la batalla de Janda (Guadalete di los árabes).

imperio universal más poderoso que el fundado por aquel pueblo, el desenvolvimiento histórico medieval.

\* \* \* \*

El predominio aplastante de la intuición explica el primero de los rasgos del genio de Portales que hiera la atención del psicólogo: la espontaneidad. Su genio no se forma. No hay en él desarrollo; nació hecho. El día que tomó el gobierno, que le era absolutamente extraño, lo hizo con la seguridad y el aplomo del que ha gobernado durante toda su vida. En los siete años que duró su actuación directa o in directa en los negocios públicos, nada aprendió, nada perfeccionó; por el contrario, pareció decaer, a lo menos en las aptitudes que hacen al conductor de hombres. Verdad es que el concepto corriente, que hasta hoy permanece escéptico ante la grandeza de su genio creador, le adornó en este terreno con mayores dotes de las que en realidad tuvo.

Igual cosa ocurre con la influencia de los medios. Apártense los acontecimientos que sacudiendo demasiado brusca mente su temperamento y su carácter, acabaron por romper los tabiques del casillero en que yacía encerrada con siete llaves su vocación política, y se buscará inútilmente la huella de una influencia externa en la formación de su genio. Ni en el medio familiar ni el social que respiró, ni en los acontecimientos que estimularon las reacciones de su personalidad, fuera de la excepción ya apuntada, Se encuentra el menor rastro de una influencia efectiva en el moldeamiento de su genio político.

En cuanto al fondo mismo del genio de Portales, está constituido por sólo dos elementos: la fuerza de la intuición creadora y el poder de sugestión. Para comprender mejor su intuición política, conviene descomponerla artificialmente. Ella encara el pasado, el presente y el porvenir de Chile, tal cual estaba dado por la totalidad de los factores físicos, étnicos e históricos, sin desnaturalizarlos con prejuicios ideológicos o afectivos. En la ausencia de los primeros está su superioridad sobre todas las inteligencias que le precedieron o que le siguieron. La ausencia de los segundos, hizo posible su ascensión a una altura que el sentido común más agudo nunca podrá alcanzar.

Sobre la base de su visión, inventó una nueva forma de gobierno, combinando rasgos dispersos en otras que ya habían existido. No se les escapó que esta forma no correspondía al genio político de la raza; mas, era la única que respondía al complejo de factores sociológicos sobre el cual tenía necesariamente que asentarla. Portales se vio forzado a encerrar a los suyos en un edificio que debía serles antipático; pero que era el único que podía albergar la infancia de nuestra vida de nación independiente. Y aquí es donde estalla su genio en toda su grandeza. Presiente los huracanes que en el porvenir azotarán la construcción. Ve, palpa la tenacidad con que el genio vasco-castellano procurará aserrar las amarras del edificio. El grito de "¡Junta queremos!", ha resonado en once ocasiones distintas entre el 18 de septiembre de 1810 y el 2 de octubre de 1814<sup>26</sup>. Y este grito, eco del juramento que "so el árbol de

---

<sup>26</sup> Inclusive la de Concepción.

Guernica" prestaron los vizcaínos a su señor don Lope de Zuria, es el mane, thecel, phares de su creación genial.

Se vuelve del único lado que le queda libre. Traba el edificio, combina la elasticidad y la firmeza. Consulta reservas y secretas resistencias. Y agotados los recursos de su genio, lo entrega a los embates del devenir histórico. Los huracanes ideológicos y los petardos interiores estallan de todos lados. El edificio oscila, parece que ya perdió el equilibrio, pero se recobra con fuerza espontánea. A veces se desliza, otras salta, mas no se desarma. Comienza el suicidio. En nombre de la libertad, según ellos — en nombre del odio a la concepción romana del estado, rectifica la psicología— se asierran una a una sus grandes vigas; pero ¡milagro estructural! las vigas cortadas se compensan entre sí; y con cambios de decoración y de nombres, el edificio sigue en pie.

Llega la catástrofe final. Balmaceda, el piloto que hubiera sido su predilecto, el único que, pasado el ardor de la juventud y el ofuscamiento ideológico, comprenderá su genio, porque estaba amasado con su carne y con su sangre, hace una maniobra falsa y el edificio se vuelca. Pero otro milagro — ¡el eterno milagro de las creaciones del genio! —, el edificio, al tumbarse, no se desarma. En lugar de triturar a los moradores, les sigue sirviendo durante treinta años de albergue provisional; y sólo se despedaza con la explosión de la espoleta oculta que la clase dirigente chilena traía desde la formación misma de la raza en la apacibilidad somnolienta del coloniaje.

\* \* \* \*

Sus manos son débiles y sus días están contados. No tiene fuerzas ni tiempo para realizar materialmente la construcción que su genio ha ideado. La naturaleza previó esta debilidad, y la suplió transformando su energía vital en emoción cívica, y dotándolo del poder de sugestión a través del espacio y del tiempo. Su magnetismo atrae los obreros desde los campos más opuestos y las estructuras morales más divergentes. Prieto, Rengifo, Tocornal, Bello, Garrido, Egaña, ensamblan cada uno una pieza. "La transformación operada en Chile fue tan radical y profunda, que uno llega a imaginarse, cuando estudia los sucesos e ideas de ese tiempo, que después de 1830 está leyendo la historia de otro país completamente distinto del anterior, no sólo en la forma material de las instituciones y de los acontecimientos, sino en el alma misma de la sociedad"<sup>27</sup>.

Por extraño sarcasmo, tocó al propio asesino aportar el más sólido pilar material al edificio. Sin la sensación de horror que provocó la dramaticidad del crimen, sin la infamia moral que abofeteó el rostro del ejército, difícilmente habrían nacido el concepto del pundonor y la religión de la lealtad militar en la forma que la veremos más adelante.

Su poder de sugestión prolongó su personalidad en el tiempo, creando una tradición que sugestionó y atrajo a las capacidades medias superiores. Veinte años más tarde, las vigorosas mentalidades de Montt y de Varas, de estructura diversa de la suya, todavía laboraban en la obra, según el plan del arquitecto. No sólo

---

<sup>27</sup> Edwards, La fronda aristocrática en Chile, pág. 41



añadieron chapiteles y cornisas a la organización administrativa, sino que desarrollaron todo un sistema de refuerzos morales que estaban consultados en el plan primitivo, pero que sólo ellos tuvieron fuerzas para darle vida.

Es una colaboración rara. Todos los obreros trabajan en un sentido convergente; y casi todos en un sentido que no era el suyo, impulsados por una fuerza superior de sugestión ambiente, emanada de un genio hermético que predicó sólo con el ejemplo, sin recurrir jamás a la palabra ni al gesto<sup>28</sup>.

\* \* \* \*

La personalidad de Portales, aun no mediando anomalías, es desconcertante para el intelectual. La ausencia de algunos de los rasgos habituales del genio ha aumentado el desconcierto. "Genio paradójal", "hombre incomprensible" son calificaciones corrientes entre biógrafos e historiadores.

En sentido figurado, existen en el genio de Portales grandes anomalías. Faltan en él, rasgos que habitualmente observamos en los genios que han cumplido su sino histórico, y que indebidamente consideramos como elementos integrantes del genio mismo. Son rasgos indispensables para la realización histórica del genio, mas no partes del genio. Lo ordinario es que el genio que carece de ellos quede inédito; pero nada se opone a que, como ocurrió en el caso de Portales, un conjunto de factores extraños al mismo genio supla su

---

<sup>28</sup> Antonio Vergara Albano, en los recuerdos que hacía de Portales, subrayaba mucha la extraña fuerza de sugestión que emanaba de su persona. José Zapiola, siendo joven, solía observar la tertulia que se formaba en torno de Portales en el clásico banco de piedra de la Alameda, ubicado frente al actual palacio de gobierno; y ya anciano, contaba a Luis E. Cifuentes que la sugestión del auditorio era tan intensa que, instintivamente, imitaba sus gestos y sus movimientos

ausencia y el afloramiento se realice. No se trata, pues, de anomalías en sentido psicológico, sino de anomalías en sentido histórico.

La mayor de todas es la ausencia de los estímulos armónicos con las aptitudes. La gloria es todo para Bolívar, Portales no tiene siquiera conciencia de lo que es la gloria. Cada vez que los suyos quisieron ensalzarle, les respondió con la más gruesa de sus interjecciones. Rastreando el origen de su antipatía a Bolívar, se advierte que encuentra en él algo de ridículo, que no es extraño al insaciable afán de gloria y a la postura histórica que el Libertador tomó demasiado teatralmente.

"Quitad a César la ambición — ha dicho uno de los psicólogos modernos— y sólo habrá quedado un calavera vulgar". En Portales, la ambición no existe siquiera en germen. Uno de sus grandes, admiradores ha dado a su desinterés un origen ideológico. Su construcción política era impersonal y el impersonalismo exigía su eliminación del gobierno. Mejor hubiera sido invertir los términos, y señalar la falta de ambición como uno de los factores que hicieron posible su concepción del gobierno impersonal. Por temperamento y por carácter, Portales se vacía en sus cartas. Dejando a un lado sus concepciones políticas sobre las cuales se mostró siempre hermético, no hay hombre que se haya exhibido más al desnudo ni con mayor espontaneidad. Todos sus sentimientos están fielmente reflejados en su correspondencia. En ella aparece a cada instante la preocupación por la grandeza y la prosperidad de Chile, pero de un Chile que él no verá. Para sí, sólo pide orden que le permita trabajar

y pagar a sus acreedores y en un futuro que no debía ver, un poco de paz. "Agradezco —escribe a Tocornal— la admisión de mi renuncia. Vivamos en tranquilidad los pocos inciertos días que restan. ¿Podrá Ud. creer que estoy contento, pasándome las más de las noches sin tener con quien despegar mis labios, y sin oír hablar, ni otra cosa que un no interrumpido ladrido de perros?"

Sabe que el afianzamiento de su concepción política es de vida o de muerte para Chile; lo ansia con todas las fuerzas de su alma. Pero no quiere ligar su nombre a la obra. Desea que otros trabajen según sus designios; y ante la incapacidad general y las exigencias de la opinión que sólo en sus brazos se siente segura, cae en una irritabilidad enfermiza. "Le gusta mandar a los que mandan", dijo Gandarillas, procurando desentrañar la contradicción aparente. Profundo error: le repugna verse obligado a mandar a los que mandan.

Tampoco existe en él la aspiración a la gratitud. Nunca se preocupó del juicio de los contemporáneos ni de la posteridad. Jamás se quejó de incompreensión ni exigió agradecimiento. Le repugnaban las frases laudatorias con que, en aquellos años, se acostumbraba expresar el reconocimiento nacional por los servicios prestados. En carta de 30, de julio de 1832, después de exponer a Tocornal los motivos de su insistencia en la renuncia del cargo de ministro de la guerra, le dice: "Suplicóle que haga publicar mi renuncia y el decreto de admisión en cualquier papel o diario, haciéndome el favor de redactar el decreto sin esa hojarasca que place a los miserables y que el gobierno suele prodigar indistintamente". Y con

motivo de la carta en que le transcribe el voto de gracia que el congreso acordó al imponerse de la aceptación de su renuncia: "Estoy muy viejo y muy cargado de mundo y de experiencia para ensoberbecerme por un motivo tan fútil como el que Ud. me indica, ni por nada de esta vida. Ni en la edad en que todo se convierte en substancia, conocí la soberbia, ni dejé de conocerme".

En su afán de medirlo con el cartabón común, Sotomayor Valdés cree divisar en esta repulsión un rasgo de soberbia o de altivez desdeñosa. Un profesor de psicología, ejemplarizando para hacerlas más comprensibles las manifestaciones de la soberbia irritada y de la tranquila firmeza de alma ante la incomprensión, no encontraría documentos más preciosos que el diario de Carrera y que las cartas de Portales.

Y lo que ocurre en el terreno político, se repite en el militar. Estaban en él todas las dotes que hacen al genio militar. La sorpresa de la escuadra peruana en el Callao y la captura de Freire en Chiloé, combinaciones ideadas por él en todos sus detalles, reflejan una audacia que toca los límites de la temeridad; pero las preside una intuición psicológica tan honda y tan firme, que caen de lleno dentro de las manifestaciones del verdadero genio militar. Una escuadra capturada bajo los fuertes del Callao por dos faluchos, y un general dueño de una plaza fortificada y al mando de más de quinientos soldados, rendido por sesenta y ocho hombres bajo las órdenes de un jefe resuelto, son la mejor justificación de sus temeridades. Imposible imaginar audacia mayor que la de agredir a Santa Cruz con una columna de tres mil hombres. Salvo Bulnes,

que casi excedía a Portales en temeridad, salvo el comandante Romero que conocía la situación interior real de Santa Cruz, el ejército entero creía que esa columna sólo iba a ser el preludio de la guerra. Sin embargo, el estudio póstumo, el vaticinio fácil del pasado, revela que el golpe en el momento en que lo ideó Portales, no cuando lo intentó Blanco, habría tumbado fatalmente al Protector, y habría evitado el sacrificio de las dos expediciones sucesivas. Los esfuerzos desesperados de Santa Cruz por evitar la guerra, que la posteridad no ha podido explicarse, procedían de la conciencia de la debilidad momentánea en que la situación política le había colocado.

No obstante, la vocación militar de Portales es aún menor que la política. No peleó en la guerra de la independencia. Se indignó de que lo quisieran hacer general. Estudió táctica sólo para instruir los batallones cívicos y crear en Val paraíso un reducto contra los motines santiaguinos. Si leyó, como parece, algunos libros de historia militar, seguramente lo hizo por curiosidad. A lo menos, nunca se jactó de esos conocimientos. Parece ignorar su genio militar aún más que su genio político. Sólo se resolvió a tomar el mando del ejército expedicionario, en su carácter de ministro de la guerra disimulándolo bajo la máscara de Blanco, para asestar a Santa Cruz el golpe que la oportunidad le brindaba y que exigía una audacia y un golpe de vista que sólo estaban en él.

La verdad es que Portales es enteramente extraño a los estímulos normales del genio. Su acción obedece a una necesidad interna de crear, que existe en Bismarck, en Cavour y en algunos más; pero en

Portales hay una anomalía psicológica: el choque entre la aptitud y la exuberancia de las fuerzas creadoras y la vocación. Bismarck y Cavour consumieron la mitad o más de sus energías en escalar el poder para realizar sus concepciones. Portales rechazó despectivamente el poder que todos le brindaban después de Ochagavía, y sólo la fuerza de los acontecimientos le obligó, a su pesar, a encargarse del gobierno. Y no es éste un cálculo de refinada astucia, como se ha solido creer. El poder le dejó siempre frío; más aún, lo cargó como una cruz. En sus numerosas cartas, escritas en los más diversos estados de ánimo, la antipatía por el ejercicio del gobierno se refleja con una espontaneidad y una constancia que brotan del fondo íntimo de su alma.

Esta ausencia de todo estímulo personal, este renunciamiento absoluto de sí mismo en aras de propósitos que miran sólo al bien de los demás, hacen del estadista un cruzado, "un caballero andante que persigue un ideal". Sería, sin embargo, un error ver en él un romántico. Es un realista del corte de César, embalsamado en su propia construcción, no en la grandeza de ella. O si se quiere seguirnos en nuestra propia visión, un místico cuyo vuelo interrumpió la imagen sombría del porvenir de su patria.

La inconsciencia de la grandeza de su obra lo mueve a verla tan sencilla que se indigna de la incapacidad de Gandarillas, de Prieto, de Errázuriz, de Tocornal y de todos para realizarla. Y es tan sincera esta inconsciencia que ha logrado engañar a biógrafos de talento. Edwards, en su admiración por Portales, acoge sin reservas este concepto. Los numerosos bemoles de la creación se le escapan. Ve

las habilidades políticas gastadas en su implantación; ve sólo a medias el maravilloso derroche de genio que hay en el edificio mismo; y se le escapa el extraño conjunto de fuerzas y de circunstancias que hicieron posible su duración. Cuando el futuro historiador de la república recorra el funcionamiento del régimen portaliano, advertirá que habría bastado alterar el orden de la sucesión entre Bulnes y Montt o entre Montt y Pérez, para que el edificio se hubiera desarmado desde su base.

\* \* \* \*

La concepción política que Portales esbozó en 1822 y que debía realizar más tardé, habría quedado inédita si las circunstancias no hubieran creado un conjunto de estímulos que suplieron las anomalías de su genio. Las vejaciones de Campino durante el motín de 1827, le hicieron sentir en carne propia la arbitrariedad brutal del caudillaje militar; y presentir la suerte que aguardaba al país bajo la dictadura, más o menos próxima, de un Quiroga o de un Ramírez. La negociación del estanco, al arruinar a la firma contratista y obligar al fisco a suspender el servicio de la deuda externa como consecuencia del contrabando y del desorden general, le convenció de la imposibilidad de proseguir con fruto ningún género de actividad económica, sin restablecer previa mente el orden y reorganizar la administración. La presencia en el gobierno de Novoa, de Muñoz Bezanilla y de otros individuos a quienes juzgaba prevaricadores, le sublevaba. El desorden aumentó hasta llegar' un momento en que nada quedaba que hacer a un hombre honrado. Habló de irse a la China y de no regresar hasta que la

decencia y el orden reinaran de nuevo en Chile. La conferencia con Rodríguez Aldea, en septiembre de 1829, lo decidió bruscamente. Este le presentó el trabajo revolucionario ya muy avanzado que tenía con Basso; y Portales se embarcó en la revolución con todo el ímpetu de su carácter ardoroso. Su propósito se limitó a limpiar el país de pipiolos, para que otros edificaran un nuevo gobierno. No pensó en hacerlo él mismo. En vísperas de Lircay, dando por descontada la victoria y por asentado el gobierno nuevo, hizo alistar sus muías para irse a Copiapó. Fueron los acontecimientos los que dispusieron otra cosa. En la cobardía general que precedió a la batalla, nadie, fuera de Meneses, se atrevió a aceptar un ministerio, y él tuvo que hacerlo. Lircay consolidó la situación de los vencedores; mas éstos se arremolinaron sin valor y sin fuerzas para levantar el nuevo edificio. Con excepción de Rodríguez Aldea, que tenía un propósito fijo, la restauración de O'Higgins, todos los demás se volvieron hacia Portales. En ese momento, éste aún no odia a O'Higgins; lo repudia sólo "porque habría vinculado el poder al prestigio y a la vida de un hombre". Se encontró así colocado en la alternativa de dar paso a O'Higgins o de actuar personalmente para imponer su propia creación política. Su sino lo empujó en la segunda dirección. La opinión, por su parte, siempre más femenina después de las grandes sacudidas que agotan su energía, sólo se sentía segura bajo la sugestión de confianza que irradiaba de su decisión y de su valor, y se le ofreció rendida sin inquirirle dónde la llevaba. La energía creadora, adormecida por falta de estímulos, es



talló al contacto de esta solicitud. Lo demás se generó solo: la creación, como la voluntad, emborracha.

Pero este despertar de la vocación política es sólo reflejo de un proceso de transformación de la energía vital, raro, pero no único en la psicología del genio. Como se dijo, había en Portales el alma de un místico a la vez que un temperamento vigorosamente sensual, que recuerda al de Alejandro VI y hace probable el entroncamiento afirmado por la tradición. Se encauzó su exuberancia vital, primero, hacia el amor, en la pasión, a la vez mística y sensual, por la única mujer que amó. Su pérdida en pleno apogeo pasional, exaltó, por un momento, la poderosa vena mística; pero, supeditada por el exceso de voluntad, por la necesidad de acción y de lucha áspera y variada, la crisis fue fugaz. La superabundancia de energía vital, buscando desgaste afluyó, en seguida, hacia el comercio y hacia el libertinaje. Intentó consumir sus grandes aptitudes creadoras en vastas empresas comerciales. Quiso apagar su sed de amor ideal en la posesión física de la mujer, en la doma de potros, en los desahogos de la sátira mordaz y en la convivencia con los necios y los bufones, que le procuraba una especie de venganza contra las exquisitas delicadezas de la vida afectiva que el destino le había destrozado en germen. Pero las ansias de amor ideal permanecieron intactas bajo la capa de Iodo con que las recubrió el sensualismo. No volvió a amar; pertenecía, como se sabe, al número de los que sólo pueden amar a una mujer. Buscó en la amistad refugio a su alma desolada; y se abrazó en ella con una vehemencia que toca los límites del desequilibrio, y fue el origen de su extraño ascendiente sobre los

políticos que le rodeaban, casi en su totalidad de estructuras mentales distintas y aun apuestas a la suya.

La amistad tampoco sació su ansia mística de abrasarse y de consumirse en un amor espiritual, en un renunciamiento absoluto en aras del ser amado. A medida que su efervescencia juvenil se calma, la atracción sexual de la mujer se debilita. Los fracasos disiparon los espejismos de las vastas combinaciones comerciales. Las corrientes dispersas de energía vital empezaron a converger de nuevo hacia el cauce cavado por las herencias ancestrales, que el sensualismo, el comercio y la amistad habían enarenado sin cegarlos; y la necesidad mística de consumirse en un amor ideal se exacerbó. No podía saciarla en el recuerdo de la mujer amada, vivir del pasado, puesto que había en él una intolerancia para lo ya muerto.

En esta disposición psíquico-afectiva, a los treinta y seis años, los acontecimientos que hemos relatado le pusieron en íntimo contacto con la marcha política del país. El intuitivo del futuro, el vidente, divisó a un tiempo el abismo que se abría para tragarse a su patria y los sencillos golpes de timón que podían cambiar la ruta y sortear el escollo. Esta visión precipitó con la fuerza de un huracán el proceso que venía incubándose en las profundidades de lo inconsciente. La imagen de la mujer que amó, renació transfigurada en la imagen viva de su patria, en la cual se reencarnaron para él la gracia femenina, las exquisiteces y la belleza moral que habían exaltado su pasión. Renació en una forma que no irrita con el

recuerdo de la gran catástrofe su sensibilidad, y a ella se entregó con todo el ardor de su alma desmedida.

Su actuación cívica está tejida con arrebatos de abnegación, con ternuras delicadas y con celos egoístas. Sus notas salientes son el renunciamiento de sí mismo en aras de la mujer amada y la protección varonil a su debilidad femenina, Recorriéndola, asoman al recuerdo las palabras del Fausto: "Este loco es capaz de despedazar el universo para adornar a su amada". "Amó a Chile con idolatría... fue chileno hasta la médula de sus huesos y hasta la última tela del corazón. Todo lo pidió al mundo para Chile, y todo lo que él era en fuerzas, en fortuna, en abnegación, lo puso en ofrenda en el altar de la patria, en cuyas aras derramó su sangre, muriendo tan pobre, que, sin el concurso del estado, sus herederos no habrían tenido con qué honrar sus huesos". La cristalización del amor fue perfecta. La humilde ramita, como en las minas de Salzburgo, se transfiguró en brillantes haces de cristales que fulguran al herirlos los rayos del sol. "Decía que Chile era joya del nuevo mundo. Llamaba a la república, con orgullo, la Inglaterra del Pacífico; y afirmaba que en las aguas de este mar inmenso, no debía dispararse jamás un cañonazo, sino para saludar la estrella de nuestro pabellón: tan grande era su ambición de gloria y poderío para el suelo' en que había nacido<sup>29</sup>.

"Lo arrojó todo, fortuna, reposo, íntimas felicidades, las santas afecciones de la familia, los fueros mismos de la amistad y hasta su propia vida, en aquel azar terrible de organizar la república

---

<sup>29</sup> Vicuña Mackenna, Don Diego Portales, t. II, p. 358,

conforme a su inapelable voluntad y a su ínclito patriotismo". Arrojó su vida con la convicción de que no alcanzaría a ver su obra, pero con la certidumbre de que otros la continuarían. La idea del asesinato de Portales era antigua. En el Barón se realizó un designio que era de muchos y que estaba en el ambiente. Las amenazas le llegaron durante toda su actuación pública y lo siguieron en el retiro. Cuando se descubrió la conspiración de Arteaga, el gobierno le comunicó que, en el programa, entraba su fusilamiento; y contestó: "Como el ánimo está hecho hace mucho tiempo, tampoco me ha alarmado el destino que quieren dar me esos caballeros; cosa triste es morir en manos de hombres tan sucios; pero la santidad de mi conciencia y la satisfacción de no haberme procurado el mal por mí mismo, me lo harán muy soportable cuando llegue el caso". Es el único embalsamamiento que se advierte en él.

Se desarrolló en Portales un verdadero furor del bien público. Personalmente lo sacrificó todo, vida, tiempo y fortuna; y exigió en los demás igual sacrificio, cada uno en la medida de -sus fuerzas. Creó un código nuevo en las relaciones entre el ciudadano y el estado. El fisco está escuálido. Renuncia a los sueldos y soporta todo género de tribulaciones frente a su insolvencia, y quiere que los demás sigan, aun que sea de lejos, su ejemplo. Por primera vez, asoma una nota moral que Montt y Varas recogerán. No sólo se debe servir gratuitamente en el gobierno, sino que no debe explotarse su influencia. Respondiendo a la insinuación de que escriba a Prieto para que apoye un negocio privado, contesta:"... deben haber creído que estoy enemistado con Prieto por la falta de

influjo para con él en que me han querido pintar, influjos que no quiero, no pretendo, no necesito, ni jamás haría valer para sacar ventajas en mis negocios particulares; que esto sería ridículo y reprehensible... Que el tiempo des engañará a los que hayan tenido la ligereza de creernos enemistados".

Su rabia del bien público es la nota alta de toda su correspondencia, como lo fue de su actuación. En febrero de 1832, instando a Tocornal para que asuma el ministerio, le dice: "Yo soy de opinión que nada habremos avanzado en el cambio, si Ud. no se resigna a admitir el ministerio. Por una carta de Urriola que he recibido hoy, veo que por pobreza de alma, y por mal modo de ver, se nos conduce a una ruina precisamente, que Ud. podría evitar entrando a ser parte del gobierno. Hablándole confidencialmente, sin poderme des prender de este maldito entusiasmo, de esta pasión dominante del bien público\* sacrifico muchos ratos de mi tiempo para hacer advertencias que veo en mucha parte desprecia das porque acaso sean mal interpretadas. Esto no me importa, y como desconozco el amor propio en esta parte, yo celebraríamuy sinceramente que escupiesen cuanto yo pro pongo, como hiciese cosas mejores, o diré mejor, como hiciesen algo".

Al preguntarle Necochea en el calabozo durante su prisión en Quillota: "¿Qué tal el amigo que quería darme Ud. anoche?" (Aludiendo a Vidaurre) le contesta: "¡Desgraciado país! Hoy se ha perdido cuanto se ha trabajado por su mejoramiento".

Este aspecto de la personalidad del estadista, se destaca con tal fuerza de cada uno de sus actos y de cada una de sus palabras, que es inútil acumular sus manifestaciones.

Adquirió, entonces, gran relieve un fenómeno al cual aludimos al hablar del temperamento. En el fondo del torren te de fuego, que encendía en patriotismo y en abnegación cívica todo lo que tocaba, permaneció intacto el intuitivo he lado. Mientras la vehemencia de los sentimientos infundía calor, vida y fecundidad a su obra, el instinto continuó guiando de la mano al intuitivo por una senda libre, no sólo de los baches en que se atasca el razonamiento, sino también de los escrúpulos morales y de los extravíos de las pasiones. El estadista se desdobló en un violento pasional que habla, escribe y gesticula, encendido en un patriotismo exaltado y ciego; y en un político frío de asombrosa sagacidad, en un témpano de hielo que impulsado por la corriente cósmica, camina inexorable, atropellándolo todo, inclusive sus propios sentimientos y su severa estructura moral, hacia una meta lejana que nadie divisa.

\* \* \* \*

Ninguno de los mandatarios de la América española ha abrigado el sentimiento de la nacionalidad con la sencilla y tranquila firmeza que Portales. Es una corriente de existencia aún no debilitada por la civilización y el cosmopolitismo. Se sabe ciudadano de un pueblo pequeño y joven, al cual falta mucho para nivelarse con las grandes naciones europeas. No incurre, en la ridícula fatuidad de desdeñarlos. Pero no concibe que Chile se convierta, como lo hará más tarde, en simio que remeda sus ideas, sus actos y hasta sus

gestos; que nadando en la abundancia, por su gestión, sentirá hambre, porque aquéllas la experimentan. Chile debe aprender de esas naciones el orden, la laboriosidad, el respeto a las leyes y la cultura. Debe hacerlo sin extranjerizarse, sin dejar de ser Chile.

Para que el país sea respetado en el concierto de las naciones, es necesario que reine un orden inalterable. En Chile no debe hablarse siquiera de revueltas y de conspiraciones. En este extremo perdido de la nebulosa, debe lavarse la gran vergüenza de la América española.

Aprovecha un incidente con Santiago Ingram para definir su actitud respecto a\ extranjero residente. Sea bien venido, si aporta un esfuerzo al engrandecimiento nacional. Pero no por ser extranjero, debe pretender fueros o privilegios especiales ni desdeñar al chileno. En 1832 escribió a Tocornal: "Hagamos justicia a los extranjeros, démosle toda la hospitalidad que sea posible; pero nunca hasta colocarlos sobre los chilenos. Es preciso que les hagamos, también, entender que no podemos ser la befa y el desprecio de ellos, y que los con tengamos en sus límites, antes que pasando más tiempo quieran hacer prescribir las leyes, autorizar sus avances con la posesión inveterada de ellos, posesión en que sólo se han podido ir entrando por nuestras debilidades y nuestros descuidos". Y el 15 de "febrero del mismo año, con motivo de la reclamación del cónsul peruano por el alistamiento de algunos barberos en la guardia cívica: "Los chilenos quedan enrolados en las tropas del Perú, los barberos limeños exentos de la pequeña carga del alistamiento en la guardia cívica, de mejor condición que los chilenos, y el pobre Chile

siempre como siempre, hecho la befa y el escarnio hasta de la sección más soez de la América!!! El gobierno puede tomar la resolución que crea justa y conveniente... pero dar Ud. al cónsul la contestación que me apunta y nombrar un gobernador para Valparaíso ha de ser todo uno...porque no estoy resuelto a contribuir ni indirectamente a la degradación de mi país".

Tampoco debe permitirse la explotación del país por los que no se incorporan a él. Por consiguiente, el cabotaje debe reservarse al nacional. Con motivo de una solicitud de Patrickson, en la cual pedía a nombre de la firma inglesa que dirigía, autorización para trasbordar a otro buque extranjero ciertas mercaderías, extendiendo con disimulo a la bandera extranjera el derecho de hacer el cabotaje, manda decir al ministro: "La tramitación que ha dado el ministro al expediente me hace creer que ha dudado de la resolución a dicha solicitud y quiero que le prevenga que escandaliza ver a don José Manuel (Cea), un hijo del país, subscribiendo una representación de esta naturaleza, como se lo diré yo cuando lo vea, y que escandaliza más ver esos extranjeros del c... presentarse con toda la arrogancia necesaria para robar a los chilenos el único bien que poseen, con exclusión de ellos, y cuya posesión supo respetar hasta el mismo don Francisco Antonio Pinto — el comercio de cabotaje que en todas las partes del mundo está estrictamente reservado a los buques nacionales".

El desarrollo económico nacional debe defenderse dentro del país con la aduana y afuera con la sagacidad, la astucia, el bluff y con la guerra misma. Chile no puede abandonar una ventaja alcanzada ni



renunciar a una expectativa, mientras tenga fuerzas con qué imponerla, si los primeros recursos no bastan. Frente a los derechos aduaneros prohibitivos que el Perú piensa establecer para la mercadería procedente de Chile, aconseja al gobierno una política de enérgico bluff, la misma, fase por fase, que Benjamín Disraeli desarrollará en el escenario mundial años más tarde. Pero el bluff, si se quiere evitar la guerra, debe siempre estar espaldeado por la fuerza; una nación, además, no puede quedar en ridículo. El 4 de septiembre de 1832 plantea de frente la guerra con el Perú, si insiste en su propósito de gravar con derechos diferenciales adversos las mercaderías de procedencia chilena, No desconoce que, legalmente, el Perú está en su derecho; pero Chile no puede ahogarse económicamente. La fuerza es para vivir.

Frente al poderoso, Chile debe conducirse con entereza exenta de fanfarronería. El cónsul francés La Forest hizo circular la noticia de haber recibido del gobierno chileno una nota en que se cedía a la reclamación que entabló por el saqueo de que fue víctima después de Ochagavía, mucho más de lo que Portales, simple gobernador militar de Valparaíso, creía que debía cederse. La nota se le habría dirigido en los precisos momentos en que Portales, haciendo valer el gran respeto que, personalmente, inspiraba a los europeos por su superior capacidad y firmeza, había conseguido del comercio y del comando francés en el Pacífico, una nota al gobierno de Luis Felipe, contraria a las pretensiones de La Forest y muy dura para la conducta del cónsul. Con este motivo, escribe: "Quiero concluir esta carta dando, a Ud. un rato amargo, como el que yo he tenido. Ud.

sabe cuánto hemos hecho por poner a la vista del gobierno francés la infame conducta de La Forest; sabe las comunicaciones e instrucciones dirigidas a Barra sobre el particular. Los franceses que veían que la justa prevención del gobierno contra su cónsul, perjudicaba sus intereses en estos países, que notaban hasta a la plebe de Chile indignada y prevenida contra los franceses, por la conducta de La Forest, han escrito a Francia, incluso los comandantes de buques, dando los informes más rajantes contra su botarate cónsul, y en el día los tiene Ud. desesperados, y atacando al mismo tiempo que despreciando, al gobierno de Chile, porque dicen que los ha comprometido con la vergonzosa inconsecuencia de haber dirigido a La Forest un oficio el más satisfactorio, y con el que desmiente cuanto el mismo gobierno ha escrito a Francia acriminando a este mal funcionario francés".

Pero no sólo encara el porvenir inmediato. Desde 1822, le preocupó, como una obsesión, algo colocado en un porvenir muy remoto: el desigual crecimiento de los Estados Unidos del Norte y de las pequeñas repúblicas desgajadas de España. En carta a José Manuel Cea, de ese año, escribe: "El presidente de la Federación de N. A., Mr. Monroe, ha dicho: "se reconoce que la América es para éstos". ¡Cuidado con salir de una dominación para caer en otra! Hay que desconfiar de estos señores que muy bien aprueban la obra de nuestros campeones de liberación, sin habernos ayudado en nada; he aquí la causa de mi temor. ¿Por qué ese afán de los Estados Unidos en acreditar ministros y delegados y en reconocer la

independencia de América, sin molestarse ellos en nada? ¡Vaya un sistema curioso, mi amigo!

\* \* \* \*

Para la generalidad de los intelectuales y de los historiadores chilenos, Portales es un representante del pasado colonial. "Su idea —dice Edwards— era nueva de puro vieja: lo que hizo fue restaurar material y moralmente la monarquía, no en su principio dinástico, que ello habría sido ridículo e imposible, sino en sus fundamentos espirituales como fuerza conservadora del orden y de las instituciones". "Ya se encuentra formulado este pensamiento en su correspondencia desde los días de Ayacucho..." "Portales, como se sabe, no había sido partidario de la independencia. El triunfo de la independencia no le produjo entusiasmo sino miedo"<sup>30</sup>.

Las cartas de 1822, que serían los documentos en que Portales se declaró admirador del pasado colonial y contrario a la independencia, que su padre había exiliado en Juan Fernández y su madre en la reclusión de un monasterio de Santiago, dicen así: "Lima, 10 de febrero de 1822. La situación aquí está complicada, y los limeños revolucionados por los últimos sucesos. Como temo el desborde de estas gentes descontentadizas de todo lo bueno, malo y regular, pedí al prefecto algunos soldados para resguardar la casa; y el gran c... se negó diciendo que le faltaba fuerza. Espero que esta efervescencia pasara gracias a las medidas gubernativas dictadas ayer. Son débiles las autoridades, porque creen que la democracia es la licencia. ¿Qué sabe de Chile? ¿Es cierto que la situación del

---

<sup>30</sup> La Fronda aristocrática en Chile, págs. 43 y 44,

gobierno está allá delicada? Yo no lo creo, porque el hombre (O'Higgins) es querido y sabe, con la estimación que goza, golpear a los revoltosos". La segunda carta está también datada en Lima en marzo del mismo año, y dice: "Mi querido Cea: los periódicos traen agradables noticias para la marcha de la revolución de toda América. Parece algo confirmado que los Estados Unidos reconocen la independencia americana..." "La democracia que tanto pregonan los ilusos, es un absurdo en los países como los americanos, llenos de vicios y donde los ciudadanos carecen de toda virtud, como es necesario para establecer una verdadera república. La monarquía no es tampoco el ideal americano: salimos de una terrible para volver a otra y, ¿qué ganamos? La república es el sistema que hay que adoptar; pero, ¿sabe cómo yo la entiendo para estos países? Un gobierno fuerte, centralizador, cuyos hombres sean verdaderos modelos de virtud y patriotismo, y así enderezar a los ciudadanos por el camino del orden y de las virtudes. Cuando se hayan moralizado, venga el gobierno completamente liberal, libre y lleno de ideales, donde tengan parte todos los ciudadanos. Esto es lo que yo pienso y todo hombre de mediano criterio pensará igual".

¿Revelan estas cartas admiración por el pasado colonial? ¿Hay en ellas algo más que la natural indignación de un comerciante que teme perder su mercadería, contra la debilidad de las autoridades? ¿Cómo se concilia la admiración por el pasado con el entusiasmo por O'Higgins y por el reconocimiento de la independencia por los Estados Unidos? ¿No habrá un fenómeno de transferencia? Edwards, admirador ferviente del pasado colonial y convencido de

que la independencia había sido un parto prematuro, en su entusiasmo por Portales, ¿no le habrá transferido sus propias ideas y sentimientos?

Portales fue un espectador indiferente de la revolución de la independencia. Ni el ardor de las ideas de su madre ni las antipatías del criollo por el peninsular, lograron entusiasmarle. Su genio creador no tenía misión que cumplir en el proceso revolucionario. Los estímulos que despertaron su genio político, no podían surgir de aquel acontecimiento. Las mismas transformaciones de la energía vital que engendraron su pasión cívica, sólo se verificaron mucho después de esa época. En esos momentos, la pasión amorosa la canalizaba toda. Pero de la indiferencia al miedo hay distancia. Lejos de asustarse ante el espectáculo de la anarquía, como San Martín, Monteagudo, Pueyrredón, Rivadavia, Irisarri o Camilo Henríquez, la encaró tranquilamente. Era para él un fenómeno previsto, que no le tomó de sorpresa; y, ya en 1822, esbozó la concepción política que había de realizar en Chile ocho años más tarde. Es uno de los pocos que no suspiran por el retorno imposible a un pasado ya muerto.

Su posición frente al pasado colonial es perfectamente definida. No lo ama, no siente la nostalgia de él. El impulso cósmico le empuja hacia adelante en el cumplimiento de su sino histórico. Por estructura cerebral innata no puede mirar hacia atrás ni hacia los lados. ¿Por qué, entonces, no se re vuelve contra el pasado, como más tarde lo hicieron Lastarria, Amunátegui y otros? Sencillamente porque no era un retó rico, un espíritu libresco que necesitara

representarse, a través de una historia artificial y falseada, un pasado que casi no tiene historia, que es un simple impulso cósmico hacia la formación de una nueva raza. En Portales, lo ya realizado, lo histórico, lo muerto carece de significación. El recuerdo como algo activo no existe en él. Cuando camino del patíbulo, el coronel Necochea le habla de la traición de Vidaurre, le contesta: "No hablemos del pasado; pensemos en el futuro". Amó a su mujer por sobre todas las cosas en la vida. Su pérdida le sacudió con violencia extraordinaria y rompió casilleros que, como el del misticismo, permanecieron insensibles a todo otro estímulo. Sin embargo, el recuerdo no continuó activo. No se volvió a actualizar; no se logra vislumbrarlo siquiera en las profundidades de su alma. Se advierte latente el ansia insaciada de amar; pero el amor sólo logró renacer transfigurado en un sentimiento cívico actual y vivo. Ni aquella latencia ni esta transformación evocaron el recuerdo. Es que su conciencia existe sólo para lo vivo, para el devenir, para lo que aún no es historia en el terreno político y para lo que aún, no es pasado en la vida individual. Es un genio creador de acción, de devenir, en el cual no existe casi la conciencia histórica del civilizado.

Ahora bien, conocida su estructura mental, ¿cabe aberración psicológica mayor que la de suponer restaurador del pasado a un genio para el cual el pasado era inexistente? Si no hubiera otros datos para juzgar su actitud frente al pasado, bastaría su estructura mental para huir de semejante error. Sólo sueña con el pasado el intelectual romántico, el que es capaz de comprenderlo y de amarlo; sólo se revuelve contra él el ideólogo en cuya mente la

deformación libresca y la incapacidad de percibir la evolución de la vida, impiden comprender el ridículo que hay en renegar de lo que se ha sido. El hombre como Portales en que el impulso cósmico está aún vivo, mira sólo hacia adelante. El pasado no se le representa; y si pudiera representarse, reconocería con Bastián que "todo lo que ha existido, tuvo su razón de ser".

Vicuña Mackenna, con menos juicio, pero más intuitivo que los biógrafos restantes, vio como la vemos nosotros, la antipatía inconsciente de Portales por el pasado. "Pero no porque Portales acaudillara la reacción — dice— como un hecho armado, no fue nunca su legítimo representante en el fin que aquélla encarnaba". Y más adelante: "se le sobrepuso avasallándola con su poderosa personalidad..." "Portales dejó incólumes las ideas republicanas y aun democráticas inauguradas por Pinto, Campino, Infante, Carlos Rodríguez, Ventura Blanco, etc...." "Ningún hombre público ha sido en sus hábitos y en su carácter personal más democrático". La posición del estadista frente al pasado, concuerda con la disposición afectiva. La urdimbre de su construcción política en cuanto realidad es una simple intuición, y en cuanto concepto teórico, no sólo no arranca del pasado, sino que está colocado muy por delante de su época: es una anticipación de las ideas sociológicas de la segunda mitad del siglo XIX y de la primera mitad del XX, sobre el gobierno de los pueblos retrasados en su evolución con respecto a las instituciones exóticas que copian o que los acontecimientos les imponen.

En la actuación práctica, veremos que conserva del pasado lo que es ineludible para reanudar la tradición, o sea, para proseguir el desenvolvimiento de un pueblo como estado orgánico; y aplasta el resto con mano inexorable. Se distancia por igual de los dos enemigos de la evolución: el conservador o el romántico que se aferra al pasado muerto; y el jacobino, que al destruirlo todo, asesina los gérmenes de ulterior desarrollo y progreso que hay implícitos en todo desenvolvimiento anterior. Frente a la realidad condicionada por la raza, por los medios y por el propio desarrollo histórico en casi tres siglos de vida colonial, se inclina de nuevo fuertemente hacia el porvenir. Detesta la ineptitud, la pereza, la mugre, la venalidad, la injusticia y, por sobre todas las cosas, los prejuicios aristocráticos.. Toma como meta de sus esfuerzos la transformación de lo que ha recibido en un pueblo sobrio, laborioso Y progresista, cuya alma colectiva esté animada por el patriotismo exaltado, por la abnegación cívica, por la justicia y por un concepto inexorable de la sanción.

Realizado ese *desiderátum* "venga el gobierno completamente liberal, libre y lleno de ideales donde tengan par te todos los ciudadanos", que divisa en el porvenir como etapa futura del sino histórico.

Pero si Portales se inclina fuertemente hacia el porvenir, no aborta en él. Sabe que su ideal — y en esto se separa de nuevo de los jacobinos— no puede realizarse por decreto, sino por una evolución gradual, sujeta a un ritmo que no se puede suprimir ni acelerar en exceso, sin volcar la evolución misma. El criterio que informa su labor de estadista puede sintetizarse así: crear' a base del orden,



pero de un orden abierto a todos los progresos posibles, un ambiente adecuado para que el pueblo chileno complete su evolución tutelando su infancia con un estado fuerte, capaz de corregir las desviaciones, sin perturbar el desarrollo mismo. Por instinto de estadista, por necesidad política, procura no chocar con los restos del pasado que no le estorban, y que la propia evolución eliminará. Volteriano, camina del brazo con el clero. Plebeyo, en lugar de dictar decretos contra los prejuicios aristocráticos, imprime a la nueva alma nacional un concepto que lleva implícito su reemplazo por el valor cívico, intelectual y moral. Se recorrerá en vano la historia americana sin encontrar un espíritu más distante del pasado colonial que el de Portales, a menos que se tomen por espíritu las declaraciones huecas. Nadie se apartó de él con más vigor, pero nadie lo hizo con menos histrionismo.

Lo único que hay de común entre el régimen de Portales y el pasado colonial, es que ambos tuvieron el concepto del gobierno impersonal; pero este concepto existió o existe en Roma, en los Estados Unidos de Norteamérica, en la monarquía brasileña, en Francia, en Inglaterra y en todas las monarquías modernas de Europa. Más aún, ha existido en todos los estados orgánicos que recuerda la historia. Equivale a decir que un hombre se parece psicológicamente a otro hombre, porque ambos tienen cerebro. Lo que determina la semejanza psicológica, no es la existencia específica del órgano, sino el sentido de la función, y ese sentido es en el régimen de Portales la antítesis del régimen colonial.

\* \* \* \*

La mayoría de los biógrafos de Portales han insistido mucho en que fue un estadista sin principios, que sólo veía los hombres y los hechos. Tratándose de un genio creador de realidades y no de abstracciones políticas, la observación se torna difícil de percibir, o sólo resulta una candidez. Para comprenderla, es necesario recordar el papel que las ideas y los principios han jugado en la literatura política hispano americana desde sus orígenes. De más está decir que en la mayoría de los escritos y discursos de los caudillos y de los políticos, estas expresiones, lo mismo que las de libertad y tiranía, son etiquetas que sólo cubren apetitos, ambiciones o felonías, o palabras que se repiten, porque suenan bien o despiertan simpatías. Tal vez nunca se las ha empleado con la conciencia de un sentido estricto.

Y, sin embargo, ese sentido existe. La inteligencia crítica de los personajes a quienes se designa como hombres de principios y de ideas políticas, descubre siempre individuos colocados entre dos negaciones, de características muy definidas. Son sencillamente políticos faltos de instinto, incapaces de percibir la realidad ni de dirigirla, en los cuales se despierta la admiración por postulados o fórmulas en que creen contenido el desarrollo político. La limitación mental que, por el otro extremo, encierra siempre al político de principios le impide ver que, en la realidad histórica, no existen principios ni finalidades, sino hechos, y no le permite distinguir entre los tratados políticos y la política. Incapaz de percibir la endeblez teórica y la inutilidad práctica de los postulados, acaba concediéndoles superioridad sobre las sugerencias del instinto, y

colocándose a sí mismo, como estadista, en un plano superior, siendo que psicológicamente ocupa el último peldaño en la escala del valer político. Es la misma admiración que el primitivo experimenta por las chaquiras. Sólo que mientras el salvaje trueca su oro y sus alimentos por vidrios vistosos, el político de principios sólo cambia un cerebro huero por palabras igualmente hueras. La misma ingenuidad que engendra en el político de principios la falsa conciencia de su superioridad, despierta en sus admiradores un prestigio de índole acentuadamente religiosa. Se le percibe muy claramente en las figuras de cierto relieve moral, cuya actuación política se ha limitado a exteriorizar o afirmar la constancia de su fe en los principios. El tipo del Buda político, o sea el individuo sin aptitudes que no pudiendo prestar ningún servicio como estadista, se limita durante su vida a mantener la constancia ideológica y a exteriorizar cierta elevación moral, inspiró siempre en Chile un sentimiento de devoción, que emana en parte del terror cósmico y en parte de las características raciales. Representa una especie de divinidad.

Portales, por estructura mental, debía sentir hondo desprecio por el político de principios. En los doctrinarios del tipo de Pinto, sólo vio buenas personas incapaces de acción como estadistas, y en los ideólogos activos del corte de Infante, majaderos que estorbaban la organización política. Lo mismo tenía que ocurrirle con las teorías políticas, o sea, la literatura en que degenera en la civilización el instinto. Hay una profunda ironía en el desfile de sastres que pasa entre 1823 y 1828, trayendo cada uno bajo el brazo un traje que no

calza con el cuerpo político, y el empeño de todos en alargar o encoger, en engrosar o en adelgazar el cuerpo, en vez de cortar el traje a sus medidas. Después de veinticinco siglos todavía ninguno comprende el sentido de la respuesta de Solón al que le preguntaba cuál 'era la mejor constitución: "¿Para qué pueblo y para qué tiempo?" Portales no hace blanco de sus sarcasmos a esta irónica imagen del régimen pipiolo. Casi seguramente, a pesar de su agilidad intelectual, no la advirtió. En él, como en todos los genios políticos, la incomprensión y el desprecio es la consecuencia del abismo que media entre la realidad y las fórmulas en que el teórico cree encerrarla, haciendo de los términos libertad, absolutismo, democracia, república, conceptos fijos destituidos de todo significado vivo. El esfuerzo de la razón, en este terreno, es tan vano, como el empeño de aquel pobre loco cuya manía era encerrar en botellas el caudal siempre renovado del océano. Pero al paso que el pensador comprende simpáticamente la inutilidad del intento, el genio político se revuelve con desprecio contra el fabricante de teorías y contra el albañil, que, falto de fuerzas para añadir algunos bloques al edificio, malgasta el tiempo en el intento de encerrar la realidad en los moldes de papel que le brinda el teórico. Es un desprecio sin atenuantes ni matices. Con fundido con los razonadores empeñados en encerrar la realidad política en fórmulas, suele aflorar algún intuitivo, algún vidente que adivina el porvenir. Entre las mil fórmulas pequeñas con que pretenden encerrar la vida, de tarde en tarde aparece alguna de un extraño contenido que se transforma en sentimiento, en idea fuerza y que

añade un hilo en el telar del devenir histórico. El genio político es en este sentido incomprensivo. No ve ni al vidente cuyo sueño está colocado en un porvenir lejano, ni el hilo añadido al telar. Desde el momento en que los advirtiera, dejaría de ser político y se transformaría en apóstol.

\* \* \* \*

El aislamiento de Portales con relación a los partidos y a las ideas políticas de su tiempo, no ha pasado inadvertido para los historiadores. "Don Diego Portales — dice Vicuña Mackenna— no pertenecía a ninguno de los matices de la reacción. Ni al partido colonial, porque su familia y él mismo habían sido ardientes patriotas... Ni al bando de la dictadura derribada en 1823... Ni al círculo doctrinario que encabezaban los Egaña... Ni a la fracción aristocrática... Ni era... federalista No era, por último, campeón del militarismo reformado en 1828<sup>31</sup>". En 1900, Sotomayor Valdés, reconoce ya implícitamente el aislamiento, al decir que Portales representaba un elemento nuevo en el poder<sup>32</sup>. Veintiocho años más tarde, Edwards escribe: "Y el asombro se torna en estupor, cuando se descubre que ese espíritu de Portales, convertido como por milagro en el espíritu de la nación entera, parece haber sido originalmente una concepción política y social suya, y exclusivamente suya, por nadie compartida antes de la fecha memorable en que vino repentinamente a ser el patrimonio común de todo el mundo, y el fundamento de la grandeza ulterior de la patria. Ni en la sociedad dirigente, ni en el programa de los partidos,

---

<sup>31</sup> Don Diego Portales, t. I, p. 16

<sup>32</sup> Historia de Chile, t. I, p. 7.

ni en las lucubraciones de los pensadores, ni en los propósitos de los caudillos, nadie había siquiera formulado en Chile una idea semejante”<sup>33</sup>.

Rodea a Portales un círculo íntimo. Pero dentro de ese círculo de hombres avanzados con relación a los liberales de entonces en todos los órdenes de actividad, Portales era también un aislado. La concepción del estado como una entidad abstracta, independiente de los caudillos, O'Higgins, Carrera, etc., superior a los intereses de banderías, a las pasiones y a los prejuicios de clases, era sólo de Portales. Suyo era, también, el nuevo concepto de que los individuos son sólo servidores accidentales de la nueva entidad impersonal. Gandarillas, Benavente, Rengifo, Errázuriz, Elizalde y los demás estanqueros, eran tan extraños a esta concepción como los pipiolos, entre los cuales habían figurado y como los pelucones en cuya compañía subieron al poder. Les habían reunido circunstancias accidentales: los lazos de amistad y con fianza mutua que creó el estanco, los odios políticos, la conciencia del peligro común y las vicisitudes de la revolución.

Portales no tuvo en ningún momento un partido, en el sentido que hoy se da a esta palabra. Tuvo sólo un grupo de admiradores sugestionados inconscientemente por su genio. Algunos, como Victorino Garrido y Joaquín Tocornal, se compenetraron con su concepción política, le ayudaron a realizarla y sirvieron de vehículo a su desarrollo en los gobiernos posteriores. Otros, como Benavente y Gandarillas, no se compenetraron con ella directamente; pero

---

<sup>33</sup> La Fronda aristocrática en Chile, p. 44.

sufrieron más tarde, en grado mayor o menor, la influencia indirecta del ambiente ya dominado por la creación portaliana.

\* \* \* \*

La tradición encarnó en una frase célebre el concepto de Portales sobre la sanción: "Si mi padre hiciera revolución, a mi padre fusilaría". Esta vez la tradición fue feliz, verdadera o forjada, la frase expresa con toda exactitud el concepto de Portales sobre la sanción. Desde su advenimiento al gobierno, es un dique contra los desbordes de la pasión, contra los odios personales y las venganzas; contiene con mano firme los vejámenes inútiles, Pero ni las consideraciones de la amistad, ni la generosidad de alma, le hacen vacilar por un momento ante la sanción que la salud del estado hace necesaria. En carta destinada a ser leída a Prieto, dice a propósito de su lenidad en la conspiración de Barnachea y aprovechando la reincidencia de los favorecidos: "el malo siempre y por siempre ha de ser malo; que el bien le enfada y no lo agradece, y que siempre se halla dispuesto a faltar y a clavar el cuchillo a su enemigo como a su benefactor, por lo que se puede asegurar con certidumbre que el gran secreto de gobernar bien está sólo en saber distinguir al bueno del malo, para premiar al uno y dar garrote al otro". Más adelante agrega: "El peor mal que yo encuentro en no apalea al malo, es que los hombres se apuran poco por ser buenos, porque lo mismo sacan de serlo como de ser malos".

Consecuente con su concepto de la sanción, promulgó el 17 de abril, once días después de asumir el ministerio, el acuerdo del congreso de fecha quince que separaba del ejército a Freire y a todos

los oficiales que militaban bajo su bandera. Con motivo de la captura de los presidiarios fugados de Juan Fernández, cuyos desmanes cometidos en Copiapó los convirtieron en reos de delitos comunes, escribe en marzo de 1832 a Garfias: "He celebrado la noticia de la entrega de los presidiarios de Juan Fernández. Habiéndose fusilado los que han caído hasta ahora, no pueden ser absueltos los que vienen de la Rioja, y fusilar 60 a un tiempo, si es necesario, es horroroso. El gobierno ha de estar por el indulto de la pena capital, porque se ha de fijar mucho en el número; yo sería de opinión que se fusilasen en los parajes donde hubiesen cometido sus delitos, reservando tres o cuatro para despacharlos en Juan Fernández; así se lograría escarmentar por todas partes, evitar ese horrible espectáculo de fusilar 60 a un tiempo o el de ir fusilando de a poco todos los días, y se cumpliría con la justicia que demanda la muerte de los facinerosos y se consulta la dignidad del gobierno, que después de sus circulares a los intendentes y de haberse ejecutado algunos en virtud de ella, no puede venir atrás".

La sanción cae implacable sobre los bandoleros, sobre los empleados ineptos y sobre los concusionarios, y abarca a los asesinos cuyo delito ha causado escándalo público. Siendo gobernador de Valparaíso, en 1832, Paddock, capitán de un buque ballenero norteamericano, en un acceso de furor o en una perturbación momentánea, asesinó a dos empleados de la casa Alsop y Cía., que le habían denegado un préstamo; y al huir, mató de una puñalada a José Joaquín Larraín y dejó mal heridos a otros más entre los que le salieron al paso, contándose en este último



número a José Squella y Guillermo Wheelwright. 'Condenado a muerte en primera instancia y confirmada la sentencia por la Corte de Apelaciones de Santiago, se desencadenaron sobre Portales todo género de empeños para aplazar siquiera el cumplimiento de la sentencia. El ministro norteamericano, que creía en la lo cura de Paddock, y que era íntimo de Portales, agotó todo género de esfuerzos sin quebrantar su resolución. Explicando la razón de su inflexibilidad, en carta a Garfias, le señala las consecuencias que tendría el indulto sobre la psicología del pueblo, que atribuiría la lenidad a complacencia con un extranjero bien apadrinado. Y contestando a la carta de empeño de Blest y de Ingram, les dice: "Mi celo por la buena administración de justicia y por el cumplimiento de las 216 leyes no llega ni puede llegar hasta el extremo de precipitar me en injusticias, ni excitarme la sed de sangre; tampoco puede causar un trastorno tal en mi mente que llegue a despojarme de la razón. Soy naturalmente compasivo; pero más amante de las leyes, del buen orden y del honor de mi pobre y desgraciado país. Bajo estos principios aseguro a Uds. que debo mucho y aprecio en sumo grado a mis queridos amigos Blest e Ingram; pero si desgraciadamente alguno de ellos se encontrase en el caso del capitán Paddock y su suerte pendiera de mi mano, yo estaría llorando sobre su tumba. Puede muy bien suceder que Paddock padeciese alguna aberración mental al tiempo de cometer los asesinatos; pero poco tiempo después ha estado en su sano juicio; si le justificamos dando valor a su excepción de insania, no habrá ya quien no quede impune de un crimen alegando la misma

excepción". Ya al hablar del atavismo que hay en Portales, se hizo notar la psicología netamente romana de su concepto de la sanción; sanción fría, ajena a los odios personales y enderezada siempre a la salud del estado que recae indistintamente sobre amigos y adversarios. En la carta que hemos transcrito, se acentúa mucho el aspecto social de la sanción, que ya estaba implícito en los ejemplos anteriores. El acto en sí queda supeditado por su repercusión en el alma colectiva.

Portales es hasta hoy el símbolo de un gobierno hábil y enérgico; pero tiránico, duro, despiadado, y para muchos, sanguinario. Sin embargo, es, entre los gobernantes chilenos que han debido afrontar revoluciones, el menos sanguinario. Durante sus dos ministerios, teniendo que sofocar numerosas conspiraciones y rodeado de traidores, sólo se fusilaron dos hacendados colchagüinos y un aventurero que proyectaba asesinar a Irisarri. El magnánimo general Pinto, en dos años, tuvo que ordenar doce fusilamientos por conspiraciones y motines. Balmaceda, en tiempos de pasiones menos primitivas, hubo de autorizar, en sólo cinco procesos, veinticinco fusilamientos. Frente a todos los gobiernos americanos de su época, el de Portales es no sólo de clemencia, sino de bendición. El más ilustre de sus contemporáneos, el mariscal Andrés Santa Cruz, cuya superior capacidad de gobernante se impuso a la admiración de la América y mereció los para bienes de Luis Felipe, de su majestad británica y de su santidad el Papa, once días después de vencer en Socabaya, fusiló en la plaza de Arequipa a los generales Salaverry y Fernandini y a los seis coroneles

comandantes de cuerpos, todos de nacionalidad peruana, por el delito de haberse opuesto a su plan de federación. Sobre el resto de la América del primer tercio del siglo XIX, es preferible cerrar los ojos.

¿De dónde, entonces, viene el concepto tan generalizado sobre la dureza de Portales y lo sanguinario de su gobierno? ¿Es sólo el reflejo de las pasiones políticas aún no aplacadas después de un siglo? No; este errado concepto deriva de dos hechos que han contribuido separadamente a engendrarlo.

El primero es un curioso fenómeno producido en la psicología chilena de la sanción política por la fusión de la sangre castellana y vasca de la aristocracia gobernante en el siglo XIX. Hay en el castellano una variante de la caballería que repudia ensañarse en el vencido; y hay en el vasco un odio al estado y al gobierno que lo representa, en el cual siempre cree ver una amenaza a sus libertades. Ambos sentimientos, al combinarse en Chile por el cruzamiento vasco-castellano, determinaron la anulación completa del concepto de la sanción política en una medida que no se ha producido en otro pueblo. No es posible entrar aquí en el análisis de los procesos psicológicos de transferencias y de interferencias que han determinado el fenómeno. Pero la impunidad política es en Chile tan antigua como la independencia.

El coronel Campino, penetrando a caballo al congreso, según ya se ha visto, ordenó a sus tropas disolverlo; y, como los diputados se resistieran, mandó a Latapiat hacer fuego sobre ellos. Preso

Campino, el congreso acordó una amnistía general y un corto .confinamiento para los cabecillas al lugar donde quisieran residir.

Al hablar de la anarquía chilena, se narró la revolución que el coronel Pedro Urriola encabezó contra el general Pinto en 1828, y su fracaso como consecuencia de la actitud del pueblo y de las provincias. Ya rendidos a discreción los revolucionarios, el presidente llamó a uno de los jefes de cuerpo, el mayor José Antonio Vidaurre, y le hizo firmar una solicitud que dice: "El batallón Maipú y el regimiento de Dragones, conociendo la enorme falta que han cometido, se arrepienten sinceramente de ella; y penetrados de dolor ocurren a la paternal piedad de su excelencia implorando perdón". El mismo día expidió un decreto que comienza: "Se indulta plenamente al batallón Maipú y al regimiento de Dragones..."

Esta magnanimidad elevó en la opinión pública al general 'Pinto a un pedestal de afecto y de cariño que, en su generación, no alcanzó otro gobernante; y le creó un prestigio que sus campañas militares no habían logrado labrarle. Los fusilamientos de doce soldados y oscuros oficiales quedaron olvidados.

No se necesitan más datos para explicarse la sensación de estupor que se produjo cuando Portales, dos años más tarde, destituyó por un decreto a los militares que se habían sublevado; y cuando delante de la traición frente al enemigo extranjero, amenazó con fusilar a todos los que conspirasen o apareciesen implicados en actos encaminados a debilitar la defensa nacional.

El segundo factor que engendró el falso concepto, emana del propio Portales. Los historiadores chilenos, en mayor o menor grado,

siempre han tendido a tomar la legislación y el documento por la realidad social. Cuando Barros Arana, Lastarria, Vicuña Mackenna y otros, describen la era pipiola, se la representan involuntariamente por la documentación, por el texto de la constituciones, de las leyes y de los decretos que se dictaron. El cuadro de descomposición moral y material que se desarrollaba bajo esa ilustrada y progresista legislación, se escapa en parte al primero y al último y total mente al segundo. Igual cosa les ha ocurrido con la sanción de Portales. Gobernando en medio de una tembladera, en un pueblo que había perdido el hábito del orden y los conceptos morales de la lealtad, del honor y de los deberes cívicos y teniendo que sofocar numerosas conspiraciones, Portales, precisamente para no fusilar, extremó el bluff. Quiso aterrar con la fama de su crueldad, con la violencia de sus amenazas y con una legislación draconiana. Sus continuas exhortaciones a Prieto para que gaste energía, huelen mucho a desahogo de su temperamento irritable. La misma sonajera de amenazas es exteriorización de su magnanimidad. Es ley psicológica elemental que el sanguinario no habla ni 'amenaza.

Nuestros historiadores, naturalmente inclinados a confundir el documento con la realidad, ante este concierto de amenazas y de leyes terroríficas, se inclinaron a juzgar por í\ la dureza de la represión portaliana. Error tanto más excusable cuanto que el concepto tradicional formado por el contraste entre la impunidad pipiola y la severidad portaliana, predisponía a caer en él. Además, Vicuña Mackenna, que es hasta hoy quien informa el concepto del

intelectual chileno sobre Portales, escribió animado de una pasión política que recubrió totalmente la visión real del intuitivo. Por último, el concepto de la sanción ha estado siempre, en Chile subordinado a la condición social del delincuente. Entre los fusilados por Pinto, se contaban sólo soldados y humildes oficiales que habían subido desde las filas, sin vinculaciones sociales. Si, en lugar de los soldados, hubiera fusilado al cabecilla del motín, el coronel Urriola, o siquiera a su segundo, el capitán La Rosa, habría caído en el acto el gobierno. Basta reparar la actitud de los tribunales de justicia en 1829, para darse cuenta de las consecuencias de la sanción, si el presidente la hubiera hecho recaer en los verdaderos culpables.

La sanción en Portales no admitía composiciones con la opinión. Si le hubiera sido necesario fusilar, habría empezado por las cabezas y jamás por el instrumento inconsciente. Este concepto igualitario era una provocación al concepto tradicional chileno. No fusiló; pero el hecho sólo de amenazar al aristócrata con la misma sanción que al plebeyo, no se lo perdonan hasta hoy ni la aristocracia ni el intelectual que inconscientemente respira su indignación.

\* \* \* \*

Entre las fallas del genio de Portales, la que más dificultó su actuación directa, fue la falta de las dotes que hacen al conductor de hombres.

La ausencia del prestigio militar y de la elocuencia, le colocaban a este respecto en un plano muy bajo respecto de otros genios a quienes excedió en el poder de la imaginación creadora y en la

fuerza magnética de sugestión. Su irradiación magnética tenía que quedar circunscrita a los que la recibían directamente dentro de un círculo íntimo, formado por Prieto, Tocornal, Garfias, Elizalde, Bustillos, Garrido, Egaña y algunos centenares más. La sensación que causó en el país su asesinato, manifiesta que había empezado el proceso de simbolización. En vida, Portales era ya, en la conciencia nacional, el símbolo del orden. Pero ese proceso refleja el comienzo de la irradiación magnética de su concepción política y no la sugestión personal directa.

Aparte de la falta de prestigio militar y de la elocuencia, había en Portales otras características adversas al conductor de hombres. A pesar de su confianza en sí mismo, parece no darse cuenta de su superioridad. Midió siempre a los demás por su propia capacidad; y sólo vio a su alrededor una do cena de individuos de mediana capacidad, Rengifo, Bello. Garrido, Tocornal, etc., perdidos en una multitud de ineptos, de cobardes, de miopes y de mentecatos, salpicada de unos cuantos locos y de otros tantos bribones. Su necesidad de conciliar con la admiración de la psicología castellano-vasca por el hombre mediano, ponderado, pacato, incapaz de un desacierto porque es incapaz de acción, le exasperaba hasta hacerlo estallar. Indignado con la tibieza con que se procedía en las medidas de precaución que aconseja para evitar la explosión de los motines, escribe el 26 de marzo de 1833 a Cavareda: "será mejor que nos pongamos en la berlina (o en la horca) por prudentes, circunspectos, juiciosos hombres de espera, de tino, de madurez y de enormes h..." Exigía su propia capacidad y decisión de Errázuriz,

de Rengifo, de Tocornal, de Gandarillas, de Egaña y de todos los albañiles que trabajaban en un edificio que no era suyo, y que, disipada la sugestión que les dominó, la mayor parte de ellos habría repudiado.

Treinta y cinco años más tarde, el genio de Bismarck iba a exteriorizar exactamente la misma falla. Pero Bismarck tenía a sus espaldas el sólido apoyo de su señor y rey y por escenario un pueblo menos puntilloso que el español. Así y todo no fueron pocos los tropiezos que su desprecio por los inferiores creó a la acción política de su genio, ni corta la contribución de este rasgo suyo a su prematura caída y a su incapacidad para dejar tras de sí una tradición.

En las relaciones de los hombres, la intuición adivina el concepto extraño y engendra simpatías y antipatías que carecen de toda lógica aparente. De aquí que, aun en el caso de haber sido Portales reservado, su desdén por la capacidad de los hombres habría sido siempre un estorbo a su ascendiente como conductor; y Portales, no sólo no era reservado, sino que se complacía en expresar de palabra y por escrito sus juicios sobre los demás con una crudeza que atenúan, pero no redimen, su gracia y su truhanería. Cuando Cruz partió de Concepción, a hacerse cargo del ministerio de guerra, Prieto, que conocía la mordacidad de Portales y la quisquillosidad de aquél, le escribió: "Le prevengo, también, que no olvide la caricatura y advertencia que, me dice, Alemparte le hizo, para tratar a nuestro Tártaro, ministro de la guerra; no vaya Ud. a agraviarlo con sus bufonadas y se les largue, porque, entonces, Ud. tiene que entrar



otra vez a reemplazarlo. No se vaya a reír delante de él: mire que es muy delicado; pero es un excelente hombre para todo tratándole con formalidad y cariño". La advertencia sirvió de poco. Acabaron riendo; y algún tiempo después, Portales escribía a Garfias: "¿De dónde ha podido inferir Ud. que yo consiento en que se haga general a Cruz con tal que se haga a Campino? ¿No sabe Ud. mi opinión constante para que se premien a Cruz sus traiciones y mala conducta, y que no puedo querer que se cometa la mayor de las injusticias a trueque de un acto de justicia? Justamente resolví que Ud. fuese a entregar la carta y no otro, para que de palabra dije se a Izquierdo contra Cruz lo que yo no quería decirle por escrito, lo previne a Ud. asimismo y ha ido a hacer todo lo contrario". Y poco más tarde, con motivo de una publicación de Pradel: "Me cuesta vencer una fuerte violencia para escribir a Ud. porque no puedo hacerlo sin traer a la memoria el papel publicado por Pradel: tiene Ud. sin duda más filosofía que yo, porque en vez de la calma que ha manifestado, yo me he revestido de una furia que quisiera descargar sobre ese infame y sobre la conducta de todos los que consienten en autorizar unos escándalos que se han de ir sucediendo hasta que volvamos a la misma o peor época de la que logramos salir a tanta costa".

No es más benévolo con sus partidarios. Muchos años después se recordaba la afrenta que impuso por inepto y por majadero a Meneses, haciéndole recordar por una señora el caso de Traslaviña en las horcas realistas. La manera cómo trató a Garrido por el delito de haberse desviado de sus instrucciones al pactar con Santa Cruz

en 1836, en otro menos compenetrado con su genio, habría producido un resentimiento inextinguible.

Los alejamientos que determinó el amor propio herido, se revistieron siempre con el manto de las disconformidades de criterio o de nuevos anhelos políticos. El hombre no se rebaja en este terreno a confesar el móvil oculto de su conducta.

Igualmente fatal para su poder conductor de hombres, aunque de él emanó en buena parte el poder de sugestión del apóstol, fue su concepto de las relaciones entre el ciudadano y el estado. Para Portales, el ciudadano le debía al estado vida, honra y caudal, y jamás debía pedirle nada ni gravarlo en provecho propio. Su odio al ejercicio del gobierno viene en gran parte de la repugnancia invencible que le inspiraba el asedio de los logreros. Sus cartas respiran la ira contra los suyos, que no comprenden como él los deberes cívicos, y deslustran su adhesión con el interés a los puestos o con el deseo de aprovechar las ventajas del poder. Esta austera concepción, que hizo degenerar en quijotería su desinterés, y le movió a soportar las mayores tribulaciones morales antes que recibir el sueldo o cobrar una cuenta legítima al fisco escuálido, no era compartida por nadie en su época, ni lo ha sido antes ni después sino por raras excepciones. Los conductores de hombres, desde César y Bonaparte hasta el austero La Gasca, han halagado las concupiscencias humanas. "Ved a Massena — decía Bonaparte— haciéndose matar para ganar el título de príncipe". Portales ya en el gobierno se sentía rebajado moviendo esta palanca, que antes había sido familiar al revolucionario. Ni Rengifo, ni

Benavente, ni Gandarillas se habrían separado, a ser menor su inflexibilidad. Pero quería encuadrar a los demás en un molde que era suyo y no el de la naturaleza humana. La superioridad moral que en este terreno simbolizó Portales como creador de tradición y que debía incorporarse al alma nacional, se tradujo en inferioridad en su acción política práctica.

Todavía hay que tener en cuenta que su poderosa intuición, como la de muchos otros genios, era muy dispareja en la percepción de los sentimientos de los hombres. Se expresa de Vidaurre, de Campino y de muchos más con una ceguera que contrasta con su sagacidad en la apreciación de los móviles humanos, en general. Su concepto de la lealtad era exagerado, y la viveza de sus reacciones le movía a juicios excesivos, que no siempre rectificaba a tiempo.

Finalmente, la influencia del apóstol estaba limitada por la incompreensión del intelectual. Sus ideas políticas, colocadas en un momento psicológico admirable desde el punto de vista de la realización, lo estaban en un porvenir tan distante desde el de la comprensión, que ha sido necesaria la pulverización de la ideología política de un siglo, para que pudiera producirse el ensayo de inteligencia que informa este libro.

Este divorcio, consecuencia ineludible de la distancia entre su genio intuitivo y los talentos razonadores, hizo imposible la formación de un ambiente ideológico que ligara a su concepción política los talentos de la época, convirtiéndolos en agentes del magnetismo de su persona primero y de sus ideas después. Lejos de ello, el

estadista y el genio político sólo contaron con la neutralidad o con la oposición irreductible del intelectual.

\* \* \* \*

Resumiendo su impresión sobre el genio político de Portales, dice Edwards: "era un hombre inspirado en un pensamiento abstracto y grandioso, y a la vez tan hábil en los ardidés y en el manejo de los detalles, como el más experto de los politiqueros y agitadores de oficio; empapado en la tradición y conocedor profundo de las realidades del presente; dotado de un golpe de vista a la vez microscópico y telescópico, capaz de percibir indistintamente y al mismo tiempo, los grandes movimientos espirituales y las pequeñas debilidades e intereses de los hombres, las líneas de conjunto de una construcción política y los detalles de cada momento"."Por sus admirables dotes era a la vez el más perfecto revolucionario y el tipo ideal del hombre constructivo: por eso se le ha comparado con Julio César. Salvo las dimensiones del teatro, el símil es exacto. Entre 1827 y 1829, para realizar la primera parte de su programa...logró reunir en su torno los elementos más contradictorios. A su círculo de amigos personales, formado de antiguos carrerinos y de los despojos del coloniaje, unió como por milagro a los partidarios de O'Higgins, enemigos irreconciliables de aquéllos; a la aristocracia pelucona que derribara a O'Higgins y que era también en conjunto hostil a los Carrera y a la tradición monárquica, a Freire el caudillo rival de O'Higgins, y por último a los radicales federalistas con Infante a la cabeza. Sólo una carta faltó a su juego: el pipiolaje, esto es, el grupo informe de aspirantes y políticos salidos a la superficie

por virtud de las turbulencias de la época, y que, agitándose sin objeto alrededor de los movimientos militares y sociales, aparecía como una fuerza sin serlo en realidad. Portales con su golpe de vista certero y positivo, los había desdeñado siempre" <sup>34</sup>

Este retrato es bastante exacto, si sólo se mira al revolucionario, pero en el estadista adolece de un error: el de confundir el genio incompleto de Portales con el genio completo que se formó por la fusión de las aptitudes dispersas, en Portales, en Prieto, en Tocornal y en Garrido. Exceptuada la admiración por el pasado colonial, está en Portales todo lo que el autor ve; pero está anulado, perdido para la acción práctica por los rasgos que no ve.

Si las condiciones intelectuales y morales de Prieto eran ineludibles para realizar la concepción portaliana del gobierno impersonal, no lo eran menos para suplir las fallas del genio. Dentro del añejo criterio de medir el valer histórico de los hombres con arreglo a normas extrañas al propio devenir histórico, apenas se ha concedido a Prieto la bondad de alma y cierto buen sentido. Sin embargo, repasando uno a uno a todos sus contemporáneos, se llega a la conclusión de que ninguno, fuera de él, habría podido servir de vehículo al desarrollo de la obra política de Portales. Prieto es una parte integrante no sólo de la creación portaliana, sino del genio mismo, al cual suplió y completó en una medida de que la posteridad no tiene idea. Sin Portales, Prieto ni siquiera llega a Ochagavía; pero sin Prieto, Chile habría corrido la misma suerte que las demás naciones americanas. No hay error más grande y que

---

<sup>34</sup> La Fronda aristocrática en Chile, págs. 47 y 48

más deslustre la figura de Prieto que el de crearle una personalidad ficticia, desgajándola del genio de Portales del cual es históricamente una parte complementaria.

Igual cosa ocurre con Garrido. Sin su audacia serena; sin su carácter activo y tenaz, pero cauto y flexible; sin su sagacidad y su inteligencia del manejo inmediato de los hombres, difícilmente el desenlace de los acontecimientos que siguieron a Ochagavía habría sido el que recogió la historia. Su personalidad propia de un valer superior, no pudiendo aflorar por sí misma, a causa de su origen español, integró el genio de Portales, supliendo fallas que Prieto no podía salvar. Es el verdadero mediador plástico entre su genio político y el de la aristocracia castellano-vasca divorciados por tendencias atávicas<sup>35</sup>.

Un carácter opuesto al de Garrido desempeñó dentro del gobierno el mismo papel de mediador plástico entre el genio de Portales y la aristocracia castellano-vasca, y entre su inflexibilidad cívica y moral y el ambiente reblandecido que nos legó la colonia y que el pipiolaje llevó hasta la descomposición. Joaquín Tocornal, la personalidad política chilena de mayor valer en la primera mitad del siglo XIX, vestía la librea del hombre equilibrado, expresión del supremo ideal político del alma vasca. Prudente, sensato y dotado de instinto

---

<sup>35</sup> Victorino Garrido nació en Segovia en los últimos años del siglo XVIII. Nombrado por el rey oficial de la contaduría de la explotación de azogue en Huancavelica, se embarcó en la "María Isa bel". Capturada esta nave, quedó en Chile; y un año más tarde adhirió a la independencia. Comenzó su carrera administrativa en la comisaría de marina. Uno de los hombres políticamente mejor dotados entre los españoles que pasaron a América, su acción se ejerció en el sentido de consolidar el orden en el único de los países sudamericanos que, en esta fecha, ofrecía posibilidad de alcanzar este propósito. Ligado a Portales, a Bulnes y a Montt, ejerció desde 1829 una influencia considerable sobre la evolución política chilena. Falleció en Santiago el 6 de julio de 1858

político menudo, en una generación en que este rasgo brilló por su ausencia, supo conciliar con Prieto y con la opinión aristocrática durante más de ocho años. Profundamente honrado y naturalmente dispuesto a percibir el presente y a mirar el porvenir, a pesar de su religiosidad exagerada, en la misma forma que Portales, se compenetró a fondo con los designios de su genio y presintió los días de esplendor material y moral que Chile iba a vivir. Su labor política consistió en redondear los cantos y limar las asperezas de la creación portaliana, sin desvirtuar su contenido moral y cívico y en proteger políticamente su infancia. Su presencia de ánimo suplió con frecuencia los desfallecimientos de Prieto y de Egaña en los trances difíciles<sup>36</sup>.

Esta colaboración o complementación tiene una trascendencia fundamental en el desenvolvimiento ulterior de la creación portaliana. Contribuyó eficazmente a darle carácter impersonal. Estaba este designio en la mente de Portales, pero difícilmente hubiera podido realizarlo si su genio hubiera sido completo. Al reunirse en él las dotes que hacen al conductor de hombres, su obra habría durado lo que su vida.

No como complementos, sino como auxiliares actuaron Bello y Egaña. El primero, sin vocación y sin instinto político, fue un

---

<sup>36</sup> Joaquín Tocornal (Santiago, 1788-1865), miembro de una antigua familia realista de la aristocracia colonial, abrazó con entusiasmo las ideas revolucionarias. Fue regidor del cabildo en 1813 y poco después comandante de un batallón de guardias nacionales. Ingresó al servicio del estado en calidad de vista de la aduana de Santiago, Diputado en el congreso de 1822 y miembro de la asamblea provincial de Santiago en 1827, fue nombrado visitador de oficinas fiscales en 1829. En 1830, Santiago le designó vocal suplente de la asamblea de plenipotenciarios, y entró en el ejercicio activo del cargo al pasar el propietario, Fernando Errázuriz, a desempeñar la vicepresidencia de la República, en reemplazo de Ovalle. Electo diputado por Santiago en 1831, presidió la cámara hasta su ingreso al ministerio.

intelectual de corte europeo, cuyo ascendiente sobre la joven mentalidad hispanoamericana se limitó al terreno humanista y retórico. Inteligencia poderosa de una rara flexibilidad y de gran potencia de trabajo, lo utilizó Portales en el estudio de muchos de los problemas que necesitó abordar como estadista. Le confió especialmente la dilucidación de las múltiples dificultades exteriores que crearon las vicisitudes revolucionarias, o fueron la consecuencia de los rozamientos en la lucha por la expansión nacional. Cuando estaba fuera del gobierno, prefería pedirle "puntos" para discutir o contestar las notas de los agentes consulares o de los gobiernos extranjeros. Cuando desempeñó ministerios, le encargaba la redacción misma de la nota, y en seguida la modificaba con gran éxito hasta amoldarla a su designio, siempre impenetrable para todos. Ordinariamente, suprimía y concentraba las ideas algo diluidas por la abundancia de la expresión del doctor o del padre maestro, apodos con que solía llamar a Bello. En otro terreno, el sabio venezolano fue un pilar intelectual de su construcción política. A pesar de su amplitud mental, no pudo comprenderla científicamente. Estaba en este terreno colocada en un futuro demasiado distante en el desarrollo del pensamiento occidental. El talento flexible de Bello colocó la defensa en el terreno del sentido común, de la cordura y de la experiencia práctica, que nada podía hablar al joven intelectual endoctrinado, pero que ejerció cierta influencia en la opinión general de la época<sup>37</sup>.

---

<sup>37</sup> Andrés Bello y López (Caracas, 1781 -Santiago, 1865) formó parte con Bolívar y con López Méndez de la comisión que la junta revolucionaria de Caracas envió a Londres en 1810. Continuó residiendo en Inglaterra y en 1822 lo designó Irisarri secretario de la legación chilena.



Egaña, también destituido de instinto político, pero con una vocación a toda prueba, tenía una estructura mental opuesta a la de Portales. Su subordinación ideológica, producida cuando ya había alcanzado la madurez, es una de las mayores manifestaciones del poder magnético de la creación portaliana. Su celo exaltado por el bien público y su valentía moral en la lucha antipática por el restablecimiento de la sanción, fueron las notas salientes de su labor. En otro terreno, Portales utilizó su vocación por legislar en la elaboración de los proyectos de constitución política y de la mayor parte de las leyes que promulgó durante su segundo ministerio<sup>38</sup>.

---

Pasó a desempeñar igual cargo en 1824 en la legación colombiana. Llegó a Chile en 1829 y el presidente Pinto lo nombró oficial mayor del ministerio de Relaciones Exteriores el día antes de dejar el mando. Al reorganizarse la Universidad de Chile en 1843, se le designó su primer rector. En 1864, los Estados Unidos de Norteamérica y la república del Ecuador, lo designaron arbitro de las dificultades que tenían pendientes.

<sup>38</sup> Mariano Egaña Fabres nació en Santiago el 23 de enero de 1793 y se recibió de abogado el 5 de abril de 1811. Desempeñó numerosos puestos administrativos y sirvió en la enseñanza. Fue ministro de gobierno en 1823, después de la caída de O'Higgins; ministro plenipotenciario de Chile en Londres en 1825; senador en 1831, y fiscal de la Corte Suprema de Justicia. Algunos errores deslizados en diversas publicaciones y la adulteración de la partida de nacimiento del padre de Egaña, han suscitado dudas sobre la fecha de nacimiento de este hombre de estado. Una prolija investigación que realizaron los señores Guillermo Feliú y Ricardo Donoso, para el efecto de esta nota, nos permite afirmar definitivamente la exactitud de las fechas de su nacimiento y de su ingreso a la abogacía,

## Capítulo VI

### **Primer ministerio de Portales (6 de abril de 1830-31 de agosto de 1831)**

*Portales asume los ministerios del interior y de guerra. — Aniquilamiento de los últimos restos de la revolución. —Destierro de Freire. —El nuevo concepto de la sanción.—El partido pipiolo se disuelve.—Subordinación del ejército al poder constituido.— Aniquilamiento de los o'higginistas, archivo de los federalistas y aplastamiento de los reaccionarios.—Creación de la guardia cívica.— Elección de Prieto para la presidencia de la República.—Orientaciones del gobierno.—Portales vuelve a la vida privada.*

*"El político de alto bordo debe, empero, ser educador en un sentido superior, no representar una moral o doctrina, sino ofrecer un ejemplo en su acción ... El sentido del honor, el sentimiento del deber, la disciplina, la decisión, no se aprenden en libros, .sino que despiertan en el curso vital por medio de un modelo vivo" — Spengler.*

*"Portales viene, entretanto, en alas de su genio atravesando el caos, y a medida que pasa, va dejando los cimientos de una prodigiosa creación... Anula el ejército y crea la Academia Militar; somete a la plebe y crea la guardia nacional; destruye el favoritismo financiero; herencia de la colonia, y crea*

*la renta pública; persigue la venalidad, plaga de la magistratura española, y regulariza la administración de justicia; desbarata el favoritismo de los empleos y crea la administración... No quiere el polvo de lo antiguo ni en los códigos, ni en las costumbres, ni en la educación pública ni siquiera en las oficinas del estado".*

— *Vicuña Mackenna*

El presidente Ruiz Tagle no acertaba a tomar ninguna medida eficaz frente a la insurrección de Freire. Representante genuino del régimen que feneció en Lircay, carecía de toda aptitud como gobernante, y no alentaba otro propósito que el de conciliar cediendo, tal como lo habían hecho Freire, Pinto y todos sus predecesores. Los elementos que le rodeaban no eran más aptos. Prieto, al frente del ejército y responsable directo de los resultados de la lucha, desesperado, escribió a Portales, que se encontraba en Valparaíso, con fecha 7 de marzo de 1830: "Amigo querido: Si Ud. no monta en un birlocho y se viene luego para ésta, se lo lleva el diablo todo: nuestra situación se hace cada día más difícil, y en tan dura crisis no aparece un genio de resolución. El amigo Rodríguez (don José Antonio) está tan aburrido, que aun piensa ya separarse del congreso: todos van haciéndose atrás y entretanto, sobre mí vienen todas las maldiciones y todo el peso de la responsabilidad, aun en puntos los más distantes desde los cuales claman por auxilios que no está en mi mano proporcionar: se obstruyen los

recursos; el tiempo corre, y no sé facilitan los medios para obrar. Véngase, pues, amigo, con mil santos, y no permita que perdamos las fatigas que hasta aquí hemos sobrellevado. A Vidaurre que se venga inmediatamente, porque su falta no tiene suplemento, y nuestra marcha debe verificarse muy luego. Lo espera con impaciencia, su Affmo. amigo. — Joaquín Prieto".

Como se recordará, con fecha 31 de marzo se designó presidente a José Tomás Ovalle en reemplazo de Ruiz Tagle. Al hacerse cargo del gobierno, el 1.º de abril, confirmó las designaciones que su antecesor había hecho de Mariano Egaña para ministro del interior, de Juan Feo. Meneses para el ministerio de hacienda y del general José María Benavente para el de guerra. La proximidad de la batalla de Lircay y la incertidumbre sobre sus resultados, habían producido la cobardía general entre los adeptos del nuevo gobierno. Egaña se excusó de hacerse cargo del ministerio y Benavente, enfermo y enemistado con Prieto, siguió su ejemplo. El presidenta se encontró, así, reducido a un solo ministro, Meneses, que debía atender todas las secretarías de estado. Carácter resuelto y partidario exaltado del nuevo régimen, Meneses afrontó sin vacilar las responsabilidades que la cobardía general había echado sobre sus hombros, a pesar de que la carga era muy superior a sus aptitudes.

En la noche del 5 de abril de 1830, se deliberaba en la tertulia del presidente Ovalle sobre la difícil situación creada al gobierno por las excusas de Egaña y de Benavente, cuando se incorporó Portales a la reunión. Estaba para partir a Copiapó, donde tenía comprometida casi toda su fortuna en un negocio aleatorio. Seis

días antes, el 29 de marzo, había escrito a su dependiente Newman: "Ya tenía muías, cabalgaduras y todo pronto para salir en esta semana a Valparaíso y de allí a Copiapó por tierra, después- de haber dejado Ud. las instrucciones necesarias para obrar en mi ausencia; sé que presentándome en este punto, la negociación de Garín, que hasta ahora me hace temer tanto, se habría enderezado ..." Se había mezclado en la revolución como simple ciudadano, ajeno a la idea de que el triunfo podía forzarle a tomar el gobierno. Parece haber creído que el cambio de mandatario y el nuevo espíritu bastaban para dominar la anarquía. Los acontecimientos lo habían llevado a la dirección del heterogéneo conjunto formado por los revolucionarios. Pero sólo al palpar la cobardía general se dio cuenta de que le iba a ser necesario actuar personalmente en el nuevo gobierno. Irritado, exclamó en un arranque súbito: "Si nadie quiere ser ministro, yo estoy dispuesto a aceptar hasta el nombramiento de ministro salteador".

Esta decisión causó asombro, pues se le había rogado sin éxito que aceptara la vicepresidencia provisional en lugar de Ovalle. Al día siguiente, el presidente firmaba un decreto que iba a decidir la suerte de Chile y que merece transcribirse: "Santiago, abril 6 de 1830. N.º 750. No sufriendo ya de mora la actual crisis del estado y hallándose retardado el despacho del gobierno por falta de los ministros nombrados, que han hecho presente no hallarse todavía en estado de encargarse de los respectivos ministerios, nombro ministro de estado en los departamentos de relaciones exteriores, del interior y de guerra y marina a don Diego Portales, de cuya

aptitud me hallo plenamente satisfecho, esperando de su amor patrio este nuevo e importante servicio a la causa pública. Tómese razón y comuníquese. —Ovalle. —Meneses".

Portales aceptó los ministerios con humor sombrío, no a causa de las responsabilidades y riesgos que entrañaba su desempeño, sino del desastre que importaba para sus negocios. "Es el mayor de los sacrificios que puedo hacer", murmuró como en represalia a la cobardía general; y se encargó en el acto del gobierno, imprimiéndole la energía de su voluntad indomable y el acierto de su sagacidad y de su sentido práctico. El primer efecto de su designación fue el renacimiento de la confianza. El temor y la incertidumbre se trocaron súbitamente en un optimismo que repercutió en Lircay. El 20 de abril de 1830, tres días después del triunfo, Prieto decía a Portales en carta privada: "Sólo la noticia de hallarse Ud. con carácter público en el gobierno, ha sido bastante para entusiasmar mis rotos y hacerlos pelear como diablos". Y tres meses más tarde, ante el deseo del ministro de alejarse cuanto antes del gobierno, vuelve a escribirle... "por Dios no se aleje Ud. del gobierno; convéznase de que Ud. es la columna más firme de este grande edificio que vamos a levantar, y que si Ud. falta, va todo a tierra".

Asumió el mando con la firmeza y la expedición del que siempre ha gobernado. El país se sintió dirigido por "un poder que obraba con la tranquila regularidad y eficacia de un gobierno legítimo y establecido desde largos años atrás. Nada de innovaciones presuntuosas o precipitadas, nada de promesas lisonjeras, nada

que pudiera denunciar el origen revolucionario y la situación incipiente, azarosa e insegura del nuevo poder. Los ministros ponían silenciosamente orden en todo, sin aludir siquiera a la existencia de un desorden"<sup>39</sup>.

\* \* \* \*

La batalla de Lircay cerró una época en la historia de Chile; pero, como ocurre con los terremotos, las conmociones continuaron hasta que la estabilidad política se restableció. La revolución de Freire había encontrado eco en algunos elementos de Concepción. Un grupo de partidarios suyos se había adueñado de la ciudad y de las comarcas inmediatas, sin alcanzar a constituir un núcleo serio de resistencia. En Coquimbo, un revolucionario profesional, Uriarte, al servicio de Prieto primero y de Freire después, sublevó las tropas y derrocó al intendente Sainz de la Peña, cuyas exacciones exasperaron a la provincia. Cometiendo tropelías y abusos mayores que los de su antecesor, logró Uriarte reunir unos cuatrocientos milicianos con los cuales resolvió atacar a Santiago, que suponía desguarnecido después de la marcha del ejército de Prieto al Maule. Portales, junto con recibirse del ministerio, sin restar elementos al ejército de Prieto, empezó a preparar una expedición contra Concepción; destacó al coronel Agustín López para que concentrara en Curimón fuerzas capaces de contener a Uriarte; e inició una rápida reorganización de las milicias urbanas de Santiago, a fin de colocarlas en pie eficiente contra cualquier sorpresa.

---

<sup>39</sup> Edwards, La fronda aristocrática en Chile, pág. 49.

Las fuerzas de Uriarte estaban a punto de disolverse, cuando se les reunió en Sotaquí el coronel Viel con los restos de la caballería vencida en Lircay. Viel se había retirado, como se recordará, con Freire del campo de batalla, en los momentos en que se iniciaba la segunda fase del combate en las posiciones de la ribera sur del Lircay. Después de la derrota que le infligió Bulnes, había logrado reunir entre ciento ochenta y doscientos hombres, con los cuales tomó el camino de la costa y se dirigió hacia el norte, remontando y alimentando sus soldados con los caballos y especies que tomaba al paso en las haciendas y lugarejos del trayecto. Ocupó al pueblo de Melipilla, que estaba desguarnecido, recogió alrededor de doscientos fusiles y continuó su marcha hasta reunirse con las fuerzas de Coquimbo, que creía numerosas. De Santiago partieron con igual propósito el general Borgoño y otros militares; mas, desilusionados del número y de la disciplina de las tropas de Uriarte, se hicieron a un lado y dejaron a Viel la dirección de la campaña. Reunió éste, entre sus propias fuerzas y las de Uriarte, seiscientos hombres en su mayoría mal disciplinados y sin municiones.

Portales envió la columna que tenía preparada para recuperar a Concepción a recapturar La Serena por mar, quitando la base de operaciones a Viel y a Uriarte. Ordenó, además, al general José Santiago Aldunate marchar al encuentro de Viel con las fuerzas acantonadas en Curimón bajo las órdenes de López, con doscientos milicianos de infantería de Santiago y con algunos otros destacamentos. Pero estimando insuficientes estas fuerzas, le ordenó posteriormente no empeñar acción mientras no recibiera los



refuerzos que le despachó desde Santiago. Aldunate avanzó hasta Pintacura en una disposición de ánimo diametralmente opuesta a la del ministro. Llevaba el propósito de buscar una solución que evitara el combate, la cual se imponía de antemano a Viel, puesto que ya no podía cambiar la faz de los acontecimientos dada la magnitud del desastre de Lircay. Desde Pintacura, aquél, que era primo hermano de la mujer de Viel, le escribió con fecha 12 de mayo una carta confidencial- en que le hace ver la verdadera situación producida con el desastre, y lo insta a llegar a un avenimiento. Este le contestó: "Siempre que sea asequible conciliar en un tratado el restablecimiento de la tranquilidad con el honor de las tropas que mando y mi decoro personal, por mi parte, haré cuanto esté a mis alcances para cortar de raíz los males que sufre el país y que me afligen sobremanera...Por lo tanto, propongo a Ud. una entrevista hoy mismo en un punto intermedio entre esta villa (Illapel) y el lugar que Ud. ocupa"

En la tarde del día siguiente, 17 de mayo, se reunieron en Cuzcuz el coronel graduado Pedro José Reyes, como representante de Viel, y el capitán Victoriano Martínez, como apoderado de Aldunate; y redactaron un tratado de nueve artículos. En él se estipuló que la división Viel, "deponiendo toda actitud hostil quedaría bajo las órdenes del general Aldunate; que los jefes y oficiales que servían en ella conservarían los grados y empleos que tenían cuando el general Pinto dejó el mando (2 de noviembre de 1829) ; que ninguno de ellos sería reconvenido por sus actos u opiniones durante la guerra civil; que los soldados de línea de esa división, que no quisieran seguir

sirviendo en el ejército, obtendrían su licencia absoluta; y que las milicias serían disueltas y socorridas hasta que sus individuos regresaran a sus hogares. El general Aldunate, que se comprometía bajo su palabra de honor al cumplimiento de ese pacto, ofrecía, además, dar salvoconducto a los individuos que acompañaban sin carácter militar a la división de Viel, para que pudieran retirarse a donde mejor les conviniera, e interponer su influjo cerca del gobierno para que éste confirmara los grados concedidos por las autoridades provinciales". Viel declaró que, invariable en sus principios y opiniones, renunciaba por su parte personal a las garantías que se le acordaban, sometiéndose a la suerte de los generales que habían negado reconocimiento al congreso de plenipotenciarios, y se dirigió a Valparaíso. Algunas fuerzas se encaminaron a Santiago bajo las órdenes del teniente coronel Reyes; los más volvieron a sus hogares; y Aldunate continuó en dirección a La Serena, que ya había sido recapturada por la expedición marítima a las órdenes de Maruri.

Concepción y los pueblos del sur del Maule se sometieron al ejército de Prieto sin resistencias. Los caudillos que habían encabezado la rebelión, huyeron al recibir la noticia del resultado de Lircay. El intendente de Concepción, Esteban Manzano, quiso resistir en Talcahuano. El estado de ánimo de su escasa tropa no se lo permitió, y acompañado de algunos oficiales y clérigos muy comprometidos en la aventura revolucionaria, se embarcó en la goleta "Aycinema" con ánimo de recalar en Coquimbo. No

encontrando allí base revolucionaria, se entregó en Valparaíso mediante una capitulación parecida a la de Cuzcuz.

Las regiones de Chillan y de Concepción, después de las depredaciones causadas por la revuelta de Freire, habían quedado en un estado desesperante de miseria. La cosecha había sido destruida, quemada o saqueada. El invierno ya próximo amenazaba con el hambre. Portales inició desde Santiago el socorro de esas regiones. Pidió a la caridad privada un sacrificio extraordinario, y tomó a tiempo las medidas conducentes no sólo a asegurar la alimentación, sino a rehabilitar la prosperidad. Procedía sin decretos, por simples órdenes verbales, o por cartas que se cumplían con una exactitud y un rigor extraño, de un extremo a otro del país. Muy sencillas y muy prácticas, esas órdenes llevaban en sí mismas implícita su ejecución.

\* \* \* \*

Freire que, según se ha visto, se había retirado con Viel de Lircay al iniciarse la faz decisiva de la acción, se separó de él al aproximarse a Santiago, tal vez esperando promover en la ciudad desguarnecida algún levantamiento. Se dirigió en seguida a Aconcagua, donde reunió un corto número de adeptos y con ellos quiso encaminarse a Coquimbo. Una caída del caballo que sufrió en Panquehue, le impidió proseguir. El gobierno no quería tomar ninguna medida contra él. Sólo deseaba que se alejara algún tiempo del país, mientras la opinión se calmaba. Desde que supo su llegada a Chena, le había insinuado por medio del intendente de Santiago, J. Joaquín de la Cavareda, pariente por afinidad de aquél, que tomara

este camino, el más cómodo para él y para el gobierno dentro de la situación que se había producido. Impartió el gobierno reservadamente las instrucciones para facilitarle el embarque; y aun creyó que, a pesar de su negativa, Freire, en vista de la capitulación de Viel, se había acogido al expediente que se le brindaba. En esta inteligencia, se abstuvo de molestarlo después de su caída del caballo; mas, cuando se le informó que regresaba a Santiago, se decidió a prenderlo y a desterrarlo.

Freire se encaminó a esta ciudad en la noche del 25 de mayo. Un piquete apostado en Huechuraba tenía orden de prenderle, pero sin usar las armas sino en defensa propia. La comitiva de aquél, compuesta de siete personas, chocó de manos a boca con la policía que le aguardaba. La orden de no hacer fuego le permitió escapar por los cerros, quedando en poder de la policía Santiago Pérez Larraín y un sirviente. En la tarde del día 26 se le apresó a Freire en una quinta de los extramuros orientales de la ciudad. Se le guardaron todo género de consideraciones y de miramientos, como si se le hubieran querido reprochar las inútiles vejaciones de que había hecho víctima a O'Higgins, atropellando las decisiones del gobierno de Santiago. Se le detuvo en una sala del cabildo, y de allí se le mandó a la mañana siguiente a Valparaíso para ser embarcado con destino al Callao en el bergantín "Constituyente". Estuvo, sin embargo, a punto de ocurrir una catástrofe.

La exacerbación de las pasiones había adquirido una violencia extrema. Los que no alcanzaron a presenciar la locura colectiva que presidió a las batallas de Concón y de Placilla, y que continuó en los

días inmediatos, jamás lograrán formarse idea siquiera pálida de la intensidad de estas sugerencias a raíz del desenlace de las contiendas civiles. Un furor de venganza había estallado en los violentos con la complacencia general. El sentido moral había desaparecido. Sólo un hombre, Portales, permanecía dueño de sí mismo; y enfrenaba con mano de acero las tentativas de venganza y las vejaciones. Freire, a pesar de su carácter candoroso y caballeresco, con actos lejanos se había concitado odiosidades muy hondas en ciertos elementos. Algunos de ellos, que figuraban entre los vencedores, impartieron la orden de fusilarlo en el camino, fingiendo un motín. Felizmente, Portales se impuso a última hora del propósito; y ordenó al coronel graduado Pablo Silva que no se separara de Freire, previniéndole que lo fusilaría si el general era objeto de algún atentado. Para asegurar más la vida del prisionero, mandó instrucciones reservadas al jefe de la plaza en Valparaíso. Freire alcanzó a vislumbrar algo de lo que se tramaba, e imploró gracia de la vida al coronel Silva. Este le informó de la orden que había recibido de Portales; pero nunca hizo caudal del hecho, el cual hubiera quedado ignorado si el propio Silva no lo hubiera contado y si Antonio Vergara Albano no lo hubiera confirmado, relatando la parte que a él le cupo en las precauciones que ordenó tomar Portales para prevenir que el crimen pudiera consumarse a bordo<sup>40</sup>

---

<sup>40</sup> Escrito lo anterior, en 1909, Enrique Matta Vial nos suministró un documento que confirma por una vía diversa la tentativa de asesinato de Freire y la indignación de Portales. No hemos querido usarlo, porque nada añade al relato, ni nada gana la historia con exhibir nombres en proyectos de atentados que son reflejos de extravíos morales momentáneos

El gobierno dio cuenta al congreso del destierro de Freire en un mensaje, bastante exacto en cuanto a los males que la guerra civil causó al país, pero no en cuanto a los móviles que atribuye a Freire. Este fue en 1830, como en la caída de O'Higgins, simple instrumento de pasiones y de voluntades extrañas. Dice el mensaje: "El gobierno llama la atención del congreso sobre las medidas que le han impulsado á tomar esta resolución, para que no se la crea aventurada, o nacida de la precipitación. Don Ramón Freire, a quien en otro tiempo se le creyó capaz de corresponder a las esperanzas de la patria, que lo había llenado de honores e invocado en sus más peli grosas crisis, ha descubierto a los ojos de todos los chilenos y al mundo entero, que el móvil de todas sus acciones, que el principio que siempre las había dirigido, era una ambición desmesurada a los altos destinos de la república, porque se creía él solo digno de merecerlos. A tan fatua ambición ha sacrificado multitud de víctimas, que hoy claman por una justa venganza. Su ambición defraudó las rentas del erario, arruinó la riqueza de muchos particulares, comprometió la neutralidad de los extranjeros, llevó la guerra civil hasta las extremidades de la república, y puso a la patria a los bordes del precipicio. Si los que alucinados con su falso patriotismo y con la fingida bondad de su carácter, pudieron alguna vez disculpar sus pasados extravíos, en el día, con el conocimiento de sus pretensiones, no pueden menos de pedir contra don Ramón Freire el castigo de los males que en todas circunstancias ha hecho a la república. Para la completa seguridad del país, para poner coto a la osadía de los que valiéndose de su nombre, quisieran seguir sus

planes desorganizadores, para acabar con el último apoyo de los anarquistas y desvanecer sus últimas esperanzas, y en fin, para proceder en conformidad con la opinión general, ha creído el gobierno que la medida más acertada era sacarlo fuera del territorio de la república. El gobierno somete esta resolución a la aprobación del congreso; y pone al mismo tiempo en su noticia, que ha dado al gobernador de Valparaíso las órdenes convenientes para que sea tratado con toda la consideración que la circunstancia de preso pueda permitir".

\* \* \* \*

Todavía no se producía el desenlace de Lircay, cuando ya el antiguo espíritu de la sanción que dominaba en la aristocracia castellano-vasca, comenzó a hacerse presente. Mientras unos querían vengar individualmente antiguos rencores y otros adueñarse de los despojos que los vencidos dejaban en favor de los amigos y de los parientes para exceptuarlos de la sanción. En medio de la estupefacción general, el ministro omnipotente impuso su nuevo concepto de la sanción, que pareció a los contemporáneos una verdadera locura. Comenzó por aplastar los actos de venganza personal y por suprimir, en vez de repartirlos a los vencedores, los puestos in útiles que, para satisfacer los apetitos de los correligionarios había creado el pipiolismo. Se opuso, en seguida, a toda excepción y se negó a los empeños, aplicando una sanción pareja e impersonal que comenzaba por los cabecillas.

Portales partió del hecho de que el gobierno legítimo de Chile eran los mandatarios designados por el congreso de representantes, y

consideró a Freire y a todos los que le siguieron como simples facciosos. En consecuencia, la sanción los abarcó a todos, empezando por el jefe. Sentó, además, la presunción de que el que hace una revolución, hará ciento; y que la estabilidad del gobierno exigía que se eliminara de la administración y del ejército a los que participaron en la revuelta; que se desterrara a los más peligrosos, mientras el orden se asentaba; y que se conminara a todos con que la reincidencia sería penada con extremo rigor. En cuanto a los militares que no participaron en la guerra civil, dejó en las filas a los que juraron fidelidad al nuevo gobierno y dio de baja a los demás<sup>41</sup>.

Entre los funcionarios, destituyó a los que abandonaron sus puestos para seguir a Freire en la última revuelta, y se paró a algunos de dudosa moralidad o de escasa competencia. Al comienzo, la sanción de los civiles fue muy suave, y sólo la persistencia en las conspiraciones provocó medidas más severas.

El pacto de Cuzcuz puso en serio embarazo al gobierno. No era posible castigar a los vencidos de Lircay y dejar en sus grados a los que no sólo fueron vencidos en esa batalla, sino que también prosiguieron la revolución después de ella. Dentro del concepto que Portales tenía de la sanción, no cabían sino dos soluciones: o perdonar a todos, o incluir en el castigo las tropas de Viel. Hesitó bastante en el deseo de no herir a Aldunate, cuya honradez y lealtad estimaba, aunque no fuera partidario suyo, y la repugnancia a

---

<sup>41</sup> Portales, en el primer momento, quiso tender el manto del olvido sobre la revolución vencida, reservando su severidad para la reincidencia. Prieto, Rodríguez Aldea y los demás directores, no se hicieron la ilusión de que la generosidad pudiera dar otro resultado que la inmediata caída del nuevo régimen. Por lo que respecta a Prieto, véase su correspondencia con Portales entre marzo de 1830 y junio de 1831, en poder de la sucesión de Luis Pereira, que la ha facilitada a la Academia de la Historia.



cometer la injusticia que envolvía el castigo general y la exención de un corto número de individuos igualmente culpables. Al fin, desaprobó el tratado, pasando a Aldunate una nota muy honrosa. La verdad es que el general había obrado de cuenta propia, sin autorización del gobierno. La pasión con que se ha escrito la historia de Portales, ha desnaturalizado este incidente. Merece reproducirse la nota del gobierno a Aldunate, no para restablecer la verdad de lo ocurrido, sino para penetrarse del nuevo concepto de la sanción que despunta por escrito precisamente en esta nota<sup>42</sup>.

---

<sup>42</sup> ) "Por este ministerio se ha recibido la nota de V. S. del 6 del corriente, en que solicita se le forme un consejo de guerra, a consecuencia de no haber sido ratificados los tratados que celebró en Cuzcuz con don Benjamín Viel, que había escapado de la acción de Lircay con algunas tuerzas de milicias de caballería de las provincias de Concepción y el Maule, y que en su fuga desde Lircay hasta Illapel, cometió los excesos más escandalosos, y atropellamientos sólo propios de bandidos desesperados. El gobierno ha extrañado tanto más la so licitud de V. S. cuanto es hecha por uno de los jefes reputados por instruidos en sus deberes. V. S. trató en Cuzcuz, y prescindiendo de la cuestión de si debió o no tratar, es innegable, que no pudo V. S, ni puede general alguno, sin previa y expresa autorización, celebrar un tratado y darle cumplimiento, sin esperar la ratificación del gobierno de quien depende. V. S. no recibió esa autorización, y queriéndole conceder que se hubiese encontrado en circunstancias que le obligasen a entrar en convenios, éstos nunca pudieron tener efecto sin la suprema aprobación. El gobierno, buscando siempre el acierto, ha llamado así a los vecinos que por su instrucción, propiedades y desinteresada amor al país, quieren lo más justo y racional; y con acuerdo de ellos resolvió no aprobar una capitulación que, a más de dejar en ridículo a la suprema autoridad, le hacía inconsecuente en sus determinaciones y en su marcha, conservando elementos de eterna discordia, en manos de los que jamás han obtenido destino que no hayan prostituido. Cuando el gobierno se ha propuesto restablecer la moral, ignominiosamente relajada por la conducta de las anteriores administraciones; cuando todo su anhelo es hacer entrar a cada individuo de la sociedad en sus respectivos deberes, ¿quiere V. S. que conservase en sus puestos a militares constantemente insubordinados y revoltosos; a militares que nunca mandaron cuerpos en el ejército, sino para corromper su disciplina, y para abusar vergonzosamente de sus caudales, que han dilapidado con tanto escándalo público? ¡Quiere V. S. dejar en absoluta impunidad a hombres constantemente protervos, que jamás conocieron el deber la verdad, la moderación, ni la decencia? V. S. debe persuadirse de que ni V. S. ni el mejor chileno, aventaja a las personas que componen el gobierno, en las buenas in tenciones de que abundan, y por un efecto de ellas, es que no ha tenido a bien ratificar esas capitulaciones. Convencido por la experiencia, se ha propuesto el gobierno desterrar ese sistema de condescendencias injustas, de criminales disimulos, de consideraciones in debidas que han confundido al bueno con el mal ciudadano, al militar inepto e insubordinado, con el apto y buen servidor; y que, en fin, desquiciaron (puede decirse así) la sociedad, aflojando todos los vínculos que la sostienen. Oiga V. S. y sepa la conducta observada |por esos hombres en quienes V. S. ha tenido la debilidad de confiar. Don Benjamín Viel. a quien V. S. ha dado dos mil pesos para gratificar a los individuos de la montonera de Uriarte, no ha distribuido entre ellos, según las prolijas indagaciones hechas en esta capital, ni una quinta parte de esa suma.

\* \* \* \*

El partido pipiolo desapareció después de Lircay como si la tierra se lo hubiera tragado. Pasado el aturdimiento, se ve renacer una oposición dispersa e incoherente, que no representa el diez por ciento de la opinión del país. Está formada por algunos de los representantes del pipiolismo, José María Novoa, Bezanilla, etc.; pero el grueso lo forma el revolucionario nato del tipo de Puga, de Uriarte, y algunos jóvenes de la estructura cerebral de Pedro Félix Vicuña. El resto está formado por los militares vencidos en Lircay y se parados de las filas.

La disolución del pipiolismo fue un fenómeno moral más que el resultado de las persecuciones. Para comprenderlo basta resumir el proceso ya descrito del paso de este partido por el gobierno. Las ilusiones cifradas en los beneficios inmediatos de la libertad y de la democracia, muy débiles al comienzo de la revolución, se difundieron mucho bajo el gobierno de O'Higgins. Un proceso

---

Don Pedro Chapuis ha ocultado una imprenta que sacó de La Serena, y, según los mejores datos, conserva en su poder algunos fondos fiscales. Esos individuos que componían la división de Uriarte, no han entregado a V. S. ni la mitad del armamento. Son pruebas inequívocas de esta verdad, los innumerables reclamos de los vecinos del tránsito, y la multitud de aprehensiones que los jueces y particulares han hecho de partidas armadas que han cometido horribles excesos y saqueos escandalosos, llegando al extremo de no perdonar ni las telas de los colchones en las casas donde llegaban por desgracia. Don Pedro José Reyes se ha aparecido en esta capital con sólo ciento y pico de hombres, el resto fue diseminado por los campos para comportarse del modo que era de esperarse de hombres habituados al pillaje. Han venido con multitud de caballos de tiro, mientras los dos escuadrones de Cazadores han tenido que hacer a pie la mayor parte de sus marchas hasta llegar a Santiago. ¿Qué propiedades de las que tomó Viel con tanta violencia, y de las que quitó Uriarte, han sido devueltas a sus dueños? El gobierno, no desconociendo sus deberes, ya habría sometido a V. S. a un consejo de guerra, sin necesidad de que lo pidiese, si no estuviera íntimamente persuadido de que los móviles de los procedimientos de V. S. si no son justos, carecen de malicia, que le constituiría culpable. Advierte en V. S. errores de concepto únicamente, ) una falta de conocimientos en los únicos medios de consolidar la paz y las instituciones de Chile. Esta es la razón porque el gobierno no ha retirado, ni retirará, la confianza que ha depositado en V. S. —Dios guarde a V. S. —Hay una rúbrica de S. E. —Diego Portales.— Señor general de la división del norte don José Santiago Aldunate".

ideológico rápido las generalizó en la mayoría de la opinión. Mas, a medida que el fracaso iba tronchando las ilusiones, los hombres cuerdos y conscientes se fueron alejando de los ensayos políticos, sin poder, por su parte, oponer nada positivo a las ideas y tendencias fracasadas. En la misma medida que aquéllos se alejaban, el gobierno iba cayendo en manos cada vez más inconscientes y aumentando el predominio de los aventureros. Con Pinto desapareció la última fuerza moral del partido. Al retirarse este mandatario para dejar el campo libre a otros hombres y a otras ideas que pudieran salvar al país, el gobierno quedó, todavía, con cierta base visible de opinión. Descansaba en la gran masa de los indiferentes y de los tímidos, de los que no divisando nada positivo en reemplazo de lo que se desmoronaba, querían aplazar a lo menos el derrumbamiento. Eran fuerzas muertas que el día del derrumbe iban a servir de base, siempre inerte, al nuevo gobierno que se organizara. Las fuerzas vivas se redujeron a un corto número de hombres sinceros, en su inmensa mayoría torpes e incapaces; a las fuerzas militares dirigidas por tres jefes extranjeros, Viel, Tupper y Rondizzoni, que simpatizaban con la forma democrática de gobierno, cuyo arraigo creían posible a la larga, o que sostenían por disciplina la autoridad que los había nombrado; a alguna juventud, cuyo empuje y entusiasmo se ha fantaseado después a imagen y semejanza de la que germinó entre 1848 y 1851, pero cuya importancia es dudosa: v, finalmente, a la pandilla en cuyas manos cayó hacia el final el ejercicio real del gobierno. El presidente Vicuña fue una simple entidad decorativa. Los elementos que

constituían el nervio de las ideas liberales, se habían ido con el presidente Pinto a sus casas y otros se habían revuelto violentamente contra el régimen, como Gandarillas, Benavente, Rengifo, etc.

La victoria de Lircay tenía fatalmente que disolver una masa política de semejante composición. El grueso de ella, formado por los indiferentes y por los tímidos, siguió al nuevo gobierno, como habría seguido a otro cualquiera. Los pocos liberales en el sentido posterior de la palabra que aún quedaban, se pasaron disimuladamente o continuaron alejados de la política. La pandilla se dispersó en busca de otro ambiente. Mora entró al servicio de O'Higgins primero y de Santa Cruz después. Chapuis buscó, también, en la descomposición peruana campo más propicio. José María Novoa y algunos más siguieron flotando en el caos que envolvía a la América, y conspirando contra la fuerte organización y la severa moralidad del nuevo régimen chileno, al servicio de Santa Cruz.

No entró en los propósitos de Portales aniquilar los últimos restos del pipiolismo. Estimaba indispensable la existencia de una oposición para la marcha regular de un gobierno. Dejó a Carlos Rodríguez, a quien juzgaba incapaz en política, pero honrado, en posesión de su destino de ministro de la Corte Suprema, lo mismo que a casi todos los pipiolos que conceptuaba sanos. Su exigencia se limitó a prohibirles que conspiraran. Podían opinar contra el régimen y criticar sus actos, pero no subvertir el orden. La conspiración y el estímulo a ella pasaron a ser delitos. "Autorizado el gobierno —dice Barros Arana— por el congreso de

plenipotenciarios para proceder contra las personas imponiendo destierros y confinaciones en cuanto fuese necesario para afianzar la tranquilidad pública, comenzó por usar de esa facultad con cierta moderación. Después del destierro de Freire, y de los decretos en que daba de baja sin excepción alguna a los militares que no prestaban reconocimiento de obediencia al nuevo orden de cosas, o que habían sido tomados con las armas en la mano, puso en libertad a casi todos los prisioneros, reteniendo en la cárcel de Santiago sólo a nueve de ellos, que eran considerados los más inquietos y resueltos, pero obligando a muchos otros, y aun a algunos paisanos, a fijar su residencia en Santiago o en Concepción bajo la vigilancia de la policía. En medio de la exaltación de las pasiones políticas y de los odios de bandería, esta conducta del gobierno era duramente censurada en los círculos y en los periódicos de sus propios amigos. "Tres artículos —decía uno de éstos— hemos dedicado ya en nuestras columnas al asunto delicadísimo de la amnistía que se ha dispensado a los traidores de Lircay, y aún no quedamos satisfechos, porque vemos palpablemente pasearse entre nosotros con un tono insultante a los que se tomaron con las armas en la mano". Y por tercera vez se insistía en probar la necesidad de ejercer una represión vigorosa, y la inconveniencia de la lenidad que, según esos escritores, sólo servía para estimular las revueltas". "La pena, agregaba al concluir es, pues, absolutamente necesaria para consultar la conservación y

la tranquilidad del país si no sé quiere autorizar las revoluciones ulteriores con un decreto de impunidad"<sup>43</sup>.

Prohibir las conspiraciones a ciudadanos que habían nacido a la vida pública conspirando y viendo conspirar, dirigiendo o participando en revoluciones, era prohibir algo que estaba ya en la naturaleza. Castigar un acto que no sólo era hasta entonces tenido por lícito, sino también por un derecho y para muchos por un deber político, era un atentado contra la libertad, una tiranía oprobiosa. E imponer esta prohibición en nombre de un gobierno que acababa de entronizar una revolución, pareció a sus adversarios un refinamiento de ironía. De esta dualidad de conceptos, nacieron los choques entre Portales y los restos dispersos del pipiolismo y los revolucionarios profesionales, que más adelante se vio obligado a confinar o a desterrar. De esta misma dualidad arranca, también, el juicio transmitido a la posteridad sobre la feroz opresión de las ideas y de la libertad durante el gobierno de Portales.

Salvo Carrera, que estaba condenado a fracasar dondequiera que actuara, por la falta de algunas dotes esenciales, la revolución y la anarquía se caracterizaron en Chile por la ausencia del caudillo en el sentido hispanoamericano del concepto. O'Higgins fue mandatario civil por índole natural y por conciencia cívica. Lastra y Blanco pasaron por el poder empujados por los acontecimientos, sin revelar la menor aptitud de gobernantes ni el deseo de serlo. Sólo la fantasía de Vicuña Mackenna pudo suponer un caudillo latente en Campino, cuya actuación demostró la ausencia de todas las dotes

---

<sup>43</sup> Barros Arana, Historia General de Chile, t. XV, págs. 609 y 610

que hacen a] caudillo, excepto la audacia. Freire, honrado y benévolo por naturaleza, pero limitado intelectualmente e ingenuo como niño, fue un simple instrumento al servicio de las ideas de su mujer o de los que lo rodeaban. Y si alguna vez, irritando su amor propio o halagando su vanidad, se le sustrajo a esta influencia, sólo fue para ser instrumento de voluntades extrañas y de propósitos que no eran suyos. Pero, si el caudillaje propiamente dicho no arraigó en Chile, en cambio tomó cuerpo desde la renuncia de O'Higgins otra enfermedad española: la de los pronunciamientos.

Hemos visto que apenas hubo cuerpo de ejército que no se sublevara durante el gobierno pipiolo. Inútilmente se buscará alguna raíz ideológica que enlace entre sí la serie de motines, como no sea la conciencia de la impunidad y una crisis del pundonor militar rayana en la falta de toda disciplina y de todo sentido moral. Se sublevaban los regimientos un día en nombre de principios políticos que no entendían, y al día siguiente en contra de los mismos principios con que habían cubierto la sublevación anterior. Hoy era un semi loco, un aventurero, o un comandante que deseaba ascenso, el que los amotinaba y al día siguiente un oscuro oficial en nombre de la soldada. Salvo la explotación política de los ambiciosos o de las rivalidades partidaristas que ocasional mente solían hacerlos derivar en su favor, los pronunciamientos carecían de todo contenido ideológico y aun sentimental. Simples globos de jabón, casi siempre se disolvieron al estallar.

Pero el establecimiento de un gobierno serio y eficaz era incompatible con la continuación de semejante orden de cosas. El

congreso de plenipotenciarios, dirigido por Rodríguez Aldea, fue el punto de partida de un nuevo concepto entre las relaciones del ejército y del ejecutivo, que Portales y sus continuadores impusieron más adelante, hasta afianzarlo en bases tan sólidas que esbozadas en ese entonces habrían parecido más para sonadas que para conseguidas. Comenzó aquella corporación por exigir a los tribunales y a los altos funcionarios del estado el reconocimiento expreso de su autoridad, y habiéndose , negado a acatarla catorce militares, les ordenó comparecer personalmente a su sala el 4 de marzo de 1830: y persistiendo casi todos en su actitud, el día 9 pasó los antecedentes a la presidencia acompañados de un acuerdo que dice:- "El poder ejecutivo, en vista de estos documentos, procederá a tomar, antes de 24 horas, las más enérgicas providencias en reparación del insulto que se ha hecho a la nación y en la seguridad de la tranquilidad pública".

El presidente Ruiz Tagle resistió la medida, tanto por temor de que le acarrearara ofensas y venganzas, como por lo insólito en el ambiente de entonces del castigo aplicado a militares honorables cuyo único delito era desconocer la autoridad de los poderes constituidos. Pero el congreso insistió en nota fechada el día 22 en términos tan duros que Ruiz Tagle no tuvo entereza para resistir; y el 27 de marzo firmó un decreto dando de baja a los generales José Manuel Borgoño, Francisco de la Lastra, Francisco Calderón, Juan Gregorio de las Heras y a cuatro coroneles y tenientes coroneles. Con fecha 17 de abril, Portales, cumpliendo una nueva resolución del congreso de fecha 15, dictó otro decreto, cuyo artículo 1." dice:



"Quedan dados de baja desde esta fecha en el ejército, el capitán general don Ramón Freire, los jefes y oficiales y tropa que, bajo sus órdenes continúen con las armas en la mano, obrando hostilmente contra la nación"<sup>44</sup>.

Estas dos resoluciones originaron un cambio en la psicología militar que se realizó en dos etapas. La primera, de carácter negativo, es la conciencia de que la fuerza armada no debe deliberar. Tupper, en enero de 1830, había ya esbozado este concepto con gran nitidez, al explicar su adhesión a la causa liberal diciendo: "Pero, ante todo, consideré que ningún gobierno libre o enfado ordenado, podría existir una hora si a los militares fuera alguna vez permitido poner su espada en la balanza y decidir puntos de legislación por la fuerza de las armas, como ordinariamente sucede en la América del Sur". Sólo que, colorado entre sus afecciones y el deber, al sublevarse Freire, las primeras prevalecieron sobre el segundo.

La segunda etapa, que entraña una ética más elevada, sólo nació con la sensación de horror que causó el asesinato de Portales, y fue la resultante de una de las sugerencias póstumas de su genio. El militar no sólo debe obediencia pasiva a los poderes constituidos, sino que les debe también cooperación activa y apoyo llevado hasta el último sacrificio.

Portales desplegó en la consecución de este propósito una sagacidad y un valor desconocidos en nuestra historia política. Buscó en Prieto, vencedor' de Lircay y jefe de los pelucones, antes que un instrumento dócil, un punto de apoyo sin el cual sus propósitos no

---

<sup>44</sup> Portales guardó consideraciones especiales con el general Pinto, y sólo ante su negativa formal a reconocer el nuevo gobierno, lo separó del ejército por decreto de 26 de mayo de 1830.

habrían podido realizarse. Prieto, desde la presidencia de la república, aportaba al orden la adhesión de Bulnes, la neutralización del o'higginismo exaltado de Cruz y el apoyo del ejército del sur. Ya firme en esta base inició, con poco ruido administrativo, pero con gran energía práctica, no la destrucción del ejército, sino su depuración y el restablecimiento de la disciplina; y mirando al porvenir, como en todos sus actos, comenzó el moldeamiento de la nueva psicología con la reorganización de la Academia Militar, cuya jefatura confió a Pereira, diciendo que esperaba de ella grandes frutos, pero que dependían enteramente de su jefe. Con este motivo, escribió a Garfias el 15 de febrero de 1832 : "Véase con Pereira, el coronel; dele a mi nombre los parabienes porque ya empieza a recoger el fruto de sus trabajos, pues sé que el día de la apertura del establecimiento salieron muy complacidos los concurrentes, así por la brillante policía que notaron, como por algunos muy bien desempeñados movimientos de la instrucción de reclutas que ejecutaron los cadetes: dígame que dentro de poco tendremos el gusto de apellidarle el padre del ejército, y que yo, como un hijo de vecino, tengo puestas en él exclusivamente todas mis esperanzas de orden, de decencia, honor e instrucción de esa clase tan importante. Por último, dígame que le tengo un famoso cadete de 14 años muy vivo, de buena familia, y muy bien dispuesto: que me diga si podrá remitírselo; es hijo de don Anacleto Goñi, y el muchacho está loco por irse; tiene ya prontos todos los documentos"<sup>45</sup>.

---

<sup>45</sup> ) Uno de los errores más generalizados por el desconocimiento de la personalidad real de

El más poderoso era, por el momento, el o'higginismo. La revolución se había iniciado por los partidarios del ex Director Supremo; y las fuerzas militares que le dieron el triunfo, lo mismo que los jefes, Prieto, Bulnes y Cruz, eran también o'higginistas. El mismo país había fijado sus ojos en O'Higgins como última ánora de salvación delante de la anarquía. Nada se oponía, sin embargo, más a las miras de Portales que el regreso de O'Higgins. Era una solución fácil, pero momentánea; pues ningún gobierno personal, a su juicio, podía arraigar largo tiempo en Chile. En todo caso estaba limitado por la vida del héroe. Ni Rodríguez Aldea ni nadie en ese tiempo se dio cuenta del verdadero propósito de Portales; y se atribuyó a mala voluntad hacia O'Higgins lo que sólo era la consecuencia de la visión superior de su genio.

Astuto, inteligente, cauto y audaz, pero destituido de clarividencia política, Rodríguez Aldea advirtió en su aliado sus cualidades de revolucionario, lo que había en él de accidental; y no presintió el hondo abismo que los separaba en las finalidades de la revolución que hicieron juntos, a pesar de ser el eje en torno del cual tenían necesariamente que girar sus combinaciones para hacer viables la vuelta de O'Higgins y su nueva ascensión al poder. Contra él dirigió Portales de preferencia sus golpes, dejando para más adelante la liquidación de los federalistas y de los reaccionarios, que poco significaban, y descartando a los pelucones "tímidos e irresolutos". Prieto era el brazo militar del o'higginismo y Rodríguez Aldea su

---

Portales, es el de creerlo enemigo del ejército. Se confunde el odio a la indisciplina y a la abyección moral que engendra, con el odio al espíritu militar, psicológicamente incompatible con el espíritu varonil y agresivo de la nacionalidad, tan desarrollado en Portales que, después de él, ningún gobernante chileno ha exteriorizado en igual medida:

cerebro. Ungiéndole candidato a la presidencia, supeditó la influencia que éste tenía sobre aquél<sup>46</sup>.

---

<sup>46</sup> Vicuña Mackenna y Sotomayor Valdés han afirmado que la candidatura de Prieto surgió de una conferencia habida entre este general y Portales en Talca, en junio de 1830. Según Pacifico Encinas, a quien debemos la mayor parte de las rectificaciones que hemos hecho a la historia tradicionalmente aceptada, esta entrevista no existió, ni pudo existir, porque Prieto no se movió de Concepción en esa fecha. Creía que el error venía de la reunión de Prieto, ya elegido presidente, con Portales en el mismo Talca, en junio de 1831, Barros Arana, a quien facilitamos las rectificaciones para que las utilizara en los tomos finales de su obra, nos dijo que había logrado comprobar ésta documentalmente; pero, sin mayor interés en ese entonces por los detalles, no le preguntamos por el documento. Conocemos la carta en que Prieto anuncia a Portales que se reunirán en Talca en junio de 1831, con el fin de aclarar personalmente la situación que había provocado Rodríguez Aldea.

Respecto a la decisión de Portales de ungir candidato a Prieto, según información del mismo origen, se exteriorizó ya en los días que siguieron a Lircay; pero tropezó con resistencias de Gandarillas, de Benavente y de muchos antiguos carrerinos, que temían la influencia de O'Higgins sobre Prieto. Portales había quedado de escribir a Francisco Encinas Echeverría, que era en ese entonces una de las grandes influencias políticas del centro del país: y sólo en agosto de 1830 le mandó recado con José Antonio Alemparte, que pasaba para Concepción, anunciándole que el candidato era Prieto, Le encargó, al mismo tiempo, que, por medio de su cuñado Manuel García Ferrer, condiscípulo y amigo íntimo de Bulnes, sonsacaran en confianza cuál sería la disposición de este militar frente a una tentativa o'higginista. El 1 de septiembre del mismo año, Prieto escribió, desde Concepción. .1 Portales: "Aquí me ha venido exigiendo Alemparte, palabra de honor, a nombre de Ud., para someterme en las elecciones a lo que Uds. allá determinen. Aseguro a Ud. que me ha sorprendido esta novedad, tanto más cuanto yo creía que Ud., debía estar bien seguro que aquí no haremos otra cosa nunca que lo que Ud., como el principal arquitecto, nos diga que conviene al bien y prosperidad de la república y nuestra común seguridad...Así, pues, señor director general, Ud. obre con entera libertad y con fianza". Según la misma información, Alemparte llevaba encargo de tranquilizar a Prieto respecto a las candidaturas de congresales y de electores de presidente anti-o'higginistas, y de comunicarle que las resistencias a su persona entre los estanqueros estaban salvadas. Esta explicación permite comprender el alcance de la respuesta del general a Portales, que hemos transcrito en la parte pertinente. Sotomayor Valdés, muy influido por Vicuña Mackenna, da una versión resumida de la génesis de la candidatura Prieto, que, en los detalles, está en contradicción con los mismos datos de que parte. Como en el curso del libro nos veremos forzados a desestimar otras presunciones del distinguido escritor, séanos permitido adelantar una explicación. El historiador de la administración Prieto es "un investigador un minucioso y serio como Barros Arana; y más frío, no tiene que luchar, como este último, con sus propios odios personales y sectarios, cuya violencia sólo pudimos apreciar los que llegamos hasta su intimidad. Acaso sea entre los historiadores de la República el que menos ha deformado el pasado. Si no se cernió por sobre la pequeñez de las pasiones políticas y de la ideología, a lo menos no pretirió documentos ni tergiversó los hechos, según el color del vidrio con que los miró. Tuvo la honradez de entregar a la historia lo que le era simpático y lo que le era antipático. Pero su investigación, segura mientras el documento lo acompaña, desde que surge la duda y entra en juego la necesidad de interpretar y de presumir, se torna muy débil. Carecía de sagacidad crítica. Aludiendo a este rasgo saliente de Barros Arana, nos decía en una ocasión, Crescente Errázuriz: "De diez presunciones de Diego, los documentos aparecidos después confirman nueve; de diez míos, desmienten nueve. Yo no puedo presumir. Tengo que perder mucho tiempo en aclarar hasta el último detalle, y dejar en la sombra lo que no logro esclarecer".

Después de impreso el pliego que contiene la primera parte de esta nota, hemos revisado nuevamente las comunicaciones del general en jefe del ejército del sur. Prieto partió de Talca a

Cuando Rodríguez Aldea se dio cuenta de su situación, intentó recuperar el terreno perdido, mediante una intrincada red de intrigas que se desarrollaron en el segundo semestre de 1830 y los primeros meses de 1831. Por medio del comandante Claro, cuñado de Cruz, manejó a este último, que desempeñaba el ministerio de la guerra; y se dirigió a Urrutia y a Urriola, que desempeñaban las intendencias del Maule y de Colchagua, y aun al mismo Prieto, revelándoles una supuesta inteligencia entre Portales y Freire. Por otro lado, entró en tratos con los pipiolo y con Freire para un acuerdo sobre la base del retorno de O'Higgins. Freire rechazó, pero José María Novoa y sus secuaces aceptaron. Perseguía la ruptura entre Prieto y Portales, la recuperación de su ascendiente sobre aquél; y como resultado definitivo, el retorno de O'Higgins, después de un interinato de Prieto.

A esta altura había alcanzado la intriga, cuando Prieto y Portales se explicaron entre sí, cogiendo en medio a Rodríguez. Con fecha 17 de enero de 1831, Cruz, empujado por Portales, renunciaba al ministerio. Prieto desautorizó al mismo Cruz y a Claro, que eran sus sobrinos; y calmó a Bulnes y a Urrutia, que habían prestado asenso a Rodríguez: "Pero qué escándalo, mi amigo, la conducta de nuestro don José Antonio Rodríguez", escribió a Portales el día 9 de febrero. Con este entendimiento, la suerte de Rodríguez y del proyecto de

---

mediados de mayo, se detuvo varios días en Chillan, y ya estaba en Concepción a principios de junio. Su correspondencia comprueba que no pudo reunirse en Talca con Portales en junio de 1830. El error de Vicuña Mackenna y de Sotomayor es evidente; y su relación de la génesis de la candidatura de Prieto cae por su base. Por otro lado, la correspondencia aparecida en los años últimos, no deja dudas sobre, la forma cómo se incubó esa candidatura. Las mismas cartas de Rodríguez Aldea, entendidas a la luz de los nuevos antecedentes, no se concilian con la narración tradicional.

retorno de O'Higgins quedó decidida. Portales trató a Rodríguez a puntapiés. Los desaires se sucedieron a los desaires, hasta que lo obligó a reabrir su estudio a su clientela dispersa "y a no volver a tomar la pluma sino para firmar sus alegatos y su testamento"<sup>47</sup>. Las tentativas de Prieto para reconciliarlos no tuvieron éxito.

Más fácil le fue poner a raya a los aliados restantes. El fracaso del federalismo había sido previsto por Portales antes de implantarse. En carta de 12 de abril de 1827 había dicho a Newman: "Mucho celebro el acuerdo de la asamblea de Aconcagua, porque el mismo desorden será el mejor testimonio de que la federación es inadaptable para el estado actual del país". En 1829, ya la previsión de Portales se había realizado. El federalismo, como se ha visto, después de un ensayo desastroso, se desacreditó totalmente. De él ya sólo quedaba su apóstol, pero no en cuanto federalista, sino en cuanto emblema de integridad moral y de candidez política. Bastó a Portales apartar a Infante para desembarazarse de un aliado que ideológicamente era su antítesis.

En cuanto a los reaccionarios, encabezados por Meneses, tan en poco los conceptuaba que el 15 de julio despidió a su jefe del ministerio por inepto.

Los pelucones, que en otras circunstancias hubieran opuesto enérgica resistencia y aun avasallado al nuevo Carrera que había en la forma externa de Portales, estaban aún presa del pánico y llanos a seguir a quien les garantizara el orden. Por otra parte, entre

---

<sup>47</sup> Véase la carta de Rodríguez Aldea a O'Higgins de principios de 1831 y la correspondencia de Prieto con Portales entre marzo -e 1830 y junio de 1831, en poder de la sucesión de Luis Pereira

Portales y O'Higgins no había para ellos vacilación posible, como lo demostraron exigiéndole, sin lograrlo, que aceptara la presidencia de la república. El primero era audaz y temerario y los llevaba en una dirección opuesta a la suya, que siempre fue el gobierno de las juntas o de los congresos. Pero era uno de los suyos, a lo menos de los salidos de su seno, y había en sus extrañas ideas políticas tal fuerza de convicción y en el estadista tantas capacidades, que los arrastraba inconscientemente. El otro seguía siendo el extraño, el provinciano odiado; y para la mitad a lo menos de ellos, el verdugo de los Carrera, convertido por el martirio, de calaveras turbulentos y arbitrarios, en héroes nacionales. Sentimiento este último que Rodríguez Aldea, atento sólo a la sensación de pánico ante la anarquía, no percibió, a pesar de su perspicacia.

\* \* \* \*

Al propósito de aplastar el militarismo respondió, también, la creación de la guardia cívica. Al frente de todos los ministerios, Portales supo darse tiempo para dirigir personalmente la nueva organización; y queriendo predicar con el ejemplo, hizose comandante de uno de los cuerpos de la capital: el N° 4. Tomó a su cargo los detalles de la instrucción, del vestuario, del armamento y de la reglamentación interior; le dio su sueldo a la nueva institución y puso especial empeño en dotarla de bandas de músicos para atraer al pueblo.

Ya el 19 de abril, dos días después de Lircay, dictó un decreto creando la artillería cívica de Santiago. El 6 de mayo consultó los fondos para el vestuario. El 27 de agosto estableció en las milicias y

en el ejército la vacunación obligatoria; y otros decretos perfeccionaron y extendieron la reorganización a toda la república.

Para penetrarse mejor de los efectos prácticos de la reorganización en que estaba empeñado, quiso atender personalmente la instrucción del batallón N.º 4. Por decreto de 25 de abril de 1831, se le extendieron los despachos de teniente coronel de la guardia nacional, y en el acto empezó el aprendizaje de las nociones de táctica y de los reglamentos que le eran necesarios. Al aclarar, estaba a caballo, disciplinando su batallón que había instalado en la Moneda, para tenerlo más a mano.

Cuando se retiró del ministerio para radicarse en Valparaíso, se le nombró, por decreto de 25 de octubre de 1832, comandante en comisión del batallón de guardia cívica de infantería que se había ordenado organizar en ese puerto; y encargado, al propio tiempo, de la organización de las compañías de artillería y del escuadrón de caballería que también consultaba el decreto, pero reteniendo el puesto de comandante del batallón N.º 4 de Santiago. A los pocos meses, Valparaíso contaba con una división de mil quinientos guardias nacionales de las tres armas. Por extraña previsión del destino, Portales fue el organizador de los cuerpos que en el Barón debían vengar su asesinato.

Sometidos a ejercicios disciplinarios los domingos y enseñados por instructores profesionales, los cuerpos tomaron pronto aire marcial, y figuraron con lucimiento en las paradas y revistas de las fiestas patrias. Se recuerda que, en una de estas paradas, un aguacero torrencial sorprendió al batallón de Portales, y que éste sin



desmontarse cumplió su programa de evoluciones, y regresó al cuartel sin que se le desbandara un hombre. El propósito del ministro era doble. Buscaba un medio de distraer al pueblo de la taberna y del vicio, y una fuerza en la cual apoyar el orden y defenderlo de los golpes de un ejército desmoralizado, mientras lograba crear en él el espíritu que, andando el tiempo, debería convertirlo en el sostén material de su creación política. El 1° de junio de 1831, la guardia cívica contaba en el país con veinticinco mil hombres enrolados<sup>48</sup>.

\* \* \* \*

El 25 de noviembre de 1830, el presidente Ovalle y su ministro Portales promulgaron la ley de elecciones aprobada por el congreso de plenipotenciarios. El artículo 14 fijaba para el 15 de marzo la elección de electores de presidente y vicepresidente, en conformidad al artículo 65 de la constitución de 1828. Sólo había dos candidaturas posibles, la de Portales y la de Prieto. La primera no tenía en ese momento prácticamente más adversario que el propio candidato. Los vencedores de la revolución lo presionaron en todas las formas posibles para que aceptara la presidencia. Prieto mismo, contra lo que se ha afirmado, habría visto con agrado la presidencia de Portales. Las desconfianzas que al principio los separaron, habían desaparecido hacia el final de la revolución; y ya se había producido en él la inevitable subordinación del hombre mediano, pero bueno y patriota, al genio superior de Portales. No es esta la

---

<sup>48</sup> Tanto la organización de la guardia cívica, como la fundación de la academia militar, eran ideas antiguas; pero que nadie había podido realizar

convicción de Rodríguez Aldea, pero debe recordarse que su sagacidad resbaló siempre por la superficie de los hombres.

Más, Portales estaba firmemente resuelto a imponer a Prieto y a continuar él, como simple ciudadano, dirigiendo al presidente desde su retiro por el rumbo que desde 1822 tenía ya trazado. "¡Qué! ¿Quieren ustedes que yo cambie la presidencia por una zamacueca?" contestaba con su incurable truhanería a las exigencias majaderas de los que, en su terror a la anarquía, al desmoronamiento a lo menos, del régimen recién implantado sólo se sentían seguros bajo la acción inmediata de su mano.

Prieto quedaba ungido candidato a la presidencia por la voluntad de Portales, y éste, no pudiendo impedirlo, candidato a la vicepresidencia. Nunca un político obró con mayor sagacidad; jamás un hombre se eclipsó más a tiempo para renacer en su creación política con toda la serena majestad de los grandes genios creadores. Portales carecía, como se ha visto, de las dotes que hacen al conductor de hombres; y si hubiera aceptado la presidencia, casi seguramente se habría estrellado, y con él el país.

El 21 de marzo de 1831 falleció el presidente provisional, José Tomás Ovalle. En su reemplazo y también en el carácter de interino, eligió el congreso de plenipotenciarios al general Joaquín Prieto para la presidencia y a Fernando Errázuriz para la vicepresidencia. Habiendo decidido el primero permanecer en Concepción al frente de la intendencia, entró el segundo a ejercer el mando por los seis meses que faltaban para que los mandatarios elegidos en propiedad entraran a ejercer el cargo.

Prieto y Portales resultaron elegidos sin contendores para la presidencia y la vicepresidencia en propiedad.

\* \* \* \*

Desde el advenimiento de Portales al ministerio, las comunicaciones del gobierno a las autoridades subalternas tomaron un carácter firme e imperioso, que aseguraba su exacto cumplimiento. Las órdenes, precisas y claras, respiraban un sentido práctico y un conocimiento de las materias, que llevaban a todas partes la expedición y la regularidad.

Durmiendo sólo cinco horas diarias, comenzó por imponer el orden en las oficinas. Introdujo el uso de la escoba en las salas de los despachos, "cuyos enjambres de puchos, cubrían las grietas de las esteras". Desterró de ellas el pon che y la vihuela, y sacudió con mano recia la pereza y la mugre colonial. Con él, comienza la formación del personal administrativo, del cuerpo de funcionarios laboriosos y probos, que es el timbre de orgullo de la época histórica que lleva su nombre.

Aparte de las medidas encaminadas a asegurar el orden y la estabilidad del gobierno y a aplastar el militarismo, su labor administrativa tomó tres direcciones principales.

La primera, que entregó luego a Rengifo, en quien encontró un colaborador inteligente, se orientó a la regularización de las finanzas. En un país empobrecido por los esfuerzos gastados en la emancipación y en la expedición libertadora y por siete años de anarquía, el orden, el sentido práctico y la economía, realizaron el milagro de equilibrar las entradas y las salidas y de regularizar los

pagos, sin recurrir a exacciones odiosas, ni a nuevas contribuciones que el país no habría podido soportar.

Rehusando recibir sueldo, se creó el derecho de negarse a toda pretensión que gravara el erario nacional; y con ingresos que fluctuaron alrededor de un millón y medio de pesos, no sólo atendió a las necesidades ordinarias de la nación, sino que, también, a gastos extraordinarios, como la formación de la guardia cívica y algunas obras de progreso intelectual. Los detalles de las medidas financieras de Rengifo, inclusive la devolución de los bienes de los conventos, a fin de libertar al estado del pago de los censos y de las congruas a que se había obligado, corresponden a la historia de la administración Prieto. Portales sólo le dio los rumbos generales.

La segunda gran preocupación administrativa, fue la reorganización de las policías. El bandidaje había alcanzado un desarrollo alarmante.

En el oficio que el ejecutivo pasó a la Corte Suprema, consultándole sobre las medidas que convenía adoptar para reprimirlo, pintaba en estos términos la intensidad que el mal había alcanzado: "El gobierno recibe frecuentes y amargas quejas de varios pueblos de la república por la continua alarma en que pone a sus vecinos la repetición de atroces asesinatos y robos inauditos. Los hombres honrados se ven en la necesidad de halagar a los malhechores para ponerse a cubierto de los riesgos a que están expuestas sus propiedades y sus vidas. Los jueces contemporizan con los malvados, que pudieran aprehender, porque temen que, quedando impunes, la misma impunidad les aliente para descargar su saña

sobre sus aprehensores. El intendente de Colchagua asegura al gobierno que se estremece de oír tantos y tan enormes excesos como se cometen diariamente en los diversos departamentos de la provincia. En una visita de cárcel que practicó en Curicó, dice haber encontrado dieciocho facinerosos, de los cuales el que menos había cometido dos muertes; entre ellos había uno que contaba ya veinte asesinatos incluso el que perpetró en su propia mujer. Anuncia tener en su poder el sumario levantado a un reo que confiesa llana mente haber cometido un asesinato en Guacargüe, sin más motivo que el gusto de asesinar, y acompaña a este crimen la notable circunstancia de haberse detenido en picar los ojos al cadáver del degollado. Noticia igualmente al gobierno hallarse plagada la provincia de los más temibles facinerosos que tiene sobrecogidos a los jueces y se pasean causando luto y amargura por todas partes y dando en sí testimonio de que la administración de justicia se halla en un estado deplorable".

"La buena índole de los habitantes vive contradicha por sucesos que algunos atribuyen con horror al abandono del ramo más importante de la administración. El intendente de Colchagua anuncia, por último, que el bandido Pinchara contará siempre con un apoyo formidable en los facinerosos de la provincia".

Juzgando este aspecto de la administración de Portales, dice Barros Arana: "Puso también el gobierno grande empeño en la organización de la policía, que nunca había sido buena, y que, a consecuencia de los últimos acontecimientos, había caído en una deplorable postración. Para ello, era preciso vencer grandes dificultades, no

sólo por la rutina inveterada y por la falta de hombres preparados para llevar a cabo esta reforma, sino por la suma pobreza de las municipalidades. La de Santiago, que era con mucho la más rica de todas, no podía disponer más que de una renta que no alcanzaba a 25.000 pesos por año, y con ella tenía que atender a las necesidades de una extensísima ciudad con 65.000 habitantes, y más propiamente a un departamento de 112.000. Sin embargo, mediante la concesión al municipio del impuesto de carnes muertas o de mataderos, se reglamentaron dos cuerpos regulares de policía, uno para el día (vigilantes) y otro para la noche (serenos), y mediante la diligencia de sus jefes, se consiguió mejorar el servicio. Esos cuerpos fueron por entonces el modelo que se propusieron imitar los demás pueblos del estado".

"En los campos, el abandono era mucho mayor. La frecuencia de crímenes, de robos, de salteos y de homicidios, había tomado, según los documentos de la época, como lo hemos indicado en otras páginas, las más alarmantes proporciones, y llegó a ser mayor todavía durante la pasada guerra civil, por la distracción de las policías en otras ocupaciones, y después de ella por el desarme de tropas y de milicias. Alarmado por esta situación, creyó el gobierno que era indispensable tomar medidas extraordinarias. "Aunque nuestros códigos prescriben penas severas contra el asesinato y el robo, decía dirigiéndose al congreso de plenipotenciarios en 14 de junio, es notorio que la mayor parte de los delitos de esta clase logran sustraerse a la vindicta de las leyes, sea por la dificultad de la aprehensión, sea porque substanciándose las causas a mucha

distancia de la escena del delito, las probanzas judiciales son a menudo incompletas y siempre lentas, o porque la prolijidad de los trámites y un sentimiento de humanidad que se hace oír demasiadas veces a los que están encargados de administrar y ejecutar las leyes, proporcionan mil medios de impunidad a los reos ... La práctica de otras naciones en circunstancias semejantes, agregaba, ha sido establecer comisiones fijas o ambulantes, en los países infestados de bandidos, revistiéndolas de la autoridad indispensable para la sumaria substanciación de las causas, y para la inmediata ejecución de la sentencia". El congreso de plenipotenciarios, sin atreverse a tomar resoluciones de esa clase, se limitó a recomendar que se pasasen los antecedentes a la Suprema Corte de Justicia, para que ésta propusiera las reformas más urgentes en la legislación. Esas reformas propuestas y sancionadas un poco más tarde, aunque muy discretas, no remediaban sino en muy pequeñas proporciones el mal que se denunciaba; pero la vigorosa persecución de los bandidos dispuesta y sostenida con firme resolución por el gobierno, y ejecutada con toda actividad por partidas de tropa, acabó con algunas bandas de malhechores que habían adquirido la más triste celebridad"<sup>49</sup>.

La tercera directriz se orientó hacia la enseñanza. Para retribuir los servicios políticos de Mora, que había pasado al servicio de los gobiernos pipiolos, se había decretado la anexión de la Escuela Militar al Liceo de, Chile; e instituido a su favor una subvención desproporcionada con los recursos de la época, en forma de becas.

---

<sup>49</sup> Historia de Chile, t. XV, págs. 619 y 620.

La formación intelectual y moral de los cadetes militares y de gran parte de la juventud, se colocó así bajo la tuición moral de un literato hábil pero desprovisto de patriotismo y que sólo era un mercenario al servicio de la causa que lo pagaba. Por decreto de 3 de junio de 1830, Portales trasladó las becas al Instituto Nacional.

Con fecha 14 de septiembre de 1830, firmó con Gay un contrato que contribuyó al progreso del conocimiento de nuestro territorio y a la difusión de la cultura científica en una medida no inferior a la influencia de Bello en el terreno jurídico y humanista.

Otra de sus preocupaciones fue la sugestión del intenso patriotismo que animó el alma chilena entre 1837 y 1891. La institución de las fiestas conmemorativas de los dieciochos, obedeció al propósito de aprovechar las inclinaciones populares para despertar el patriotismo.

La acción administrativa de Portales se caracterizó por su eficacia práctica. La ausencia de leyes y decretos aparatosos casi siempre trasplantaciones de medidas exóticas sin ninguna base en la realidad social chilena, forma contraste con la abundancia legislativa de los últimos gobiernos pipiolos. La organización política y administrativa surgió casi sola, como evocada por un conjuro desde el fondo de una disolución tan honda y tan generalizada como sólo es posible encontrarla en pueblos ya en completa descomposición. No sólo imprimió rumbos, sino que enseñó con el ejemplo: "No porque Portales prefiriera el manejo de los grandes resortes de la administración pública —dice Vicuña Mackenna— desdeñaba su acción individual- Proverbial se ha hecho su



actividad, su celo privado, la sagaz oportunidad de su cooperación. Tarde de la noche penetraba de improviso en los hospitales y otros establecimientos públicos por cuya dirección velaba, y ¡ay! del empleado que no estuviera en su puesto, ¡ay! del régimen que escondiera algún engaño o amparara un abuso. Un día se entraba a un cuartel, y como ministro de la guerra, hacía de su tropa una severa e instantánea inspección; otro día penetraba en los claustros del Instituto y oía a los alumnos o convocaba a los profesores para acordar medidas provechosas. No había en la capital una sola oficina pública cuyo portero no conociera a don Diego Portales"<sup>50</sup>

Portales tenía resuelto alejarse del gobierno en cuanto dejara regularizada la administración y asentado el orden. Con fecha 13 de julio de 1831 dirigió al congreso una comunicación en la cual renuncia irrevocablemente el cargo de vicepresidente, cuyo texto copiamos del Boletín de las Leyes: "Señor: Llamado por el voto de los pueblos a la vicepresidencia de la república, creo de mi deber expresarles por el órgano de la representación nacional, mi profunda gratitud por este lisonjero testimonio de confianza y de su aprobación por los pequeños servicios que he podido prestar a la patria. Pero penetrado de mi insuficiencia para ejercer dignamente las funciones de la primera magistratura ejecutiva, si por algún accidente llegara a vacar, y obligado a volver dentro de breve tiempo a la vida privada, a donde me llaman urgentemente consideraciones que no puedo desatender, me hallo en la precisión de suplicar, como suplico, al congreso nacional, se sirva aceptar la formal y solemne

---

<sup>50</sup> Don Diego Portales, t. II, p. 347.

renuncia que hago en sus manos. La nación y el congreso me harán, sin duda, la justicia de creer que no he tomado esta resolución sino porque, después del más detenido y maduro examen, la he creído absolutamente necesaria, y por consiguiente, irrevocable. Santiago, junio 13 de 1831. — Diego Portales".

El congreso rechazó esta renuncia por unanimidad, y sólo cesó en el cargo con la promulgación de la constitución de 1833, que lo suprimió.

Poco después presentó también la renuncia de los cargos de ministro del interior, de relaciones, de guerra y de marina. Con fecha 31 de agosto de 1831, el gobierno le transcribió la aceptación en los siguientes términos: "Condescendiendo S. E. el vicepresidente a las repetidas instancias de US. se ha servido admitirle la renuncia que le ha pasado con esta fecha de los ministerios del interior y de relaciones exteriores, guerra y marina de que estaba encargado"<sup>51</sup>

Antes de publicarse el decreto, se reiteraron los empeños para inducirlo a que limitara la renuncia a los dos primeros ministerios. Se esperaba con esto que el país no se diera cuenta del carácter definitivo de su alejamiento del gobierno. Después de grandes esfuerzos, se obtuvo que retuviera nominalmente por algunos meses más la cartera de guerra; y se limitó la aceptación de la renuncia a los ministerios del interior y de relaciones. El decreto que aparece en el Boletín de las Leyes, está redactado en conformidad a este arreglo. En su ausencia debían atender el ministerio los oficiales

---

<sup>51</sup> La transcripción del primer decreto se conserva entre los papeles de Portales en el Archivo Histórico Nacional.

mayores Bartolomé Mujica y José Manuel Calderón. En cuanto a la cartera del interior, entró a reemplazarlo Ramón Errázuriz.

Apenas transcurrió el tiempo que había prometido re tener nominalmente el ministerio de guerra, empezó a insistir nuevamente en que se aceptara su renuncia de esa cartera, hasta que el 31 de agosto de 1832 el gobierno le dio curso<sup>52</sup>.

---

<sup>52</sup> En carta del día 30 del mismo mes, había escrito a Tocornal: "Amigo distinguido: Con esta fecha hago, por conducto de Ud., la renuncia del ministerio de la Guerra. Sé que la maledicencia y la chismografía van a encontrar en ella un material en que cebarse por cien días; pero yo lo encontraré para divertirme impasible, en los mismos tiros que me dirijan. "Sin embargo, de que las causas que, con el más maduro acuerdo, me han decidido a esta resolución son de aquellos que no hay motivo para ocultar, ni hacer de ellas un misterio, yo no quiero re velarlas sino a Ud., porque me da la gana de satisfacer a Ud. solo; óigalas o léalas, diré mejor:

"I. —No quiero que se diga, por los que saben que jamás he de desempeñar el ministerio, que deseo mantener por ostentación o especulación el vano título de ministro. "

II.—He aprendido que los pocos años que me quedan, debo pasarlos en la vida que más me agrade; y para conseguirlo, necesito ponerme en la mayor distancia que pueda del gobierno y de los negocios públicos, v aunque en realidad lo estoy, sólo la apariencia » la retención del título de ministro me trae muchos malos ratos, pues juzgándome por esto en comunicación estrecha con el gobierno, soy víctima de los empeños y de otras frecuentes calas mortificantes; como ministro, aunque sea en el nombre, tengo visitas que me dan de patadas en el estómago, consultas que me dan sueño, y que me privan de la comodidad de hacer en mi casa lo que me dé la gana, "

III.— Acreditando o convenciendo a todos, por medio de la renuncia, que estoy distante del gobierno, no tendrán para qué acordar se de mí, ni molerme los huesos los chillanejos, los Pradel, los López, los Zenteno, los Osorio, etc., etc.; y, lo que es más, no habrá lugar a ciertos chismecillos odiosos y muy pueriles suscitados, con tanta ligereza como injusticia, por los deudos de uno de mis primeros amigos, a quien ni de pensamiento he ofendido jamás y, por el contrario, he mirado siempre como otro yo (Prieto). Es necesario, pues, no perdonar medios para hacer que se penetren todos de que quiero ser, y que me tengan por ni sal, ni agua ni pescado: así no se me atribuirán cosas que ni he pensado; y yo no pasaré por la violencia de andar velando sobre mí mismo mis palabras y pasos, porque mi opinión y acción más inocente se interpreta como se quiere.

"IV. —Si el encargado del despacho de guerra se conduce bien y trabaja con provecho, yo le robo sus glorias, porque le creen dirigido por mí; y si se conduce mal, yo no quiero hacerme cómplice de su conducta ni autorizarla, aunque sea en apariencia.

"V.—Se me han hecho propuestas para que me vaya al Huasco a encargarme de los negocios de los acreedores de Cea; y aunque veo muy difícil que haya convenio, porque yo no he nacido para engañar gentes, si se me allanan los inconvenientes que he presentado, mirando más los intereses de los comitentes que los míos, tal vez me resuelva a admitir las propuestas; y en este caso, es incompatible el título 'del ministro con el de mayordomo, así como ahora no puede parecer bien, sino muy ridículo, ver al ministro de la guerra convertido en agente de un oscuro copiapino, de un desconocido lambayecano, etc., etc., y haciendo cuanto puede hacer el negociante de menos nota o el dependiente de una casa. "A las razones expuestas, podría agregar otras, acaso de no menos peso; pero las creo innecesarias, porque Ud. debe ya estar

Sus amigos desaprobaron enérgicamente la resolución de alejarse del gobierno. En carta de 20 de noviembre de 1831, le decía Alemparte: "Estaría bien separarse de los negocios públicos, si con ello quedara asegurada la tranquilidad pública; en el caso presente no sucede, y por más que Ud. quiera alucinarse, yo no miro aún ni el modo ni la razón por que podamos contar con el bien, al contrario, su separación, en el sentir de la respetable mayoría de hombres de razón y de honradez se mira como una calamidad, y cada cosa que su cede, los desalienta y aumenta ese pensar; esto mismo sucede en mí, y aunque miro la imposibilidad en que se encuentra para continuar, conozco también que es defecto de Ud. mismo por una preocupación necia en hacer deferencias y sacrificios que no ha podido llenar sin quedar en el estado en que está reducido, expuesto a la mendicidad".

---

convencido de la inutilidad de la farsa que representa el gobierno y que me hace representar a mí con la retención del ministerio, "Por si acaso fuese necesario, tendré que prevenirle que ésta mi resolución, es irrevocable, y que quitaría mucho prestigio al gobierno, duplicando mi renuncia o multiplicándola hasta que fuese admitida. "No he querido hacer a un tiempo la del grado de teniente coronel y la de la comandancia del batallón 4, porque no se atribuya en el público a un despique pueril, o a enojo con el gobierno, pues hay muchos, especialmente entre los mentecatos, ociosos y bribones de Santiago, que me creen resentido con el gobierno y en secreta guerra con él. Dejaré, pues, pasar algún tiempo, al aguaito de una ocasión honesta. "Suplicóle que haga publicar mi renuncia y el decreto de admisión en cualquier papel o diario, haciéndome el favor de redactar el decreto sin esa hojarasca que place a los miserables, y que el gobierno suele prodigar indistintamente".

## Capítulo VII

### Portales en Valparaíso y en El Rayado

*Portales regresa a Valparaíso arruinado y rechaza una cobranza legítima al fisco que habría salvado su situación. Repatriación de O'Higgins. — Viajes secretos a Santiago y comienzo de su privanza con Vidaurre.—Giro comercial en Valparaíso.—Su actitud frente al ministerio Errázuriz.—Portales y Joaquín Tocornal.—Resolución de radicarse definitivamente en Valparaíso.—Portales gobernador.—Relaciones con Prieto y con el gobierno.—La marcha a El Rayado, buscando la economía y el alejamiento del gobierno.*

*"La inclinación a admirar a otros está muy poco desarrollada en mí".*

*Bismarck.*

*"Pero lo supremo no es obrar, sino poder mandar. Con el mando crece el individuo sobre sí mismo y se convierte en el centro de un mundo activo. Hay una manera de mandar que hace de la obediencia un hábito libre, orgulloso y distinguido. Napoleón no poseía esta manera".*

*Spengler*

En octubre de 1831, después de dejar instalado a Prieto en el gobierno, se dirigió Portales a Valparaíso. Antes de partir, en el banquete que se sirvió en el palacio para conmemorar el 18 de

septiembre y celebrar el advenimiento de Prieto a la presidencia, había pronunciado un corto brindis: "Hemos conquistado la independencia — dijo— por la justicia y el valor; brindo porque conservemos, la libertad por la ley y por las virtudes". El día 22, en el banquete en el Parque de la Libertad (ex parral de Gómez) con que se clausuraron las fiestas, el presidente dijo: "Que el genio creador de la milicia cívica sea su jefe nato y tan inseparable del gobierno, como lo será siempre de mi amistad". Portales le contestó: "A la patria, a la libertad, a la ley, al orden público; porque todo prospere en la administración de mi ilustre amigo, el benemérito don Joaquín Prieto, y porque se radique más y más la justa confianza que inspiran a los buenos chile nos las laudables intenciones y la honradez de este jefe".

Regresaba arruinado y al borde de la quiebra. La negociación del estanco, que la maledicencia pública había revestido con los caracteres de un negociado escandaloso, a pesar de la sentencia que ordenaba al fisco reintegrarle ochenta y siete mil doscientos sesenta pesos, había quebrantado seria mente su fortuna. La revolución del 29 le significó un desembolso de catorce mil pesos. Ya antes la campaña de prensa y el pago de escritores, como Chapuis, Mora y otros, le habían obligado a gastos crecidos.

En carta a Bustillos de 8 de noviembre del 31, le dice: "Bastante tiempo han reposado los buenos en mi vigilancia, yo necesito ahora reposar en la de ellos para salvar mi honor comprometido por el estado melancólico en que ha puesto mis negocios el necesario abandono que hice de ellos por más de dos años. Invoco cuanto

merezca respeto para asegurar a Ud. que a nada ambiciono; me acomodaré fácilmente a vivir pobre (y no será lo que más sienta, porque la pobreza me obligaría a llevar la vida que apetezco), pero nunca a vivir debiendo; jamás podría conformarme con la pérdida de mi independencia, de este bien que ha sido para mí siempre el más estimable. Basten estas indicaciones para hacerle sofocar esos deseos de verme, como yo sofoco los míos a tanto buen amigo, cuyas virtudes han endulzado tantas veces mi amargura".

Su oficina comercial, muy desatendida durante su acción revolucionaria y su actuación política y muy mermada en su movimiento por la misma situación del país, debía subvenir al pago de intereses de lo adeudado y a sus gastos personales, pues siempre se negó a recibir sueldos, o los renunció a favor de las instituciones de su predilección. La aleatoria negociación de Copiapó con Garín y la fianza otorgada a Otaegui para el remate de los diezmos de las doctrinas de Melipilla, Maipo, Casablanca y Puchuncaví, completaron su ruina.

Su ansiedad se concretó a salvar su nombre, haciendo frente al pago del valor del remate de los diezmos, que vencía el día 15 de diciembre de 1831, negociación que él conceptuaba pública en cierto sentido: "Quiero pagar, escribe a Newman en noviembre del 31, aunque me quede sin un ochavo, que no debiendo estoy bien, porque no me falta confianza en mis fuerzas para volver a adquirir lo perdido". "¡Que yo pueda conservar calma y no darme un balazo cuando se trata de diezmos y de fianzas! — dice a Garfias en carta del mismo mes—. ¿Sabe .Ud. a cuánto asciende lo que he gastado y

tengo que gastar por Otaegui, después de abonarle el último cuartillo? 62.045 pesos 412 reales principal y como 14.000 pesos de intereses pagados hasta la fecha, y subirán con el tiempo a lo infinito". Creyó poder afrontar los vencimientos del día 15, que en su pintoresco estilo llamó el día del juicio. Con fecha 3 de diciembre, escribió a su agente en Santiago: "Ud. me estará creyendo en estado de ahorcarme. Pues no, señor, estoy fresco, porque he sacado mis cuentas, y aunque a costa de muchos sacrificios, alcanzo pagar a todos. Este es mi único deseo, que por lo que hace a vivir, no faltará la industria. Haya tranquilidad pública y no moriremos pobres, si llegamos a viejos".

Pero sus cálculos le engañaron. Llegó el 15 de diciembre y sus acreedores le encontraron en descubierto. "Aseguro a Ud. — escribió a Garfias con fecha 17— que la nube de piedras que Ud. me anuncia me traspasa el alma. El incansable predicador de la decencia, de la religiosidad en los contratos, de la honradez, etc., está faltando a todo. ¡Qué lindo papel!!!" Antes de recurrir al expediente que le repugnaba, de pedir algunos días de espera a sus acreedores y de tomar dinero prestado, Antonio Garfias, a insinuación de Estanislao Portales, le había escrito hablándole de cobrar al fisco unos seis mil pesos que le adeudaba y que estaban documentados. Con este motivo le contestó Portales: "¿Están locos Estanislao y Ud.? Sólo por sus buenos deseos puede disculparse el paso que intentaban dar. Primero consentiría en perder un brazo o enterrarme en el barro que en consentir que se cobrase un peso al fisco. Desechen Uds. tal idea como tentación del enemigo malo, y



voy a prevenir a Newman para que ni conteste si le escriben sobre el particular".

\* \* \* \*

El 30 de junio de 1832, el doctor José Gaspar Marín presentó un proyecto de ley para que "se restituyese al ciudadano don Bernardo O'Higgins en su empleo de capitán general, del cual fue ilegalmente despojado". Esta moción reflejaba un movimiento o'higginista encaminado al regreso del ex Director Supremo, con la esperanza de que reemplazara a Prieto buenamente en el gobierno, o de que a lo menos substituyera en su ánimo la influencia de Portales. El 16 de julio, Zenteno, que ocupaba la comandancia general de armas, le escribía: "En este estado de cosas, suplico a Ud. que no aguarde un momento más para venirse. Ya todo está salvado. La presencia de Ud. va a ser utilísima a la patria. El amigo que manda (el general Prieto) es algo débil, se halla casi aislado, y lo que es peor, el pasaporte lo ha comprometido con parte de su círculo. Ud. lo fortificará y le dará valimiento; y la república, sin ser despotizada, tendrá- un gobierno firme y respetable, durante el cual se podrá cómodamente llegar al grado de prosperidad a que es llamada".

Portales no odiaba a O'Higgins personalmente. No se habría opuesto a la devolución de su grado militar y de sus sueldos. En cambio, veía en el regreso, que por desgracia era el deseo muy justificado de O'Higgins, el derrumbamiento del nuevo gobierno y el comienzo de otro período de anarquía. Los odios entre carrerinos y o'higginistas eran tan ardientes, estaban aún tan vivos y tenían tan hondas raíces en la alta sociedad chilena que, en el acto mismo de regresar

O'Higgins, Prieto habría perdido la mitad, a lo menos, de la base de opinión en que descansaba su gobierno. Habiendo publicado José Joaquín de Mora en Lima el año 1833, un artículo encomiástico para el ex Director Supremo, provocó una tempestad entre sus compañeros de vicisitudes políticas y de destierro. Carlos Rodríguez, el ex ministro de Pinto, expulsado de Chile por Prieto y por Errázuriz, publicó, en contestación, un escrito del cual merecen reproducirse algunos párrafos: "Que el alevoso O'Higgins — dice en un folleto que intituló "Calumnia refutada"— y sus pérfidos sectarios y confidentes en el delirio de su visionaria esperanza por elevarse y ponerse al abrigo de la execración universal, que tan justa mente se merecen, se prostituya a toda clase de vilezas, no es cosa muy extraña entre todos los facciosos de su temple; pero que tengan la imprudencia de llamarse ellos solos honrados y la de calumniar a la nación chilena «imputándole sus depravados designios, como lo publicó "El Mercurio Peruano" del sábado 6 del corriente, es el abominable y exclusivo efecto de la impunidad de solos estos criminales tan insolentes como incorregibles ..." "En aquellos calamitosos años, dice aludiendo a la administración de O'Higgins, nada fue capaz de contener el vil desenfreno del mandatario de Chile. El asesinato y el robo de las rentas públicas y de la fortuna privada se erigieron en sistema y la desmoralización llegó a su colmo..." "Lo que se llama estanco neto hace tiempo que se ha pronunciado terminantemente y aun desde los principios que no quiere a O'Higgins, ni a o'higginistas, si no le son sometidos abjurando enteramente de sus alevosas atrocidades. El hombre de

más influencia en el día (Portales) sabe muy bien que, aunque cometiese los mayores extravíos, todos desaparecen con el solo mérito de haber contenido aquella horrorosa facción que ya se lisonjaba de asomar su espantosa cabeza". Estos sentimientos eran compartidos por Benavente, por Gandarillas, por Campino y por la mitad a lo menos de la aristocracia gobernante. El cargo formulado a Portales por haber impedido el regreso de O'Higgins, sólo es una muestra de la perturbación mental que engendra el doctrinarismo político. La conducta de la aristocracia castellano-vasca se determinó siempre más por los odios y las antipatías que por la adhesión. Los antiguos carrerinos y los enemigos personales de O'Higgins, se habrían reunido en un solo bloque con los restos dispersos del pipiolismo y con los elementos que, sin ser pipiols propiamente dichos, habían quedado distanciados del gobierno: Freire, Lastra, Pinto, Borgoño, Las Heras, etc. O'Higgins, a raíz misma de la anarquía, tal vez habría logrado gobernar dos o tres años, desterrando a muchos y creando un ejército propio. Prieto, penquista, mirado como advenedizo y sin ningún título, no podía en 1832 sostenerse contra las animosidades santiaguina y anti o'higginista reunidas.

Quedaba el otro camino: convencer a Prieto de que se apartara de O'Higgins; que lo considerara a su regreso como un simple particular. Habría sido peor. Los o'higginistas, irritados, habrían continuado conspirando junto con los enemigos del gobierno, sin que el propio O'Higgins lograra con tenerlos. Prieto, sin partido propio, en un momento en que aún no estaba afianzado el concepto

del gobierno impersonal, quedaba en el aire, a merced del que quisiera empujarlo. Habría perdido el apoyo de los o'higginistas, sin ganar el de los carrerinos. Si éstos toleraban al mandatario, bajo la fianza de Portales y con la garantía suplementaria de la ausencia de O'Higgins, estando éste en el país nadie los habría convencido de la efectividad del distanciamiento. O'Higgins representaba demasiado en Chile para que, en esos años, hubiera podido vivir como particular; para esto, era menester aguardar los días de la administración Bulnes. La suspicacia habría podido más que la razón.

Obligado Portales a optar entre el sacrificio de un pueblo y el de un hombre, no vaciló.

El mensaje se encarpetó en el Congreso para no herir a los o'higginistas con un rechazo abierto; y Prieto envió a O'Higgins pasaportes acompañados de una carta, en la cual le decía: "que no estaba en su poder el reponerlo en su título y honores, y le rogaba venirse a Chile, donde sería bien recibido y tendría la mejor oportunidad de solicitar por sí mismo ante la nación el restablecimiento de su grado militar, honores, etc., pues de otro modo cualquiera gestión de amigo en su favor no podría tener el feliz y acertado éxito que es de esperar, y quizás sería aventurar éste si cualquier diligencia se practicase con espíritu imprudente y exaltado".

La carta estaba calculada para que el ex Director desistiera de su viaje. Fue este un paso muy duro para Prieto y un nuevo motivo de amargura para O'Higgins.

Para terminar el arreglo de algunos negocios, necesitó Portales venir a Santiago. Con este motivo escribió a Garfias con fecha 19 de diciembre de 1831: "Me veo en la necesidad de ir a Santiago (muy reservado) pero de ningún modo iré, sino muy oculto, y esto para dejarme ver de aquellas personas a quienes necesito y que me guarden el secreto. Oiga Ud. las razones que tengo para ello: 1.º Si me hago visible, me obligan a tirarme un tiro los acreedores de Otaegui; 2.º Por Ortúzar, Newman y otros varios, sé que Santiago se ha declarado en murmuración permanente del gobierno, y no dude Ud. que se aumentaría con mi presencia a tal punto que, sin quererlo, yo me vería metido en algún chisme desagradable; 3.º Todo el mundo querría venirse a desahogar conmigo, comprometiéndome en conversaciones de que más conviene huir; 4.º Todos los pretendientes querrían jo... con empeños; y, en fin, después de hacer más desesperante mi situación, no me dejarían tiempo para nada; a menos que no se quiera que esté con un palo levantado en la mano para descargarlo sobre todo el que hable más que la salutación. Necesitaría mucho tiempo para responder sólo a las preguntas de "cómo le ha ido en el puerto, cómo llegó, cuándo se vuelve"; y estoy cierto que no faltaría jamás el estribillo de "usted no debe volverse y debe estar cerca del gobierno", etc. Mi comodidad, mi conveniencia, el llenar los objetos de mi viaje, y todo, exige que vaya oculto y el modo de evitar el único inconveniente que hay para ello, que es el de excitar los celos o desconfianzas de don Joaquín, es el que usted le diga francamente las razones que tengo para ello, excepto aquéllas que puedan incomodarle, como la de la

murmuración, y hacerle la confianza de que voy por cuatro días oculto y a verme sólo con los padres de San Agustín, el ministro de hacienda, y aquellas personas de quienes puedo sacar algunos recursos para pagar mis créditos y otras con quienes tengo que arreglar algunas cuentecillas y tal vez no con estos últimos".

En septiembre de 1832 realizó Portales un segundo viaje a Santiago, motivado por una enfermedad a la vejiga. En él se produjo la aproximación con Vidaurre que debía terminar con la tragedia del Barón. Alemparte, amigo común de los dos, los invitó a comer juntos; y Vidaurre, cuya situación era difícil a causa de su distanciamiento con Bulnes, comenzó desde ese momento a cultivar las buenas gracias de Portales, que se convirtió en apoyo para su carrera y en defensa contra la ojeriza del alto comando.

Tanta era ya la desconfianza que inspiraba la deslealtad tradicional de Vidaurre y su carácter díscolo y turbulento que los adictos a Prieto, al advertir su intimidad con Portales, dieron por segura una nueva revolución encaminada a colocar a éste en lugar de aquél. El comandante Claro, sobrino del presidente, escribió a Rodríguez Aldea para que lo pusiera en conocimiento de Prieto: "No hay que alucinarse, mi amigo, con una confianza indiscreta. Sigamos al público que tanto cacarea que Portales viene a sentarse en la silla".

\* \* \* \*

Su giro en Valparaíso estaba limitado a la goleta "Independencia", que hacía viajes entre Copiapó y ese puerto, a las consignaciones que se le remitían desde el Perú, especialmente de tabaco, y a la liquidación de la fianza otorgada a Otaegui. "La Independencia",

escribe en marzo del 32, entró el sábado y hago lo posible por que salga este otro sábado: todo se facilita cuando hay contracción a los negocios. Este buque que durante mi permanencia en la maldita política, casi no se movía del puerto, lo ve Ud. que desde que estoy aquí no se ha parado ni parará".

Su hermano político, José Ignacio Eyzaguirre, factor del estanco, gastó con él en cuanto comerciante el fiscalismo riguroso que había implantado como ministro. Se originó con este motivo un incidente que refleja el espíritu del nuevo régimen. Un español de apellido Mayo, antiguo subalterno de Rodil en el Callao, y a la sazón empleado del estanco, tal vez herido por malos tratos de Portales, se ensañó con el comerciante, creándole todo género de dificultades. Pidió aquél que se le sometiera a otro empleado; y como no lo consiguiera, escribió: "La más pequeña desigualdad de conducta (la de Mayo) que le notare en lo sucesivo, como lo he notado en lo pasado, respecto de los dueños del tabaco, sería difícil que me abstudiese de darle de garrotazos, con mengua de mi reputación y quebranto de sus pobres huesos". Proyectó establecer una fundición de metales, primero en Concón y después en Lagunillas. Pero tropezó con obstáculos que le opusieron diversas reparticiones públicas sobre la habilitación de las caletas. Obligado a recurrir al congreso, escribió a Garfias: "Hable con Bustillos y otros amigos diputados, impóngales bien del negocio, de lo sencillo, justo y racional que es, por más que quiera dársele aparatos de importancia; prevéngales que es la única solicitud mía que se

encontrará en el gobierno, y que no quiero que se acceda a ella si tuviese un ápice de avanzada, o de perjudicial al país".

Ya ha cambiado mucho la psicología del comerciante. La cosa pública ha captado sus energías. Los fracasos limitaron sus esperanzas y quebrantaron su optimismo. Ahora sólo aspira a pagar a sus acreedores y a reunir un modesto caudal para asegurar su independencia. En 26 de enero de 1832, dice a Garfias: "Así iremos saliendo de las más afligentes (deudas) hasta que nos veamos sin deber a nadie; cuando llegue este día, me voy con dos mil pesos, si me sobran, a Santiago, y no vuelvo a ponerme a trabajar hasta que no haya gastado el último peso en filarmónica y en cuanto pueda contribuir a hacerme olvidar cuanto he padecido por diversos respectos desde 1829 hasta el día de mi cancelación general". Y el 22 de marzo: "Le recomiendo nuevamente, aunque debía excusarlo, el asunto del ingenio: este negocio forma en la mayor parte mis esperanzas de reparar mis pérdidas y de proporcionarme los medios de irme a pasar tranquilamente a Santiago los últimos días de mi vida con mis amigos".

\* \* \* \*

El presidente Prieto carecía de experiencia política. Sus dotes naturales, que se completaban con las de Portales, privadas del apoyo de éste, se encontraron pronto agobiadas por una carga superior a sus fuerzas. Sensato, prudente y no destituido de sagacidad, carecía del carácter, de la clarividencia y de la valentía moral que exige la gestión política y administrativa de un país desquiciado. El reemplazante de Portales, Ramón Errázuriz,



miembro de una familia que demostró más tarde cierto eugenismo en el terreno político, venía del comercio; y como el presidente, carecía también de experiencia política. Le faltaban la seguridad y la confianza en sí mismo necesarias para imponerse a la opinión y dirigirla en momentos como él en que le cupo gobernar: y, por otro lado, tenía demasiado amor propio para dejarse dirigir.

La creación política de Portales aún no había tomado el vigoroso desarrollo que cobró a partir de su asesinato. Su influencia era todavía la que emanaba de la sugestión personal y estaba limitada a un círculo relativamente estrecho. Prieto tampoco tenía el ambiente que se conquistó hacia el final de su administración, cuando el asesinato de Pórtale; reavivó el terror a la anarquía.

Portales advirtió los peligros que amenazaban su construcción; pero se encontró frente a una situación casi sin salida. De un lado, su vehemencia, su irritación ante la tibieza y la incapacidad, exasperada por la enérgica presión que sobre él ejercía su círculo. Por el otro, su propósito de no romper con Prieto, de no socavar su propia obra. Procuró primero calmar el descontento. En carta a Garfias de 9 de noviembre, al imponerse de los deseos de renunciar manifestados por Rengifo, descontento de la marcha del gobierno, le dice: "C... ¿Cómo se atreve el ministro a proferir ni de broma su salida del ministerio? Que coj... será Prieto si no le pone una buena cadena y lo amarra contra la mesa del cuartito en que despacha. Si tengo tiempo y me lo permiten mis apurados lomos, le escribiré hoy". Esta actitud no fue, sin embargo, suficiente para impedir los resultados de las intrigas políticas que se desarrollaban en torno de

Prieto. Aludiendo a ellas escribe a Garfias el día 30 de noviembre: "Por las de usted de 28 y 29, que tengo a la vista, quedo instruido de algunos pormenores, que no exigen contestación. Sólo haré alto en la conferencia que usted me indica haber tenido con don Joaquín y que fue algo acalorada: esta indicación unida a la siguiente que hace nuestro corresponsal "y por esto tuvo su entretenimiento Garfias con el presidente en que hubo cosas que no pueden confiarse al papel" —agregando también aquellas de usted: "quisiera escribirle lo ocurrido en esta conferencia; pero lo reservo para nuestras vistas, porque es mejor para hablado que para escrito", todo, pues, me hace creer que como lo he esperado siempre, habrán comenzado a obrar los chismes".

"Si es así el hombre va a llevar una marcha que lo precipitará en un abismo, y lo que es peor, que nos precipita a todos. Recuerde usted que constantemente he aconsejado a los amigos que lo lleven por bien, y es necesario que se le sometan, como la sumisión no llegue hasta un punto en que toque a degradación; porque si se le ponen muy tirantes, si quieren ser siempre optimistas, no estaría muy lejos de buscar su apoyo en cimientos carcomidos que destruyesen el edificio, aplastándolos a ellos, quienes nunca estarán .de buena fe, y a nosotros que nos harían tortilla. Para evitar este mal a viva fuerza, serían necesarios otros mayores que estremecen, y que ningún buen chileno puede ni debe desear: es preciso, pues, empeñarse en prevenir y no en preparar los males: mucha prudencia acompañada con aquella dosis de dignidad y firmeza que nunca puede faltar al hombre de bien".

Poco a poco, el mismo Portales se convenció de que Prieto y Errázuriz solos no podían afrontar el gobierno en los difíciles momentos en que les cupo actuar, y concibió el proyecto de substituir al último por un hombre de más instinto político. Su actitud cambió completamente, y en lugar de empeñarse con los suyos en que continuaran prestándole apoyo, empezó a estimular el cambio de ministro. El 30 de diciembre escribió a Garfias: "Si el ministro le pregunta sobre Morote, dígame que mi contestación fue decirle a Ud. que es un santo y que podrían traerlo, porque para ello había la poderosa razón de pedirlo su mujer, y que podrían traer también a tanto infeliz, que, como Bilbao, habían de tener ganas de ver a su país natal, y reunirse a sus amigos para tratar de mejorar su suerte a costa de nuestros pescuezos, lo que no veo muy distante y para donde caminamos, a Dios gracias". El 14 de enero de 1832, le dice: "Quedo muy persuadido de la buena disposición del señor presidente para hacer cuanto yo le aconseje y a él le agrade".

Portales había despedido a Pradel del empleo que tenía en el ministerio, y Prieto lo designó secretario de la intendencia de Santiago. Con este motivo aquél escribió a Garfias el 25 de febrero: "Aunque no estoy instruido de pormenores que ocurren en ésa, pero por lo que veo por encima de la ropa, todo cuanto se lamenta en Santiago viene o tiene su origen en la indecisión del presidente y en la falta de un carácter pronunciado. Dice y conoce, v. gr., que no puede marchar con tal ministerio, ¿ y por qué no lo cambia ? Porque es preciso que venga Portales a mover el cambio y que se le atribuya a él para que cargue con los enemigos; pero no se adelantaría más

que salir a mi costa de un mal paso: se curaría la enfermedad, o diré mejor, se aplazaría por el momento, ¿y qué se avanza?

"Quieren Uds. que vaya a Santiago, ¿a qué? ¿Cuáles son los asuntos graves que hay que consultar conmigo y que no puedan ser consultados con Uds.? ¿Cuáles los males que hay que remediar, y de qué modo puedo yo conseguirlo? Si con el consejo, bueno o malo, ¿no podría darlo desde aquí? A más de que el gobierno tiene en su seno un hombre con quien puede consultar en todos los negocios en que desee saber mi opinión, porque, casi siempre, hemos andado acordes (el ministro de hacienda Manuel Rengifo). Si no hay necesidad de presentarme en ésa a lucir lo letrado, me nos lo hay de lucir lo guerrero, porque no diviso el enemigo que se presenta a combatir, a menos que éste sea algún molino de viento, alguna manada de ovejas. Cuatro bribones despreciables son los que se empeñan en inquietar el cotarro: ¿hay más que darles un grito? ¿se pretende que yo sea el gritón?

No ha podido retraerme de la resolución de permanecer en Valparaíso ni el punctetón de don Joaquín Tocornal, de que mis amigos se ofenderán de mi resistencia. Ellos son justos y racionales, no pueden ofenderse de que rehúse un sacrificio estéril, cuando saben que estoy dispuesto a hacer cualquiera (como no sea el de mandar) cuando la necesidad lo exija. Señálenme una cosa, un bien que yo pueda hacer y que no lo pueda el gobierno y me verán volar a cualquiera costa a prestar tal servicio, siempre que no pueda hacerlo desde aquí".

El 13 de marzo de 1832 vuelve a escribir a Garfias: "Con un maldita sea mi suerte debían principiar y concluir todas mis cartas...Una de las dos cartas que dije a Ud. me han hecho brincar hoy, rae noticia un suceso doméstico que me llama urgentemente a Santiago; vea Ud. si será desgraciada y triste mi posición, y lo que es más, tan sin culpa mía; si voy y me presento en público, ¿qué se me espera? quejas, ruegos, lamentaciones, que, o me obligan a incomodarme sin fruto tomando parte en los negocios públicos, o resistiendo a todo con constancia, me hago culpable de una prescindencia, que unos llamarán afectada y otros criminal, porque no conociendo a don Joaquín y creyendo que está en mis manos poner remedio a los males que lamentan, no me han de disculpar un ápice, ni yo para justificarme he de hacer a todos la definición del presidente; por otra parte, los amigos que me han llamado y a quienes me he negado, ¿qué dirán cuando me aparezca en ésa? Si voy oculto, no bien he llegado a Santiago cuando se sabe que estoy ahí, porque es imposible ocultar mi ausencia de aquí, y en este caso ese hombre incapaz de conocer y distinguir a los hombres, ni a las cosas, empieza a sospechar con toda la desconfianza del bestia que voy a enredarle la madeja, más de lo que él mismo la está enredando con sus p... y si no voy, me expongo, o, diré mejor, me es imposible cortar un mal que, si se trasluce en el público, va a ofender directamente mi reputación y habrá un motivo muy justo en la apariencia, para que me rajen mis enemigos".

"¿Habrá situación más infame? Que siendo yo el hombre más libre, tengo que ser el más esclavo y el más sometido a miramientos por

los temores de que un salvaje c..., haga un mal al país por miserables sospechas y por chismes que sólo pueden tener entrada en su cabeza. Cualquiera otro con cuatro ideas echaría la vista a todas partes y se convencería por los sucesos y por la experiencia que soy el hombre menos temible, porque mis inseparables deseos de orden, mi genial inclinación al bien público, mi absoluta falta de aspiración ni a la gloria, ni al brillo, ni al empleo de ninguna clase, no pueden infundir recelo alguno: soy un mentecato en el entusiasmo por una decente consecuencia y por concordancia de mis palabras con mis obras. He asegurado mil veces que no mandaré al país, ¿y podrá temerse una monstruosa contradicción de mi parte? ¿No se deja conocer que no me hago la más pequeña violencia para aborrecer el mando; que esto es el resultado de una racional meditación y de una experiencia bien aprovechada? Creo difícil que cualquiera otro en mis circunstancias no hubiese encontrado el remedio en una bala que pusiese fin a tanta porquería, a tanta miseria y a tanta injusticia".

Gandarillas, Elizalde, Garfias, Bustillos y los demás miembros del círculo comenzaron el ataque al ministro Errázuriz con la publicación de "El Hurón". Con este motivo, escribió Portales a Garfias una carta en la cual esboza su concepto de lo que debe ser la oposición: "Usted me ha dicho en una de sus anteriores que el ministro se había opuesto a la subscripción del periódico; ¿habría asunto más lindo para un artículo de importancia y para un ataque victorioso? ¿Qué diría el ministro cuando se le interrogase que si quería marchar sin oposición cualquiera que fuese su marcha?

Cuando se le dijese que se trataba de hacer una oposición decente, moderada y con los santos fines: primero, de encaminarle a obrar en el sentido de la opinión; segundo, el de comenzar a establecer en el país un sistema de oposición que no sea tumultuario, indecente, anárquico, injurioso, degradante al país y al gobierno, etc., etc.; que lo que se desea es la continuidad del gobierno, y que para conseguirla no hay mejor medio que los cambios de ministerio cuando los ministros no gozan de la aceptación pública por sus errores, por su falsa política o por otros motivos; que la oposición cesa cuando sucede el cambio, y, en fin, que queremos aproximarnos a la Inglaterra en cuanto sea posible en el modo de hacer la oposición".

El 14 de marzo de 1832, con motivo de la incapacidad del gobierno para solucionar las dificultades que habían surgido entre el obispo y los canónigos, escribe: "Es tan natural y tan propio el decreto para que el obispo y los canónigos se avengan y sometan su cuestión a un compromiso, como la citación de un número de personas para verles la cara sin decirles siquiera que éste era el objeto del llamado. Paciencia y mucha calma. Del mal el menos, dejemos que viva la gallina y viva con su pepita: echemos la vista a los tiempos anteriores, y nos consolaremos al ver que estamos mejor que en el de Pinto; echémosle a nuestros vecinos cincuenta grados sobre ellos; convenzámonos de que el palo no da más y de que necesitamos que pasen treinta años a lo menos para hallar los hombres útiles".

Errázuriz renunció cuarenta días después de aparecer "El Hurón", en abril de 1832; y este incidente alejó de Portales a la poderosa familia Errázuriz, la cual formó una fracción política independiente, que Tocornal denominó "Los litros", aludiendo a la sombra de este árbol. El 10 de mayo escribía con este motivo Portales: "El enojo de los litros, me hace creer que el chillanejo (Rodríguez Aldea) se ha salido con la suya de indisponerlos conmigo, y por la noticia de Zañartu que Ud. me comunica, creo que se saldrá también con hacerlos o'higginistas. Ahora recuerdo aquella cosa que dijo Ud. a Carvallo (don Manuel) de que estaba en noticias del presidente y éste no distaba de dar asenso a una revolución que intentaba contra él: sin duda, esta intención fue de ellos, que conociendo el flaco de Prieto intentaron punzarlo y ponerlo de mala quizás conmigo. Por varias" procedencias y conversaciones del presidente, sospecho que han logrado hacerle creer en brujos. En desvanecer estas simplezas es en lo que debe Ud. empeñarse, hablando con el ministro de hacienda; pero como que sale de Ud.... Es muy temible que así prevenido Prieto, y por ridículos temores (propios sólo del que sea enteramente incapaz de conocer a los hombres), empiece a poner los destinos en manos de bribones, mirándolos por el lado de que son enemigos míos, y que, en fin, toda su marcha sea poniéndose por delante el exclusivo objeto de asegurarse contra mis revoluciones, maquinaciones, intrigas y cuanto le hagan creer. Aquí está el mal grave, el que he temido siempre y el que nos perdería sin remedio". El presidente pensó en reemplazar al ministro Errázuriz por Francisco de Borja Irarrázaval, hacendado de Coquimbo, sin



ninguna preparación política ni otros títulos que su apellido. Portales escribió a Garfias expresándole su opinión sobre el candidato: "No será mal disparate — le dice— si se realiza el nombramiento de ministro en la persona que Ud. me indica. El caso es no errar desatino: ¿Sabe Ud., señor don Antonio, a lo que me parece el orden y la tranquilidad pública en Chile? A una fuerte estatua robustamente apoyada en sí misma, pero que el gobierno, con un hacha en la mano está empeñado en darle por los pies para derribarla: veo que los hachazos le hacen poca mella, pero que, al cabo, han de ser tantos y tan fieros los golpes que se ha de salir con la suya. Si el Gobierno se resuelve a tal nombramiento, predigo desde ahora nuestra ruina. Hará ocho o diez días he visto unas cartas cuyo contenido, unido a varios antecedentes, me ha hecho sospechar que O'Higgins y sus paniaguados tienden lazos a Prieto, que el hombre no conoce: el ministro de hacienda ha visto las mismas cartas, pero acaso por no estar en los antecedentes que yo, no se ha fijado en el misterio. ¡Qué hombre tan a propósito es el Irarrázaval para tales circunstancias...! No hablaré ni usted hable palabra que aprueben ni reprueben este nombramiento; dejemos que el mundo marche y conformémonos con la suerte que nos esté deparada: no deja de ser exasperante el que después de estar tan asegurados, vengamos porque se quiere y nada más que porque se quiere, a parar en una horca; pero así lo querrá el destino".

\* \* \* \*

El presidente abandonó motu proprio la idea de hacer venir desde Coquimbo al señor Irarrázaval, y continuó hesitando sobre el

sucesor de Errázuriz, hasta que se inclinó por Joaquín Tocornal. Pendiente las gestiones, el ministro Rengifo había escrito a Portales: "Ud. aprueba el sujeto que le indico (Tocornal) para subrogar a Errázuriz, pero no hay todavía seguridad de que efectivamente lo reemplace. Yo desde el principio, dije al presidente que consultase por separado la opinión de los amigos del orden, de los hombres de influencia y amantes del bien público, sobre un paso de tanta importancia, y según sé, varios han decidido que el nombramiento debe hacerse en Ud. o en Gandarillas, dictamen que he combatido con todas mis fuerzas, pues considero que, además de ser impolítico respecto a usted el tal consejo, su adopción consumaría la ruina de -ambos, en el caso de echarles esta píldora. Parece que mis reflexiones han sido atendidas y sólo resta hablar al hombre que pueda corresponder a las esperanzas que en él vinculan todos. He aquí las objeciones que se ponen a Tocornal: 1." el ser un secuaz entusiasta del estado eclesiástico, cuya cualidad lo hace peligroso; pues queda expuesto el país a retrogradar por poco que favorezca las pretensiones del otro estado; 2° el haberse pronunciado decididamente en la cuestión entre el obispo y los canónigos, lo que en cierto modo no le deja una decente libertad para terminarla; 3." que se le mira con prevención por los Errázuriz, cuya caída creen ellos ha promovido, y dárselos por sucesor sería aumentar la humillación y resentimiento de éstos y hacerlos enemigos, cuando ahora los tenemos todavía por amigos y pueden prestar algunos servicios a la causa pública; 4.° que su deferencia a las opiniones de su hermano don Gabriel servirá de grande obstáculo a las reformas

que necesita nuestro sistema judicial, por el espíritu rutinero y perezoso del mentor, que anatemia todo lo que suena a innovación. Esto es lo más substancial que se le objeta; pero a pesar de que en algo les hallo razón a los censores, yo siempre persisto en que debe preferirse a los otros que tienen más notas y presentan mejores garantías para el acierto".

Portales pensaba en Tocornal para la sucesión de Errázuriz. Había escrito a Garfias: "Si, como usted presume, el ministro del interior entrega los sellos, sé que el presidente piensa en que le suceda don Joaquín Tocornal, noticia que han de celebrar con repiques y Te Deum los señores canónigos de Santiago. Si el hombre anda con excusas, deben Uds. escupirlo, y que vaya a su chacra a dar ejercicio, sin que le sea permitido volver a presentarse en la capital. El hombre va a inspirar mucha confianza a todos, y el gobierno ganará, sin duda, el afecto que le iban retirando".

Con fecha 12 de julio de 1832, dos meses después de asumir el ministerio, Tocornal le escribió a Diego Portales: "Mi amigo: Cuando me resolví a aceptar el ministerio, a que no me consideraba con vocación, porque conozco que mis aptitudes son insuficientes para llenar sus funciones, creí verdaderamente que mis amigos, para quienes hacía aquel sacrificio, fuesen los primeros en auxiliarme, ayudándome con sus consejos y advertencias, y entre ellos ocupaba usted el primer lugar. Pero los resultados no han correspondido a mis esperanzas, pues que han corrido dos meses sin que por su parte se me haya indicado lo más leve. Si usted me contesta que sí he necesitado saber algo de usted por qué no le he preguntado, yo

desde ahora le responderé que poco o nada se ha hecho, y que lo que quiero es que se me ilustre de lo que debe o convenga hacerse..." Dos días después, Portales le contestaba: "La misma insuficiencia que le hizo trepidar en la aceptación del ministerio que desempeña, es la que debería servirme de excusa para contestar como Ud. quiere su estimada carta fecha 12. ¿Qué consejos, qué advertencias mías podrán ayudar a su acierto? ¿Qué podré hacer cuando me falta la capacidad, el tiempo, y, tal vez, la voluntad de hacer? Ud. no puede formarse idea del odio que tengo a los negocios públicos, y de la incomodidad que me causa el oír sólo hablar de ellos; sea este el efecto del cansancio o del egoísmo que no puede separarse del hombre, séalo de mis rarezas con que temo caer en el ridículo, porque éste debe ser el resultado de la singularidad con que suelo ver las cosas; en fin, séalo de lo que fuere, lo cierto es que existe esa aversión de que yo me felicito y de que otros forman crítica. En este estado y no siendo, por desgracia, de los que más saben vencerse, ¿qué debe Ud. esperar de mí en la línea de advertencias, aun cuando quiera suponerme con la capacidad de hacerlas? Convengamos, pues, desde ahora, en que Ud. sólo puede contar conmigo para todo lo que sea en su servicio personal."

Sin embargo, no concluiré esta carta sin decirle con la franqueza que acostumbro, que mi opinión es: que Ud., sin hacer nada en el ministerio, hace más que cualquiera otro que pretendiera hacer mucho.

"Todos confían en que Ud. no hará mal ni permitirá que se haga: a esto están limitadas las aspiraciones de los hombres de juicio y que

piensan. Por otra parte, el bien no se hace sólo tirando decretos y causando innovaciones que las más de las veces, no producen efectos o los surten perniciosos. A cada paso hará Ud. bien en su destino, que Ud., mismo no conoce, y que todos juntos vendrán a formar una masa de bienes que el tiempo hará perceptibles; en cada resolución, en cada consejo, etc., dará Ud. un buen ejemplo de justificación, de imparcialidad, de orden, de respeto a la ley, etc., etc., que insensiblemente irá fijando una marcha conocida en el gobierno; y así vendrá a ganarse el acabar de poner en derrota a la impavidez con que en otro tiempo se hacía alarde del vicio, se consagraban los crímenes, y ellos servían de recomendación para el gobierno, minando así por los cimientos la moral pública, y rompiendo todos los vínculos que sostienen a los hombres reunidos. Además, con sólo permanecer Ud. en el gobierno, le granjea amigos y le conserva un prestigio que notoriamente iba perdiendo. Todos ahora están contentos, mientras hace dos meses se había generalizado un afligente disgusto. ¿Es poco hacer?

"Yo creo que estamos en el caso de huir de reformas parciales que compliquen más el laberinto de nuestra máquina, y que el pensar en una organización formal, general y radical, no es obra de nuestros tiempos. Suponiendo que para ella no se encontrase un inconveniente en el carácter conciliador del gobernante, demanda un trabajo que no puede ser de un hombre solo, y para el que no diviso los apoyos con que pueda contarse. En primer lugar, se necesitaría la reunión continua de unas buenas cámaras por el espacio de tres años a lo menos; el congreso nada hará de provecho

y substancia por lo angustiado de los períodos de sus reuniones. Se necesitan hombres laboriosos que no se encuentran, y cuyas opiniones fueran uniformadas por el entusiasmo del bien público, y por un desprendimiento mayor aún que el que se ha manifestado en las presentes cámaras, las mejores sin duda que hemos tenido. Los desaciertos y ridiculeces de Bolivia lucen porque son disparates organizados, pues han marchado con plan, y los funcionarios públicos han trabajado con un tesón que se opone a la flojedad de los chilenos y a esa falta de contracción aun a nuestros propios "negocios particulares. Es por estos motivos y otros infinitos, que omito por no ser de una carta, poco menos que imposible el trabajar con éxito en una organización cual se necesita en un país donde todo está por hacerse, en donde se ignoran las mismas leyes que nos rigen, y en donde es difícil saberlas, porque es difícil poseer una legislación y entresacar las leyes útiles de entre los montones de derogadas, inconducentes, obscuras, etc., etc. Podrá decirse que al menos el gobierno puede dedicar sus tareas a la reforma de un ramo; pero debe responderse que estando tan entrelazados todos los de la administración, no es posible organizar uno sin que sea organizado otro o lo sean todos al mismo tiempo.

"El orden social se mantiene en Chile por el peso de la noche y porque no tenemos hombres sutiles, hábiles y cosquillosos: la tendencia casi general de la masa al reposo es la garantía de la tranquilidad pública. Si ella faltase, nos encontraríamos a oscuras y sin poder contener a los díscolos más que con medidas dictadas por la razón, o que la experiencia ha enseñado a ser útiles; pero,

entretanto, ni en esta línea ni en ninguna otra encontramos funcionarios que sepan ni puedan expedirse, porque ignoran sus atribuciones. Si hoy pregunta Ud. al intendente más avisado, cuáles son las suyas, le responderá que cumplir y hacer cumplir las órdenes del gobierno y ejercer la subinspección de las guardias cívicas en su respectiva provincia. El país está en un estado de barbarie que hasta los intendentes creen que toda legislación está con tenida en la ley fundamental y por esto se creen sin más atribuciones que las que leen mal explicadas en la constitución, Para casi todos ellos, no existe el código de 'intendentes, lo juzgan derogado por el código constitucional, y el que así no lo cree, ignora la parte que, tanto en el de intendentes como en su adición, se ha puesto fuera de las facultades de estos funcionarios por habérselas apropiado el gobierno general.

"En el tiempo de mi ministerio (como dice don J. M. Infante), procuré mantener con mana en este error a los intendentes porque vi el asombroso abuso que iban a hacer de sus facultades si las conocían; pero ya juzgo pasado el tiempo de tal conducta, y al fin lo que más urge, es organizar las provincias, que así se organiza al menos en lo más preciso.

"Yo opinaría, pues, porque Ud. trabajase en presentar a las cámaras un proyecto de código o reglamento orgánico con el título que quiera darle, en que se detallasen las obligaciones y facultades de los intendentes, cabildos, jueces de letras, y de todo cuanto empleado provincial y municipal existe en la provincia, en el departamento y en el distrito; pero para esto encuentro también el inconveniente de

que no pueda emprenderse ningún trabajo de esta clase sin tener a la vista la reforma de la constitución, con que debe guardar consonancia todo reglamento, toda ley y toda resolución. De manera que sólo podría irse trabajando con el ánimo de hacer en el trabajo las alteraciones que exigiese la constitución reformada, y a sabiendas de que las tales alteraciones serían de poco momento, porque, sobre poco más o menos, se saben los términos en que vendrá a sancionarse la reforma.

"Sí por alguna de las razones que dejo apuntadas, no será fácil ni tal vez conveniente hacer innovaciones substanciales en la administración de justicia, vele Ud. incesantemente porque ella sea menos mala, corrigiendo los abusos que tienen su origen en los jueces más que en la legislación, y así hará servicios más importantes en su destino que todos los que han hecho sus predecesores".

\* \* \* \*

Portales se fue a Valparaíso persiguiendo el doble propósito de rehacer su fortuna y de alejarse del ejercicio del gobierno; pero con la resolución de volver a Santiago cuando la situación pecuniaria se lo permitiera y el asentamiento paulatino del nuevo gobierno le diera carácter propio e independiente de su persona.

A principios de 1832, cambió súbitamente la resolución 298 FRANCISCO A. ENCINA y resolvió quedarse a firme en Valparaíso. "Hace bastantes días —escribe a Garfias el 4 de marzo de 1832— hice mi firme resolución de fijarme como una estaca en Valparaíso. Al efecto, arrendé a Cea la quinta en que vivo. Entre paréntesis,



debe Ud. suponer o inferir cuanto me habrá costado hacer esta resolución: todo cuanto hay de caro y agradable en Santiago se me ponía por delante: mis amigos, amigas, Alameda de la cañada, la facilidad de tener buenos caballos, en fin, todo, todo se me representaba con los más vivos colores al lado del cuadro triste que presenta Valparaíso, en que se carece de todo, especialmente de los objetos que pudieran satisfacer mi única pasión vehemente, que ¡ay de mí! desaparecerá a la vuelta de muy poco tiempo. ¿Y este poco tiempo que pudiera aprovecharse en Santiago lo he de perder en Valparaíso? He aquí la reflexión que me detenía más para decidirme; pero triunfó al fin la razón que me aconseja la separación de Santiago, cuyo sacrificio es el fruto que por precisión tengo que recoger de mis mediocres servicios al país. La desgracia ha venido a colocarme en esta dura posición: yo podría ganar mi vida en Santiago, podría gozar los placeres con que brinda una población grande, y en que se encuentran todas mis relaciones; pero no podría gozarlos con tranquilidad, porque estaría en continua guerra para no tomar parte en las cosas públicas; y al fin, quién sabe si insensiblemente me metía, para sacar desazones e incomodidades sin fruto, lo que se evita estando aquí, porque con contestar a cada llamado un no quiero ir, salgo del paso; este desahogo es sólo para usted y se cerró el paréntesis".

\* \* \* \*

Cavareda fue designado ministro de la guerra en reemplazo de Portales, cuya renuncia se había visto obligado el gobierno a aceptar, y la gobernación militar de Valparaíso, que aquél ocupaba,

quedó vacante. El gobierno hizo a Portales las consultas sobre la provisión del cargo en una forma estudiada para que objetara los distintos candidatos que se le insinuaron; y tomando pie de sus objeciones, le obligó a aceptar el puesto. Comenzó a desempeñarlo el 4 de diciembre de 1832.

El gobernador fue una repetición de lo que había sido el ministro. Resumiendo su labor en este puerto, dice Vicuña Mackenna: "Portales dejaba en Valparaíso una huella profunda, como por donde quiera que se posaba su mente creadora, su incansable laboriosidad y su mano firme y organizadora.. Todas las instituciones locales que han convertido este gran pueblo en el emporio del Pacífico tienen su germen en aquellos diez meses de la administración del ex dictador de la capital, que era sólo un teniente coronel y gobernador de plaza en Valparaíso. Los almacenes francos, la escuela náutica, la protección al comercio nacional con sus intereses y sus industriales, ante quienes Portales, más de una vez, humilló la soberbia de los extranjeros, el arreglo de la marina de guerra, que en verdad no constaba entonces sino de un solo bergantín, pero que él ensanchó más tarde hasta formar una poderosa escuadra, el establecimiento de la policía urbana, la administración local, la aduana, el cabotaje, la moralización de las clases inferiores del pueblo por la severidad de sus castigos, y el enrolamiento en la guardia cívica, la transformación misma de aquella plaza militar en una poderosa provincia, en lo que tuvo que luchar con la estrechez de miras del doctor Egaña (que se oponía a aquella medida porque iba a arrebatar en gran manera su influjo

centralista a la capital), y, por último, hasta la apertura del excelente camino carril que liga aquella población con su suburbio agrícola y fértil de Quillota. y por el que él debía encaminarse al calvario de su inmólación, con grillos en los pies; todo esto, y muchos otros arreglos locales de detalle, comenzaron a surgir entonces, alcanzando con su posterior desarrollo beneficios tan positivos a la nación. En verdad, suprimid ahora a Valparaíso y quedará suprimida la mitad de la república".

\* \* \* \*

Desde la caída de Errázuriz, las relaciones entre Portales y el gobierno tomaron un giro curioso. Aquél se forma el propósito de no intervenir en nada fuera de su gobernación. Con fecha 4 de febrero escribe a Garfias: "Yo desearía que algún escritor se encargara de decir y declarar ante todo el mundo que no tengo la menor parte en la administración de don Joaquín Prieto; haga Ud. por donde así suceda". Y el día 9 del mismo mes: "Insisto e insistiré siempre, movido por las causas más nobles en que se me haga aparecer sin intervención en las resoluciones del gobierno y como puro ejecutor de ellas (pues en la realidad no hay otra cosa), durante el tiempo de mi virreinato: condescienda, pues, con mi súplica".

Sin embargo, no se desinteresa por un momento de la marcha general de los acontecimientos. Opina, aconseja, sugiere, y de cuando en cuando, amonesta. A veces son los ministros los que toman la iniciativa; mas, frecuentemente es él. Procura que su opinión llegue al gobierno en forma indirecta, perdiendo en el camino la paternidad o el origen de la sugestión o del consejo.

Véanse algunas muestras que reflejan la naturaleza de esa injerencia:

"Abril 30. —Confidencial. —Nada tengo reservado para el ministro de hacienda; pero, como noto que es lo mismo decirle que no decirle las cosas, porque la marcha sigue, y según las apariencias, parece que él se acomoda a ella, he resuelto no tocar nada con él acerca del gobierno. ¡A qué diablos matarse sin fruto!; hoy, por ejemplo, he visto que con fecha 24 de éste, el gobierno ha creado una compañía de caballería veterana con la denominación de carabineros de la frontera, nombrando capitán de ella a aquel Rojas, comandante por tantos años en la montonera de Pincheira, y el que le entregó. Difícilmente podrá cometerse o darse por el gobierno un paso más escandaloso, más torpe ni más inmoral e impolítico. Los soldados que van a componer esta compañía, son sin duda los mismos de Pincheira; me fundo para creerlo en que el general Bulnes propuso al gobierno incorporar al regimiento de Granaderos 200 hombres de éstos, de buena talla y robustez: el gobierno se negó por entonces a esta solicitud; además, el capitán es Rojas, los dos tenientes y el alférez serán los mismos oficiales de Pincheira, y éstos nunca escogerán para soldados sino a los mismos suyos; pese Ud. las consecuencias de este paso: 1.º La montonera de Pincheira queda en pie, o, diremos mejor, se ha creado de nuevo; el día me nos pensado recuerda la compañía los atractivos de su antigua vida holgazana y licenciosa, y en masa lleva su cuerpo a las Lagunas de Malalhué o a su querencia; pero concedamos que así no suceda, ¿qué tal familia para entregarle la custodia y defensa de las fronteras? Hostilizarán

a los naturales, les suscitarán el descontento, les provocarán a la guerra, para robarles en ella y robar a todo el mundo. ¿Qué disciplina, qué orden, qué subordinación podrá conseguirse con una gente tan licenciosa, y con vicios tan disformes como arraigados? ¡Cuánto padece con este paso la moral pública, y sobre todo la del ejército, que ve premiados los robos y asesinatos de tantos años! Y cuando debería disolverse el ejército en sus dos terceras partes para aliviar la arca pública y atender a otros gastos de primera necesidad, se está creando nueva fuerza! ¿Y el ministro de hacienda no puede evitar tamaños desaciertos, cuando el de la guerra me asegura que el presidente defiere ciegamente a sus opiniones? Yo veo las cosas, me confundo, y tengo que persuadirme por fuerza de que yo soy el equivocado; no descubro ciertos misterios, pero no lo es el de nuestra perdición; marchamos a ella con pasos apresurados, y lo que es peor, no encuentro un remedio que no sea peor que la misma enfermedad. Sólo acierto con un recurso, y aun éste me parece peligroso, y es el que las cámaras, con toda la calma, justificación, orden y decencia, hagan la más pacífica y honrosa oposición a ciertas pretensiones del gobierno; pero ni aun esto me atrevería a aconsejar, porque me parece que no se va a hacer buen uso de las facultades del congreso; que se va a declarar una oposición acalorada que lo eche a perder todo; y que no ha de haber ni el pulso ni el tesón necesarios para hacer el bien, y que los intereses privados pueden dividir las opiniones del congreso. En fin, mi don Antonio, es necesario hacer el ánimo a tomar el tiempo como venga. Conozco todo el juicio de Ud. y el tino para manejarse en

cualquiera circunstancia de la vida, y me parece por esto excusado aconsejarle la conducta que debe observar en las presentes. Puede Ud. hablar lo que guste con el ministro de hacienda, con tal que yo no suene para nada".

"Valparaíso, agosto 5. — Ayer me hallaba maniobrando en línea sobre el campo de Playa Ancha con una fuerza de más de 1.400 hombres de las tres armas, y me encontraba puerilmente lisonjeado con la idea de que Valparaíso no podía ser fácilmente penetrado por una fuerza invasora ni por las sugerencias y tentativas de los malos, cuando recibí su estimada fecha 3, que hizo desaparecer enteramente esa confianza tranquila en que estaba descansando mi pobre corazón rara vez sosegado".

"(Reservado). Si los maquinadores indicados no consuman su crimen, lo consumarán los que maquinen después. El gobierno ha perdido su prestigio por la vaguedad de su marcha, y por la ambigüedad de sus procedimientos. Los malos no le tienen respeto, y los buenos, cansados de chascos, le han retirado su confianza. Yo veo un porvenir muy triste — observo que se aumenta la deserción de los afectos al gobierno— y que aun de aquéllos que lo son por su natural propensión al orden y la paz, se ha apoderado una fatal tibieza, que casi los presenta indiferentes, si no como enemigos secretos. Todas las piezas de la máquina se van desencajando sensiblemente, y debe parar su movimiento precisa mente. Nada importaría si la compostura no fuera tan difícil, por no decir imposible: no hay artistas tan diestros y tan infatigables cuales los demanda la naturaleza de la obra: tendrían, además, que

contrarrestar contra el poder invencible de la ignorancia y de la presunción unidas".

La posición de Portales frente al gobierno se resume en el deseo de que éste obre con la sagacidad, el sentido práctico y el valor con que él mismo gobernó. En una especie de alucinación, parece querer transmitir a los mandatarios su propia capacidad, evitando los consejos y las consultas; y si éstos se hacen ineludibles, procura que el hecho no trascienda al público. Desea que la acción gubernativa aparezca espontánea, para que se prestigien la presidencia y el mandatario que la desempeña. De aquí sus esfuerzos por producir en el público el convencimiento de que él no gobierna directa ni indirectamente. Empeño vano, por lo demás, pues la opinión cree divisar su iniciativa en todo acto de alguna importancia. "Portales a un millón de habitantes que hay en toda la república, los tiene metidos en un zapato", escribía a fines de 1832 a O'Higgins, Ramón Mariano de Arís.

\* \* \* \*

En 1832, después de laboriosas gestiones, Portales compró a los padres agustinos, en cuarenta y cinco mil pesos a censo, la hacienda de Pedehua, a la sazón de rulo y casi improductiva. Creía obtener de ella lo necesario para servir el censo y lo indispensable para los gastos más precisos de su vida. El negocio fue ruinoso, e hizo grandes esfuerzos por desprenderse de la propiedad.

Más tarde, compró en mil quinientos pesos, también a censo, una corta extensión de terreno con una pequeña viña, ubicado en el extremo poniente del llano del Rayado. Construyó una acequia de

regadío y edificó una casita que dominaba la ribera del río de la Ligua. Pecuniariamente el negocio estaba tan mal calculado como el de Pedehua; pero iba a servirle por ocho meses de asilo contra la pobreza, ahorrándole las exigencias de la vida en Valparaíso, y de refugio contra los llamados al gobierno que pronto debían redoblarse.

Desde agosto del 33, empezó a exigir casi diariamente que se le aceptara la renuncia del cargo de gobernador. Con el regreso de Cavareda a Valparaíso, a mediados de noviembre de 1834, pudo el gobierno complacerle; y libre del último cargo público que desempeñara, fue a Pedehua, y de regreso a Valparaíso, escribió a Garfias, con fecha 6 de diciembre de 1834: "...he resuelto irme a vivir a la Platilla por algún tiempo. He mandado que me tomen un rancho, que me costará doce pesos al año, y allí estaré contento, me mantendré con setenta pesos al mes (lo que también -entra en el cálculo...)" Y el 20 del mismo mes, le añade: "Mi marcha será esta noche cuando salga la luna... Todas las noches antes de acostarse, dedique media hora para mí, escribiéndome en este tiempo todo aquello que crea pueda llegar a mi noticia, de lo que haya ocurrido en el día. No olvide que, si su correspondencia me ha sido siempre útil, interesante, necesaria y grata, viviendo en este pueblo y en contacto puede decirse con Santiago, ahora que voy a vivir en el campo, puede usted calcular la impaciencia con que esperaré sus cartas y el gusto con que serán leídas".

El 15 de marzo del 35 le escribe el siguiente párrafo, que revela uno de los motivos de su reclusión en la Placilla: "Es de necesidad que



Ud. se insinúe con doña Constanza sobre mi situación, si sigue pidiendo onzas. Hágale ver que yo me he resuelto a pasar por el sacrificio de vivir aquí, sólo porque no tengo con qué vivir decentemente en Valparaíso: que violentando mi genio, me he reducido a pasarlo puede decirse en la miseria... que cuando haya plata, tendré el gusto de pasarle toda la que quiera".

Allí, aislado del mundo, se entregó por entero a la atención de las faenas agrícolas y a sus distracciones favoritas, la doma de potros y de cuando en cuando, la zamacueca en compañía de las damas de la Ligua. "Trabajo con mucho gusto y contracción — escribe— en las faenas del Rayado, y mi gusto sería completo, si mientras estoy divertido en ellas, no viniese siempre a turbarlo el recuerdo de que tengo que escribir y contestar cartas". Su preocupación dominante fue la construcción de la pequeña acequia de regadío que, una vez terminada, quedó inútil por falta de agua en el río.

Pero hasta su aislamiento voluntario, sólo interrumpido de tarde en tarde por las visitas de Fitz Roy y de otros amigos ingleses, que siempre le admiraron, continuaron llegando los llamados de la política. Procedían directamente del corto número de sus íntimos, de los captados por la sugestión personal. Esos llamados tienen una trascendencia que los historiadores no han vislumbrado. Reflejan la viva inquietud de la opinión, asustada ante la posibilidad de volver al caos de 1823-1830. "Aunque le escribo con demasiada precipitación — le dice Bustillos en junio de 1835—, no obstante habría querido detenerme un poquito más para hablarle sobre la cosa pública; mas, me acordé de lo que usted se enfada, y

no lo he hecho, así por esta razón, como porque al fin vendrá a saber cosas que le comprobarán lo absurdo de sus principios, en orden a creer que, sin su influencia, se compondrán algún día las cosas".

"Hoy ha sido aprobado en el consejo de estado — le decía Garfias el 24 de agosto— el proyecto de dar de alta a los oficiales dados de baja por el decreto de 17 de abril de 1830, concebido en estos términos: "Se da de alta a todos los oficiales dados de baja que se presenten al gobierno solicitando (sin expresar de que reconocen al que antes dijeron, de un modo público, que no reconocían). Se exceptúan los que han sido expatriados por el gobierno, por sentencia judicial o voluntariamente, y no sé si todos los procesados... "estoy muy particularmente irritado con don Joaquín Prieto por su torpeza y falsedad. Hice a la patria el costoso sacrificio de hablar sobre política con este caballero, provocado por él, y le manifesté que era de su deber,, por su seguridad y por la conveniencia pública, no consentir en que pasase a las cámaras el proyecto de dar de alta a los dados de baja, iniciado por el gobierno, y me hizo la promesa de que nada se haría sobre este particular sin acuerdo de Ud.; igual promesa había hecho a Garrido, y se la repitió, momentos antes de que se presenta se al consejo el proyecto. ¿Y todavía insistirá Ud. en que debemos darle el voto para presidente?"

Durante su estada en el Rayado, sufrió el día 9 de febrero un síncope que duró casi un cuarto de hora. El doctor Emilio Cazentre, en su informe médico-legal del cadáver de Portales, dejó constancia

del buen estado de los órganos, menos el corazón, que estaba un poco hipertrofiado en su ventrículo arterial; esta cavidad estaba algo dilatada y sus paredes algo condensadas, lo que me hace presumir que el señor Portales experimentaría a veces una sensación de dolor y de incomodidad". A pesar de su alejamiento de Valparaíso, cuidó de mantener los lazos de afecto que habían brotado entre él y la ciudad. Valparaíso comprendió a Portales y le amó más que el resto de la república. La inconsciencia de este hecho fue uno de los errores psicológicos de Vidaurre. Procuró, también, conservar la organización de las milicias. "Es cierto, escribe, que hace días estoy para marchar a Valparaíso, sin otro objeto que atender por algún tiempo a las milicias y disponerlas para el 18 de septiembre: daría algo por evitar este viaje; pero lo creo muy necesario, atendiendo a que si hago un tal abandono de aquel recurso de seguridad, puede serme funesto en el porvenir".

Conforme lo anunció, llegó a Valparaíso a principios de septiembre de 1835, aprovechando el viaje para gestionar de paso el arriendo de las haciendas de Melón y Purutún, que logró realizar por intermedio del deán Eyzaguirre.

Con fecha 4 de septiembre, Garfias le escribió desde Santiago: "Vuelvo a repetir a Ud. que celebré mucho su llegada a ese puerto, y le agrego que deseo en el alma verlo y que Ud. permanezca en este punto por lo menos un año, ya que no quiere venir a ésta, en donde es tan necesario en las actuales circunstancias. Siento mucho que tenga Ud. intereses en el norte, porque ellos son el pretexto que Ud. toma para alejarse de la política y de sus amigos; y si pudiera tomar

la misma parte, para que Ud. se deshiciera de esos bienes, que la que tuve para que se hiciera de ellos, trabajaría con el mayor gusto a fin de conseguirlo..."

La carta de Garfias era una simple avanzada de exploración. Su vuelta al gobierno estaba ya decretada por el des arrollo de los acontecimientos y por la voluntad de Prieto y de Tocornal.

## Capítulo VIII

### Segundo ministerio de Portales

(21 de septiembre 1835-6 de junio 1837)

*Formación del partido philopolita. — Esfuerzos encaminados a (acudir la tutela de Portales. — Contra ataque del grueso del partido de gobierno, — Psicología de la actitud de Portales. — Portales en el gobierno.— Reformas en la legislación. — Régimen penitenciario, — Reorganización de la Iglesia y lucha por la civilización y la moralidad.— Mejoramiento de la enseñanza,- Fomento de la marina mercante y creación de una nueva escuadra.— Realización práctica de las concepciones económicas y financieras de Portales.— Reelección de Prieto.*

*"El talento político de una masa no es sino confianza en la dirección. Pero esta confianza precisa ser conquistada; madura lentamente, se confirma con los éxitos y se consolida con la tradición".*

*— Spengler*

Lentamente se había generado una escisión en el con junto heterogéneo de elementos políticos que llevaron a Prieto-al poder. A pesar del aspecto político-religioso que tomó la disidencia, en el fondo giró siempre alrededor de la influencia de Portales, o mejor dicho, de los distanciamientos que motivó su rigidez inflexible.

Un incidente personal había producido la ruptura entre Benavente y Portales. Siendo ministro de hacienda en 1824, aquél firmó el

contrato del estanco del tabaco. Los cargos, injustos en cuanto al aspecto moral del negocio, que se le hicieron, motivaron su alejamiento de los pipiolos y fueron el punto de partida de su intimidad con Portales. Según los amigos de éste, estando el general Borgoño preso en 1831, pidió a Benavente que afianzara su excarcelación, y éste le habría prometido hacerlo; pero en secreto habría insinuado a Portales que no aceptara la fianza. Portales indignado se lo habría hecho saber a Borgoño, lo que originó un duelo entre Portales y Benavente, que Rengifo y otros amigos lograron evitar. Benavente, que había sido uno de los corifeos de la revolución de 1829, disimuló el agravio por política, y continuó desempeñando altas funciones públicas, pero resuelto a derribar a Portales tan luego como la ocasión se presentara<sup>53</sup>.

A Benavente se añadieron algo más tarde Ramón Errázuriz y su poderosa familia. Había atribuido a Portales el vacío que se produjo en torno de su ministerio y los ataques de que después fue objeto. Los suyos formaron el grupo que Tocornal denominó "Los litres" y que el odio común sumó a Benavente.

El severo concepto de la sanción en Portales, fue poco a poco produciendo el distanciamiento con Manuel José Gandarillas. Como redactor de "El Araucano", éste había impugnado la ejecución de Paddock, en quien, lo mismo que el ministro norteamericano, sólo vio un loco. A este roza miento se añadieron desacuerdos de más trascendencia. Los complots y las intentonas revolucionarias de la época pipió la continuaron durante la administración de Prieto. Pero

---

<sup>53</sup> Benavente afirmó siempre que ésta había sido una truhanería de Portales.

ahora se les reprimía, y en lugar de procurar la enmienda de los revoltosos con exhortaciones morales, se les castigaba. Gandarillas, en su carácter de auditor de guerra, procuraba siempre suavizar las penas; mientras que Portales creía que, para extirpar el mal, era necesaria la represión dura hasta que se consolidara el hábito del orden. La vehemencia de Gandarillas, más de fondo que la de Portales, lo llevó a ver en el antiguo ídolo "un loco, un quemado". Portales, sin tomarle odio, no perdonó ocasión de subrayar, a su vez, la inconsistencia mental de Gandarillas.

Finalmente, el ministro Rengifo, casado con una prima del presidente, y "engreído en la conciencia de sus propios merecimientos", cortó la fraternal correspondencia que mantenía con Portales. Había continuado desarrollando su labor dentro del rumbo que aquél le trazó, y aun atendiendo sus sugerencias concretas, pero, dotado de capacidad administrativa y de disposiciones naturales para el manejo del ramo, sacudió una tutela que ya no necesitaba. El hecho de que los descontentos le hubieran ungido sucesor de Prieto, le indujo a pronunciarse contra Portales, que al ser consultado había dicho: "No, Rengifo no será presidente de la república".

Los descontentos encontraron un terreno propicio para atacar a Tocornal, que conservaba la confianza del presidente, las dos cámaras y la inmensa mayoría de la opinión, en las cuestiones político-religiosas que suscitaron las bulas en que Gregorio XVI instituía obispo de Concepción al titular de Rétimo, José Ignacio

Cienfuegos, y a Manuel Vicuña, obispo de Santiago, y en la separación del Seminario del Instituto Nacional.

Prieto procuró sin éxito pacificar los ánimos. Las cuestiones religiosas eran sólo un pretexto. "En el fondo... había antipatías personales, intereses ofendidos, ambiciones que se excluían, orgullo despechado". El propósito era suplantarse al grupo de Tocornal, aprovechando la ausencia de Portales, en su influencia en el gobierno; prevenir un posible regreso de éste; y evitar su candidatura presidencial al término del primer período de Prieto, pues nunca creyeron en la sinceridad de su repulsión a la presidencia.

Para prestigiar su política en la opinión, fundaron los disidentes un periódico que apareció el 3 de agosto de 1835 y que titularon "El Philopolita" (amigo del pueblo), el cual debía bautizar con su nombre a la nueva agrupación. El verdadero propósito de esta publicación, eran afianzar la candidatura de Rengifo a la presidencia. El 28 de septiembre, Garfias escribió a Portales: "Cavada tuvo ayer una conferencia con Elizalde, en la que le confió a éste el secreto siguiente: Dice Elizalde que, oyéndole a Gandarillas con mucha frecuencia tratar a Ud. de loco y quemado, por conocer el espíritu con que lo hacía, le dijo no hace mucho tiempo: "¿Cuáles son c...los defectos que tiene Ud. que sacarle a ese loco?" La contestación de Gandarillas fue preguntarle sorprendido que si le hablaba de veras, y como le contestase Elizalde con formalidad que sí, no tuvo otro modo de concluir el altercado Gandarillas que diciendo a Elizalde que se fuese al c...y éste le dijo que se fuese a



diez. A los pocos días, fue Gandarillas a donde Elizalde, en ocasión que estaba solo y le dijo: hablemos aquí en reserva y como amigos. ¿En quién se ha puesto Ud. para presidente de la república? Elizalde le contestó que él estaba por la reelección de Prieto o por que se eligiese a Ud. Entonces le dijo Gandarillas: El hombre que hay para presidente y que debemos elegir es don Manuel Rengifo: C... le dijo Elizalde: ¿Quiere Ud. comparar a Rengifo con Portales? Le preguntó Gandarillas en qué se fundaba para decir que Ud. era bueno para presidente y Elizalde le dijo las buenas cualidades que él veía en Ud. para mandar. Gandarillas no siguió adelante y concluyó con decir: "después de Rengifo, podrá ser el mejor Portales".

El veto de Portales, que se habría producido, aun no mediando otras causas, por la imposibilidad de que ni Rengifo, ni el propio Portales ni ningún civil pudiera en esa fecha sostenerse en el poder, colocó a los philopolitas en situación difícil. Al levantar contra la reelección de Prieto la candidatura del ministro de hacienda, provocaban la unión de Portales, que era casi la mitad de la opinión, con Prieto, o sea, con el gobierno, que era la otra mitad. Esto los obligó a aceptar la reelección del presidente y a seguir otra táctica. En 2 de septiembre decía "El Philopolita": "Hay personas empeñadas en difundir que el objeto de este papel es preparar el campo para las elecciones de presidente de la república, a fin de colocar en la primera silla un candidato de su amistad. Sólo a favor de calumnias de esta clase pueden ser atacados los editores; y para prevenirlas protestan desde ahora ante la nación entera, que están decididos

por la reelección del actual presidente y dispuestos a trabajar vigorosamente por que se verifique, aunque están ciertos de que sus esfuerzos en nada pueden contribuir a una obra que ya está decretada por la opinión general que justamente ha sabido granjearse por su comportamiento. El presidente tendrá la bondad de oír este voto y creer que es sincero. Nuestros calumniadores examinen su conciencia y posición,- y presenten al público el suyo con filosofía y desprendimiento, y entonces podrá juzgarse si nuestro plan de trabajo es arreglado a los medios legales".

Procuraron captarse, por un lado, las simpatías del partido vencido en Lircay, proponiendo el restablecimiento en sus grados de los militares dados de baja en 1830 por los decretos de Meneses y de Portales; y por el otro, destruir definitivamente la influencia de este último, minando su ascendiente sobre Prieto y buscando manera de alejarlo del país.

\* \* \* \*

En 1827, Portales había extraído de las cajas del estanco, tres mil setecientos pesos de dineros fiscales para sobornar las tropas de Campino y restablecer las autoridades legítimas. Entendió que el gobierno ratificaría este gasto, estimándolo justificado por su finalidad, que era sofocar el motín; pero dejó un recibo para resguardo de los empleados, y se comprometió a responder por esta cantidad, en caso de que la ratificación no se produjera. Trisadas sus relaciones con Benavente, Gandarillas y Rengifo, se agitó esta cobranza a principios de 1834. Con este motivo, escribió a Garfias el 30 de mayo de 1834: "Ni me acordaba del negocio de los 3.700

pesos de que Ud. me trata, porque creía que este asunto estuviese ya concluido. Le recomiendo a Ud. su conclusión, tanto o más que el Rayado, que es cuanto puede decirse; para ello, no puedo suministrar a Ud. más noticias que lo siguiente. Cuando se hizo a Campino la contrarrevolución de 1827, era indispensable confirmar en la fe a la tropa, gratificándola, porque, de otro modo, creí que quedábamos siempre en peligro, y no teniendo yo dinero, ocurrí al estanco, y el jefe de esta oficina me hizo el servicio de dármele, con la condición de que, si el gobierno no aprobaba el gasto, yo debía responderle por la cantidad; me allané a esta responsabilidad y se inició el expediente que, si no me engaño, también me hizo el factor el favor de iniciarlo él de oficio; ello es que el recibo de los 3.700 pesos, que me firmó el habilitado del batallón N.º 7 don Fulano Monreal, oficial dado de baja que hoy se halla de comerciante en Coquimbo, corre en el citado expediente como comprobante. Además, el coronel Maruri conserva en su poder la distribución de los 3.700 pesos, que, en caso necesario, podrá presentarse como comprobante".

"¡Adiós mi plata!" — escribía días más tarde al saber que el expediente iba a tratarse en consejo de ministros— . "Mala cara le veo al asunto de los tres mil setecientos pesos en el consejo de ministros: el de guerra será cero, el de hacienda ha de ser en contra, el presidente seguirá al de hacienda y don Joaquín se quedará solo". El consejo de ministros acordó pasar los antecedentes a la cámara, y Portales, ya muy pobre, al imponerse de esta resolución, ordenó retirar el expediente y devolver de su bolsillo al factor del estanco la

cantidad empleada en sofocar el motín, por parcialidades equivalentes a las que la ley con cedía a aquél para el reintegro.

A la irritación que le originó esta conducta del gobierno, se añadió luego un incidente motivado por la cancelación de los despachos de oficial de la guardia cívica de Valparaíso que había hecho extender a Manuel Cifuentes. Acostumbraba Portales nombrar oficiales de esa institución a sujetos pudientes, que cuando tenían espíritu público, aceptaban el puesto y contribuían a sostener la guardia sin gravar al fisco. Cuando, por el contrario, eran indiferentes, se rescataban de las molestias del servicio mediante un donativo por una sola vez a favor de la guardia.

Al último número pertenecía el rico comerciante Manuel Cifuentes, el cual en su propósito de eludir no sólo el servicio, sino también el donativo, obtuvo de Prieto, median te empeños, que le cancelara el nombramiento a espaldas de Portales. El presidente, bondadoso y no muy rígido en materia de normas administrativas, probablemente no dio mayor alcance al favoritismo que entrañaba este arbitrio. Pero los padrinos de Cifuentes habían calculado el furor que la exención iba a producir en Portales, y el rozamiento casi seguro entre él y Prieto. Tal cual lo esperaban sus adversarios, Portales renunció el último puesto que le quedaba, la comandancia de uno de los batallones cívicos de Valparaíso. Sin embargo, conteniendo su ira, reaccionó, según se desprende de su carta de 15 de junio de 1834, y se limitó a escribir a Garfias: "Sea lo que fuese, yo veo que ya no puedo servir en este destino, y que en esta vez no puedo ser menos que don Agustín Vial en materia de renunciaciones: la

habría hecho inmediatamente si no me hubiera contenido el asunto de los 3.700 pesos, que encargo a Ud. nuevamente agite por todos los medios, a fin de que pueda yo colocarme en punto donde no tenga el menor contacto con el gobierno, cosa que únicamente me hará poseer la tranquilidad de espíritu que la experiencia me hace desear como el sumo bien de la tierra, La guardia cívica de Valparaíso no puede venir abajo, ni retrogradar del pie en que se halla, sin excitar la murmuración contra el gobierno, y si es que quiere sostenerla, tendrá que gastar seis mil pesos al año, acabado que sea el curso de mi sueldo y el de las erogaciones de los que eran propuestos y salían del servicio por trescientos pesos; pues no es creíble que el gobierno se atreva ya a admitir a nadie un real después de lo ocurrido con Cifuentes; y así podrá decirse que el intento de ganarse al señor don Manuel cuesta a nuestro exhausto erario seis mil pesos al año".

Fracasados los expedientes anteriores, se intentó ó alejarle mediante el ofrecimiento de la legación en España. Había entre los philopolitas una cabeza mejor organizada que la generalidad de sus contemporáneos. Reservado y caviloso, sin audacia ni condiciones de verdadero caudillo político, Diego José Benavente era sagaz, calculador y tenaz. Al revés de sus entusiastas compañeros de aventura, percibía la debilidad del bando; y presentía que el regreso de Portales aventaría, como efectivamente ocurrió, hasta el polvo del naciente partido. La clara visión de la realidad, hizo concebir a Benavente un proyecto tan astuto como irrealizable, dada la mentalidad de Portales. El congreso había aprobado un proyecto del

ejecutivo, encaminado a entablar negociaciones diplomáticas con España. Benavente creyó que Portales, irritado contra el gobierno, deseaba efectivamente alejarse de la política, y que aceptaría la legación de Madrid. En esta convicción, sostuvo contra sus amigos el proyecto en el senado, y maniobró después hasta interesar al anciano padre de Portales, para que le rogase aceptara ese puesto, que le permitiría hacer valer derechos que creía tener al usufructo de un mayorazgo en España.

La respuesta de Portales no se hizo esperar. "Ha de haber recibido con disgusto — escribió a Garfias en el corpus cristi de 1835— mi contestación a su empeño para que admitiese la legación en España. Ella está concebida en términos respetuosos, pero que dejan traslucir que he mirado el paso como un rasgo de su triste vejez".

Para combatir a "El Philopolita" los partidarios de Tocornal y de Portales dieron a luz "El Farol". Se publicó el primer número el 31 de agosto de 1835. Sotomayor Valdés, siguiendo a Briceño, afirma que sus redactores fueron Meneses, Arriarán y Urizar Garfias. Es posible que estas personas corrieran más directamente con su publicación; pero de ninguna manera fueron sus redactores. En los artículos se advierte el estilo de Bustillo y de Elizalde. El tono sarcástico y atrevido del nuevo periódico imprimió a la lucha un giro violento. Trató a los hombres del grupo disidente de hipócritas y de traidores, que escondían bajo la máscara del bien público propósitos mezquinos de predominio personal y aun de traición a la causa del orden y a la persona del presidente.

Ambos periódicos respetaron al presidente; pero de di versa manera. Prieto, impresionado con la miseria de algunos de los militares dados de baja en 1830, deseó aliviar su situación. Nada más justo que concederles el retiro, después de una expiación de cinco anos, ahora que el desahogo fiscal creado por el orden lo permitía. Pero, según "El Farol", contrariamente a lo que Garfias afirmó a Portales, el mensaje consultaba la reincorporación en masa de los vencidos en Lircay. Si en realidad este fue el alcance de la sugestión philopolita, estaba calculada para derribar al presidente o para hacer imposible su reelección a lo menos; pues se le dejaba a merced de jefes y oficiales que le eran decidida mente adversos, ya que el desabrimiento provocado por la pérdida de las expectativas de ascenso tenía que enfriar la adhesión de los vencedores<sup>54</sup>.

"El Farol", que se había mostrado en todo muy superior a su rival, tomó frente al proyecto una actitud que revela en su dirección una notable sagacidad y un cabal conocimiento del carácter de Prieto. Sin descubrir abiertamente la intención secreta del proyecto, a fin de no herir el amor propio del presidente engañado, esbozó con la claridad bastante para que éste abriera los ojos, las consecuencias de la medida. "Si la ley proyectada — dijo— fuese para conceder un retiro a los que lo merecen, por su antigüedad o por sus servicios entre los dados de baja, enhorabuena. Bórrese lo pasado y abracemos a nuestros hermanos. Mas, rehabilitarlos para el servicio, sería sumamente perjudicial a la hacienda pública, y no

---

<sup>54</sup> A pesar de que "El Philopolita" solapadamente prohija esta idea y de que la violenta reacción del presidente contra el bando, parece confirmar la suposición de "El Farol", se hace difícil creer que Prieto hubiera caído en una trampa tan burda.

serviría más que para suscitar celos y descontentos entre los que actualmente sirven, frustrando las esperanzas que tienen de sus ascensos".

Tocornal logró, a última hora, detener el proyecto: y desde ese instante, la suerte de los philopolitas, que nada re presentaban en la opinión, ni a nada podían aspirar fuera del favor del presidente, quedó decidida. Pero, también, se hizo definitiva la división entre los elementos dirigentes del partido de gobierno, que venía incubándose desde la caída del ministro Errázuriz.

Para comprender los acontecimientos que siguen, hay que hacer una aclaración. Los historiadores, al referir estos sucesos, hablan de escisión en el partido conservador, sugiriendo una idea errada. Se ha visto ya que los vencedores del 29 no formaban un partido político en el sentido que posteriormente tuvo la palabra. Era sólo un conglomerado de hombres de todos los matices, carrerinos, clericales, o'higginistas, ex pipiolos, pelucones, etc. Aun apartando a Porta les y a los o'higginistas irreductibles, como Rodríguez Aldea y Cruz, entre los restantes no había lazos ideológicos en el sentido actual, ni los hubo entre los philopolitas, ni en el gran grueso que quedó con el gobierno. De aquí que más adelante se encuentre a los mismos hombres redistribuidos, casi sin ninguna lógica con relación a las posiciones que ocuparon en 1829-1835.

Ya a principios de 1834, con motivo del desacuerdo en el seno del gabinete, que motivó las renunciaciones, después retiradas, de Tocornal y de Rengifo, Prieto había escrito a Portales pidiéndole que se encargara nuevamente del gobierno. Este le contestó en los



primeros días de abril: "Querido amigo: Siento tener que contestar su estimada del 22 del corriente, que recibí ayer a mediodía, negándome a la petición que en ella me hace de pasar a Santiago para conferenciar sobre la renuncia de los señores ministros Tocornal y Rengifo".

"Estoy íntimamente persuadido de que el mejor servicio que puedo hacer al país, en las presentes circunstancias, es llevar adelante mi resolución de no mezclarme en los asuntos públicos, y separarme hasta de las ocasiones que pudieran tentarme a faltar a mi propósito. Este tiene su origen exclusivo en las mejores intenciones y en el más decidido patriotismo, y si es mal interpretado por algunas personas, atribuyéndolo a egoísmo o a lo que quieran, nada me importa, mientras yo descansa en una conciencia pura, y espero que el tiempo y las ocurrencias me vindiquen".

"Por otra parte, Ud. se ha equivocado creyendo que puedo influir en el ánimo de esos señores; ni mi genio ni mi modo de proceder, ni mis circunstancias, son para ejercer ascendiente sobre nadie y menos sobre ellos. Además, todos los hemos visto ayer manifestarse impasibles cuando se trataba de una abierta infracción del código fundamental que acaba de jurarse, infracción que no podía, ni por la necesidad, disimularse, ni por lo grande ni por lo útil del objeto. Los señores ministros debieron poner a la vista de Ud. las consecuencias del paso, y si no podían persuadirle a que se retrajese de él, debieron hacerle la dimisión de sus empleos. Si así no procedieron entonces, con tan justo y poderoso motivo, debe inferirse que lo que ha dado lugar a la renuncia sobre que Ud. me

escribe, no puede ser un exceso de delicadeza, excitada por ciertas habladurías, y censuras de hombres egoístas, empeñados en hacer su fortuna a costa de la patria, ni otras causas de muy poca o ninguna entidad, como Ud. manifiesta presumir. Yo protesto a Ud. que ignoro absoluta mente la razón que haya movido a los señores Tocornal y Rengifo a renunciar los ministerios; pero fundándome en lo que acabo de exponer, no puedo creer que deje de ser alguna muy grave, y que ésta estuviese en el conocimiento de Ud. al tiempo de escribirme su citada carta, y si es así, no sé quién pueda hacerles volver atrás, si no es Ud. mismo.

'Tampoco veo, como Ud., que el horizonte político se muestre nebuloso por la renuncia de los ministros: lleve el gobierno una marcha franca, legal, decente y honrada, ni se nublará el horizonte, ni tendrá que temer que se nuble".

La negativa de Portales refleja un propósito serenamente madurado. La realización de su política, para no chocar demasiado con la idiosincrasia vasca, exigía desenvolverse por empujes sucesivos, separados por períodos de flexibilidad. Ya en su primer ministerio "había metido al país en un zapato", según la pintoresca frase de Arís. Antes de dar el nuevo envi6n, convenía dejar que el zapato se acomodara al pie. Es un esbozo de las alternativas de energía y de blandura que se realizarán por medio de las administraciones Prieto-Bulnes, Montt-Pérez, Errázuriz-Pinto; y que al interrumpirse con Santa María-Balmaceda (ambos activos y personales), provocaron el volcamiento del edificio.

Le mueve, además, otro propósito que se trasluce nítido en su correspondencia. Desea ensayar la nave en que ha embarcado al país; quiere que otros pilotos aprendan el manejo del timón. Nunca ha pensado en alejarse definitivamente. Se ha retirado a corta distancia para realizar el ensayo; pero listo para intervenir al asomo de peligro serio. Sabe que su concepción política tendrá que desenvolverse en el futuro por su propia vitalidad. Pero aún está muy débil para exponerla a los embates de los acontecimientos en manos inexpertas. Hace lo que el padre con el infante que da los primeros pasos: se retira para que se ejercite y afirme, pero listo para tenderle los brazos al caer.

Sus protestas de alejamiento y sus negativas a los llamados que se le hacen, no tienen otro alcance. Quiere obligar al gobierno a que dé algunos pasos solo, a que se habitúe a caminar sin llevarlo de la mano. Desde lejos lo guía, lo incita a marchar y a tomar confianza en sí mismo. No volverá hasta el momento del peligro, hasta que el país, alarma do con su ausencia, vacile, hasta que el presidente sienta moverse la tierra bajo los pies.

Su actitud respecto de Prieto es de una claridad meridiana. Desea sinceramente que marche solo dentro de los rumbos que le dejó abiertos; que se penetre de sus deberes de mandatario y que ejercite la autoridad de que está investido, imponiéndose a los círculos estrechos que aspiran a dominarlo. Recomienda a Sus partidarios que no le minen la situación; y que se limiten a combatir las zancadillas de los philopolitas en resguardo del gobierno, sin

mortificar al presidente, y sin debilitar las bases en que aquél descansa.

Mientras llega el momento de que el retorno se haga ineludible, les entretiene con esperanzas inciertas de regreso, pintándoles el descrédito en que solos van a caer los contrarios; y de cuando en cuando, con ironías quemantes como flechas inflamadas, que al circular en los corrillos de la época, hacen estragos en la opinión ya semi-sugestionada por su genio. "Lejos de disgustarme la chismografía que Ud. me escribe —dice a Garfias el 24 de mayo de 1834— me ha dado mucho que reír y que compadecer a estos pobres hombres. Deje Ud. que se maten solos como las culebras, mientras yo me divierto en silencio con sus sandeces. Lo que conviene es trabajar por injertar un vástago de Gandarillas en los árboles Rengifo y Vial, porque saldrá una fruta muy exquisita de este injerto. Entretanto, doy a Ud. y a todos los que han tenido parte en esta oposición, el más justo parabién por el triunfo, pues lo es en realidad y muy grande, atendido el objeto y a todas las circunstancias. A los que dicen que yo he movido la oposición, puede Ud. echarlos al...y decirles que, aunque no he tenido parte alguna, ni en el principio ni en el medio, ni en el fin, lo he celebrado y me ha gustado mucho".

Ante la insistencia de los suyos pidiéndole que regrese, alienta sus esperanzas, escribiendo al mismo Garfias en junio: "Deje Ud. que se vayan explicando esos...que yo les pondré un tapón en los hocicos". Otras veces recurre a la ironía. Comentando los deseos de Benavente de ocupar de nuevo un ministerio, dice: "Sera más que

mentecato el tal don Diego, si después de haber gozado, al parecer de buena fe, de las ventajas de la vida privada...abriga todavía la aspiración que Ud. me indica".

Poco después estalla en sarcasmos: "Pero si hay algo contra mí, échelo a la calle, tírenme o rájenme con justicia o sin ella; mas, ¿por qué la ha de pagar la causa pública, por qué separarse del buen camino? Si no quieren verme de presidente (en lo que tienen mucha razón), ¿hay más que esperar las elecciones y trabajar entonces, haciendo todos los esfuerzos que la ley les permita, para lo que pueden contar también con mi cooperación? Los añados fingen ignorar que no tengo aspiraciones, y yo quisiera encontrar una oportunidad compatible con la decencia y dignidad que me debo a mí mismo, para tapar la boca a esos malos mentecatos con un centenar de protestas y juramentos de no admitir jamás aquel puesto, aunque me viniera cuando no tuviese un real, ni medios de ganarlo. ¿Por qué diablos no trabajan en favor de su candidato sin meterme rejones? Diga Ud. a Tocornal que casi voy ya creyendo que hay Dios y que es protector de este país. Ya que aparecen unos diablos con aspiraciones, son tan mentecatos y tan sin tino, que obran del modo más adecuado para alejarse de su objeto, y para hacerse despreciables, aunque, a decir verdad, no he conocido aspirante, que, ciego de pasión, no entregue la carta. Anime Ud. a Tocornal; no sea que lo acholen y aburran los añados: dígame que no son temibles, y que, sin duda, nos costearán la risa, si sabe llevarlos, dándoles en la cabeza como en la cuestión del Seminario".

El 30 de septiembre precisa más a Garfias su propósito: "Por ahora, no conviene combatirlos de frente, sino dejarlos obrar, porque estoy cierto que no pudiendo dejar de ser niños, se han de envolver en sus propios pasos". Y el 10 de octubre: "No quiero ponerme en campaña con ellos sino en el último caso y cuando ya sea de obligación".

\* \* \* \*

Al llegar a su despacho el 21 de septiembre de 1835, a las 11 de la mañana, el ministro Rengifo quedó pasmado al encontrar sobre su escritorio el siguiente decreto: "Santiago, septiembre 21 de 1835. — Hallándose vacante el empleo de ministro de estado en los departamentos de guerra y marina, por dimisión del ciudadano que lo servía, vengo en nombrar para su desempeño al teniente coronel de ejército don Diego Portales, de cuya probidad, aptitud y amor público estoy plenamente satisfecho. Tómese razón y comuníquese. — Prieto. — Joaquín Tocornal".

Lo que ocurrió ha quedado envuelto en cierto misterio. La explicación tradicional, recogida antes que empezara la deformación histórica, era muy sencilla. Prieto y Portales nunca se distanciaron. Este renegaba de las condescendencias de "don Isidro", nombre que también se aplicaba a sí mismo, aunque por el costado opuesto, o sea el empeño en salvar a quien poco o nada ponía de su parte para salvarse. Pero siempre conservó por él sincera estimación y lealtad inquebrantable. Es cierto que el 27 de marzo de 1835, contestando un empeño, escribió a Garfias "que el estado de sus relaciones con las personas del gobierno no le permitía servirlo". Frases análogas se encuentran con frecuencia en sus cartas de la misma época. Más

no debe olvidarse que en Portales, en cuanto escritor epistolar, la frase, casi siempre, va más allá del pensamiento. En cuanto al mandatario, desde el día que lo llevó al poder, sólo divisó en él la encarnación del gobierno impersonal, que constituía la esencia de su creación política. Prieto, por su parte, si alguna vez sintió la mortificación de la irritabilidad de Portales, la sintió con la indulgencia que se gasta contra sí mismo. Se recordará que, tanto él como Garrido, sólo fueron partes integrantes del genio de Portales.

Y reconocido este hecho, el relato contemporáneo es tan verosímil y tan lógico, que sólo puede ser contradicho con documentos, y éstos no se han exhibido hasta hoy. Portales llegó a Valparaíso el 2 de septiembre de 1835 en viaje desde el Rayado, sin el propósito de continuar a Santiago. Pero Tocornal, junto con imponerse de este viaje, consideró con Prieto, que ya sentía moverse la tierra bajo sus pies, la conveniencia de hacer una nueva tentativa para el ingreso de Portales al gobierno. Garfias, al partir para Valparaíso, llevaba el encargo de traer a Portales; y éste, después de prolija información de la realidad de los peligros que amenazaban al gobierno, resolvió aceptar el ministerio de la guerra. Cuando el día veinte de septiembre llegó a Santiago, venía llamado' por Tocornal con acuerdo de Prieto. Una carta de Garrido a Garfias, en contestación a la que éste le comunica el éxito de su encargo, confirma ampliamente el relato tradicional. El 17 de septiembre le dice: "Cuando recibí la carta de Ud. fecha de ayer, me agradó tanto su contenido, que tomé la resolución de tragármelo sólo; pero habiéndome visto esta mañana con el presidente y Tocornal,' juzgué necesario revelar

el secreto, bajo la advertencia de que ambos me lo guardarían, como me lo han protestado y lo harán indudablemente. El contento de ambos fue extraordinario y han quedado tan complacidos, que he llegado a creer que, mientras yo echo un centenar de... para que Uds. no se demoren, han de pedir ellos a Dios y a la Virgen su más pronta llegada. El presidente me ha repetido que Portales hará lo que quiera; pero que él en cambio de esta condición, ha de entrar en el ministerio bajo la de aceptar sueldo, pues de otro modo sería imponerse sacrificios insoportables. Yo creo que la condición es tan racional como justa, y que nuestro amigo no se negará a lo justo y racional"<sup>55</sup>.

Prieto deseó conservar a Rengifo, cuyo desinterés político hacía fácil el avenimiento con Portales. Pero aquél permaneció en el misterio sólo hasta terminar los proyectos de hacienda en que estaba empeñado, y se retiró el 6 de noviembre de 1835. Ocupó la cartera de Rengifo el ministro del interior, Joaquín Tocornal; y a fin de que pudiera consagrarle toda su actividad, Portales, cuyo extraordinario poder de trabajo le permitía atender varios ministerios, se en cargó el día 9 del mismo mes de la cartera del interior y de relaciones, conservando la de guerra y marina.

\* \* \* \*

La legislación colonial permanecía aún casi intacta en el terreno civil, comercial, penal y en el procedimiento. Igual cosa ocurría con la ordenanza militar. Durante su primer ministerio, Portales había

---

<sup>55</sup> Sotomayor Valdés sólo conoció esta carta, que poseíamos en copia, después de impreso el primer tomo de su obra. Al reproducirla, olvidó corregir el error en que había incurrido, afirmando que Portales había insinuado el deseo de reasumir el mando,



estimulado la reforma, representando al congreso la necesidad de poner estas leyes antiguas de acuerdo con la nueva forma del estado y con la realidad social del presente.

La iniciativa encontró acogida en las cámaras; pero nunca pudieron llegar a acuerdo en la manera de llevar a cabo la reforma. La idea del senado fue confiar la tarea a un jurisconsulto que, en un espacio largo de tiempo, elaborara los diversos códigos, como capítulos de un plan general, a fin de que la legislación resultara uniforme. En la cámara, el plan del senado pareció irrealizable y se insinuaron diversas ideas que tampoco aunaron las opiniones. Al volver Portales al gobierno, los proyectos sobre reforma de la legislación se encontraban en el estado que los había dejado cuatro años atrás. Con fecha 14 de noviembre de 1836, mandó a las cámaras el proyecto de ley de régimen interior, cuya confección había encargado a Irisarri<sup>56</sup>. Este proyecto sólo fue ley ocho años más tarde, en 1844.

El 31 de enero de 1837, el congreso concedió al ejecutivo facultades extraordinarias, que, evidentemente, sólo se refirieron a la conservación del orden en el interior y a las exigencias de la guerra

---

<sup>56</sup> Un deudo de Mariano Egaña nos dio la información, acogida por Sotomayor Valdés, de que aquél había redactado el proyecto primitivo; y que Irisarri, por deseos de Portales, lo habría revisado para acortarlo. Aunque la burla que entraña el hecho de entregar el proyecto de un legislador, para corregirlo, a un adversario con el cual se odiaban mortalmente, no está fuera de las truhanerías incorregibles de Portales, nos inclinamos a creer que, si Egaña pensó, redactar o redactó un proyecto sobre la materia, es independiente del de Irisarri. En cuanto al hecho de que Irisarri sea el autor del proyecto presentado por el ejecutivo al congreso. Barros Arana lo afirmó, sin excluir la hipótesis de la revisión. En el Archivo Nacional hay una carta de Irisarri, de 4 de diciembre de 1835, al intendente de Colchagua, en la cual le dice que tiene que permanecer en Santiago por que el gobierno le ha encargado redactar el "Código de Régimen Interior, Escrito lo anterior señor Ricardo Donoso ha encontrado el oficio firmado por Portales, que encomienda a Irisarri la redacción del proyecto de Código de Régimen Interior. Este oficio tiene fecha 11 de noviembre de 1835; y contiene instrucciones que no dejan dudas sobre la naturaleza del encargo a Irisarri, que fue redactar un proyecto y no corregir uno existente.

con la Confederación. Portales les dio mayor alcance, y las aprovechó para introducir en la legislación las reformas que contaban ya con proyectos más o me nos elaborados. Junto con promulgarse la ley que concedía facultades extraordinarias, creó por decreto de 1° de febrero de 1837 el ministerio de justicia, culto e instrucción pública; modificó la planta de empleados y distribuyó racionalmente las materias que eran de la incumbencia de cada uno de los cuatro ministerios en que quedaron distribuidos la administración y el gobierno.

Al día siguiente dictó un nuevo decreto que obligó a los tribunales a fundamentar las sentencias y a citar la ley en que se apoyan.

El día 15 fijó por otro decreto las exigencias que debían llenar los empleados de los ministerios, cuyo texto es el siguiente: "Siendo de absoluta necesidad para el acertado y pronto despacho de las secretarías de estado, que los oficiales empleados en ellas tengan, además de las buenas costumbres y decente comportación tan indispensables en todos los destinos públicos, una educación literaria que los haga capaces de desempeñar las varias funciones y trabajos que les son ordinariamente encargados; con las facultades que me confiere el artículo 161 de la constitución y la ley de 31 de enero del presente año, decreto: "Art. 1." Ninguno podrá ser admitido en clase de oficial de número o auxiliar en cual quiera de las secretarías de estado, sin estar completamente instruido en la gramática y ortografía castellanas, en la constitución del estado y algunas de las principales lenguas vivas de Europa; 2." Para que alguno sea admitido en clase de oficial de número de las secretarías

del interior, relaciones exteriores y de justicia, deberá haber cursado filosofía, literatura, legislación, derecho natural y de gentes y derecho civil. Para obtener colocación en la secretaría de justicia se necesita además haber cursado derecho canónico y el conocimiento de la lengua latina; 3." Para que alguno sea admitido en clase de oficial de número en la secretaría de hacienda, se exigirá el conocimiento de la aritmética, de la teneduría de libros, de los reglamentos fiscales, de la legislación y economía política; 4." Para que alguno sea nombrado oficial de número en la secretaria de guerra y marina, se necesita tener el conocimiento especial de las ordenanzas militares para el primer departamento, y de las navales para el segundo; 5." Además de los oficiales de número señalados a cada ministerio en decreto del 1." del mes corriente, habrá oficiales auxiliares cuando y en el número que los trabajos de cada ministerio exigieren; 6." Estos oficiales auxiliares no podrán optar a las plazas de número vacantes, si no probasen estar en posesión de las aptitudes que por los artículos precedentes se requieren para servirlos; 7." Las aptitudes que se exigen a los que hayan de ser empleados en las secretarías de estado, se comprobarán por los boletos de exámenes y aprobación que deben haber obtenido del rector del Instituto Científico de Santiago en los tiempos en que los hayan rendido, y además, por un nuevo examen acerca de la teoría y práctica de las materias respectivas ante una comisión que el jefe de la secretaría nombrará al efecto, y que él mismo presidirá, si le fuese posible; 8." Los oficiales de número actualmente empleados en las secretarías de estado, que carezcan de los conocimientos que se

exigen en esta disposición, conservarán, sin embargo, sus destinos, pero deben poseer precisamente estos conocimientos para sus ascensos".

Finalmente aprovechó la parte que ya tenía redactada Egaña de su proyecto de "Ley de Administración de Justicia y Organización de Tribunales" para ponerlo también en vigencia. Comprendía esta parte las causas de implicancia y recusación de los jueces, las causas de nulidad de la sentencia y el procedimiento del juicio ejecutivo.

El gobierno acordó regalar a Egaña, en recompensa de su trabajo, una pequeña tabaquera de oro para el uso del rapé.

\* \* \* \*

Resultante necesaria de sus ideas renovadoras y de su concepto de la sanción, fue el afán de Portales por resolver el problema penitenciario. Dentro de la impunidad criminal, que se convirtió en una prolongación de la impunidad política, durante los siete años de anarquía, el problema del régimen carcelario careció de importancia. Pero dentro de la severa sanción de Portales, pasó a ser algo fundamental.

No existían en la república edificios adecuados para cárceles, ni el país, agotado, podía sufragar los gastos de su construcción en gran escala. Se creyó por algún tiempo en la posibilidad de organizar el antiguo presidio de Juan Fernández en condiciones que ofrecieran seguridad. Mas, la vigilancia y el abastecimiento de un presidio numeroso, ubicado en una isla, a más de seiscientos kilómetros de Valparaíso, resultó difícil después de la disolución de la escuadra; y

la seguridad, que siempre fue dudosa, se tornó ilusoria desde el momento que aumentó el número de presidiarios. Las sublevaciones se hicieron frecuentes. En 1831 había estallado la encabezada por el capitán Tenorio, que originó el saqueo y la comisión de todo género de ultrajes en Copiapó; en 1834, los reos derrotaron a la guarnición, y apoderándose de la goleta "Estrella", desembarcaron en las costas peruanas; y en 1835, se fugaron de nuevo a Arauco, donde fueron felizmente capturados.

Portales participaba de las ideas penitenciarias que conciben las cárceles como establecimientos de regeneración y enmienda del delincuente; y creía que éste no debía gravar a la colectividad con su peso muerto. Logró abrir camino a su concepción, a través de las ideas tradicionales que dominaban en nuestro ambiente. Pero la falta de recursos y la precipitación de los acontecimientos que determinaron la guerra con Santa Cruz, le impidieron experimentar las dificultades prácticas del régimen, que, tal vez, su genio organizador habría dominado, y la mediana eficacia de los métodos regeneradores, que seguramente habrían exasperado su vehemencia. Mientras iniciaba su propósito, ideó un régimen provisional. Clausuró el presidio de Juan Fernández, y destinó la parte de los presidiarios que no cabían en las cárceles del continente, a ser ocupados en trabajos públicos. Para la seguridad de los más peligrosos, acompañaban a cada cuadrilla carros cerrados por barrotes de hierro, en los cuales se les hacía dormir. Estos aparatos hirieron vivamente la imaginación popular, y las autoridades se empeñaron en aumentar el terror a los carros

creyendo encontrar en la explotación de este recurso un auxilio contra la criminalidad. Desde el punto de vista meramente humano, la condición del presidiario mejoró con relación a la de los que permanecían en los pudrideros morales y físicos que constituían las cárceles de la época. En cambio, ni la seguridad ni los resultados regeneradores del trabajo, correspondieron a las expectativas del ministro.

\* \* \* \*

Durante su segundo ministerio, desarrolló Portales una enérgica política de reorganización de la iglesia. Nombró un comisionado para traer misioneros de Italia, destinados a suplir la falta de pastores, que había llegado al extremo de que en las provincias de Valdivia y de Chiloé sólo era posible mantener dos curatos; y en la última sólo había tres sacer dotes. En 1836 creó dos nuevos obispados, uno en Coquimbo y otro en Chiloé; y erigió en arzobispado la silla episcopal de Santiago, enviando las preces del caso, pero sin gravar las arcas fiscales con las nuevas instituciones religiosas.

El extraño contraste entre estas medidas y la incredulidad y el volterianismo del estadista, ha inducido a suponer que con ellas sólo quiso halagar la religiosidad de Prieto y de Tocornal, o mortificar a sus ex partidarios caídos en des gracia, que habían izado la bandera de la indiferencia religiosa. Esta suposición es una ¿nuestra más de la inverosímil pequeñez de criterio con que ha sido siempre enfocado el genio creador de nuestra nacionalidad. Portales, como Bonaparte y como todos los grandes genios políticos,

vio siempre en la religión un poderoso instrumento de gobierno y un agente insustituible de civilización y de progreso moral, con absoluta independencia de la verdad racional del dogma, Ahora era el segundo móvil el que lo empujaba. Volvía al gobierno animado de un espíritu de austeridad en las costumbres, que se había impuesto a sí mismo y que quería imponer por sugestión a la república entera. Su intuición, infalible en las grandes líneas de la política, divisaba en la religión el instrumento más eficaz para el cumplimiento de su designio.

Persiguiendo las mismas finalidades, llamó a los funcionarios de provincias y a los grandes terratenientes que le eran adictos, y les impartió instrucciones de una sencillez y de una eficacia admirables, encaminadas a levantar gradual mente el nivel moral y a mejorar las condiciones del pueblo. En esencia consistían en despertar en los funcionarios y en los señores feudales, la conciencia del deber social que les imponía su cargo o su superioridad, y el de inculcarles la religión de la justicia y de la protección del débil contra las vejaciones del poderoso y de la cooperación en el alivio de las miserias, al mismo tiempo que los estimulaba a combatir los vicios y el desorden con sanciones no menos enérgicas que su acción protectora <sup>57</sup>

Dentro de este propósito, dirigió el 4 de julio de 1836 una curiosa circular a los intendentes de provincias, que se refiere sólo a un aspecto del problema de la moralización, pero que merece reproducirse, porque refleja el pensamiento que la preside.

---

<sup>57</sup> Informaciones de Francisco Encinas Echeverría, de Agustín Gabriel Jordán y de Antonio Vergara Albano

"Persuadido —dice— S. E. el presidente de los graves males que origina a la moral pública y al bienes tarde muchos individuos la costumbre generalizada en toda la república de celebrar las pascuas, la festividad de los santos patronos y la de corpus cristi, formando habitaciones provisionales, a que se da el nombre de ramadas y en que se presenta una aliciente poderoso, a ciertas clases del pueblo, para que se entreguen a los vicios más torpes y a los desórdenes más escandalosos y perjudiciales: de que por un hábito irresistible concurren a ellas personas de todos sexos y edades, resultando la perversión de unos y la familiaridad de otros con el vicio, el abandono del trabajo, la disipación de lo que éste les ha producido, y muchas riñas y asesinatos: de que los pueblos no deben aumentar sus propios arbitrios a expensas de la moralidad de ellos mismos, por muy dignos que sean de la atención de las municipalidades los objetos a que los destinen, mayormente cuando, en virtud de la parte 8.<sup>a</sup> del artículo 128 de la constitución, pueden proponer los que juzguen convenientes para reponer la suma que les produce el remate que se ha acostumbrado hacer de las plazas para tan pernicioso uso; y de que no puede permitir que subsista por más tiempo la causa de males tan graves y de tanta trascendencia, estando en sus facultades hacerlas cesar, sin que dar responsables a ellos, ha resuelto prohibir absolutamente en todos los pueblos, de la república que se levanten dichas ramadas en los días señalados y en cualesquiera otros del año ..."

\* \* \* \*



Tocornal había realizado, dentro de la medida que lo permitían los recursos, las avanzadas ideas de Portales sobre el mejoramiento de la enseñanza ya expuestas durante su primer ministerio, desmintiendo los temores que Rengifo y otros liberales abrigaron en el momento de su designación. Al esbozar Portales, en la memoria de 1836, la enorme jornada que aún quedaba por recorrer, pudo dejar constancia con satisfacción de la parte ya realizada. "No es menester — dijo, refiriéndose a la enseñanza primaria— decir a los legisladores el espacio inmenso que tenemos todavía que recorrer para darle toda la extensión conveniente, esto es, para ponerla al alcance de la clase más pobre hasta en los más remotos ángulos de la república; ni me parece necesario recordar las dificultades que hay que vencer para tocar este último término, que es, sin duda, el que debemos proponer nos, por más distante que parezca su realización ... La enseñanza primaria, como sucede más o menos en todas partes, está distribuida con bastante desigualdad sobre el territorio chileno; pero lo que a primera vista se extraña, es que no sean siempre ni los departamentos más ricos, ni los más cercanos al centro de recursos de la capital los más favorecidos en este reparto ... En las ocho subdelegaciones de la capital el número de los niños de ambos sexos que frecuentan las escuelas primarias forman como los dos tercios y en todo el departamento de Santiago como la mitad del término medio de la Francia. Mas, aunque no en todas partes es igual el progreso y en ninguna sea bastante rápido para contentar el anhelo del gobierno, cada año vemos ensancharse el ámbito que abraza en la masa del pueblo la educación primaria;

cada año se levantan nuevos establecimientos de esta especie; y aun las clases ínfimas que no tuvieron la dicha de recibir estos primeros elementos de educación intelectual, han comenzado a sentir su precio y se manifiestan solícitas de ver extendidos sus beneficios a la generación que ha de reemplazarlas. Es necesario acelerar este movimiento; y para lograrlo importa, no sólo que se multipliquen las escuelas primarias, sino también que se mejore en ellas la enseñanza, por medio de maestros idóneos, de libros elementales adecuados y de buenos métodos. Al efecto, agregaba, se encarga a los agentes de la república en las naciones extranjeras que visiten y observen los establecimientos de esta especie, particularmente las escuelas normales; que den una noticia circunstanciada del método que se sigue en unas y otras, enviando sus reglas; y que remitan además al gobierno una colección escogida de los libros que se ponen allí en manos de los niños para ejercitarlos en la lectura y en los otros ramos de enseñanza, y de las obras religiosas y morales de más crédito, destinadas a la educación de uno y otro sexo".

El 18 de noviembre de 1835 había llevado a cabo la separación del Seminario y del Instituto, a fin de dar a aquel establecimiento el carácter propio del fin especial de su educación; y poderle imprimir gradualmente al segundo la tendencia laica de preparación para la vida, que estaba viva en el fondo de su pensamiento. Y síntoma de la distancia que mediaba entre la mentalidad de Portales y su época y no fruto de una mera obcecación, como supone Barros Arana, esta medida elemental había despertado la oposición tenaz de casi todos

los hombres cultos y avanzados, que veían en ella la ruina del Instituto.

\* \* \* \*

La intuición del porvenir lejano, que fue el rasgo saliente de sus concepciones políticas, movió a Portales a conceder importancia especial a la reorganización de la marina de guerra y al fomento de la mercante, como factores de la seguridad nacional y del desarrollo del comercio y de la navegación. Siendo gobernador de Valparaíso, había gestionado la creación de una academia náutica. En 17 de marzo de 1833 escribió a Garfias sobre este asunto. "He aquí —le dice— un negocio que voy a encargarle, y que no va a dejar piedra por mover hasta conseguirlo: vea Ud. a los ministros, al presidente y hasta a la Santísima Trinidad, si es necesario. Ante todas las cosas, debo prevenirle que en el año 1823 tomé mucho empeño en esta misma empresa, como lo sabe el ministro del interior, y sin duda la habría visto realizada si no se hubiera muerto el español Vila, que iba a ser el jefe. Entonces conseguí que el gobierno pagase al consulado 2.000 pesos anuales por vía de arriendo de su casa, que los gobiernos han destinado para los cuerpos legislativos, y el tribunal iba a contribuir a la empresa con estos 2.000 pesos y con 500 del arriendo de la casita que hoy ocupa Mendiburu y de que hice desalojar a Borgoño, que la ocupaba gratis en aquel tiempo. Con estas sumas y con 400 pesos anuales con que nos habíamos suscrito varios amigos, íbamos a poner manos a la obra, en que había que emprender el gasto de un salón que queríamos edificar en el castillo de San José. Hoy no hay necesidad de estos gastos,

porque el cabildo de Valparaíso se obliga a dar con sus fondos el edificio, útiles y los libros, de que el gobierno nos puede proporcionar algunos duplicados de la biblioteca. De manera que el gobierno sólo tendrá que costear los sueldos del director y el maestro y dar un inválido para portero. Si Salamanca ha de obtener despachos para nuestra marina, el gobierno no tendrá que pagar más que a Villegas y destinar en comisión a Salamanca para la enseñanza. Mucho he escrito a Ud. sobre una cosa que aún no sabe lo que es; pues, señor, es una academia de náutica, en que antes de dos años tendremos cien pilotos, para emplear en más de cincuenta buques mercantes que tiene Chile, mandados por extranjeros, lo que es una vergüenza; el gobierno tendrá cuantos necesite para su marina, y contará con la gloria de hacer una cosa tan útil y a tan poco costo. De este plantel sacará los guardiamarinas, y contará con oficiales científicos en todos los casos. Da pudor ver que no haya un sub alterno ni un guardiamarina de los actuales que sepan algo de pilotaje, y que sepan apenas de maniobra: uno y otro va a aprenderse en la escuela náutica. No se diga que el colegio militar de Santiago va a dar guardias marinos y oficiales de marina; es cierto que allí se aprenden los primeros principios elementales; pero después tendrían que gastar mucho tiempo en la práctica, cuando aquí todo se va enseñando a un tiempo. A más, el colegio nos daría pilotos para los buques mercantes, y se puede asegurar con certeza que los jóvenes que vinieran del colegio militar, sabiendo aritmética, álgebra, geometría y trigonometría plana y esférica, se quedarían como vinieron, porque a bordo nada avanzarían con los

comandantes de buques, que nada les enseñarían o porque no saben, o porque dirían con razón que eran comandantes de buques y no maestros. De manera que los jóvenes aprenderían cuando mucho la maniobra por la costumbre de verla, y en fin, querer que sean marinos con lo que aprendan en el colegio militar, sería lo mismo que pretender que lo fuese todo ese cardumen de agrimensores nuevos que han estudiado la parte de matemáticas que se enseña en la Academia Militar. Si el gobierno quiere, yo me encargaré de la inspección de la Escuela Náutica por los primeros seis meses o hasta dejarla en marcha; si no lo quiere, puede cometer dicha inspección al comandante general de marina o al cabildo. El Perú, en medio de sus agonías y de un déficit que asciende casi al otro tanto de sus rentas, mantiene una academia brillante, y Chile, ¿por qué, tan a poca costa, no se proporcionará un bien de tanto tamaño?

"El proyecto de reglamento que incluyo tiene muchos vacíos, y no está, por cierto, en el idioma reglamentario, pero es obra de una hora el mejorarlo.

"En fin, si por desgracia se ponen razones o inconvenientes, común ¡quémelos Ud. para contestarlos".

"Nada importa que no se me cometa la inspección de la academia; porque yo puedo irme a ella todos los días de entrometido, seguro de que no me echarán para afuera, y de que conseguiré con súplicas lo mismo que conseguiría con mandatos: mi empeño es ponerla en camino, que después marchará sola o con la inspección de otro menos templado o empeñoso para estas cosas".

Después de vencer infinitos obstáculos, Portales logró realizar su propósito por medio de la municipalidad de Valparaíso, con auxilio del vecindario. La academia, dirigida por José Villegas, ex comandante de la fragata de guerra "Prueba" y por el piloto 1° Domingo Salamanca, que sirvió gratuitamente como profesor de navegación, empezó a funcionar en 1834<sup>58</sup>.

Un mes después, con motivo del proyecto de desarmar el "Aquiles", que constituía casi toda la fuerza naval de la república^ volvió a escribir al mismo Garfias: "Tengo a la vista las dos de Ud. de 14 y 16 del que rige y contestándolas por su orden, digo: que si no se piensa dar destino alguno al "Aquiles", es muy bueno el pensamiento de desarmarlo; pero si consultando el honor y la respetabilidad del país, sin perder al mismo tiempo de vista el objeto de hacer marineros y oficiales para cuando se necesiten, se hubiese de mantener este buque, protegiendo unas veces el comercio de Chile en el Callao, otras visitando los puertos de Chiloé y Valdivia, a quienes siquiera, por medio de estas visitas de un buque de guerra, es necesario recordarles que el gobierno les tiene presente, que les espía, y que al favor de la distancia o del completo abandono en que acaso se crean, no puedan extraviarse sin que el gobierno sepa y castigue sus extravíos; si ha de mandarse a Guatemala a hacer las justas reclamaciones a que han dado lugar aquellos salteadores por los agravios inferidos al honor de Chile, y los ataques que han dado a la propiedad de las chilenos; si el buque ha de emplearse en visitar otros puertos del mismo Chile, encargado siempre de velar el

---

<sup>58</sup> Sotomayor Valdés afirma erradamente que la Academia Náutica sólo logró fundarse años más tarde.

contrabando en nuestras costas, que yo juraré que se hace, al menos de especies estancadas; si se trata, en fin, de conservar un buque que, sin duda, va a arruinarse en la bahía desarmado, y que cuando se necesite, será preciso volver a gastar en él una suma considerable, diga lo que quiera Ángulo, o cual quiera otro testimonio por respetable que parezca, yo opinaría por que el buque no se desarmase; mas, si pensamos marchar así, enterando la vida, sería una locura gastar tanto dinero para conservar un buque fondeado en la bahía inútilmente. Yo encuentro más necesario en nuestra posición un buque de guerra que un ejército; por grande y bueno que éste sea, podemos ser insultados impunemente en nuestras costas y en nuestros puertos mismos por un corsario de cuatro cañones que, mientras armábamos un buque desarmado, estaría ya en disposición de partirse de sus presas sin zozobra. Diga Ud. al ministro que si yo no me inclinara a hacer fortuna sin reparar en los medios, nunca pensaría en otra cosa que en poner cien hombres armados a bordo de uno o más buques mercantes para ir con toda flema y calma a sacarme de diez a doce mil quintales de cobre, que nunca faltan en los puertos despoblados de la provincia de Coquimbo. A estas e iguales empresas alienta el saber que en la re pública no hay un buque de guerra de algún respeto. Por otra parte, es de necesidad, en mi concepto, que el gobierno esté siempre en contacto, lo diré así, con los pueblos, por medio de un buque de guerra; se les infunde respeto, y también gratitud, cuando se les haga ver esta medida por el lado que tiende a cuidarlos y protegerlos.

"Digo, también, que si el buque no ha de navegar, de modo que él solo baste a dar una idea del orden del país, y de la atención que presta el gobierno a todos los ramos de la administración, es mejor que no navegue. Un buque en buen estado, y en el que se noten orden, arreglo y disciplina, hace formar en un puerto extranjero buen concepto del gobierno de que depende. Se ha creído que no es de importancia el mantener a bordo de un buque el piquete de infantería que traen todos los de guerra, y se quiere, más bien, pagar este mismo piquete en un cuerpo de infantería en tierra, en donde no es necesario, porque es lo mismo que un batallón tenga 350 plazas que 280; pero debe saberse que sin el piquete de infantería no puede conseguirse orden ni subordinación en los marineros; que esta familia es insolente e insubordinada por costumbre, y que sólo el freno del piquete los puede contener; la experiencia está acreditando esta verdad todos los días: actualmente tienen que estar a bordo del "Aguiles" ocho hombres de la brigada de artillería de esta plaza, que por su poco número, son burlados de los marineros, y que, a más, la circunstancia de tener que venir a tierra por su rancho al cuartel, dos o tres veces en el día, les hace más inútiles y pone al buque en dificultades para su arreglo y orden interior de su servicio". Desde su primer ingreso al gobierno, Portales había adoptado o inspirado diversas medidas de fomento de la marina mercante nacional, que se incorporaron a nuestra legislación; pero su resultado, sin ser nulo, se frustró como consecuencia de la pobreza y de la miseria que fue la resultante de los esfuerzos excesivos que O'Higgins pidió al país y de la



incapacidad de los gobiernos que le sucedieron. Los buques mercantes registrados como chilenos, apenas llegaban a ochenta y su tonelaje era muy reducido.

El 28 de julio de 1836 se promulgó una, ley que completó y reglamentó las medidas de fomento ya consultadas en las de cabotaje, comercio de internación y otras dictadas con anterioridad. Todo buque construido en astilleros nacionales o extranjeros que llegase a ser propiedad de chilenos naturales o legales, por este solo hecho era considerado chileno. En la reglamentación de la matrícula y de la patente, se exigió que la tripulación de los buques se compusiera, a lo menos, de una cuarta parte de marineros chilenos, proporción que debía elevarse a la mitad desde el 1.º de enero de 1838 y a las tres cuartas partes desde igual fecha de 1840. Después de doce años de promulgada la ley, los capitanes debían ser chilenos; pero la exigencia de nacionalidad se cumplía respecto de los extranjeros con un año de servicio durante la guerra y tres durante la paz en la armada nacional. Todo buque chileno debía llevar a bordo y mantener a su costa un alumno de la Academia Náutica de Valparaíso o de las que el gobierno estableciera en otro lugar de la república, y era obligación del capitán instruirlo en la maniobra y en la práctica de la navegación. En una de las medidas transitorias se declaró que continuaban gozando de los privilegios concedidos a los buques chilenos, los pertenecientes a extranjeros que ya tenían patente; y en otra se consultó cierta elasticidad en la cuota obligatoria de marinería nacional para el caso de guerra.

La escuadra formada por O'Higgins y por Zenteno a costa de grandes sacrificios, había corrido la suerte general del país y de sus nacientes instituciones. Un decreto de Freire y de José María Novoa ordenó vender la fragata "O'Higgins", que se había rebautizado con el nombre de "María Isabel" para borrar el recuerdo del ex Director Supremo, y las corbetas "Independencia" y "Chacabuco". Por otro decreto de 12 de abril del mismo año 26, se desarmó la escuadra, fueron licenciadas las tripulaciones y se dejó a medio sueldo a los oficiales, mientras se procedía a la reforma general. El 27 de septiembre de 1828, se ordenó rematar la fragata "Lautaro", el bergantín "Galvarino" y la goleta "Moctezuma". La primera, muy deteriorada, se convirtió en chata, el "Galvarino" fue varado en la playa y la goleta se vendió en 3.094 pesos y un real. El mismo decreto suprimió la comisaría y las oficinas de marina; y otro de fecha 24 de diciembre del mismo año, dispuso que se licenciara la tripulación del bote destinado a la comandancia general de marina. Estas medidas, en un país de la configuración geográfica y de la estructura económica de Chile, tomadas para aplicar el reparto de sueldos y a otros gastos inútiles los fondos arrancados a la miseria general, no sólo son un reflejo de la fisonomía moral del régimen que feneció en Lircay, sino también de la incapacidad y de la falta de instinto político de los gobiernos que sucedieron a O'Higgins.

La escuadra, reducida al bergantín "Aquiles" y a la goleta "Colo-Colo", era insuficiente para los servicios de vigilancia de los puertos y de los transportes de pertrechos y de víveres al presidio de Juan Fernández y a la zona austral del país. Tampoco bastaba para

imponer el respeto del pabellón a los buques que merodeaban en nuestra costa, ni ofrecía una defensa eficaz contra una agresión peruana. Por tales, que la veía venir desde hacía ya tiempo y que creía al país suficientemente repuesto de sus quebrantos para soportar un sacrificio moderado, obtuvo autorización del congreso para aumentar las fuerzas navales a dos fragatas, dos corbetas, un bergantín y una goleta; y para contratar un empréstito hasta por \$ 400.000. El país respondió patrióticamente al llamado; y suscribió parte del empréstito, dividido en cuotas de \$ 500, que ganaban el 4 por ciento de interés y tenían el 10 por ciento de amortización<sup>59</sup>. La captura de los buques que el gobierno peruano franqueó a Freire y de otras naves de la misma escuadra bajo los fuertes del Callao, realizó en forma imprevista esta parte del programa del ministro.

\* \* \* \*

Un error de Barros Arana, que Alberto Edwards' generalizó posteriormente, ha radicado exclusivamente en Rengifo la paternidad de nuestra organización financiera.

Tuvo ésta una paternidad triple. Para comprobarla basta revisar la correspondencia y la evolución de las ideas de cada uno de los actores. La concepción económica en que descansa y que más adelante se esbozará, pertenece exclusivamente a Portales. Suyas son, también, las líneas generales de la gestión financiera. En cambio, la parte técnica y legal, salvo de talles que fueron sugeridos directamente por Portales o idea dos más tarde por Tocornal, es

---

<sup>59</sup> Refiriéndose a lo bajo del interés, la circular en que se pidió" al país la suscripción del empréstito, dice que "el gobierno no se halla en el caso de ofrecer condiciones que pudieran presentar un aliciente a-la codicia".

obra exclusiva de Rengifo. Su actuación fue la de un experto de hoy, que da forma a las concepciones del estadista, sin ser el estadista mismo.

La realización práctica pertenece de derecho a Tocornal. Dotado de aptitudes administrativas superiores, fue el verdadero creador del equilibrio en los presupuestos y de la regularidad en los ejercicios financieros. Es un aspecto de interesante personalidad que ha relegado injustamente al olvido el relieve de su larga y afortunada actuación política. No obstante, ella, lo misma que la de Rengifo, pertenece a la historia de la administración Prieto. Hemos hecho la rectificación sólo para insistir una vez más en las consecuencias del error, tan arraigado en nuestros historiadores, de creer que la documentación oficial encierra siempre la realidad histórica, que en este caso, como en casi todos, está bastante lejos de ella.

La vuelta de Portales al gobierno hizo imposible la lucha contra la reelección del general Prieto para el nuevo período presidencial. El gobierno por sí solo, sin necesidad de intervenir en las elecciones, como más tarde se vio forzado a hacerlo, para triunfar con gran mayoría, sólo necesitaba contar con la neutralidad de Portales. Sumadas las fuerzas que le daba su enorme prestigio a las del gobierno, representaban a lo menos el 90 por ciento del electorado.

Algunos espíritus ilusos, como Pedro Félix Vicuña, pro curaron sin éxito mover la opinión. Nicolás Pradel, ligado a la política de Santa Cruz por intermedio del ministro Méndez, intentó hábilmente una reviviscencia del espíritu penquista, adormecido, pero no muerto, levantando la candidatura del general Cruz. En su periódico "El

Barómetro", emprendió una campaña, recomendando a Prieto, con cierto di simulo, que cediera la presidencia a su sobrino, que aunaba mejor los diversos sectores de la opinión. Lo que se perseguía, en realidad, era dividir al ejército y provocar la anarquía que Santa Cruz necesitaba. Se llegó en este terreno hasta proponer a Cruz un golpe militar que éste rechazó<sup>60</sup>.

El gobierno, no sólo se abstuvo de intervenir, sino que en sus deseos de acostumbrar al pueblo al ejercicio de los derechos cívicos, lo estimuló a calificarse. A pesar de estas exhortaciones, no concurrió al acto en la medida que se aguardaba. No fue esta abstención reflejo de la impopularidad del presidente, sino manifestación de la indolencia criolla. Como observa con mucha exactitud Sotomayor Valdés, los partidarios del gobierno, viendo asegurados el orden y la estabilidad, en buena parte no se dieron la molestia de calificarse; y los opositores, sintiéndose en minoría abrumadora, no tuvieron ningún interés en luchar. Habiendo revestido la abstención los caracteres de un fenómeno general, los resultados de la elección reflejaron aproximadamente la voluntad nacional. El escrutinio de la votación, practicado por el congreso el

---

<sup>60</sup> La clausura de "El Barómetro" y el duro tratamiento que recibió su redactor, fueron originados por sus concomitancias con Méndez, y no por la independencia de sus opiniones políticas. El periódico "Paz Perpetua", cuyo primer número apareció el 14 de marzo de 1836, no sólo inició el ataque contra la reelección de Prieto, sino también contra la constitución de 1833, en forma más recia que "El Barómetro"; y, sin embargo, Portales, que no advirtió en él concomitancia con Santa Cruz, se opuso a su clausura. "Cuando era más poderoso el influjo del ministro Portales —dice el redactor de este periódico— sus amigos le vieron para que acusara el segundo cuaderno ... el ministro oyó a todos y después les dijo que no fueran tan idiotas, que el escrito nuestro decía la verdad, que en jurí te pondría más auténtica su evidencia, que la discusión excitaría con vencimiento en personas que jamás se habían fijado en estas materias, y que él miraría como a un venal y corrompido al jurado que condenase lo que calculaba una verdad incontestable" ("Defensa de Pedro Félix Vicuña ante el Jurado de Valparaíso", p. 28)

30 de agosto de 1836, arrojó 143 votos por Joaquín Prieto, 11 por José Miguel Infante, 2 por José Manuel Borgoño, 1 por Domingo Eyzaguirre y 1 por Diego Portales.

Con la reelección de Prieto se cierra el esbozo de la actuación interna de Portales durante su segundo ministerio. Con ser considerable la importancia de lo realizado, casi desaparece, ante la trascendencia de la tradición que dejó fundada y que continuó su obra después de desaparecido el genio creador.

Queda por reseñar su política exterior, que la generalidad de los historiadores han considerado como un simple episodio de su lucha por la consolidación del orden. Portales había vuelto al gobierno con la vista fija en el escenario Perú-boliviano. La intuición le había señalado la fragua en la cual debían forjarse los contornos del alma nacional que iba a surgir de su calvario del Barón. El pueblo chileno, cuyas virtudes cívicas y cuya sensatez debían formar durante sesenta años contraste con la incapacidad política hispanoamericana, como todas las creaciones de la historia, surgió de la guerra. Sin las intuiciones de Portales y sin su asombroso poder de sugestión, no habría conocido la América el régimen que es su título de orgullo; y Chile, eliminada su capa civilizadora por la anarquía, arrastraría hoy la existencia de una desvalida provincia boliviana o mejicana. La política que condujo a resultados de tamaña trascendencia, merece capítulo aparte.

## Capítulo IX

### La guerra contra la Confederación Perú-Boliviana

*Aspiraciones a la reconstitución del virreinato del Perú: Santa Cruz y Gamarra.— Santa Cruz derrota a Salaverry y de clara establecida la Gran Confederación Perú-Boliviana.— Sentido de la expansión exterior del nuevo Estado.— Portales cree ineludible la guerra contra la Confederación.—Hostilidades comerciales y ruptura del tratado de amistad, comercio y navegación entre Chile y el Perú.—Política peruana de descomposición interior de Chile.—Debilidad de la posición de Portales.—Esfuerzo de O'Higgins para evitar la guerra. — Captura sorpresiva de tres buques de la marina peruana. — Garrido pacta sin autorización con Santa Cruz y el gobierno chileno rechaza el pacto. — Misión de Egaña 435 y declaración de guerra. — Gestión privada de Olañeta en Santiago. — Negociación de alianza con el gobierno de Buenos Aires; Rosas declara separadamente la guerra a Santa Cruz. — Gestiones ante otros gobiernos americanos. — Falta de recursos del gobierno chileno para sufragar los gastos de la guerra. — Organización del ejército expedicionario contra Santa Cruz.<sup>61</sup>*

---

<sup>61</sup> Tanto Lastarria como Vicuña Mackenna, siguieron en la narración de la génesis de la guerra del 37, según ya se ha advertido, el manifiesto de Quito, documento en que Santa Cruz deforma diestra los hechos desde el punto de vista ético del blanco. Como era inevitable, se formaron un juicio, hoy generalizado en América, por un lado, empequeñece la gran figura incaica de Santa Cruz, y por otro, coloca a Chile en la desmedrada posición de agresor movido por pequeñas pasiones propias y extrañas. En 1898, un deudo nuestro, nos facilitó una colección de copias de documentos oficiales de los gobiernos peruano y boliviano y de cartas de Salaverry, de Gamarra, de Herrera, de Orbegoso, de Santa Cruz, de Moran, de Méndez, de Novoa, de Freire, de O'Higgins, del Bilbao y de numerosas personas de menos importancia, relacionados con los sucesos que provocaron la guerra de 1837, que perteneció al comandante Juan de Dios Romero. Su nieto Matías Romero, a quien consultamos en un viaje que hizo desde Caracoles, creía que se trataba de copias de documentos y de cartas interceptadas u obtenidas clandestinamente por orden del gobierno chileno. Creemos más pro bable que Romero, que fue secretario del estado mayor general del ejército chileno durante la campaña de 1838, haya recibido encarga de reunir las cartas y de copiar los documentos que figuran en el legajo, o que, privadamente, haya copiado éstas de los archivos peruanos y bolivianos y recogido aquéllas de

*'La guerra es la creación de todas las cosas grandes. Todo lo importante y significativo en el torrente de la vida nació de la victoria y de la derrota'. —Spengler.*

*"No hay ni sombra de respeto por la patria: sólo impulsan los actos de todos la ambición, el interés personal o el anhelo de satisfacer venganzas..."*

*"Como Vivanco han sido y son todos los revolucionarios peruanos. Niños mal inclinados y peor educados con pretensiones de hombres de mérito. Todos ellos, Gamarra, Orbegoso, Salaverry,*

---

manos de antiguos o'higginistas, en cuyo número se contaba, y de los mismos pipiolo, de quienes nunca estuvo distanciado y en cuya camaradería debe haber vivido en Lima después de Yungay.

Ajenos en esa fecha a la idea de que alguna vez pudiéramos utilizar históricamente tan valioso material, y seguros de que el legajo, según nos manifestó su propietario, iba a ser obsequiado a Sotomayor Valdés, que preparaba la segunda edición de su historia, nos limitamos a leer, con mucha atención, los documentos y las cartas. De este estudio surgió un concepto enteramente diverso del de Lastarria y Vicuña Mackenna sobre la génesis de la guerra de 1837, y que coincide, fundamentalmente, con el de Sotomayor Valdés. Por desgracia, el dueño de esta valiosa colección falleció en San Antonio de Atacama sin haber remitido a Sotomayor el legajo. Las más activas diligencias no nos han permitido encontrar rastros de él. En la "Historia del Perú Independiente", de Paz Soldán, en la cancillería chilena, en "El Eco del Protectorado" y en "El Araucano", hemos encontrado varios de los documentos que figuraban en las copias y que son los mismos elementos que utilizó Sotomayor. Pero nos ha sido imposible reponer con otras fuentes, los datos claros, precisos y concluyentes sobre la generación del conflicto, que fluían de la correspondencia. No pudiendo apoyarnos en el testimonio de documentos privados que parecen definitivamente desaparecidos, hemos narrado los sucesos sin apartarnos de la verdad que fluía de ellos, pero apoyándola en los documentos oficiales y en las pocas cartas privadas que se han conservado.

En la cancillería argentina hay una abundante documentación sobre la guerra del 37. En general, proyecta poca luz sobre el aspecto chileno del conflicto. No obstante, los apuntes que ornó Parifco Encinas de esta documentación, nos han sido útiles para formarnos idea de Santa Cruz, de sus proyectos y de sus métodos.

Finalmente, Vicuña Mackenna alcanzó a reunir una colección de copias con el propósito de rehacer su narración del conflicto del 37 en "Don Diego Portales". No hay en ella nada nuevo; pero no deja de ser curiosa, porque su examen revela el propósito del autor de rectificar su versión anterior.

Está en el Archivo Histórico Nacional, fondo Vicuña Mackenna, vols. 123 y 124.



*Bermúdez, Nieto, Vivanco, Torneo, Lafuente, San Román, Vidal, Laso, Menéndez, Castilla, etc., se creyeron en la obligación de escribir explicaciones, defensas, manifiestos, alcances, exposiciones, etc., iguales en agresividad, virulencia y ampuloso estilo, en que se dan a conocer los unos a los otros. Todos ellos atacaron con las armas a las autoridades únicamente por amor a la patria y por espíritu de sacrificio, todos ellos, al hablar de sí mismos, se exhiben como dechados de pureza y abnegación; sus enemigos son los malos, los traidores, los ladrones, los criminales, los bandidas. En esta serie lamentable de folletos está escrita la historia de este país y de los hombres de la época" (Lima, 1842). J. B. Popalair, barón de Terloo.*

El territorio dividido hoy entre Perú, Bolivia y Ecuador, había sido asiento del gran imperio incaico, cuyos ejércitos subyugaron parte de la Argentina y de Chile. El recuerdo de este imperio subsistió con mucha viveza a través del coloniaje, pero casi destituido de vitalidad política. La rebelión de José Gabriel Tupac-Amaru fue eco póstumo de un pasado que parecía desvanecido, a lo menos en su fuerza expansiva exterior. Al recuerdo del poderío incaico se sobrepuso durante el coloniaje un sentimiento de supremacía jerárquica respecto de los demás países sudamericanos. La riqueza del territorio en metales preciosos, la seguridad y las comodidades

que Lima ofrecía a la vida social, la prioridad de cultura y la predilección misma que España mostró por este virreinato, crearon en el peruano un sentimiento de superioridad dentro de la América española. En 1914, recordando el pasado, una espiritual dama limeña nos repetía todavía la frase en que se condensó este concepto: "Cuando en Lima los mulatos andaban con medias de seda, los caballeros andaban en Chile con ojotas y en Argentina a patas".

El azar histórico reunió el recuerdo, largos siglos aletargado, del poderío incaico con el sentimiento de la superioridad jerárquica americana, muy vivo en las altas clases Perú-bolivianas, en dos mestizos de muy diverso valer, que debían disputarse encarnizadamente la realización del sueño de hegemonía que había implícito en aquel lejano poderío y en este inmediato orgullo. Ambos concibieron la idea de reconstituir el antiguo virreinato uniendo al Perú y a Bolivia; y organizando un poder respetable cuya fuerza expansiva se desbordara hacia el norte, hacia el suroriente y hacia el sur, siguiendo los caminos ya trazados por los ejércitos incaicos, a medida que las oportunidades se presentaran. En el primero, el general Agustín Gamarra, hijo de español y de indígena, el desequilibrio entre la concepción -y las aptitudes era grande. Ambicioso, inteligente y disimulado; con ese fondo moral aborígen, que el blanco, en la imposibilidad de penetrar, calificaba de arteria o de ausencia de sentido moral, carecía de las dotes superiores de genio que la empresa requería. Había gobernado el Perú entre 1829 y 1833, en un momento propicio para la realización

de su deseo. Luna Pizarro, Mariátegui y demás anti bolivarianos se habían sacudido del Libertador en enero de 1827; y el propio Gamarra, derribando a Sucre en Bolivia, había concluido con los últimos restos de la tutela colombiana. Pero su carácter violento e impetuoso no le permitió esperar la descomposición, ya inminente, del poder de Bolívar, para adueñarse sin riesgos, de sus despojos. Para apoderarse del Ecuador, instigó al presidente La Mar a declarar la guerra a Colombia, cuando los zarpazos del ejército colombiano, ya en estertores, eran aún temibles; y Sucre lo derrotó en "El Portete de Tarqui", poniendo por el momento a raya sus ensueños expansionistas. Tampoco fue capaz de dominar las facciones en su propio país; y, al fin, vencido por Salaverry, llegó prófugo a mendigar asilo de su rival.

La lucha sorda entre Santa Cruz y Gamarra por la realización del propósito de hegemonía americana que les era común, no podía prolongarse: la desnivelación de las capacidades era demasiado grande. Gamarra continuó alentando la esperanza de supeditar a Santa Cruz, mediante la astucia, desde el cautiverio mismo. Pero su situación era la de un ratón en las garras de un gato.

El segundo, el mariscal Andrés de Santa Cruz, era, como Gamarra, también un mestizo, hijo de español y de María Calahuinana, cacica de Huarina, que pretendía descender de los antiguos emperadores del Perú. "Santa Cruz había crecido oyendo las tradiciones encantadoras de los soberanos que su madre le daba bonitamente por progenitores, y oyendo igualmente la grandeza y poderío de las majestades castellanas para quienes habían sido conquistados estos

reinos". Sin las brillantes condiciones de caudillo de Bolívar, excedía en las aptitudes políticas a la totalidad de los gobernantes hispanoamericanos de su tiempo. La sangre española y aborígen en uno de los imprevistos resultados de los cruzamientos, se combinaron en el sentido de completarse. Frío, enérgico, sagaz y perseverante; impenetrable para el blanco en su fondo moral; profundo conocedor de los hombres y de la psicología de los pueblos; sin entusiasmo ni aptitudes militares, reemplazando una batalla por una celada cada vez que podía; no combatiendo jamás de frente las dificultades que podían rodearse; siempre dispuesto a subscribir los compromisos que le imponían las circunstancias, "reservándose en su alma el quebrantarlos o el burlarlos cuando así le conviniera"; y generosamente favorecido por la naturaleza con las dotes que hacen al organizador de pueblos, Santa Cruz reunía todas las condiciones necesarias para la realización del grandioso plan que había concebido.

Dueño del gobierno de Bolivia, después del asesinato del general Blanco, creó el orden, organizó las finanzas y formó un ejército, convirtiendo el caos que siguió a la caída de Sucre en el poder más respetable de la América del Sur.

\* \* \* \*

Libre de Gamarra, Santa Cruz se encontró con Salaverry estorbándole el camino. El ímpetu, el valor temerario y la audacia alocada del joven caudillo, le habían dado un momentáneo predominio sobre las facciones peruanas y un poder que, aparentemente, podía enfrentar el de Santa Cruz y frustrar sus

propósitos de reconstitución del virreinato. Entre los engañados, figuró el gobierno de Chile, dirigido por Tocornal y Rengifo.

El genio de la intriga, que había en Santa Cruz minó, como por obra de magia, la situación de su rival; y su aparente poderío se derrumbó como castillo de naipes. Soltó a Gamarra para que creara un poder rival al de Salaverry, porque así convenía a sus miras políticas de fraccionamiento del Perú; y apenas lo vio al frente de cuatro mil hombres, restados al poder de Salaverry, lo atacó y lo aniquiló en Yanacocha en poco más de dos horas de combate. Después de una serie de marchas estratégicas, en que los dos rivales mostraron su escasa capacidad militar, Santa Cruz acorraló a Salaverry; lo derrotó en las alturas de Socabaya el 7 de febrero de 1836; y el 18 del mismo mes fusiló en la plaza de Arequipa a los generales Felipe S. Salaverry y Juan Pablo Fernandini y a los coroneles Gregorio del Solar, Manuel Rivas, Juan Cárdenas, Camilo Carrillo, Manuel Valdivia, Manuel Moya y Julián Picoaga, "por haber usurpado la soberanía nacional". Los fusiló, no por crueldad, sino por necesidad política. Cuatro siglos atrás, sus dulces antepasados, los incas, procedían de igual manera.

Estos triunfos militares se subordinaron desde el primer momento a la realización del plan político; a la necesidad de producir en el Perú la disolución del espíritu de nacionalidad, todavía muy poco consistente, para substituirlo por el 'más amplio de la integración en un gran estado heredero del virreinato, cuya grandeza y poderío quería renovar. La forma cómo Santa Cruz manejó las facciones, los sentimientos y los intereses peruanos para hacerlos converger hacia

su propósito superior, no ha sido aún esbozada por historiadores dotados de la penetración psicológica necesaria para comprenderla y bastante libres de prejuicios sentimentales y morales para no deformarla. Queda fuera de esta obra semejante tarea; pero en la política exterior vuelven a entrar en juego la misma sagacidad, la misma audacia tranquila y segura, el mismo conocimiento de los hombres y de los pueblos y el mismo disimulo, que muchos años más tarde engañarán, todavía, no sólo el alma crédula de Vicuña Mackenna, sino hombres que presumieron de sagaces.

Un decreto dado en Lima el 28 de octubre de 1836, declaró establecida la Confederación Perú-Boliviana. Bolivia y el Perú, dividido este último en dos estados diferentes, bajo el protectorado de Santa Cruz, unidos en una forma federal, que era sólo una transición hábil hacia la unidad nacional completa, reconstituyeron el antiguo virreinato. El manifiesto a los gobiernos de América, al noticiarles el hecho, recalca los propósitos profundamente pacíficos que inspiran a la nueva entidad nacional. Los gobiernos sudamericanos deben mirarla sin inquietud: es una garantía de orden y un dique contra la anarquía.

El estudio atento de la psicología indígena-española de Santa Cruz y de la forma cómo se exteriorizó, permite reconstituir con bastante certidumbre su propósito, siempre que nos despojemos del hábito de traspasar a los pueblos razas extrañas nuestras propias ideas, nuestros sentimientos; y nuestras normas morales. La reconstitución del imperio incaico, con su genio organizador y expansivo, es la idea maestra de toda su actuación política. Pero es una reconstitución

gradual, segura, en que nada se arriesgará por precipitación o por impaciencia. El camino se lo trazaron ya los incas; ellos le legaron, también, con la constitución mental, los métodos. Primero, el afianzamiento de la fusión de los tres estados ya unidos, consolidándolos con una política hábil, con la reconstitución financiera y con el sometimiento a las mismas leyes y códigos. En seguida, la acción exterior, lenta, segura, aprovechando cada oportunidad o provocándola diestramente.

Su preocupación por la inquietud extraña es el reflejo involuntario del pensamiento oculto, del propósito fríamente meditado de expansión y de predominio continental, que heredó con la sangre. Tiene que mirar en tres direcciones. Hacia el norte nada teme. El poder colombiano acabó con Bolívar. Tomará el Ecuador cuando quiera, y querrá cuando consolide la situación interior y cuando el hecho no alarme al vecino del sur. Orbegoso, en una expansión con el cónsul chileno Lavalle, le contó que Santa Cruz había pensado promover una revolución en el Ecuador; pero que, después, había resuelto esperar que se consolidara más la situación interna Perú-boliviana.

Por el sureste, Rosas es un gran poder aparente, Santa Cruz sabe que nada puede esperar de él. Las pretensiones argentinas a la provincia de Tarija y al territorio del Chaco entre el Bermejo y el Pilcomayo, hacen imposible todo entendimiento. Además, conforme a su táctica favorita, hace tiempo que ha iniciado la campaña de descomposición interna de la Argentina. Rosas lo sabe; y en su impotencia para agredirlo y aun para devolverle la mano, minándole

la situación interna de Bolivia, le detesta, y está listo para unirse a los demás enemigos exteriores del Protector. Pero esta hostilidad no le preocupa. Las campañas de la independencia, en que él participó, al servicio del rey primero, y de la revolución más tarde, demostraron que, con las comunicaciones de la época, Bolivia era invulnerable para los ejércitos argentinos. Además, él es el más fuerte; y el día que consiga asentar bien su dominación interior, tomará lo que desee del extremo noroeste argentino. Si los caudillos no se lo entregan, se lo entregará la distancia de Buenos Aires.

Queda, hacia el sur, Chile. En la soberbia peruana, nadie toma en cuenta a este pueblo pobre y rústico, cuyo presupuesto apenas llega a dos millones de pesos. Orbegoso y Riva Agüero, presidente y plenipotenciario peruanos, tratan de alto abajo al gobierno de Santiago, no sólo por resentimiento por sus concomitancias con Salaverry, sino por natural menosprecio del señor vuelto a su poder por el criado emancipado durante los días de eclipse momentáneo del amo. Un solo Perú-boliviano no participa de este menosprecio, y éste es Santa Cruz. En 1820, había pasado del servicio del rey a las filas de San Martín, y mandado columnas del ejército libertador. Su sagacidad fría, ajena a todo prejuicio de nacionalidad, le había permitido apreciar al soldado chileno.

Si sus métodos favoritos no le hubieran apartado de la idea de una agresión directa, lo habría contenido el conocimiento cabal del valer del soldado chileno. No renunciará por un momento a su idea de hegemonía sobre Chile; pero la buscará indirectamente. Procurará debilitar al país, arrebatándole el comercio de depósito que desde



antiguo se hacía desde Valparaíso a lo largo de la costa del Pacífico, y cerrándole el mercado peruano a sus productos. Se mezclará gradualmente en las disensiones intestinas, hasta disolver el espíritu de nacionalidad, para ofrecerle más tarde el orden y la prosperidad comercial, mediante su ingreso en la gran confederación en que ha revivido el antiguo virreinato, del cual Chile ha sido y debe ser, económicamente, una parte integrante.

Todo esto lo realizará con el mayor disimulo, obrando siempre en nombre de los intereses chilenos, pactando con las facciones todo lo que éstas deseen, halagando diestra mente las aspiraciones de cada una y empujándolas a destrozarse entre sí. Repetirá exactamente lo que hizo en Bolivia y en el Perú y lo que ya ha iniciado en la Argentina. Conoce el país; el carácter nacional, tan diverso del peruano; sus hombres, con sus virtudes y sus debilidades; las facciones, sus tendencias y sus rivalidades. Este mestizo, cuyo fondo mental y moral queda impenetrable al blanco, es un psicólogo profundo; y penetra los móviles y prevé las reacciones del blanco con la misma seguridad que las del aborígen. Lleva esta ventaja a sus antepasados los incas. En algunos meses de residencia en Chile, ha visto más que los políticos chilenos en toda una vida. Se ha formado un concepto exacto de las posibilidades que el país ofrece al ensueño único de su vida, sin exagerar ni disminuir las dificultades, que no son pocas. Ha visto la miopía política de la raza, su incapacidad de prever que es la resultante de su falta de imaginación, y ha contado con ella. Ha palpado la rectitud moral, el respeto al derecho, la franqueza, que para él carecen de sentido, y

ha contado igualmente con ellos. Pero también ha presentido la energía de las reacciones morales y materiales de que Chile es capaz en cuanto estado organizado. La expedición libertadora, que no logró abrir los ojos a la altivez desdeñosa del peruano, a él lo impresionó profunda mente.

Abandonó a Chile con una resolución firme: no atacará; y si fuera provocado, eludirá la provocación. Negociará hasta conjurar el conflicto, sirviéndose del respeto del chileno por el derecho y por la palabra empeñada. Los anhelos de fraternidad americana harán el resto. No atacará; disolverá lentamente, a medida que la ocasión espontánea o provocada lo permita, hasta que el cansancio y la necesidad arrojen en sus brazos este último jirón del imperio incaico. Orbegoso en la expansión que sobre bebido tuvo con Lavalle, le comunicó que, a pesar de contar con doce mil hombres y siete buques, Chile (dentro del pensamiento de Santa Cruz) debería abandonar todo temor de ser atacado<sup>62</sup>.

\* \* \* \*

Santa Cruz, tan desdeñoso para todos sus contemporáneos que le eran inferiores en genio político, sintió una gran admiración

---

<sup>62</sup> La mentalidad incaica de Santa Cruz, la concepción política también incaica que necesariamente fluía de ella y la imposibilidad de tener quietud en América, mientras él actuara, fueron advertidas por todos sus contemporáneos. En 1844, el gobierno chileno, a instancias de la Junta Gubernativa del Cuzco, se encargó de él, y lo tuvo retenido en Chillan. Domeyko, que lo conoció con este motivo, lo describe así: "tenía el aire de un simple indio de las cordilleras bolivianas, de las tribus que hablan el quechua o aimara. De una talla tan pequeña como Thiers, flaco, seco, de un color cobrizo, frente estrecha y cabellos negros gruesos. Sus ojos eran negros de ébano, brillantes, pero con una expresión de desconfianza; sus mejillas anchas y salientes y sus labios espesos; la cara parecía siempre afeitada... Su juicio era recto con cierta penetración y espíritu práctico, pero con poca ciencia. No cesaba de soñar con la revolución y con la conquista de su trono. Mantenía comunicaciones secretas con sus partidarios de La Paz y de Potosí, y más de una vez consiguió burlar a su Hudson Lowe" (alusión a su ensueño napoleónico).

póstuma por Portales. En 1840, en el manifiesto de Quito, dice que si hubiera tenido el control del motín de Quillota, habría exigido la conservación de su vida, porque siempre tuvo de él un alto concepto. Y añade: "Sin las aprensiones nacidas de causas muy extrañas, estoy cierto que nos hubiéramos entendido, y quizás no hubiera tenido lugar las desconfianzas que indujeron a un rompimiento tan perjudicial para él como para mí".

El psicólogo que había en Santa Cruz toca en estas palabras el fondo irreductible del conflicto de 1837, sobre el cual la miopía psicológica chilena no ha dejado candidez por escribir para desnaturalizar los móviles de la actitud de Portales.

Portales, como Santa Cruz, perseguía la formación de una entidad nacional poderosa en el extremo sur de América. Pero los factores físicos empujaban a Portales en una dirección que pudo evitar el choque, a juicio de aquél, con sólo haber modificado él su programa. Dentro de la concepción portaliana, un estado debía ser un todo orgánico y unitario, no sólo por las instituciones, sino también por la configuración geográfica y la raza. La unidad y la duración eran en ella esenciales. Portales fue un convencido de que el desarrollo chileno tenía fatalmente que cumplirse encerrado entre los Andes y el mar, merced a la energía industrial y comercial de sus habitantes. Santa Cruz penetró posteriormente a fondo la psicología de Portales; y en el manifiesto de Quito lamenta no haber llegado a un acuerdo cuyas bases se divisan entre líneas. El habría renunciado a la idea de incorporar a Chile en la confederación, que jamás Portales habría aceptado, porque hacía de este país una especie de dominio

peruano. Parece, además, haberse convencido de que el proyecto era irrealizable, dadas las divergencias psicológicas de los pueblos. Ya colocado en este temperamento, habría cedido a Portales todas las ventajas comerciales que hubiera deseado, a trueque de que lo dejara consolidar su obra. La expansión del nuevo imperio se habría dirigido hacia el norte y hacia las provincias limítrofes argentinas.

Pero "había en Portales aprensiones nacidas de causas muy extrañas". Durante su estada en Lima en 1822, había experimentado personalmente los sentimientos despectivos del peruano para los demás hispanoamericanos, el afán espontáneo de hacer guardar la distancia a los antiguos criados. Además, le chocó mucho el carácter peruano. La cautela y el disimulo, la fina sagacidad y la inteligencia de los medios, resultante de la fusión andaluza-aborigen, le parecieron manifestaciones de un carácter falso e intrigante.

Hasta 1831, todavía' conservó esperanzas de imponer al Perú un tratamiento de igual a igual, y el respeto de los intereses comerciales chilenos y de los pactos. En carta de 28 de mayo de, ese año a Zañartu, se expresa aún en términos benévolos para el Perú: "Bolivia —le dice— ha mandado un cónsul a esta república. Hará como ocho días me presentó sus credenciales pidiéndome una conferencia que tuvo lugar a los tres días después, y ella se redujo a solicitar la mediación de Chile para transar las diferencias entre los jefes de las repúblicas peruana y boliviana, que van a traer por resultado el rompimiento de una guerra que, cualesquiera que sean sus motivos, parecerá escandalosa. Yo contesté que el gobierno no

tenía conocimiento de la cuestión, y que desearía tenerlo del cónsul por una nota verbal. La ha pasado; y en contestación he querido fijarle los puntos sobre qué ha de versar la mediación. Igualmente se tocó sobre instrucciones e investidura para negociar la mediación. Veo por resultado de nuestras contestaciones que el gobierno no podrá negarse a la mediación solicitada, después de haber brindado con ella a las Provincias Unidas del Río de la Plata. Yo sospecho que la solicitud del gobierno de Bolivia trae por objeto el ganar tiempo y el justificar aparentemente su causa. No me son desconocidas las pretensiones del jefe de Bolivia, y aquí se confirman aun por los más encarnizados enemigos del presidente del Perú; y por esto es que, si deseara que no fuese desairada la interposición del gobierno de Chile, tampoco querría que ella perjudicase los intereses del Perú. Ud. que deberá manejar la negociación, sabrá considerarlo todo".

Pero, a mediados de 1832, ha perdido la esperanza de realizar su objetivo por medios pacíficos. Ve venir el conflicto, como algo ineludible. Parece presentir que, tarde o temprano, el Perú será el gestor de un cuadrillazo internacional contra Chile. Podrán los acontecimientos o los gobiernos aplazar el conflicto; pero nunca evitarlo, porque está en el antagonismo de la constitución mental y en la proximidad del poder de ambos pueblos. Años más tarde, Bismarck razonará en la misma forma en el escenario mundial. El 4 de septiembre de 1832, con motivo de las represalias comerciales entre ambos países, escribe: "Contrayéndome a la primera, diré a Ud. que me he de salir volviendo loco con tal disolución del batallón.

Yo no quiero ni he podido querer decir que la disolución sea perjudicial para una expedición al Perú: he dicho que es perjudicial e intempestiva en cuanto ella pueda alentar al gobierno del Perú a inferirnos un grave mal. Quiero conceder a Garrido que se haga expedición sobre el Perú dentro de año y medio; quiero concederle que lo que había de haber ganado el batallón se vaya depositando en una arca en la tesorería para este caso, con el objeto de comprar buques; pero esto no quita el que, sin la disolución del batallón o habiéndola dilatado por un par de meses, y con otras apariencias, hubiéramos estorbado al gobierno del Perú el pensamiento de hostilizar a Chile con medidas como la propuesta, y hubiéramos también evitado una guerra, si apareciendo en actitud hostil e imponente a los ojos de aquel gobierno, le arrancásemos con apariencias lo que habíamos de arrancarle con una guerra, aunque tuviéramos el éxito por seguro. Más claro: si la disolución alentara al gobierno del Perú a tomar una medida ruinosa para Chile, aunque Chile expedicionara dentro de un año y medio, ya habría sentido los males que pudo haber evitado con no haber disuelto el batallón hasta después de tener noticias de los pasos que tomaba el gobierno del Perú, en virtud del gravamen que impusimos a los azúcares de este país".

Estas fueron "las aprensiones" que, a juicio del Protector, hicieron imposible el entendimiento. Pudo añadir que Portales sabía que los tratados habían sido siempre sólo pedazos de papel y la palabra empeñada carecía de sentido para el genio político del altiplano, no por doblez, sino por falta de toda significación moral en su

mentalidad incaica, En las protestas pacíficas del manifiesto, hechas a pueblos que no habían exteriorizado alarmas, sólo vio reflejos involuntarios del pensamiento oculto. "Este cholo^ nos va a dar mucho que hacer", había dicho al recibir la noticia del resultado de Socabaya. Más aún, en la hipótesis de que Santa Cruz, consciente de las dificultades que ofrecía la empresa, hubiera eliminado a Chile de su plan de reconstitución del virreinato, quedaba la animosidad peruana. Portales creía que la capacidad superior de Santa Cruz podría realizar en el Perú la misma labor que en corto tiempo había llevado a cabo en Bolivia. Una gran nación invulnerable en Sudamérica se iba a constituir, a lo menos durante su vida, por la fusión Perú-boliviana. Un gran bien para la evolución política hispanoamericana. Pero, desde el punto de vista chileno en que Portales estaba colocado, era sencillamente el suicidio nacional. Aunque Santa Cruz no lo hubiera deseado producido él desequilibrio de fuerzas, el carácter peruano, ensoberbecido con el poder, lo habría empujado en el sentido de la agresión. No habría habido humillaciones de parte del antiguo criado que hubieran bastado a aplacar el amo vuelto a su poderío y esplendor<sup>63</sup>.

---

<sup>63</sup> Los historiadores chilenos y peruanos, con cortas excepciones, han rivalizado en la incompreensión de la mentalidad de Santa Cruz. Todos le llaman indígena, pero todos discurren sobre su actuación como si fuera blanco. Igual cosa les ocurre con los móviles de la acción política del inca y de Portales. Nos hemos esforzado por exponer aquella mentalidad y estos móviles tales cuales fueron, sin des naturalizarlos con reflexiones morales ni con elementos extraños. Juzgando por lo que después ocurrió, han coincidido, también, en que el objetivo perseguido por el gran inca era irrealizable; y partiendo de esta base afirman que a Portales le habría bastado cruzarse de brazos para que la reacción espontánea de los pueblos hubiera derribado a Santa Cruz. Y lo demuestran exhibiendo las tendencias separatistas que afloraron desde el momento que la acción de Portales y de las expediciones chilenas se dejaron sentir. Esta seguridad para decidir sobre el curso no realizado de los acontecimientos, pertenece a un

Pero todo esto es mera fantasía forjada a posteriori. Santa Cruz no pensó por un solo instante desistir respecto de Chile de su táctica. No estaba siquiera en su mano renunciar, como no estaba en la de Napoleón detenerse cuando la voluntad guerrera del pueblo francés principió a flaquear. Las organizaciones del temple del gran mestizo, describen en su curso una trayectoria fija, de la cual ninguna consideración moral o política puede desviarlas. Santa Cruz, empujado por una fatalidad superior, necesitaba repetir en Chile la misma labor de descomposición y de reconstrucción que había realizado en Bolivia y en el Perú, y que ya tenía avanzada en Argentina. Destruyendo los elementos que se oponían a sus planes, "estaba en su derecho". Presente en Quillota el día del motín, habría ordenado el fusilamiento de Portales, admirándolo, como ordenó el de Salaverry, por necesidad política. En cambio, a Prieto, a Benavente, a Tocornal o a Rengifo no sólo les habría salvado la vida, sino también obsequiado con seguro asilo, como a Gamarra, porque no le estorbaban. Y el manifiesto de Quito se habría redactado con los mismos conceptos laudatorios y con la expresión de su sentimiento por haber tenido que fusilar a un hombre superior.

---

concepto ya pretérito de la historia. Portales, con la seguridad de la sangre, que siempre ha sido mayor que la de la razón, creía que Santa Cruz iba a perpetuarse el tiempo suficiente para realizar la descomposición del estado en forma que recién nacía en Chile. La historia tiene que limitarse a tomar nota de esta convicción, sin añadir nada de su parte. Ahora, saliendo del terreno histórico y entrando en el científico, el margen de eventualidad con que el suceder condiciona siempre a las concepciones políticas, fue adverso a la de Santa Cruz; pero en cierra ella un contenido tan hondo y trascendental que merece ser recogido desde el punto de vista científico. El pensador que tenga fuerzas para penetrar en ella sonreirá ante la seguridad de los hechos sobre lo ineludible de su fracaso; se detendrá un momento a contemplar la intuición de Portales; y se encontrará abocado, una vez más, al extraño contraste entre la nevada vana de las predicciones racionales y la extraña seguridad de los presentimientos intuitivos en el terreno político.



Portales, muy inferior a Santa Cruz en el manejo de la intriga y en el arte de descomponer interiormente los pueblos en provecho propio, lo excedía en la visión política y en la audacia. No se engañó por un solo instante con sus protestas de pacifismo; y colocado, lo mismo que Rosas, en la imposibilidad de derribar al nuevo poder mediante la cábala y la intriga, resolvió, desde el primer momento, salvar la independencia chilena y su propia creación política, agrediéndolo militarmente, destrozando su construcción antes de que se asentara.

Lo que sigue sólo es un duelo entre la clarividencia de Portales y la sagacidad de Santa Cruz, que tiene por arena la confiada bonhomía y el deseo de reposo del pueblo chileno. Las negociaciones, en Portales, sólo son estímulos para provocar la reacción guerrera, y en Santa Cruz, opiatas para adormecerla.

\* \* \* \*

Aparte los rozamientos producidos por el hábito peruano de no considerar en pie de igualdad a los pueblos que habían dependido del virreinato, tres dificultades de carácter económico y financiero traían divididos a Chile y al Perú desde hacía ya años.

El Perú adeudaba a Chile un millón quinientos mil pesos que le había cedido del empréstito contratado en Londres en 1822. Con los intereses, calculados hasta 1827, este préstamo ascendía a un millón setecientos treinta y cuatro mil seiscientos ochenta pesos. Le adeudaba, además, los gastos originados por la expedición libertadora y los cruceros marítimos desde 1819 hasta 1824, unos

diez millones noventa y cinco mil pesos, que la economía chilena había sufragado con extremo sacrificio<sup>64</sup>.

La segunda dificultad era de índole económica. El Perú había sido desde la colonia el mercado de los excesos de la producción agrícola chilena sobre el consumo interior. Des de 1824, ese país había elevado los derechos aduaneros, hasta el extremo de que el trigo, que pagaba doce centavos bajo el régimen colonial, quedó gravado con tres pesos por fanega, derecho exorbitante atendido al precio de la época, que no pasaba de dos pesos.

La tercera fuente de discordia era de carácter comercial. O'Higgins concibió la idea de convertir a Valparaíso en de pósito del comercio del Pacífico, mediante el establecimiento de almacenes francos. Más tarde, Rengifo, por decreto de 1° de diciembre de 1830, amplió las facilidades; y por ley de 22 de abril de 1833, les dio carácter permanente y las extendió aún más. El orden y la seguridad de que gozaba el extranjero en Valparaíso hicieron el resto. Los almacenes, construidos a toda prisa, no fueron suficientes. Valparaíso, en corto tiempo, se convirtió en el primer centro comercial del Pacífico, mientras el Callao, foco de motines y de saqueos cotidianos, decayó visiblemente. El deseo de arrebatarse este comercio y la prosperidad que derramaba, para radicarlo en el El Callao, movió al Perú a gravar con derechos especiales las mercaderías reembarcadas desde Valparaíso, mientras mantenía los derechos generales a la misma mercadería que llegaba directamente desde el puerto de origen.

---

<sup>64</sup> En 12 de septiembre de 1848 esta deuda se transó en cuatro millones de pesos.

Los tres tópicos habían sido objetos de negociaciones reiteradas por parte del gobierno chileno y siempre rehuidas por el peruano. En 1827, aquél había acreditado a un funcionario de aduanas, Pedro Trujillos, como plenipotenciario en Lima, para el arreglo de las tres divergencias. El plenipotenciario chileno negoció inútilmente con el plenipotenciario peruano, Luna Pizarro, que orientó las negociaciones en el sentido de arrastrar a Chile a la guerra que el Perú emprendió contra Colombia, al mismo tiempo que sostenía que la rebaja de derechos de importación era una "donación a Chile tendiente a hacer a esta república el estanco del Perú". El presidente La Mar, que por razones militares deseaba viva mente el entendimiento con Chile, reemplazó a Luna Pizarro por Justo Figuerola, a la sazón ministro de relaciones exteriores, el cual inició su actuación exigiendo de nuevo, para entrar a considerar las negociaciones sobre las deudas y los convenios comerciales, la previa alianza de Chile con el Perú, en la guerra que éste había iniciado a Colombia. "El infrascrito, ministro de relaciones exteriores del Perú —decía Figuerola en su primera nota a Trujillos— tiene el honor de dirigirse al señor ministro plenipotenciario de la república de Chile con el objeto de exigirle exprese si está facultado por su gobierno para entrar en' alianza ofensiva y defensiva contra todo enemigo del Perú, o si únicamente contra el común, con el que se entiende la España". Ante la negativa de la ex capitanía general a acudir en auxilio de su señor el virreinato, la negociación terminó. En 1830, al ingresar Portales al gobierno, reanudó las gestiones por medio de Miguel Zañartu, acreditado ministro en Lima. En carta de

23 de noviembre de 1830, al acompañar las instrucciones y darle seguridad de que se le pagaría su sueldo, dice Portales a este plenipotenciario: "Ud. debe contar siempre con auxilios oportunos, especialmente si se realiza el tratado de comercio conforme a las instrucciones que se le han dado al efecto: de lo contrario, yo seré el más empeñado en matar a Ud. por hambre, porque estoy persuadido de que los chilenos disimularán a su gobierno la nota de tramposo, siempre que recaiga sobre la insolución de sueldos de un empleado de quien esperan acaso más de lo posible. Los huasos tienen tan fijos los ojos sobre Ud., que si Ud. no acelera y concluye un tratado al gusto de ellos, le reciben con piedras en las manos cuando vuelva Ud. a su país. Es preciso, pues, echar el resto porque la suerte de nuestra agricultura, no menos que la reputación de Ud., están interesadas en el buen resultado del importante encargo que se ha puesto en sus manos. Si afortunadamente alcanza Ud. un avenimiento decisivo sobre las cuentas de este gobierno con el del Perú, cuente con que será colocado en el mejor altar de nuestra gratitud, sin perjuicio de una estatua que le erigiremos en la plaza de la Independencia". El artículo 4.º de las instrucciones, redactado de acuerdo con sus ideas, dice: "Con el loable designio de promover la agricultura e industria de las dos repúblicas, se estipulará que los artículos de producción o de fabricación de ambas que se introduzcan del territorio de la una al de la otra, sean absolutamente libres de todo derecho de importación".

Zañartu creyó por un momento, a raíz de la intervención de Portales para evitar la guerra entre Santa Cruz y Gamarra, poder arribar a

resultados equitativos en las negociaciones comerciales. Abandonando la idea de alcanzar una liberación aduanera total para el trigo chileno, creyó obtener, a lo menos, una rebaja que, completándose con un impuesto a las harinas norteamericanas, a la sazón libres, hiciera posible la concurrencia. Pero pronto se convenció de que, "por indolencia de algunos de los hombres públicos del Perú y por malquerencia de otros hacia Chile, no se llegaría a celebrar un tratado de comercio de recíproca equidad".

La hostilidad no se detuvo aquí. El 19 de junio de 1832, el gobierno peruano dictó un decreto que ordenaba transportar al interior, en plazo de días, una considerable cantidad de trigo chileno que había en tierra en el Callao, en circunstancias que no existían elementos de movilización; y prescribía medidas hostiles contra los cargamentos por llegar. Una enérgica nota de Zañartu quedó sin respuesta. El 16 de agosto de 1832, el gobierno chileno promulgó, en represalia, una ley aprobada por el congreso, a iniciativa de Rengifo, que elevaba de cuatro reales a tres pesos los derechos que gravaban la internación de los azúcares peruanos.

En el gobierno de Lima, después de algunas vacilaciones, prevaleció la opinión del ministro de hacienda de Gamarra, José María Parido; y se promulgaron nuevas medidas encaminadas a perturbar el comercio de tránsito desde los almacenes de Valparaíso y a recargar nuevamente los derechos que gravaban los trigos chilenos. El reglamento peruano de comercio de 1833 recargó con 8 por ciento los derechos a las mercaderías que no llegaran directamente del país de origen.

El gobierno chileno, sin modificar su actitud, esperó el desarrollo de los acontecimientos. La presión de los intereses peruanos afectados por las represalias movieron al nuevo presidente del Perú, general Orbegoso, a enviar a Santiago un plenipotenciario. El buen espíritu del ministro peruano, Santiago Tavira, hizo posible el acuerdo con Rengifo, nombrado por Prieto plenipotenciario especial; y el 20 de enero de 1835 se firmó un tratado de amistad, de comercio y de navegación, que puso término a las represalias comerciales y remitió a un convenio posterior el reclamo sobre las deudas. Las bases fundamentales de este tratado fueron: "La mutua protección acordada a la marina mercante de ambos países; no imponer a sus respectivos productos y manufacturas, por vía de derechos aduaneros, sino la mitad del que se cobrase a otros países, salvo los americanos de origen español, a los cuales se les podía conceder las mismas exenciones y privilegios; autorizar recíprocamente el comercio de tránsito, sin entorpecerlo por gravámenes especiales, de modo que las mercaderías extranjeras que salieran de los almacenes de aduana de cualquiera de las dos repúblicas, no pagarían en los puertos de la otra mayores derechos que si llegaran directamente de los países productores".

El congreso chileno aprobó el tratado en febrero de 1835; y el ejecutivo despachó al "Aguiles" con la ratificación y con las credenciales de encargado de negocios al cónsul Lavalle, para los efectos del canje. Al llegar el "Aguiles" al Callao, ya Salaverry había ocupado a Lima y el presidente Orbegoso andaba prófugo en los departamentos del sur.

Salaverry tenía un carácter abierto, fácil y expansivo; y no viendo sino ventajas para ambos países en el tratado que había gestionado su antecesor, lo aprobó. El gobierno chileno, por su parte, dirigido por Tocornal y Rengifo, mal informado por Lavalle, se engañó con la situación aparente de Salaverry; y el 23 de junio de 1835 procedió al canje de las ratificaciones y al reconocimiento del gobierno revolucionario, mientras el gobierno legal aún subsistía en Arequipa espaldeado por Santa Cruz. Cuando Portales se hizo cargo del ministerio de relaciones, el 9 de noviembre del mismo año, ya las dificultades de un paso tan imprudente estaban producidas. Pero sería una simpleza ver en esta imprudencia el origen de la guerra del 37, cuyas causas profundas ya se conocen.

Derrotado Salaverry, el traspie del gobierno chileno, que se había visto obligado a admitir a la vez como plenipotenciario a Felipe Pardo por Salaverry y al ex presidente Riva Agüero por Orbegoso, fue el punto de partida de una actitud provocativa y aun insolente de Riva Agüero en Santiago y de Orbegoso en Lima. Aventureros internacionales, pescadores a río revuelto, dirigieron la conducta de Orbegoso; y García del Río, el mismo colombiano que había sido oficial de relaciones en Chile, ministro de hacienda en Quito, y que ahora iba a ocupar igual cargo en el gabinete de Santa Cruz, presentó un informe, estudiado para provocar el desconocimiento del pacto, cuya conclusión era que afianzaba a Chile "su actual supremacía comercial en detrimento del Perú". Pasando por sobre la opinión de los comerciantes y de los azucareros peruanos, Orbegoso declaró, por decreto de 16 de mayo de 1836, quedar sin efecto el

tratado de amistad, comercio y navegación entre la República de Chile y el Perú, firmado en Santiago a 20 de enero de 1835.

El mismo día dictó un decreto disponiendo que los trigos de Chile pagarían un derecho de internación de dos pesos por fanega y las harinas cinco pesos tres reales dos tercios por saco. En el caso que el gobierno de Chile cobrase a los azúcares peruanos un derecho superior a las dos terceras partes del derecho que correspondiera pagar al azúcar procedente de la nación más favorecida, los derechos del trigo y de la harina se doblarían. Orbegoso prescribía, así, por decreto y sin tomar en cuenta para nada al gobierno chileno, no sólo los derechos que gravaban los dos principales artículos de la exportación chilena al Perú, sino, también, los derechos de internación que el gobierno chileno debía cobrar al azúcar peruano.

Aparentemente la actitud de Orbegoso, lo mismo que la de Riva Agüero, sólo reflejaba los sentimientos inamistosos tradicionales del pueblo peruano respecto de Chile, espaldea dos ahora por un ejército de once mil hombres disciplinados y bien equipados. Pero, si la altanería en el tono y en los procedimientos reflejaba los sentimientos peruanos, el rechazo del tratado fue obra de Santa Cruz. Portales, mal colocado por el traspie anterior del gobierno chileno, había asumido una actitud prudente que parecía manifestar el deseo de rehuir al conflicto. A la primera nota en que Orbegoso reclamó del reconocimiento del gobierno de Salaverry, contestó el 1.º de diciembre de 1835: "No es fácil a los gobiernos extranjeros caracterizar con exactitud los accidentes de una



revolución, y haciéndolo, se expondrían, frecuentemente, a graves y funestos errores. Es cierto que en los últimos sucesos del Perú hemos visto aparecer un poder nuevo; pero también lo hemos visto en pocas semanas avasallar la obediencia en casi todos los departamentos, sin que en esta rápida mutación tu viese parte o pudiese a lo menos columbrarse de lejos la acción de una fuerza capaz de comprimir la voluntad de los pueblos. Estábamos, pues, autorizados para mirar el orden de cosas a que dio principio el general Salaverry, como una de las varias fases que ha tomado la revolución en el Perú; y no nos hallábamos en el caso de escudriñar su origen y examinar sus títulos, de lo que ni éste ni los otros gobiernos americanos habían dado ejemplo en ocasiones semejantes. Nos atenemos a la superficie de los hechos; no era nuestro deber, ni el interés del estado chileno pasar más allá. Ambos partidos se acusan mutuamente de usurpación e injusticia. Al pueblo peruano es a quien toca dirimir esta litis, y, sea cual fuere su fallo, lo respetaremos. Entretanto, nada nos obliga a suspender con ninguna de las dos fracciones de la república peruana las comunicaciones antiguas. Agregue US. a estas razones el colorido que la posesión de la capital debía dar a la autoridad erigida por el general Salaverry, y la necesidad de mantener en ella un agente que protegiese las personas e intereses chilenos que existen en el departamento de Lima, y me lisonjeo que echará de ver que la conducta que ha parecido al señor presidente tan extraña, no es otra, en substancia, que la observada por los demás estados que tenían agentes consulares y diplomáticos en aquella ciudad, y los

han conservado, para tratar con el nuevo gobierno, bajo las mismas formas exteriores con que los gobiernos precedentes".

Aparentemente la actitud de Orbegoso, lo mismo que la de Riva Agüero, sólo reflejaba los sentimientos inamistosos tradicionales del pueblo peruano respecto de Chile, espaldea dos ahora por un ejército de once mil hombres disciplinados y bien equipados. Pero, si la altanería en el tono y en los procedimientos reflejaba los sentimientos peruanos, el rechazo del tratado fue obra de Santa Cruz. Portales, mal colocado por el traspie anterior del gobierno chileno, había asumido una actitud prudente que parecía manifestar el deseo de re huir al conflicto. A la primera nota en que Orbegoso reclamó del reconocimiento del gobierno de Salaverry, contestó el 1 ° de diciembre de 1835: "No es fácil a los gobiernos extranjeros caracterizar con exactitud los accidentes de una revolución, y haciéndolo, se expondrían, frecuentemente, a graves y funestos errores. Es cierto que en los últimos sucesos del Perú hemos visto aparecer un poder nuevo; pero también lo hemos visto en pocas semanas avasallar la obediencia en casi todos los departamentos, sin que en esta rápida mutación tu viese parte o pudiese a lo menos columbrarse de lejos la acción de una fuerza capaz de comprimir la voluntad de los pueblos. Estábamos, pues, autorizados para mirar el orden de cosas a que dio principio el general Salaverry, como una de las varias fases que ha tomado la revolución en el Perú; y no nos hallábamos en el caso de escudriñar su origen y examinar sus títulos, de lo que ni éste ni los otros gobiernos americanos habían dado ejemplo en ocasiones

semejantes, Nos atenemos a la superficie de los hechos; no era nuestro deber, ni el interés del estado chileno pasar más allá. Ambos partidos se acusan mutuamente de usurpación e injusticia. Al pueblo peruano es a quien toca dirimir esta litis, y, sea cual fuere su fallo, lo respetaremos. Entretanto, nada nos obliga a suspender con ninguna de las dos fracciones de la república peruana las comunicaciones antiguas. Agregue US. a estas razones el colorido que la posesión de la capital debía dar a la autoridad erigida por el general Salaverry, y la necesidad de mantener en ella un agente que protegiese las personas e intereses chilenos que existen en el departamento de Lima, y me lisonjeo que echará de ver que la conducta que ha parecido al señor presidente tan extraña, no es otra, en substancia, que la observada por los demás estados que tenían agentes consulares y diplomáticos en aquella ciudad, y los han conservado, para tratar con el nuevo gobierno, bajo las mismas formas exteriores con que los gobiernos precedentes".

En el mismo tono continuó respondiendo a Riva Agüero, cuya moderación se trocó súbitamente en altivez junto con conocer la derrota de Salaverry. Santa Cruz, que después se manifestará dispuesto a aceptar todas las humillaciones a trueque de evitar la guerra cayó en el lazo; y creyendo divisar en la actitud de Portales, tan contraria a la idea que tenía de su carácter, una intimidación, forzó a Orbegoso, por medio del español Miranda, agregado a él como especie de tutor, y de García del Río, a denunciar el tratado. En los planes del Protector en traba, desde el principio, el propósito ya antiguo de arrebatarse a Valparaíso el comercio que se hacía desde

los depósitos de este puerto a lo largo del Pacífico y radicado en el Callao, imponiendo derechos especiales a la mercadería reembarcada desde aquel puerto. "La denuncia del tratado —decía en su informe García del Río— es necesaria para volver al Callao su pasada consideración y preferencia". Los derechos prohibitivos para el trigo y las harinas perseguían el debilitamiento de la expansión económica chilena, también concebida por Santa Cruz.

El Araucano se limitó al siguiente comentario: "La resolución definitiva de suspender el tratado existente entre las repúblicas chilena y peruana, tomada por la administración del general Orbegoso, no nos ha sorprendido de ninguna manera... La breve experiencia que se ha hecho de los efectos de este tratado demuestra suficientemente que no es el interés de Chile subsistir en un pacto que sólo se observa religiosamente por su parte, a pesar de la decidida ventaja que concede a los intereses peruanos. ¿Qué beneficio ha reportado con él nuestra agricultura y comercio, que pueda compararse con el que ha recibido la agricultura del departamento de Lima? Los azúcares peruanos han disfrutado completamente de la rebaja de derecho en los puertos chilenos, mientras que nuestro comercio de granos ha estado sujeto en el Callao a providencias arbitrarias que han hecho enteramente ilusorias con respecto a ellas, las estipulaciones del tratado. Las circunstancias presentes del Perú no nos animan a esperar que bajo el nuevo orden de cosas mejoren nuestras relaciones comerciales con aquel país. Todos saben que el pacto que la administración del general Orbegoso echó por tierra, fue celebrado por un

plenipotenciario suyo y con arreglo a sus instrucciones. La circunstancia de haber sido ratificado por un gobierno que el presidente del Perú califica de ilegítimo, no se oponía a que se sanase este vicio por medio de una nueva ratificación, pre vio un ajuste entre las dos repúblicas para prorrogar el plazo acordado. Esta providencia lo salvaba todo y hubiese dejado bien puesta la buena fe de la administración peruana. Es claro, pues, que se deseaba de todos modos poner fin al tratado. Creemos que, por parte de Chile, no habrá dificultad en subscribir esta medida; y que, lejos de reclamar contra ella, debemos más bien felicitarnos de ver disueltas unas obligaciones que, según todas las apariencias, iban a pesar exclusivamente sobre el pueblo chileno". Este moderado comentario- sirvió, más que una actitud airada, para despertar en el pueblo chileno la conciencia de la gravedad de los momentos históricos que habían empezado en Socabaya.

La denuncia del tratado de comercio y el decreto insolente de Orbegoso y de García del Río, fue la primera pieza que perdió el Protector en la partida de ajedrez en que estaba empeñado.

La nueva prueba de moderación que dio Portales frente a la ruptura del tratado y al decreto provocativo que la acompañó, mantuvo a Santa Cruz en el error. Sólo más tarde se dio cuenta de que aquél había empleado el bluff mientras el Perú fue débil y creyó imponerle sin necesidad de ir a la guerra, y lo había abandonado desde el instante en que la victoria de Socabaya precipitó su resolución de agredir. Continuó divisando la intimidación, donde sólo había una

actitud astutamente calculada para alentar las provocaciones peruanas y despertar en Chile la voluntad de luchar.

En este convencimiento, dio comienzo a su labor de descomposición interior del estado chileno. Con fecha 13 de junio de 1836, el ministro de Santa Cruz, Andrés María Torrico, decía en una nota a Manuel de la Cruz Méndez, cónsul general y encargado de negocios de Bolivia en Chile: "El Perú posee multiplicados medios de ofensa contra la administración actual de Chile. Existen en su territorio dos generales de crédito (O'Higgins y Freire), enemigos suyos implacables, que protegidos por la Confederación lo destruirían inevitablemente. Aparte de este medio, que la necesidad haría adoptable, el Perú cerrando sus puertas al comercio de Chile, se vengará completamente de la imprudencia de su gobierno".<sup>65</sup>.

Los resultados no correspondieron a la sagacidad gastada. Chile, cuya anarquía había sido corta y superficial, llevaba ya seis años de orden y de férrea organización; y opuso a la acción disolvente del Protector una resistencia que no pudo calcular. Había salido antes de 1830 dejando un país, y cuando, años más tarde, volvió a él prisionero, encontró otro país. A haberse penetrado a tiempo del cambio, su política habría sido la que esboza en el manifiesto de Quito. Pero el fracaso nada resta a la sagacidad desplegada en la intriga y a la habilidad y a la audacia con que la secundó la diplomacia peruana. Ni en los anales del Bajo Imperio, ni en la mejor época de la diplomacia florentina, se desarrollan intrigas

---

<sup>65</sup> El reconocimiento del gobierno de Salaverry.

conducidas con más lujo de intuición psicológica y mayor refinamiento en los detalles.

Santa Cruz pensó primero servirse de O'Higgins. Era el resorte más eficaz de disolución interna dentro del Chile de 1828-29 que él había conocido. Eran íntimos amigos y compañeros de armas. O'Higgins fue un admirador rendido del genio político del Protector. Podía contar en absoluto con la reserva, si no con la complicidad. Más, a diferencia de lo que le ocurría con Portales, lo había tratado y conocía su estructura moral. En la intimidad que había entre ellos nunca pronunció una palabra agresiva para el gobierno de Chile, ni le expresó los deseos de que recuperara el mando de su país. O'Higgins recibió de distintos lados insinuaciones animándole a recuperar el gobierno de Chile y poniendo a su disposición elementos para que satisficiera el vehemente deseo del pueblo chileno de ser de nuevo gobernado por él. Cuando, en 1838, relató esto a Bulnes, dio a entender que, sólo mucho después, se había dado cuenta de que las insinuaciones partieron de Santa Cruz.

El rechazo de O'Higgins lo movió a fijarse en Viel. Este tuvo la cordura de consultarse con aquél antes de aceptar los auxilios que el gobierno del Perú le ofreció. O'Higgins lo impuso en reserva de las gestiones que se habían hecho ante él; y Viel, a quien le repugnaba desembarcar al frente de una expedición organizada con la anuencia de un gobierno extranjero, resolvió irse a Europa, para librarse de las insidias combinadas del gobierno peruano y de los desterrados chilenos.

Freire estaba listo. Hacía tiempo que, en su exasperación, buscaba los medios de reconquistar el gobierno sin pararse en los procedimientos ni medir las probabilidades. Había perdido el control de sí mismo. "Don Ramón Freire está loco", escribía Lavalle al gobierno de Chile, asustado del estado de ánimo que reflejaba su respuesta a la nota en que le comunicó la acusación entablada en contra suya por José Gaspar Marín en el senado chileno. "De su torpeza y de su desesperación hay que temerlo todo, decía Portales. Había mendigado el concurso de los diversos gobiernos peruanos, inclusive el de Salaverry, para la realización de su empresa. Restablecido Orbegoso en el poder, inició activas gestiones para obtener la "Monteagudo" y otro de los buques que el gobierno peruano había desarmado, a fin de derribar el gobierno chileno.

Orbegoso aceptó la idea; pero, no atreviéndose a proceder motu proprio, escribió a Santa Cruz, con fecha 27 de mayo, imponiéndole detenidamente de las gestiones de Freire y consultando su opinión. Este, que no tenía mucha confianza en la sagacidad y en las aptitudes del último, temió que la expedición fracasara, que se perdieran los elementos y que se comprometiera al gobierno peruano sin beneficios prácticos. Freire continuó apremiando a Orbegoso, el cual volvió a escribir a Santa Cruz, desde Huamanga, con fecha 5 de julio de 1836: "Los generales O'Higgins y Freire son mis amigos, y ambos desean una variación de gobierno en Chile. Ambos me aseguran que sucederá indefectiblemente, y que está muy cerca. El segundo me ha visto confidencialmente, y asegurado que tiene todos los medios, y que contaría con seguridad el éxito, si



yo le proporcionase un buque con municiones y algunos cañones en bodega y fusiles. Yo le he contestado que, aunque mí deseo sería ver variado un gobierno que nos hace tantos males, no daría paso alguno sin acuerdo de Ud. en asunto de tanta gravedad. Lo mismo le he contestado en cuantas veces me ha vuelto a hablar. En la última me manifestó que era el tiempo preciso, y que las cosas en Chile habían llegado a su término, y los momentos eran apreciables; le aseguré mi respuesta a la primera entrevista con Ud., mas, demorándose ésta, y viendo por su estimable citada que coincidíamos exactamente, he escrito al general Moran para que haga una visita al general Freire y con toda reserva le diga que estamos convenidos, y que tome con el mayor sigilo sus medidas, que a nuestra llegada a Lima acordaremos sobre todo. El general O'Higgins, como Ud. sabe, no está con Freire, pero podremos unir ambos partidos. Me repugna, sin duda, turbar un gobierno establecido; pero estoy cierto de que no podremos organizarnos teniendo por enemigo aquel gobierno, y que refugiados allí todos nuestros enemigos, nos atacan como de un baluarte".

Santa Cruz, demasiado consciente del valer del soldado chileno, nunca pensó en serio en una agresión militar; pero tampoco la temía de parte de Chile. La distancia, la desnivelación de las fuerzas y de los recursos, siempre le parecieron barreras insalvables. La falta de escuadra y de dinero con que adquirirla, le aseguraban la impunidad para el caso de fracasar su hábil labor de descomposición política interna de Chile. Ni él ni nadie en los dos países concebía, entonces, la posibilidad de una expedición chilena.

El golpe que arre bató al Perú su escuadra y dio el mar a su adversario, no pasó por la imaginación suya ni por la de ninguno de sus colaboradores. La moderación de Portales acabó por decidirlo. Su prudencia le pareció reflejo de la debilidad interior del gobierno chileno, que José María Novoa le pintaba con vivos colores. Por otro lado, acababa de asegurar la neutralidad del Ecuador: "Ni Chile ni el Ecuador —escribió a Torrico— deben inspirarnos la más pequeña inquietud", Pero temiendo que la incorregible indiscreción de Orbegoso lo echara todo a perder, se entendió, a espaldas de él, con el general Moran, ministro de relaciones exteriores y jefe político del departamento de Lima, que era uno de sus instrumentos de mayor confianza<sup>66</sup>. Cuando la carta de Orbegoso llegó a su poder, ya Moran y Freire, con el beneplácito de Santa Cruz, habían ultimado los preparativos de la expedición.

Esta zarpó del Callao el 7 del mismo mes de julio, formada por la "Monteagudo" y el "Orbegoso", armados en guerra, y llevando algunos cajones de fusiles y de municiones que Moran entregó a Freire. No se le entregó mayor armamento, según una de las cartas que hacían parte de la colección Romero, porque el propio Freire había declarado que lo recibido era suficiente. Además, según afirmaba Bilbao en otra, Moran le había anticipado al general que no podía entregarle más, lo que hace presumir una orden de Santa

---

<sup>66</sup> En una de las notas marginales que Pacifico Encinas puso al libro de Vicuña Mackenna. dice que el comandante Romero comprobó este hecho en el Perú. Como no indica documento, creemos que se refiere a las dos cartas de Novoa y de Bilbao que hacían parte de la colección Romero y que leímos en 1898, a pesar de que la redacción da a entender que se trata de documento emanado del gobierno peruano. Nosotros no recordamos haberlo visto entre las copias que leímos. Por lo demás, el hecho fluye con tal fuerza del conjunto de ante cedentes que sólo puede discutirlo quien tenga deseos de tergiversar la historia con fines patrióticos o políticos.

Cruz de no exponer más buques ni más armas en\* una empresa que, si la situación del gobierno chileno era la que pintaban los emigrados, no necesitaba de mayores elementos para derribarlo; y si, por el contrario, era sólida, cualesquiera que fueran los armamentos, sólo se conseguiría perderlos y comprometer más al Perú. En otra de las cartas se hablaba de la recomendación expresa de Moran de evitar toda apariencia que comprometiera al gobierno peruano. Inmediatamente después de zarpar Freire, J. J. de Mora, a la sazón secretario privado de Santa Cruz, escribió a Manuel A. Flores, hermano del general ecuatoriano del mismo apellido: "Me olvidaba hablarte de Freire. Se fue a Chile auxiliado por debajo de mano por este gobierno, que ha usado de esta represalia con el de Chile, por la conducta hostil que éste ha tenido durante las turbulencias del Perú". Santa Cruz, por su parte, escribió, conforme a su costumbre, con fecha 19 de julio, dos cartas. En la primera, destinada al ministro Torrico, después de darle noticias de la expedición de Freire, le añade: "Es muy probable que este suceso provoque algún sacudimiento, aun el coronel. Larenas que acaba de llegar de Lima, asegura que allí corrió la voz de haberse ya verificado una revolución en Chile". En la segunda, dirigida al ministro Méndez y calculada para que el gobierno chileno la interceptara o Méndez la divulgara, en caso de fracasar la expedición, le dice: "Comuníqueme Ud. sin pérdida de tiempo lo que resulte de la expedición de Chile, operación que he- desaprobado altamente, como desaprobare siempre lo que propenda a turbar el orden y el reposo interior de los estados americanos. Por los datos contenidos

en la carta de Ud. y por otros conductos, conozco el espíritu hostil que abriga contra nosotros ese gabinete: más no por esto deseo que se renueve en Chile la época de la turbulencia y de la rebeldía. Sé que el general Orbegoso piensa del mismo modo, y que la expedición se ha hecho, no sólo sin su aprobación, sino aún, sin su noticia, a pesar de algunas apariencias contrarias". Muerto Orbegoso, dirá que su falta fue no procesarlo por su complicidad en la expedición<sup>67</sup>. Freire fracasó, como lo preveía O'Higgins; pero Prieto y el partido de gobierno abrieron los ojos; y se convencieron con el argumento irredargüible del hecho, de la imposibilidad de mantener el orden interior del país mientras Santa Cruz estuviera al frente de la Confederación. Por otro lado, las cartas de Lavalle, las de Alemparte y de la totalidad de los corresponsales del gobierno chileno en Lima, coincidían en la apreciación de las miras de Santa Cruz sobre Chile, en la debilidad momentánea de su posición y en la necesidad de agredirlo en el acto.

Esta falsa jugada fue decisiva. La partida quedó perdida para el Protector. La defensa merece, sin embargo, reseñarse por la fertilidad de recursos que gastó. Pero el mate estaba dado. La guerra

---

<sup>67</sup> Hemos tenido la paciencia de revisar los diversos documentos en que Santa Cruz se refirió a la expedición Freire, y contado en ellos seis versiones diferentes en los detalles y cuyo fondo oscila, des de la afirmación de su absoluta ignorancia y de la de Orbegoso, hasta el arrepentimiento por no haber enjuiciado al último. A pesar de la negativa de Santa Cruz, de Orbegoso y de O'Higgins, ni en el Perú ni en Chile se dudó de la intervención de los dos primeros en esta aventura. Sólo años más tarde, cuando ya la mayor parte de los actores habían desaparecido, lograron Lastarria y Vicuña Mackenna, en su odio a la política de Portales, formar la con ciencia de la inculpabilidad del gobierno protectoral y de la injusticia de la agresión chilena. Y realizaron tan perfectamente su empeño que, corridos ya cincuenta años desde la publicación de los documentos que prueban la falsedad del manifiesto de Quito, aún persiste en toda América la versión de Vicuña Mackenna. Como ya se dijo, este escritor alcanzó a reunir algunos documentos, cuyo examen deja la convicción de que iba a rectificar fundamental mente la acalorada defensa que había hecho, en 1863, de la inocencia de Santa Cruz en la expedición Freire,

tenía fatalmente que estallar, e iba a estallar en el preciso momento en que sus resultados debían serle fatales. Nunca en América se gastaron más astucia, más destreza y más inmoralidad, en el sentido que el blanco da a la palabra, en la realización de una idea superior, que las empleadas por Santa Cruz en la persecución de su ensueño incaico. Pero tampoco se han gastado la clarividencia, el cálculo frío, la intuición psicológica ni el valor temerario que desplegó Portales para derrumbar el edificio, ya majestuoso, pero aún mal fraguado, de la Confederación<sup>68</sup>.

\* \* \* \*

La audacia de Portales frente al poder de Santa Cruz, pareció a los contemporáneos una' temeridad vecina a la locura. El desequilibrio aparente de fuerzas era enorme. Bolivia y el Perú reunidos contaban una población de cuatro millones de habitantes; las rentas de los dos estados peruanos y de Bolivia, ascendían a siete millones cien mil pesos, manejados por un mandatario tan económico como hábil administrador. El ejército de línea subía de once mil hombres y podía rápidamente doblarse. La marina contaba con ocho unidades, que representaban un poder triple de la es cuadra chilena, reducida a dos naves viejas.

---

<sup>68</sup> Los historiadores han atribuido influencia considerable en la gestación de la guerra de 1837 a los expatriados chilenos residentes en Lima y a los peruanos refugiados en Chile. Es una simple ilusión. El choque entre las concepciones políticas de Santa Cruz y de Portales habría producido fatalmente, aun no mediando ninguno de los sucesos accidentales que le sirvieron de pretexto. La concepción del primero era esencialmente expansiva. Según ya se dijo, aspiraba a desbordarse sobre el Ecuador y el norte argentino y a someter a Chile. Su realización era incompatible con la existencia de un vecino organizado y poderoso en el extremo sur de América. Y la esencia de la del último, era un estado orgánico fuerte, que perseguía una vigorosa expansión económica y comercial sobre el Pacífico, propósito que se excluía con la formación de una poderosa entidad Perú-boliviana. En la lucha entre las dos concepciones, los emigrados fueron meros instrumentos inconscientes del debilitamiento de sus patrias al servicio del adversario.

Por otro lado, la hábil diplomacia de Santa Cruz le había granjeado el respeto y la admiración universales. Luis Felipe le condecoró. El gobierno de S. M. Británica lo felicitó. Dos tratados de amistad, comercio y navegación, ligaron los intereses del nuevo estado a Francia e Inglaterra. Monseñor Cayetano Baluffi, obispo de Bagnorea, delegado apostólico para las repúblicas de América, lo felicitó en términos no menos calurosos que las majestades de Francia y de Inglaterra. "Antes de todo — le decía el delegado apostólico— permítame V. E. que lo felicite por los brillantes triunfos que ha obtenido, con los que, abatiendo la anarquía y la usurpación, ha consolidado la paz de los estados peruanos; que le exprese mi júbilo por la excelsa dignidad que ha merecido de supremo Protector de ambos, y que le vaticine toda prosperidad para su persona, para la república de Bolivia y para los otros pueblos confederados... Acepte V. E. la expresión de mi sincera veneración, y procure que, si el mundo lo mira como un héroe de la guerra y como un padre en política, lo aplauda también como un bienhechor de la religión".

En mayo de 1837, Palmerston ordenaba al cónsul británico "expresar al gobierno Perú-boliviano y personalmente a S. E. el general Santa Cruz, el alto aprecio que ha merecido del gobierno de S. M. la ilustrada política que es el norte de la administración de S. E." No era menor la simpatía americana que rodeaba al nuevo estado y a su Protector. Desde los Estados Unidos de Norteamérica y Méjico hasta Colombia y el Brasil, la genial concepción de Santa

Cruz y su gobierno de orden y de progreso habían causado buena impresión.

Esta simpatía le iba a permitir subvencionar la prensa inglesa y mover contra Chile a los acreedores impagos del empréstito de Irisarri; y contar durante la guerra con la parcialidad de los diplomáticos acreditados en Lima y del comando de las naves inglesas, francesas y norteamericanas que cruzaban el Pacífico. Declarada ya la guerra, el comandante de la fragata "Harrier", de S. M. B., condujo a Santa Cruz de un puerto a otro de la costa del Perú. El gobierno inglés, no sólo gestionó la paz, cuando el Protector se lo pidió, sino que, también, presionó al gobierno chileno para forzarlo a aceptarla, y su almirante intentó inmovilizar la escuadra chilena en el Callao.

Chile contaba en 1836 con una población de un millón de habitantes. Sus rentas alcanzaron a \$ 2.392.435 incluyendo un pequeño superávit de \$ 212.506 del año anterior. Su ejército de línea era de tres mil hombres; pero la guardia nacional podía elevarse a unos veinticinco mil si los recursos hubieran permitido completar su disciplina y su equipo. La escuadra estaba reducida al bergantín "Aquiles" y a la goleta "Colo-Colo", buques viejos de escaso poder y bastante deteriorados.

Sin embargo, la debilidad de la posición de Portales no provenía tanto de la desnivelación de las fuerzas, cuanto de la necesidad en que estaba de agredir a la Confederación. Tenía el tiempo en su contra. Dadas las superiores dotes de Santa Cruz, el orden y la prosperidad iban a ser factores decisivos en la consolidación del

nuevo estado. Mientras por un lado con la astucia o con la energía anulaba las facciones, por el otro los beneficios de su gobierno debían ganarle en poco tiempo la opinión general. Los últimos restos del espíritu de nacionalidad se iban a disolver en el Perú con gran rapidez. Santa Cruz sólo necesitaba ganar tiempo, demorar la guerra, mientras Portales necesitaba precipitarla y llevarla al centro mismo de los recursos del adversario. Y no paraban aquí las dificultades. Chile no quería la guerra. Su voluntad militar, siempre lenta en despertar, no se había aún repuesto de las sangrías sueltas que le abrieron las campañas de la independencia y de la expedición libertadora, cuyo peso recayó, en definitiva, exclusivamente sobre él. Los siete años de anarquía y la guerra civil del 29 habían desmoralizado, profundamente el ejército y engendrado en el país el deseo de reposo, de paz interior y exterior. Portales necesitaba despertar la voluntad guerrera, tan adormecida que sólo después de Paucarpata se la ve reaccionar con violencia.

Finalmente, Santa Cruz domina como maestro el teclado de las pasiones políticas y de las conspiraciones chilenas, mientras Portales, muy inferior a él en ese terreno, poco puede hacer en el escenario político peruano.

Para compensar tantas desventajas sólo cuenta con la energía guerrera del pueblo chileno, una vez despertada; con la fuerza, aún inaparente, de la organización interna que su mano ha dado a Chile; y con la audacia de su propio genio, factores todos que sólo se hicieron visibles después de Yungay.

\* \* \* \*



Las consecuencias de la complicidad del gobierno peruano en la expedición de Freire, no pasaron inadvertidas para un personaje que tenía vivo interés en evitar la guerra entre Chile y el Perú: el general O'Higgins. Su intervención espontánea en este asunto ha dado orígenes a dudas e interpretaciones torcidas, que se desvanecen con sólo reparar en la verdadera psicología de O'Higgins frente al conflicto en perspectiva.

En primer lugar, es un error representarse el chilénismo de O'Higgins en el sentido que posteriormente tuvo la expresión. Lo mismo que San Martín, Bolívar, Bello y casi todos los hombres que en esa época actuaron internacionalmente, era ciudadano de América. Los distintos países americanos, y especialmente los en que ellos actuaron, son, a sus ojos, miembros de una familia y solidarios de un mismo destino. El sentimiento de la nacionalidad, en el sentido definido, áspero y agresivo que se advierte en Portales, no existió jamás en O'Higgins. Para él una guerra entre Chile y el Perú o la Argentina, era una gran guerra fratricida, una discordia civil.

Además, si bien nació en Chile, al ser arrojado del gobierno por la incompreensión entre su mentalidad inglesa y la aristocracia castellano-vasca, encontró en el Perú una hospitalidad noble y generosa. Entre su carácter y el peruano no se produjeron rozamientos. Quiere a Chile y quiere al Perú. Un conflicto entre ambos países es para él doble mente fratricida y doblemente doloroso. Sería una lucha entre dos países americanos, que repugna

al ciudadano de América, y entre sus dos patrias, que ama por igual.

A menos de suponerlo un mentecato, no puede ignorar la participación del gobierno peruano en la expedición de Freire. Evidentemente, en 1836, aún no se ha dado cuenta de que fue Santa Cruz quien le hizo representar la vehemencia del pueblo chileno por restaurarlo en el gobierno; pero ya sabe que Viel fue solicitado por el propio gobierno del Perú, antes que Freire, para realizar la misma expedición. Tampoco quiere servir los intereses peruanos, ocultando a Chile la verdad. Sencillamente, desea evitar la guerra. Afirmando a Prieto la inocencia del gobierno peruano, cree calmar algo la irritación en Chile. Echa en el platillo de la paz el peso de su prestigio, para contrabalancear el que la expedición ha echado sobre el platillo de la guerra. Esto por lo que respecta a Chile. En cuanto a Santa Cruz, sabe que no le conviene agredir. En su desconocimiento de la psicología incaica del Protector, cree que la desgraciada participación del gobierno peruano en la expedición de Freire, es obra del odio de Orbegoso o del atolondramiento de las autoridades subalternas. Cree ciegamente en la sinceridad del Protector, cuyas miras no puede penetrar, y confía en su influencia sobre él para decidirlo a evitar la repetición de actos análogos. Esto lo da por hecho, siempre que la reacción violenta del gobierno chileno no lo haga imposible. Con este propósito, trece días después de embarcarse Freire, el 20 de julio, escribió a Prieto: "Aseguro a Ud., mi querido compadre, que este asunto me ha sido demasiado doloroso, porque habiendo perdonado a Freire, hace ya mucho

tiempo y olvidado sus ingratitudes y traiciones, le deseaba de buena fe la paz y tranquilidad de su persona y familia, y esperaba que las Lecciones que había recibido en los trece años pasados, le habrían convencido de su incapacidad para gobernar y mucho menos para embarcarse en la presente empresa criminal, que, aun cuando tuviese buen suceso, no podría tener otro resultado que envolver su patria en los horrores de la anarquía y de la guerra civil, para impedir lo cual hice yo tan extraordinarios sacrificios en 1823, sacrificios de que siempre me congratulo y rindo incesantemente mis más humildes votos a la buena y alta providencia que me los con cedió... Antes de concluir esta carta, debo decirle, mi querido compadre, que me he dado algunos trabajos para investigar y asegurarme, en lo posible, acerca de todas las circunstancias de la loca expedición de Freire, y siento el mayor gusto al expresar que ha sido imposible descubrir hecho alguno que pudiera justificarme en suponer que el gobierno del Perú haya tenido parte alguna en las operaciones de don Ramón. El tuvo buen suceso en sustraerse de este país y embarcarse para Chile, porque ningún hombre racional habría creído, que él fuese capaz de tan insano proceder. En todos los países hay siempre un número de personas que desean la guerra, con la esperanza de convertir semejante acontecimiento en lucros y provechos propios, por lo que debe haber mucho cuidado en no oír a estos especuladores, porque sus avisos e insinuaciones son calculados a precipitar a sus gobiernos, mi querido compadre, en dificultades que, una vez envuelto en ellas, no encontraría Ud. fácil salida; pero tengo una opinión demasiado favorable de sus

buenas luces y conocimientos para entrar en argumento alguno extensivo a fin de probar la absurdidad de tales insinuaciones. No hay duda que nuestras secciones sudamericanas son fácilmente envueltas en disensiones civiles; pero, por la misma razón que son así, la debilidad de sus gobiernos no les permite absolutamente emprender guerras exteriores. Esta debilidad, que es, por tanto, una desgracia nacional, en nuestro caso, debe mirarse como una bendición nacional; la guerra civil es una gran calamidad; pero la guerra civil a un tiempo con la exterior sería una ruina absoluta. Siendo, pues, este mi convencimiento, me consideraría un hombre desnaturalizado e ingrato, si no usase de cuantos medios estén a mis alcances para impedir la guerra entre Chile y el Perú. Al primero debo mi nacimiento, y, por consiguiente, un deber filial, y al segundo favores y distinciones a que jamás sabré corresponder suficientemente al tamaño de mis deseos; pero supóngase posible (que yo no lo creo) que estos dos países cegasen enteramente a sus mejores intereses y pensasen en hostilidades, me queda el consuelo de creer que un brazo más fuerte que el mío, en tal caso, se interpondría entre los dos países, pues que estoy convencido y no dudo que el gobierno británico, a cuyos súbditos están hipotecadas las rentas nacionales de Chile y el Perú, por deudas que pueden requerir medio siglo de paz para descargarse de ellas, consideraría un deber imperioso intervenir de un modo decisivo y para embarazar que una mala aplicación de la propiedad hipotecada dé a las partes el poder de gratificar sus inclinaciones de guerra, que dejarán de existir quitándoles el dinero que es el nervio de la guerra"

Un mes más tarde, el 19 de agosto, siempre firme en su confianza en Santa Cruz, comunica a Prieto como un suceso fausto para las relaciones de Chile con el Perú, la elección de aquél como Protector. "El general Santa Cruz — le dice— ha sido elegido el supremo Protector del estado Nor-Peruano por la asamblea de Huaura; el 15 del presente entró en esta capital y al día siguientes tomó posesión del gobierno. Lo he tratado íntimamente desde el año de 1823. Hemos sido compañeros de armas en la guerra de la independencia, y tengo una alta opinión de su buen juicio^ prudencia y experiencia para gobernar en jefe como supremo magistrado; es, por tanto, de esperarse que este país comenzará ahora a gozar de los frutos del orden y buen gobierno, después de haber sufrido males incalculables por convulsiones y guerras civiles en que ha estado sumergido en los tres años últimos. He escrito tanto en las adjuntas cartas en lo que hace a las ventajas de tratados de comercio entre Chile y el Perú, que no me parece necesario añadir más, sino expresar mi convencimiento que Ud., mi querido general, encontrará en el general Santa Cruz toda disposición para entablar y fijar las relaciones entre estos países bajo un pie mutuamente benéfico, pues que él es un estadista demasiado experimentado para desconocer las ventajas que deben resultar a ambos países de un justo cambio de sus producciones"<sup>69</sup>.

---

<sup>69</sup> Que estas cartas revelan que O'Higgins, en su lentitud intelectual y su falta de perspicacia, no tiene la menor idea del fondo del conflicto entre las miras políticas del Protector y las de Portales, con cedido. Pero concédase, también, que ver en ellas una prueba de la prescindencia del gobierno peruano en la expedición de Freire, aun suprimiendo la amplia documentación que la establece, es una ingenuidad que corre pareja con la de tomar el manifiesto de Quito como expresión del pensamiento verdadero de Santa Cruz, o la de negar la decisión de Portales de disolver por la fuerza la Confederación.

\* \* \* \*

El dominio del mar era decisivo. Mientras Santa Cruz lo conservara nada tenía que temer, y el desequilibrio de las fuerzas navales de ambos países era tan grande, que parecía imposible pudiera el Perú perderlo. La marina peruana había sido salaverrista, y el Protector, después del triunfo, tuvo que optar entre renovar el personal o amarrar los buques. Su espíritu de economía lo movió a preferir el segundo arbitrio. Portales lo sabía; y con su rapidez mental, concibió el proyecto de apoderarse de la escuadra peruana sorpresivamente.

El 13 de agosto de 1836, la fragata "Monteagudo", que el gobierno peruano había puesto a disposición de Freire y que su tripulación sublevada había entregado al gobierno chileno, partía de Valparaíso en dirección a Chiloé, con orden de capturar el resto de la expedición de aquél. El mismo día se hacían a la vela, en dirección al Callao, el bergantín "Aquiles" y la goleta "Colo-Colo", tripulados por una buena marinería y con una guarnición de tropas escogidas. Iban a las órdenes de Victorino Garrido, y la expedición tenía por objeto capturar la escuadra peruana donde quiera que se encontrara.

Garrido destacó la "Colo-Colo" hacia los puertos de Arica y de Islay con orden de apoderarse de los buques que estuvieran anclados en ellos, y se dirigió en el "Aquiles" directamente al Callao, adonde arribó el 21 de agosto a las 9 de la mañana. Inmediatamente despachó a tierra, con el ayudante Soto Aguilar, los pliegos en que el gobierno ordenaba al cónsul Lavalle pedir sus pasaportes.

Después de una breve conferencia a bordo, el cónsul rehusó hacerlo desde el "Aquiles", y regresó a Lima para recoger sus papeles y despedirse al día siguiente del gobierno.

Estaban en la bahía tres de los seis buques que quedaban al Perú, después de facilitar a Freire la "Monteagudo" y el "Orbegoso", fuera del bergantín inutilizado "Congreso": la barca "Santa Cruz", el bergantín "Arequipeño" y la goleta "Peruviana". Los tres fueron capturados en la noche del mismo día por la guarnición del "Aquiles". "A las doce de la noche — dice Sotomayor Valdés— ochenta hombres al mando del comandante don Pedro Ángulo, salieron del "Aquiles" y distribuidos en cinco botes se dirigieron a la barca "Santa Cruz", que era el buque mejor aviado y estaba además defendido por una batería del arsenal. La barca fue abordada sin la menor resistencia: la tripulaban 43 hombres y tenía 12 cañones de a 9 perfectamente montados y los pertrechos necesarios. Ángulo puso en el buque apresado la fuerza suficiente para su seguridad y para sacarlo inmediatamente a la isla de San Lorenzo, marchó en seguida a tomar el "Arequipeño" y la "Peruviana", lo que verificó con igual felicidad. A bordo del "Arequipeño" había 3 oficiales, un guardiamarina y 30 individuos de marinería y tropa. Tenía este bergantín 6 cañones montados de a 12, y 3 pedreros, aparte de otras pocas armas y pertrechos. La "Peruviana" tenía un cañón giratorio de a 12; pero estaba sin gente. A una señal hecha por los apresadores, el "Aquiles" se puso a la vela y en pocos minutos estuvo reunido con los buques apresados, quedando todos fuera del alcance de las baterías del puerto".

El golpe había sido asestado con una audacia y una intuición psicológica que hacen recordar las hazañas de Cochrane, con cuyo genio militar el de Portales tiene una extraña analogía. Garrido fue hábilmente escogido para cumplir los detalles del plan y los acontecimientos secundaron su audacia y su aplomo.

Al día siguiente, Garrido dirigió al gobierno peruano un oficio en que le dice: "La inexplicable conducta del gobierno peruano ha obligado al mío a tomar por su propia defensa las medidas de que US. tendrá noticias por otros conductos. La intención del gobierno de Chile es retener los buques de que me he apoderado, como una prenda de las disposiciones pacíficas de la república peruana, y con la mira, quizás, de devolverlos en el momento en que se le den suficientes garantías de paz. Los oficiales capturados en el bergantín "Arequipeño" y los demás individuos de su tripulación que no han querido alistarse voluntariamente bajo la bandera de Chile, como lo han hecho algunos de ellos, pasan libremente a disposición de ese gobierno. Luego que se me una la barca "General Santa Cruz", obtendrán la misma libertad los que se hallen en aquel caso a bordo de ella. Espero de US, se servirá ordenar a don Ventura Lavalle, encargado de negocios de Chile acerca de ese gobierno, que con sus efectos y los chilenos que quieran acompañarle se traslade inmediatamente al bergantín "Aquiles". Dios guarde a US. — Victorino Garrido".

Santa Cruz estaba en ese momento en Lima. Había venido a recoger el homenaje de la capital, alborozada con su reciente designación de Protector del Estado Nor-Peruano.



Su primera reacción fue de cólera. Apresó al encargado de negocios de Chile; pero lo puso en libertad diez minutos después. Había intervenido O'Higgins, según consta de la siguiente carta a Prieto: "Mi amado compadre y amigo: Después que haya Ud. leído las adjuntas cartas que han sido detenidas, como si fuera por una fatalidad, podrá Ud. juzgar inmediatamente mi sentimiento al oír que el "Aquiles" había tomado en el puerto de Callao tres buques peruanos, en la noche del 21. Fue solamente la noche anterior que había tenido una larga conversación con su hijo don Joaquincito respecto al estado de cosas en este país y Chile; y no dudé asegurarle que Ud., mi querido compadre, podía, con toda seguridad, confiar en los sentimientos amistosos y buena fe del general Santa Cruz. Bajo este convencimiento, propuse a don Joaquincito introducirlo al señor general Santa Cruz en la primera oportunidad favorable, satisfecho de que sería recibido con todas las consideraciones que sus buenas cualidades y ser hijo de Ud. requería justamente por muchos títulos. Luego que supe de los procedimientos del "Aquiles" fui a ver al presidente, digo al Protector el general Santa Cruz; lo encontré mucho menos irritado de lo que esperaba; se habían, sin embargo, dado órdenes para el arresto de don Ventura Lavalle, considerando que el capitán del "Aquiles" debía de haber procedido en obediencia a sus instrucciones. Al observar que el asunto era un conjunto de cosas inesperadas e inexplicables, consideré que habría alguna gran falta de conceptos, que el tiempo solamente podría rectificar; y por tanto hice lo que pude para que no se ofreciesen violencias algunas a las personas y

propiedades de individuos chilenos residentes en esta capital, como era de temerse, hasta que se presentase una oportunidad de demandar de Ud. una explicación, en cuya virtud se suspendió inmediatamente la orden de arresto del señor Lavalle y recibió su pasaporte. Las personas y propiedades de los chilenos residentes aquí han sido completamente respetadas, y por la moderación así justificada del Protector, yo espero y no dudo que este asunto desagradable se compondrá de modo satisfactorio y honroso a todas las partes. A la verdad, aseguro a Ud., mi querido compadre, que me llena de horror la sola idea de guerra entre Chile y el Perú, porque semejante desgracia conduciría casi a la conclusión que los delitos de nuestros primeros padres se castigan en nosotros, y que las crueldades de los conquistadores españoles hayan de ser expiadas por torrentes de sangre de sus descendientes".

La reacción de Santa Cruz se habría producido en el mismo sentido, aun no mediando la influencia de O'Higgins. Pasada la primera explosión de cólera, su sagacidad y su fría razón le habían alumbrado el panorama. Comprendió el error en que había caído. La moderación de Portales, que él tomara por temor o por impotencia, había sido una trampa calculada para precipitarlo en las medidas de hostilidad comercial y en la protección a la aventura descabellada de Freire. Había sido engañado, pero en lugar de revolverse contra Portales, como lo habría hecho un espíritu vulgar, comenzó a sentir por él una gran admiración y a temer lo todo de su audacia y de su genio. "Jamás se había imaginado que el gobierno de Chile enviara para perpetrar aquel golpe los dos pequeños barcos que

constituían toda su fuerza naval, teniendo una inmensa costa que resguardar, facciones internas que contener, y hallándose, sobre todo, amenazado por la expedición de Freire". No irá a la guerra; negociará; pasará por todo; prometerá cuanto se le exija, antes que romper. Moverá cuanta influencia le sea posible para neutralizar el ascendiente de Portales sobre Prieto, sin reparar en los medios, libre de escrúpulos, que por lo demás nunca conoció. Insistirá por medio de O'Higgins ante Prieto, le escribirá personalmente; y si no fuera bastante, intentará la presión moral de los países europeos admiradores suyos.

Por el momento, había que conciliar con Garrido. Este fue el punto de partida de una gestión, iniciada por Santa Cruz, que puso de manifiesto la distancia que había entre su genio y la sagacidad del plenipotenciario chileno.

Garrido fue, según se ha visto, lo mismo que Prieto y que Tocornal, un complemento del genio de Portales, un mediador plástico que ayudó a salvar la distancia exagerada que había entre el genio político y su tiempo y su raza, achicando sus concepciones, revistiéndolas de un ropaje más modesto y haciéndolas más asequibles a la mentalidad vasa, pacata, prosaica y destituida de imaginación. Fue, también, un amortiguador de su exagerada rigidez cívica, humanizándola y puliéndole las aristas. En el fondo, y sin que esto afecte a sus grandes aptitudes, era un sugestionado por el genio de Portales, en el sentido psicológico en que más tarde lo fueron Montt y Varas, Errázuriz, Santa María y Balmaceda, y en el que lo fueron todos los que realizaron su concepción política. Pero

cabeza de menor vigor mental, por otro fenómeno de autosugestión, acabó por sentirse él mismo el genio de Portales y el autor o el inspirador de su política. Superior a la generalidad de sus émulos por el aplomo y el genio práctico, lo mismo que por su destreza en la intriga pequeña, era incapaz, como lo eran Rosas y todos los americanos de la época, excepto Portales, de afrontar el genio y la sagacidad superior de Santa Cruz. El Protector iba a jugar con él, como lo había hecho con Bolívar, con Sucre, con Gamarra, con O'Higgins y con cuanto personaje se había colocado a su alcance. Freire iba a ser vengado. El burlador de su candor en Lircay iba, a su turno, a ser burlado en Lima.

Dentro del designio de Portales, la agresión del "Aguiles" debió provocar la guerra. No es que la deseara; nadie tal vez la lamentaba más. Tenía conciencia del sacrificio que iba a exigir al país, y en sus vehementes ansias de prosperidad y de grandeza materiales, le dolía vivamente. Más aún, no se le ocultaban los peligros que, para su concepción política, entrañaba la personalidad que se formaría el general vencedor. Pero creía que ningún tratado ni ninguna valla detendrían a Santa Cruz; y que sus protestas de paz y sus concesiones, no tenían otro fin que aplazar el conflicto y ganar tiempo para consolidar la Confederación. Era un convencido de que, aún queriéndolo, no podía cumplir; y que aún pudiendo cumplir, la soberbia peruana no se lo permitiría. Pero la sagacidad de Santa Cruz iba a hacer derivar la agresión, por el momento a lo menos, en un acto de armonía y de prenda de sus disposiciones pacíficas.

Contestando la dura nota que le pasó Garrido, con motivo de la prisión de Lavalle, el general Herrera, chileno al servicio de Santa Cruz, y gobernador del Callao, a quien éste comisionó para entenderse con el encargado de las fuerzas navales de Chile, le dice: "El señor encargado en consecuencia del tono amenazante que se toma en su referida nota, puede, si quiere, continuar perpetrando los excesos a que se sirve dar el nombre de actos de precaución. El gobierno Nor-Peruano se entenderá directamente con el de Chile sobre la satisfacción que tamaño ultraje demanda, y en el curso de esta negociación acreditará sus deseos de conservar sus relaciones amistosas con la nación chilena hasta el extremo de apurar todos los recursos para terminar por los medios suaves de la conciliación y de la benevolencia".

Al mismo tiempo hizo escribir al propio Herrera, al cónsul inglés en Lima, Mr. Wilson, y al general Miller cartas privadas a Garrido, pidiéndole suspender el cumplimiento de las amenazas e instándolo a negociar. Al día siguiente, tenía lugar una reunión de Miller, Herrera y Garrido a bordo de la fragata inglesa "Talbot". El último se excusó, al principio, de entrar en negociaciones por falta de autorización; pero queriendo añadir un triunfo diplomático a su hazaña militar, poco más adelante redactó las bases de un convenio, que Herrera aceptó en el acto con pequeñas modificaciones de pura fórmula, y que Santa Cruz ratificó el día 29. Las estipulaciones de este pacto eran las siguientes: "Art. 1." Las fuerzas navales de Chile destinadas a la costa del Perú no capturarán en lo sucesivo buque alguno de guerra, ni propiedad de

ninguna especie perteneciente a los estados peruanos; y se retirarán de las expresadas costas en el término de diez días, contados desde la fecha del tratado; 2° Se exceptúan del artículo anterior los buques peruanos que hubiesen servido a la expedición del ex general Freire, los cuales podrán ser aprehendidos, si no lo fueren a la fecha, en los puntos donde se encontraren, por el abuso que sus fletadores hicieron de ellos, sin que en ningún tiempo tenga derecho el gobierno del Perú a hacer reclamo alguno sobre estos buques o su valor al gobierno de la república de Chile; 3° El general Herrera conviene en que los tres buques aprehendidos por las fuerzas de Chile el 21 del corriente sean conducidos a disposición de aquel gobierno, hasta que entre él y el de los estados del Perú se haga un arreglo definitivo que se procurará desde luego; 4. Los buques que desde la ratificación de este tratado por el gobierno del Perú fueren aprehendidos por los de guerra de una u otra nación, serán devueltos en el acto, cualesquiera que sean las circunstancias que hubiesen precedido a la captura, no comprendiéndose en este caso los buques de que habla el artículo 2°; 5° Los emigrados chilenos y cualesquiera otras personas que, abusando de la hospitalidad del Perú, se dirigieron a la república de Chile en compañía del ex general Freire, y regresasen al Perú, serán juzgados conforme a las leyes del país y separados de la costa cincuenta leguas, por lo menos, al interior, sin perjuicio de imponerles mayor castigo si hubiere lugar; 6° Conviene a ambas partes en no armar más buques que los que actualmente tienen, durante cuatro meses; 7° En tanto, el comercio entre la república de Chile y estados del Perú

continuará haciéndose libremente como antes del 23 del pte. mes, quedando restablecidas todas las relaciones de buena amistad entre ambos gobiernos sin restricción alguna; 8° A consecuencia de lo prevenido en el artículo anterior, el en cargado de negocios de Chile, don Ventura Lavalle, que salió de la capital de Lima el 22 del corriente, podrá volver y permanecer en ella para arreglar sus negocios particulares todo el tiempo que estime conveniente ..."

Después del pacto, Garrido visitó Lima, donde fue objeto de la curiosidad general; y muy cumplimentado por su doble triunfo, que el disimulo peruano aparentó tomar alegremente. Sólo en el teatro las limeñas, que se habían forjado la ilusión de que el audaz captor de su escuadra era un gallardo mancebo, "no le perdonaron que tuviera feo rostro y derrengado cuerpo".

El Protector quiso conocerlo; y Miller se encargó de prepararle la visita. La urbanidad y la exquisita galantería de Santa Cruz y el interés que manifestó por la prosperidad de Chile y, muy especialmente, por su gobierno, acabaron de colmar la satisfacción de Garrido. Dando cuenta al gobierno chileno de su misión, dice: "A la hora citada fui introducido a su gabinete (el del Protector) por el señor Miller, y recibido por S. E. cortés y urbanamente, y se contrajo nuestra con versación, principalmente, sobre la buena inteligencia que siempre había querido mantener con el gobierno de Chile, sobre la predilección particular que le merecía este país y lo placentero que le era el verlo marchar a su engrandecimiento, esmerándose en hacerme ver que no sólo no podía tener injerencia alguna en la expedición de los emigrados chile nos, sino que era

contrario a su política y a su interés el favorecer toda pretensión que se encaminase a destruir un gobierno firme y bienhechor y que estaba identificado con él por la solidez de sus principios. A la expresión de estos sentimientos, transmití a S. E. los que animan al gobierno de Chile por la prosperidad y bienestar del Perú y las demás repúblicas de América, y la satisfacción con que había visto los progresos de Bolivia. Pero que, debiendo juzgar por los resultados y por los actos de inconsecuencia con Chile en que habían incurrido sus predecesores en el gobierno del Perú, abundaba el mío en fundamentos para justificar su proceder, En el curso de esta conversación, en que se tocaron algunos otros pormenores, S. E. me insinuó que pasase aquel día en Lima para dar tiempo a que se concluyese la correspondencia que deseaba mandar por mi conducto al agente del gobierno de Bolivia en Chile. No pudiendo acceder a esta insinuación, porque debía trasladarme en aquella mañana a bordo del "Aquiles", ofrecí a S. E. no dar la vela hasta recibir sus comunicaciones, y me despedí asegurándole mi profundo respeto y protestándole al mismo tiempo que pondría en conocimiento de S. E. el presidente de esta república las disposiciones benévolas que respecto a ella me había manifestado. El 2 de septiembre dio Garrido la vela y llegó a Valparaíso el día 23. El "Aquiles" conducía, también, al coronel Magariños, portador de la siguiente carta de Santa Cruz a Prieto: "Lima, septiembre 1.\* de 1836. Mi querido general y amigo: Recién instalado en el protectorado del Norte del Perú, que me ha sido conferido por el voto unánime de la asamblea reunida en Huaura, he tenido el disgusto y



la sorpresa de que los primeros días de mi administración hayan sido amargados por el suceso del "Aguiles", de cuyos pormenores estará ya Ud. informado. Tan inexplicable me ha parecido este acontecimiento, que sólo he podido atribuirlo a la ignorancia en que Ud. se hallaba de mi llegada a ésta, pues no he podido figurarme que desconociese Ud. mis principios y mi carácter hasta el extremo de querer vengar en mí agravios que nunca pude haberle hecho, y que, por otra parte, sólo han podido atribuirse a la administración pasada, en virtud de rumores inexactos o de un errado concepto, que sin duda habrá Ud. rectificado a la hora ésta con mejores datos a la vista. Como quiera que sea, la convención celebrada con el señor Garrido es un testimonio irrefragable de los vivos deseos que me animan de sostener la paz a toda costa, posponiendo la ofensa que, bajo mi administración, se ha hecho a este país, al propósito inalterable de mantener la mejor armonía y las relaciones más amistosas entre dos países cuya enemistad produciría torrentes de males a los pueblos. Esta manifestación confidencial y sincera de mis sentimientos se hallará oficialmente confirmada por las negociaciones que entable con ese gobierno el señor Casimiro Olañeta, a quien ya supongo en ésa o muy próximo a llegar de Europa. Su misión diplomática no tendrá otro objeto que disipar cualquier error de concepto, cualquiera inteligencia equivocada que pueda servir de obstáculo a una correspondencia franca entre Chile y el Perú, establecer la paz y la amistad entre los dos países, sobre bases que resistan al tiempo y a las maniobras de nuestros enemigos, y celebrar un tratado de comercio que ligue más y más a

los dos pueblos y consolide y fomente sus intereses recíprocos. En Ud. he conocido, durante mi misión en Chile, los sentimientos de un caballero, y como tal, espero que me haga la justicia de creer en la sinceridad de los sentimientos que acabo de exponerle.

"El portador de ésta es el coronel don Manuel Rodríguez de Magariños, oficial distinguido y de mi confianza, que recomiendo a la amistad de Ud. Esta recomendación se extiende también al señor Olañeta, antiguo compatriota y sujeto en quien se reúnen cualidades muy apreciables.

"Reitero a Ud. la expresión de mi sincera amistad y alta estimación con que soy su Afmo. y S. S. —A. Santa Cruz".

El general Prieto contestó la carta del Protector con fecha 2 de octubre de 1836 en los siguientes términos: "Mi querido general y amigo: La carta de Ud. de 1." de septiembre último ha sido para mí un rayo de esperanza en medio de tantas circunstancias ominosas que parecían forzarme a suspender la política pacifista y conciliadora que ha dirigido al gobierno de Chile durante mi administración, y que indudablemente es la sola conforme a los verdaderos y esenciales intereses de este país. La mudanza que Ud. ha creído percibir no es obra de Chile; es obra de sucesos en que no hemos tenido parte; es el efecto de un nuevo orden de cosas que, turbando el equilibrio de las repúblicas del sur, ha impuesto a cada una de ellas la obligación de proveer, no ya a la conservación de bienes o derechos secundarios, sino a su existencia misma. Esta república en particular ha visto amenazada a un tiempo su tranquilidad interior y su independencia, que son la vida de las

naciones. Es preciso tomar los hechos de muy atrás, y al recorrerlos ruego a Ud. que me absuelva de toda intención de herir su delicadeza. Debo a Ud. y a mí mismo la verdad.

"El plan de unir las repúblicas de Bolivia y el Perú, en un solo estado, bajo la forma de confederación u otra cualquiera, ha esparcido la alarma en todos los ánimos. Y cuando se ha visto formar, madurar y consumir un plan tan vasto, de tanta trascendencia a la América toda, sin que este gobierno hubiese recibido la menor indicación de Ud., sin que hubiese percibido en Ud., ni en el general Orbegoso la más ligera disposición de oír sus votos sobre una materia que afectaba tan de cerca a la seguridad futura de Chile, cuando hemos visto prolongarse esta reserva hasta ahora y suspenderse durante tanto tiempo aún las negociaciones que estaban pendientes, no era extraño que diéramos cabida a la desconfianza y a presentimientos azarosos. Nada hay en esto de personal a Ud., pero sería haber sacado bien poco fruto de la experiencia de todos los siglos y desconocer mis primeros deberes, fiar a las calidades personales de un hombre los destinos futuros del pueblo que me ha elevado a la primera magistratura para velar sobre ellos.

"Se ha acusado al gobierno de Chile de parcialidad a Salaverry. Esta acusación es desmentida por el tenor uniforme de su conducta; a no ser que se mire como una excepción el cultivo de relaciones diplomáticas, reducidas a la protección y fomento de los intereses comerciales de Chile, y de las provincias que estuvieron sujetas a aquel caudillo. Fuera de este limitado círculo, no dimos un paso, y

harto lo prueban las quejas repetidas de su agente en este país y el disfavor con que fue mirado en Lima, durante su administración, don Ventura Lavalle, cuyo retiro se solicitó con instancia. Ud. recordará que nuestras relaciones, de pura forma, con el titulado jefe supremo, principiaron en una época en que la causa del general Orbegoso, según él mismo lo ha declarado en varios actos oficiales, estaba en la última agonía, y todas sus esperanzas de salud se cifraban en la intervención de Bolivia. Yo pensé en aquellas circunstancias, como todos, y como el mismo general Orbegoso; y no hice más que adoptar, mientras el pueblo peruano, a quien tocaba la decisión de la contienda, pronunciase su fallo, la neutralidad estricta observada por el gobierno de Chile en ocurrencias anteriores de la misma especie.

"Restaurada en Lima la administración del general Orbegoso, fue uno de sus primeros actos declarar nulo el pacto ajustado con Chile por un plenipotenciario de aquel mismo jefe. Que el general Orbegoso, obrando en el interés de su causa, pudo dar por nula la ratificación, lo reconoció desde los primeros momentos este gobierno; pero la ratificación es una forma que podía fácilmente renovarse; y, ya que se rehusaba, no creo que se acusará de una delicadeza nimia al gobierno de Chile, si en una denegación, que no dejaba enteramente cubierto el honor del Perú, echaba menos aquellas explicaciones amistosas o siquiera urbanas a que se recurre en casos semejantes, cuando se desea dar pruebas de consideración y respeto. En lugar de esto, parece que se estudió el modo de revestir aquel acto de las exterioridades más repulsivas y

odiosas, como si quisiera darnos en él una prueba solemne de desafecto y malevolencia. No recuerdo este incidente, sino porque él ofrece un testimonio irrefragable de los sentimientos del gobierno peruano hacia Chile; por lo demás, el de Chile ha dicho, y yo me tomo la libertad de repetirlo a Ud., que este país no tiene un grande interés en que se revalide el tratado, ni en que se ajuste otro nuevo; y que nos conformaremos con la determinación del gobierno peruano sobre este punto, cualquiera que sea, con tal que no se trate de hostilizar nuestro comercio con excepciones odiosas. La sangre de los chilenos no se derramará para obtener tratados de comercio ventajosos, ni creo que produzcan jamás beneficios verdaderos y durables, sino aquellos que se celebren bajo el influjo de la convicción y de la mutua con fianza. Igualdad, imparcialidad, es todo lo que deseamos.

"Paso a la última época de estas malhadadas desavenencias, época marcada con dos sucesos, que por el honor del gobierno peruano y de la América sería de desear quedasen borrados para siempre de la memoria de los hombres: la expedición de don Ramón Freire y el atropellamiento del en cargado de negocios de este gobierno en Lima. Sobre los antecedentes del primero de estos hechos y sobre el carácter del segundo, la amistad y respeto que profeso a Ud. me cierran los labios. Me fijaré sólo en nuestra determinación de tomar en forma de prenda los buques de guerra peruanos que no habían formado parte de la expedición de Freire. Me parece de tal evidencia la justicia que nos asistía para dar este paso, que me admiro que el ilustrado juicio de Ud. haya podido verlo bajo diverso aspecto. ¿A

qué se redujo en efecto? A quitar al Perú momentáneamente tres buques de guerra que, supuestas sus disposiciones pacíficas hacia nosotros, para nada podían hacerle falta, y que en la suposición contraria, de que teníamos pruebas y documentos irrefragables, podían hacernos gravísimo daño. Si la buena fortuna de Chile, o más bien el favor de la Providencia y la lealtad de los chilenos no hubiesen aniquilado en un momento y convertido en oprobio de sus autores el plan fraguado a la sombra del gobierno peruano para incendiar esta república, es harto verosímil que habríamos tenido que combatir contra toda la escuadra peruana. ¿Era prudente desperdiciar en reconvenciones y explicaciones un tiempo precioso, que hubiera podido costarnos la salud del estado? Este era un punto, mi amado general, en que apelo a los sentimientos morales de Ud. y a su honor. Aunque no se mirara como rota de hecho la paz entre Chile y el Perú por la expedición de Freire, nadie negará que, a lo menos, teníamos poderosísimas razones para dudar de la buena fe del gobierno peruano, y que los daños inferidos a Chile nos daban derecho para reclamar una indemnización adecuada. Cualquiera de estos motivos justificaba sobradamente la medida de la aprehensión de los buques.

"Yo siento que Ud. la haya considerado como una ofensa injuriosa. No hay nada de personal en esto. La administración de Ud., reemplazando a la del general Orbegoso, ha heredado todas sus responsabilidades.

"Lo importante de la materia disculpará la extensión de esta carta, en que me propuse corresponder a las amistosas indicaciones de

Ud., exponiéndole francamente los sentimientos del gobierno de Chile. Las disposiciones de éste no pueden ser sino pacíficas. Si Chile emprende la guerra (calamidad que ruego fervientemente al cielo aleje de nosotros), será solamente con el objeto de obtener una paz segura. Ud. es digno de contribuir a esta grande obra, y me atrevo a decir que no sería ella la menos gloriosa de las que adornasen algún día la historia de Ud. El mundo, que tiene fijos los ojos en Ud., le pide un ejemplo de magnanimidad. Se trata de reparar una injusticia; se trata de reanudar otra vez lazos cuya consolidación será para las repúblicas del sur el preludio de una época de prosperidad, cual no ha visto la América hasta ahora. Es excusado decir a Ud. que, obtenido este gran resultado, podrá Ud. contar con una cordial amistad por nuestra parte.

"Dentro de pocos días debe salir para Lima un plenipotenciario destinado a tratar con el gobierno de Ud. Él le explicará los motivos que he tenido para no ratificar el convenio del Callao, y desenvolverá los objetos de la negociación y las miras del gobierno de Chile. Entretanto, ruego a Ud. que se sirva meditar desapasionadamente los puntos que abraza esta comunicación confidencial, y acoger los sentimientos invariables de amistad y distinguida consideración con que tengo el honor de ser su Afmo. servidor. — Joaquín Prieto".

Portales no sólo se negó a ratificar el pacto, sino que en su irritación lastimó a Garrido, que acababa de prestar un gran servicio, si no como diplomático, por lo menos como captor del poder naval peruano. El desabrimiento, por lo demás, duró lo que la irritación

de Portales y algunas comunicaciones halagüeñas restablecieron la intimidad entre el genio y su complemento.

Este traspié de Garrido ha intrigado mucho a los historiadores. En la ignorancia general de todos ellos sobre la personalidad real de Portales, juzgando por la espontaneidad del hombre, hicieron un gobernante esclavo de sus vehemencias e incapaz de reservar nada, del estadista más hermético, del calculador más frío que ha pasado por el gobierno de Chile. Conocida esta característica de Portales, lo ocurrido cae de su propio peso. Basta leer las comunicaciones de Garrido para comprenderlo. Portales, al enviarlo, se guardó bien de imponerle de que estaba resuelto a ir a la guerra a todo trance. Se limitó a darle la instrucción de tomar los buques y regresar. Garrido vio el primer designio, o sea la seguridad defensiva y ofensiva que se adquiriría con la captura de los buques peruanos. Mas, no vio el segundo, o sea la banderilla que Portales quería clavar al toro andaluz, para que, a su turno, rebotara en forma de represalias sobre el toro vasco-araucano, enardeciéndolo. No vio que deseaba provocar vejaciones y perjuicios sobre las personas y los intereses chilenos, que Garrido procuró evitar.

Su primera intención fue ceñirse a las instrucciones; pero el demonio de la vanidad le tentó a echar un cuarto de espada como diplomático, que le fue fatal. Su raciocinio, por lo demás, fue lógico. Apresados tres buques peruanos y capturados los dos que se le entregaron a Freire, la seguridad nacional estaba alcanzada. ¿Por qué, entonces, no lograr también pacíficamente los demás objetivos, si la oportunidad se presentaba? Ella había venido sin buscarla.



Santa Cruz parecía complacido de la captura de los buques, y se allanaba a darlos en rehenes, legalizando el acto agresivo que el gobierno chileno acababa de cometer en plena paz. ¿Qué mayor seguridad de sus intenciones pacíficas?

\* \* \* \*

El mismo día que el presidente Prieto contestaba a Santa Cruz la carta preinserta, enviaba un mensaje al congreso solicitando la autorización para declarar la guerra, si las satisfacciones y seguridades que se iban a pedir al Perú, no fueran aceptadas. El congreso se la concedió por unanimidad, con asistencia de los senadores Benavente, que después se declaró contrario a la guerra, Vial del Río y otros desafectos a Portales. El acuerdo legislativo dice así: "El congreso nacional autoriza al presidente de la república para que, en caso de no obtener del gobierno del Perú reparaciones adecuadas a los agravios que éste ha inferido a Chile, bajo condiciones que afiancen la independencia de esta república, declare la guerra a aquel gobierno, haciendo presente a todas las naciones la justicia de los motivos que obligan al pueblo chileno a tocar este último recurso después de estar colmada la medida de los sacrificios que ha consagrado a la conservación de la paz".

El gobierno mandó como plenipotenciario al fiscal de la Corte Suprema de Justicia, Mariano Egaña, que zarpó de Valparaíso el 19 de octubre en una escuadrilla de cinco buques perfectamente armados al mando del vicealmirante Blanco Encalada. Era portador de un pliego de exigencias al jefe de la Confederación Perú-Boliviana, cuyo tenor es el siguiente: "1° Una satisfacción honrosa

por la violencia cometida en la persona del encargado de negocios don Ventura Lavalle; 2° La independencia de Bolivia y del Ecuador, que Chile mira como absolutamente necesaria para la seguridad de todos demás estados sudamericanos; 3° El reconocimiento de la suma de dinero que el Perú debe a Chile, tanto en razón del empréstito y de los auxilios en la guerra de la independencia, como de la indemnización a que Chile tiene derecho por los daños que ha causado al país la expedición de Freire; 4° Limitación de las fuerzas navales del Perú; 5° Reciprocidad en cuanto a comercio y a navegación, colocando cada estado respecto al otro sobre el pie de la nación más favorecida; 6° Exención para los chilenos en el Perú, como para los peruanos en Chile, de toda contribución forzosa a título de empréstito o donación, y del servicio compulsivo en el ejército, milicia y armada".

Ampliando el punto segundo, las instrucciones de Egaña decían: "El grande objeto de que va encargado US. puede expresarse en esta breve frase: independencia de Bolivia. La incorporación de las dos repúblicas en una, bajo la forma federativa u otra cualquiera, pone en manifiesto peligro la seguridad de los estados vecinos, y no nos es posible consentir en ella, sin dejar a la merced de la más funesta contingencia la suerte futura del país. Que el general Santa Cruz mande en Bolivia o en el Perú, nos es indiferente; lo que nos importa es la separación de las dos naciones, que mandadas por un solo hombre (y un hombre que ciertamente no se ha mostrado insensible al falso brillo, tan costoso a la humanidad, de las adquisiciones territoriales), nos acarrearía una existencia de

continuo cuidado y zozobra, de costosos e interminables esfuerzo) para procurarnos una seguridad precaria, preñada de recelos y motivos de desavenencia, que al cabo nos arrastrarían a la guerra con menos probabilidades de buen éxito. No faltarán personas que acusen de temeraria y presuntuosa esta conducta del gobierno de Chile. Para responderles basta recordarles la historia de Europa en los últimos tres siglos. La adquisición de una sola provincia ha dado a veces motivo a guerras sangrientas. Si el Austria o la Francia se apoderasen de la España o la Italia de un golpe de mano para formar con esta nueva agregación un solo cuerpo político gobernado por una sola autoridad, ¿lo mirarían con indiferencia las otras naciones? ¿No correrían a las armas? ¿Recibirían como garantías de independencia las protestas de moderación, la perspectiva de mejoras en los países incorporados, y las virtudes personales del conquistador? Y si añade US. a tan poderosa razón los motivos particulares de desconfianza que ha tenido Chile a vista de la conducta reservada y misteriosa al principio, hostil y pérfida que la administración peruana y aun boliviana han observado últimamente con este gobierno, ¿quién habrá que le culpe de temerario, sino el que equivoque la prudencia con la pusilanimidad y con el abandono de los más santos deberes? Excuso extenderme en consideraciones que se presentarán por sí mismas a US. La independencia de Bolivia es una cuestión indispensable de paz.

"He dicho que es indiferente para nosotros que el general Santa Cruz mande en el Perú o en Bolivia. Pero al darlo a entender así, procurará US. hacerlo de modo que, en caso de guerra, no

arriesguemos la popularidad de nuestra causa con el pueblo peruano, a quien no será seguramente muy grata la dominación de un extranjero que ha derramado tanta sangre peruana en los patibulos y que se ha hecho tan odioso de tiempo atrás, por sus mal encubiertos designios, promovidos con arterias y manejos, que han tenido no poca parte en las convulsiones de aquella república. US. procurará conciliarlo todo del mejor modo que pueda. Por lo demás, separados el Perú y Bolivia, nada nos importa que una de estas dos naciones o ambas adopten el régimen federal u otro cualquiera. El que diese más garantías de orden y prosperidad al porvenir de estos pueblos, sería el más satisfactorio para nosotros". Egaña inició una serie de gestiones que no podían arribar a otro resultado que la guerra, ya que la disolución del nuevo estado, exigencia ineludible de Chile, era inaceptable para Santa Cruz. Las comunicaciones cesaron con la nota de 11 de noviembre de 1836 en que Egaña terminaba diciendo: "Pero lo que todavía me es más sensible es verme en la necesidad de anunciar a US. que puede mirarse ya como declarada la guerra entre Chile y el gobierno de los estados Nor y Sur-Peruanos". Comunicó al almirante chileno la declaración de guerra y llegó a Valparaíso en la "Colo-Colo" el 7 de diciembre. "No recuerdo acto alguno de mi vida en que haya procedido con más violencia" (violencia que hubo de hacerse a sí mismo para declarar la guerra), dijo en su nota al gobierno chileno.

Casimiro Olañeta, plenipotenciario de Bolivia en Francia, que Santa Cruz había hecho venir a Santiago, solicitó un armisticio para reanudar las negociaciones. "Fuertes —decía— por la naturaleza de

la causa, robustos por el apoyo de la opinión, que nunca abandona la justicia, y vigorosos por la inmensidad de nuestros recursos, insistimos en negociar esa paz, sin la cual las naciones se destruyen aun triunfando, y no nos cansaremos de pedirla en cualquier circunstancia". Portales le contestó el 10 de diciembre: "A vista del resultado que ha tenido nuestra misión al Perú, a la cual ni siquiera se ha oído, haciéndose al plenipotenciario chileno el ultraje gratuito de no permitirle ni aun poner el pie en tierra, confieso que no esperaba semejante proposición. Estoy cierto que los obstáculos que una excusable delicadeza puede suscitar a primera vista, hubieran sido completamente removidos por medio de la convención preliminar que propuso el señor Egaña, en que se habían dado y pedido al gobierno peruano las garantías necesarias no sólo sobre la situación de las respectivas fuerzas navales, sino sobre un intervalo entre la ruptura de la negociación y el principio de las hostilidades. El gobierno peruano desechó esta proposición sin informar se primeramente de ella, y persistió hasta el fin en la idea de lo que él llamaba una garantía llana, sin condición alguna, que era en substancia exigir que sacrificásemos todas nuestras ventajas a la perspectiva incierta de las discusiones que iban a entablarse con él. "Aunque el presidente no percibe en esta conducta esos deseos de paz, que tanto encarecen los órganos del gobierno peruano, S. E. acoge gustoso las instancias que US. le hace para que se abran las negociaciones en Santiago. Pero juzga necesario dar a US. una noticia previa de los puntos que S, E. desea ver satisfactoriamente arreglados entre ambos gobiernos, para que, si las instrucciones de

US. no se extendiesen a todos ellos, se ahorren estériles contestaciones".

Después de reproducir el pliego de exigencias de que fue portador Egaña, continúa: "Debo también hacer presente a US. que no nos es posible convenir en el armisticio que me propone para proceder al ajuste de la paz, y que por la distancia a que se hallan nuestras fuerzas, no puede tener lugar, sin un dispendio de tiempo que sería pernicioso para nosotros".

"Creo que sólo me resta responder a las reconvenciones que se hacen a este gobierno en la nota del 7, por los pasos que ha dado para hacer sentir a las repúblicas del Río de la Plata y del Ecuador, la crisis inminente en que la actitud del general Santa Cruz ha puesto a la independencia de los estados sudamericanos que lindan con el Perú y con Bolivia, y que pudiera sin dificultad extenderse a los otros, si de antemano no pusiesen a ella una barrera inexpugnable. El gobierno de Chile no sólo reconoce haber obrado en este sentido, sino que mira semejante conducta como fundada en los más sanos principios de política internacional y de justicia. Pudiera ser que no lograrse inspirar a los otros estados su propia convicción: pudiera ser que se encontrase sólo en la lucha que ha emprendido a favor de la causa común. Pero sea cual fuere el éxito de sus esfuerzos, está seguro de que se hará justicia a sus intenciones por todos los hombres imparciales. Debo, sin embargo, hacer alto sobre la inexactitud con que se habla en la nota de US. de lo que se ha trabajado con el Ecuador para inducirlo a una alianza con Chile, afirmando que el jefe del Perú lo sabe a ciencia

cierta y con datos indudables. La verdad es que esa gestión del Ecuador ha tenido principio con la reciente misión encomendada a don Ventura Lavalle; y estoy cierto de que el jefe del Perú no podría producir prueba alguna en apoyo de la aserción de US.

"Pero cuando así fuera, ¿qué tendría de ilícito o de menos honroso que el gobierno de Chile procurase la buena opinión y la cooperación de los otros, en objeto que va a cada uno de ellos nada menos que la existencia? Chile ha querido suscitar defensores no a sus intereses particulares, sino a la causa general de los estados sudamericanos, cuyo equilibrio ha sido turbado por la incorporación de Bolivia y del Perú; incorporación tramada en el misterio y consumada bajo el imperio de, la fuerza. Chile invita a los estados vecinos a concurrir a las negociaciones de Lima. ¿Qué testimonio más positivo de la sinceridad y del sentimiento de justicia que dirige sus pasos, que solicitar la presencia, la intervención, los buenos oficios de aquellas repúblicas, y someter de este modo su conducta a la opinión de todos los pueblos sudamericanos?"

"El gobierno de Chile celebraría que, instruido como ya lo está US. en los puntos que deben servir de base a la negociación, se creyese autorizado para entrar inmediata mente en ella. Si sucediese lo contrario, quedaría a Chile la satisfacción de no ser el que ha provocado la guerra".

Las notas sucesivas de Olañeta y de Portales no innovaron en la situación. El gobierno chileno dirigió al congreso un largo mensaje que terminaba diciendo: "El buen juicio del pueblo chileno y de las naciones extranjeras y el fallo imparcial de la posteridad, decidirán

si las razones justificativas que he tenido la honra de exponer, son suficientes para legitimar el recurso de la guerra; si es conveniente y necesaria esta medida para la conservación de nuestros más caros derechos y de la existencia misma, y si estaban agotados los medios de conciliación que, sin aventurar los destinos de la patria, me eran permitidos con un enemigo que ha sido el primero en violar la paz, como lo hizo con un acto de la más horrible alevosía; que se ha servido constantemente de las negociaciones para encubrir las asechanzas; que en medio de la paz se ha desvelado siempre en fomentar la sedición y la anarquía en los países vecinos para allanar el camino a sus armas, y de cuya política insidiosa y pérfida será un ejemplo memorable la usurpación del Perú. Tarde o temprano era inevitable la guerra con este caudillo ambicioso, cuyos designios de dominar a la América del Sur se han revelado al mundo años hace en una correspondencia célebre y de una autenticidad que nadie se ha atrevido a disputar, con un hombre de aspiraciones tan opuestas a la seguridad de los estados vecinos y a la forma popular de las instituciones americanas, que él mismo ha jurado sostener. No era cordura suponerle menos ambicioso cuando tiene más medios de ensanchar sus dominios, y más respetador de los derechos ajenos, cuando puede impunemente violarlos. La única alternativa que estaba a nuestro arbitrio, era ésta: si debíamos aguardar para hacerle la guerra a que hubiese hecho irrevocablemente suya la grande y desgraciada presa que ha caído en sus manos; a que hubiese consolidado su nuevo poder, organizado nuevos ejércitos y dominado nuestro mar; a que la desesperación de sacudir el yugo y



el hábito de la servidumbre hubiesen, tal vez, amortiguado la indignación de los pueblos que tiene avasallados, y los sentimientos de independencia que aún arden en ellos; o si debíamos apresurarnos a defender nuestra existencia y la de los otros estados del sur. La elección no admitía, en mi sentir, un momento de duda. Someter nuestra causa al dios de las batallas, vengador de la injusticia y de la perfidia, era el único partido que nos restaba".

El 24 de diciembre el congreso chileno ratificaba la declaración de guerra a la Confederación Perú-Boliviana, y el 28 se promulgaba en Santiago. Finalmente, el 31 de enero otorgaban las cámaras al presidente de la república el máximo de facultades en los siguientes términos: "El congreso nacional declara en estado de sitio el territorio de la república por el tiempo que durase la actual guerra con el Perú, y queda, en consecuencia, autorizado el presidente de la república para usar de todo el poder público que su prudencia hallare necesario para regir el estado, sin otra limitación que la de no poder condenar por sí, ni aplicar penas, debiendo emanar estos actos de los tribunales establecidos o que en adelante estableciese el mismo presidente".

\* \* \* \*

"Hubo en estas negociaciones un hecho harto curioso a que algunos han aludido como una simple sospecha y que, sin embargo, fue cierto, y vale la pena de ser referido como un comprobante de esos extraños tipos que las pasiones políticas suelen engendrar combinadas con las anomalías de ciertos caracteres humanos.

"En los documentos oficiales de que acabamos de dar cuenta, se ve cómo Olañeta negó constantemente que Chile tuviera justicia alguna para declarar la guerra a Santa Cruz, En esta correspondencia, como en las notas que escribió con motivo de la expulsión del encargado de negocios de Bolivia, nótase que Olañeta defendía con calor y hasta con osadía la causa del gobierno que representaba. Pues bien, este mismo ministro no tuvo embarazo para manifestar a Portales en diversas conferencias privadas que, al aceptar la misión que estaba desempeñando y al oponerse a la guerra entre Chile y la Confederación no había tenido ni lo guiaba otro deseo que el de hacer caer cuanto antes al Protector y su sistema. Decía que estaba persuadido de que Bolivia y el Perú acabarían indefectiblemente por derrocar al cholo (que así apellidaba a Santa Cruz) y que la actitud hostil de Chile no serviría más que suministrar a este caudillo un magnífico pre texto para exaltar el amor propio nacional de peruanos y bolivianos, y dar así nuevas probabilidades de duración al sistema protectoral. En una palabra, Olañeta creía que, por lo mismo que Chile deseaba la pronta caída de Santa Cruz y de la Confederación, debía abstenerse de hacer una guerra en que las probabilidades estaban en su contra.

"A todo esto respondía Portales que, sin dejar de considerar, como cosa muy probable y aun segura la ruina del protectorado por obra exclusiva de los partidos del Perú y de Bolivia, no estaba Chile en el caso de esperar indefinidamente este suceso, pues, esto no lo consentía ni su honor ni su conveniencia. La mala voluntad de Santa Cruz para con Chile era demasiado evidente, por más que,

'para disimular la, hubiese empleado el Protector todos los arbitrios melosos de la diplomacia; y esta mala voluntad era tanto más temible cuanto estaba probado que Santa Cruz había intentado e intentaría siempre trastornar el orden en Chile por manejos secretos y alevosos, como el empleado en la expedición del general Freire y en la misión de Méndez, quien ostensiblemente enviado para cultivar la amistad del gobierno de Chile, no había hecho más que azuzar las malas pasiones en el país, detractar al gobierno y hasta mezclarse en verdaderas conspiraciones. La caída de Santa Cruz era preciso promoverla de una manera decisiva y pronta, no solamente por las razones indicadas, sino también porque no era posible que Chile se resignase a estar constantemente armado y en guardia para cruzar la política escabrosa del Protector, y porque no era dable esperar ni para los ciudadanos, ni para los intereses de Chile en el Perú y en Bolivia, las garantías, la seguridad y justicia que deben regular las relaciones de las potencias sinceramente amigas.

"Por lo demás, la singular actitud de Olañeta en su misión diplomática en Chile no era la primera prueba clásica de su carácter de veleidoso e inconsecuente. Este boliviano, que gozaba en su país de una gran reputación como abogado, como escritor y sobre todo como orador, pues era verboso, brillante y audaz, estaba dotado de un corazón y de una inteligencia esencialmente volubles; era de esos hombres que a todo se adaptan y en nada se detienen, y parecen condenados a girar sin descanso alrededor de un ideal que los atrae y fascina, especie de divinidad que ellos llaman patria o libertad, en cuyo culto se imaginan que todo les es permitido, que

todo les será santificado, hasta los atentados contra la "La doblez y las opiniones de Olañeta con respecto al gobierno que representaba, causaron a Portales tal sorpresa, que no pudo menos que invitar confidencialmente a un íntimo amigo suyo para que desde un escondido retrete oyese una de esas conferencias en que Olañeta expresaba libremente su manera de pensar y sus propósitos con respecto al sistema protectoral y a Santa Cruz. Debemos los pormenores referidos al testimonio de aquel amigo del ministro Portales. Y a este testimonio, para nosotros muy respetable, únense los datos y noticias adquiridos por nuestra parte, en el estudio de la historia de Bolivia acerca de la vida pública y carácter particular de aquel célebre boliviano"<sup>70</sup>.

Portales creyó en todo momento que el peso de la guerra iba a caer sobre Chile, sin más auxilio que el de los elementos peruanos y bolivianos adversos a Santa Cruz. Pero contó con la indiferencia de una buena parte de la opinión Perú-boliviana que, sin ser decididamente hostil a Santa Cruz, no tenía simpatías por la Confederación, cuyos beneficios aún no había palpado.

Quiso, sin embargo, tentar la posibilidad de una alianza con la República Argentina y con el Ecuador. Una acción concertada de los tres países habría acortado la campaña y hecho más llevaderos para Chile los sacrificios.

---

<sup>70</sup> No conociendo sobre este incidente otros documentos que los folletos de Olañeta "Mi defensa" y "Defensa de Bolivia", hemos reproducido la narración de Sotomayor Valdés a título de curiosidad. El hecho, por lo demás, calza con la moral incaica del altiplano, que los diplomáticos y escritores chilenos nunca han podido comprender. Conocemos una carta del Dr. Francisco Miranda a Olañeta en que se le hace la misma imputación, pero parece ser simple eco del rumor recogido en Chile. En su "Historia de Bolivia", cuenta Alcides Arguedas que Olañeta formó parte de diez gobiernos sucesivos, que se derribaron unos a otros, debido a movimientos revolucionarios en que él participó.

Se ha visto que Rosas y Santa Cruz estaban a punto de romper. Insistía aquél en la devolución de la provincia de Tarija y de parte del Chaco que habían, pertenecido a la Argentina y que posteriormente se incorporaron al territorio boliviano. Exigía, además, el pago de los gastos efectuados por sus predecesores en las campañas del Alto Perú durante las guerras de la independencia. Santa Cruz había respondido a estas exigencias, de acuerdo con su norma invariable de conducta, suscitando a Rosas dificultades interiores. Ayudó a los refugiados argentinos en Bolivia y en el Perú, en sus planes para derribar a Rosas; movió contra él a los residentes en la Banda Oriental; y entró en tratos con los caudillos de provincias, estimulándolos a alzarse contra el dictador. Desarrolló esta acción en la mayor reserva, ocultando siempre la mano, escribiendo una carta para probar la coartada cuando no podía darse por desentendido de un suceso; y moviendo siempre las pasiones en nombre de intereses internos de la Argentina. Pero, a diferencia del gobierno chileno, Rosas era suspicaz y tenía un espionaje perfecto. Cogió los manejos de Santa Cruz, y no trepidó por un momento en adivinar su origen, si bien no pudo recoger pruebas escritas. Rosas no ignoraba que aquél sólo las suministraba indirectas, al condenar el asesinato o mostrar sorpresa por el suceso que él mismo había sugerido o provocado<sup>71</sup>. Con estos antecedentes, la cooperación de los dos países en la guerra que iban a emprender parecía natural, y asegurado de antemano el éxito de la gestión iniciada por Javier Rosales y

---

<sup>71</sup> Extracto de los apuntes tomados en la documentación de la cancillería argentina por Pacífico Encinas.

proseguida por José Joaquín Pérez, encargado de negocios de Chile. Sin embargo, un desacuerdo de detalle para Rosas, pero que para Portales se tornó fundamental, hizo imposible la alianza. Rosas quería que en el tratado se incorporaran como objetivos de la guerra la devolución a la Argentina de la provincia de Tarija y el pago de los gastos de las expediciones del Alto Perú en la guerra de la independencia. Portales no esperaba una cooperación eficaz de la Argentina. Las campañas en el altiplano emprendidas desde Buenos Aires encontraban en esa época, en los elementos; físicos, un obstáculo casi insuperable. El estado de descomposición en que Santa Cruz ya tenía el norte de Argentina, creaba un nuevo factor de incertidumbre<sup>72</sup>. En cambio, la declaración exigida por Rosas como portada a la alianza, iban a unir en torno de Santa Cruz a los indecisos y a paralizar, por patriotismo, la acción de sus adversarios dentro de Bolivia.

Habiendo insistido Felipe Arana, a la sazón canciller argentino, en las exigencias de Rosas, Portales desistió de la alianza. En oficio de 15 de mayo de 1837, decía a Pérez: "Prescindiendo de los obstáculos que presenta la naturaleza de las bases propuestas, para adherir a ellas, sin modificaciones considerables, tienen algunas de las pretensiones contenidas en ellas un carácter de severidad y aun de arrogancia, que concitaría sin duda contra los aliados el espíritu de los pueblos, y nos haría perder de todo punto la cooperación de un

---

<sup>72</sup> Las sublevaciones de las tropas argentinas en La Puna y en Salta, producidas exactamente en la forma que revistió el motín de Quillota, confirmaron, después de los días de Portales, su previsión. El coronel Evaristo de Uriburu dominó las sublevaciones y fusiló a todos los cabecillas; pero nada pudo hacer contra los escasos dos mil guardias nacionales que guarnecían la frontera a las órdenes de Braun, general de Santa Cruz,

partido influyente y poderoso que en Bolivia y en el Perú no aguarda más que la presencia de nuestras armas para declararse contra el tirano. Este es un inconveniente capaz de hacer malograr por sí solo, el grande, noble y principal objeto de la alianza, y con él todos los intereses secundarios; y yo no debo disimular a US. que, no obstante la importancia que damos a una liga estrecha y solemne de las naciones chilena y argentina, preferiríamos que no hubiese, tal tratado de alianza, a trueque de que no apareciesen a la faz del mundo aspiraciones exageradas que hiciesen odiosa una causa tan bella y tan justa como la que Chile ha tomado a su cargo".

Rosas para defenderse de las intrigas de Sarita Cruz había declarado cerrada toda comunicación, inclusive la epistolar, entre Argentina y la Confederación Perú-Boliviana por decreto de 13 de febrero de 1837. El 19 de mayo del mismo año declaró la guerra al gobierno protectoral. En los fundamentos de esta declaración insistió en la exigencia de la devolución de Tarija; pero añadiendo declaraciones sobre la libertad, y la seguridad de los pueblos hispanoamericanos, y una declaración expresa que Argentina limitaba las reivindicaciones territoriales a la devolución de lo que ilegítimamente le había sido arrebatado. De esta suerte, Chile y Argentina fueron separadamente a la guerra contra Santa Cruz.

En el desacuerdo, el porvenir iba a dar la razón a la clarividencia de Portales. El poder de Santa Cruz se derrumbó más que por la acción directa de las armas chilenas y argentinas, por su influencia refleja sobre las resistencias bolivianas a la Confederación.

\* \* \* \*

Las gestiones de alianza con el Ecuador tropezaron con el doble obstáculo de la disposición de ánimo del gobierno ecuatoriano y de los riesgos que la alianza entrañaba para ese país. Gobernaba a la sazón Vicente Roca Fuerte, antiguo demagogo de genio fogoso y exaltado, que, como Monteagudo, con la madurez y la dura experiencia de la anarquía, se había vuelto hombre de estado. Admirador de Portales, cuyo genio y cuya orientación hacia el porvenir fue uno de los primeros en adivinar, no lo era menos de la capacidad de gobernante de Santa Cruz. El antiguo revolucionario, desilusionado de los frutos que había producido "el don divino de la libertad", en esos momentos no veía otra salvación para los jirones de la civilización que aún quedaban en la América española, que la tutela de algunos hombres fuertes entre los cuales deseaba contarse él mismo. El conflicto entre Santa Cruz, con quien estaba tramitando un pacto de alianza, y Portales, era una gran desgracia para la causa del orden y del progreso de los pueblos hispanoamericanos. Creyó que su misión debía ser la de reconciliar a los dos genios tutelares, y no la de echar combustible a la hoguera participando en el conflicto.

Por otro lado, la aventura podía ser fatal para el Ecuador. La espada de Sucre ya no era su guardián; y aunque el general Flores ardía en deseos de manifestar a la América su superioridad militar sobre Santa Cruz, lo probable era que, aislado el Ecuador de Chile y más aún de la Argentina, el Protector, cuyo poder militar parecía en esos momentos formidable, lo aplastara, antes que Chile, sin ejército a la sazón, alcanzara a socorrerlo. Entre un peligro cierto, como era el



que entrañaba la alianza, y uno incierto, como lo de mostraron los acontecimientos, Roca Fuerte optó por el segundo.

El enviado de Chile, Ventura Lavalle, unido al general Flores, gastó gran empeño en mover la opinión ecuatoriana en el sentido de la guerra sin conseguirlo. Roca Fuerte impuso la neutralidad, y Flores acabó por conformarse con ella renunciando a sus ensueños de gloria militar<sup>73</sup>.

Con motivo del fracaso de esta negociación, Portales escribió a Ventura Lavalle, con fecha 20 de mayo de 1837, una carta en que precisa con notable claridad el carácter que deseaba imprimir a la guerra: "Chile —le dice— ha solicitado, sin mendigar, la cooperación del Ecuador para derrocar el poder ominoso de un conquistador cuya ambición amaga más al Ecuador que a Chile. Si el señor general Flores dice que nada tiene que temer de Santa Cruz, porque abunda en recursos para contener una agresión suya, nosotros tendríamos que temer menos, porque al menos nos favorece más nuestra situación geográfica. No queremos poner puñal en los pechos a ningún gobierno para hacerlo nuestra aliado: siempre hemos hecho el ánimo de sostener solos la lucha, si nos dejaban solos los que son tan interesados como nosotros en ella: si somos vencidos, nadie nos negará, al menos, el derecho y la

---

<sup>73</sup> Santa Cruz logró, mediante su astucia, neutralizar los arres tos bélicos de Flores. Mientras por un lado, insidiosamente, le hacía representar el valimento que habían alcanzado ante Portales los emigrados peruanos que no eran de su agrado, como Vivanco y Pardo, por otro, halagaba su vanidad, haciendo resaltar en la prensa protectoral las grandes cualidades que adornaban al ilustre prócer ecuatoriano como general, como poeta y como estadista; y haciendo reproducir algunas de sus poesías. En enero de 1837, pudo ya escribir a Torrico: "... el mismo general Flores, cuya ambición es algo peligrosa, me ha escrito y escrito, también, a su amigo García y a otras personas, que no quiere comprometer la seguridad del Ecuador y que sólo trabajará por que se mantenga neutral".

recomendación de haber obrado en el interés del pueblo chileno y la América toda: siempre se nos hará justicia, sin que puedan tener este honroso consuelo los que no quisieron ayudarnos. Habríamos deseado que el Ecuador hubiese concurrido a la guerra con cincuenta o cien hombres, si no podía con más, porque queríamos que sonase una alianza de las tres repúblicas vecinas, que sirviese de escarmiento a los que, después de Santa Cruz, tuviesen la tentación de meterse a conquistadores, pacificadores o interventores; queríamos, también, dar un ejemplo que nos hiciese más fuertes a los ojos de las naciones europeas que, apoyadas en nuestra debilidad, nos insultan con sus pretensiones a cada paso; en fin, habíamos querido poner las primeras bases sobre qué establecer una política exclusiva y eminentemente americana".

El congreso ecuatoriano rechazó todo pacto con los beligerantes y accedió al deseo de Roca Fuerte de que la representación nacional "emplease sus buenos oficios, decretando una mediación amistosa con el objeto plausible de obtener la avenencia de aquellas repúblicas". Se designó al general Flores y al poeta J. J. Olmedo para llenar este cometido en una reunión que debería celebrarse en Guayaquil con la concurrencia de los países beligerantes.

Gestiones encaminadas a obtener, no ya la alianza, sino apoyo moral, se desarrollaron cerca de otros gobiernos americanos. El propio Lavalle obtuvo del de Nueva Granada, dirigido por Santander, una carta privada en la cual, sin alterar en la práctica sus buenas relaciones con el Protector, le dice: "A ningún granadino patriota, y me atrevo a añadir que tampoco a ningún venezolano

puede gustar semejante moda de hacer feliz al Perú. Todos vemos que se está levantando un gran poder a costa de las libertades del pueblo peruano, que, si llegase a consolidarse, sería un poder amenazador a la paz de los pueblos limítrofes...Un poder de esta naturaleza choca con las ideas dominantes del siglo, ultraja los derechos del Perú y alarma a otros estados, circunstancias bastantes para que no pueda ser duradero". Y, aludiendo a las causas particulares de agravios alegadas por Chile para pedir satisfacciones al Protector, añadía: "Nadie puede negarle (a Chile), el derecho de hacer la guerra a un gobierno vecino que se maneja tan pérfidamente y que sirve de amenaza continua a su reposo y libertad".

El aspecto más grave que la guerra a la Confederación ofrecía a Chile, era el de los recursos. Santa Cruz contaba con él. No era imposible, dada la férrea organización alcanzada por el país después de varios años de orden, organizar un ejército de ocho a diez mil hombres bien disciplinados y equipados, capaz de aplastar a Santa Cruz, cuyas fuerzas estaban solicitadas en distintas direcciones por la inestabilidad de su construcción política, aún no fraguada. Pero era menester armarlo, vestirlo, trasladarlo al Perú y proveerlo de todo lo necesario para una campaña- que podía durar algunos meses; y las rentas fiscales, según se ha visto, apenas pasaban de dos millones de pesos. Portales no quería exigir sacrificios a la economía chilena, aún no repuesta de los quebrantos originados por la guerra de la independencia y por los siete años de anarquía. A su juicio, la disolución del nuevo estado sería un triunfo ilusorio, si

hubiera de alcanzarse a expensas de un resentimiento fuerte de la vitalidad económica chilena. A esta razón se unía otra de orden político: no quería hacer impopular la guerra con el peso de los sacrificios pecuniarios que ella impusiera.

A las razones económicas y políticas, se añadieron las seguridades quedaban los emigrados peruanos sobre la cooperación que las fuerzas chilenas encontrarían en el Perú y en Bolivia. Lafuente, Castilla y Vivanco afirmaban que, apenas desembarcara una columna expedicionaria chilena estallarían en todo el Perú pronunciamientos que provocarían la caída de Santa Cruz.

Las razones económicas y la confianza en la debilidad interior de la Confederación, que en ese instante era real, movieron al gobierno a limitar la expedición a tres mil hombres.

Para subvenir a los gastos extraordinarios que exigía, se recurrió a la ampliación de un expediente que Rengifo había iniciado. Por ley de 17 de noviembre de 1835 se reconoció a diversos acreedores del estado sus créditos, sin consultar fondos para el servicio de intereses y de amortización. Por decreto de 22 de febrero de 1837, se exigió a estos acreedores una cuota del 10 por ciento sobre sus créditos, en cambio del 3 por ciento de interés y de 1/2 de amortización que el fisco les abonaría sobre el total de sus créditos. Los recursos que procuró este arbitrio, unidos a las rentas ordinarias, permitieron subvenir a los gastos iniciales de la expedición.

\* \* \* \*

El gobierno resolvió organizaría sobre la base de los regimientos Maipú y Valdivia, elevando su dotación a mil quinientas plazas cada uno, de un escuadrón de Cazadores y de una columna formada por los emigrados peruanos. El Maipú, reducido a quinientas plazas, partió de Chillan a Santiago y continuó a Valparaíso en noviembre de 1836, para dirigirse en enero de 1837 a Las Tablas, lugar que se había elegido como campo de instrucción. El Valdivia, con sólo seiscientas plazas, llegó a Valparaíso meses después por mar en la fragata "Monteagudo".

En Chile, como en casi toda la América, no existía el servicio militar obligatorio. Para llenar los cuadros se recurría al enganche voluntario y al reclutamiento forzoso. Se practicaba este último por medio de comisiones que, de acuerdo con la autoridad civil, aprehendían y obligaban a engancharse a los elementos que hacían menos falta a las labores agrícolas o industriales. El pueblo se mostró siempre reacio al reclutamiento. Aun durante la guerra de 1879, la más popular de las que ha sostenido el país, recurrió a todo género de subterfugios para substraerse a él, y sólo el ejemplo y la presión de la clase dirigente lograron formar los ejércitos que vencieron a la coalición Perú-boliviana. Pero tanto el 37 como el 79, después de incorporado al regimiento, el reclutado desarrolló un valor militar que no desdijo del voluntario.

Portales gastó grandes esfuerzos para suavizar el reclutamiento, y el de 1836-37, no alcanzó, ni aproximadamente, la violencia del de 1879. En carta de 31 de mayo de 1837, dice al coronel Frutos: "Mucho celebraré que los capitanes Tocornal y Niño enteren sus

doscientos hombres; pero que sean solteros y sin oficios, o casados con la voluntad de sus mujeres, pero que todos sean voluntarios.... No hay que afligir injustamente a ninguna madre, ni a ninguna mujer de hombre honrado". El 27 del mismo mes escribía a Tocornal: "El comandante de armas, coronel Frutos, me dice que el capitán Tocornal de Cazadores del 2º y el capitán Niño de Fusileros del 1º, quieren ir con sus compañías en la expedición o con cien hombres cada uno, sacados del todo de sus respectivos batallones y voluntarios. No debemos hacer sentir en el país los males de la guerra y mucho menos a una clase tan meritoria y que nos ha sido tan útil y tan fiel como la de los cívicos de Santiago, y no creo que estos capitanes puedan enterar tal número de hombres sin echar mano de casa dos cuyas mujeres alboroten en todas partes con sus lágrimas, o de artesanos que debemos mirar con predilección para que así todos se estimulen a tomar un oficio con que vivir, haciéndose útiles a la sociedad y a sí mismos. Soy de opinión, pues, que no admita a dichos capitanes su oferta, y que se les diga que se dará quinientos pesos a cada uno para que enganchen (si pueden hacerlo en doce días a más tardar) cien hombres cada uno sin oficio y solteros, o casados y con oficio que sean de mala conducta conocida..." En toda su correspondencia de esa época se encuentran repetidas enérgicas instrucciones en igual sentido.

A pesar de esta benignidad, en 1837 tropezó el reclutamiento con una propaganda adversa organizada sistemáticamente por los elementos hostiles al gobierno. Como obedeciendo a una consigna, asustaban al campesino con los padecimientos que le aguardaban

en los desiertos del Perú; y le pintaban la derrota y la muerte segura como el único desenlace de la aventura loca en que el gobierno se había lanzado. La propaganda se intensificó especialmente en la provincia de Colchagua, donde iba a tener un desenlace trágico. Esta propaganda, que alcanzó también al ejército, no germinó espontáneamente. Los odios políticos fueron sólo el vehículo de una sugestión que partió en todo momento del mismo Santa Cruz. Riva Agüero y Méndez antes de salir del país, la dejaron organizada con una destreza que les honra; y los emigrados chilenos de Lima fueron sus instrumentos más eficaces. Entre los directores figuran algunos aventureros venales, chilenos y extranjeros; pero la inmensa mayoría son chilenos que no creen traicionar a su país. Enemigos acérrimos del gobierno, las insinuaciones de Santa Cruz y de sus adeptos caen en terreno preparado. El Protector es para ellos amigo de Chile; sólo quiere un cambio de gobierno que permita a los desterrados regresar, a los vencidos en 1829 recuperar el mando y a él proseguir pacíficamente su labor de organización y de progreso. Las palabras que resuenan en el centro de Colchagua son las mismas que se oyen en Lima, en Salta y en Montevideo. Rastreando con paciencia el origen de cada foco de propaganda, se llega siempre a descubrir la conexión con alguno de los aventureros venales o con los emigrados chilenos de Lima. Nunca falta un individuo de dudosos antecedentes que alimenta el foco formado por los restos del pipiolaje.

Esta propaganda, no menos admirable por la eficacia práctica que por la sagacidad y refinamiento de la concepción, es enteramente

extraña al carácter chileno, cuyos odios políticos se expresaron siempre en forma muy diferente.

Para el mando de la expedición, se fijó Portales en el almirante Blanco Encalada. Carácter caballeroso, sin ambiciones y ya harto de honores; pero también destituido de la sagacidad y del golpe de vista militar indispensable en un general en jefe. La elección alejaba la posibilidad de que la guerra, al derrumbar a un caudillo extraño, creara uno propio. La jefatura del estado mayor recayó en el joven coronel Vidaurre, cuyas dotes de mando aún no habían sido probadas, pero que había revelado ciertas aptitudes apreciables como organizador.

Siendo el pensamiento de Portales asestar a Santa Cruz golpes repentinos y provocar el derrumbamiento de su poderío, que atravesaba en ese instante un momento crítico, resolvió embarcarse él mismo en la expedición.

Mientras Portales se aprestaba para embarcar al ejército chileno, Santa Cruz, por su parte, recibía el informe de Esteban Fernández, jefe militar encargado de estudiar las posibilidades de invadir a Chile por tierra. Con fecha 22 de abril, le remitió el itinerario que el ejército boliviano debía recorrer hasta Copiapó, y un informe sobre las aguadas y los recursos del trayecto. Pero el Protector, sea que advirtiera las dificultades de la empresa o que los acontecimientos se precipitaran más rápidamente de lo que esperaba, resolvió aguardar la expedición de Blanco sin distraer tropas en la aventurada invasión del norte chileno a través del desierto.



*“La envidia se ensaña de preferencia en los que, volando con sus propias alas, huyen de la jaula común.”*

PETRARCA

*“La verdad supera todas las ficciones del artista, cuando alguien tiene el valor de decirla.”*

GOETHE

## Capítulo X

### Conspiraciones y tentativas revolucionarias

*El hábito de las conspiraciones y de los motines.—Los elementos revolucionarios —Tentativa de Barnachea.— Conspiración de Labbé y expulsión de Rodríguez.—Conato de Ruiz y de Reyes.—Sublevación de Tenorio.—Reuelta local en Petorca.— Conspiración de Arteaga.— La revolución de los puñales.—Santa Cruz y la diplomacia Perú-boliviana toman la dirección de las conspiraciones en Chile.— Expedición de Freire.—Portales y Prieto frente a la injerencia extranjera en las' conspiraciones.— Conspiración de los cadetes y frustrada tentativa de asesinato de Portales.—Conspiración de Hidalgo.— Conspiración colchagüina de Arriagada.*

*“El que no quiera someterse a las leyes debe abandonar el país donde éstas se dictan”.*

—Goethe.

Es un error creer que la anarquía estaba en Chile a punto de terminar cuando estalló la revolución o'higginista-pelucona-estancuera del año 29. Apenas comenzaba; Chile sólo había experimentado los preludios de la anarquía americana. Factores geográficos, raciales e históricos, la habían aplazado; pero en el momento de aparecer Portales; rotos ya los diques, iba a precipitarse con la fuerza del torrente desbordado. La humanidad con que empezó y que en gran parte era efecto de la falta de resistencia que encontraban los motines en el ambiente reblandecido por la ideología pipiola, iba a desaparecer. Los caudillos militares, fatalmente, tenían que aflorar, imprimiéndole las huellas sangrientas de su psicología instintiva. Ya Campino, que en el fondo era un hombre bueno, ante el amago de resistencia de los diputados había ordenado a Latapiat hacer fuego contra ellos. La anarquía chilena ni siquiera iba a tener la atenuación de la argentina, puesto que una dictadura del corte de la de Rosas, era incompatible con el genio político castellano-vasco. El control de los acontecimientos tenía que escapar fatalmente de manos de la aristocracia gobernante, para caer en elementos que carecían de su laboriosidad, de su honradez y de todas las virtudes que hicieron posible la creación portaliana. Tampoco podía esperarse en Chile, dada la distancia de Europa y la pobreza de los factores físicos de desarrollo económico, una recuperación, después de la sangría suelta semejante a la que se realizó al oriente de los Andes.

Se incurre en otro error cuando se pone brusco término a la anarquía con el triunfo de la revolución de 1829. Durante siete años se había connaturalizado el país con las conspiraciones, con los motines y con las revueltas. Los mismos acontecimientos habían movilizadado a los agentes de la anarquía: revolucionarios natos, ambiciosos, aventureros, ideólogos y locos, que en los días normales permanecen quietos, pero siempre latentes, contenidos por el peso de la sugestión colectiva de respeto al orden y a la vida regular. La anarquía se alimenta a sí misma. La crisis de la sanción, por otro lado, había creado la conciencia de la impunidad. Cuando un batallón se subleva, y después de dominarlo, el gobernante limita el castigo a imponerle la obligación de firmar una nota en que los caudillos expresan su arrepentimiento por la falta cometida, ese batallón recibe una exhortación a sublevarse de nuevo. Cuando un congreso, después de apresar a quien mandó fusilarlo, por generosidad le conserva en, su grado y le pide sólo alejarse algunos meses de Santiago, ese congreso invita a vejarlo a todo el que tenga fuerzas para hacerlo. La impunidad siempre ha evitado, por el momento, el derramamiento de sangre para provocarlo a torrentes un poco más tarde.

La anarquía, detenida por Portales y por las fuerzas políticas y sociales que se agruparon en torno suyo, tenía, fa talmente, que prolongar sus manifestaciones por largo tiempo. Sólo treinta años más tarde, en 1859, los repetidos fracasos, el crecimiento de los intereses materiales y el hábito mismo del orden, ahogaron su último estertor.

La serie de conspiraciones y de motines que se van a reseñar no son, pues, un fenómeno engendrado por el nuevo régimen, sino las trepidaciones de la estabilidad política al volver a su centro. Habrían estallado con igual frecuencia cualquiera que hubiera sido el régimen político y cualesquiera que fueran las personas de los gobernantes. Portales agotó las amenazas sin extirpar el hábito ya arraigado de conspirar; y Prieto extremó la benevolencia hasta ascender a los presuntos conspiradores, ' sin recoger mejores frutos. El es panto producido por la tragedia del Barón y la imposibilidad de mover el ejército contra el glorioso vencedor de Yungay, y no su liberalismo, dieron a Bulnes una tregua relativa<sup>74</sup>. Pero, al dar el paso decisivo en la dirección que le señalaba la sombra de Portales, inaugurando la honrosa serie de los presidentes civiles, a trece años de distancia del Barón, tuvo que defender espada en mano la decisión que le enaltecíó en la historia más que la campaña del Perú. Y fueron los elementos políticos que se titulaban a sí mismos avanza dos, los que arrastraron a la revolución al más conservador de los generales de la República, para impedir el ascenso al poder del más progresista y del más ilustrado de los mandatarios hispanoamericanos de su época.

\* \* \* \*

Los elementos que realizan o inspiran la larga serie de conspiraciones y motines que empiezan en la tentativa de

---

<sup>74</sup> No es más cuerdo atribuir la consolidación del orden en Chile a la benignidad de Bulnes, que a la severa sanción de Portales o de Montt. Freire y Pinto fueron más benignos e indulgentes que Bulnes, y O'Higgins fue tan severo como Portales; y ni unos ni otros lograron crear la estabilidad. En la "Historia de la Época de Diego Portales" procuraremos reunir en párrafo aparte el complejo conjunto de factores que contribuyeron a ese resultado.

Barnachea y concluyen en el patíbulo de la plaza de Orrego, son los mismos que en toda la América española alimentan la anarquía.

En primer término, el revolucionario nato, cuyo representante genuino fue Manuel Rodríguez; el que busca la aventura desinteresada por la embriaguez del peligro y hace de la revuelta un deporte. "El día que no tenga a quien hacer revolución, dijo una vez Rodríguez, me la haré a mí mismo". Es el revolucionario por necesidad de su genio, que hoy conspira contra O'Higgins, que mañana conspirará contra Carrera y, finalmente, contra sí mismo. San Martín deseó salvarlo. Le pidió irse con él o aceptar una misión diplomática; pero esto lo alejaba de la única actividad que lo atraía. La vida sin conspirar carece de incentivos; más aún, no tiene valor alguno. En Pedro Urriola, en Campino, en Puga, en Eusebio Ruiz y en muchos de los personajes que desfilan por el caleidoscopio revolucionario, hay algo de Manuel Rodríguez, sin la gracia simpática que hizo un ídolo nacional del mártir de Tiltil.

En segundo lugar, el aventurero, el pescador a río revuelto, destituido de escrúpulos morales, que busca en la revuelta un medio de vida o un peculado. En M. Aniceto Padilla y en cien más de los barridos por la escoba de Portales, está esta psicología pura o matizada con los arranques del odio y muy vecina a ella, la del ambicioso impaciente, que no se resuelve a aguardar la lenta ascensión del mérito real, del tipo de José María Novoa.

En tercero, los partidos y los políticos caídos. Una revolución los derribó del poder y otra debe restablecerlos en él, Freire, Carlos Rodríguez, Bilbao, y, en general, los pipiolos recalcitrantes, que no

quisieron pactar con el nuevo régimen o que el desprecio de Portales rechazó. Durante el tiempo corrido entre los años 1829 y 1837, no cesan de intentar la revuelta a base de los jefes de cuerpos, de los oficiales, de los sargentos y hasta de los cadetes de la Academia Militar. A ellos se suman los doctrinarios y los ideólogos políticos en desacuerdo con la concepción de Portales.

Los o'higinistas exaltados del tipo de Fontecilla, estimulados desde Lima por José Joaquín de Mora, y algunos otros partidarios del ex Director Supremo, los acompañan con frecuencia. "Los o'higinistas —dice el célebre escritor deben obrar por su hombre y no por ningún otro. Deben minar el mundo con papeles, demostrando que la nación está envilecida, y que sólo puede sacarla de su envilecimiento el que la sacó de su esclavitud; qué más quieren morir que capitular... O'Higgins en su primera época lució como guerrero y como patriota; ahora se halla en el caso de lucir como administrador y como gobernante...Podría demostrar, como se demuestra una figura matemática, que O'Higgins es el único hombre que puede salvar a Chile...; que en Chile no puede haber felicidad ínterin exista en su territorio un solo átomo de carrerismo y de estanco; que lo que ha hecho Prieto, vendiendo al que- lo sacó de su obscuridad, lo habrían hecho todos, menos Cruz; que los pelucones de Chile, Tagle, Alcalde, etc., forman la raza más estúpida de cuantas pisan la superficie del globo; que se necesita un siglo y cuarenta y tres liceos para borrar de Chile el espíritu de venalidad introducido y propagado por el pillo de los pillos, es decir, Portales, el cual ha dicho a un extranjero amigo mío, que los chilenos no

pueden ser gobernados sino es teniendo en una mano la bolsa y en la otra el palo; finalmente, probaría que O'Higgins es un hombre demasiado grande para una nación como la suya en que se aguanta al burro acicalado de Prieto y al truhán bufonesco de Portales, con la asquerosa escolta de Benaventes, Rengifos y Tocornales que los rodean".

En cuarto lugar, el ejército vencedor de Lircay. La disciplina militar, en el sentido que la concebimos hoy, había desaparecido con los ejércitos que se tragó la expedición libertadora del Perú. La guerra de la independencia fue una guerra civil, en que, salvo Chacabuco y Maipo, la astucia, la intriga y la traición juegan el primer papel. El ejército dislocado en campañas distantes, como la de Benavides y la de los Pincheira primero, y comprometido, después, en la guerra civil, se connaturalizó con la deslealtad, con la perfidia y con el grosero ambiente moral y material que res piraba. Los pronunciamientos estimulados por las ambiciones de los hombres y de los bandos y la impunidad de siete años, acabaron con el hábito de la obediencia y el respeto a las autoridades. El coronel Vidaurre y su oficialidad son el producto nato de todo este conjunto de influencias. El pundonor militar sufrió un eclipse, pero no alcanzó a morir. El epílogo que el coronel Boza añadió a la infamia del Barón y la reacción misma que ella engendró, revelan que en el fondo subsistían la lealtad, la rectitud moral y la entereza viril, que constituyen el fondo bueno del alma castellano-vasca.

En casillero aparte, los vencidos de Lircay. Eran casi todos individuos de arraigadas convicciones políticas o animados por

afectos personales inquebrantables a Freire. Algunos, como Viel, fueron bastante cuerdos para alejarse de la política. Los más conspiraron desde afuera de las filas y habrían conspirado, igualmente, dentro de ellas. Muchos, sobre todo entre los subalternos, se habrían plegado al nuevo concepto de Portales sobre la disciplina, si se les hubiera substraído a la influencia del jefe; si Freire, como quería O'Higgins, después de trece años de contrastes, se hubiera con vencido de su incapacidad política. Pero mientras él actuara. La lealtad al nuevo gobierno en las filas era incierta, y su alejamiento, un foco permanente de revueltas, azuzados como estaban por las exhortaciones de los jefes militares y políticos caídos en Lircay y por el hambre.

Las conspiraciones encontraron siempre un campo propicio, un verdadero caldo de cultivo en el eterno descontento de la aristocracia castellano-vasca; en su pelambre continuo contra todos los gobiernos y contra todos sus actos. Su mentalidad, la más negativa que se conozca en la etnología, entonces como ahora, sólo le permite ver el error aislado la disconformidad con su criterio individual, y se ceba en él, borrando todo el resto de la actuación política. Portales, como Montt, como Varas, como Santa María y como Balmaceda, fue, por su energía, un insulto, una provocación a su concepto vasco del gobierno y de la libertad. Su actividad, fecunda en errores, porque sólo no yerra el que no piensa ni obra, fue blanco propicio a su crítica implacable y a su suspicacia temeraria. No se sumó a las conspiraciones: tenía demasiado que perder y estaba aún muy asustada. Los siete años que precedieron a 1830 le



mostraron demasiado de cerca un abismo, cuya existencia no sospechaba en 1823, cuando derribó a O'Higgins. Pero murmuraba, criticaba y calumniaba; gastaba como una lima el prestigio del gobierno.

Finalmente, a partir de 1836 un genio superior en la intriga, Santa Cruz, desde la capital del ex virreinato, secundado por la astucia y el disimulo de su pueblo, empezó a jugar, como un artista diestro con las teclas de un piano, con todos los factores de revuelta. Desde el aventurero venal hasta la tardanza mental de O'Higgins, pasando por el des pecho de Freire y por el halago de las concupiscencias y de las pasiones individuales y políticas, todo lo explotó con una destreza que nunca se admirará bastante.

Veamos ahora la cinta cinematográfica de las conspiraciones que terminaron en el Barón.

\* \* \* \*

Cuando aún no se cumplía un año desde la batalla de Lircay, el 30 de marzo de 1831, arribaba a las costas de Arauco el bergantín peruano armado en guerra "Flor del Mar". Al día siguiente desembarcaron el coronel Barnachea y al rededor de dieciséis individuos, entre los cuales venían Pedro Uriarte, agitador profesional de Coquimbo, y el capitán Domingo Tenorio.

Cogidos prisioneros, con excepción de Barnachea y de algunos más que alcanzaron a huir, declararon ante el consejo de guerra que Ramón Freire, Rafael Bilbao y J. I. Izquierdo habían sufragado los gastos de la expedición; y que el objeto de ella había sido sublevar los presidiarios de Juan Fernández, armarlos y con su auxilio

promover el levanta miento de los araucanos. El equipaje que alcanzaron a des embarcar se componía de chaquiras, añil y otros objetos destinados a ganarse las simpatías de los indios. El bergantín escapó; y de los revolucionarios, Uriarte, Burgos y Urizar fueron condenados a diez años de destierro fuera del país y cinco más a diez años de confinación en Juan Fernández,

\* \* \* \*

Bajo el ministerio Errázuriz se proyectaron varias re vueltas, de las cuales la que más llamó la atención fue la en cabezada por José María Labbé. El cabecilla había sido capitán en el ejército de Freire. Dado de baja después de Lircay, se casó con una viuda acomodada, se hizo comerciante y se arruinó. Desengañado del comercio, buscó en las aventuras político-militares un cambio de posición.

De acuerdo con un oficial en servicio, Gregorio Murillo, que después declaró haber obrado de mala fe para obtener dinero de Labbé, logró sobornar varias clases del escuadrón Húsares y de Cazadores a caballo. Descubiertos, la corte marcial condenó a los implicados a ocho y a seis años de destierro<sup>75</sup>.

Las declaraciones de los cómplices de esta conjuración motivaron la expulsión del país de Carlos Rodríguez, el ex ministro de estado pipiolo y ministro en ejercicio de la Corte Suprema de Justicia. Además de las responsabilidades que revelaron esas declaraciones, había ocurrido un incidente que pinta de cuerpo entero a un personaje que jugó el primer papel durante una época del régimen pipiolo. El 20 de octubre de 1831, cenando en el Parral de Gómez,

---

<sup>75</sup> Labbé continuó conspirando en el Perú, donde fue fusilado.

Rodríguez, que había conservado bajo el nuevo gobierno su cargo de ministro de la Corte Suprema de Justicia, divisó dos militares y un paisano a quienes no conocía. Los invitó a su mesa a beber por la libertad. Se desató en denuestos contra la administración de Prieto; y sin molestarse por las contradicciones de los jóvenes oficiales, se los llevó a su casa donde continuaron los brindis. Más adelante obsequió a uno de ellos, al capitán José Soto, el sable que había sido de su hermano Manuel, el comandante de los Húsares de la Muerte, compró metiéndolo a no usarlo sino en defender a los buenos gobiernos y en derribar a los malos. Aparte de este incidente, que no podía justificar su destierro, apareció comprometido en un proyecto de revuelta.

\* \* \* \*

En marzo de 1832 fueron denunciados los ex oficiales Eusebio Ruiz y Pedro José Reyes. En combinación con el cura de una de las parroquias de Talca, Luis Solís, con el capitán La Rivera y algunos más, habían resuelto armar una montonera para arrebatar en el camino dieciocho mil pesos que iban de Santiago para el pago del ejército del sur. Aprehendidos casi al iniciar la ejecución del proyecto, no alcanzaron a adueñarse del dinero ni a sublevar el cuerpo de Cazadores a caballo, que era la finalidad perseguida. Se les desterró por dos años.

\* \* \* \*

El 20 de diciembre de 1831, el ex capitán Tenorio, condenado a la pena de muerte en su primera revolución, la cual le había sido conmutada por Prieto en prisión en Juan Fernández, sublevó a los

presidarios de delitos comunes; y de acuerdo con el cabo Pedro Camus sorprendió a la guarnición, arrestó al gobernador Sopeti y se adueñó de las armas y de los víveres. Capturó, después, un buque norteamericano. En él se dirigió a las costas de Copiapó al frente de unos ciento y tantos presidarios bien armados; y, en nombre del general Freire, saquearon esta ciudad, violaron a las mujeres, asesinaron a varios de sus moradores y a todos los que intentaron oponerles resistencia en defensa de sus hogares.

Transmontaron, en seguida, los Andes y fueron a pedir refugio al general argentino Facundo Quiroga, que, estimándolos reos de delitos comunes, los entregó al gobierno chileno. El consejo de guerra condenó a la pena de muerte a Tenorio, al cabo Camus y a los soldados Martínez y Medina, después de indagar la culpabilidad de cada uno en la sublevación y en los desmanes cometidos en Copiapó.

\* \* \* \*

El 29 de enero de 1832, algunos municipales de Petorca, instigados por José Manuel Silva, diputado por el departamento, depusieron y apresaron al gobernador, renovando los desórdenes locales que habían desquiciado el orden público durante los últimos años del régimen pipiolo. El gobierno no aplicó las penas que pidió el fiscal Egaña; pero reprimió rápidamente el desorden y, en lo sucesivo, el espíritu local de revuelta languideció.

\* \* \* \*

El presidente Prieto designó comandante del batallón N.º 2 de cívicos de Santiago al teniente coronel Joaquín Arteaga, amigo

personal suyo, que había sido capitán de la guardia de honor de O'Higgins, contra la voluntad de Portales, que divisaba en él un carácter petulante y un o'higginista exaltado y peligroso.

En los primeros días de marzo de 1833, el que fue después general Marcos Maturana, puso en conocimiento del gobierno una conspiración con extensas ramificaciones políticas encabezada por Arteaga y por el coronel en retiro Ramón Picarte. Difiere esta conspiración de las anteriores en que su origen es netamente político. Un grupo de o'higginistas exaltados, aliándose a los antiguos pipiolos y a una gruesa facción de reaccionarios, constituyó el apoyo moral de esta tentativa. El objeto era la deposición de Prieto y su reemplazo por una junta formada por representantes de los tres grupos. La conspiración se extendía a Valparaíso, donde la encabezaron los comerciantes pipiolos Squella y Veas Pérez y el ex comandante de policía Quiroz.

Es muy difícil apreciar la trascendencia que tuvo esta conspiración, porque, en las piezas del sumario que hemos tenido a la vista, se advierte de parte de los jueces el deseo de echar tierra y de no adelantar la investigación. Si se hubiera de dar crédito al rumor público transmitido a la posteridad, ella era grande; y el extraño fallo de la corte marcial sería un reflejo de su extensión. Arteaga fue condenado a un año y cinco meses de destierro al punto que él eligiera, conservando su grado militar, sus honores y sus empleos, y Picarte, a residir igual tiempo en La Serena, mientras a Quiroz, que no pasaba de ser un agente en Valparaíso del núcleo de revolucionarios de Santiago, pero que no tenía valimiento social, se

le condenó a tres años de destierro. El gobierno respetó la sentencia; pero estimándola escandalosa, el fiscal Egaña entabló acusación a la corte marcial por infracción a las leyes. La Corte Suprema la absolvió.

Los revolucionarios aprehendidos señalaron como cabecilla o jefe de la conjuración al general José Ignacio Zenteno, comandante general de armas de Santiago. Se le removió de su cargo y se le reemplazó por José Antonio Vidaurre; pero no hay pruebas de su participación. Romero en su memoria, dictada cuando ya Portales no existía, afirma que no tuvo participación alguna. Lo más probable es que dejara hacer, como en Valparaíso años atrás.

Aparte del origen político acentuadamente o'higginista y aristocrático de esta conspiración, en ella aparece por primera vez el propósito de asesinar a Portales, a la sazón en Valparaíso<sup>76</sup>.

\* \* \* \*

El 12 de julio de 1833, Pedro Urriola, intendente de Santiago, sorprendió la conspiración que ha pasado a la historia con el nombre de revolución de los puñales, la cual iba a complicarse más adelante con la tentativa de Puga. Se había formado una especie de logia dirigida por civiles y por algunos ex militares que, manteniendo un secreto impenetrable, organizaba las conspiraciones con el concurso de algunos de los militares dados de baja después de Lircay y con los elementos civiles exaltados que lograba reclutar. Los verdaderos directores eran Rafael Bilbao, ex intendente de Santiago, José María Novoa, José Antonio Pérez

---

<sup>76</sup> Vicuña Mackenna narró esta conspiración sin imponerse del proceso, incurriendo naturalmente en errores, pero sin desfigurar la fisonomía general de ella.

Cotapos, el o'higginista Francisco de Borja Fontecilla, el ex presidente Ruiz Tagle que suministraba los recursos, y el coronel Puga, que hacía de órgano de comunicación con los revolucionarios. Contaba esta logia con extensas relaciones en la aristocracia santiaguina pipiola o meramente adversa a Prieto, el general pencón impuesto por Portales en una de sus extravagancias; y por otro lado, a través de Puga, se enlazaba a una segunda logia formada principalmente por los militares vencidos en Lircay.

Bilbao y Novoa, que eran el alma de la logia, lanzaban a la revuelta a sus secuaces, ocultando ellos el cuerpo en forma que jamás se pudo comprobar su complicidad; y renegando de sus instrumentos y aun excitando la dureza del gobierno contra el que fracasaba, para cubrir su responsabilidad. Los militares fueron las víctimas más frecuentes de este maquiavelismo.

El complot descubierto el 12 de julio tenía por objeto ostensible colocar al general Borgoño en la presidencia. El plan consistía en atacar simultáneamente por sorpresa, con gente reclutada sobre todo entre los ex soldados, que se armaron con puñales y revólveres, el palacio de gobierno y los diversos cuarteles.

Fracasado este complot y presos José Antonio Pérez Cotapos y buena parte de los conjurados, la logia suministró fondos al coronel Puga para que sobornara clases del escuadrón Húsares, que era la escolta del presidente, y la artillería, en esos momentos la única fuerza de línea que había en Santiago. Puga alcanzó a penetrar al cuartel de Húsares en la noche del 29 de agosto; pero fue derribado

y arrastrado a un calabozo por el comandante del cuerpo, Soto Aguilar.

Esta intentona se realizó para llevar al gobierno una junta formada por Rafael Bilbao, por el general Francisco Calderón y por Francisco de Borja Fontecilla. Puga se dio cuenta de que se le había arrojado como carnaza, ocultando la mano que lo empujó. Afrontó con valor la responsabilidad que le cabía, dispuesto a sufrir la última pena. Pero quiso antes enrostrar su conducta a sus inspiradores, que habían obrado con él como el beduino que abandonaba su cabalgadura al león para entretenerlo, mientras busca su salvación en la fuga. Pidió ser careado con Bilbao; y después de increparle su conducta, pronunció estas palabras que Gandarillas conservó: "Señor auditor: Me avergüenzo de los favores que me dispensó el señor Presidente de la República impidiendo que se me fusilase (Soto Aguilar había dispuesto fusilarlo en la misma noche en el cuartel), y siento que el señor comandante general de armas no lo hubiese hecho cuando estaba aprehendido en el cuartel de Húsares. Apetecía la vida por mi madre y una hermana, a quienes mantengo; mas, ahora que me veo hecho juguete de un monstruo como el señor Bilbao, deseo la muerte, por salvarme de la ignominia con que me ha burlado...No quiero que se modere conmigo la pena que me impone la ley; conozco el crimen que he cometido, y sólo suplico que se ponga mi cadáver por algunos días delante de ese hombre feroz, para que se deleite con su espectáculo"<sup>77</sup>.

---

<sup>77</sup> Puga continuó figurando en las revoluciones bajo las órdenes de Freire y de Cruz, pero no volvió a conspirar con civiles.



La corte marcial condenó a Puga el 8 de febrero de 1834 a diez años de presidio y a Bilbao a tres años de destierro. Las demás penas fueron de confinamiento. José María Novoa y todos los demás inspiradores del golpe resultaron absueltos.

\* \* \* \*

La serie de conspiraciones y conatos frustrados de revolución, ha tenido hasta aquí un carácter exclusivamente nacional. Casi todos han sido inspirados por el partido vencido en Lircay, y han encontrado sus instrumentos de preferencia en los militares dados de baja después de esa batalla. Todos se han estrellado contra el ejército, que ha permanecido fiel a Prieto en Santiago y a Bulnes en el sur.

En adelante las conspiraciones adquieren otro carácter. Una cabeza mejor organizada las dirige y manos más diestras las disponen. El trabajo se realiza ahora dentro del ejército, que empieza a ser minado con una astucia y una destreza de que no tenían idea los revolucionarios chilenos. A los burdos procedimientos chilenos, siempre- directos y mal calculados, suceden otros indirectos; es un juego por banda de una finura psicológica maravillosa. Cesan los ataques al general Prieto, que ha sido hasta ahora el blanco predilecto del odio de la aristocracia santiaguina pipiola. Es militar y pencón y conserva cierto ascendiente en el ejército; en todo caso no presenta blanco para despertar la irritación que se desea. En cambio, el ministro Portales se presta admirablemente para desarrollar el nuevo juego. Empieza a sugerirse al oído de cada militar el desprecio del ministro por el ejército; su propósito de

aplastarlo y de substituirlo por la guardia cívica. Se procura herir el amor propio del militar representándole la subordinación que le ha impuesto un mandón civil destituido de toda fuerza. Se trabaja especialmente sobre el militar del sur de psicología pencona, atávicamente predispuesto contra la arrogancia desdeñosa del santiaguino. Portales los ha burlado, colocando en el gobierno un rey viga para con formarlos, mientras los mete en un zapato con país y todo. Sus exigencias de disciplina militar son meros expedientes ideados para anular y destruir el ejército.

Pero hay algo mucho más grave. No pudiendo concluir con los vencedores de Lircay en la forma que acabó con los vencidos, ha ideado un expediente diabólico. La guerra a la Confederación no tiene otro objeto que concluir con la flor y nata del ejército chileno, cuyos huesos marcarán su ruta a través de los desiertos peruanos. Santa Cruz es un amigo de Chile, que no quiere la guerra; mas Portales se ha empeinado en ella con el exclusivo objeto de acabar con el ejército. Prieto es un infeliz sin voluntad propia, incapaz de defender a los militares. No es malo personalmente, es un instrumento de la maldad de Portales. Hay necesidad de cambiarlo. No es necesario volver a los hombres anteriores al 29, que repugnan a parte del ejército vencedor. Entre los mismos triunfadores hay hombres liberales y humanos que es timan al ejército y que gobernarían sin vejar al ciudadano con los destierros, las prisiones y el cadalso. Benavente, Campino, Aldunate, y muchos más, pueden salvar al ejército y al país del abismo en que los va a precipitar Portales.

Esto se repite con cautela, pero con constancia infatigable al oído del militar por personas que, aparentemente, no tienen ninguna vinculación fuera del país. La gran mayoría de estos predicadores son ellos mismos sugestionados que obran de buena fe. La propaganda parte de Lima y se realiza por medio de José María Novoa, de Bilbao y de la mayor parte de los emigrados chilenos, que ven en la caída de Portales el término de su calvario, y en Santa Cruz, su última esperanza. Dentro de Chile mismo, Riva Agüero la dejó iniciada y Méndez la alcanzó a organizar en forma de que los hilos pudieran ser manejados desde afuera. Antes de partir, celebró una última conferencia con Agustín Vidaurre, uno de los muchos colaboradores. En sus cuentas figuran cincuenta mil pesos perdidos en el birlocho en el momento de llegar a Valparaíso. Y años más tarde, cuando ya todo ha concluido, dirá cínicamente a Sotomayor Valdés, que no se lo preguntaba: "El gobierno de Chile tuvo razón para expulsarme".

El asesinato de Portales, que ya asomó en la conspiración de Arteaga, figurará de nuevo en la de los cadetes; pero esta vez dispuesto concretamente, en una forma que recuerda el de Monteagudo.

La afirmación y la repetición van haciendo su obra sobre la psicología instintiva del militar, y la sugestión se produjo en algunos de ellos tan perfectamente que acabaron por creer sentimientos e ideas propias los que les habían sido sugeridos. Vidaurre, en sus apuntes testamentales, afirma de buena fe el hecho de ser espontánea en él la creencia de que se ha inventado la guerra

contra la Confederación para destruir el ejército chileno. Si se quiere entender la génesis de la extraña psicología que advertimos en el ejército de Quillota y en parte del de la frontera, hay necesidad de fijar bien estos dos hechos:

Santa Cruz en Chile, como en el Perú, en el Ecuador y en la Argentina, se presentó siempre como amigo, como auxiliar de las facciones internas. Quiere la paz con Chile, y, para alcanzarla, busca la cooperación del ejército contra el tirano antimilitarista que quiere destruirlo. El ofrece su ayuda y su amistad sólo para que el ejército chileno recupere la situación de preeminencia que le corresponde, y para que Chile se liberte de la dictadura ominosa que mantiene adentro aherrojada la libertad y que afuera turba la paz de América. Es el mandatario franco que, en su deseo de paz, les abre los ojos y les tiende la mano. No se trata de una guerra, sino de una celada cuyo verdadero objetivo es librar se del ejército, enviando a perecer en Perú la parte menos servil. Bulnes y cuatro más quedarán de árbitros de los desatinos de Chile, mientras los otros morirán obscuramente en los desiertos, dejando a sus esposas y a sus hijos en la orfandad y en la miseria. Ninguno de los chilenos que sirven de agentes a Santa Cruz entiende traicionar a su patria. Creen librar a Chile de una catástrofe a que lo precipita un loco o un mandón arbitrario. En Santa Cruz, lo mismo que los militares, sólo ven un amigo que desea para Chile la paz; para el ejército, la consideración y el respeto de los poderes públicos; para todos, la libertad; para los perseguidos, el retorno a sus hogares; y para los caídos, la vuelta al gobierno con sus honores y provechos.

\* \* \* \*

El 7 de julio de 1836 se embarcaba en el Callao el general Ramón Freire en el bergantín peruano "Orbegoso" y el coronel Salvador Puga en la fragata de la misma nacionalidad "Monteagudo", en compañía de algunos civiles y militares chilenos desterrados en el Perú. Los buques venían armados en guerra y conducían algún armamento y cierta cantidad de municiones. Su dirección era el archipiélago de Chiloé, donde Freire pensaba organizar fuerzas suficientes para derribar el gobierno de Prieto.

La expedición había sido organizada, según se sabe, con la anuencia del gobierno peruano, que procuró los buques, valiéndose como subterfugio de un contrato fingido de arrendamiento para fines comerciales. El mismo gobierno peruano había suministrado las armas y las municiones. Los fondos se obtuvieron mediante una combinación urdida en Santiago entre el ministro peruano Riva Agüero y José María Novoa. El gobierno del Perú había concedido poder a Riva Agüero para contratar en Chile un empréstito por cien mil pesos, que no logró colocar. Haciendo revivir este poder, fingió de acuerdo con Novoa colocado el empréstito entre un grupo de amigos del último, y con cargo a él giró Riva Agüero letras contra el gobierno peruano, que entregó a Novoa para sufragar los gastos de la expedición de Freire<sup>78</sup>. Parece que con esta extraña negociación se quiso cubrir la responsabilidad del gobierno peruano, pero, en realidad, sólo se consiguió ponerla en mayor evidencia.

---

<sup>78</sup> Con el pretexto de haber retenido en Santiago Riva Agüero \$ 25.000 de los fondos de este empréstito, Orbegoso entregó a Rafael Bilbao en Lima igual suma.

El por qué Santa Cruz, que parece hasta ese momento contrario a la expedición de Freire, consintió en ella, lo explica la carta ya citada, en que, dando cuenta a Torrico de ella, le comunica su convencimiento de que ha desaparecido todo peligro de agresión del lado de Chile, y el fracaso de las tentativas hechas ante O'Higgins y ante Viel para que se encargaran ellos de la aventura.

Provenía ese convencimiento, según ya también se dijo, del error a que le indujo la moderación de Portales durante las gestiones diplomáticas que habían precedido a la expedición. Pero contribuyeron mucho a decidirlo los informes de José María Novoa. Este pención, que había sido ministro de estado de Riva Agüero en el Perú, tenía fama americana de sagacidad y de destreza como conspirador. Absuelto por los tribunales chilenos en todas las conjuraciones que sus instrumentos espiaban en el destierro, viajaba impunemente de Lima a Chile. Llevaba de este país una información ocular; de manera que, al afirmar a Santa Cruz que bastaría la presencia de Freire para que se produjera la caída de Prieto, hablaba con la autoridad del conocimiento personal de la situación chilena; y el Protector, que había salido de Chile en 1829, prestó asenso a las ilusiones de Novoa, que nada perdía ni con el fracaso de Freire ni con la guerra que iba a ser su consecuencia.

Con fecha 9, el ministro de relaciones exteriores del Perú, general Morán, ejecutor de la orden de Santa Cruz para auxiliar a Freire, pasó una nota al cónsul chileno Lavalle, en la cual pone en su conocimiento la salida de la expedición; protesta de la inocencia del gobierno peruano, y le reprocha, con fina ironía, su falta de

vigilancia sobre los emigrados chilenos, cuyos manejos su gobierno se habría apresurado a impedir, si el cónsul se los hubiera representado oportunamente.

Lavalle logró contratar la "Flor del Mar", el buque más velero de la costa del Pacífico, y lo despachó a Valparaíso el día 8 con un oficio para el gobierno en el cual avisaba la salida de Freire. Las autoridades peruanas intentaron detener el aviso; pero el buque logró burlar la vigilancia. Además del oficio, Lavalle escribió una carta particular a Portales, en la cual le dice: "Querido amigo: Asómbrese Ud. al saber lo que contiene el adjunto oficio. No hay que dudar: el plan de estos bribones debe tener ramas en Chile mismo porque de lo contrario no se atreverían a emprenderlo. Nada me incomoda tanto como suponer que este gran bestia de Orbegoso haya cooperado a la realización de proyectos tan inicuos. Espero que los revoltosos serán escarmentados por el rigor que Ud. sabrá desplegar, y entonces aparecerá el gobierno peruano en toda su desnudez, para que lo conozca el mundo entero". Conducía también el buque numerosas comunicaciones particulares, en que se daban detalles precisos de los procedimientos del gobierno peruano.

De las dos naves, sólo una, el "Orbegoso", llegó a Chiloé.

La "Monteagudo", sublevada la tripulación, arribó a Valparaíso donde entregó prisionero al coronel Puga.

El día 13 de agosto despachó Portales personalmente a Chiloé la fragata "Monteagudo" siempre con bandera peruana, al mismo tiempo que enviaba el "Aguiles" y la "Colo Colo" a apoderarse de la escuadra peruana. La "Monteagudo", mandada ahora por el

comandante Manuel Díaz, llevaba a bordo una compañía de línea al mando de Fernando Cuitiño. Penetró el día 28 en la rada de San Carlos de Ancud, que Freire había fortificado, fingiendo llegar a reunirse con el "Orbegoso". Este, que ignoraba la sublevación y todo lo ocurrido desde que un temporal había separado los buques, creyó que llegaba Puga, y las fuerzas que había reunido se entregaron a festejos sin verificar antes el hecho.

Con audacia temeraria, Cuitiño ocupó, al frente de cuarenta y dos hombres, por sorpresa, la fortaleza de Agüi durante la noche, a pesar de estar defendida por cien artilleros; y con dos botes tripulados por doce marineros y doce soldados, se apoderó del bergantín "Orbegoso" y de la goleta "Elisa". El efecto moral de la sorpresa provocó al día siguiente la sublevación de uno de los batallones de Freire, fuerte de doscientas cincuenta plazas. La desmoralización se propagó a las fuerzas restantes. Freire huyó en un bote y fue extraído el día 30 de agosto de un ballenero francés. Habían bastado sesenta y ocho hombres al mando de un oficial resuelto para deshacer en pocas horas el poder militar que había logrado reunir, respetable por el número, pero formado en su casi totalidad de tropas colecticias.

Freire, Puga y algunos cómplices fueron condenados a muerte. La corte marcial revocó la sentencia y condenó a Freire, a Puga, a Urbistondo y a Quiroga a diez años de destierro. El gobierno acató el fallo; y remitió a Freire, a Puga y a dieciséis cómplices a Juan Fernández. Avisado de que se enviaría un buque peruano a rescatarlos, como ocurrió efectivamente poco después, remitió a



Freire, a Puga y a algunos más a Sidney a cargo del comandante Señoret, con todo género de consideraciones, el 14 de marzo de 1837.

La corte marcial había infringido la ley, y Portales, en uso de las facultades extraordinarias de que el gobierno estaba investido mientras durara la guerra, destituyó a los ministros. Los historiadores han seguido una curiosa polémica sobre si Portales pensó o no fusilar realmente a Freire. Hoy sería ridículo renovarla; sin embargo, merece subrayarse el candor psicológico que presupone una discusión sobre un acto no realizado, como dato para la historia del desenvolvimiento mental en Chile.

Hasta el momento en que Santa Cruz toma la dirección de las conspiraciones chilenas, Portales no ha fusilado. Ha amenazado constantemente, sin pasar a las vías de hecho, Desde que advirtió la mano de Santa Cruz en la gestación de las revueltas, su actitud se tornó amenazadora de verdad; y a partir de la declaración de guerra, se advierte en él una sombría decisión de aplastar con mano de hierro las concomitancias de los conspiradores con el enemigo. La frase "si mi padre conspirara, a mi padre fusilaría", parece brotar de lo más hondo de su pecho.

Los historiadores, casi todos políticos doctrinarios, nunca han podido explicarse el brusco cambio de Portales. Tampoco han intentado comprenderlo, ni de intentarlo lo habrían logrado, puesto que el doctrinarismo presupone una mentalidad incapaz de comprender. Portales es en 1836 exactamente el mismo de 1830. Han corrido seis años; su exuberancia juvenil se ha calmado y lleva

ahora una vida regular. El estadista ha absorbido, al fin, al comerciante. Y a esto se limitan los cambios. Lo que ha variado profundamente, es el escenario de su actuación. Durante su primer ministerio su misión fue moldear en un estado orgánico el caos que si guió a la revolución de la independencia. Ahora necesita defender la existencia del país no sólo de un peligro exterior sino también de los aliados conscientes o inconscientes que el enemigo tiene en el interior.

La reacción de Portales frente a las conspiraciones es elemental. Había en él, según se ha visto, un sentimiento muy desenvuelto de la nacionalidad, un patriotismo áspero y combativo, sin atenuantes ni claudicaciones, que recuerda al del romano de la república y al del inglés de nuestros días. Empeñado en una contienda en que se jugaban los destinos de su patria, se despertó en él la agresividad de las razas fuertes que albergan un sentimiento hondo de la nacionalidad en presencia del enemigo. Este fenómeno, que se observa desde la antigüedad hasta la guerra de 1914, sólo es la expresión de la necesidad vital de concentrar todas las energías para luchar, ahogando los gérmenes de debilidad. Cuando él se produce, la prudencia suele parecer cobardía, y la justicia, traición. Portales ahora no ve opositores, sino traidores en los que conspiran frente al enemigo y en los que debilitan la defensa, predicando el derrotismo o estorbando la recluta y los abastecimientos<sup>79</sup>.

---

<sup>79</sup> Santa Cruz, en vez de disimular, como Portales en el proceso de Chillán, las concomitancias con el enemigo, las reprimió, desde el primer momento, con los fusilamientos efectivos. Un decreto de 18 de noviembre de 1836, dispuso que los autores, cómplices y ocultadores de delitos de sedición, revolución, infidencia, motín y connivencias con el enemigo exterior; y las personas que recibieran cartas, papeles, manuscritos o impresos procedentes de los

La legislación, con su procedimiento sumario y la amplitud de facultades de que dispone el ejecutivo, que en ese momento sólo es Portales, sumándose a la actitud airada del ministro, hacen temerle todo. Las conspiraciones y la traición, a juzgar por los preparativos, van a ser ahogadas en torrentes de sangre. Sin embargo, el historiador de hoy se encuentra de nuevo ante un bluff más violento que el primero. Las penas son en la práctica irrisorias. A militares que comprometen la seguridad del estado y que en toda la redondez de la tierra habrían sido fusilados sobre tabla, se les condena a diez años de destierro.

En igual incompreensión se ha incurrido respecto de las víctimas. Cuando hoy se habla de patriotismo y de los deberes que impone, involuntariamente se supone que este sentimiento ha existido siempre en los chilenos con el vigor y la energía que se palpa hasta nuestros recuerdos más lejanos, que sólo alcanzan a la guerra de 1879. Se olvida que entre 1837 y 1879 han transcurrido cuarenta años de vida de estado organizado. La verdad es muy distinta. El patriotismo en la forma que lo sintieron Portales y algunos centenares de ciudadanos de la clase dirigente, casi todos radicados en Santiago, Valparaíso o Concepción, como ya se dijo, es una

---

revolucionarios radicados en el extranjero, que no los entregaran en el acto a la autoridad local, sin leerlos ni comunicarlos a otro, serían juzgadas por un consejo de guerra permanente; y ejecutados dos horas después, de pronunciada la sentencia. Otro decreto de 2 de febrero de 1837, declaró reos de alta traición a los peruanos, bolivianos y extranjeros que hubieren estado al servicio de la Confederación y que pisaren el territorio nacional al servicio de Chile, quedando las autoridades civiles y militares obligadas a fusilarlos con solo la comprobación del hecho y de la identidad personal. También declaró traidores a los individuos que escribieran o pagaran escritos contra la Confederación en países enemigos. El 29 de septiembre del mismo año, restableció la ley marcial, que obligaba a todo boliviano, hasta la edad de cincuenta años, a tomar las armas en defensa de la patria; y declaraba traidores a los que rehuyeran cumplir esta obligación, los que hicieren motines, causaren alarmas o difundieren especies favorables al enemigo o tendientes a debilitar la autoridad del gobierno o a deprimir la opinión pública

adquisición muy posterior para la masa del país. Hacia 1837, el sentimiento de la nacionalidad estaba aún en embrión en la gran mayoría de los ciudadanos. Chilenos, argentinos, colombianos y peruanos habían peleado revueltos contra un enemigo común; y de esta lucha había surgido un patriotismo negativo: el odio al enemigo común, España. Durante la guerra de la independencia, pelearon los chilenos unos contra otros animados por este sentimiento negativo los conscientes, y por sugestión o agresividad instintiva los más. La expedición libertadora del Perú, en que los chilenos pelearon con ciudadanía peruana<sup>80</sup>, y los siete años de desgobierno, no fueron acontecimientos propicios al desarrollo del concepto activo del patriotismo. Entre 1817 y 1837, se era patriota, es decir, enemigo de España, y carrerino, o'higginista, pipiolo o freirista. Aún no se era chileno en el sentido de 1879.

La intuición psicológica de Santa Cruz y de la diplomacia peruana, según se ha visto, basó precisamente en este estado embrionario del sentimiento del patriotismo en las jóvenes nacionalidades americanas, su hábil propaganda. Santa Cruz, como se ha repetido con insistencia, se presentó siempre, lo mismo en el Perú que en Argentina y que en Chile, como un peruano, un argentino o un chileno cuya misión era ayudar a sus hermanos oprimidos. Si su acción fue fácil, si pudo llegar hasta el alto comando del ejército chileno, fue precisamente porque el sentimiento de la nacionalidad era aún muy débil, porque aún no tenía fuerzas para ahogar en

---

<sup>80</sup> Un decreto del gobierno peruano declaró ciudadano a todo individuo del ejército libertador, de capitán a paje,

presencia del enemigo exterior los odios personales, las rivalidades lugareñas, las concupiscencias y el espíritu de bandería.

Esto explica la extraña obcecación de los chilenos de aquel entonces, que continuaron conspirando y debilitando al gobierno frente al enemigo. Eran ante todo pipiolo, que veían en Santa Cruz un aliado, un auxiliar de su causa; o'higginistas empecinados que aguardaban del derrumbamiento del régimen y de la gran estimación de Santa Cruz por O'Higgins, la vuelta del ídolo al poder. Sólo secundariamente eran americanos, y sólo en último término, chile nos. Al obrar en el sentido que lo hicieron, no creían traicionar a su país.

No comprender la áspera dureza de Portales frente a ellos, es miopía; pero juzgarlos con el código actual del patriotismo y llamarlos traidores, también lo es. Lo que admira en presencia del divorcio que se palpa entre el concepto del patriotismo en Portales y en la masa del país, es que la tragedia haya quedado reducida al fusilamiento de dos hacendados y de un aventurero colchaguino, que Irisarri, más por terror que por maldad, presentó como reos contra la seguridad exterior del estado. En cualquier otro de los países americanos, esta dualidad se habría convertido en ríos de sangre.

El asombroso resultado de consolidar el orden en un país anarquizado y de restablecer en él la sanción que había sido arrancada de raíz, a costa de tres vidas, débese, en parte, al sistema preventivo que implantó Portales y que hizo abortar la totalidad de las conspiraciones, menos la de Quillota; pero débese, también, a la

flexibilidad, a la bondad y a la nobleza de carácter, no exenta de cierto valor en los trances supremos, de Prieto. La fatalidad le obligó a autorizar después de los días de Portales numerosos fusilamientos; pero sin él se habrían doblado. Aun cuando Chile no le debiera otros servicios, su magnanimidad haría acreedor a la gratitud de la posteridad al humilde mandatario que escribió: "¿Podrá haber en el mundo, no digo en Chile, hombre me nos adecuado por educación, por carácter y por todo, para llevar un peso tan superior sobre mí? Cuando ni yo mismo he sabido gobernarme bien nunca, ¿podría lisonjearme de gobernar al ilustrado Chile? ¡Ay!, amigo, estos son los sacrificios más costosos que exige de nosotros esta pobre patria"<sup>81</sup>.

\* \* \* \*

El 1° de noviembre de 1836, once días después de partir el plenipotenciario Egaña llevando un ultimátum al gobierno de Santa Cruz, que el congreso y todos los elementos conscientes del país entendieron ser ya la guerra, debía estar en Santiago una revuelta a base del regimiento Maipú y del armamento de los cadetes de la Escuela Militar. La cabeza efectiva del motín era el general Enrique Campino, el mismo que había ordenado fusilar a la cámara de diputados. Prieto lo había ascendido a general, y se había reconciliado con Portales; pero habían vuelto a reñir en una de las frecuentes explosiones a que su falta de juicio arrastraba a Campino. Los conspiradores visibles fueron un joven calavera de la aristocracia, simple instrumento, ajeno a toda idea política, Juan

---

<sup>81</sup>) Carta de Prieto a José Javier Bustamante, de 20 de mayo de 1836

Aldunate, y un mozo de más modesta posición, pero de más capacidad, Pascual Cuevas. Ya en esta conspiración entró de frente el encargado de negocios de Bolivia, Manuel de la Cruz Méndez, y el giro de los acontecimientos hace presumir la complicidad moral de Olañeta.

El asesinato de Portales fue encargado a Nicolás Cuevas, reo prófugo por homicidio, que había sido el terror de Rancagua, y hermano de Pascual. Para facilitarle la consumación del atentado, se le instaló en el domicilio de dos mujeres de vida airada, frente a la casa de la familia Garfias, en la calle de Santo Domingo, donde vivía el ministro. Denunciado a Portales, éste le apresó personalmente sin que Cuevas, cogido de sorpresa, tuviera coraje para usar dos pistolas cargadas, que tenía a mano.

El complot había sido denunciado al coronel Luis José Pereira, comandante de la Escuela Militar, por medio de un anónimo en que se le señalaban los nombres de los oficiales y cadetes comprometidos, el mismo día que la marcha del Maipú a Valparaíso hizo imposible su explosión en Santiago.

El proceso no alcanzó a sentenciarse en vida de Portales. Más tarde, Prieto, en uso de las facultades extraordinarias, lo cortó bruscamente respecto de Juan Aldunate cuyas declaraciones iban a comprometer a Campino, procurando así conciliar con la aristocracia santiaguina, cuyo rencor habría exasperado la reapertura del proceso contra este general ya absuelto por la corte.

El gobierno, en posesión de datos que dejaban el convencimiento de la participación del ex ministro de Bolivia, Méndez, en este conato,

le envió el 7 de noviembre los pasaportes y le dio 24 horas de plazo para salir del país.

Solicitó, también, facultades extraordinarias que el Congreso le acordó en nota del día 9; y que consistieron en la facultad de arrestar o trasladar a cualquier punto de la república a las personas; en la de proceder sin sujetarse a las fórmulas prevenidas en los artículos 139, 143 y 146 de la constitución; y en la de dar sus órdenes a los intendentes y subalternos con el simple acuerdo del ministro del ramo respectivo.

\* \* \* \*

El 26 de noviembre de 1836, el comandante de Húsares Soto Aguilar, puso a disposición del gobierno ciento setenta y ocho onzas de oro que le habían sido entregadas a cuenta de mayor suma por el antiguo capitán de artillería Eugenio Hidalgo, para que sublevara el cuerpo que, por ser la escolta de Prieto, atraía de preferencia a los conspiradores. Hidalgo obró a instigación del o'higinista Francisco de Borja Fontecilla, y la conspiración tenía raíces bastante extensas. La causa se falló sólo después del asesinato del Barón. Antes del fallo, Hidalgo, Fontecilla y otros cómplices habían sido relegados a diversas partes en uso de las facultades extraordinarias<sup>82</sup>.

\* \* \* \*

A pesar de las numerosas conspiraciones, Portales se había manifestado contrario a la dictación de leyes que entregaran su represión a la arbitrariedad militar. A principios de 1837, cambió de

---

<sup>82</sup> Sotomayor Valdés, de ordinario cauto, fue sorprendido en los detalles de esta conspiración por el relato de Vicuña Mackenna. La conducta de Soto Aguilar fue muy distinta de la que en su odio cerrado le atribuyeron los denunciados.



criterio; y con fecha 2 de febrero, en uso de las facultades de que estaba investido el gobierno mientras durara la guerra, promulgó la ley que se ha llamado de los consejos de guerra permanentes. En ella se estableció un procedimiento sumario para los delitos de traición, sedición, tumulto, motín, conspiración, infidencia e inteligencia verbal o escrita con el enemigo.

Esta ley, motivada por el descubrimiento de una conspiración en el ejército del sur, se aplicó por primera vez en Colchagua.

Ocupaba desde 1836 la intendencia de esta provincia Antonio José de Irisarri, guatemalteco que había sido Director Supremo de Chile por siete días, ministro plenipotenciario en Londres, ministro del interior de O'Higgins, y corrido casi toda la América, mezclándose activamente en la política interna de los diversos países. Había en Colchagua un núcleo pipiolo que contaba con algunos hacendados de la aristocracia regional, los Barros, los Valenzuela, los Grez, los Garcés y otros. Irisarri no supo o no logró conciliar con estos elementos, y se produjo entre el intendente y ellos una recíproca animosidad regional.

Un agitador de modesta condición pero de mucha tenacidad y empuje, protegido de algunos de estos mismos hacendados, Manuel José de la Arriagada, empapado en los sentimientos de hostilidad hacia el intendente, inició, con el concurso más o menos encubierto de sus protectores y de los pipiolos en general, una serie de conspiraciones fracasadas en que, conforme a la consigna que se generalizó en el país desde la intervención de los agentes de Santa Cruz en la política interna, se amenazó a Irisarri con el asesinato.

La ideología y los móviles de este movimiento y el del sur, que luego se narrará, diferían. La conspiración de Colchagua tenía un carácter acentuadamente local y pipiolo, mientras el movimiento de Vidaurre se generó en su rivalidad con los Bulnes y perseguía el fracaso de la expedición al Perú, sin preocuparse mucho del pipiolismo; pero los enlazó una gestión partida probablemente de Santiago.

En enero del 37, Arriagada fracasó en una tentativa para sublevar el batallón cívico de San Fernando. Logró huir mas fue capturado en marzo, en circunstancias que se acababa de descubrir otra revuelta organizada esta vez a base de montoneras, en la cual resultaron implicados varios miembros de las familias que encabezaban el pipiolismo colchagüino. Este último movimiento no tenía casi otra importancia que ser reflejo de la tenaz propaganda organizada por Arriagada y algunos de los cabecillas pipiolo de mayor situación contra la recluta.

Han llamado mucho la atención de la posteridad el afán de conspirar que se advierte en esta época; la desproporción entre los medios y los fines; y la tenacidad con que los mismos conspiradores, aún no repuestos de un fracaso, vuelven a recomenzar. La explicación del fenómeno es sencilla. La idea de que en Chile pudiera fusilarse a alguien por delitos políticos, era totalmente extraña a la época. El que conspiraba, sólo creía arriesgar un poco de tranquilidad. En vano extremaba Portales su bluff. Los historiadores creyeron en él; pero los contemporáneos, no. Habían visto sucederse las conspiraciones sin que a nadie se fusilara. No había entre los adversarios del gobierno quien ignorara

la intimidad de Agustín Vidaurre con Méndez; todos sabían que era su agente en Chile y que por su intermedio se realizaban las comunicaciones entre los revolucionarios chilenos y sus paisanos desterrados en Lima y el gobierno protectoral. Con razón o sin ella, creían que el dinero que se invertía en la propaganda de Santa Cruz, llegaba, también, por su inter medio. Y sin embargo le veían desempeñar el puesto de comandante del resguardo de Valparaíso ^y sentarse a la mesa de Portales, cada vez que éste iba a esa ciudad. El hecho de haber encabezado José Antonio Vidaurre el proyecto de revolución; su desistimiento; el llamado de Boza a Valparaíso para que llevara el dinero y encabezara la revuelta, en lugar de aquél; y la nueva resolución de Vidaurre de sublevarse, eran familiares en los círculos pipiolos. Y, sin embargo, Boza no había sido comprendido en el proceso de Chillan; Vidaurre, no sólo continuaba al frente del regimiento, sino que se le nombraba jefe de estado mayor general, y seguía siendo el predilecto del ministro. Se había apresado al coronel Riquelme, al teniente coronel Anguita y a varios oficiales; pero proceso y prisiones parecían simple bambolla para asustar a los crédulos. Hasta la designación del comandante Romero, o'higginista desafecto a Portales, para fiscal, parecía confirmar la idea generalizada de que se trataba de una nueva farsa y- no de aplicar sanciones efectivas. Se conspiraba con la conciencia de la impunidad, o a lo menos de no arriesgar la vida. Esta conciencia iba, al fin, a salpicar con sangre el gobierno de Portales. La nueva conspiración llegaba en un momento psicológicamente escogido para provocar la tragedia. La propagan da Perú-boliviana

arreciaba en un esfuerzo desesperado para impedir la salida de la expedición o para retardarla a lo me nos, hasta que Santa Cruz dominase la delicada situación interna por que atravesaba. La prédica contra la guerra cundía como un reguero de pólvora, desde Valparaíso al Biobío, realizada por los enemigos del gobierno, a quienes empujaba, a su vez, el enemigo exterior. Una deformación patrió tica de la historia ha velado hasta hoy a la posteridad el eco que encontraron en el ejército del sur las protestas de amistad de Santa Cruz y sus promesas de auxilio para reemplazar el gobierno de Prieto por otro más justo y benévolo que restaurara a los militares en el pie de consideración y de in fluencia que les correspondía dentro del estado. Las conspiraciones aparecían por todos lados. Las que la historia ha re cogido sólo son las que motivaron procesos. Portales había agotado ya las amenazas no cumplidas, sin éxito alguno. Las medidas de conciliación eran inútiles frente a una propagan da que partía de un gobierno extranjero que luchaba por su derecho a la vida. Sólo quedaba una alternativa: dejar que el país se disolviera y se convirtiera en satélite de la Confederación, o tentar la intimidación con los fusilamientos efectivos. La fatalidad llevó al cadalso a tres de los conspiradores de Curicó, como pudo llevar a los de Los Ángeles o a los de Santiago. Irisarri hizo instruir el sumario, convencido de que los conspiradores tenían acordado su asesinato<sup>83</sup>. No logró al principio pruebas satisfactorias del nuevo complot; pues, aunque los testigos eran numerosos, su calidad dejaba mucho que desear. Más,

---

<sup>83</sup> Carta a Portales de 12 de abril

mediante promesa de indulto, provocó la delación de uno de los conjurados, Faustino Valenzuela, un pobre caballero débil de espíritu, metido a conspirador más por solidaridad de familia que por impulso propio. El consejo de guerra condenó a Valenzuela, a Manuel Barros y a Manuel José de la Arriagada a la pena de muerte<sup>84</sup>.

La sentencia no tenía apelación, y dentro del espíritu que inspiró la ley que creó los consejos de guerra permanentes, tampoco procedía el indulto. No obstante, Irisarri, comprometido con Valenzuela a obtenerlo, lo solicitó por oficio reforzado con una carta personal a Portales de fecha 1° de abril. Según se desprende de otra carta del mismo Irisarri escrita tres días antes, Portales no había atribuido al principio ninguna importancia a la conspiración de Curicó; se había negado a creer en las relaciones con el levantamiento militar preparado por los agentes de Santa Cruz en el sur; había contestado a las comunicaciones de Irisarri que creía inocentes, o a lo más, reos de pecados de la boca, a casi todos los presos; y aun le había dado a entender que las amenazas contra su vida habían perturbado su criterio.

Sin embargo, junto con recibir la solicitud de indulto en favor de Valenzuela, le puso de puño y letra una denegación rotunda. ¿Qué motivó este brusco cambio de criterio? ¿Estimó una debilidad

---

<sup>84</sup> Vicuña Mackenna ha tomado por base de la narración de estos sucesos los folletos de Daniel Barros Grez, hijo de una de las víctimas, con el pretexto de que el proceso fue destruido para ocultar el crimen a la posteridad. El proceso está en el archivo de la intendencia de Colchagua. Allí lo consultamos en 1903, y se nos aseguró por un empleado antiguo que siempre ha estado en ese archivo. Uno o dos años antes habíamos visto, también, una copia en poder de Sotomayor Valdés.

desmoralizadora la infracción de la ley recién dictada? Así se creyó durante largo tiempo. Pero la documentación aparecida después ha dejado establecido el hecho de que, en los días que mediaron entre las observaciones a Irisarri y la denegación del indulto, Portales se cercioró de las concomitancias de la conspiración de Colchagua con el movimiento preparado en el ejército del sur; y del plan encaminado a inutilizar la principal fuente de abastecimiento de la recluta del ejército, o sea, en una traición delante del enemigo<sup>85</sup>.

El fusilamiento de los tres reos se verificó el día 7 de abril en la plaza mayor de Curicó, en medio de la consternación general del vecindario.

---

<sup>85</sup> El comandante Romero, refiriéndose a las relaciones de la conspiración colchagüina con el movimiento del sur y con el motín de Quillota, afirma que Arriagada había sido procesado en 1836, cuando Riva Agüero y Méndez buscaban adeptos para cooperar al éxito de la expedición Je Freire. La circunstancia de no encontrar este proceso en San Fernando y la falta de personalidad de Arriagada, según los datos que nos dio Barros Grez, nos indujeron a creer que había un error de Romero. Pero Sotomayor Valdés encontró una copia del proceso en el archivo del ministerio del interior, lo que hace presumir que el original está en San Fernando o en Curicó.

## Capítulo XI

### El motín de Quillota

*El cantón militar de Quillota. —El coronel Vidaurre. —Privanza de Portales. —La gestación del motín en el ejército del sur. — El proceso de Chillan. —Diversos planes de sublevación. — Portales desprecia las denuncias contra Vidaurre. —Proceso psicológico de Vidaurre. — Llegada de Portales a Quillota. — El motín*

*"Me siento empujado hacia un fin que no conozco. Tan pronto como lo haya alcanzado, tan pronto como ya no sea yo necesario, bastará un átomo para hacerme pedazos; pero, hasta entonces, nada podrán contra mí todas las fuerzas humanas"*  
— Bonaparte.

El regimiento Maipú, después de elevada su dotación a mil quinientas plazas en el campo de instrucción de Las Tablas, se acantonó en Quillota en abril de 1837. Había llegado, poco antes, al mismo lugar un escuadrón de Cazadores a caballo, fuerte de trescientos hombres, al mando del mayor Manuel Jarpa.

Mandaba el cantón de Quillota el coronel José Antonio Vidaurre, recién promovido al alto puesto de jefe del estado mayor del ejército expedicionario. Siendo muy medianas las aptitudes militares del almirante Blanco, designado general en jefe, y habiendo resuelto Portales embarcarse él mismo con la expedición, el verdadero general en jefe iba a ser en realidad Vidaurre. El país entero tenía

puestos en él sus ojos, y la América iba pronto a aquilatar sus dotes, aun no probadas en el comando superior.

Con motivo de esta designación, Vidaurre acababa de entregar el mando accidental del Maipú al segundo jefe, sargento mayor José Antonio Toledo; pero conservaba sobre la oficialidad un ascendiente absoluto, que había cuidado de crearse desde la formación del regimiento. Su posición dentro del ejército era la de un condottiero. Los capitanes Raimundo y Narciso Carvallo, eran casados con las dos hijastras de Vidaurre, y el capitán Santiago Florín, era su hijastro. Narciso Carvallo, freirista exaltado, había peleado contra Prieto en Lircay, pero Vidaurre obtuvo su reincorporación al ejército. Enalteciendo su civismo y su gran valer, cuenta Vicuña Mackenna una anécdota que calza con la psicología militar primitiva de la época. Divisó al ministro Portales que se paseaba por el muelle de Valparaíso, y extrañado de su falta de uniforme y de su figura fina y pálida, exclamó: "¿Y este es el hombre que tiene al país en este estado, cuando yo solo soy capaz de echarlo al mar y ahogarlo como un gato?" Separado en 1836 por Bulnes, que sospechaba de él, se reincorporó al Maipú en el campamento de Las Tablas.

El capitán Santiago Florín, mozo (le veintitrés años, tenía en su hoja de servicios dos asesinatos, aparte de su disipación. Jugando chayas en Concepción, en un día de Carnaval, había asesinado a puñaladas a un clérigo de apellido Villagrán, y, en la isla de la Quiriquina, había muerto a un hermano de los Carvallo llamado Fernando.



Los capitanes Ramos, Arrisaga, Drago, Uriondo y López, que, con los anteriores, fueron los cabecillas del motín, eran meros instrumentos del coronel, a quien estaban ligados por la afección o por el ascendiente que ejercía sobre ellos.

El sargento mayor José Antonio Toledo, jefe accidental del regimiento, había sido ayudante de Prieto en Lircay y partidario decidido del gobierno. Estaba recién incorporado al cuerpo, y sólo se le inició en el motín dos o tres días antes de estallar. En la baja moral de las declaraciones del proceso, la suya y la de Forelius constituyen verdaderos oasis. Se embarcó por solidaridad, pero con entera resolución, en el motín, y supo morir sin emporcar sus últimos momentos con excusas y mentiras, "dejando una esposa joven y unos hijos tiernos".

\* \* \* \*

José Antonio Vidaurre nació en Concepción en 1802, donde sus padres, aunque de escasa fortuna, ocuparon buena posición social. A los quince años, sentó plaza de soldado en uno de los cuerpos de milicia cívica de la provincia. Pasó al ejército de línea, peleó en Talcahuano y en Maipú e hizo la campaña de Chiloé. Recibió el grado de capitán a los dieciocho años de edad.

Su medianía intelectual se advierte subordinada, desde el principio de su actuación, a los rasgos de un carácter tortuoso y profundamente disimulado, que constituye el único relieve de su personalidad. Moldeado en el rudo ambiente del cuartel, en una época que aún no lo ennoblecían los conceptos del deber y del pundonor militar, en los siete años del gobierno pipiolo se

connaturalizó con las revueltas, con la deslealtad, con la traición y con la impunidad.

Sin ideas políticas propias, se pronunció con Urriola contra el gobierno liberal de Pinto, se sublevó de nuevo con Prieto contra el último gobierno pipiolo, se batió contra Freire en Lircay en las filas del ejército pelucón, adhirió a Portales contra Bulnes, y por último, se sublevó en Quillota en nombre de la libertad y el propósito de impedir la expedición contra Santa Cruz. Pero, como todos los medianos de amor propio exaltado, se hacía la ilusión de pensar 'siempre por sí mismo. "No sé —dice en una carta a Pradel— quién fuese capaz de proponerme un destino para convertirme en un ciego instrumento; no he llegado todavía a recibir tal ultraje; tengo opinión propia, puedo dirigirme solo, y en la carrera que abrazo marchar siempre en el sentido del honor y del deber".

Había en él una extraña timidez moral ante las responsabilidades, que contrasta con la conciencia que parece tener de su valía. En 1828, siendo comandante accidental del Maipú, de guarnición en San Fernando, se concertó con Urriola para una sublevación preparada por Rodríguez Aldea. El día del pronunciamiento, con un pretexto cualquiera, estuvo lejos de su cuerpo; y sólo se juntó a él cuando Urriola, burlando a la división de Borgoño que venía a batirlo, marchó sobre Santiago desguarnecido, y la caída del presidente parecía ineludible. Al frente de él, derrotó en los suburbios de Santiago a Pinto y le exigió su dimisión. Mas, habiéndose pronunciado en contra la opinión de las provincias y acobardándose Rodríguez Aldea, hizo un cambio hacia los federalistas, y mediante

una gestión astuta, logró el perdón. Sindicado injustamente de venalidad, publicó un folleto en que dice: "Es bien sabido que no tuve parte alguna en el movimiento acaecido en San Fernando el 29 de junio del año pasado, y que, creyéndome capaz de evitar mayores males, me reuní a mi batallón cerca del río Maipo, el día antes de esa desgraciada jornada, que algunos llaman victoria, y que yo con gusto le cedo tan funesta gloria; y aun desearía que mis enemigos adornasen sus sienes con esa corona de cipreses. ¿Victoria? ¿Sobre qué enemigo? Sobre nuestra misma patria. Muera yo antes que verla. Siempre lamentaré una desgracia que no estuvo a mi alcance evitar, y que provocó una falta de previsión o una importuna arrogancia".

Lo que era bien sabido en el país y el ejército era todo lo contrario, o sea que él y Urriola habían sido los cabecillas del motín y que, más diestro que su compañero, supo ende rezar el fracaso de la mejor manera posible. Lo que el ejército ignoraba y se negó a creerle, es que hubiera entrado al motín de mala fe, con el propósito de traicionar y de perder a Urriola. Para rehuir una responsabilidad que en esos tiempos era casi un galardón, no vaciló en presentarse como traidor. Odia a Bulnes, envidia la situación que le han creado su valer y el favor de Prieto, y el odio lo mueve a conspirar contra el gobierno. Los trabajos de los agentes de Santa Cruz le entregan, poco más tarde, la casi totalidad del ejército del sur. Tiene la fuerza. Sin embargo, vacila, rehúye la responsabilidad, y acaba por comprometer a sus cómplice' y perderse él mismo. En Quillota, empujado por su hermano y por la imposibilidad de evitar el

descubrimiento del complot, se subleva, al fin, fingiéndose presionado por su oficialidad, que él mismo ha sugestionado contra el gobierno y contra la expedición. Ya jugada la carta, vacila de nuevo, se desmoraliza él, desmoraliza a los demás; y perdido, en lugar de salvar su memoria en el campo de batalla, siendo fisiológicamente valiente, huye del combate a los primeros síntomas de derrota.

Su carácter desconfiado y puntilloso le mueve a dudar de los demás y a acoger sin discernimiento las insidias del chisme y de la maledicencia. En sus querellas con Bulnes y con Alemparte, hay envidia; pero hay, también, mucho de irritación y de desconfianza, provocadas por la acogida fácil que presta su quisquillosidad a los enredos menudos de cuartel. En el motín de Quillota, al advertir que el Valdivia, en vez de unirse, le hace frente, se cree traicionado por Boza; y entrega al capitán Pina una carta para este coronel, con orden de arrojarla a la calle, para perderlo, si aquél se excusa de apoyarlo o se esconde.

Su pequeñez de alma parece congénita. Ha tenido una rápida carrera; el favor de Portales lo ha llevado al primer puesto; y se le brinda la ocasión de sobrepasar a Bulnes y de ser, a los treinta y cinco años, el primer general de América. Pero la gloria le deja frío, no tiene fe en su espada ni en la voluntad guerrera de su pueblo. Permanece atado a lo pequeño y casero. Al renombre y a la celebridad, prefiere un motín que le permita entronizar un gobierno de su amaño, que ahorre los sacrificios de la expedición al Perú.

\* \* \* \*

La privanza de Vidaurre con el ministro había comenzado con motivo de un incidente. Después de Lircay, el coronel había sido enviado a Valdivia. Su inclinación a acoger todo lo que podía 'herir su susceptibilidad, lo movió a suponer vejaciones de parte de Portales que no habían existido. Con fecha 15 de agosto, Antonio Garfias había escrito a Portales desde Santiago: "Sabrá Ud., mi don Diego, que el lunes, después que nos retiramos de la cámara, se me acercó don Joaquín Gutiérrez para hablarme en privado lo siguiente: que José Domingo Barros le había dicho que el coronel Vidaurre traía el objeto de publicar unas cartas de Ud. escritas a Riveros, en las que le encarga que arruine a Vidaurre por convenir así, cuyas cartas dice haberlas tomado del equipaje de Riveros. Que le había dicho que él no había visto dichas cartas de Ud., pero que sí había visto una de Vidaurre escrita a su hermano Agustín, en la que se queja por no haber puesto en su noticia las malas intenciones de Ud. para con él. La misma noche se me abocó Bustillos con el objeto de darme esta misma noticia, que la recibí también de Barros. Gutiérrez y Bustillos me expresaron que creían esto como de importancia y urgente de que llegase a noticia de Ud." Para darse cuenta de esta carta, es menester recordar que Vidaurre había sido enviado a Valdivia para juzgar al mayor Riveros, que, tomando el nombre de Portales, había cometido todo género de violencias y tropelías en las elecciones de 1831.

Con fecha 17 de agosto de 1832, Portales contestó a Garfias: "Diga Ud. a los señores Bustillos y Gutiérrez que agradezco sus avisos; pero que siento que aún no me conozcan. No hay un paso de mi

vida que no pueda publicarse, a excepción de las miserias de la privada, en que tampoco haré el peor papel, porque mis debilidades van acompañadas de honradez. Tales cartas son falsas, y puedo asegurar a los que crean en ellas, que estoy pronto a costear su impresión, Riveros no tiene más que una carta mía, escrita, si no me engaño, antes de que Vidaurre saliese de Concepción para Valdivia. No me acuerdo exactamente de su contenido, pero desearía que se publicase, porque sé que ninguna carta, ni ningún paso mío, como hombre público, puede mancharme, Es cierto que cuando vi a Vidaurre unirse a los más encarnizados enemigos del gobierno, para proteger las más des caradas infracciones de la ley electoral, infracciones que Garrido declaró tales en virtud de pruebas irresistibles, yo he dado mi opinión, entre mis amigos, contra la conducta de Vidaurre, concluyendo siempre con que debíamos suspender el juicio hasta que el consejo que debía seguirse resolviese la criminalidad o inocencia de éste o de Riveros. ¿Y quién me ha oído abogar por Riveros? Este, creyendo que yo me manejaba a la usanza de otros, esperaba, sin duda, que yo le recibiese con cara muy risueña, y dándole gracias por haberse decidido por mí en la supuesta desavenencia con el general Prieto, que los bribones hicieron correr hasta Valdivia; pero lo recibí con aspereza y jamás salió de mi boca otra cosa, sino que debía pedir consejo de guerra; lo he tratado como criminal hasta que no se vindique, y lo tiene Ud. muy sentido conmigo, según se ha expresado muchas veces. Esta es mi conducta, y ojalá tuviera muchos imitadores y, entre ellos, el mentecato del coronel Vidaurre.

Su hermano Agustín será un torpe o un malo, cuando ha escrito que yo tenía malas intenciones contra el señor coronel, a menos que llame mis intenciones y deseos de no dejar impunes los excesos, y de cumplir con la -obligación, que como ministro tenía, de hacer respetar las leyes y de conservar la disciplina militar. Me he ocupado demasiado de un asunto que no merecía de emplearse en él dos líneas. Yo desearía que José Domingo Barros dijese a Vidaurre que era un sucio embustero, si él ha dicho de tales cartas". Con motivo de este incidente, José Antonio Alemparte, reunió a Portales y a Vidaurre en casa de José Manuel Ortúzar, durante el viaje que aquél hizo a Santiago en septiembre de 1832. "Allí se hizo entre los agraviados tan cordial reconciliación —dice Vicuña Mackenna— que habiéndose dirigido al paseo después de la comida, Vidaurre acompañó a Portales a su alojamiento en la Moneda y no se separó de él hasta las dos o tres de la mañana... y como el alma de Portales fuera mucho más apasionada, guardó aquel afecto con una constancia a toda prueba, hasta la hora en que vio el puñal de Bruto alzarse sobre su cabeza. Tan íntima era, en verdad, la confianza que de una manera repentina se estableció entre Vidaurre y Portales, que habiendo el último caído gravemente enfermo por aquella época, aquél no pasaba un solo día sin visitarle y hacerle compañía cerca de su lecho".

En 1832 lo llevó a Valparaíso para tenerlo más cerca; en 1833 lo recomendó para la comandancia general de armas de Santiago, cuando la separación de Zenteno a raíz del conato revolucionario de Arteaga"; y el mismo año se empeñó porque lo nombraran

gobernador militar de Valparaíso en lugar de Cavareda, llamado al ministerio de guerra. Pero en 1834, a solicitud del propio Vidaurre, se le envió al sur con su regimiento a la campaña de Arauco.

\* \* \* \*

La gestación del motín de Quillota era antigua. Se había iniciado en el sur, y tuvo dos fases sucesivas. La primera se desarrolló en torno a la emulación entre Vidaurre y Bulnes. El primero había combatido a favor de Prieto contra los pipiolos y contra Freire no por afinidad de ideas, que nunca tuvo estables, sino por simpatías de pencón y arrastrado por su turbulencia. Coronel a los 28 años y favorito de Portales, llevaba una rápida carrera militar. Pero su carácter lo inclinaba a la emulación, y se desarrolló entre él y Bulnes una rivalidad que Portales no logró dominar. Le irritaba el lugar que habían conquistado a aquel general sus propios merecimientos y el favor de Prieto, de quien era sobrino. Bulnes, a su vez, tuvo siempre profunda desconfianza de Vidaurre.

Esta emulación y la índole naturalmente inclinada al descontento y a la insubordinación, empujaron a Vidaurre, poco a poco, a una campaña contra los Bulnes (el genera] Manuel y el coronel Francisco) y contra el gobierno que le había dado en feudo el mando de la frontera. Empezó a sembrar entre los jefes, que eran sus compañeros de armas, y entre sus subalternos, con su cautela característica, el descontento y el espíritu de revuelta. El hecho de haber remitido Bulnes al gobierno una carta que Freire escribió a Vidaurre, con motivo de su proyectada expedición, conjuntamente con las dirigidas a otros comandantes, agravó el distanciamiento, Ya



en 1836, los capitanes Arrisaga y Ramos, sugestionados por el ambiente, propusieron a Vidaurre el motín. Contra la afirmación del comandante Márquez, que confunde las fechas, el móvil de la conspiración era, todavía, el odio a los Bulnes; pero, dadas las vinculaciones entre éstos y Prieto, en definitiva, tenía que dirigirse contra el gobierno central, A pesar de lo que se ha afirmado, antes de la conspiración de enero de 1837 ha habido propaganda, cambio de ideas y aun proyectos de planes de insubordinación; pero no se llegó a concertar un pronunciamiento. La opinión del teniente coronel Romero, que en la instrucción del sumario de Chillan tuvo oportunidad de formarse conciencia cabal de la marcha de estas conspiraciones, concuerda con el desarrollo de los acontecimientos. La segunda fase se inició, a mediados de 1836, con la intervención del ministro de Santa Cruz, Manuel de la Cruz Méndez, encaminada a allegar elementos a la expedición de Freire. Desde esa fecha la odiosidad a los Bulnes va quedando arrumbada. Si, en enero de 1837, se habla aún de asesinarlos, ya el propósito es eco suelto de un sentimiento que va desapareciendo, aplastado por otro más fuerte. En este momento está colocada la declaración del comandante Márquez, "cuya sincera opinión es que los planes de la frontera no eran dirigidos contra el general en jefe Bulnes ni el presidente Prieto (ambos pencones), sino contra el potentado santiaguino, don Diego Portales". Bajo la dirección de Méndez, una red de agentes trabajan en despertar el odio del pericón contra el santiaguino, y el amor propio del militar contra el mandón civil, que quiere someterlo a la disciplina y a la obediencia. Los agentes de la

propaganda son los pipiolos, los o'higginistas, los philopolitas, los federalistas, y, en general, los descontentos o los simples aventureros. A cada uno se le habla su lenguaje y se le alienta su esperanza. Los resultados excedieron a las expectativas. La propaganda se deslizó, esta vez, con gran intuición psicológica por vías ya abiertas. Vidaurre, muy sugestionable, la absorbió a plenos pulmones; y la comunicó a sus camaradas de comando y a los oficiales, que, a su turno, la reflejaron sobre el jefe. Es una propaganda insidiosa, flexible, que penetra por todos los poros, y contra la cual poco pueden las medidas de represión. Es exactamente la misma propaganda que se advierte entre los desterrados argentinos de Montevideo y aun dentro del mismo Buenos Aires, contra Rosas<sup>86</sup>.

Sobre el terreno ya muy preparado se realizó la última fase. El conflicto se ve venir; y Méndez, al partir, alcanzó a dejar esbozada la nueva consigna. Santa Cruz no quiere la guerra: es Portales quien la provoca con el fin de libertarse del ejército, enviándolo a morir en los desiertos del Perú. Santa Cruz es invencible; está en su casa y dispone de veinte mil hombres, contra tres mil chilenos no fogueados que, a lo sumo, formarán la expedición. Vidaurre lo cree así, y con él, lo creen casi todos los jefes y oficiales. En sus apuntes, redactados en la noche que precedió a su fusilamiento, escribe: "La expedición al Perú es una intriga no menos ridícula que criminal y que el chileno menos advertido puede conocer, pues en ella no se han propuesto otro objeto que destruir los últimos restos de los

---

<sup>86</sup> Apuntes ya citados de Pacífico Encinas

oficiales que han peleado por la independencia y que llaman elementos de discordia, porque se han de oponer a las miras siniestras de los ambiciosos, y por esto se quiere, pues, hacer una regeneración, crear todo nuevo en el orden militar para afianzar la tiranía y dejar para siempre encadenada la libertad en Chile". Sotomayor Valdés se pregunta espantado: "¿Cree esto de buena fe Vidaurre? Pues entonces, carecía de sentido común. No lo creía? En tal caso, ¿qué pensar de un hombre que dice de mala fe tales inepticias al borde mismo de su fosa?" Y continúa razonando: "¿Qué desatino más crudo, en efecto, que el suponer que Portales enviaba la expedición al Perú para hacer perecer un ejército que le era incómodo? Es decir que, por deshacerse de ciertos militares, entre los cuales iban los más queridos del mismo Portales, había este ministro promovido aquel conflicto e iba a dar al extranjera una fácil victoria, a las armas de su patria una vergüenza, al orgullo nacional, una humillación, y a su reputación de hombre de estado, a su porvenir, a su gloria personal, un golpe que lo habría hundido tal vez para siempre"

Vidaurre creía todo eso de buena fe, y tenía sentido común. Sólo se equivocaba al decir que la idea era suya. Le había sido sugerida por afirmación y por repetición disimuladamente, por medio de su hermano y de los adversarios del gobierno, que lo rodearon, algunos espontáneamente, y la generalidad dirigidos desde Lima. Los móviles del motín de Quillota están sinceramente expuestos en el acta revolucionaria y en los apuntes testamentarios de Vidaurre. Quitándole a esos documentos las frases de lugar común sobre la

libertad y la tiranía, que no reflejan sentimiento alguno, son un espejo fiel del pensamiento y del propósito de sus autores. Es la única vez que Vidaurre, en todo el curso de su vida, fue sincero en sus declaraciones, y lo fue porque obró sugestionado. Su actitud durante el desarrollo del motín es la de un sonámbulo.

Pero, ¿cómo pudo generalizarse con tanta rapidez semejante sugestión, y ganar cerebros fuertes, como el del senador Benavente? La respuesta ya se ha anticipado. El patriotismo en el sentido moderno de este sentimiento, en esa fecha, estaba aún en embrión. Ser patriota, como se recordará, era, en 1837, haber peleado contra los españoles. El acta de Quillota registra el hecho de que el país era juguete de la audacia e intriga de unos pocos, "que no habían prestado ningún servicio en la guerra de la independencia". A los ojos de Vidaurre, de sus oficiales y de los adversarios del gobierno, la Confederación no representaba al enemigo. Los odios y las ambiciones políticas son en ellos sentimientos más poderosos que el del patriotismo, salvo frente al español, Santa Cruz es un simple caudillo, como O'Higgins y como Freire, un aliado político; la guerra entre Chile y la Confederación, una simple contienda civil. Salvo Portales, Lavalle, Alemparte, Bulnes, Romero y otros pocos que lo conocían íntimamente, nadie leía en su pensamiento oculto ni vislumbraba sus ensueños de expansión continental. El chileno ha sido siempre miope en política por pobreza de imaginación. Benavente en 1837 y Vicuña Mackenna en 1863, aún creían en el desinterés de la intervención de Santa Cruz en los asuntos de Chile. El nuevo concepto del patriotismo surgió del asesinato del Barón, de

la vergüenza de Paucarpata y del triunfo de Yungay. Vidaurre sólo es reo de traición a Portales, al ministro y al amigo que depositó en él su estimación y su confianza<sup>87</sup>.

La revolución estaba latente en el ejército del sur desde fines de 1836; pero, aunque los rumores eran insistentes y la desconfianza de Bulnes grande, la trama sólo se descubrió a principios de 1837.

El 11 de enero de ese año, el capitán José Antonio Zúñiga denunció a Bulnes un movimiento encabezado por el coronel Ramón Boza, comandante del Valdivia, por el coronel José Antonio Vidaurre, comandante del Maipú, por Estanislao Anguita, comandante del Carampangue y por el coronel Letelier, comandante de Granaderos. Después de un viaje a Valparaíso, Boza había regresado con instrucciones de los agentes de Santa Cruz y traído dinero. Al mismo Zúñiga se le habían ofrecido cien onzas<sup>88</sup>. Figura en la conspiración la idea de algunos asesinatos, que más tarde se confirmaron. Los hechos eran tan precisos que no cabía dudar sobre la existencia del complot, aunque los detalles mismos podían no ser exactos. El general Bulnes, junto con tomar las primeras medidas, remitió al gobierno copia del parte que había recibido de su hermano, el coronel Francisco, cuyo tenor es: "Ángeles, 11 de enero de 1837. —En este momento, que son las doce del día, me ha descubierto el capitán don José Antonio Zúñiga un horroroso plan

---

<sup>87</sup> Tan borroso era el sentimiento del patriotismo en 1837, que de 25 hombres que se le desertaron a Blanco en territorio peruano, 11 fueron a engrosar las filas de Santa Cruz, voluntariamente.

<sup>88</sup> Vicuña Mackenna afirma que el obispo Cienfuegos fue el intermediario para el manejo de los fondos y el verdadero director de la conspiración. Ni en el proceso, ni en la imparcial relación del comandante Romero, fiscal de él figura para nada el obispo. No nos ha sido posible encontrar ningún rastro que confirme el aserto que por lo demás, no es inverosímil, dada la vehemencia de la completa falta de juicio de este prelado.

fraguado por los sediciosos, para envolver al país en la más espantosa anarquía. Anoche ha sido este oficial buscado en su casa por don Juan Antonio Bastías (que días ha que se había separado de este pueblo) y le pidió una entrevista en el campo, a lo que accedió Zúñiga. Puestos allí, le principió a recodar su amistad, servicios que le había prestado, concluyendo con ofrecerle cien onzas de oro, con tal que entrara en un movimiento de que se trataba mucho tiempo ha, y que había llegado el momento de estallar; que para esto contaba con la cooperación de todos los pueblos de la república y aun con el ejercito, y era en la forma siguiente: que en Concepción, Chillan y otros puntos de frontera debían moverse las tropas; en Chillan encabezadas por el coronel Letelier, de acuerdo con el comandante Anguita, y proceder al asesinato de US. En Concepción debía encabezarlo el coronel Boza, que era el alma del movimiento y cuyo plan lo había traído de Valparaíso; y que en esta plaza debían hacerlo los oficiales del Carampangue que cubren la línea, y que ya están de acuerdo, haciendo cabeza el teniente Urizar (Pedro José). El capitán Zúñiga debía tomar a su cargo asesinar al que suscribe y sacar las indiadas, dando principio a reunir a los fronterizos y llamar a los pehuenches, para cuyo sostén se le proporcionaba vacas de la hacienda de Bastías, exigiéndole muy particularmente que sedujese a los carabineros, para cuyo objeto le daban cien onzas para pagar al alferez Zapata. El movimiento deberá estallar dentro de ocho días, mientras el comandante Anguita vuelve de Concepción, para donde, dice Bastías, sale mañana a verse con el coronel Boza, que lo llama

para agitar el movimiento, y el que precisamente ha de suceder antes del embarque de las tropas. También ha descubierto Bastías a Zúñiga sus relaciones con los indios del interior; que ya se hallan prevenidos éstos del movimiento, al cual deben asistir con toda su indiada y la compañía de Granaderos que, al mando del capitán Anguita, se halla en Valdivia, el que debe venir a reunirlos tan pronto como se le avise ser tiempo, y que ya lo va a hacer por vía de Arauco. La persona de quien éstos se han valido para entablar sus relaciones es el antiguo soldado Elgueta, a quien yo he mandado como capitán a los indios del Malal, y que no ha vuelto, habiéndolo hecho Luna, su compañero, a quien anteayer he mandado nuevamente al interior. Bastías ha dicho a Zúñiga, que, aunque Elgueta no ha vuelto, mandó sí a su hijo de incógnito por la costa, avisándole que- ya todo quedaba prevenido. En el regimiento de Cazadores no cuentan sino con el capitán Terán y con los ayudantes Martel y Prieto; pero para inhabilitar el regimiento trataban de arrebatarse la caballada del potrero, teniendo ya para ello dispuesta en Quillayes, hacienda de José María Concha, una partida de Quilacoya, provista de palas y aza dones, para en la noche venir a devorar el foso por la parte del Puelche y sacar la caballada. Los oficiales de Granaderos que están en el movimiento, son el coronel, el capitán Aguilera y otros que Zúñiga no recuerda. Del Carampangue los capitanes Lesama, Levansin, y los tenientes don Pedro José Urizar, Arriagada, Martel, Molina y Cuevas. Del Valdivia, su coronel y otros que no recuerdo. Las víctimas debían ser US., el intendente de la provincia, el coronel de Cazadores, el que subscribe

y el capitán don Domingo Salvo. Se asegura que este plan es muy antiguo, en el que también tuvo su parte el coronel Vidaurre; pero que después se dejó, y, ahora el coronel Boza es quien lo agita; Letelier y Anguita, los principales agentes del primero, ya han recibido comunicaciones del general Santa Cruz, que es el que ahora los mueve. Para evitar estos males, cortando sus planes a estos malvados, voy a proceder a la aprehensión de Bastías mañana mismo, por medio de Zúñiga, en una entrevista que deben tener. Al mismo tiempo pienso arrestar al comandante Anguita y a Concha, como asimismo a todos los demás en quienes tengo sospechas de estar en el plan. Los oficiales Urizar, Cuevas y Muñoz, si es necesario, también irán juntos con los demás militares a la disposición de US., y los paisanas se remitirán a Concepción, si US. no previene otra cosa. Al intendente de la provincia le impongo con esta fecha de esta ocurrencia y le manifiesto lo muy increíble que me es la complicidad de los coroneles Boza y Letelier en este atentado. Dios guarda a US. —Francisco Bulnes. —Al señor general en jefe del ejército".

Exceptuada la participación del coronel Letelier, lo delatado era efectivo en líneas generales. Los coroneles Vidaurre y Boza y el teniente coronel Anguita, venían conspirando desde hacía algunos meses con la complicidad de casi todos sus oficiales. En los últimos tiempos, la conspiración había tomado una forma rara. Parece dirigida desde lejos. Vidaurre y Boza vacilan en una forma que hace presumir una excitación externa a la revuelta. La misma finalidad



perseguida es muy extraña dentro de la psicología militar: impedir la guerra con la Confederación.

Según la relación del comandante Romero, fiscal de la causa, la actuación del coronel Boza había sido la denunciada por Zúñiga; pero antes de iniciarse el proceso, Bulnes se entendió directamente con el coronel, el cual se separó de la conspiración. Las declaraciones producidas durante la substanciación de la causa se referirían a su actuación anterior. Un oficio de Bulnes a Portales de 17 de enero confirma esa inteligencia. "A más de su conocida honradez —dice Bulnes al ministro— y demás virtudes que adornan a este jefe, a cada momento recibo datos para persuadirme de su fidelidad y de su inocencia. No obstante, si de las indagaciones que se están haciendo para averiguar este hecho, resultare algo que le hiciese sospechoso, aunque no lo presumo, con la prontitud debida lo pondré en su conocimiento. Bulnes habría dirigido este oficio con conocimiento de la parte que cabía a Boza en la conspiración, pero también con la seguridad de que éste se había arrepentido y de que podía contar en lo sucesivo con su adhesión incondicional<sup>89</sup>.

El general en jefe siguió desconfiando de Vidaurre, y así se lo hizo presente al ministro. No obstante, Portales continuó creyendo que, después del entendimiento entre Bulnes y Boza y de la traslación' de Vidaurre a Las Tablas, bastaba eliminar a algunos jefes y oficiales

---

<sup>89</sup> Ni Vicuña Mackenna ni Sotomayor Valdés conocieron el proceso original y completo de la causa que se siguió contra Anguita y sus cómplices. El último arregló una versión sobre la base de la copia que envió Bulnes al gobierno de las primeras declaraciones y de la sentencia, que pareció en el ministerio de guerra. Por nuestra parte, buscamos este proceso sin resultados en el ministerio de guerra y en Chillan.

Ya en prensa el presente volumen, el señor Gustavo Opazo encontró el proceso original en el ministerio del interior; y ha tenido la gentileza de ponerlo a nuestra disposición

de los más exaltados, para restablecer la disciplina. Continuó viendo en la conducta del coronel sólo una manifestación de su antigua rivalidad con Bulnes. Con fecha 6 de febrero de 1837, escribió al general: "Santiago, febrero 6 de 1837.—Muy señor 'mío y amigo: Ayer a las cinco de [a tarde recibí su estimada carta fecha en Chillan el 1° del corriente y la copia del proceso seguido a los comprendidos en el movimiento que debió es tallar en Los Ángeles.

"Sabemos de qué Santa Cruz ha nombrado varios comisionados para que inciten a la rebelión en Chile a los des contentos con el Gobierno y a los ambiciosos, como el medio más eficaz de mantener su dominación en el Perú; y las tentativas que últimamente se han hecho para trastornar el orden público deben precisamente tener este origen. El gobierno persuadido de esto y de que las promesas de Santa Cruz es lo único que puede alentar a los conspiradores, trata de cortar cuanto antes el mal de raíz y toma todas las medidas necesarias para que la expedición al Perú salga en el menor tiempo posible.

"Las noticias que últimamente hemos recibido de aquel país nos aseguran que tendrá el más feliz resultado: el des contento es muy general y pronunciado: la autoridad del gobierno es despreciada; el pueblo ya está cansado de sufrir: pues habiéndose principiado a ejecutar la orden que se dio para reclutar gente para la milicia tuvo que suspenderse porque en Lima corrieron a pedradas a los partidos. "En el último Araucano verá Ud. que el presidente de la república ha sido investido de facultades amplias para regir el estado y el orden de proceder, que a consecuencia de esta

autorización, se ha decretado para las causas de conspiración. "Yo espero de que a favor de esta sola medida nos dejarán descansar los revoltosos; pero, si continuasen en su temerario empeño, el gobierno está decidido a no dispensar les lo menor, y encargo a Ud. mucho que por su parte observe la misma conducta apretándoles fuertemente la mano.

"En las actuales circunstancias ninguna precaución está de más: Santa Cruz debe haber fijado mucho la atención en el proyecto de sublevar el ejército del sur, y ninguna medida que se tome para escarmentar a los que intenten realizarla, puede calificarse de rigurosa.

"Aseguro a Ud. que me es sumamente duro creer que Vidaurre sea, ni haya sido capaz de un atentado como el que le atribuye Bastías. El único motivo que podría suponersele para ello, sería esa especie de celos y tonterías con Ud. y Alemparte, y que creía que Uds. desconfiaban de él; pero esta no era una causa bastante para tamaño extravío. Por lo demás, Ud. sabe que es hombre de pundonor, que conoce el estado del país y con juicio bastante para no perderse tan tontamente. A mí me parece agraviarlo procediendo contra él, ya que no hay más datos que la declaración de Bastías, y no es posible que, por la palabra de un facineroso, vamos a sonrojar un jefe con un arresto, ni manifestándole desconfianza. Yo he estado pensando escribirle; pero ni aun a esto me resuelvo, porque me parece que yo en su caso, siendo inocente, me caería muerto si se me manifestase desconfianza. No sé qué hacer; pero al fin me

veré obligado a tomar alguna medida que comunicaremos a Ud. el presidente o yo.

"No afloje Ud., amigo. Mientras no concluyamos nuestra disputa con el Perú, es azarosa nuestra situación, y por lo mismo es preciso resolverse a escarmentar a los díscolos,

"Desea a Ud. paciencia, firmeza y felicidad, su Affmo, amigo y S. S—  
Diego Portales".

Este proceso sólo se falló en 1838, condenando a unos pocos reos a destierro y a los restantes a relegación.

Los planes de sublevación concertados entre Vidaurre y sus cómplices, habían continuado modificándose y aplazándose después que el regimiento Maipú salió del sur. Las vacilaciones estaban en el fondo mismo del carácter de Vidaurre. Al paso del regimiento por Santiago se intentó, para el día 1° de noviembre de 1836, sublevarlo sobre la base de los sargentos; pero evidentemente con la complicidad (sólo conocida de la logia directora, a la cual había entrado Campino) de los oficiales. La revuelta debía realizarse de acuerdo con el plan que se descubrió en la conspiración de los cadetes y con el asesinato de Portales, que Romero afirma haber sido sugerido por Méndez a Cuevas.

El aplazamiento parece haber partido una vez más de Vidaurre, el cual no encontró en Santiago el ambiente que le pintaban sus instigadores. El Maipú, fuerte de quinientas plazas y sin municiones, habría sido batido, casi seguramente, por los demás cuerpos y por los cívicos, a menos de haber encontrado la revuelta ambiente popular. Vio lo que Urriola, más atolondrado, no divisó el

20 de abril de 1851. Además, aun triunfando, dada la audacia de Bulnes y su ascendiente, era casi seguro que sorprendería a los cómplices del sur, les quitaría los regimientos y los batiría.

Ya en Valparaíso se planearon dos nuevos proyectos. El primer plan que concibió Vidaurre fue apoderarse de la escuadra surta en la bahía, formada por el "Aguiles", la "Valparaíso", el "Arequipeño", el "Orbegoso" y la "Libertad", todos guarnecidos por soldados del Maipú, a cargo de los capitanes Ramos y Florín, del ayudante Pérez, de un sargento y de un cabo. Se encargó la ejecución del plan a Agustín Vidaurre, hermano mayor del coronel, antiguo oficial en retiro y comandante del resguardo, que hacía de órgano de comunicación con Lima. A fines de abril, despachó el coronel a los capitanes Carvallo y Arrisaga para que fuesen a ponerse a las órdenes de su hermano en Valparaíso. En la noche de su llegada, se reunieron secretamente con Ramos, Pérez y Florín, en la propia casa de Agustín Vidaurre y se acordó dar el golpe a las diez y media de la noche siguiente. Los oficiales que estaban a bordo deberían poner centinelas de vista a los capitanes y oficiales de los buques, cortar las amarras, maniobrarlos y situarlos en la bahía fuera del alcance de los cañones. Un propio esperaba listo los resultados del golpe, y en caso de éxito, partiría matando caballos con la noticia a Quillota. La división se pondría en marcha y caería en la mañana sobre Valparaíso.

Este plan, de éxito casi seguro en cuanto a la ocupación de los buques y muy probable respecto a la captura de Valparaíso, fue el único que el coronel Vidaurre aceptó con toda su alma. La

ocupación de Valparaíso no era en manera alguna prenda de éxito, sin un pronunciamiento general y espontáneo del país, que Vidaurre nunca vio claro. Las fuerzas de Santiago adictas a Prieto y las fuerzas del sur, que Bulnes ahora dominaba, reuniéndose, tenían fatalmente que aplastarlo. Pero, realizado el movimiento en esta forma, nada se arriesgaba. En caso de pronunciarse por contagio el resto del ejército, la caída del gobierno se produciría sin necesidad de combatir; y si ese pronunciamiento no se realizaba, con embarcarse Vidaurre y los oficiales más comprometidos, se salía del lance sin mayores consecuencias. Los que habían ido en la expedición libertadora, tenían ya la ciudadanía peruana; y a todos los aguardaba Santa Cruz con los brazos abiertos. Tendrían, como O'Higgins, dos patrias, la de su nacimiento y la de su gratitud.

El mismo día de la ejecución del golpe, Agustín Vidaurre dio contraorden a sus subordinados. El coronel Boza, comandante del Valdivia, había mandado decir al coronel Vidaurre, con el capitán de la goleta "Yanqui", Guillermo Thayer, arribado en la mañana de Talcahuano, que nada hiciera hasta que llegara él con su batallón. Este último, extrañado de la tardanza, valiéndose de un código muy parecido al que después veremos emplear en el Barón, escribió a su hermano: "¿Por qué no has girado la libranza a Concepción?", que dentro de lo convenido quería decir: "¿Por qué no has hecho el movimiento en Valparaíso?" El comandante del resguardo se trasladó a Quillota a comunicar lo ocurrido a su hermano; y según su propio relato, de acuerdo hasta aquí con la psicología de ambos, este último le increpó dura mente el aplazamiento.

Desde la llegada de Boza a Valparaíso, inició Agustín Vidaurre activas gestiones para obtener su cooperación. Este jefe, que ya venía del sur en otra disposición de ánimo, eludió el antiguo compromiso con diversos subterfugios, hasta que, colocado en una situación imposible, se entendió con Portales personalmente y dejó el mando del Valdivia.

El 23 de mayo de 1837, estando el ministro en Valparaíso, escribe a Tocornal: "La salud del coronel Boza está en muy mal estado y no le permite hacer la campaña del Perú. Estamos convenidos, y se queda con gusto de comandante general de milicias de este puerto". Y más adelante: "Al coronel Boza debe nombrársele comandante general de guardias cívicas de Valparaíso; y si al intendente le parece bien, también puede nombrársele gobernador local".

Agustín Vidaurre no comunicó a su hermano la disposición de ánimo de Boza. Iluso y de muy escaso juicio, probablemente no se dio cuenta del cambio de determinación de este jefe, o contó con plegarlo de nuevo a la revuelta<sup>90</sup>.

---

<sup>90</sup> En la relación del motín de Quillota que Agustín Vidaurre escribió para Vicuña Mackenna y que es la base de su narración de este suceso, cuenta aquél que, al día siguiente de la llegada de Boza a Valparaíso, fue con él a ver a Portales, que estaba aún en cama. Instruido Boza de lo que pasaba, le habría prometido sublevar el Valdivia conjuntamente con el Maipú, y sólo pidió un breve plazo "para procurarse recursos que al efecto necesitaba". Más tarde, habría cambiado de resolución y propuesto que se sublevara Vidaurre primero. Cuando la separación de Boza del mando del cuerpo, que, según Vidaurre, habría sido contra la voluntad del coronel, estaba él en Quillota; y a su regreso, Boza le habría dicho: "Ayer he sido separado de mi batallón, y antes de hacer entrega de él, lo fui a buscar a Ud. a su casa para que me hubiera acompañado a mi cuartel para haber hecho el movimiento, y me dijeron que Ud. estaba en Quillota". Esta relación, acogida por Sotomayor Valdés, está contradicha por todos los documentos que se conocen, por las afirmaciones de Bulnes, de Romero y de Portales, por la conducta posterior de Boza y por la actitud del Valdivia, de cuya oficialidad, la activa propaganda de los oficiales del Maipú, sólo logró arrastrar a los capitanes Gómez y Carrillo. El mayor Rojas mandó el cuerpo en el Barón y el capitán Barrera y el teniente Márquez pelearon bien. Todo induce a creer que Boza llegó a Valparaíso con el propósito de disuadir a Vidaurre de la revuelta, y que, al convencerse de la imposibilidad en que ya estaba de desistir, se hizo a un lado, sin tener la entereza moral de decírselo abiertamente, por temor de que aquel, en su despecho, lo

Una última variante en las tentativas que precedieron al motín de Quillota, transmitida por la tradición, aparece confirmada por las declaraciones producidas ante el consejo de guerra que juzgó a Vidaurre y a sus cómplices. Consistía el plan en invitar al general Blanco y a las demás autoridades de Valparaíso a un baile en Quillota con el propósito de apresarlos y ocupar la plaza sin resistencia.

\* \* \* \*

En 1822 Portales había estampado en una carta a Cea ya reproducida, estas palabras que reflejan su psicología en el terreno de la amistad: "Nunca dudo de mis amigos, como que estoy seguro no me traicionarán en el futuro..." Era del número de los que no entregan su amistad y su con fianza a medias. Para él sólo había amigos sin reservas, enemigos e indiferentes. Esta estructura moral del ministro permite comprender sus resistencias a creer en la conducta doble de los hermanos Vidaurre.

Los rumores y denuncias habían sido numerosos. No podía ocurrir de otra manera, dada la extensión del complot y sus aplazamientos, que duraron casi un año. Se recordará que, con motivo de las cartas que Freire escribió a Bulnes, a Letelier, a Boza y a Vidaurre, el general había entrado en sospechas respecto de este último. La denuncia de Zúñiga no dejó a su juicio, duda alguna sobre la complicidad del coronel, y se apresuró a mandar en copia al

---

arrastrara al deshonor, descubriendo sus antiguos tratos con Méndez, que se habían realizado precisamente por su intermedio. En cuanto a la promesa de sublevar el Valdivia y al subterfugio final, nos parecen muy dudosos. La narración de Agustín Vidaurre como el manifiesto de Santa Cruz, son piezas re- Saetadas para ocultar algunos hechos y excusar responsabilidades y no para decir la verdad.



gobierno las primeras actuaciones del proceso, para que tomara las medidas correspondientes respecto del Maipú y de su jefe. Un poco más tarde, uno de los reos del complot de Colchagua, José Domingo Baeza Toledo, declaró el 7 de abril de 1837: "que hablando con don Joaquín Riquelme sobre qué haría para escapar de los compromisos o más bien de la parte que tenía en la conspiración intentada con Arriagada, le dijo Riquelme al contestante: "No se le dé nada, que dentro de muy poco debe haber una revolución en Las Tablas, en la que hará cabeza el coronel don José Antonio Vidaurre, sublevando la recluta que está a su cargo". Añadió que Francisco Grez Baeza le había confirmado lo mismo.

Las denuncias continuaron. Las cartas de Alemparte, antiguo amigo del coronel, abundaban en la misma desconfianza de Bulnes. Tanto se repitieron, que el ministro decidió llamar a Vidaurre desde Las Tablas; y poniendo ante su vista una carta, a la cual ocultó la firma, le dijo: "Se me asegura que Ud. quiere hacerme una revolución". Vidaurre, sin inmutarse lo menor y con el aire del que desdeña vindicarse de ruines y absurdas acusaciones, se limitó a responder: "Señor ministro, cuando yo le haga revolución, será Ud. el primero en saberlo".

Antes de partir Portales de Santiago a Valparaíso, un individuo arrebuñado hasta los ojos se acercó, en la posada de Curacaví, a Miguel Portales, hermano del ministro, en el momento que, al amanecer, tomaba el carruaje, y le dijo: "Dispéñseme Ud. que no me dé a conocer, pero sírvase imponerse de lo que va escrito en este papel, y comunicarlo a su hermano don Diego". Era un aviso de que

Vidaurre estaba resuelto a hacer una revolución militar: "¡Siempre la sonsera de que Vidaurre quiere hacer una revolución!", se limitó el ministro a contestar a su hermano. Al regreso de Miguel a Valparaíso, Vidaurre hizo detener el carruaje, y mostrándole el papel que Portales le había remitido, le preguntó: "¿Conoce Ud. esto?".

A pesar de la respuesta a su hermano, Portales privó a Vidaurre de municiones y dispuso la partida del Maipú a Valparaíso por destacamentos separados <sup>91</sup>.

El día 27 de mayo, Portales escribió a Tocornal esbozándole el plan de ataque a la Confederación. "Las noticias que ha traído la Blonda —le dice— dan a conocer a mi juicio, el plan de defensa que se propone Santa Cruz. Ha formado tres ejércitos, el del norte ocupa los departamentos de Libertad y Lima, y sin duda piensa atender con él a los departamentos de Huaylas, Jauja y Ayacucho, que ha dejado sin guarnición; pero se equivoca, porque las distancias son muy considerables: el del centro, al mando de Cerdeña, lo ha situado en los departamentos de Arequipa y Puno, y con él intentará sin duda tener sujeto al Cuzco: finalmente el del sur está en Bolivia al mando de Braun. Según mi modo de ver, esto es lo mejor que ha podido hacer en su situación crítica, si ha dejado órdenes al ejército del centro para que, en caso de ser amenazado por fuerzas superiores, se retire a unirse con el de Bolivia o parte de su fuerza en La Paz. Tendremos, pues, que variar nuestro plan de campaña, y de entre muchos ventajosos que pueden adoptarse, elegiremos el

---

<sup>91</sup> Los 15.000 tiros que reunió, se los remitió su hermano Agustín, substrayéndolos del resguardo clandestinamente, en carretas.

más conveniente, esperando siempre las últimas noticias del Perú, por si acaso el cholo varía de línea. Si contamos con la opinión de los pueblos, nos será fácil poner al ejército de Lima poco menos que sitio, cortándole por medio de montoneras la comunicación con la Libertad, y con los departamentos de la sierra, mientras nosotros obremos formalmente por un punto".

Santa Cruz, por su parte, había recibido informes de sus partidarios en Chile de que se haría una falsa demostración sobre Islay y Arica, pero que el desembarco se realizaría más al norte<sup>92</sup>.

En la noche que precedió a su partida de Valparaíso, Portales escribió dos cartas, una a Bulnes y otra a Tocornal.

En la primera, dice al general que va a Quillota a cerciorarse de la actitud de Vidaurre y a ver manera de asegurar la partida de la expedición.

A Tocornal le escribe: "Mañana me voy para Quillota de donde volveré lo más pronto que pueda, dejando aquellas fuerzas en estado de marchar el día once".

El ministro partió a las once de la mañana del 2 de junio en un birlocho de alquiler, acompañado del coronel Eugenio Necochea, nombrado comandante general de la caballería expedicionaria, y de Manuel Cavada, que, en estos viajes, hacía de secretario. Le escoltaban nueve soldados de Húsares al mando del teniente Federico Soto Aguilar.

Hasta el momento de partir, Cavareda y otras personas, que conocían en líneas generales el plan de Vidaurre, procuraron

---

<sup>92</sup> Carta de Santa Cruz a Torrico de 12 de junio de 1837

disuadirlo del viaje, sin lograrlo. El amanuense de Portales en Valparaíso, Manuel Ascencio Manterola, contó que Carlos Barbaastro se acercó al ministro y lo informó de los detalles de la celada que le aguardaba. En el momento mismo de tomar el birlocho, el comendador del convento de mercedarios de Valparaíso, le confirmó la información de Barbaastro y le suplicó que no hiciera el viaje<sup>93</sup>.

Cuando Vicuña Mackenna era niño, oyó contar una leyenda popular que se extendió al país entero y que persistió con tal tenacidad que, allá por los años de 1880-82, siendo también niños, la oímos relatar, con cortas variantes, en Talca y en Concepción. "Cuando el ministro Portales viajaba de Valparaíso a Quillota, dos ángeles venían sujetando los caballos del birlocho; pero el diablo se había sentado en la culata y lo empujaba...empujaba...empujaba hasta que el carruaje llegó a la plaza donde lo prendieron". El gran intuitivo presintió la hondura del símbolo. Desde la imaginación mítica de los griegos y de los pueblos orientales, hasta la mente histórica y racionalista de occidente, los grandes hombres han sido esclavos del sino.

Fue su sino el que empujó a Portales hacia el calvario del cual debían brotar la religión del gobierno y la tradición que se perpetuó en el corto número de discípulos que fueron sus ministros. La transfiguración de su conciencia cívica en alma nacional, debía realizarse en las alturas del Barón.

La psicología de la conducta de Vidaurre es de una claridad meridiana. Sus sentimientos hacia el ministro, pasado el primer

---

<sup>93</sup> ) Información de Manuel Carmona, cirujano mayor de la expedición, a raíz misma del asesinato y confirmada personalmente años más tarde a Sotomayor Valdés.

entusiasmo, cambiaron. El favor de Portales lo había convertido en blanco de la maledicencia de sus amigos y de sus camaradas. Los pencones toleraban a Prieto porque era suyo, y detestaban a Portales, el mandón santiaguino, con toda su alma. Viendo a Vidaurre, pencón como ellos, en privanza con el ministro, no cesaban de murmurar contra él y de herirlo, cada vez que podían, dejándole entender que se había convertido en instrumento de Portales, halagado por los puestos y por los honores. No perdonaban ocasión de mortificar su amor propio en una forma insidiosa, casi intangible, que trabajaba a todas horas su quisquillosidad.

\* \* \* \*

Dentro del mismo ejército, cuya psicología era más que instintiva, semi primitiva, dominaban sentimientos que concurrían con la irritación de su susceptibilidad a empujarlo hacia el odio. La idea de ser mandado por un civil, parecía un insulto a su fuero, una provocación a su dignidad. Y ese civil, sin halagar sus concupiscencias ni ofrecerle nada accesible a su mentalidad, se permitía imponer secamente la obediencia, la disciplina, la honradez y el honor en un sentido que ellos no concebían. Ya Arteaga había dicho en 1833 a Maturana que era Portales el que hacía la guerra a los militares. Vidaurre era el favorito de ese intruso.

Un hombre superior se habría sobrepuesto a estas mortificaciones. Un orgulloso de sentimientos levantados y de cierta amplitud mental, también lo habría hecho. Sin haber leído a Heródoto, "sabe que la envidia es tan antigua como el mundo". Pero un puntilloso de

inteligencia vulgar como Vidaurre, tenía que revolverse contra el potentado cuya privanza le hacía objeto de las pullas y de la maledicencia de sus camaradas y relaciones. Añádase que, si ninguno de los contemporáneos era capaz de comprender la grandeza de la creación política portaliana, Vidaurre era incapaz de apreciar siquiera la superioridad intelectual y moral que había en el hombre. En la carta a Bernardino Pradel, ya citada, hay alusiones a la maledicencia de que era objeto. "Nunca —le dice— me he creído excepcionado de la mordacidad, de esa plaga de que siempre es perseguido el hombre honrado. No sé en qué consistan las pruebas que te han dado de mi quedada en esta capital de comandante general de armas, y los fines particulares para que me han propuesto; porque el gobierno jamás ha pensado en destinarme a esta colocación, ni yo lo he deseado, porque realmente miro este destino con natural aversión, con odio y no con tal apetencia como críen las personas que te han dado estas noticias. Puedes a ellos decirles que, si no son sacadas de su cabeza, es obra de vanas conjeturas, de falsos principios o de intenciones siniestras que son inseparables del genio del mal...Que hablen, que digan lo que quieran de mí, nada siento, nada me hace impresión, y sólo cuido mucho de que mis procedimientos sean inseparables de su regularidad y sin remordimientos".

Se ha desahogado, denigrando en reserva entre sus camaradas y su oficialidad al gobierno, a Portales, a Bulnes y al régimen.

Los vencidos de Lircay, los philopolitas, los revolucionarios profesionales y todos los contrarios del gobierno, apenas advirtieron

la irritación de Vidaurre, empezaron a cultivarlo y a representarle a Portales como un tirano antipatriota y como un godo, y a Prieto, como un instrumento ciego de aquél. La fraseología del manifiesto de Quillota y de los apuntes para el testamento, es la del revolucionario pipiolo de la época. Un carácter como el suyo, naturalmente inclinado a la revuelta, irritado por las burlas y la maledicencia, y una mentalidad vacía de toda tendencia política, eran campo propicio para sembrar la idea revolucionaria y la fraseología por medio de la cual se expresaba.

Por medio de los mismos pipiolos caídos, más que por comunicaciones directas de Lima, de las cuales no se han encontrado indicios, le fue sugerida la idea de que la expedición del Perú era un expediente ideado por Portales para desembarazarse de los militares de quienes recelaba; y por una vulgar sugestión, acabó por creerse comprendido en el número. Su carácter receloso y suspicaz no le dejó ver la inepticia de esta especie.

Ha conspirado y ha proyectado revoluciones. Pero, más sensato que sus camaradas y que su oficialidad, ha percibido en la atmósfera la conciencia del fracaso; sabe que la revuelta será sofocada. No quiere ir al matadero; y aplaza el pronunciamiento hasta que los acontecimientos le brinden alguna expectativa de éxito. La coyuntura no llega. Por el contrario, parece alejarse cada día. Concibió el plan de adueñarse de la escuadra, que permitía intentar impunemente la aventura. Las consecuencias del fracaso serían, a lo sumo, el cambio de tierra y de escenario. La ligereza con que su

hermano Agustín prestó acogida al recado de Boza, desperdició esta oportunidad, que ya no se repetirá.

Desde este momento, su psicología es la de la fiera acorralada. No puede vencer y tampoco puede huir. La única salida se la cerró con la prédica a los oficiales y con las vacilaciones. "El aliento revolucionario que el mismo coronel había inspirado a aquellos mozos audaces, altivos y turbulentos; las falsas ideas que les había imbuido en cuanto a la política del gobierno y a los motivos y objetos de la campaña contra el poder de Santa Cruz; la maña que había empleada al comentar ciertas medidas y sucesos para hacer odioso el nombre de Portales, habían convertido a esos subalternos en una logia poderosa, temible para su mismo jefe"<sup>94</sup>. A diferencia suya, casi todos sus oficiales son violentos y todos inconscientes. Nada ven y, por consiguiente, nada temen. El más cuerdo es el capitán Narciso Carvallo; y su juicio puede inferirse de las frases ya citadas en que condensó sus ideas sobre el gobierno y sobre el concepto de la autoridad.

Por otro lado, su prudencia ha aburrido a los agentes de Santa Cruz. A ellos no les interesa la suerte de Vidaurre y de sus cómplices; sólo necesitan un motín inmediato que aplace la expedición. Han concluido por entenderse directamente con otros jefes de cuerpos y aun con los propios oficiales del Maipú. El fiscal Romero conoció una carta de José María Novoa, en la cual aparecen concomitancias entre el capitán Ramos del Maipú y esos agentes. En los oficiales, el propósito de no embarcarse es ya irreductible;

---

<sup>94</sup> ) Sotomayor Valdés. Historia de Chile. Tomo II, p. 419



sólo desean evitar la expedición derribando a Portales y al gobierno. "Era ya muy difícil para Vidaurre apagar esta hoguera, sin quemarse las manos". Podía impedir el pronunciamiento; mas nada podía evitar la divulgación del motín. Las borracheras de su oficialidad lo habían esparcido demasiado. La ceguera de Portales no podía durar indefinidamente. La separación de Boza y la orden de embarcarse por destacamentos divididos, eran manifestaciones de desconfianza, de precaución a lo menos. Vidaurre se siente fatalmente perdido; si aún no lo está, lo estará a la vuelta de días. Portales caerá sobre él con el ímpetu que conoce mejor que nadie. Manuel Lira, defensor de los reos del motín, en carta de 2 de agosto de 1837, resumiendo la opinión que se ha formado de los móviles que impulsaron a Vidaurre a pronunciarse, dice: "Los que creen que Vidaurre no ha hecho más que dar el golpe que le estaba destinado por Portales, unos dicen que éste fue uno de los principales objetos de su viaje a Quillota, y otros que lo reservaba para cuando estuviera reunida en Valparaíso la expedición".

Lo fusilará. El no tiene los valimientos sociales que Campino y Freire. Será la víctima propiciatoria para escarmiento de presentes y de futuros' traidores. Tiene a este respecto su conciencia tranquila, y será sincero cuando en sus declaraciones y en sus apuntes lo afirma, porque no concibe el patriotismo en la forma que surgió de su cadalso. Pero es suspicaz y conoce las ideas de Portales, que divisa un traidor en todo el que se opone a la expedición. Sobreviene la agitación febril. No duerme; se amanece de claro en claro paseándose. Si se acuesta, salta durante el sueño y sus tumbos

amenazan desarmar el catre. No le atormenta el torcedor de la conciencia; el proceso que engendró el odio a Portales ha libertado su alma de todo resquemor. Los grillos y las vejaciones inútiles de que hará objeto a la víctima, no dejan dudas al respecto. Lo que no le deja dormir es la situación sin salida: si se pronuncia, va a la derrota cierta y al patíbulo; si aplaza, antes de la semana Portales lo sorprenderá, e irá también al patíbulo.

En este estado de ánimo, arreció la presión de su hermano Agustín y de los oficiales que azuzan él y los demás agentes del gobierno peruano. Santa Cruz cuenta con el pronunciamiento. El 27 de junio, antes de que llegara a Lima la noticia del motín, escribió a Torrico: "El Ecuador sigue bien y nada hay que nos inquiete. Alguna esperancilla de que en Chile suceda una revolución que se nos anunció por varios conductos, me hace todavía esperar que llegaré a Chuquisaca a tiempo de poder reunir las cámaras, cosa que sabrá Ud. muy oportunamente".

El Protector necesitaba a toda costa evitar la expedición, y sus agentes presionaron a los emigrados chilenos. Estos, por su parte, comprendían que, una vez iniciada la guerra, Chile iba a reaccionar militarmente, y que toda idea de derrumbar al gobierno se haría difícil. En este convencimiento, presionaron, a su turno, a todos los corresponsales en Chile. Había que animar al coronel; y con este propósito, Agustín Vidaurre se trasladaba todos los sábados desde Valparaíso a Quillota. El tampoco entendía traicionar; sus ideas sobre las concomitancias con Santa Cruz son las mismas de todos los que intervinieron en el pronunciamiento. Creían sinceramente

evitar a Chile un fracaso, al mismo tiempo que se libraban de un gobierno que odiaban no por ideas, de que son todos incapaces, sino por sentimientos y por natural pre disposición contra la estabilidad gubernativa. "La conducta de don Agustín Vidaurre — dice el gobernador Moran de Quillota— fue venir continuamente a casa de su hermano. Este individuo llegó a este pueblo la misma noche que vino el finado señor ministro, acompañado con don Pedro Ignacio Toro. El primero insto fuertemente a su hermano, a fin de que en la misma noche se verificase el motín. El día 3, fue don Agustín Vidaurre uno de los corifeos más empeñados en la revolución, lo mismo que lo fueron el capitán Arrisaga y el que dio la voz de alarma con el capitán Florín, Uriondo, Ramos, López y los dos capitanes Carvallo".

Al fin, se encontró la fórmula. Vidaurre sería presionado públicamente por sus oficiales. Ellos apresarían al ministro; y en seguida, si Valparaíso no se pronunciara espontánea mente, negociará su rendición en cambio de la persona del ministro. Es posible que la caída de Valparaíso provoque el pronunciamiento general. No es seguro, pero entre perderse sin probar fortuna y perderse después de intentarla, hay poca diferencia. Su hermano y sus oficiales quieren lo último. Si él divisara otra salida, o pudiera contar con su discreción y su cordura, no jugaría la carta. Pero no ve esa salida, ni se siente seguro de la discreción de sus subalternos. Los complacerá dentro de una forma en que no aparezca como promotor.

\* \* \* \*

A las siete de la noche del 2 de junio de 1837 descendía Portales del birlocho en la puerta de la casa del gobernador José Agustín Moran, ubicada en la plaza de Quillota. "Inmediatamente — dice Sotomayor Valdés, extractando las memorias del coronel Necochea— se presentaron a saludar al ministro el coronel Vidaurre, el teniente coronel don Manuel García, el gobernador Moran y don Pedro Mena. El ministro recibió a los visitantes con jovialidad, y trayendo luego la conversación al tema que más lo preocupaba, preguntó a Vidaurre sobre el estado de disciplina e instrucción de la tropa, a lo que el coronel que, desde el principio de esta entrevista había tomado una actitud fría y reservada, contestó con tan poca soltura, que uno de los circunstantes, el coronel Necochea, que no lo había conocido hasta entonces, le tuvo por corto de genio y poco desembarazado".

"Vidaurre se despidió en seguida, pretextando ciertos quehaceres, y al tiempo de despedirlo, le dijo el ministro: "Coronel, le he traído a Ud. una gorra y una espada, aunque no tan buena como yo desearía". Vidaurre le dio las gracias con medias palabras y se retiró. Un momento después se despidieron Moran y Mena, quedando la sociedad reducida a Portales, García y Necochea. El teniente coronel Manuel García tenía amistad personal con Portales, y hacía poco tiempo que había ido a Quillota para tomar a su cargo la comandancia del 2° batallón del regimiento Maipú. Vidaurre le había llevado a su mismo alojamiento, que era una simple choza, que servía a entrambos de dormitorio común. Así que García se vio solo con el ministro y Necochea, dijo, dirigiéndose al primero:

"Señor, yo desconozco enteramente a Vidaurre; vive en una gran agitación; no duerme, se lleva paseando en su cuarto la mayor parte de la noche, y cuando ocupa la cama, son tantos y tan fuertes los vuelcos que da en ella, que a cada momento temo que haga pedazos el catre". El ministro guardó silencio, continúa diciendo Necochea en su memoria sobre el asesinato de Portales, y tomando yo la palabra dije: "Se me ha asegurado que el coronel Vidaurre es un oficial muy delicado y pundonoroso, y siendo así, no es extraño que, habiendo recaído en él el nombramiento de jefe del estado mayor, se encuentre afectado con la responsabilidad de su nuevo cargo, pues no es lo mismo mandar un cuerpo que ser jefe de un estado mayor de un ejército en campaña".

"Se fue García, y en seguida pasamos a recogernos el ministro y yo, y de cama a cama estuvimos tratando sobre la próxima expedición, concluyendo nuestra conversación con estas palabras del ministro: Necochea, le encargo a Ud. que, si con algún oficial de ejército entabla amistad, sea con Vidaurre; tiene las mejores cualidades, y aun cuando parece que disconvienen en carácter, serán buenos amigos".

\* \* \* \*

Amaneció el día 3 de junio limpio y sereno. Hacia mediodía la temperatura se tornó casi tibia, a pesar de la época. El Maipú hizo durante la mañana ejercicios por compañías, que presencié Portales desde la ventana de la casa donde se hospedaba y Necochea desde la plaza misma. La instrucción había sido descuidada por Vidaurre, que pasó las últimas semanas casi siempre encerrado, y por la

oficialidad, cuya decisión de no embarcarse era ya antigua. El ministro y Ne cochea' lo advirtieron sin hacerlo notar.

Siempre acompañado de Necochea, se dirigió después al cuartel de Cazadores, lo revisó prolijamente y dio al comandante Juan Manuel Jarpa órdenes para completar el regimiento y acelerar su instrucción. En la plaza habló de paso con Vidaurre, que disponía una distribución de reclutas, y regresó a su alojamiento donde contestó la correspondencia y recibió la visita de la oficialidad del Maipú y del Cazadores<sup>95</sup>.

Se había dispuesto en la orden del día anterior una revista del Maipú en la plaza de Quillota para después del mediodía. En aquellos años, esta plaza era un cuadrado de más o menos ciento cincuenta varas por lado, sin árboles, ni jardines ni solados. Lo cerraban por el costado oriente dos humildes construcciones, el templo y claustro de la orden de Santo Domingo y la casa de ejercicios espirituales. Por el costado sur, corría un tapial. Al poniente, estaban la iglesia matriz y la casa de la gobernación, donde se hospedaba Portales. Quedaban al norte, la cárcel y algunos edificios demolidos.

De acuerdo con el plan combinado entre Vidaurre y los oficiales, los capitanes Carvallo, Ramos y Arrisaga, habían hecho cargar con cartuchos a balas sus respectivas compañías. Se encontraba ya

---

<sup>95</sup> Con no poco detrimento del interés literario, nos hemos visto forzados a suprimir muchas de las anécdotas que Vicuña Mackenna acogió con excesiva facilidad, y a rectificar, de acuerdo con la verdad, otras que deformó su generosidad y su honda simpatía humana. No pudiendo entrar a cada renglón en disertaciones críticas, el lector debe entender que las anécdotas suprimidas son, a -nuestro juicio, inexactas; y que las variantes corresponden a rectificaciones hechas siempre de acuerdo con documentos que hemos tenido a la vista, aunque no repitamos a cada paso su cita.

formado en la plaza el primer batallón, cuando el ministro, a eso de las dos de la tarde, se en caminó con el coronel Eugenio Necochea, con Manuel Cavada y con el teniente Soto Aguilar, hacia el cuartel del 2° Batallón, situado en la misma plaza. Estaba en él Vidaurre. Concluía el amunicionamiento de la tropa; y los capitanes encargados de dirigir el motín acababan de revelar la forma en que iba a efectuarse a los no iniciados, e impartían las instrucciones para mantener el orden y la disciplina, cuando se anunció la venida del ministro. Vidaurre dio orden de salir en el acto, y desfiló ante él a la cabeza del batallón.

Formó el regimiento con uniforme nuevo de brin y las armas relucientes, en doble fila, en los costados oriente, sur y parte del oeste. Vidaurre, vestido de gran parada y rodeado de sus ayudantes, se situó al centro. Completada la formación, mandó avisar a Portales al cuartel que estaba listo. "El ministro —dice Necochea— pasó entonces a la cabeza del primer batallón y siguió recorriendo todas las compañías, sin hacer ninguna observación, hasta que, habiendo llegado a la de Granaderos del 2°, le dijo a Arrisaga que la mandaba: "Capitán, tiene Ud. una hermosa compañía", y él le contestó: "Esta compañía está a disposición del señor ministro", a lo cual le dio las gracias y continuó hasta llegar al costado izquierdo del batallón donde hicimos alto".

"Vidaurre, que no había acompañado al ministro en el acto de la revista, mandó, entonces, que el regimiento desfilase por el flanco derecho, y dio esta voz, sin prevenir antes que la tropa pusiese armas al hombro, cuando se encontraba descansando, lo que

comprueba la perturbación en que se hallaba. El regimiento comenzó un movimiento circular al rededor de la plaza, y cuando el segundo batallón había enfrentado a la puerta de su cuartel, cambió de dirección para introducirse en él; mas inmediatamente recibió orden de seguir los movimientos del primero, que vino a pasar por la retaguardia de nosotros, que ocupábamos el ángulo sud oeste de la plaza. Habiendo pasado ya el primer batallón y parte del segundo, las compañías tercera y cuarta y Cazadores de éste, formaron simultáneamente un cuadro imperfecto, que nos dejó en medio, y mandando preparar, apuntaron sobre nosotros: en estas circunstancias dije al ministro: "Este, a la verdad, es un ejercicio bien extraño"; y por toda respuesta recibí una mirada de inteligencia y desconsuelo. El capitán Narciso Carvallo tomó entonces la palabra, y con gran arrogancia y desfachatez, dijo: "Dése Ud. preso, señor ministro, pues así conviene a los intereses de la república"; y dirigiéndose a la tropa: "Muchachos, seamos generosos, retiren armas"; y se aproximó a nosotros, que conservábamos aún algunas esperanzas, observando que el capitán Arrisaga se acercaba a toda carrera con toda su compañía y cuya llegada no sirvió sino para confirmarnos en nuestra deplorable situación, pues este miserable, que poco antes había ofrecido sus servicios al ministro, le abocó dos pistolas al pecho, intimándole rendición, al mismo tiempo que Carvallo me pedía la espada en que estaba refundido todo mi orgullo militar, como que jamás había servido de trofeo a ningún enemigo". "En estas circunstancias, el infame y fementido Vidaurre, tratando aún de cohonestar su traición, empezó a gritar; "¿Qué tumulto es



ese?", y Carvallo le contestó: "Señor coronel, si no quiere entrar Ud. con nosotros en el movimiento, se pierde, no se comprometa", a lo que replicó aquel malva do: "Señores, estoy con Uds. ¡Viva la república! ¡No más tiranos!" cuyas voces se hicieron repetir al regimiento, mientras nos conducía por el medio de la plaza una fuerte escolta a bayoneta calada y las armas preparadas, con tal atropellamiento, que me rompieron la casaca en la espalda". El comandante Manuel García, espada en mano, agredió al coronel Vidaurre, y éste se defendió hasta el momento en que el capitán Ramos acudió en su auxilio. García se retiró a un lado y fue tomado preso<sup>96</sup>.

Conjuntamente con Portales, se aprehendió al coronel Necochea, a Cavada y al alférez Soto Aguilar en la plaza; y en sus casas, al gobernador Moran y a Pedro Mena. Portales, Necochea y los dos últimos, fueron colocados en un mismo calabozo en la casa de ejercicios, convertida a la sazón en cuartel. Cavada y Soto Aguilar quedaron en la guardia.

El Maipú formó de nuevo en la plaza en medio de una gritería de vivas a la libertad y de mueras a los tiranos. Agustín Vidaurre, que había permanecido oculto desde su llegada a Quillota, se reunió a los sublevados; y empezó a gritar que los chilenos no podían servir

---

<sup>96</sup> La memoria de Necochea fue denegada a Vicuña Mackenna, produciéndose con este motivo la propagación de errores históricos que hoy cuesta desvanecer. Se imprimió después de los días de aquél en 1874. La hemos confrontado rigurosamente con el resto de la documentación; y es de un gran valor histórico en cuanto a los hechos materiales, pero de mucha fragilidad en la interpretación. Tomamos de Necochea todo lo exacto de la narración, sin solidarizarnos con sus juicios o interpretaciones, intercaladas en el texto, en forma que no es posible eliminarlas en las citas.

cori su sangre a la ambición del asesino de su padre<sup>97</sup>. Según una relación inédita de la época, "no hizo otra cosa que emborracharse saliendo por las calles hablando disparates que le comprometieron, y tan luego como hubo recuperado el juicio, se marchó el domingo temprano con dirección a Melipilla, haciendo por el camino mil demostraciones de sentimientos por la conducta de su hermano"<sup>98</sup>.

Se procedió, en seguida, a arrestar al sargento mayor Manuel Jarpa, comandante accidental de Cazadores a caballo, y a los capitanes agregados del estado mayor, Noguera y Olavarrieta, que se negaron a participar en el motín. Inmediatamente, Vidaurre se dirigió al escuadrón de Cazadores.

tomando antes algunas precauciones para el caso de resistencia; ordenó a los oficiales, que estaban formados con sus compañías de a pie, esperando su turno en la revista, que salieran de las filas, y como todos obedecieran, les notificó el movimiento y procedió a arengar la tropa "haciéndole ver que aquel movimiento era justo; que lo hacía por cambiar la administración actual; que entre cuatro retenían los empleos de la república; y, que estos aventureros para sus fines particulares, querían mandarlos a perecer en el Perú, dejando sus familias abandonadas para favorecer a un hombre sin concepto y sin opinión como lo es el general Lafuente"<sup>99</sup>. Dio a conocer por comandante al capitán Isidro Vergara, y sacó el escuadrón a fraternizar con el Maipú en la plaza.

---

<sup>97</sup> José Manuel Vidaurre, padre de Agustín y de José Antonio, murió durante el asalto que el intendente español, Matías de la Fuente, tío del general peruano Lafuente, dio a la plaza de Concepción en 1814.

<sup>98</sup> De una relación del motín de Quillota redactada sobre la base de las informaciones de los oficiales del Maipú por un adversario del gobierno, que ocultó su nombre.

<sup>99</sup> Declaración del capitán de artillería Beltrán.

Vidaurre comunicó a los sublevados que el movimiento era general en la república; y la noticia causó gran alborozo. Todos creyeron hacer un paseo militar sin vicisitudes ni combates. Escribió, en seguida, dos cartas, una dirigida al senador Diego José Benavente y otra al general Enrique Campino, y las despachó a Santiago con Ascencio Palma, el conductor del birlocho que había traído de Valparaíso a Portales<sup>100</sup>. Al día siguiente, despachó al sargento mayor Victoriano Martínez con una comunicación suya y una carta del oficial sueco Daniel Forelius, para el general Aldunate, gobernador de Coquimbo. En todas estas comunicaciones, lo mismo que en una última carta que dirigió a la señora del general Freire, pedía auxilio para el éxito de la revolución.

Ya solos en el calabozo, Necochea dijo al ministro: "¿Qué tal el amigo que me quería Ud. dar anoche?" "No hablemos del pasado; pensemos en el futuro", le replicó Portales. Después añadió: "¡Desgraciado país! Hoy se ha perdido cuanto se ha trabajado por su mejoramiento. Vidaurre tiene talento y es capaz de llevar a cabo la revolución que ha comenzado". Portales, que cree a Vidaurre sin municiones e impotente contra Valparaíso y contra Santiago, sólo se explicaba el pronunciamiento como parte de una sublevación general. Creía a Vidaurre demasiado cuerdo para hacer un motín aislado y perdido. Por lo demás, las incidencias anteriores

---

<sup>100</sup> La carta a Benavente dice así: "Quillota, 3 'de junio de 1837. Animado de un celo patriótico, me he puesto a la cabeza de un movimiento para salvar nuestra patria de la más horrenda tiranía: mil quinientos hombres tiene mi regimiento. Me acompaña también el regimiento de Cazadores a caballo y toda la oficialidad que estaba en este cantón. Empéñese, amigo, en mover la opinión y que el pueblo se pronuncie y que suceda la libertad a la opresión. Su afectísimo amigo. —J. A. Vidaurre. —Portales queda preso".

No ha sido posible conocer el texto de la carta a Campino.

producidas en el sur, hacían muy verosímil el pronunciamiento general.

Asumió desde el primer momento una actitud de serena dignidad, sin dar la menor prueba de resentimiento. A la hora de la comida, divisó al capitán Narciso Carvallo, lo invitó a la mesa, invitación que el oficial declinó; y le pidió que transmitiera a Vidaurre su deseo de hablar con él; pero el coronel no contestó. Luego que se retiraron los criados —continúa Necochea— se nos encerró nuevamente y no se volvió a abrir la puerta hasta que, después de oraciones, se apareció el teniente Silva, haciendo llevar luz y dos barras de grillos por unos soldados, y dirigiéndose a mí, me intimó la orden que tenía de hacerme poner una de ellas; oído lo cual por el ministro, dijo: "Malo sería que pudiendo tenerme con seguridad sin grillos, me los pusiesen por mortificarme; mas que se los pongan al señor, que no tiene ningún género de compromisos, es una cosa horrible". Silva se disculpó, diciendo que esta era la orden que había recibido; y yo, sin decir palabra, y con la indignación consiguiente a un tratamiento tan inicuo, me senté en la cama para que este delicado oficial llenase cuanto antes la honorífica comisión que se le había confiado. Concluida la operación conmigo, pasaron a ejecutarla con el ministro, y el honrado cabo Uribe, que llevaba los grillos, al presentar aquél las piernas para que se los pusiesen, dijo en palabras bien perceptibles: "Esto no puede ser", dando al mismo

tiempo un fuerte suspiro, por cuya razón lo hizo retirar con enfado Silva, y nombró otro para que lo reemplazase<sup>101</sup>,

Al toque de diana del día siguiente, el teniente Silva Chávez hizo quitar los grillos a los prisioneros, para colocárselos de nuevo algunas horas más tarde. Vidaurre declaró que él había mandado quitárselos en la mañana; pero tuvo que ordenar se los colocaran de nuevo para complacer a la oficialidad. Narciso Carvallo confirma la declaración, y añade que fue el coronel Sánchez (el de la aventura directoral de dos días) quien pidió a Vidaurre el nuevo engrillamiento del ministro.

En la mañana del día 4 firmaron en la mayoría del cuerpo, desde los coroneles Sánchez y Vidaurre hasta el capellán Juan José Uribe, un acta que el día 3 se había encargado redactar al cirujano de la división Manuel A. Carmona<sup>102</sup>.

---

<sup>101</sup> Vicuña Mackenna sigue en esta parte el testimonio del gobernador Moran, que afirma haber sido Narciso Carvallo el oficial que hizo colocar los grillos.

<sup>102</sup> El texto de este documento es el siguiente: "En la ciudad de Quillota, cantón principal del ejército expedicionario sobre el Perú, a 3 de junio de 1837 años, reunidos espontáneamente los jefes y oficiales infrascritos con el objeto de acordar las medidas oportunas para salvar la patria de la ruina y precipicio a que se halla expuesta por el despotismo absoluto de un solo hombre, que ha sacrificado constantemente a su capricho la libertad y la tranquilidad de nuestro amado país, sobreponiéndose a la constitución y a las leyes, despreciando los principios eternos de justicia, que forman la felicidad de las naciones libres, y finalmente, persiguiendo cruelmente a los hombres más beneméritos que se han sacrificado por la independencia política. Considerando, al mismo tiempo, que el proyecto de expedicionar sobre el Perú y, por consiguiente, la guerra abierta contra esta República, es una obra forjada más bien por la intriga y tiranía, que por el noble deseo de reparar agravios a Chile, pues aunque efectiva mente subsisten estos motivos, se debía procurar primeramente vindicarlos por los medios incruentos de transacción y de paz, a que parece dispuesto sinceramente el mandatario del Perú. Considerando, en fin, que el número de la fuerza expedicionaria, sus elementos y preparativos son incompatibles con lo arduo de la empresa y con los recursos que actualmente cuenta el caudillo de la Confederación, y de consiguiente, se perderían sin fruto ni éxito las vidas de los chileños y los intereses nacionales, hemos resuelto unánimemente, a nombre de nuestra patria, como sus más celosos defensores: 1º) suspender por ahora la campaña dirigida al Perú, a que se nos quería conducir como instrumentos ciegos de la voluntad de un hombre, que no ha consultado otros intereses que los que halagaban sus unes particulares y su ambición sin límites; 2º) destinar esta fuerza, puesta bajo nuestra dirección, para que sirva del más firme apoyo a los libres, a la nación legalmente pronunciada por medio de sus respectivos órganos y a

---

los principios de libertad e independencia que hemos visto largo tiempo hollados, con profundo dolor, por un grupo de hombres retrógrados y enemigos naturales de 'nuestra felicidad, que se habían vinculado a sí propios los destinos, la fortuna y los más caros bienes de nuestra república, con escándalo del mundo civilizado, con la ruina de infinidad de familias respetables y a despecho de la opinión general. Protestamos solemnemente ante el orbe entero que nuestro ánimo no es otro que el ya indicado; que no nos mueve a dar este paso ni el espíritu de partido, ni la ambición de mandar, ni la venganza odiosa, ni el temor de los peligros nacionales, sino únicamente el sentimiento más puro de patriotismo y el deseo de restituir a nuestro país el pleno goce de sus derechos con el ejercicio libre de su soberanía, que se hallaban despreciados y hechos el juguete de la audacia e intrigas de unos pocos, que no habiendo prestado ningunos servicios en la guerra de la independencia, se complacían en vejar y deprimir a los que se sacrificaron heroicamente por ella. Juramos, asimismo, por nuestro honor y por la causa justa que hemos adoptado, que consecuentes con nuestros principios, estaremos prontos y muy gustosos a sostener el decoro nacional contra cualquier déspota que intentare ultrajarlo, aunque fuere preciso perder nuestras vidas, si la nación, pronunciada con libertad, lo estimase por conveniente. Y, en consecuencia, protestamos y juramos nuevamente que nuestra intención es servir de apoyo y protección a las instituciones liberales, y reprimir los abusos y depredaciones inauditos que ejercía impunemente un ministerio gobernado con espíritu sultánico.—José Santiago Sánchez.— José Antonio Vidaurre.— José del Carmen Almanche.— Victoriano Martínez.—Luciano Piña.— José Antonio Toledo.—Melchor Silva.— José Antonio Campos.— Santiago Florín.—B. Solís de Ovando.— José Soto.—Manuel Pérez.— Isidro Vergara. — José Agustín Tagle.— Francisco García.—José Antonio Soto.— Francisco López.— José María Vergara.—Francisco Carmona.— José Domingo del Fierro.—Manuel Terán.— Juan José Uribe.— José Antonio Echeverría.— José María Silva Chávez.— Alejo Jiménez.—Manuel Antonio Sotomayor.— Gregorio Javier.—Francisco Hermida.— Manuel Fernández.—Antonio Galindo.— Santiago Gómara.— Juan de Dios Ugarte.—Pedro Moran.—Vicente Oliva.— Juan Drago.— José Sanhueza.—Vicente Beltrán.—Narciso Carvallo.—Fernando Martel.— Raimundo Carvallo.— Juan Aguirre.—Manuel Ulloa.— Pascual Salinas.—Pedro Robles.—Eusebio Gutiérrez.—Manuel Molina.—Vicente Sotomayor.— José María Tenorio.— Gregorio Murillo.— José Santos Rocha.—Francisco Ortiz.— Lorenzo Ruiz.—Manuel Gana.— José Antonio Espinoza.— José María Díaz.— José Ampuero.— José Santos Lucero.— Daniel Forelius.— Pedro Arriagada.— José Solano.—Manuel González.— José del Carmen Ovalle.—Nazario Silva.—Por la libertad de su patria, Manuel Blanco", El redactor de esta acta, cirujano Manuel A. Carmona, se excusó de firmarla, quedando en libertad para inclinarse al partido que resultara vencedor.

## Capítulo XII

### Asesinato de Portales

*Partida del Maipú de Quillota. — Aprestos de defensa en Valparaíso y en Santiago.— Deserciones, planes y cena en Viña del Mar.— Combate del Barón.—Asesinato de Portales.—La reacción di; la conciencia nacional.—Los funerales y la gratitud nacional.—La sanción.—El cráneo de Vidaurre y el coronel Boza.— Transfiguración de la personalidad de Portales*

*"En este mundo la indiferencia y la aversión están como en su propia casa". —Goethe.*

La situación de Vidaurre era no sólo comprometida, sino desesperada, a menos que se produjera la sublevación general del ejército. El bluff con que se inició el motín perseguía este resultado. Aun disponiendo de municiones, el éxito del ataque a Valparaíso, sin la cooperación del Valdivia, distaba mucho de ser seguro. Con diez tiros por cabeza, la tentativa era lisa y llanamente una locura. De aquí sus cartas a Santiago, a San Felipe y a Coquimbo, para provocar las sublevaciones en esas ciudades por contagio. No se conoce la carta a Campino. Las dirigidas a Benavente y a Aldunate revelan que no tenía con ellos concierto anterior ni nada pre parado para promover levantamientos auxiliares. Confirman el hecho de que fue presionado en el último momento por exigencias de Santa Cruz, sin darle lugar a preparar la sublevación.

Además, si tiene la adhesión decidida de toda la oficialidad y de la tropa del Maipú, no cuenta absolutamente con Cazadores. Este cuerpo y una buena parte de los firmantes del acta se desbandarán, apenas adviertan que el pronunciamiento no es general en el país.

Esta conciencia de su debilidad es el motivo de su marcha lenta sobre Valparaíso. Espera todo del contagio revolucionario y nada de las fuerzas que manda. Su arrogancia es ficticia; sólo es bluff.

A las cinco de la tarde del día 3, despachó un destacamento de trescientos infantes escogidos y de veinticinco cazadores, al mando del capitán Ramos, con orden de acercarse a Valparaíso y provocar el pronunciamiento del Valdivia, Escribió una carta a Boza, y otra al sargento mayor de ese cuerpo Mariano Rojas, y las despachó con el teniente Carlos Ulloa. La de Boza no pudo ser entregada y el portador la arrojó a la playa. La de Rojas quedó sin respuesta.

Al día siguiente del motín' se puso en marcha hacia Val paraíso el resto del Maipú al mando del comandante Toledo. Detrás iban el ministro y Necochea, en el mismo birlocho que los trajo de Valparaíso, y Cavada y Soto Aguilar a caballo, a cargo del capitán Narciso Carvallo. Necochea describe en esta forma la partida: "A las 9 abrieron la puerta de nuestra prisión y entró un sargento, por sobrenombre Alegría, a decirnos que saliésemos, y cómo estuviese el ministro sin corbatín, trató de ponérselo; mas este miserable le dijo con gran insolencia: "Si no sale Ud. pronto, yo lo haré salir" e hizo ademán de aproximársele, en vista de lo cual y no queriendo el ministro exponerse a un nuevo y mayor insulto, se puso en marcha apoyándose en mi brazo y con el corbatín en la mano hasta la



puerta de la calle, donde nos encontramos con el mismo birlocho que nos había conducido de Valparaíso, el teniente Soto y Cavada a caballo, y el capitán Carvallo con su compañía para custodiarnos..."

"Al pasar por la plaza el birlocho, mi criado tuvo la advertencia feliz de suplicar al gobernador que entregase, como lo hizo, un envoltorio que contenía cigarros y un bolsillo con veinte y tantas onzas, y este inesperado auxilio lo consideré como bajado del cielo...Inmediatamente le pregunté al ministro si llevaba dinero, y habiéndome contestado que no, le pasé el que había recibida, con mucho disimulo, por la espalda".

"De la plaza, tomamos la calle que conduce al caminó de Valparaíso donde se encontraba la mayor parte de la población de Quillota, y debo decir en honor y por reconocimiento a este benemérito vecindario, que a nuestro tránsito no sólo no recibimos ningún insulto, sino que en la mayor parte de los semblantes estaba pintada la conmiseración y el sentimiento que les causaba nuestra desgracia".

Vidaurre salió de Quillota el mismo día 4 en la tarde, después de dejar a Manuel González de gobernador y de recoger los caudales públicos, llevando consigo el escuadrón de Cazadores<sup>103</sup>.

La columna de Ramos había marchado lentamente, para dar lugar a que las cartas dirigidas a Boza y a Rojas llegaran a sus destinos. Al acercarse al cerro del Barón, divisó fuerzas numerosas que habían tomado posiciones; y en la imposibilidad de embestirlas con alguna probabilidad de éxito, se limitó a despachar un parlamentario a

---

<sup>103</sup> Los diez mil pesos que formaban la caja del regimiento se repartieron entre el mayor Toledo y los ocho capitanes.

Blanco, intimándole la rendición de la plaza y conminándole con la vida del ministro y de los demás prisioneros si no se rendía. Atacado en el acto por las fuerzas cívicas y por el Valdivia, retrocedió hasta Reñaca.

En los mismos momentos en que entraba a Valparaíso el teniente Ulloa, portador de las cartas para el coronel Boza y para el sargento mayor Rojas, llegaba, también, uno de los soldados de la escolta de Portales e imponía al almirante Blanco Encalada del motín. Eran las dos de la mañana del día 4 de junio. Blanco se levantó, buscó al gobernador militar, Ramón de la Cavareda, y entrambos prepararon la defensa. Comenzaron por alistar la escuadra, colocando los buques frente al Almendral y al castillo del Barón, por donde penetra el camino de Quillota, a excepción de la "Monteagudo", que quedó delante del barrio del puerto. Se clavaron los cañones de los fuertes, para salvar la escuadra en caso de sublevación interior; y se colocaron a bordo los caudales públicos y todas las armas y municiones sobrantes.

Mientras Cavareda tomaba estas medidas de precaución. Blanco convocó las milicias, que acudieron con gran decisión y entusiasmo. Antes de amanecer, fue al cuartel del Valdivia, nombró comandante del cuerpo al mismo sargento mayor Mariano Rojas, a quien Vidaurre había escrito; arengó a la tropa; y confió su colocación al teniente coronel Juan Vidaurre, el futuro vencedor de Cerro Grande, mientras regresaba para dirigir personalmente la acción. El Valdivia no sólo permaneció fiel, sino que reaccionó con un sentimiento de

indignación contra los sublevados<sup>104</sup>. A las ocho y media de la mañana estaban colocados en posiciones favorables y bastante bien aprovechadas en las alturas del Barón, a la derecha de la carretera que va a Quillota, el Valdivia, fuerte de seiscientas plazas, casi totalmente de soldados de línea y con abundantes municiones, los dos regimientos cívicos, con mil ciento ochenta hombres (constaban de mil doscientos en rolados entre los dos), una brigada de artillería cívica con cuatro cañones y una columna de setenta hombres de caballería. La artillería de los buques y de las lanchas cañoneras, tomaba de flanco a las tropas que intentaran aproximarse por esa dirección a la ciudad.

Antes de iniciarse el combate, el motín de Quillota estaba sofocado. Pero en Santiago se ignoraba la verdadera situación de Valparaíso. La noticia había llegado a las nueve de la mañana del día 4. El gobierno convocó en el acto a los cuerpos cívicos; despachó en auxilio de Valparaíso los escuadrones de Húsares y de Lanceros, al mando de Soto Aguilar; se ordenó concentrar en Santiago las fuerzas de Aconcagua y de Colchagua; y se despacharon propios a revienta cinchas a Bulnes con la orden, de avanzar, a marchas forzadas, con el ejército del sur. Aun perdida la plaza de Valparaíso, quedaban al gobierno alrededor de seis mil hombres susceptibles de ser concentrados en Santiago. La opinión, por su parte, reaccionó, casi unánime, del lado del gobierno con gran entereza. Los disidentes se eclipsaron; las simpatías por Vidaurre sólo se

---

<sup>104</sup> La desertión de los dos oficiales comprometidos, es la mejor prueba de la exactitud del informe de Blanco sobre el espíritu del Valdivia. Uno de los desertores, el capitán Carrillo, fue fusilado por Blanco en Arica, meses más tarde, con motivo de un robo en la aduana de ese puerto.

exteriorizaron años más tarde. Los mismos opositores y descontentos del gobierno, con pocas excepciones, en esos momentos se pronunciaron por él.

Todo este movimiento de fuerzas fue inútil. Lo hemos relatado sólo para desvanecer la idea falsa, generalizada por los escritores políticos, de que los gobiernos de 1830-91 no contaron con la opinión pública, tomando por opinión los abundantes escritos de los adversarios. La verdad histórica es que esos gobiernos, hasta 1890, tuvieron de su lado del 80 al 90 por ciento del país.

\* \* \* \*

La noticia del rechazo de Ramos llegó a conocimiento del comandante Toledo unas dos leguas antes de Tabolango; y creyéndose atacado, desplegó el regimiento en batalla; pero desengañado de su error, continuó hasta este lugar, donde llegó poco después Vidaurre.

Junto con imponerse del fracaso de Ramos, el capitán Vergara desertó con los Cazadores, y se dirigió a Casablanca. En la oficialidad del Maipú cundió el desaliento, y nuevas deserciones iban a producirse. Vidaurre, que nunca había compartido las ilusiones de los agentes de Santa Cruz se dio cuenta en el acto del fracaso de su última esperanza; el contagio revolucionario. No lo sostenía "la única fuerza que es superior a todos los contrastes humanos, la fuerza de un profundo convencimiento moral, inspirado por la fe en una idea". El había amotinado sus tropas de su propia cuenta, pero sin un plan político ulterior<sup>105</sup>. Convocó en la

---

<sup>105</sup> Vicuña Mackenna, Don Diego Portales, t. II, p. 304.

no che una junta de oficiales, en la cual expuso la situación, Amenazó con suicidarse; y después de recibir la adhesión de los reunidos, se discutió la idea de escapar hacia el norte. El proyecto era tan insensato como el levantamiento mismo. Al darse cuenta la tropa del fracaso, y esto no podía evitarse desde el momento en que se desistiera del avance sobre Valparaíso, fatalmente se desbandaría o. apresaría a sus jefes. Vidaurre y los cabecillas tuvieron, también, presente que no podían atravesar los Andes, cerrados en esa fecha a la altura de Aconcagua, y que caerían en poder del gobierno. Se discurió, como último arbitrio, presionar a Portales, que continuaba creyendo general el levantamiento, para que escribiera a Blanco y a Cavareda, empeñándose porque rindieran la plaza.

Durante el alto que Toledo hizo en Tabolango, se había obligado a Necochea a descender del birlocho en que venía con. Portales, y a continuar a pie. "Después de un alto de una hora — dice Necochea— en que nada se hizo, continuamos nuestro viaje; y cuando habíamos andado como dos cuadras, el ministro llamó a Carvallo y le dijo: "Capitán, le suplico a Ud. haga montar a caballo al coronel Necochea; tiene una herida en una pierna que no le permite andar a pie". Carvallo le ofreció hacerlo así; pero no lo cumplió, porque "nos hicieron seguir del mismo modo hasta llegar a Tabolango..."

Se procedió a poner en práctica el proyecto de hacer que el ministro escribiera a las autoridades de Valparaíso, aconsejándoles la rendición de la plaza. Los detalles sólo se conocen por las deposiciones de los reos en el proceso. Sotomayor Valdés ha hecho

un extracto de ellas, y reconstituido con la aproximación posible lo que ha debido pasar. Nuestra investigación, no contradice en nada los resultados a que creyó poder llegar. "Vidaurre —dice— mandó que trasladaran al ministro en birlocho al lugar en que acababa de celebrar consejo con sus oficiales, y rodeado de ellos aguardó. Cuando vio llegar el carruaje, adelantóse solo y poniéndose al estribo, ofreció el brazo al prisionero, que lo aceptó sin vacilar. Era la primera vez que contemplaba al ministro aherrojado, más pálido que nunca, desfallecido por la vigilia prolongada y por la inedia, pues no se le había proporcionado alimento en más de 24 horas; pero tranquilo, reposado y con aquella magnánima resignación que enaltece al ofendido, y suele confundir al ofensor. Vidaurre dijo entonces al ministro: "Ud. comprenderá que, si se le han puesto grillos, no ha sido por mortificarlo". "Comprendo, señor coronel, comprendo", repuso tranquilamente el ministro, y tomando asiento delante de una mesa, donde se había puesto recado de escribir, aguardó que se le notificara el objeto de aquella entrevista".

"Vidaurre comenzó por indicar en términos generales la gran importancia de la revolución que venía acaudillando, y cuyos propósitos constaban del acta levantada en Quillota el día anterior y firmada con la mayor espontaneidad por todos los oficiales y empleados de la división acantonada en aquel lugar".

"Como preguntase el ministro qué acta era aquélla, de que por primera vez oía hablar, se le pasó el pliego que contenía ese documento; mas, no pudiendo leerlo sin gran dificultad, por la debilidad en que estaba y la escasa luz del aposento, entregó el

pliego al capitán Piña, que se comidió a leerlo en alta voz. Terminada la lectura, continuó Vidaurre diciendo que era una loca temeridad que las autoridades de Valparaíso intentaran resistir a las fuerzas revolucionarias, pues en aquella fecha todos los pueblos de la república se habían pronunciado en favor de la revolución; que era necesario evitar una inútil efusión de sangre, y esto se conseguiría fácilmente con que el ministro dirigiera una carta a dichas autoridades amonestándolas a entregar la plaza sin resistencias".

"Negóse el ministro a dar este paso, calificándolo como un acto revolucionario de su parte y luego como un recurso probablemente ineficaz, pues era natural se supusiera que aquella carta le había sido arrancada por la fuerza. Al oír esta respuesta, algunos oficiales levantaron la voz con dureza e intimidaron al ministro que era preciso escribir la carta: "Si no la escribe —añadió entonces el capitán Florín— se le pegarán cuatro tiros. Tiempo ha que debía estar fusilado". Oyendo esto, el ministro (refiere como testigo presencial el capitán Beltrán) dijo que en nada estimaba su vida y que sólo había anhelado el bien del país; que juraba a Dios y a la patria y a los hombres, que había sido buen patriota y buen ciudadano; que había sacrificado su fortuna y su reposo al bien de la nación; que podía haberse equivocado, involuntariamente, como hombre; pero jamás había pensado hacer cosa alguna que degradase el nombre de buen patriota... a lo cual le interrumpió Vidaurre, diciéndole que, si se preciaba de buen patriota, cómo había consentido en in molar a tres ciudadanos honrados de Curicó

y que él era el autor de diversos asesinatos cometidos recientemente en Juan Fernández. A esto contestó el ministro que no era tiempo de tales cargos, y que, cuando se le juzgase, se conocería su inocencia. Por fin Vidaurre terminó por decirle que se dejase de palabras subversivas, y que dijese si escribía o no la carta"<sup>106</sup>.

Portales escribió a Blanco y a Cavareda, de su puño y letra, y sin que se advierta la menor alteración en los rasgos de su escritura, la siguiente carta: "Señores vicealmirante don Manuel Blanco Encalada y gobernador de Valparaíso, don Ramón Cavareda.— Señores y amigos apreciados: La parte del ejército restaurador situada en Quillota se ha pronunciado unánime contra el presente orden de cosas, y ha levantado un acta firmada por todos los jefes y oficiales, pro testando morir antes que desistir de la empresa, y compro metiéndose a obrar en favor de la constitución y contra las facultades extraordinarias. Yo creo que Uds. no tienen fuerzas con qué resistir a las que los atacan, y si ha de suceder el mal sin remedio, mejor será, y la prudencia aconseja evitar la efusión de sangre; pueden Uds. y aun deben entrar en una capitulación honrosa y que, sobre todo, sea provechosa al país. Una larga y desastrosa guerra prolongaría los males hasta el infinito, sin que por eso pudiera asegurarse el éxito. Una acción de guerra debe, por otra parte, causar graves estragos en el pueblo que tratan Uds. de defender. Me han asegurado todos que este movimiento tiene ya ramificaciones en las provincias, para donde han mandado agentes.

---

<sup>106</sup> Los fusilamientos de Juan Fernández — completando en esto la investigación de Sotomayor Valdés—, fueron unos de los falsos rumores que hicieron circular los agentes de Santa Cruz, para exaltar el espíritu revolucionario en Quillota. Historia de Chile, t. II, págs. 458-59 y 60.



El conductor de esta comunicación es el capitán Piña, y encargo a Uds. muy encarecidamente le den el mejor trato y le devuelvan a la división con la contestación. Reitero a Uds. eficazmente mis súplicas. No haya guerra intestina. Capitúlese, sacando ventajas para la patria, a la que está unida nuestra suerte, Soy de Uds. su Atto. S. S, — Diego Portales".

Continúa Sotomayor, siempre reconstituyendo la escena sobre la base de las declaraciones del proceso: "Se proporcionó algún alimento al ministro, el cual viendo en torno suyo a algunos oficiales en actitud de hacerle compañía y dominados por la curiosidad, entabló con ellos una conversación familiar y tranquila, aunque\* en ella se tocaron puntos harto delicados y escabrosos. Hablando del motín, el ministro dijo que acerca de este movimiento había tenido avisos anticipados de Alemparte, intendente de -Concepción. Y como se le hiciera un cargo de querer derrocar el poder de Santa Cruz con fuerzas reducidas y bisoñas, respondió que no era inocente para mandar soldados reclutas al Perú, y que, si estaba resuelto a emprender la guerra con la división organizada hasta el momento de estallar el pronunciamiento, era porque sabía que la causa de Chile tenía gran partido en Bolivia y en el Perú, en donde cuerpos enteros de tropa ejercitada sólo aguardaban la presencia de la división chilena, para volver las armas contra el Protectorado".

Al día siguiente "poco después de las nueve, me condujeron al birlocho — dice Necochea— y tan pronto como me vio el ministro, me dijo con la mayor conmoción: "Amigo mío ¡qué falta me ha hecho Ud.! Anoche creí que se me pegaba la lengua al paladar. Ojalá que

no nos vuelvan a separar". Después que estuve a su lado, continuó: "Anoche hubo una reunión de oficiales presidida por Vidaurre, a la cual me hicieron asistir. En ella me han insultada y ofrecida fusilarme; se han valido de cuantos medios estuvieron a su alcance, para obligarme a que escribiese a Valparaíso; ordenando la rendición de aquel punto, y después de haberme negado fuertemente, convine en ello, considerando que por este medio ganarían tiempo para prepararse a la defensa o salvar aquellos artículos que sea conveniente trasladar al sur. Vidaurre, al separarse, me ha dicho que el dado ya estaba tirado".

Despachó Vidaurre la carta de Portales con el capitán Luciano Pina, el cual, al advertir el estado de la defensa de Valparaíso, fue presa del pánico; y se presentó a Blanco y a Cavareda, suplicándoles que lo dejaran prisionero en la plaza; pero se le obligó a regresar con una comunicación del almirante que desapareció en la borrachera de Viña del Mar. Vidaurre et su confesión dice haberle preguntado a Pina qué desenlace ofrecía Blanco, y haberle contestado: "Que se retiren a Quillota y que el confesante perdería el empleo y lo echarían no sabe dónde, y que era hombre ambicioso y sin talento, y que con esta prevención tomó mucho recelo"<sup>107</sup>

El regimiento, entretanto, había marchado muy lenta mente y haciendo frecuentes altos, para dar lugar al regreso de Pina, y sólo llegó a Viña del Mar en la medianoche del día 5. Vidaurre cenó en la posada que había en ese lugar; y bebió en compañía de los oficiales, circunstancia que aprovecharon varios para desertar. Manuel Lira,

---

<sup>107</sup> Vicuña Mackenna atribuye la respuesta a Garrido, pasando por sobre toda la documentación, conteste en el sentido de haber sido Blanco el autor de la respuesta.

el ardoroso defensor de los procesados, que tuvo oportunidad de conocer las informaciones privadas de todos ellos, dice: "Arrisaga era el único oficial que estaba con su cabeza buena, porque los demás, tratando de quitar con el licor el desaliento que les causó la pérdida de la caballería, se excedieron con demasía, y todos se tendieron a dormir en una loma, hasta que los despertó la noticia de que el enemigo estaba cerca<sup>108</sup>. Las más prolijas investigaciones no nos han permitido establecer el grado de embriaguez de Vidaurre y de sus oficiales. La información, muy autorizada de Lira, no concuerda bien con el desarrollo posterior de los acontecimientos.

\* \* \* \*

A las nueve de la noche del día 5, recibió Blanco la noticia del avance del Maipú hacia el Barón, y ordenó al teniente coronel Juan Vidaurre ocupar las mismas posiciones que había tomado anteriormente. "En el instante —dice el parte oficial de Blanco— di orden al teniente coronel Vidaurre se dirigiese a la misma posición que él había elegido el día anterior, con los dos batallones cívicos de su mando y el batallón Valdivia. Luego que llegué a ella, coloqué mis fuerzas en el orden siguiente: en la altura que domina de frente el camino que cae a la quebrada de la Cabritería, formé en línea los dos batallones de la guardia cívica y a corta distancia sobre su izquierda, la compañía de cazadores del Valdivia. Dos compañías que saqué de los primeros, ocupaban la altura de la derecha, y un poco a retaguardia para proteger este flanco, y otra de los mismos fue colocada en el castillo del Barón. Dos compañías del batallón

---

<sup>108</sup> Carta a José Santos Lira, de 13 de julio de 1837.

Valdivia frente del camino y a la subida de la posición, formando un mar tillo con el ala izquierda de la línea; y veinte pasos a reta guardia sobre el mismo camino las tres compañías restantes del Valdivia, en columnas cerradas por mitades. Tres piezas de artillería en frente de la línea, y una avanzada sobre la dicha ruta delante del Barón, y la caballería al desembocadero de la misma sobre el estero del puerto".

El coronel Vidaurre salió de Viña entre una y una y media de la madrugada con el Maipú en tres columnas escalonadas. Mandaba personalmente la primera el propio coronel, la segunda el sargento mayor Toledo y la tercera el de igual clase, Vicente Soto. En esta disposición avanzó por el camino que serpenteaba por las lomas que se extienden entre Viña del Mar y el cerro del Barón.

A las dos de la mañana del día 6, la avanzada a cargo de Arrisaga, tropezó con una avanzada contraria y retrocedió, trayendo a su capitán mortalmente herido. Entre tres y cuatro, el coronel Vidaurre desplegó las columnas en línea sobre la cresta septentrional de la quebrada, casualmente, frente a frente de las fuerzas defensoras. Con el fin de conocer las posiciones enemigas, ordenó al alférez Aguirre, descender a la quebrada. Las descargas de los defensores mostraron la imposibilidad de avanzar por ese lado sin combatir. Alrededor de las cinco y media, se oyó clara y distinta mente, a través de la quebrada, la voz del teniente coronel Juan Vidaurre Leal, que ordenaba fuego graneado por mitades. El Maipú respondió con algunas descargas. Las posiciones se marcaron en la obscuridad; y acto continuo se sintió el estruendo de la artillería del

"Arequipeño" y de dos lanchas cañoneras apostadas frente a la Cabritería, que habían tomado por blanco la compañía de Florín, situada en el flanco izquierdo en el camino real.

Vidaurre no tenía municiones para sostener un tiroteo, y puso en el acto en ejecución el plan que había concebido. A la voz de "adentro" dada personalmente por él, y repetida por los oficiales, descendieron las columnas a la quebrada, con el propósito de arrollar a la bayoneta la línea de Blanco, tendida en la loma opuesta. La carga se dio al grito de guerra araucano, que atronaba el espacio en los intervalos que el fuego cesaba. Las descargas de los cívicos, casi a mansalva, ralearon las columnas de asalto desde el frente, mientras los cañones de los buques pronto las enfilaron de flanco. A pesar de las pérdidas, lograron avanzar algo; pero antes de producirse el choque, se desordenó la vanguardia, y al retroceder, envolvió a las filas que la seguían. Sobrevino la confusión, y la batalla se tornó una simple cacería para los cívicos de Valparaíso. Los reclutas del Maipú huyeron a la desbandada. La tropa veterana se sostuvo, todavía, más de una hora, haciendo fuego por pequeños pelotones con las escasas municiones que podía reunir. Algunos destacamentos, favorecidos por la obscuridad y por la configuración del terreno, llegaron hasta el pie de la loma.

Al aclarar, el Valdivia, que casi no había combatido, avanzó resueltamente envolviendo a los soldados que estaban en el fondo de la quebrada. Un destacamento de doscientos hombres, bajo el mando de un teniente, logró retirarse hasta Reñaca, donde se rindió bajo la promesa de quedar exceptuado del castigo. De mil

cuatrocientos hombres con que entró en acción el Maipú, quedaron en el campo entre muertos y heridos, ciento cuarenta, y el número de prisioneros subió a ochocientos. Los cívicos tuvieron cuatro muertos y veintiún heridos. El número de prisioneros y la entrada de la caballería a Quillota, a las tres y media de la tarde, no dejan dudas sobre el hecho, preterido en el parte oficial, de que el escuadrón de Cazadores, que aguardaba en Casablanca la decisión de los acontecimientos, y cuyo mando recuperó el mayor Jarpa, cortó por retaguardia a los vencidos.

Vidaurre huyó del campo de batalla en cuanto se produjo el arremolinamiento de las columnas, en compañía de Florín, de los dos capitanes Carvallo y del cabo José Luis Soto, su asistente, internándose por la quebrada de Viña del Mar. Se le reunieron los sargentos mayores Toledo y Soto y el capitán Uriondo. Entre las curiosas fantasías de Vicuña Mackenna sobre la batalla, que no se libró entre el Maipú y los defensores de la plaza, sino entre la sombra de Portales y la conciencia de Vidaurre, figura la anécdota siguiente: "El joven Muñoz Gamero, digno de aquellos héroes de su nombre (Joaquín y Marcos), por cuyas ínclitas muertes la Patria Vieja mandó adornar de coronas de oro la puerta de sus hogares, detuvo la brida del caballo de Vidaurre, que tomaba va la fuga, y le rogó que mandara hacer el postrer esfuerzo".

\* \* \* \*

Terminada la cena de Viña del Mar, Vidaurre relevó de la guardia del ministro al capitán José María Díaz; y confió la custodia del birlocho en que iban Portales y Necochea. a su hijastro, el capitán

Santiago Florín, "cuyo carácter sanguinario — dice el propio Vidaurre— era demasiado conocido". Declara el coronel que sólo te dio la consigna de "no permitir que hablase el señor ministro con nadie, pues desde que se separó el regimiento de Cazadores a caballo notó un desatiento en la oficialidad". Florín en su primera declaración dice: "Que cuando le ordenó el coronel Vidaurre fuese a relevar la guardia (del ministro) al mismo tiempo le dijo que, a los primeros tiros que sintiese de las avanzadas de las tropas del puerto, los fusilase (a Portales y a Cavada); que él no quiso hacerlo entonces, y mandó con el sargento Andrés Espinoza a preguntarle si hacía lo que le había mandado; que luego volvió a mandar al mismo sargento con orden que esperase allí hasta recibir orden del coronel; que luego llegó el sargento diciéndole al confesante que hiciese lo que le había mandado". Al cargo de que consta que no recibió orden de Vidaurre para fusilar al ministro y a Cavada responde: "la prueba es que le ha dado la orden para que se recibiera de la guardia, que esto fue tarde de la noche". El capitán agregado al estado mayor Ramón Solís de Ovando, declara que él oyó a Vidaurre dar la orden de fusilar a los dos. Tanto Vidaurre como Florín estaban en ese momento bebidos, sin que sea posible formar concepto de su grado de embriaguez. El birlocho partió de Viña alrededor de la una y media de la madrugada del 6 de junio, a una distancia de diez a catorce cuerdas de la retaguardia de la última columna del Maipú, mandada por el sargento mayor Vicente Soto. Se guían a caballo, también prisioneros, el teniente Federico Soto Aguilar, jefe de la

escolta que acompañó a Portales en su viaje de Valparaíso a Quillota y Manuel Cavada.

Entre las dos y las dos y media de la mañana, se sintió el tiroteo originado por el choque de las vanguardias de Arrisaga y de Ángulo, en el cual resultó mortalmente herido el primero. Al sentir los disparos, el coronel Necochea dijo a Portales: "Se defienden en Valparaíso". "Mas, nada me contestó", añade el mismo Necochea. Y continúa: "Poca después, haciendo alto, y viendo que se presentaban ocho hombres al frente del birlocho y que Florín ordenaba al postillón quitar los caballos, le dije únicamente: "Señor don Diego, nos fusilan... entonces me tomó la mano, sin decir palabra; nos la apretamos fuertemente y unos y otros nos recogimos para prepararnos a morir". Junto con hacer alto, Florín mandó al sargento Andrés Espinoza a preguntarle a Vidaurre "si hacía lo que le había mandado". El sargento regresó después de un rato, y dijo a Florín que no había podido encontrar al coronel.

En vista del fracaso de la consulta, aquél suspendió los preparativos del fusilamiento, y mandó enganchar los caballos. "No sin sorpresa — sigue relatando Necochea— notamos algún tiempo después que la tropa se retiraba y ponían otra vez los caballos al birlocho para continuar la marcha. Y habíamos andado dos o tres cuadras, cuando dije al ministro: "¿Quiere Ud. que fumemos, tal vez el último cigarro?" Diciéndome que sí, saqué fuego y nos pusimos a fumar; mas, con una voz de trueno, gritó Florín detrás del birlocho: "Voy a hacer que acaben de pitar estos caballeros". Y creyendo que era llegado ya nuestro último momento, di con el codo al ministro, y



uno y otro tiramos los cigarros. Había avanzado el birlocho como media legua, después de estas ocurrencias, cuando tuvo lugar otro tiroteo más fuerte que el primero", producido por el reconocimiento que efectuó el alférez Aguirre después de las tres de la mañana sobre el fondo de la quebrada, para fijar las posiciones de Blanco. Ordenó Florín, al sentir esta descarga, hacer alto. Habló con él un oficial que no fue bien identificado por la obscuridad de la noche, unas cincuenta varas delante del birlocho. Después que se retiró, llamó Florín de nuevo al sargento Espinoza, y lo envió por segunda vez en dirección a la línea de batalla, diciéndole "que se esperase allí hasta recibir orden del coronel". Volvió el sargento después de un rato más o menos largo y conversó secretamente con Florín<sup>109</sup>. Este se dirigió al birlocho y ordenó: "Baje el ministro". Portales intentó incorporarse, y como los grillos no se lo permitieran, contestó con entereza y serenidad: "Vengan dos hombres a bajarme", los cuales acudieron inmediatamente y trataron de ayudarlo con mucha consideración, porque, viendo uno de ellos que, al bajar, se le caía la capa de los hombros, le dijo al otro: "La capa". Y Florín respondió: "¿Para qué quiere capa?", y sin ella la llevaron como a cuatro varas de la rueda derecha del birlocho. En seguida vino un soldado diciéndome de parte del ministro que le mandase el pañuelo que estaba en la esquina del birlocho, de donde lo tomé y la entregué al soldado. Luego gritó nuevamente Florín: "Salga Cavada". Este, al

---

<sup>109</sup> ) Florín afirma que Espinoza regresó esta segunda vez con la orden de Vidaurre de que "hiciese lo que le había mandado". Vidaurre negó tenazmente haber visto siquiera al sargento. En el proceso que se siguió en Santiago a Espinoza, cinco meses después de Fusilados Vidaurre y Florín, no se le preguntó por este segundo viaje ni por la contestación de Vidaurre. Pero el segundo envío del sargento al frente de batalla está establecido en una forma irrefragable en el proceso.

verse en tierra, huyó hacia el mar. Florín ordenó al sargento Espinoza dispararle, y Cavada rodó con el corazón atravesado por un balazo. Acto continuo se volvió hacia los soldados y ordenó hacer fuego sobre Portales, gritando: "Tírenle seis". Los soldados vacilaron y tuvo que repetir la orden dos veces más. Al fin, en un silencio sepulcral se acercó uno de ellos, y afirmando el fusil en la mejilla izquierda del ministro, disparó. Portales, sin proferir palabra, hizo un movimiento instintivo para apartar el fusil o cogerlo, y el balazo le llevó el dedo anular de la mano izquierda, junto con la parte inferior de la mandíbula. La pólvora quemó la mano y el cutis de la cara. El segundo balazo penetró "por la parte posterior del tronco, dentro del hueco escapular derecho y fue a salir por la parte interna de la articulación escapulo-humeral derecha del mismo lado, dos pulgadas bajo la clavícula, despedazando la parte posterior del pulmón derecho y rompiendo tres costillas. Es imposible decidir si este segundo balazo lo recibió en los momentos que caía o durante los botes que el cuerpo dio en el suelo. Al advertir Florín los saltos del cuerpo, lo acometió con su Espada, al mismo tiempo que ordenaba a los soldados rematarlo a bayonetazos. Se siguió una escena macabra. El cuerpo continuaba dando botes y exhalando quejidos al hundirse en él la espada y las bayonetas. Un soldado que estaba junto al birlocho gritó: "Regístrenlo a ver si tiene reliquias"<sup>110</sup>. De treinta y cinco bayonetazos, uno tocó el corazón, y pareció que la vida escapaba, al fin, del cuerpo despedazado. Eran las tres y media de la madrugada. Los soldados procedieron en el

---

<sup>110</sup> Es creencia popular que hay necesidad de quitar las reliquias para que la agonía termine.

acto a desnudar los cadáveres del ministro y de Cavada, para repartirse las ropas. Florín, después de rematar a Portales, dijo a Necochea: "Coronel, yo me he visto en la necesidad de fusilar al ministro; pues como Ud. sabe, en la milicia el soldado obedece al cabo, el cabo al sargento, el sargento al oficial y el oficial a su jefe, y yo ¿cómo no había de obedecer a mi coronel, que es mi padre, mi protector y a quien se lo debo todo? No digo fusilar al ministro, un brazo que me hubiera pedido, se lo habría dado". Florín hasta este momento creía triunfante a Vidaurre, y no necesitaba excusar su responsabilidad para salvarse.

Vidaurre sintió los disparos a retaguardia, y en la desorientación completa en que estaba, a causa de la obscuridad de la noche, temió ser atacado por la espalda; y mandó a su ayudante, Manuel Pérez, que averiguara lo que ocurría. Florín contestó que eran tiros escapados a unos reclutas. Media hora más tarde llegó el capitán Ramos, y dijo al coronel: "Santiago se tiró a Don Diego". "¿Qué dice Ud.?", replicó éste. "El capitán Florín ha fusilado a don Diego Portales", insistió Ramos. Vidaurre mandó a pedir a Florín un caballo de repuesto que traía a retaguardia y cambió de montura. Ordenó formarse en columna; y terminada la formación, las condujo personalmente al ataque, hasta que sobrevino la desorganización de la vanguardia<sup>111</sup>. La noticia del asesinato de Portales circuló entre los soldados. Los historiadores han atribuido, sin fundamento alguno, al efecto moral producido por el asesinato, el retroceso de

---

<sup>111</sup> La escena de melodrama que relata Vicuña Mackenna y que Sotomayor ha acogido, sobre la impresión de Vidaurre al imponerse del asesinato, se fantaseó después. Vidaurre y Florín se retiraron juntos en la mejor armonía del campo de batalla.

los reclutas intercalados en el Maipú, a razón de dos por uno, entre las tropas de línea, y sometidos a un doble fuego de frente y de flanco, que no podían contestar.

Ya en pleno día, las fuerzas destacadas en la persecución de los vencidos encontró al lado del camino, tendido en el barro, el cadáver desnudo del ministro, cosido a bayonetazos; y un poco más lejos, en dirección hacia el mar, el de Cavada pasado por una bala que le penetró por la espalda.

El cadáver piadosamente cubierto por algunos circunstantes, fue llevado a Id quinta que habitaba Portales durante su residencia en Valparaíso, donde el médico francés Cazentre practicó el embalsamamiento.

\* \* \* \*

El alma nacional vaciló por un momento. Presa del es panto y de la inquietud, sintió abrirse el abismo a sus pies, Después de siete años de paz, las esperanzas de orden se habían encarnado en Portales. Habíase producido ya una su gestión. "La noticia de su muerte llevó a todas partes el horror y el desaliento. Los unos ven destruidas la tranquilidad y el sosiego, que en el corto espacio de seis años hizo prosperar tanto a la república. Los otros creen extinguido el patriotismo, porque no esperan que a vista de este ejemplo, haya quien se consagre con tanto desinterés y anhelo al servicio público. Estos, en el desenlace cruel e inhumano de la revolución, que es la primera que en el país se mancha con la muerte de un ilustre

magistrado mira a la republicana dando en sangre y convertida en teatro de interminables venganzas"<sup>112</sup>.

La reacción se produjo con un empuje viril, que es el más alto título de orgullo cívico de la aristocracia castellano-vasca. Con un valor moral que hasta ese momento no había exteriorizado, lavó primero la infamia; se agrupó, en seguida, alrededor de la sombra de Portales; y empujada por la sugestión de su genio, se encauzó políticamente dentro de los rumbos que dejaba apenas esbozados.

El crimen hirió la fibra más honda del alma española, que siempre ha visto en la traición la más repugnante de las debilidades humanas. La indignación llegó hasta alturas que se ciernen por encima de la felonía. "Ese hombre singular — dijo el señor Valdivieso— fue cargado de cadenas por el amigo más favorecido y a quien había elevado a un alto predicamento, y, postrado en tierra, recibió en premio de su generosa munificencia, una muerte cruel e ignominiosa". La imagen de Portales con grillos en los pies, conducido al patíbulo por un ebrio, en la desolación de un cerro durante una noche lóbrega, impresionó profundamente la imaginación nacional. El lujo de vejaciones y de inhumanidad inútil, desencadenó sobre Vidaurre una execración implacable, rara en el carácter chileno, que no se conoció antes ni ha vuelto a repetirse después. "Todos los nobles instintos del corazón se exaltaron ante aquella loca tentativa, que envolvía una horrible traición a la patria, una inaudita deslealtad e ingratitud al amigo y al bienhechor, y un

---

<sup>112</sup> Valdivieso, Obras Completas, t. I, p. 717.

desconocimiento injustificable de los servicios públicos y altas prendas de un gran ciudadano".

El asesinato repercutió dolorosamente en el ejército del sur. Desde el cuartel general de Chillan, Bulnes escribió: "Los transportes de gozo a que por el momento fuimos arrebatados con tan plausible acontecimiento, han sido moderados y casi extinguidos completamente por el precio a que ha sido comprado este triunfo. La pérdida del ilustre señor don Diego Portales, sacrificado por las alevosas manos de los traidores de este sabio y digno ministro, cuyos heroicos y patrióticos esfuerzos han contribuido tanto al lustre y esplendor que felizmente goza la república, ha cubierto de luto los laureles que la suerte y la opinión pública nos proporcionaron en el campo de batalla. Tan infausto acontecimiento, que será llorado por todos los pueblos de la república, no ha podido menos que afectar de un modo muy particular a los jefes, oficiales y tropa de que se compone el ejército de mi mando, hasta el extremo de presentarse solicitando el permiso de llevar luto por la ilustre víctima, como un testimonio de sus sentimientos, en los momentos en que daba la orden para que lo cargasen".

\* \* \* \*

A las cinco de la tarde del mismo día 6, los restos embalsamados del ministro fueron conducidos a la capilla ardiente que se preparó en la iglesia matriz, en un carro arrastrado a mano. El sentimiento espontáneo del pueblo dio a los funerales una imponente y solemnidad extraordinarias. El pueblo de Valparaíso se había

adelantado al resto de la re pública en la admiración agradecida al estadista, y le profesó un cariño que no logró despertar otro gobernador. Ya en la tarde anterior, habían concurrido a las alturas del Barón mil ciento ochenta cívicos en un total de mis doscientos alistados, y derrotado a las tropas del Maipú casi sin el concurso del Valdivia, que apenas alcanzó a entrar en batalla.

La municipalidad pidió al gobierno, en nombre de la ciudad de Valparaíso, que le permitiera retener el corazón de su antiguo gobernador, como una prenda de la veneración con que sería guardada su memoria; y fue depositado en una urna de cristal en un monumento de mármol que se erigió en el cementerio.

El gobierno expidió con fecha 7 de junio un decreto que ordenó trasladar el cadáver a Santiago. Partió el con voy de Valparaíso varios días más tarde, en medio de un verdadero diluvio, escoltado por una compañía del Valdivia y una de cada una de los regimientos cívicos. "El día 13 —dice El Araucano del 21 de julio— llegaron a las cercanías de la capital los amados despojos. Por la lluvia de los días anteriores, que había dejado intransitable el camino, no pudo cumplirse a la letra la parte del decreto de 7 de junio, que disponía saliesen a recibir el acompañamiento, a distancia de dos leguas de la capital, algunas compañías de los cuerpos veteranos y milicia cívica, y los ministros y oficiales mayores de las secretarías de estado, y el cadáver quedó depositado y custodiado en la iglesia de San Miguel. En la mañana del 14, se verificó la entrada, en medio de un concurso numerosísimo, que llenaba toda la extensión de la calle de las De licias y que ansiosamente había acudido a

solemnizar esta pompa fúnebre y dar a los manes del finado, un testimonio público de veneración y de amor. A la derecha de la calle formaron las guardias cívicas y los cuerpos veteranos de caballería, el pueblo ocupaba la izquierda, y en medio, aparecía enlutado el mismo birlocho en que los traidores condujeron a la víctima hasta el lugar del sacrificio, descollando, en pos el suntuoso y elevado carro en que venían depositadas las preciosas reliquias. Los ojos de los espectadores contemplaban absortos estos objetos de dolor, fijándose, ya en el negro birlocho, ya en los pesados grillos que arrastró la víctima, y que pendían tristemente a los pies de la urna. A las dos del día, llegó el señor ministro del interior, don Joaquín Tocornal, acompañado de la ilustre municipalidad, y de una porción respetable de ciudadanos que rodearon el carro y permanecieron en grave y doloroso silencio. El señor ministro lo interrumpió con un discurso, que pronunció con voz sentida y embarazado por sus propias lágrimas y las de los circunstantes. El director de la Academia militar, coronel Luis Pereira, tomó después la palabra. A la una y media de la tarde, se puso en marcha el acompañamiento, atravesando pausadamente la larga y espaciosa calle de las Delicias, al son de una música patética, que redoblaba en el ánimo de los concurrentes la triste impresión de aquel espectáculo. Dejáronse allí los carruajes: el carro funeral fue entonces arrastrado por un número de militares y paisanos, que, espontáneamente, quitaron los tiros, y la comitiva, aumentada por las comunidades religiosas, el clero secular, el seminario eclesiástico, y por innumerables ciudadanos y extranjeros, entre los cuales notamos a casi todos los



señores enviados y cónsules, siguió a pie hasta la iglesia de la Compañía, donde, a las tres de la tarde, se depositó el cadáver, recibéndole el venerable cabildo eclesiástico, y quedando custodiado, día y noche, por una compañía del número 4 de guardias cívicas. Todas estas demostraciones han sido enteramente espontáneas. Multitud de gente venía a todas horas a dar el último adiós al ilustre mártir del orden social, y en sus ojos se leían ya el dolor por una pérdida tan irreparable, ya aquel terror que infunde la muerte de los varones ilustres, ya los afectos piadosos de los que ponen su esperanza en el Dios que promete la inmortalidad. En la noche del mismo día, las comunidades religiosas y el clero concurrieron a la iglesia de la Compañía a entonar, por turno, el oficio de difuntos, y al día siguiente, desde las cinco de la mañana, se celebraron misas solemnes por las mismas corporaciones. La ceremonia del entierro, se solemnizó el martes por la mañana. Asistieron a ella S. E. el presidente de la república y sus ministros, los presidentes de ambas cámaras legislativas, con numerosas comisiones de ellas, los individuos del cuerpo diplomático, los miembros de los tribunales y corporaciones, todos los empleados civiles y militares y casi todos los moradores de la capital. Jamás se ha visto en Chile una pompa fúnebre que, en lo solemne y majestuoso, admita comparación con ésta. En los semblantes, en la seria compostura de la concurrencia que ocupaba todos los lados de la plaza de la Independencia, todas las calles, todas las ventanas, puertas y balcones del tránsito, se veía bien claro la impresión dolorosa que dejaba en las almas la pérdida de este ilustre chileno;

impresión que la mano (leí tiempo borraré difícilmente en los corazones de los compatriotas. El féretro conducido por un ministro del despacho, un senador, un diputado, el presidente de la corte suprema, el regente de la de apelaciones, el intendente de la provincia, y el gobernador político de Valparaíso, después de haber dado vuelta a la plaza, arrancando lágrimas a los ojos que se fijaban en él, entró en la iglesia catedral, llena también de gente. El Ilmo. Obispo celebró los oficios religiosos dedicados al alma de este chileno, nunca suficientemente lamentado, y después de ellos, subió al presbiterio una comisión compuesta de un individuo de cada una de las corporaciones, a presenciar la dolorosa, la horrible ceremonia del entierro, a decir el adiós nacional al malogrado ministro, a regar, por última vez, sus cenizas con el llanto más justo que ha arrancado la desgracia, desde que los hombres y las naciones la conocen".

Pronunció la oración fúnebre Rafael Valentín Valdivieso. Merecen transcribirse algunos pasajes: "Ese hombre, que no parece buscaba la fortuna, sino que la obligaba con imperio a que favoreciese sus empresas; que para realizar sus proyectos no veía obstáculos ni en las asechanzas de los enemigos, ni en el desagrado de los amigos, y que en el manejo de los negocios públicos, no encontró digno competidor de su genio y talentos políticos que le disputasen el triunfo... Su primer cuidado fue recurrir a los ciudadanos pacíficos, que, debiendo ser los más interesados en el restablecimiento de un orden permanente, por efecto sólo de un perjudicial mal entendido desprendimiento, no aspiraban más que a vivir retirados en el

reposo de sus casas; y no es la menor de sus glorias el haberles comunicado parte de su fuego para hacerlos entrar en la lid política..." "La gloria del señor Portales ha consistido en medir sus fuerzas con enemigos poderosos, despojarlos del prestigio que los hacía temibles, desvanecer sus tentativas y no desviarse por ello un punto del sistema que se propuso en los principios de su administración..." "Por otra parte, se hallaba la autoridad debilitada en sí misma con siete años de continuas variaciones en el sistema administrativo. Durante ellos, habíamos visto adoptar unos principios y dejar otros, vituperar hoy lo que ayer se aplaudía, y alternar sucesivamente la anarquía, el orden constitucional y la dictadura, las formas unitarias más centralizadas y una federación que intentó hacer popular hasta el nombramiento de un simple párroco".

"No quedaba, pues, otro arbitrio para afianzar la permanencia del gobierno que hacerlo contemporizar con sus enemigos y ceder algún tanto de sus mismas prerrogativas. Pero el señor Portales no conoce obstáculos, porque siempre todos los encuentra allanados en los inagotables recursos de su genio creador. Semejante a aquellas águilas que en el rápido curso de su vuelo, sea que se remonten sobre inflama dos volcanes, hondos precipicios, lagos insondables o escarpadas montañas, jamás detienen su vista en lo que se halla sujeto, así el laborioso ministro, sin reparar en las dificultades que le cercan, dirige sus miras a enfrenar la licencia, reformar los abusos, dar nervio y respetabilidad al gobierno, crédito a sus promesas, moralidad a las masas, economía y pureza en la

administración de las rentas públicas. En todo trabaja con buen éxito por sí o por medio de diestros cooperadores, cuya elección es también debida, en gran parte, a la penetrante perspicacia con que leía los corazones y adivinaba aquel destino que a cada uno convenía según sus aptitudes. El talento y su infatigable contracción le hace familiar todo aquello que forma el secreto y constituye el magisterio de cada profesión. Nombrado ministro de guerra y marina, a los pocos días ya se deja escuchar con interés sobre el arte militar. En los negocios que tienen atinencia con el comercio y la jurisprudencia civil y eclesiástica, oye, pero resuelve por sí mismo".

"Según su máxima favorita, para mantener la libertad de los pueblos y la independencia del gobierno, debía hacerse entender al soldado que su oficio es pelear contra los enemigos de la nación y no discutir con espada desnuda las cuestiones políticas. A fin de reprimir el orgullo militar y dar un noble giro al espíritu marcial de la juventud chilena consagró todos sus desvelos al establecimiento y arreglo de las guardias cívicas, hasta ponerlas en un estado que dejan poco que envidiar a los países en que ha progresado más esa benéfica institución. Fruto es de sus tareas la victoria del Barón que no alcanzó a disfrutar, pero que servirá de lección saludable a cuantos en adelante pretendan combatir la autoridad con las armas que la nación puso en sus manos para defenderla. Al paso que trabaja por contener a los veteranos, quería hacerlos ilustrados y capaces de dar gloria a su honrosa profesión. La Academia Militar,

erigida con este objeto, será un monumento eterno de la sabiduría y patriotismo de su digno fundador".

"Enemigo acérrimo de toda mitigación o condescendencia en la observancia de la ley, estaba dispuesto a procurarla aun cuando fuese preciso sacrificar sus intereses y las más caras afecciones. Pudo como hombre padecer alguna equivocación, pero su inflexibilidad nacía de un fondo de justificación y laudable celo. Miraba como vicios generalizados en el país y origen de inmensos males, la indiferencia por los perjuicios públicos y el propender a la impunidad de los culpables, y no es de extrañar que el temor mismo de que llegase a contaminarle este contagio, le hiciese atribuir a vergonzosa cobardía lo que otros consideran prudente discreción en la severidad del castigo, Al mismo tiempo que perseguía los delitos, no había para él mejor recomendación que el mérito y los talentos, y cuantos poseían estas apreciables cualidades, sólo dejaban de ser sus amigos, cuando conceptuaba que podían emplearlas en perjuicio del orden establecido. Siempre que no hubo este temor, ocupó en empleos de importancia, y tal vez los más apetecidos, a personas que le habían sido desafectas".

"Ningún hombre público le ha excedido en laboriosidad y contracción. Los pocos meses que gobernó a Valparaíso, eternizaron allí la memoria de su incansable celo y perspicaz vigilancia. Con dos y hasta tres ministerios a su cargo, despachaba simultáneamente los negocios de cada uno como si fuesen solos, y se ha oído generalmente a los oficiales de quienes se servía, que con tal jefe no se lograba un momento de desahogo. Los negocios de suma

importancia que siempre le preocupaban y que, al parecer, le exigían toda su con tracción, no le impedían descender a pequeñeces que otro habría despreciado, pero de las cuales sacaba inmensas ven tajas. Para él nada era perdido, porque todo entraba en la ilimitada extensión de sus planes. El artesano, el labrador, el soldado y hasta el despreciable mendigo, no había uno que no fuese detenido por su habitual jocosidad y de quien no adquiriese sagazmente noticias de algún provecho".

"Pero la cualidad más notable, la que parece formaba el alma de sus otras relevantes prendas, era el tino para acordar sus providencias y cierta previsión para calcular sus efectos, pues parece que llevaba en sus manos la voluntad de los hombres y el poder de los elementos. ¿Cuántas veces no se temió un descalabro donde tal vez se daba el golpe decisivo? Durante los siete años y medio que ha intervenido en los negocios públicos, no ha quedado tentativa de que los enemigos del gobierno no se hayan valido para derrocarlo, y en todas han encontrado su triste desengaño. ¿Quién no creyó envuelta la república en guerra civil, a lo menos por algún tiempo, cuando repentina e improvisadamente se tuvo la noticia de que debía estar ya en nuestras costas una expedición formal, mandada por el caudillo de la oposición al gobierno, y según todas las apariencias, dirigida y sostenida por el afortunado conquistador que acababa de ganar el Perú con una empresa semejante? ¿Quién? Solamente el ministro y los que conocían de lo que él era capaz. Vosotros visteis en pocos días formar escuadras y disponer ejércitos y dirigir sus operaciones como si la guerra y los mares no ofreciesen

contratiempos. Supisteis después que, mientras en Chi loé eran aprehendidos el jefe de la expedición con sus tropas, buques y bagajes, flameaba el pabellón chileno en el Callao, y se firmaba por el señor de tres repúblicas una tregua, que aun cuando vergonzosa para él, con todo no satis hizo las grandes miras del autor de tan gloriosos triunfos".

"¿Y quien llegó a él afligido que no saliese consolado? Nada queda de su ingente fortuna, porque toda se ha empleado en favorecer al oprimido, educar al pupilo, socorrer a la viuda y mantener al desvalido; y aun ha sido necesario que los administradores de sus rentas se constituyan en tutores suyos, para que siquiera tuviese con qué sostener la decencia de su casa. A pesar de su severidad, estaba dispuesto a perdonar ofensas, porque no conocía otros enemigos que los que creía del estado, y aun con éstos, mientras una mano firmaba decretos contra ellos, alargaba la otra para aliviar sus miserias. Durante el tiempo que vivió en el campo, todo su placer consistía en procurar la felicidad de los sencillos aldeanos. El era su consultor, su padre y hasta su médico, pues al efecto había hecho un detenido estudio de los medicamentos más usuales y de su oportuna aplicación".

"Pocos han mirado con tanto desdén el falso brillo de la pompa mundana, y al paso que su rango y los destinos que ocupó le colocaban entre los primeros hombres del país, su vestido, su tren y todo el aparato de su casa no anunciaban otra cosa que sencilla mediocridad. Siempre los que apetecen la gloria vana se procuran una clientela lucida para que así se dé más crédito a las alabanzas

que ella les prodigue; pero, enemigo irreconciliable de la adulación y lisonja, como franco e ingenuo que era por carácter, más bien parece que estudiaba el modo de disminuir sus aplausos. Hizo el más alto desprecio de las riquezas y hasta los émulos más obcecados se ven precisados a confesar su inimitable desinterés. Dueño de un caudal que podía llamarse opulento, cuando se con trajo a los negocios del estado, abandonó enteramente el cuidado de conservarlo. Invirtió sumas cuantiosas en objetos públicos y no consintió en su vida que se le reembolsasen, Sirvió constantemente empleos lucrativos, pero de ellos no percibió otra cosa que el asiduo trabajo. Para que recibiese sueldo en la última época que desempeñó el ministerio, fue necesario todo el empeño de sus amigos y un formal precepto del gobierno, pues ya casi no le quedaba con qué subsistir".

Un decreto del congreso nacional mandó elevar un monumento de mármol en el panteón, para trasladar a él sus restos; y erigir en el atrio del palacio de gobierno, una estatua de bronce que lo representase. Mientras se construía el monumento, se llevaron los restos a la Recoleta Dominica; y un año después, se le sepultó en la Catedral, al pie del presbiterio hacia el lado del norte, en la nave principal.

\* \* \* \*

Las autoridades de provincias organizaron espontánea mente la persecución de los cabecillas del motín de Quillota. Cerraron en el norte los boquetes accesibles de la cordillera y establecieron la



vigilancia de todas las caletas desde las cuales se podía ganar un buque.

El 16 de junio llegaba a Valparaíso el coronel Vidaurre aprehendido por el comandante de Húsares, Soto Aguilar, en la hacienda de su primo hermano, el gobernador de Carablanca, Pedro Garretón. Se le llevó a la plaza donde fue escarnecido y befado por el furor popular. "Se me gritó — dice— asesino, padre de asesinos". En el cuartel militar del antiguo claustro de San Agustín, se le aherrojó con doble barra de grillos. En el mismo cuartel estaban ya Narciso y Raimundo Carvallo, Forelius, Luis Ponce, Agustín Vidaurre el sargento mayor Toledo, Florín, Muñoz Gamero y el teniente Sotomayor, capturados en el campo de batalla o aprehendidos poco después. Se les dejó sobre el suelo frío y húmedo del calabozo sometidos a un tratamiento inhumano.

El pueblo de Valparaíso, que conoció a Portales, le amaba por su espíritu de justicia igualitaria. Ya del cadáver, siguiendo el ejemplo de los más fervorosos admiradores, se había disputado algunas hebras de cabellos y hasta pequeños jirones de la ropa blanca que dejaron los soldados. A medida que la fantasía bordaba nuevos episodios sobre las vejaciones de la persona del ministro, el furor del pueblo iba creciendo, y ganaba a las autoridades y a los magistrados. A la llegada de Florín, una gran multitud se acumuló en las calles que debía recorrer. Caballero en un asno de carga, afrontó con tranquila indiferencia el furor de la muchedumbre, resguardado por fuerzas de línea para impedir que lo despedazaran. Fue menester remacharle, en presencia de la turba, una barra de

grillos, para lograr que se disolviera. "Llegaba a tanto la exaltación y el fanatismo que produjo este acontecimiento —dice una relación de origen pipiolo— que no se consideraba buen patriota el que no estaba animado de iguales sentimientos, y aun puedo asegurar que se habrían disputado la preferencia en clavar personalmente el puñal en alguno de los conspiradores y particularmente en Vidaurre y Florín".

El proceso se tramitó dentro de este ambiente. La sentencia estaba pronunciada antes de iniciarse. Sólo cabía limitar el número de víctimas; y a esto se concretó el esfuerzo del juez de letras de Valparaíso, José Antonio Álvarez, que hacía de auditor de guerra.

Aunque Florín se desdijo en un careo con Vidaurre de su primera afirmación de haber recibido orden de éste para fusilar a Portales, y después pidió un segundo careo en que volvió a su primera declaración, no se practicó diligencia alguna para aclarar ni este punto, ni la participación de los agentes de Santa Cruz. La resolución estaba tomada. Que Vidaurre hubiera dado la orden; que en el terror de ser fusilado por Portales, si lo dejaba vivo, le hubiera cambiado la guardia, para dar lugar a que Florín lo asesinara, y poder así jurar que no había dado tal orden; o que ese cambio inexplicable, conocido el carácter sanguinario de Florín y su designio de asesinar al ministro, hubiera sido inconsciencia de la bebida, era indiferente. Quiénes fueron los desconocidos que hablaron con Florín antes del segundo viaje del sargento Espinoza al frente, tampoco importaba. En suma, se pasó por sobre las

obscuridades, dejando algunos hechos en vueltos en tinieblas que la investigación no ha logrado aclarar enteramente.

Las declaraciones del proceso rivalizan en la mentira y en la cobardía moral. Son el mejor reflejo de la degradación producida en el ejército por las campañas contra los araucanos, los montoneros y la guerra civil. En medio de tanta miseria, las de José Antonio Toledo y del capitán Daniel Forelius, forman contraste. Se conoce ya la hoja de servicios del primero. El segundo era un hidalgo aventurero de nacionalidad sueca, vecino a los cincuenta años. Un desfalco en el cargo de confianza que había ocupado al servicio de Bernardotte, lo había movido a suicidarse. Recogido moribundo, curó y fue héroe de mil aventuras novelescas. Enteramente extraño al complot, entró en él por deporte, como lo había hecho años atrás en la revolución o'higinistas de Chiloé, y fue fusilado, también por deporte. Quizás existiera en la conciencia de los miembros s del consejo algún cargo que ha escapado a la posteridad.

Esta premura en el proceso, esta decisión de atropellarlo todo, era la resultante de la necesidad de satisfacer la vindicta pública.

En la mañana del 3 de julio, se pronunció la sentencia que condenaba a muerte a José Antonio Vidaurre, José Antonio Toledo, Santiago Florín, Narciso y Raimundo Car vallo, Daniel Forelius, Carlos Ulloa y Luis Ponce. Se ordenó, además, colocar en una picota, en la plaza de Quillota, la cabeza de Vidaurre, y la de Florín, en el camino frente al punto donde fue capturado y su brazo derecho en el lugar donde asesinó al ministro. Esta sentencia no tenía apelación. Era la primera vez en Chile, desde el motín de

Figueroa, que un caudillo iba a pisar el cadalso. En los innumerables motines y revueltas del régimen pipiolo, siempre se había fusilado a humildes soldados, dejando impunes a los caudillos y a los instigadores. "Entre los oficiales que se fusiló en ese entonces —dice Zapiola— tocó la casualidad que todos habían ascendido desde soldados rasos".

También fueron condenados a muerte los capitanes Juan José Drago, José María y Domingo Díaz y Luciano Pina; los ayudantes Francisco Ortiz y Manuel Antonio Sotomayor; y los subtenientes Manuel Muñoz Gamero, Pedro Robles, Domingo Hermida, Pedro Arrisaga, Francisco Sala manca, José Antonio Campos y José Tomás Ahumada, pre vía consulta al gobierno, el cual, contra la disposición legal, los indultó.

Un empeño que llegó a la primera magistratura, permitió a Agustín Vidaurre, el hermano del coronel, escapar con la pérdida del empleo y diez años de destierro. Los reos habían sido trasladados al bergantín "Teodoro".

Se les desembarcó en la mañana del día 4, vestidos con humildes trajes civiles; y se les condujo en un carretón de carga a la plaza de Orrego. Casi todos afrontaron el patíbulo con resignación.

El 9 de septiembre llegaba su turno en el cadalso a los capitanes Francisco López y Francisco Ramos, capturados en los momentos de cruzar la cordillera por Coquimbo. El mayor Soto y los demás oficiales fueron indultados. Esta diversidad de criterio, a tanta distancia del motín y cuando ya las pasiones se habían calmado, debióse a datos recogidos posteriormente, y que quedaron al margen

del proceso, según las revelaciones de los que intervinieron en él y que la tradición ha conservado.

La última víctima fue el sargento Andrés Espinoza, el conductor de los recados de Florín a Vidaurre. Se le fusiló en Santiago, en la plaza del mercado el 17 de diciembre de 1837.

El coronel Vidaurre, durante su estada en el "Teodoro", escribió a lápiz los apuntes para su testamento, que su hermano Agustín logró salvar. Las dos declaraciones fundamentales son las siguientes:

"Juro delante de Dios y aseguro a los chilenos por mi honor, no haber tenido parte directa ni indirectamente en la muerte del ministro Portales y don Manuel Cavada; pues esta desgracia ha sido obra de un arrebató del oficial Florín".

"La expedición al Perú es una intriga no menos ridícula que criminal, y que el chileno menos advertido debe conocer, pues en ella no se han propuesto otro objeto que destruir los últimos restos de los oficiales que han peleado por la independencia, y que llaman elementos de discordia, porque se han de oponer a las miras siniestras de los ambiciosos, y por esto se quiere, pues, hacer una regeneración, criar todo nuevo en el orden militar para afianzar la tiranía, y dejar para siempre encadenada la libertad en Chile"<sup>113</sup>.

\* \* \* \*

La cabeza de Vidaurre, clavada en una pica, permaneció en Quillota largos días a la expectación pública. Cayó, a impulsos del viento, en una noche de temporal; y un sargento de caballería la encontró

---

<sup>113</sup> Estas declaraciones las repitió en su testamento.

comida por los perros entre unas matas de palqui. En este estado se la enterró en el panteón de Quillota.

En 1838, el que había sido comandante del Valdivia y después de las guardias cívicas de Valparaíso, coronel Ramón Boza, pidió hospedaje a los religiosos de la Recolectión Franciscana de Santiago. Dejando en el mundo a su mujer y a sus tres hijos, se encerró en la celda que le fue concedida, en compañía de una calavera que colocó al pie de un crucifijo. Allí llevó una vida de renunciamento y de mortificación que sólo interrumpía para hacer el reparto de pan a los pobres.

La calavera era la del coronel Vidaurre, el amigo y el compañero de armas con el cual había compartido los extravíos revolucionarios y aceptado las sugerencias de un poder extranjero para derribar a su propio gobierno. Su alma no resistió los remordimientos que le causó su falta de entereza para comunicar a Vidaurre la decisión de no cooperar a un motín, que acabó repugnando a su conciencia. No pudiendo ya reparar en el mundo, el derramamiento de sangre, las amarguras y el legado de ignominia que creía haber provocado, buscó en la religión un lenitivo a su alma lacerada; y al enclaustrarse, llevó consigo la calavera del amigo y compañero para purgar juntos los extravíos de las pasiones y las flaquezas del espíritu que los habían arrastrado al deshonor y al crimen.

Hasta su celda llegaban, el 20 de abril de 1851, las descargas cerradas que segaban las filas de los cívicos, primero, y las de los defensores del cuartel de artillería, después. Los religiosos vieron con estupefacción que el coronel vestía su viejo uniforme y se ceñía

su espada. Iba a redimir en la vida el crimen que ya había purgado ante Dios: iba a pelear en defensa del gobierno, que encarnaba el alma de Portales.

Falleció el noble anciano, repentinamente en octubre de 1866, a los 72 años de edad. Su penitencia había lavado la culpa de sus desvaríos revolucionarios. La justicia serena del porvenir debía redimir, 69 años más tarde, su memoria del cargo de traidor. La información de Romero disipa hasta la última sombra de las dudas que Agustín Vidaurre arrojó sobre su conducta en Valparaíso.

\* \* \* \*

El asesinato de Portales tuvo una significación espiritual que lo coloca aparte en la larga serie de los crímenes políticos americanos. Florín sólo fue el brazo armado de dos grandes fuerzas que Portales domó: el militarismo y el odio al gobierno enérgico y eficiente. Las había encadenado, y ambas, por turno, debían romper las cadenas en el correr del tiempo. Pero se engañaron los contemporáneos al creer que la ruptura iba a producirse inmediatamente. La sombra de Portales continuó su obra, mediante una de las transfiguraciones más violentas que registra la historia. Aún no se inhumaban sus restos, apenas el estadista de carne y hueso había desaparecido, cuando ya se le advierte encarnado en símbolo de la unidad nacional y de una nueva conciencia cívica en el alma chilena.

Al advenimiento de Portales, los chilenos estaban divididos por diques de pasiones, que impedían la formación de un alma nacional y de un estado organizado. Dividíanse en godos y patriotas. Godos eran los que habían combatido del lado del rey o presenciado como

simples espectadores el drama revolucionario, aunque fueran los más abnegados ciudadanos y los mejores sostenes de la república independiente. Patriotas eran todos los que combatieron por la independencia, lo mismo el ciudadano útil a la nación, que el simple aventurero, el caudillo desvergonzado, y el ladrón que saqueaba las arcas públicas. Los patriotas se dividían, a su turno, en carrerinos, o'higginistas e indiferentes, que no albergaban más sentimientos comunes que el odio a España y a los godos. Las ideas-fuerzas que enlazan por encima de las disidencias ideológicas y de las simpatías personales, a todos los elementos de una colectividad en un alma nacional, estaban aún dormidas. Sobre estas dos barreras, se sobrepuso, sin aplastarlas, otra que estaba en germen desde el coloniaje: la división de godos y de patriotas, en penquistas y santiaguinos. Más tarde, los sentimientos carrerinos y o'higginistas; sin desaparecer, cedieron algo a nuevos odios y distanciamientos, que la historia ha englobado bajo los nombres, ayunos de contenido ideológico, de pelucones y pipiolos, de litres y de philopolitas. Latentes estaban otras divisiones, que sólo debían aflorar un siglo más tarde: la antipatía entre el pueblo cargado de sangre aborígen y la aristocracia; y dentro de esta última, la dualidad irreductible entre el elemento castellano-vasco, dueño del poder y de la fortuna, y el elemento andaluz meridional que iba a enseñorearse de la intelectualidad, de las profesiones liberales y de la enseñanza.

Portales estaba por encima de todas estas antipatías. Los nombres de godos y de patriotas no sonaban a sus oídos. Los apodos de pelucones y de o'higginistas le dejaron frío, y los de pelucones y de



pipiolos, carecían para él de sentido. Nunca vio en el ciudadano pencón de valer real un' inferior del santiaguino. Su espíritu no era aristocrático, sino en el sentido de la capacidad, del valer moral y de las virtudes cívicas. El mismo era, como Balmaceda, una fusión de los dos componentes de la aristocracia chilena: tenía del castellano-vasco la honradez, la cordura y el sentido de la duración; y del meridional, el temperamento, los gustos y las fantasías. Su espíritu anti oligarca, abierto a la comprensión de todos los valores verdaderos, y su justicia igualitaria, la única que en Chile midió al poderoso con la misma vara que al humilde, le captaron el respeto instintivo de la gran masa inerte, que aún no contaba como factor activo en el desarrollo político chileno. Y su genio se cernió sobre todo esto, no con la ataraxia serena del intelectual, sino con el violento poder de su gestión de un apóstol, de un cruzado, de un "caballero andante que perseguía un ideal", de orden, de abnegación cívica, de patriotismo áspero y agresivo, propio de un pueblo pequeño, pero joven y viril, de laboriosidad honrada, de sanción severa y de justicia serena e inmaculada.

El proceso de simbolización estaba ya muy avanzado en vida. La dramaticidad del asesinato y la fácil sugestión del pueblo chileno, apresuraron la segunda fase. Su figura humana se disolvió en el ideal; su alma, desprendida de la forma individual, se transfiguró en espíritu colectivo. Un alma nacional informó el caos; y un estado orgánico surgió de la masa informe, en el extremo austral de la gran nebulosa americana.

## **Anexo al Capítulo XII**

### *El acta del Padre Pascual y el asesinato de Portales*

La curiosidad se ha polarizado con fuerza extraña en torno al hecho de si Vidaurre ordenó o no el asesinato de Portales. La primera reacción de la conciencia nacional se produjo, hace ya más de noventa años, en sentido afirmativo; y la sensación de vergüenza y de indignación que causó en el ejército, fue uno de los pilares más sólidos del edificio portaliano. La contra reacción formó parte del intenso proceso ideológico y sentimental contra el edificio de Portales, que empezó en 1848 para terminar en 1891. Hace ya cuarenta y dos años que los campos de Concón y La Placilla, presenciaron el Suicidio de la aristocracia castellano-vasca. El contenido de los sentimientos que engendró la tragedia, con su acción y su reacción, se volcó ya en la historia. Lo que resta, es sólo la curiosidad de conocer a la luz fría de la crítica de hoy una realidad ya muerta en su trascendencia histórica.

Los contemporáneos no vacilaron en imputar el asesinato de Portales a Vidaurre, en cumplimiento de una orden de Santa Cruz. El proceso, tal como quedó, no deja la menor duda sobre el hecho de haber recibido Florín en Viña del Mar la orden de fusilar al ministro. Sus declaraciones, que tienen la apariencia de una completa sinceridad, a pesar de la retractación, después retirada; la falsía tradicional del carácter de Vidaurre, reflejada en la conducta que él y su hermano gastaron hasta el último momento con el ministro, adulándolo y sentándose a su mesa y mendigando sus favores; el cambio de mando de la guardia de Portales a raíz de

conocerse la respuesta de Blanco; la declaración del capitán Solís de Ovando, que oyó a Vidaurre dar la orden de asesinar al ministro; los temores que expresó el parlamentario Pina por la vida de Portales a los jefes de Valparaíso en la última tentativa de rendición de la plaza, mediante la carta arrancada a Portales; la concordancia de la clave que sirvió de comunicación entre Florín y Vidaurre con otra que este militar empleó en sus aventuras revolucionarias; y el desarrollo mismo de los acontecimientos, forman un conjunto de antecedentes decisivos para el juicio desapasionado del que se atenga sólo al proceso. En cambio, la intervención de Santa Cruz en la gestación del motín, sólo ha podido establecerse mucho más tarde; y su responsabilidad en el asesinato de Portales, no ha podido ser probada hasta hoy en forma definitiva, sin que por esto sea dudosa.

Desde el primer momento, hubo opiniones aisladas que creyeron divisar en el crimen un acto espontáneo de Florín, No tenían más fundamento que la pasión política, y, durante diecinueve años, se transmitieron familiarmente. Estaban ya para extinguirse, cuando las resucitó un documento que se supone emanado de Florín. Entre 1848 y 1891, la pasión ideológica-política estalló entre los intelectuales chilenos con fuerza inusitada. Encontró en sus cerebros semi instintivos un terreno virgen, libre de la visión de la endeblez de los postulados y de la relatividad de las instituciones. El odio ideológico y racial al concepto portaliano del estado, los empujó a la apología de la revolución y a transformar en héroes y en mártires a los caudillos y a los cómplices. La rehabilitación de la

memoria de Vidaurre fue uno de los empeños más tenaces del doctrinarismo liberal chileno. El tipo más genuino del militar de la época (que había puesto su espada al servicio de O'Higgins contra Pinto y de Prieto contra los pipiolos), incapaz de albergar otro propósito que el del cuartelazo, se transformó en paladín y mártir de la idea liberal.

El documento que dio pie a la campaña de rehabilitación, es un acta firmada el 24 de mayo de 1856 por uno de los religiosos que auxiliaron a Vidaurre y a sus cómplices, el franciscano José María Pascual. El tenor de este documento es el siguiente: "El infrascrito, fray José María Pascual, religioso franciscano, certifico como uno de los sacerdotes que auxiliaron y acompañaron hasta el patíbulo a los reos de la revolución de Quillota del 31 de junio de 1837, que el día de la ejecución, que fue el 4 de julio del citado año, el capitán don Santiago Florín, a bordo del bergantín nacional "Teodoro", pocos momentos antes de salir al patíbulo, me entregó personalmente, a fin de que se le diese la mayor publicidad, una declaración en los términos siguientes: "Yo. Santiago Florín, capitán del regimiento Maipú, en fe de que muero como católico cristiano, confieso que la muerte del señor ministro don Diego Portales, fue obra espontánea de mi voluntad, sin que para ello hubiese tenido orden de mi coronel don José Antonio Vidaurre, ni tampoco hubiera tomado parte ninguna en la precitada muerte; pues luego que la supo, la sintió mucho, y dijo: "somos perdidos". Y para que ésta mi confesión llegue a noticia de todos y no se denigre a nadie injustamente, pido que se dé a luz en los periódicos de la república. Así lo firmo en el

mismo momento en que voy a dar cuenta de mi vida al Eterno Juez. — Santiago Florín".

"Ejecutada la sentencia, le tocaba al infrascrito ser fiel al encargo de un desgraciado que acababa de expirar en manos de la justicia humana. Tomé la presente declaración y dos cartas que también se me habían confiado, una del coronel Vidaurre, en que se despedía de su esposa e hijos, y otra del capitán Forelius, recomendando la educación de una hijita suya a la señora Josefa Larraín; y con estas tres piezas me acerqué al señor gobernador de esa época( don Ramón Cavareda, quien me dijo: que no era necesario publicar la declaración del precitado Florín, y la dejó en su poder, devolviéndome las dos dichas cartas, que dirigí a su destino.

"Agrego, a mayor abundancia de lo expuesto, que presenciaron la entrega que me hizo de la referida declaración, su autenticidad y firma, el finado religioso dominico fray N. Rivilla, mi cohermano fray Francisco Guevara y don Andrés Testa, a la sazón recoleto y ahora clérigo. Y para la viva constancia de lo dicho, suscribo el presente traslado delante de los tres señores que a continuación aparecen, en esta ciudad de Valparaíso, a 24 de mayo de 1856. (Fdo.).—José María Pascual. —José R. Otaegui. —Fray Francisco M. Alzamora. —Fray José Gregorio Cisternas".

No hay antecedente alguno que permita comprobar la autenticidad de este documento<sup>114</sup>.

---

<sup>114</sup> Contrariamente a lo que creía Sotomayor Valdés, el padre Pascual era un semiloco y un revolucionario furibundo, sin solvencia moral alguna. La misma efectividad de la retractación de Florín, que, según la traducción habría sido obtenida por el propio vencedor del Barón, Juan Vidaurre Leal, que fue el defensor de su primo carece de valor, pues Florín volvió a sostener su primera declaración

Hay, pues, que apartar este documento, tenerlo por no existente; y reconstituir lo ocurrido, a la luz de los hechos establecidos en el proceso y de algunos antecedentes que están fuera de él. La irritación del primer instante y la convicción de que Vidaurre había ordenado el fusilamiento — hecho sobre el cual, contra lo que afirma Vicuña Mackenna, ninguno de los jueces tuvo siquiera dudas— impidieron adelantar la investigación hasta esclarecer los detalles y las contradicciones que quedaron en la penumbra. Las instrucciones de Prieto, en el sentido de no hacer públicas, por política, las concomitancias de Santa Cruz con el ejército y con el motín de Quillota, hicieron, poco después, inútil el adelantamiento del sumario.

Para la correcta inteligencia de los hechos, hay que partir de la base de que la idea de asesinar a Portales es antigua, y que todo induce a creer que fue sugerida desde Lima. La psicología castellano-vasca mostró, desde el principio, un horror al asesinato político que contrasta con el código moral americano de la época. La dureza argentina empujó a la supresión de Manuel Rodríguez, como necesidad política ineludible. Sin ella, no podía realizarse la expedición al Perú; ni afianzarse la independencia de Chile. La aristocracia chilena jamás perdonó a O'Higgins la impunidad del crimen, impuesta también por necesidad política. Más tarde, dos de los triunfadores de 1829 concertaron el asesinato de Freire. Se conoce la impresión que el hecho causó en Portales y en cuantos se impusieron de él. En cambio, en la descomposición que siguió a la independencia, el código moral hispanoamericano se connaturalizó

con el asesinato político. A las siete y media de la noche del 25 de enero de 1825, Bernardo Monteagudo se dirigía a visitar a la señorita Juana Salguero. Su cadáver se encontró con un puñal atravesado en el corazón, sin que se le despojara de nada, en la calle de Belén, frente al solar donde más tarde se edificó la estación del ferrocarril de Lima al Callao. Después de fracasada su tentativa monárquica, se había puesto al servicio de la presidencia vitalicia de Bolívar, que creía único dique posible contra la anarquía. Bolívar, se abocó el proceso, recibió la delación del asesino, mediante el indulto, y guardó silencio absoluto. El asesinato había sido acordado en la Logia Republicana; y el propio ministro de estado de Bolívar, José Sánchez Carrión, hombre de grande entereza moral, pero de pasiones fuertes, había puesto personalmente el puñal en las manos del mulato Candelario Espinoza. A fines de junio del mismo año, moría envenenado Sánchez Carrión con una droga que colocó también personalmente, en un vaso de horchata, otro de los ministros de Bolívar, el general Tomás Heres. El hecho lo conoció igualmente Bolívar. Estos crímenes son un episodio perdido entre cientos de atentados iguales producidos en el escenario hispanoamericano. La posteridad apenas recuerda las tentativas contra Bolívar, los asesinatos de Blanco, de Sucre, de Guerrero, de Armansa, de Quiroz, de Bermúdez, de Zerviez, de Carvajal, de Heres, de Mires, de Castillo, de Otaegui, de Marazán, de Arboleda, de García Moreno, etc.

La idea de asesinar a Portales asomó por primera vez en la conspiración de los puñales, en marzo de 1833. Según la tradición,

la propuso un ex miembro de la Logia Lautarina, y nadie se atrevió a buscar el asesino, comenzando por el proponente. No se vuelve a hablar de ella hasta que estallan las dificultades con Santa Cruz. Apenas producidas éstas, Pascual Cuevas, amigo íntimo del ex ministro del Protector, aún residente en Chile, Manuel de la Cruz Méndez, apostó un asesino frente a la casa de Portales para consumar el crimen, en la forma del de Monteagudo. Tanto el gobierno chileno como la opinión pública, sindicaron a Méndez de responsable moral de esta tentativa. La relación del comandante Romero, que fue invitado al complot, confirma la afirmación tradicional.

Desde ese momento, la idea del asesinato se hizo familiar entre sus adversarios. No es un proyecto concreto; es un propósito que flota en la atmósfera. Benavente simpatizó con la revuelta de Vidaurre, sin comprometerse en ella, porque tenía la conciencia del fracaso. Se ha reproducido la carta que contestó a Vidaurre. Para los que conocemos su psicología y podemos leer su pensamiento entre líneas, la traducción de ese documento es: "No veo tan claro como Ud. el triunfo. No se comprometa más. Procure a toda costa impedir el asesinato del ministro".

Ahora bien, esta idea persistente del asesinato de Portales, esta conciencia de que se le asesinará, ¿nació espontáneamente en un vuelco moral de la psicología castellano-vasca? Y si este vuelco se produjo, ¿de dónde brotó la reacción que siguió al asesinato, la más intensa que se registra en la historia del pueblo chileno? ¿Por qué, junto con caer Santa Cruz, el asesinato político volvió a desaparecer



de la psicología revolucionaria chilena? Nosotros siempre hemos creído percibir en ese rumor persistente, una manifestación de que se tramaron subterráneamente diversos planes de asesinatos, sugeridos de afuera por gentes que no lograron, por la distancia y el medio, coordinar nada eficaz. El examen de la correspondencia privada de la época y de las referencias que en ella se hacen al crimen, deja la impresión de que se allegó varias veces la tea, pero la paja húmeda no ardió.

Uno de los rasgos más acentuados de la psicología incaica, es el derecho a la supresión del adversario por necesidad política justificada. Santa Cruz era de mentalidad moral netamente incaica; y siempre creyó que la guerra sólo reflejaba la voluntad de Portales, y era indispensable anularlo para afianzar la Confederación. El vicepresidente de Bolivia. Mariano Enrique Calvo, en carta al Protector del 3 de julio de 1837 (cuando aún ignoraba el asesinato), haciéndole ver las grandes resistencias que se habían levantado contra la Confederación, le dice: "La maldita guerra de Portales es la que ha pervertido la opinión, que sin ese desgraciado incidente, no habría llegado jamás a ponerse en el estado en que tan repentinamente se ha puesto. Si hubiéramos podido salir de ella, o si saliéramos antes del congreso (de Chuquisaca), aun cuando no pudiéramos canonizar el pacto, serían menores nuestros conflictos". El Protector, que ya conocía el desenlace del motín de Quillota, le contestó: "Voy a hacer una nueva proposición de paz al gobierno de Chile, con mucha esperanza de que será aceptada, según las noticias que he recibido; el pueblo quería paz, y el gobierno, por más

que seguía persiguiendo a sus enemigos y continuaba los aprestos, no había podido volver a colocarse sobre su asiento, ni se colocará más, porque no ha quedado un hombre que la dirija". La supresión de Huáscar, al llegar los españoles, refleja el código moral de una raza que está presente en Santa Cruz. La orden de asesinar vino, evidentemente, de Lima. Si emanó de Santa Cruz, o si fue espontánea de los emigrados chilenos, por intermedio de los cuales se cumplió, parece ya imposible esclarecerlo.

El segundo antecedente de que hay necesidad de partir es que el asesinato de Portales estaba, casi seguramente, consultado, para el mismo motín de Quillota. Poco después de cometer el crimen, Florín, que, como se recordará, en ese momento se creía triunfante, le contó a Soto Aguilar "que ninguno de los oficiales quería hacerlo (asesinar al ministra) y se habían empeñado con él para que lo hiciese". Es una declaración espontánea, libre de toda presión y ajena a todo móvil que pudiera inducirlo a excusar responsabilidades que sólo nacieron después de la derrota. La idea del asesinato del ministro era común a toda la oficialidad comprometida. Hasta el momento de percibir la indignación que causó, en lugar del aplauso nacional que aguardaban, son todos solidarios. En Tabolango, Florín y otro oficial amenazaron al ministro con fusilarlo, en presencia de Vidaurre. Entre las cuatro de la mañana y las cinco y media del día 6, varios de los oficiales estuvieron conversando amistosamente con aquél, entre otros, Narciso Carvallo, que vino a devolver a Necochea su espada, al punto que éste se encontraba custodiado por Florín. Ni él ni los demás oficiales

le hicieron cargo alguno. Del campo de batalla se retiraron juntos Vidaurre, Florín, Toledo, Soto, los Carvallo y Uriondo. La escena de melodrama sobre la impresión que causó a Vidaurre el asesinato, lo mismo que sus propósitos de fusilar a Florín, está íntegramente forjada sobre la base de las frases inventadas instintivamente por los testigos adictos al coronel para atenuar la responsabilidad propia y la que a él le cabía. El horror a Florín sólo se produjo más tarde.

Vidaurre no ignoró, en ningún momento, la idea del asesinato que dominaba entre los oficiales. Pero más consciente, no ha pensado en permitir su realización. Es un tímido moral, y los altos fusilamientos sólo los ordenan hombres del corte de Santa Cruz y de Lavalle. Ni siquiera odia a Portales; cree odiarlo. Incapaz de ningún fanatismo, ni de ningún sentimiento exaltado, su distanciamiento ha sido sólo la resultante de las mortificaciones de su amor propio enfermizo y de su inclinación al cuartelazo. Aquéllas las vengó con las vejaciones, los grillos, la falta de alimento, las desconsideraciones y el apresamiento mismo. Está ya rehabilitado a los ojos de los extraños de las imputaciones de servilismo. La cólera que había en él comprimida, estalló sin pasarse a llevar la vida del ministro.

Por otro lado, los acontecimientos le han comprometido en un motín cuyo éxito siempre divisó dudoso. La persona del ministro es la carta que, desde el principio, tiene pensado jugar contra Valparaíso, si la revolución no estalla ahí. Pensó jugarla contra la rendición de la plaza primero; y si fracasa, la jugará contra un indulto decoroso.

Por eso preguntó al capitán Piña, cuando regresó con la respuesta negativa de Blanco a la carta de Portales: "¿Qué propone, entonces, el general?"

Tomó todas las precauciones para alejar la posibilidad de un atentado. Mientras se preocupaba de los preparativos militares, encargó la custodia del ministro al capitán Narciso Carvallo, que sabe el único seguro y fiel cumplidor de sus órdenes; y mandó poner los grillos con el teniente Silva Chávez, oficial duro, pero recto. Y en el camino de Quillota a Viña del Mar, la guardia continuó a cargo del mismo Narciso Carvallo, y después, del capitán Díaz, oficial que sólo entró al motín por espíritu de cuerpo, y en el cual advirtió un gran respeto por la persona del ministro. La respuesta de Blanco cerró toda esperanza al avenimiento y causó a Vidaurre "mucho recelo". La vida de Portales careció desde ese momento de valor, como carta que jugar contra la rendición o contra el perdón. Pasó a ser la sombra fatídica para después del combate, que Vidaurre sabe perdido. Dentro de la idea que tiene de él, su fusilamiento, vivo Portales, es ineludible. Desaparecido, si logra ocultarse unos dos meses mientras pasa el furor, no se le fusilará. Exceptuado Portales, nadie en Chile fusila a un coronel.

Veamos ahora los datos del proceso. A pesar de la precipitación con que se formó, hay, como se dijo, hechos firmemente establecidos, que estrechan mucho el campo de las vacilaciones. Los historiadores han pasado por sobre ellos como por sobre ascuas.

En medio de la embriaguez de Viña del Mar, Vidaurre relevó intempestivamente al capitán Díaz del mando de la guardia del

ministro, y lo reemplazó por Florín, su hijastro, cuyo carácter le era conocido, lo mismo que su disposición de ánimo respecto a la persona de Portales, ya exteriorizada en Tabolango. Florín, en su primera confesión, en la que prestó espontáneamente, antes de sufrir la presión de Vidaurre y de los demás cabecillas del motín, declaró que, en el momento de entregarle la guardia, Vidaurre le había ordenado fusilar a Portales y a Cavada, tan luego como sintiera los primeros tiros de las tropas del puerto. El capitán Solís de Ovando del estado mayor, declara terminantemente que él oyó a Vidaurre darle a Florín la orden de fusilar a los dos, y entendió que se refería a Portales y a Necochea. A las dos de la mañana, cuando sonaron los primeros tiros de las avanzadas, Florín detuvo el birlocho, y en lugar de proceder a fusilar al ministro, mandó al sargento Andrés Espinoza a preguntar a Vidaurre, "si cumplía la orden que le había dado". Espinoza, procesado en Santiago, cuando ya Vidaurre, Florín y los demás cabecillas habían sido fusilados, declaró: "que es verdad que al confesante lo mandó Florín que fuese donde el coronel Vidaurre y le preguntase "si aquel era el lugar en donde le había dicho, o si se había pasado del límite que ya Vidaurre sabía"; el confesante fue y no habiendo alcanzado a Vidaurre, se volvió sin hablar con él..."; "que cuando volvió, le dijo a Florín que no había hablado con Vidaurre, y entonces le dijo Florín que había hecho muy bien en volverse". El hecho está establecido en forma irrefragable por las declaraciones contestes, salvo los términos del recado, de Florín, de Espinoza, de Necochea, de Soto Aguilar, del cabo González y del soldado Cornejo, producidas por

separado. No habiendo recibido la confirmación que esperaba, Florín ordenó enganchar de nuevo los caballos y continuó avanzando hasta que, entre tres y cuatro de la mañana, sintió un segundo tiroteo. Hizo parar nuevamente el birlocho, y volvió a mandar al mismo sargento, "con orden que se esperase allí hasta recibir orden del coronel; que luego llegó el sargento diciendo al confesante que hiciese lo que le había mandado". Este segundo viaje de Espinoza está establecido también en forma indudable en el proceso de Valparaíso. Pero, en el proceso seguido en Santiago, meses más tarde, cuando ya no había ningún interés en adelantar la investigación, ni siquiera se interrogó a Espinoza sobre él. De manera que la afirmación de haber vuelto sin encontrar a Vidaurre se refiere sólo al primer mandado., Si en el segundo viaje lo encontró o no, es un hecho que ha quedado fuera del proceso, que Florín afirma y Vidaurre niega.

Al regresar por segunda vez .Espinoza, Florín habló con él a distancia de todos y procedió a los fusilamientos.

De estos antecedentes fluye a firme una conclusión negativa: Florín no procedió espontáneamente al asesinato de Portales. Los crímenes cometidos durante un arrebato homicida no se consultan; tampoco se suspenden. El hecho de esperar Florín las primeras descargas para proceder a la consulta del asesinato; el aplazamiento del crimen hasta tener una respuesta; la continuación de la marcha y la nueva consulta, después de la segunda descarga, alejan hasta la más remota posibilidad de un crimen espontáneo.

Los datos acumulados en el proceso hacen presumir que el asesinato fue objeto de conversación, a lo menos, entre Vidaurre y Florín en el momento de cambiarse la guardia; pero no quedó acordado en la forma de una orden terminante, como afirmó Florín en el deseo de aminorar su responsabilidad. La supresión de Portales era necesaria para Vidaurre en caso de derrota, para salvarse él mismo; pero resultaba un crimen inútil en caso de pasarse el Valdivia, como parece haber creído posible hasta el último momento. Ha debido, sencillamente, decirle que esperara orden. La frase suelta que Solís de Ovando oyó casualmente, pudo ser una respuesta a la pregunta de Florín de cuáles serían los fusilados, en caso de recibir confirmación de la orden. El hecho de haber consultado este último, revela que no tenía orden terminante. Su carácter no era para vacilaciones y consultas delante de una orden expresa de fusilar.

Queda un punto obscuro que ya no podrá aclararse, a menos que aparezcan en Lima o en Bolivia nuevos documentos, hallazgo muy improbable, ya que nunca se deja constancia escrita de las órdenes de asesinar. La opinión mejor informada de la época, afirmó, con una extraña seguridad, la intervención directa de agentes chilenos de Santa Cruz en la comisión misma del asesinato. Antonio Vergara Albano con quien no alcanzamos a hablar y que con Garrido y Cavareda, fueron los verdaderos directores del proceso, afirmó a raíz misma del asesinato, que se había convencido hasta la evidencia, no sólo de la intervención de Santa Cruz en el motín, sino también en la orden de suprimir a Portales; que, al principio, se había puesto

gran empeño-en establecer relaciones directas entre el coronel Vidaurre y Santa Cruz sin lograrlo; pero que las indirectas existían, y que no salieron a luz debido a la intervención de Prieto, que convenció a Cavareda de que lo más impolítico que, en ese momento, podía hacerse era exhibir al ejército minado por el Protector, lo que los había obligado a eludir esta parte de la investigación, que empezaba a aclararse a medida que el proceso avanzaba.

Entre 1902 y 1906, cuando ya habían desaparecido los actores, al recorrer la documentación, escrutamos todo lo que pudiera hacer verosímil esta información, y sólo encontramos lo siguiente: antes de mandar Florín, por primera vez, al sargento Andrés Espinoza a consultar a Vidaurre, un oficial, que al cabo Juan José González y el soldado Antonio Cornejo, afirmaron haber sido el capitán Uriondo, habló con él; y Florín ordenó en el acto parar el birlocho y despachó a Espinoza hacia el frente. Durante el segundo alto, habló de nuevo con él un desconocido, que los mismos soldados afirman haber sido el teniente Manuel Antonio Sotomayor y otros el mayor Vicente Soto, el cual llegó casi junto con el sargento Espinoza que regresaba del frente. El mismo sargento Espinoza en su confesión declara, sin que nadie se lo pregunte, que en el momento del asesinato, había presentes personas extrañas al ejército. El coronel Necochea supuso que los individuos que hablaron con Florín, antes de la primera tentativa de fusilamiento y en el acto del asesinato, eran oficiales enviados por Vidaurre, lo que es absurdo; pues Florín, al recibir orden terminante, habría fusilado sin nuevas consultas. El proceso, desviado de la ver dad por la errada apreciación de



Necochea, sólo investigó este hecho; y los historiadores, por su parte, no han reparado en la sospecha que sugieren las misteriosas conferencias y que ya Necochea mismo planteó después que reflexionó más tranquilamente. ¿Hubo una gestión ante Florín para presionarlo a fin de que procediera al fusilamiento, de parte de algunos de los oficiales o civiles, que, como afirmó la opinión contemporánea, habían recibido de Lima la orden de suprimir a Portales? Florín, sin saber si el asesinato perjudicaba o no a las miras de Vidaurre, ¿quiso consultarlo antes? ¿Fueron los capitanes Ramos y Uriondo los instrumentos de la orden de Méndez?

Sin la declaración de Solís de Ovando, sin el hecho de haber bebido Vidaurre en Viña, y sin la clave que empleó Florín para su consulta, nos habríamos inclinado a creer que Vidaurre dejó asesinar, a Portales. Para que el asesinato se produjera sólo necesitaba cambiar la guardia. Esto lo sabía perfectamente, y está más de acuerdo con su carácter.

En resumen, Florín, a quien se habían dirigido los oficiales encargados del asesinato de Portales, en el momento del relevo de la guardia, en Viña del Mar consultó a Vidaurre si procedía o no a él. Vidaurre, casi seguramente, con testó que esperara orden; y como Florín preguntara de nuevo si (al recibir orden) fusilaba a todos o sólo a Portales y a Cavada, el coronel' respondió: "A los dos", exactamente como oyó Solís de Ovando. Al sentirse los disparos originados por el choque de las avanzadas, los encargados del asesinato, instaron a Florín para que lo realizara. Este, que había quedado de esperar órdenes, se detuvo y mandó consultar a

Vidaurre con el sargento Espinoza. No habiendo encontrado et mensajero al coronel, suspendió los preparativos, enganchó los caballos y continuó andando.

Al iniciarse el combate, se renovaron las instancias de los agentes de Santa Cruz; Florín suspendió la marcha y consultó de nuevo por medio del mismo sargento. En ambas consultas empleó una clave convenida con Vidaurre. Los que presionaron a Florín fueron un oficial y un civil. Las declaraciones del proceso, concluyentes e inamovibles en cuanto a las conferencias de Florín y a la intervención en ellas de oficiales, carecen de valor en cuanto al nombre de los oficiales. A la distancia a que se retiraba Florín para verificar las, la tropa no sólo no podía oír lo conversado, como declaran todos, sino que tampoco podía identificar al portador del uniforme. ¿Fue el capitán Ramos, como cree Romero, el encargado de Santa Cruz? El origen peruano de este oficial, lo mismo es un motivo para creer que fuera el instrumento del crimen, que un estímulo para convertirlo en el chivo de la tribu de Israel y descargar sobre él los pecados de los padres y de los hijos. Resultan indicios contra Uriondo y muy graves contra el propio Narciso Carvallo. En la duda, nos abstenemos de señalar individualmente a ninguno; pero los tres estaban en el secreto, y los tres hablaron con Florín antes del asesinato y después de cometido. En cuanto al civil, no hay más indicio que el que consigna Pacífico Encinas en una de las rectificaciones que hizo al libro de Vicuña Mackenna hacia 1876

y que reproducimos textualmente en nota, añadiendo que Barros Arana había oído lo mismo a su padre<sup>115</sup>.

Lo que sigue es una simple presunción. El sargento Espinoza tampoco dio con Vidaurre en su segundo viaje. Florín y sus inspiradores conferenciaron nuevamente a distancia de Necochea y de los soldados; y en vista del fracaso de la consulta, resolvieron proceder motu proprio al fusilamiento.

La orden de suprimir a Portales, emanada desde Lima, existía, según se ha dicho, desde hacía meses; pero la forma concreta como se realizó el crimen fue resuelta en la posada de Viña del Mar, en medio de la embriaguez, a iniciativa del encargado de ella. Vidaurre la conoció. Los vapores del vino exaltaban en ese momento su reacción frente al patíbulo que veía claramente como término de su aventura, a menos que un milagro empujara al Valdivia a abrazarse con el Maipú en el fondo de la quebrada; pero no ahogaban enteramente la cautela y la timidez ante las grandes responsabilidades, que constituían el fondo mismo de su organización moral. No entró de frente en el crimen; y apenas se despejó un poco su cabeza, rehuyó hasta la más remota

---

<sup>115</sup> Doña Javiera Romero de Encinas relataba que, durante una sobremesa, en casa de Zenteno, se recordó incidentalmente el asesinato de Cavada; y que el general dijo que había sido una venganza por el incidente que tuvo con "Don Negoció" (José María Novoa). La señora, que conocía a Novoa y sabía que estaba en Lima en esa fecha, preguntó: — ¿Pero que se encontró don José María en el Barón? —No —le contestó Zenteno—, pero estaba una de sus hechuras y éste fue quien obtuvo de Florín que añadiera a Cavada. Picada la señora por la curiosidad, no atreviéndose a preguntar directamente por el nombre que el general parecía querer reservar, añadió: —¿Cuál fue, entonces, el papel de Vidaurre? —El de Pilatos —le replicó Zenteno maliciosamente; y la conversación cambió. "Cavada —continúa textualmente la nota, que hasta aquí hemos extractado al darle forma impersonal— intentó encarcelar por deudas a don José María (Novoa). He visto el expediente en el archivo judicial". (¿De dónde?)

complicidad, y aun pudo olvidar la respuesta a Florín, dada en los momentos de mayor embriaguez que se siguió a los brindis.

## Capítulo XIII

### **Bases sociológicas de la creación política de Portales**

*La deformación de la historia y el concepto corriente sobre la evolución social y política de los pueblos hispanoamericanos. —La creación política de Portales se basa en una elaboración sociológica teórica posterior a él. — Estructura étnica del pueblo chileno. — Influencia del medio físico. —El régimen colonial y la guerra de Arauco. —La estructura social al término de la colonia. — Consecuencias psicológicas y sociológicas del mestizaje. — Consecuencias sociológicas de la ruptura de la tradición. — Deformación del concepto de libertad. —Admiración por los principios y por los ideólogos. —Síntesis sociológica al advenimiento de Portales.*

*"El elemento étnico superior somete a sus unes al elemento débil que encuentra en su radio de acción. La vida sin contacto estrecho con la madre patria, ha rebajado, casi siempre, notablemente el grado de desarrollo intelectual. — Gumplowicz."...*

*Existe una élite inteligente para la cual el gobierna es, sin duda, inadecuado y que choca necesariamente con él. Pero esta clase es, relativamente, muy pequeña. El gobierno debe adaptarse siempre al estado social de la gran masa".*

*—Lester F. Ward.*

*"La infancia y la adolescencia en los pueblos como en los individuos, sólo son fases del ritmo vital... El peligro está en la falsa conciencia de haber alcanzado la madurez..."*

*"El deseo de revivir el pasado, es una ilusión vana; pero renegar de él es un extravío mental..."*

*De Las sugerencias del alma colectiva.*

El concepto del pasado está sujeto a una continua evolución. Montesquieu y sus continuadores vieron a Roma en forma muy diferente que Tácito, Suetonio y Plutarco, y hoy percibimos contornos y fases de la estructura social muy diversos de las que divisó el pensador francés. El fenómeno tiene origen doble. Por un lado, las manifestaciones del pasado varían, con los descubrimientos documentales, etnográficos y arqueológicos. Por otro, nuestra mente, sujeta a perpetua evolución, lo mismo que el último átomo del universo, percibe y juzga con las variantes emanadas de sus cambios las mismas manifestaciones del pasado. Si, prescindiendo de los cambios que derivan de las causas apuntadas, agrupamos por razas a los historiadores de pueblos próximos en el grado de desarrollo, pertenecientes a una misma época, no tardaremos en percibir una visión inglesa, otra alemana y otra francesa, etc., de un mismo trozo de historia. En Macaulay, en Taine y en Ranke, hay una manera especial de comprender un

mismo acontecimiento o proceso histórico, que es el reflejo de las peculiaridades de la estructura mental de la raza independiente del factor individual.

Todavía, dentro de una raza y de una época, lo histórico no se representa igual a un Thiers, a un Lamartine y a un Luis Blanc.

Aparte de esta triple deformación, el pasado experimenta, con frecuencia, otra más efímera, pero mayor en intensidad: la que proviene de los vendavales ideológicos y sentimentales. Para irnos acercando a casa, recuérdese el odio a España que engendró la revolución de la independencia y repárese en qué medida influyó sobre la visión del coloniaje de Lastarria, Amunátegui, Vicuña Mackenna y Barros Arana, Apenas ha corrido medio siglo desde que esa visión alcanzó su apogeo; y sería hoy menester exhumar un historiador de ese tiempo y aislarlo del contacto con el mundo actual del pensamiento para que se atreviera a renovarla. Recórrase la literatura histórica que germinó al calor de los sentimientos que despertó la guerra del Pacífico o de las pasiones que presidieron la revolución de 1891. Lo que hoy nos parece un extravío, pareció cuerdo a los contemporáneos animados de las mismas pasiones y de los mismos sentimientos que los autores.

Estas reflexiones facilitarán la comprensión del origen de la intensa deformación del pasado que se advierte en nuestra historia.

Un inglés o un francés, al escribir la historia de Inglaterra o de Francia, refleja, a través de su individualidad, la visión nacional de la propia historia en el momento que escribe; pero su punto de vista

está corregido y ampliado en grado mayor o menor, por los de pensadores de otras razas.

La historia de Chile refleja el concepto que una corta aristocracia gobernante, de psicología opuesta a la de la gran masa, se formó del desarrollo histórico y de su propia actuación. Barros Arana, Amunátegui, Sotomayor Valdés y Lastarria tienen opiniones divergentes; pero todas de compleción reciamente vasca. Vicuña Mackenna, que representa un elemento distinto, en el concepto del estado y del gobierno, es aún más vasco que los cuatro anteriores. Una concepción histórica asentada sobre semejante base, es siempre estrecha e insuficiente. Añádase la circunstancia de que la mentalidad vasca es una de las más cerradas e incomprensivas de lo extraño, y el hecho de que su visión de nuestro desarrollo histórico ha prevalecido libre del control de concepciones divergentes. Lo que el extranjero ha escrito sobre Chile, es un mero eco de la interpretación vasca de nuestro pasado.

No es menos grave el otro factor de debilidad de la literatura histórica chilena. Elaborada, casi íntegramente, entre 1860 y 1891, período de intensa exaltación ideológica y sentimental de índole político-doctrinaria, su inteligencia del desarrollo social es un simple reflejo de los postulados políticos que prevalecían en esos momentos, destituida de todo valor y en abierta pugna con la realidad histórica. Una verdadera amnesia de la memoria, producida por la intoxicación doctrinaria, deforma en ella el concepto del pasado, aun en las obras de más seria investigación y de mayor frialdad en la forma. Prescinden de la constitución étnica



del pueblo chileno. Ven sólo la capa superior, y olvidan que esa capa tenía, en el siglo XVI, una capacidad política muy inferior a la aptitud media europea de la misma época; y que en ella se infiltró una cantidad apreciable de sangre aborígen. Saben que el mestizo forma el grueso fondo racial; pero miran el hecho como sociológicamente inexistente. Discurren sobre la base de que el punto de partida de nuestra evolución política fue casi el mismo de los Estados Unidos de Norteamérica. Si, al término de la Colonia, aparecemos inferiores en la capacidad de gobernarnos, el fenómeno es la consecuencia del régimen torpe y restrictivo a que España nos sometió. Reemplazado este régimen por la república, implantada la libertad y realizada la democracia, creen que la aptitud debe desarrollarse espontáneamente. Lastarria va más allá, y espera que América, más joven, con savia más des cansada, adelantará en la civilización a la Europa monárquica y caduca. Lo esencial es la libertad; a la larga, hace bueno al criminal, laborioso al flojo, hábil al torpe y da juicio político al que no lo tiene. Todo lo que la limita es tiranía.

Es cierto que la revolución no dio desde el primer momento los frutos que se esperaban; pero la anarquía es un fenómeno pasajero; es un simple eco de la propaganda revolucionaria, que ha persistido más allá de la finalidad perseguida. La libertad y la instrucción llevan en sí mismas el remedio del mal. La enseñanza de nociones de civismo y de moral, añadidas a la influencia que las luces del espíritu tienen sobre el corazón y la conducta, purgarán al pueblo chileno de los vicios que le infiltró el régimen colonial. Camilo

Henríquez creía que, una vez abierto el Instituto Nacional, los araucanos se apresurarían a concurrir a él y se capacitarían como ciudadanos<sup>116</sup>.

Chile, dentro del régimen de Portales, ha llevado una vida de estado orgánico, de progreso y de gran moralidad pública y privada. \*La América española, desde el confín norte de Méjico hasta la Patagonia argentina, es presa de la anarquía. Los caudillos se suceden, logran imponer personalmente un asomo de orden, y caen apuñaleados o expulsados sin asentar nada estable. Las matanzas, las violaciones y los saqueos convierten el escenario en un repugnante charco de sangre y de inmundicia moral. Pero la causa de esta diferencia no debe buscarse en el régimen. Los principios están sobre la realidad histórica. Ese régimen no se ajusta a las enseñanzas de la ciencia política, cuyas conclusiones son eternas y superiores a los extravíos de los pueblos. Si la anarquía ensangrienta la América española, el fenómeno es la resultante de errores en la aplicación de los principios. Debe tenerse por un hecho inconcuso que el orden y el progreso se han alcanzado en Chile, a pesar de la tiranía implantada por Portales. Fue la resultante de algunos factores históricos que actuaron en este país y que no existieron en los demás. La misma libertad, que alcanzó a florecer momentáneamente bajo la administración pipirola de Pinto, bajo Bulnes, bajo Pérez y bajo el segundo Pinto, nos redimió de muchos de los vicios coloniales. Destruyendo los últimos baluartes de la tiranía, el ejecutivo fuerte, cerebro del régimen portaliano; y

---

<sup>116</sup> Civilización de los indios

quitándole el derecho que se ha arrogado de pensar y de sentir por los que no son capaces de hacerlo, Chile entrará a gozar de todas las bendiciones de la libertad. Cada ciudadano inconsciente, alumbrado por la libertad, elegirá los mandatarios más capaces, más morales y más abnegados.

Estas ideas, transformadas en sentimientos, empujaron en masa a la aristocracia castellano-vasca al suicidio en los campos de Concón y de la Placilla, poniendo término voluntario a su predominio en forma de gobierno orgánico orientado al bien general.

Volviendo al aspecto intelectual, la exaltación doctrinaria que se desarrolló entre nuestros escritores sin sus enemigos naturales, la profundidad y la amplitud mentales, no sólo engendró un concepto errado del desarrollo histórico nacional, sino que, aliándose con la anti religiosidad, deformó en un sentido muy curioso la interpretación de la historia de la república. Gobierno retrógrado es, en la literatura histórica chilena, el que ejercita activamente el principio de autoridad y hace cumplir las leyes, aunque se oriente en sentido avanzado y progresista. Gobierno avanzado y liberal es el que no ejercita el principio de autoridad, o el que tolera la licencia, aunque sea de estagnación y lo informen ideas retrasadas. La religiosidad pone en el concepto su nota. Errázuriz Zañartu y Santa María, autoritarios y fuertemente con servadores, son liberales y progresistas, porque el primero burló a los clericales que lo eligieron, y el segundo hostilizó sus prejuicios con el establecimiento de las leyes que reglan el estado civil y los cementerios. O'Higgins, anti aristócrata y progresista, derribado por la aristocracia, es

retrógrado. Freire y Pinto, aristócratas y conservadores, representan el progreso y el porvenir. Montt y Varas, progresistas y anti oligarcas, son retrógrados.

A través de este prisma juzgó la generación pasada el régimen de Portales.

\* \* \* \*

Los intelectuales chilenos, que, en la intoxicación doctrinaria, conservaron un resto de sentido común, reconocieron al régimen de Portales valor práctico. El edificio descansaba, sin embargo, sobre los cimientos de una concepción sociológica, que, si la pequeñez del escenario permitiera decirlo sin caer en el ridículo, sería la más honda que el cerebro de un estadista haya jamás elaborado. Sólo que esa concepción no podía ser siquiera presentida en la época en que escribieron los grandes historiadores chilenos. Su elaboración teórica es posterior a Portales. Sus gérmenes dispersos en el pensamiento humano, y momentáneamente aplastados hacia el final del siglo XVIII por la riqueza sentimental y la simplicidad de los postulados revolucionarios, se polarizaron en Comte. La elaboración concreta es muy posterior. La psicología de la formación de los hábitos políticos en los pueblos retrasados, es de nuestros días. La influencia de la sugestión en el alma nacional, como concepto teórico, es aún más moderna. Y la posibilidad de utilizar la sugestión para dirigir, en un sentido racional, el devenir histórico, pertenece aún al futuro.

Aunque no tuviera otro interés que la anticipación científica que representa, valdría la pena esbozar la creación portaliana; pero para

comprenderla es indispensable descubrir antes los cimientos sociológicos de que partió. Sólo así se puede penetrar en su estructura íntima, en su funcionamiento y en su disolución, prevista por el propio Portales.

\* \* \* \*

El inglés, al establecerse en la América del Norte, no mezcló su sangre con la hembra aborígen. Su colonización fue un simple traslado de su vida familiar y social al suelo de América, sin más cambios que algunas modalidades nuevas impuestas por los medios y por el desarrollo de selecciones de trascendencia limitada dentro de la misma raza inglesa. En lugar de formar una nueva raza, eliminó a la aborígen, exactamente como se eliminan las fieras o las alimañas, para limpiar el terreno y dejarlo libre a su raza y a su civilización.

El colonizador español, por el contrario, no transportó si no ocasionalmente y tarde su vida familiar. En el primer momento, el soldado peninsular se cruzó con la hembra aborígen en una extensa poligamia, que permitió a la sangre española mantener cierta proporción apreciable en el cruceamiento, a pesar del corto número de los conquistadores con respecto a la masa de la población aborígen. El primer cruzamiento se realizó entre el español puro y la india aborígen y unas pocas quichuas, traídas desde el Perú.

El conquistador de América, que formó la sábana paterna de la raza, era, en conjunto, un tipo más militar y con más sangre goda que la población española corriente. Más enérgico, más audaz y físicamente más fuerte que la masa peninsular, de la cual salió por

selección militar y aventurera, era, al propio tiempo, menos civilizado y menos capaz de un trabajo regular y constante. El impulso vital estaba en él aún muy vivo; sus instintos eran aún muy vigorosos. La lucha que sostuvo en América contra la naturaleza y, en Chile, contra el aborigen, no habría podido afrontarla una raza en el grado de civilización de los pueblos europeos de hoy. Acometió a los elementos, y mató y se hizo matar con el empuje y la alegría de los pueblos primitivos. Sus contemporáneos más civilizados subrayan su belicosidad y su rudeza. Refiriéndose al aventurero español, dice, en pleno siglo XVI, uno de los embajadores venecianos. "Esta gente tiene la discordia en la sangre". Además, con la emigración a América, al desprenderse de su medio, de su patria y de su familia, experimentó una regresión moral. Entre los conquistadores, las turbulencias, la perfidia, la deslealtad y la calumnia, casi constituyen rasgos del carácter. Hablando de los actores de las guerras civiles que siguieron a la conquista del Perú, dice un célebre escritor: "Parecían no haber venido aquellos hombres de tan lejanas tierras al clima más dulce y benigno, sino a buscar un campo de batalla en que destruirse ellos mismos con más comodidad". Aludiendo a este espíritu de turbulencia, ya suavizado en el correr del tiempo y de la civilización, tres siglos más tarde Ganivet llamaba a su patria "la tierra clásica de los pronunciamientos".

Este tipo seleccionado en sentido militar y aventurero, cesó de venir a América desde el término de la conquista.

Paulatinamente, lo reemplazaron el funcionario y el comerciante,, más vecinos a la psicología media del pueblo español. Pero, en Chile, la guerra de Arauco mantuvo la selección en el mismo sentido de la época de la conquista hasta el siglo XVIII. El ejército permanente contó durante el último tiempo, alrededor de mil quinientos hombres, y Olivares calculaba en más de cuarenta mil el número de españoles muertos en la guerra de Arauco hasta finalizar el siglo XVII.

La raza aborígen, que suministró la otra sábana, mostró gran vigor físico y una rara capacidad militar; pero su evolución mental estaba aún muy retrasada, y el estado social no había pasado de la tribu, sin el menor asomo de una organización que recordara a la azteca o la incaica.

Las mestizas de la primera generación casaron con los nuevos españoles que continuaron llegando; y las de la segunda entraron de lleno a formar la base étnica de la aristocracia chilena. Por el contrario, el mestizo de la primera generación pasó a formar el pueblo o plebe y se unió a otra mestiza o a la india pura. Se formó así una nueva raza, distinta de la española, de la araucana y de todas las conocidas en la historia. Pero en esta nueva raza la porción de las dos sangres básicas, en lugar de ser uniforme, varía en una gama que va desde el español, casi puro, con un dieciseisavo 'de sangre aborígen, hasta el indio, también casi puro, con un octavo y a veces con un dieciseisavo de sangre española.

Durante los siglos XVII y XVIII se acentuó la inmigración vasca, de psicología marcadamente comercial, que se agregó a la sociedad

tradicional chilena, conservando la laboriosidad industrial, la previsión y la regularidad de la vida familiar de su región. Los vascos se mezclaron rápidamente con la antigua aristocracia criolla de psicología militar, que traía en sus venas una proporción apreciable de sangre aborigen, y formaron una especie de élite dentro del elemento superior.

\* \* \* \*

La formación de una nueva raza, aun cuando el cruzamiento se efectúe dentro de elementos afines y en un mismo grado de evolución, siempre ha exigido, para consolidarse, condiciones sociológicas adecuadas. Si, además, como ocurrió en Chile, una de las sábanas está formada por pueblos aún retrasados en su desenvolvimiento, para que la mezcla logre fraguar, no sólo son necesarias condiciones sociológicas favorables, sino un transcurso de tiempo suficiente para que el elemento retrasado pueda nivelarse en el grado de desarrollo mental con la sábana superior. Si sobrevienen cambios en los medios o grandes vicisitudes históricas, antes que el proceso psicológico haya llegado a su término sobreviene la disociación y la raza desaparece, dejando apenas las huellas de un asomo fugaz en la historia. El caso del pueblo godo, el más ricamente dotado de los pueblos nórdicos, según el concepto unánime de los psicólogos de hoy, desaparecido antes de solidificar su fusión con el ibero, es sólo un ejemplo de un fenómeno que forma en la historia la regla general.

Los factores sociológicos actuaron en Chile en sentido favorable a la consolidación de la nueva raza. El medio físico la estimuló en su



formación y en su desarrollo sociológico. Adecuado para la vida del blanco, evitó que se produjera, como en el altiplano de Bolivia o en las comarcas tropicales, la eliminación de su sangre por las selecciones meso lógicas adversas. Al paso que en estas regiones, la altura o el clima tropical, colocaron en manifiesta inferioridad en las probabilidades de supervivencia al mestizo que se inclinaba a la sábana europea, determinando una selección en el sentido de eliminar su sangre, en Chile, el clima templado y favorable a la sábana superior, niveló las probabilidades de supervivencia de los mestizos, cualquiera que fuera la raza predominante. Sin colocar al flanco en condiciones ventajosas, ya que la raza aborigen estaba adaptada al medio físico, le permitió a lo menos sostenerse.

No menos eficaz fue la influencia sociológica del medio. El mestizo heredó de las dos sábanas el desprecio por el trabajo industrial. Se sumaron en él la repulsión del bárbaro y la del hidalgo de psicología militar por el esfuerzo económico regular. Pero la ausencia de productos naturales y de medios espontáneos de subsistencia, lo colocó en la alternativa de perecer o de plegarse al trabajo regular. A medida que se agotaron los lavaderos de oro, se extendió el cultivo de la tierra. Hacia el final de la colonia, ya el chileno practicaba el comercio y sostenía una industria rudimentaria<sup>117</sup>.

Factor sociológico importante fue, también, la configuración del territorio desde el punto de vista de la unidad racial. El clima, a pesar de la sequedad en el extremo norte y de la abundante precipitación austral es, en toda la extensión del territorio, favorable

---

<sup>117</sup> Véase Nuestra Inferioridad Económica. Imp. Universitaria, 1911.

a la vida del blanco. El valle longitudinal y los valles transversales, donde se radicó la población, siempre tuvieron comunicación fácil. La derrota española de Curalaba, ocurrida en plena Araucanía, se supo en Angol en la noche del 23 de diciembre de 1598, se conoció en Chillan al amanecer del 25 y en Santiago antes del día 29. La estrechez y la unidad climática y topográfica de la parte del territorio en que se asentó la población, determinaron su unidad étnica y moral. La gama del mestizaje fue la misma de Atacama a Arauco. Las pequeñas reducciones de indios no contaron bastante población para influir en ella. La unidad étnica lleva implícita la mitad, a lo me nos, de la unidad moral. La facilidad de las comunicaciones completó la última. Los mismos sentimientos, las mismas costumbres y los mismos hábitos se extendieron a lo largo del país.

Finalmente, la unidad y trabazón de las partes del territorio con vida propia, impidieron el nacimiento del espíritu regional, que el español traía incorporado a su psicología por su pasado histórico. En comunicación constante, sometidos a un mismo régimen, expuestos a los mismos peligros y mezclados en una masa común, cualquiera que fuera su procedencia regional, los conquistadores formaron en Chile un pueblo uniforme, sin grandes variantes regionales.

\* \* \* \*

El régimen colonial, contra el cual tanto ha declamado el intelectual chileno, desde el punto de vista sociológico, fue sumamente favorable al proceso básico de nuestro desarrollo histórico: la

formación de la nueva raza. La dependencia de España impuso un régimen político que ni el conquistador, ni el mestizo, abandonados a sí mismos, habrían podido sostener. El aislamiento, la casi enclaustración, es lo que hizo posible la fusión espiritual de las razas en un alma semi primitiva, pero alma al fin. En un contacto intenso con las de más civilizaciones, sometido a cambios bruscos y a influencias divergentes y variables, el mestizo, en lugar de formar una nueva raza, se habría dissociado. La misma lentitud en la evolución era ineludible para que pudiera la sábana aborígen aproximarse al ritmo de la sábana europea.

El régimen colonial común a la América, tomó en Chile una modalidad especial, impuesta por la guerra de Arauco.

El aborígen, en lugar de someterse, como en el resto de América, o de retirarse a regiones inaccesibles al blanco, defendió en Chile su suelo palmo a palmo. La guerra duró, con intervalos, todo el coloniaje, y se prolongó durante buena parte de la república. El hecho tuvo una honda trascendencia étnica y sociológica, que diferenció considerablemente al pueblo chileno de los restantes pueblos hispanoamericanos. Como ya se dijo, la guerra de Arauco continuó atrayendo, durante el coloniaje, un elemento étnico más militar, más vecino al primitivo conquistador y más cargado de sangre goda, que el resto de América. Pero la influencia sociológica de la guerra no fue menor. En Chile, el colonizador vivió expuesto a un peligro constante, que impuso la necesidad de la defensa común. El orden no fue sólo el resultado de la imposición de la metrópoli, sino, también, de la necesidad de hacer frente al enemigo común. El

araucano no sólo no dio lugar a los conquistadores a matarse entre sí, como en el Perú y en otras regiones de América, sino que, también, los obligó a vivir con el arma al brazo, como en un campamento militar, durante los dos primeros siglos de la colonia. Las ciudades y las vías de comunicación se desarrollaron en vista de la defensa común y de la necesidad de auxiliarse mutuamente. Es posible que este régimen semi militar retrasara el desarrollo de algunos aspectos de la civilización; pero endureció el alma y el cuerpo, creó la subordinación y un principio de solidaridad nacional, que no fue perdido para la constitución de la república en estado orgánico.

El tiempo que duraron estas condiciones, tan favorables a la consolidación de la nueva raza, fue corto, dada la distancia que mediaba entre el grado de desarrollo mental del pueblo araucano y demás razas aborígenes y el de los pueblos de civilización occidental. No alcanzó a producirse la igualación de las sangres mezcladas, mediante los fenómenos de endosmosis y exosmosis entre las diversas capas sociales. La gran masa cargada de sangre aborígen no alcanzó a adquirir el desarrollo necesario para marchar en un ritmo uniforme con las capas superiores cargadas de sangre ibero-godas. Al cesar bruscamente el enclaustramiento colonial, el pueblo chileno se encontró en condiciones muy inciertas desde el punto de vista etnológico, delante del porvenir. La cantidad de sangre blanca, el clima y la configuración geográfica, lo colocaron en mejor condición que Méjico, que Bolivia, y que la generalidad de los pueblos sudamericanos, exceptuados los que continuaron

recibiendo una fuerte inmigración blanca, como Argentina, Uruguay y la meseta del Brasil. Pero la violencia que iban a imprimir a la evolución social los nuevos estímulos, dado el retraso del grueso fondo social, tenía fuertes probabilidades de producir su volcamiento, antes de alcanzar el nivel de la civilización de los pueblos occidentales.

\* \* \* \*

Al término de la colonia, el pueblo chileno estaba, como se ha visto, constituido por una raza nueva a media formación. Se advierten en ella algunos rasgos definidos, que parecen haber estado ambas sábanas: el concepto de la justicia, la virilidad del carácter, la psicología del valor y la pobreza de la imaginación. Etnológicamente, esta raza es aún una gama, según ya también se vio, que desciende desde el ibero-godo casi puro, con un rasguño de sangre aborigen, hasta terminar abajo en el aborigen puro.

Desde el punto de vista sociológico, Chile es un pueblo formado por una capa ibero-goda (con tendencia a la eliminación de la última sangre), que necesita imponer la civilización a la gran masa inerte, cargada de sangre aborigen, incapaz aún de sostener por sus propias fuerzas ninguna de las formas de la civilización occidental. La capa superior está condenada a hacer por sí sola el gasto nervioso de la civilización. No puede renovarse, como en los pueblos europeos, donde la estructura racial permite al individuo subir del fondo bruscamente por eugenismo latente en la raza y reemplazar a los elementos gastados, que descienden para refrescarse, sin producir modificaciones en el carácter nacional. El fenómeno de

endosmosis y exosmosis entre las diversas capas sociales es, en Chile, muy débil; y no puede realizarse sino a expensas de alteraciones profundas en el alma nacional. Necesita, además, la clase gobernante imponer la civilización al grueso fondo social, guiar por sugestión su desarrollo en el mismo sentido que ella lleva, a fin de llegar alguna vez a formar una raza verdadera, anticipándose a los vaivenes' del propio desarrollo y de las vicisitudes históricas que pueden disolverla.

La misma clase dirigente lleva un germen de debilidad que sólo se hará presente un siglo más tarde, pero que ya está incubado al advenimiento de la independencia. En todos los países de vida dura, el pequeño burgués y el pueblo tienen la misma capacidad de previsión y los mismos hábitos de economía que las clases superiores. En Chile, estas aptitudes radican, casi exclusivamente, en el elemento vasco que llegó en el siglo XVIII, y en parte del castellano. Esta desigual capacidad económica produjo una separación entre aquéllos y el elemento andaluz y meridional, que forma la mitad, a lo menos, de la capa española superior, desdoblándola en dos mentalidades que difieren entre sí más que belgas y suizos, o que españoles y franceses.

El elemento castellano-vasco, refundido con gran rapidez, al aflorar el siglo XIX, forma una aristocracia gobernante, dentro de la capa española superior. Pobre de imaginación, pesimista, seco intelectualmente, domina sin contra peso al meridional andaluz, por su buen sentido, su laboriosidad regular, su economía, su concepción de la vida y su carácter más firme y tenaz. El último

elemento, de mayor agilidad intelectual, fantástico, optimista e imprevisor hasta la inconsciencia del mañana en cuanto individuo y en cuanto ciudadano, sin estabilidad de carácter y con una moralidad cívica e individual inferior, no pudo sostener la concurrencia en el terreno económico. Afloró un momento, durante el torbellino de la revolución de la independencia, con Carrera y con Manuel Rodríguez. Retrogradó de nuevo durante el gobierno de O'Higgins. Volvió a la superficie durante el régimen pipiolo, y aplastado otra vez, no por la mano de Portales, que simpatiza con él por temperamento, sino por la incapacidad de sostenerse en la concurrencia económica frente al castellano-vasco, se plegó por necesidad a las duras normas de Portales, que no son la expresión de su estructura moral, como empleado, como profesional y como militar; y más tarde, hizo suyo el periodismo, la instrucción, las profesiones liberales y todo lo que da el dominio espiritual<sup>118</sup>.

Entre estas dos psicologías de la aristocracia gobernante, hay una antipatía latente, que venía ya de la península y que debía estallar tan luego como se nivelaran las posiciones<sup>119</sup>.

---

<sup>118</sup> La antipatía entre el vasco y el andaluz y los sentimientos despectivos del primero respecto del último, se advierten en Chile desde que cobró vuelo la inmigración vasca, no los amortiguó la independencia y continuaron a través de la república. El andaluz, aquí como en España, personifica para el vasco la holgazanería, la imprevisión a falta de seriedad y de juicio práctico. "¡Qué cáfila de embustes, mentiras y patrañas las de las cartas de don José. Joaquín de Moral ¡Qué clase de talento el de este hombre incapaz de ocuparse en ninguna cosa honrada, ni de darse el valor que merece, sino más bien empeñado siempre, según parece, en desacreditarse, hacerse odio so y degradarse", dice Joaquín Campino en carta de 26 de mayo de 1834, a Manuel de Salas. Y más adelante, como dándose una explicación, recuerda que es andaluz.

<sup>119</sup> La paz entre estas dos variantes extremas del carácter español colocadas por el azar histórico en estrecho contacto, se alcanzó, hasta 1820, merced al aplastamiento económico y político del andaluz por el vasco. Pero la antipatía psicológica persistió con tenacidad inflexible a través de un siglo. Más aún, la antipatía chileno-peruana que ha llegado hasta nuestros días, es el reflejo del antagonismo ancestral de ambas modalidades del carácter español, más que de los sucesos históricos. En cambio, el vasco convivió bien y aún se refundió con el castellano de

Si la incomprensión castellano-vasca y andaluza meridional, es grande, la antipatía étnica entre este último elemento y la masa racial, queda igual. Aquella es, así, un factor de debilidad, sin compensación desde este último punto de vista.

Finalmente, Chile, a la fecha de la independencia, es un pueblo, que carece de clase media en el sentido europeo. Los que ocupan aquí su lugar son individuos desarraigados, que van de paso, unos hacia arriba a recuperar una posición que perdieron o alcanzar una meta que codician, y los otros, vencidos en la lucha, desechos humanos con cierta frecuencia que en su repulsión al trabajo manual que restaura y dignifica, en su caída se asen de una rama, y allí permanecen colgando mientras pueden, inútilmente para ellos y para la colectividad. Sin la repulsión al trabajo manual y sin la gama étnica, la estructura social chilena pudo parecerse a la de Estados Unidos; en caso alguno habría sido la de Europa. El origen del fenómeno pertenece a la historia de la colonia; ahora sólo necesitamos el hecho producido.

\* \* \* \*

El cruzamiento del conquistador español con la hembra aborígen determinó una retrogradación o retroceso en el desenvolvimiento mental. No debe verse en este retroceso una inferioridad definitiva.

---

marcada variante extremeña, que le había precedido en Chile. Con el de variante asturiana, algo fanfarrón, que predominó en Argentina, y en cuyo contacto se encontró durante la revolución de la independencia, no se avino absolutamente; pero no experimentó por él los sentimientos despectivos que por el andaluz. No podemos extendernos más sobre este curioso proceso; pero nótese que la criba que clasificó las dos mentalidades, es netamente psicológica; de suerte que muchos apellidos castellanos y vascos figuran en el elemento de psicología meridional, porque en el cruzamiento prevalecieron los rasgos de esta sangre; y viceversa, muchos andaluces figuran con psicología vasco-castellana; pero la antipatía racial y la incomprensión no por esto se suavizan.



Sin discutir la superioridad exteriorizada hasta hoy por las tres razas que han tejido la civilización de occidente, la última palabra no está aún pronunciada. Tampoco se puede pronunciar, ya que en las razas se cumple la ley del perpetuo cambio de todo lo vivo. Pero el fenómeno del retroceso mental, con sus grandes consecuencias psicológicas y sociológicas, no se puede discutir, a menos de cerrar voluntariamente los ojos<sup>120</sup>.

Entre las consecuencias psicológicas, sólo interesan, en este momento, las que tienen un alcance sociológico. Podemos prescindir de la pereza mental, que se expresa por el comodín del término medio delante de los juicios y de las ideas opuestas. La precocidad y la temprana decadencia mental, sólo tienen trascendencia en cuanto tienden a dar una influencia exagerada a la mentalidad, aún no madura y cargada en exceso de sentimientos, del adolescente en la evolución política.

En cambio, hay tres rasgos de un alcance sociológico trascendental. El primero es el simplismo, o sea la incapacidad de percibir el conjunto de causas que se cruzan y accionan y reaccionan entre sí.

---

<sup>120</sup> En el desarrollo de la cultura suelen producirse lagunas. La nuestra adolece de una falla en el terreno de la etnología en general, y de la psicología racial especialmente. Nuestros historiadores y humanistas han carecido de los conocimientos necesarios para explicarse los resultados psicológicos de los cruzamientos raciales, cuya importancia es capital en la historia de los pueblos hispanoamericanos. Dentro de su criterio, que continúa siendo el del siglo XVIII, atribuyen al régimen colonial y a los defectos de educación, las consecuencias del mestizaje sobre nuestra estructura social y sobre nuestro desarrollo político.

Creuyendo que la nueva generación habría llenado esta laguna en la cultura de la que nos precedió, habíamos suprimido del texto todo lo relacionado con este problema. Una revisión de la literatura de los últimos años, que habíamos descuidado bastante, nos ha convencido de que la antigua laguna subsiste aún. Este aspecto antipático, pero ineludible, que condiciona nuestro pasado, nuestro presente y nuestro futuro, continúa omitido.. Esta circunstancia nos ha movido a volver al texto siquiera un ligero extracto de los extensos desarrollos que había tomado en las notas el problema racial. Veintitrés años atrás, cuando lo tocamos en Nuestra Inferioridad Económica, pasó enteramente inadvertido. Puede que hoy logre fijar la atención.

El chileno, como el hispanoamericano en general, es reacio a lo complejo. Sólo percibe un aspecto del fenómeno. Lastarria y Amunátegui, ambos muy inteligentes, representan bastante bien, en el terreno intelectual, este aspecto de la psicología de su raza. Egaña, Infante, Pinto, Cifuentes, Matta, Mac-Iver, Irarrázaval, lo representan en el terreno de la política práctica.

La segunda es la incapacidad de elaborar directamente la realidad. El grado a que el cruzamiento retrotrajo el desarrollo mental, no permite, todavía, el trabajo a la imaginación combinadora sobre los datos que suministra la experiencia. El hispanoamericanismo rara vez toma conciencia de ellos; y, si la toma, no los relaciona entre sí, ni percibe las sugerencias que surgen de la comparación. Su trabajo mental se realiza siempre en el terreno libresco. Extrae de la lectura un caudal de ideas proporcionado a su capacidad cerebral y afines con sus disposiciones mentales y les concede un valor absoluto. A través de estas ideas, que se convierten en postulados o principios sociales, políticos o económicos, encara los problemas de la realidad. Es tan intenso este fenómeno que en los políticos a la vez de instinto y de intelecto fuerte, como Montt y como Santa María, se produce un desdoblamiento completo entre el ideólogo que discurre y el político que obra. El primero, reflejando el grado de desarrollo mental de su raza, sienta principios e interpreta los hechos en una forma diametralmente opuesta a lo que ve y realiza instintivamente como hombre de acción.

La tercera es la incapacidad de prever. La pobreza de imaginación entra, sin duda, por mucho en este fenómeno; pero también

contribuye a él el retroceso mental. Los griegos fueron en la antigüedad el pueblo mejor dotado desde el punto de vista de la imaginación, y al propio tiempo uno de los más imprevisores, a causa del débil desarrollo del instinto político.

Entre las consecuencias sociológicas del mestizaje, hay dos que han sido poderoso estorbo en la organización política de los pueblos hispanoamericanos.

La primera es la extrema plasticidad a la influencia de los medios físicos o morales, determinada por la disociación de los caracteres ancestrales de las dos razas. La disociación no importa precisamente la destrucción del patrimonio hereditario. No fuimos comprendidos cuando veinte años atrás hablamos de este fenómeno en *Nuestra Inferioridad Económica*. Pero entraña, siempre, un debilitamiento de su tenacidad o dureza, frente a los restantes factores sociológicos. Torna a la nueva raza muy maleable, para bien o para mal; en términos psicológicos, muy sugestionable.

La segunda, que sólo es efecto de la anterior, es la inestabilidad. En Chile, un sentimiento prende con rapidez asombrosa y desaparece de la misma manera. Ni las virtudes ni los vicios tienen estabilidad. El fenómeno se ha acentuado en los últimos tiempos en la misma medida en que el mestizo, con mayor porcentaje de sangre aborígen, se ha capacitado para recibir directamente los estímulos que gobiernan a la colectividad; y sería aún mayor, sin la lentitud y la dirección centrípeta de las reacciones de la psicología aborígen.

\* \* \* \*

Veamos ahora la forma en que los fenómenos psicológicos determinados por el cruzamiento actuaron sobre la evolución política de 1810-1830.

Al separarse de Inglaterra, las colonias inglesas de Norteamérica continuaron su evolución sobre la base del patrimonio hereditario y de instituciones que eran la elaboración secular de su genio racial. A través de las vicisitudes revolucionarias, el pueblo yanqui conservó su tradición. Los cambios se limitaron a cortar el vínculo que lo unía a la metrópoli. Su alumbramiento fue un parto normal.

Nuestra emancipación, como la de toda la América española, fue un parto prematuro: la resultante de las rivalidades entre criollos y peninsulares, y no del impulso vital que empuja al nuevo ser a dejar el seno materno cuando la evolución está cumplida. Ni el proceso de formación de la raza, ni el grado de desarrollo mental, ni el acervo de ideas, de sentimientos, de hábitos y de aptitudes acumuladas, habían llegado, hacia 1810, a la madurez necesaria para que el vínculo que nos unía a la madre patria pudiera cortarse sin hondos trastornos. Como en el mugrón que se cercena prematuramente de la corriente de vida de la cual deriva, tenía que sobrevenir una crisis profunda en el proceso de su desarrollo.

En Chile, aunque con menos estrépito que en los demás pueblos hispanoamericanos, la independencia rompió la tradición. La república en lugar de proseguir el desarrollo normal, en vez de continuar desenvolviéndose y transformándose gradualmente sobre la base de las ideas y de las instituciones que habían informado la vida colonial, se revolvió contra ellas. Diversos factores

contribuyeron a producir este fenómeno. El odio del criollo al peninsular degeneró durante la guerra, como en la América del Norte, en odio a la metrópoli y a la monarquía. Pero a este distanciamiento se añadió, en las jóvenes nacionalidades desgajadas de España, otro factor que no estaba en aquella: la inferioridad mental de terminada por el cruzamiento. Ella tenía, fatalmente, que despertar la admiración por las instituciones de los pueblos más adelantados; y que sugerir la idea de que éstas y no las aptitudes intelectuales, morales y económicas, eran la fuente de que emanaba la superioridad de esas naciones; tenía que empujarlas a abandonar lo propio para imitar lo extraño.

El ejemplo de Estados Unidos y el odio a la monarquía las empujó hacia la forma republicana de gobierno. Exigía esta forma un pueblo constituido por una raza uniforme, la existencia previa de un alma nacional, informada por un conjunto de severas virtudes cívicas, ciertas características mentales y algún hábito del gobierno autónomo. Más nunca ha sido la razón, sino los sentimientos los que han tejido la historia. Los ensayos de organización política se estrellaron, desde el primer momento, con la incongruencia entre el estado social y las instituciones.

Pero aunque este escollo se hubiera salvado, quedaba otro infranqueable. Había desaparecido el conjunto de ideas fuerzas que informaron el alma colectiva durante el coloniaje, y la revolución no había sido capaz de una nueva elaboración. El más vivo de los sentimientos que despertó, el odio a España y al español, era negativo. Como idea-fuerza unió, a los que lo albergaron, frente al

peninsular, mientras duró la lucha. Mas, ni era general a todos los chilenos, ni podía en cuanto vínculo prolongarse más allá de la lucha armada.

El segundo, el entusiasmo por la libertad,' eficaz frente a una tiranía o a una opresión, nunca, en el curso de la historia, ha sido una idea-fuerza constructiva. Además, en Chile, tomó en la capa alta una dirección negativa. Para la mentalidad vasca, la libertad ha sido siempre la negación del gobierno. Nunca ha podido conciliar la idea de un gobierno fuerte, enérgico y eficiente, con una libertad política robusta y sana. Para la gran masa, la libertad se confundió con el egoísmo y con la licencia. Fue el derecho de hacer cada cual lo que se le ocurriera. En nombre de la libertad actuaron los desequilibrados, los violentos, los inmorales y los ambiciosos que la revolución de la independencia, al remover el fondo de la estabilidad social, había movilizado, sin el freno que crean las fuerzas espirituales en los pueblos regidos por un alma nacional. En nombre de la libertad las provincias intentaron segregarse. En nombre de la libertad se realizaron todos los cuartelazos que precedieron a 1830; y en nombre de la libertad se derribó a la mayor parte de los gobiernos que, en nombre de ella misma, se habían constituido. Finalmente, si las clases directoras no tenían ni el concepto justo ni el hábito de la libertad, la gran masa inerte era absolutamente reacia a este sentimiento.

El tercer sentimiento fue el deseo de progreso; la esperanza de un rápido porvenir de grandeza material y mora!. Muy superior a los anteriores en cuanto idea-fuerza, por desgracia, apenas

sobrevinieron los primeros contrastes, desapareció para dar lugar a un pesimismo cerrado. Hacia 1827, la gran mayoría del pueblo chileno había ya renegado de la independencia; y en la imposibilidad de remontar el pasado, buscaba afanosamente una tabla de salvación. Estaba dispuesta a entregarse a un déspota o a un loco, si le ofrecía una esperanza contra la anarquía y la disolución. Sólo en la segunda mitad del siglo XIX, cuando ya se habían olvidado los padecimientos y miserias que siguieron a la independencia, renació el entusiasmo revolucionario, en forma romántica, a impulsos de una sugestión determinada por la literatura histórica.

\* \* \* \*

Si se penetra a fondo el desarrollo de las ideas políticas desde la segunda mitad de la administración de O'Higgins hasta el advenimiento de Portales, se advierte una lucha tenaz entre los generales que desempeñaron el poder ejecutivo. O'Higgins, Freire, Blanco y Pinto, especialmente los tres primeros, y la opinión aristocrática-doctrinaria, representada por los congresos y las asambleas. Lo curioso es que no son los generales los que la provocan, intentando avasallar a la opinión. O'Higgins fue más incomprensivo, pero también menos autoritario de lo que se le ha pintado. Freire fue blando y condescendiente hasta el renunciamiento de la personalidad. Blanco y Pinto dimitieron sin intentar siquiera resistir. Fue la aristocracia, aliada al ideólogo, la que hizo imposible el gobierno, limitando las facultades y atando las manos al ejecutivo. "Tanto ha querido trabársele el poder de hacer el

bien, que sólo se le ha dejado la facultad de aburrirse", dijo el ministro Gandarillas, resumiendo este proceso político. Es un error divisar con Edwards en este fenómeno una simple manifestación de fronda aristocrática. El análisis psicológico la reduce a lugar muy subalterno entre las causas que impidieron la constitución política en Chile entre 1818 y 1830. En el sentido del predominio oligárquico, apenas se advierten huellas de ese espíritu en la psicología de esa época, aisladamente entre algunos individuos y familias.

Todos los esfuerzos tienden a atar al ejecutivo, a impedirle obrar para bien y para mal. Los hombres de esa época sólo parecen tener cerebro para idear expedientes encaminados a perfeccionar la ataxia del ejecutivo. Todas las trabas parecen insuficientes. La mayoría de la cámara, intentó, en una ocasión, hasta despojarlo de las facultades de designar los ministros. El éxito imprevisto del federalismo fue frute del odio al estado unitario y la coacción que impone a los elementos integrantes, y no la expresión de necesidades regionales. La reacción posterior espontánea de las provincias lo pone en evidencia. Pero el propósito de anular el ejecutivo y de destruir el estado unitario es negativo. Nadie intenta gobernar en reemplazo del Director Supremo o del presidente de la república anulado. Ninguna familia o facción se alza en lugar suyo. Igual cosa ocurrió con la destrucción del estado. Ninguna región ni caudillo se levantó sobre sus escombros. El período de 1823-1830, más que una lucha por el poder, fue una carrera por el desgobierno. Si los congresos y las asambleas maniataron al ejecutivo, ellos, por



su parte, ni siquiera intentaron gobernar. Si la acción política ordinaria en la vida de un estado orgánico, era en el concepto aristocrático doctrinario que imperaba en los congresos y en la opinión, un acto monstruoso de tiranía de parte del ejecutivo, por su lado, ella se -abstenía cuidadosamente de incurrir en igual delito. Es que no hubo verdadero espíritu de fronda. Sólo actuaron la antipatía racial y un concepto de la libertad deformado al pasar por una mentalidad inmadura.

La segunda directriz ideológica de la época, la ausencia de la sanción, lo mismo que la anterior, se confunde con el concepto deformado de la libertad. Si gobernar era un acto de tiranía, sancionar era atentar contra la libertad. El mandatario que reprimía un motín por la fuerza, atentaba contra los fueros sagrados de la libertad. De aquí el origen de las exhortaciones al cumplimiento de las leyes y al respeto de las autoridades, frente a los motines y a los delitos políticos, que empiezan con Egaña y terminan sólo con Portales. El militar que encabeza un motín o el civil que lo inspira, obran por ideas, por convicción; y las ideas y los principios, sólo deben combatirse con otras ideas o con otros principios. La necesidad material de mantener el orden obligaba, a veces, a reprimir a balazos las ideas que se expresaban a balazos. Era una necesidad dolorosa, que lesionaba la libertad y deslustraba al mandatario que se veía en el trance de hacerlo. Anticiparse a prevenir un motín, dentro de la ideología de esa época, que los historiadores castellano-vascos conservan hasta hoy constituye un atentado grave, un acto intolerable de despotismo. Castigar a sus

autores, y, especialmente, a los jefes que tenían vinculaciones aristocráticas, era un acto de tiranía y de crueldad, que la opinión no soportaba.

En la formación de esta directriz ideológico-política, entró también, según ya se dijo, un curioso proceso psicológico de interferencia, determinado por la fusión de las sangres castellana y vasca.

La tercera directriz, la confusión de la libertad con la licencia, está implícita en la segunda, y es el fruto exclusivo de la deformación ideológica del concepto norteamericano de la libertad. Andar a tiros en la calle, predicar la disolución del estado, aliarse con el enemigo extranjero contra el gobierno propio, siempre que se hiciera en nombre de la libertad, era un simple ejercicio del derecho inalienable que emana de ella. Por extraño que nos parezca este concepto, está implícito en la ideología de la época. Se puede discutir en qué medida es la resultante de la violencia de las pasiones libres de freno, durante el interregno del alma nacional, y en qué medida de la deformación de los conceptos políticos producida por la adolescencia mental. Más, carecería de toda perspicacia psicológica quien no advirtiera su existencia. Este concepto, aplastado por la sugestión portaliana, empezó a renacer apenas ésta se disipó. Su existencia puede comprobarla hoy mismo quien quiera hacerlo.

La incapacidad de elaborar directamente los datos de la realidad política, el simplismo y la falta de profundidad mental, tenían fatalmente que empujar al intelectual hacia la ideología, aislándolo del mundo de los hechos y enclaustrándolo en el de las

abstracciones. El fenómeno fue en Chile menos intenso que en los pueblos tropicales de la América española. Así y todo, alimentó la anarquía de 1823-1830; generó la revolución de 1891; y le queda por realizar un vasto programa de trastornos políticos y sociales. A él debe Chile la detención prematura del admirable ascenso moral y material de 1830-1891; y a él deberá su disolución política y social definitiva, a menos que se produzca una enérgica reacción de carácter moral y sentimental. Entretanto, hay que limitar la apreciación al período pre-portaliano. Los dos Egaña (Mariano hasta que lo sugestionó Portales), Infante y sus secuaces fueron factores de la anarquía mucho más eficaces que el militarismo. Actuando sobre un pueblo sugestionable, cuya tradición se había interrumpido, despertaron su admiración por instituciones enteramente extrañas a su genio, e incongruentes con su estado social. Sin los complementos creados al margen de ella por el genio de Portales, la constitución de 1833 no habría dado a Chile dos años de paz. Ningún gobierno podía sostenerse dentro de ella, como no podían sostenerse dentro de la del 28 ni la del 23. En vez de mirar hacia adelante y desenvolver las posibilidades políticas del genio racial en una evolución gradual, en la forma que lo hizo Portales, uno miró hacia atrás y los demás hacia los lados, o sea, hacia las desviaciones ideológicas.

Por lo demás, el fenómeno es tan antiguo como el mundo. Desde que el hombre empezó a razonar, inició con ardor la lucha contra el instinto político, pretendiendo substituirlo por principios y por fórmulas. En ningún terreno la sustitución se ha vengado con

mayor crueldad que en el político de la razón razonante. Todo lo grande, todo lo útil y todo lo duradero en la historia, lo creó el instinto. Todas las destrucciones y todos los desastres los engendró la teoría racional. El caso de Platón que, con su constitución elaborada según receta ideológica, arruinó a una ciudad floreciente, se ha repetido desde entonces hasta hoy, sin una sola excepción. Ya antes la ideología había arruinado fases de la civilización china y de la egipcia.

La influencia práctica de los principios, hasta finalizar el siglo XIX, apenas aflora en los pueblos europeos en una que otra crisis fugaz. El instinto político los enfrentó, o los transformó en realidades útiles. En cambio, en la mente hispano americana se despertó por ellos, repitiendo una frase gráfica, la admiración del primitivo por los vidrios coloreados. Durante largos períodos, esta admiración por la escoria, por el desecho que el instinto político europeo, después de seleccionar lo útil, arroja a los libros, ahogó por completo el instinto político racial y despeñó a pueblos enteros en hondos precipicios. Hay períodos de la historia de Colombia en que las lucubraciones político-teóricas parecen emanadas de otros cerebros que el de la rama occidental de la especie humana. En Chile mismo, la más gris, pero también la más sensata de las mentalidades hispanoamericanas, el estudio detenido y animado de la sincera voluntad de comprenderlos, no nos ha permitido encontrar una inteligencia racional, en el sentido europeo, a las ideas políticas de Lastarria y 'de Vicuña Mackenna. Y, sin embargo, aquél fue un cerebro fuerte que pensó con hondura y claridad en los contados

momentos en que se eclipsó su admiración por los principios; y el segundo recibió el rico presente de una intuición del pasado, que, en igual medida, no otorgó a casi ninguno de los historiadores del siglo XIX.

\* \* \* \*

La concepción política de Portales partió, pues, de una realidad social, radicalmente distinta de la fantaseada por el doctrinarismo político de la generación anterior. Se encontró frente a un pueblo constituido por una raza nueva a media formación, cuya capa superior, ni por el escaso des arrollo, ni por la inexperiencia política, era capaz de proseguir su evolución dentro de las instituciones republicanas y democráticas que había adoptado. Bajo esta capa quedaba una masa inerte, que formaba el 70 o el 80 por ciento de la población, incapaz de pensar o de sentir políticamente, ni de velar por su propia suerte, simple carne de cañón de las turbulencias de los inquietos y de los audaces. El desarrollo de las aptitudes económicas, sin ser nulo, era aún incipiente y no ofrecía un punto de apoyo sólido a la consolidación del orden.

La revolución de la independencia, al romper la tradición, había disociado el alma colonial, sin lograr sustituirla por un nuevo conjunto de ideas-fuerzas capaz de crear un estado orgánico y de presidir una evolución ordenada.

La descomposición del cadáver social había ya comenzado; y dada la pobreza de los elementos físicos, la ubicación geográfica desfavorable para las corrientes de inmigración y la estructura

racial, el derrumbamiento iba a ser en Chile casi definitivo, casi irreparable.

Tres problemas se presentaban al que intentara detener la catástrofe.

Era el primero, la consolidación material del orden. Sin ella, nada podía hacerse. Había que imponerlo, aunque fuera momentáneamente, por la fuerza.

Era el segundo, inventar una forma de gobierno que sociológicamente conviniera a la estructura étnica sui géneris del pueblo chileno y a su grado de desarrollo.

Era el tercero, crear un sistema de ideas-fuerzas, susceptibles de engendrar una nueva alma nacional, en reemplazo de la que murió con la colonia, y entrañarla en la conciencia de los ciudadanos en forma real y activa.

## Capítulo XIV

### La creación política de Portales.

*Fracaso de las ilusiones cifradas en la revolución hispanoamericana.—Los espíritus superiores vuelven los ojos al pasado y buscan la salvación en una monarquía templada.—Portales presiente la imposibilidad de remontar la historia y se orienta hacia el porvenir por una nueva dirección.—Concepto del estado y del gobierno.—Razones psicológicas del gobierno impersonal.—Las relaciones entre el ciudadano y el estado.—Portales y la constitución del 33.—Las fuerzas morales en la creación portaliana.—El gobierno activo creador de sugerencias y de hábitos.—La capacidad de gobernar.—El respeto a las leyes.—La sanción.—Dirección anti oligárquica.—Concepto de la evolución económica.—Desdén por la popularidad.—Dictadura velada por la elevación moral bajo la forma republicana*

*"La primero es hacer uno mismo algo; lo segundo - - menos aparente, pero más difícil y de efectos lejanos más profundos— es crear una tradición, empujar en ella a los demás, para que prosigan la propia obra, su ritmo y su espíritu; desencadenar un torrente de actividades uniformes, que ya no necesitan del primer jefe para nada. Así, el hombre de estado se eleva a un rango que los antiguos hubieran calificado de divino. Tórnase creador de una nueva vida, fundador espiritual de una raza joven. El*

*mismo, como ser, desaparecerá a los pocos años. Pero una minoría creada por él —otro ser de índole extraña— aparece en su lugar para un tiempo incalculable. Ese algo cósmico, esa alma de una capa dominadora y gobernante, puede un individuo engendrarlo y dejarlo en herencia; esto es lo que ha producido en toda historia los efectos más duraderos".*

*Spengler.*

*El ideólogo hispanoamericano concibió la libertad como un conjuro mágico capaz de crear el orden y las virtudes cívicas, y la sociedad como un trozo de mantequilla susceptible de ser vaciado en los moldes de la ideología. En Portales la libertad no es el origen sino el efecto del orden y de las virtudes cívicas creados por las sugerencias y con solidados por el hábito. Su creación política descansa sobre un concepto del desarrollo social semejante al ritmo de la vida en la planta y el animal: infancia, adolescencia, edad adulta, vejez y muerte, que no puede alterarse a voluntad, pero que, como el de la planta y el del animal, puede estimularse y corregirse.*

*1905.*



La fuerza activa que presidió la emancipación de los pueblos hispanoamericanos, fue la fe en el progreso material y moral que se esperaba del advenimiento de la libertad política y económica. Los próceres de la revolución lo sacrificaron todo en aras de esta esperanza. Creyeron, con la fe sencilla del carbonero, que, afianzada la independencia y establecida la forma democrática de gobierno, el progreso seguiría el mismo ritmo que en la América del Norte. Los primeros desórdenes asustaron a los tímidos. La magnitud de los sacrificios arredró a muchos. Mas, cuando corridos ya diez años, los pueblos que, como la Argentina, habían afianzado desde el primer momento la independencia, no lograban consolidar ninguna forma de gobierno, la desilusión empezó a ganar a los espíritus superiores. El espectáculo de la anarquía, con su cuadro de horrores y de miserias, llevó el desaliento hasta las cumbres más altas: Rivadavia, Belgrano, San Martín, Monteagudo, Pueyrredón, Camilo Henríquez, Irisarri, Bolívar, etc.

El 26 de diciembre e de 1822, San Martín se alejaba para siempre de Chile, que su espada había libertado, presa de la más honda decepción. Lo que le agobiaba no era, como lo ha supuesto la historia, la entrevista de Guayaquil, ni el fracaso de su actuación en el Perú. Para su estructura moral, muy diferente de la de Bolívar, el prestigio personal sólo era un medio al servicio de una causa. Nunca ambicionó el mando; fue el convencido de una idea y el apóstol taciturno y opaco de una fe, que sirvió con su espada. Era esa fe la que había hecho crisis. La anarquía argentina y la descomposición peruana, producida aún antes de realizarse la

emancipación, habían abierto los ojos de su espíritu realista, ponderado y sensato. Su inacción en el Perú, más que consecuencia de su decadencia física, fue la resultante de su derrumbamiento moral. Había perdido la fe en la idea; había muerto en él la esperanza en un futuro de orden, de progreso y de elevación moral.

Una tabla sobrenadaba en el naufragio de sus ilusiones revolucionarias. Chile, pasadas las turbulencias de los Carrera, llevaba cinco años de orden. Los progresos no habían sido tan rápidos como la esperanza' los había fantaseado; los sacrificios impuestos por la revolución y por la expedición libertadora, habían sido excesivos para una colonia pequeña y muy pobre. Sin embargo, la consolidación del orden permitía esperar que, en el correr de algunos años, Chile recobraría la modesta prosperidad que alcanzó en los últimos días del coloniaje; y ya repuesto, entraría en un período de rápidos progresos. Le estaba reservada la última decepción. Debía ver hundirse, también, esta tabla que sobrenadaba en el naufragio de sus ilusiones. Las notas que, a su paso, recibió del cabildo de Concepción y de Freire, y la resolución de O'Higgins de entregar el mando, apenas se reuniera el congreso, disiparon las esperanzas que cifraba en este pequeño país. En su pesimismo, lo vio correr la suerte general de la América española. Para apartar su vista del cuadro de miserias que creía el fruto de la emancipación, se recluyó en Francia, a terminar en una existencia ignorada el resto de una vida ya inútil.

Su longevidad le permitió ver los resultados de la obra de un genio constructor que la naturaleza negó a él mismo y a casi todas las

figuras de la historia americana. Entre asombrado y orgulloso, escribe, entonces, en términos que dejan entrever cuan hondo fue su pesimismo. "Veo —dice en 1842— no sólo con el mayor "placer, sino con orgullo, la marcha próspera que sigue Chile. He dicho con orgullo, porque al fin los trabajos empleados y la sangre que se ha vertido por la independencia de la América, han sido, si no perdidos, por ló menos malogrados en la mayor parte de los nuevos estados, excepto su patria de Ud., que con su groi bon sens, como dicen los franceses, ha sabido alimentarse no con ilusorias teorías y sí con derechos positivos". En 1846, volvía a escribir al general Pinto: "Su afortunada patria ha resuelto el problema (confieso mi error, yo no lo creí) de que pueda ser buen republicano hablando la lengua española".

Más trágico fue el derrumbamiento de la ilusión revolucionaria de Bolívar. A él no le fue permitido presenciar los días de orden relativo que Venezuela alcanzó bajo el mando de Páez y de Soublette. Odiado por los mismos pueblos que libertó, los vio primero sumergirse en el caos, devorarse a sí propios y degradarse hasta la abyección. Errante, después, el destino jugó la última irónica partida al gran enemigo de España. A la una del día 17 de diciembre de 1850 terminaba su pasión, en la quinta de San Pedro Alejandrino, donde le había albergado la generosidad de un español, Joaquín de Miers. Días antes había dicho: "lo que me atormenta frente a la tumba... es la idea de que he edificado sobre arena movediza y arado en el mar". Y ya en los últimos momentos, presa del delirio, grita a los generales que le rodean: "¡Vámonos,

muchachos...! ¡Vámonos, vámonos!... esta gente de aquí no nos quiere... ¡vámonos, muchachos...! ¡Lleven mi equipaje a bordo de la fragata...!

"Patética obsesión del alma que quiere huir, ansiosa de otros horizontes más serenos y de otros hombres más generosos".

Juan Antonio Gómez, gobernador de Maracaibo, al comunicar la noticia al ministro del interior, le dice: "Anoche ha llegado a esta ciudad el capitán inglés Pil Riton de la corbeta de guerra "La Rosa", procedente de Jamaica y salida el 6 del presente de aquella isla. Trae por noticias la confirmación de la muerte del general Bolívar en la villa de Soledad, provincia de Cartagena; de cuyo acontecimiento no hay ya la más pequeña duda, pues todos los informes y noticias sobre el particular son cónsonos. Un acontecimiento de tanta magnitud, y que debe producir bienes innumerables a la causa de la libertad y al bien de los pueblos, es el que me apresuro a comunicar al gobierno por el conducto de V. E. y por medio de un oficial que sólo lleva esta comisión. Bolívar, el genio del mal, la tea de la discordia,, o, mejor diré, el opresor de su patria, ya dejó de existir y de promover males que refluían siempre sobre sus conciudadanos. Su muerte, que en otras circunstancias y en tiempo del engaño pudo causar el luto y la pesadumbre de los colombianos, será hoy, sin duda, el más poderoso motivo de sus regocijos, porque de ella dimana la paz y el avenimiento de todos. ¡Qué desengaño tan funesto para sus partidarios, y qué lección tan imprevista a los ojos de todo el mundo, al ver y conocer la protección que por medio de

este suceso nos ha prestado el Supremo Hacedor! Me congratulo con V. E. por tan plausible noticia".

La fe en la eficacia de la libertad, como fuerza activa, las esperanzas cifradas en el hecho material de la independencia, estaban, pues, hacia 1830, muertas en los próceres de la revolución y en los cerebros capaces de pensar. Las declamaciones y los ditirambos en honor de la libertad, ya sólo son mantos hipócritas con que los revolucionarios y los aventureros encubren sus ambiciones y sus apetitos; ecos retrasados en cerebros semi primitivos de una fe que murió; ex presiones huecas con que mentecatos del corte del gobernador de Maracaibo visten et odio que emana de su incomprensión y de su envidia a los hombres superiores. Mora, apóstol en Chile de la libertad, se convierte en palaciego del más fuerte de los dictadores americanos. En cambio, los caudillos, como obedeciendo a una consigna, repiten, de un extremo a otro de América, las altisonantes palabras de Heredia, el pro cónsul de Rosas en Tucumán: "Desde que la república Argentina midió sus fuerzas con el Imperio del Brasil y obtuvo el mejor resultado, no teme agarrarse, cuerpo a cuerpo, con el estado que la provoque; no creáis que mi lenguaje es una seducción por no someterme a los azares de la guerra; no les temo, porque la justicia y el deseo de restablecer a los hombres ese don precioso del cielo, la libertad, alientan mis fuerzas y dan esfuerzo a mi decidido empeño".

De este ambiente negativo y confuso, surgió la creación portaliana.

\* \* \* \*

El desaliento de los hombres superiores era sólo reflejo del desaliento general de los pueblos. Se habían sacrificado centenares de miles de vidas, y se había gastado el esfuerzo de una generación entera, para substituir un orden de cosas, atrasado y antipático, pero al fin un orden, por una anarquía que amenazaba concluir con los últimos restos materiales y morales de la civilización en la América española. Mas, ni a los grandes ni a los pequeños se les ocurría cómo salir del caos. La iniciativa la tomó un estadista, el mejor dotado cerebralmente entre los de su época, cualquiera que sea el concepto moral que de él nos formemos. Bernardo Monteagudo era un producto de la revolución. Había sido agente activo de la disolución política; conocía la anarquía y sus causa! con la hondura a que sólo llega el que actúa conscientemente en los fenómenos. Arribista, aventurero de intelecto poderoso, cuya visión se cernió por encima de la ideología y de los sentimientos del ambiente, sin exceptuar sus propias pasiones y concupiscencias, tuvo el valor moral de romper en público los ídolos que había adorado. El exaltado revolucionario de 1809, atacó en 1820 "los esfuerzos prematuros para establecer una libertad, que sería más ventajosa a nuestros enemigos que a nosotros". Y principió a sostener en sus escritos que los "pueblos de la América española no estaban preparados para ser regidos por instituciones democráticas y que había peligro en darles a beber, sin medida, el néctar embriagador de la libertad". "La república —decía— para que sea buena, ha de ser como la fruía, que de madura se cae del árbol. Lo que es por ahora, en América la veo verde. Para gozar de libertad, y

aun para sufrir la esclavitud, es necesario hacer una especie de aprendizaje, antes de adquirir la paciencia habitual de esclavo y la constante moderación que debe animar al que desea ser libre".

Su espíritu racionalista, ajeno a toda intuición —el polo opuesto a Portales— buscó el remedio donde la razón lo señalaba: en una forma de gobierno más en armonía con la capacidad política de las jóvenes nacionalidades, "No pretendamos — dijo— librar nuestra felicidad exclusivamente a una forma determinada de gobierno. Conocemos los males del despotismo y los peligros de la democracia. Ya hemos salido del período en que podíamos soportar el poder absoluto, y, bien a costa nuestra, hemos aprendido a temer la tiranía del pueblo cuando llega a infatuarse con los delirios democráticos". "Ni podemos ser tan libres, como tos que nacieran en esa tierra clásica (Inglaterra) que ha presentado el modelo de los gobiernos constitucionales y como los americanos de la América Septentrional, que, educados en la escuela de la libertad, osaron hacer el experimento de una forma de gobierno, cuya excelencia aún no puede probarse satisfactoriamente por la duración de cuarenta y cuatro años".

San Martín y la generalidad de los contemporáneos, creyeron con Monteagudo encontrar remedio al mal en la adopción de la monarquía constitucional ', y con este propósito, confiaron a García del Río y a Paroissien, la tarea de buscar en Europa monarca para el Perú. "Estando reunidos en la sala de sesiones del consejo de estado —dice el acta en que se tomo este acuerdo— los consejeros Iltmo. y honorable señor García del Río, ministro de estado y

relaciones exteriores, fundador de la Orden del Sol; Iltmo. y honorable señor coronel don Bernardo Monteagudo, ministro de estado en el departamento de guerra y marina, fundador de la Orden del Sol; Iltmo. y honorable señor don Hipólito Unanue, ministro de estado en el departamento de hacienda y fundador de la Orden del Sol; el señor doctor don Francisco Javier Moreno y Escandón, presidente de la Alta Cámara de Justicia ; el Iltmo. y honorable señor gran mariscal conde del Valle de Oselle, marqués de Montemira y fundador de la Orden del Sol; el señor deán, doctor don Francisco Javier de Echagüe, gobernador del Arzobispado y asociado a la Orden del Sol; el honorable señor general de división, marqués de Torre-Tagle, inspector de los cuerpos cívicos y fundador de la Orden del Sol; los señores condes de la Vega del Ren y de Torre Velarde, asociados a la Orden del Sol; bajo la presidencia del Excmo. Protector del Perú, acordaron extender en el acta que las bases de negociación que entablen cerca de los altos poderes de Europa los enviados, Iltmo. y honorable señor Juan García del Río, fundador de la Orden del Sol y consejero de estado, y honorable señor coronel don Diego Paroissien, fundador de la Orden del Sol y oficial de la Legión de Mérito de Chile, sean las siguientes:

"I. — Para conservar el orden interior del Perú y a fin de que este estado adquiriera la respetabilidad exterior de que es susceptible, conviene el establecimiento de un gobierno riguroso, el reconocimiento de la independencia, y la alianza o protección de una de las potencias de primer orden de Europa. La Gran Bretaña, por su poder marítimo, sus créditos y vastos recursos, como por la



bondad de sus instituciones, y la Rusia, por su importancia política y poderío, se presentan bajo un carácter más atractivo que las demás: están de consiguiente autorizados los comisionados para explorar como corresponde y aceptar que el príncipe de Sussex Cobourg, o en su defecto, uno de los de la dinastía reinante de la Gran Bretaña<sup>121</sup> pase a coronarse emperador del Perú. En este último caso, darán-la preferencia al duque de Sussex, con la precisa condición que el nuevo jefe de estas monarquías limitadas, abrace la religión católica, debiendo aceptar y jurar al tiempo de su recibimiento la constitución que le diesen los representantes de la nación; permitiéndole venir acompañado, a lo sumo, de una guardia que no pase de trescientos hombres. Si lo anterior no tuviese efecto, podrá aceptarse algunas de las ramas colaterales de Alemania, con tal que ésta estuviera sostenida por el gobierno británico; o uno de los príncipes de la Casa de Austria con las mismas condiciones y requisitos.

"II. —En caso que los comisionados encuentren obstáculos insuperables por parte del gabinete británico, se dirigirán al emperador de la Rusia como el único poder que puede rivalizar con la Inglaterra. Para entonces están autorizados los enviados para aceptar un príncipe de aquella dinastía o algún otro a quien el Emperador asegure su protección.

"III. —En defecto de la Casa Brunswick, Austria o Rusia aceptarán los enviados a alguno de la de Francia o Portugal; y en último

---

<sup>121</sup> Ernesto I (1794-1844), Duque de Sajonia-Coburgo, hermano de Leopoldo I, Rey de los Belgas: en su defecto, Augusto Federico, duque de Sussex (1773-1840), 9º hijo de Jorge III de Gran Bretaña.

recurso podrán admitir de la Casa de España al duque de Luca, sujetándose en un todo a las condiciones expresadas, y no podrá de ningún modo venir acompañado de mayor fuerza armada.

"IV. — Quedan facultados los enviados para conceder ciertas ventajas al gobierno que más nos proteja, y podrán pro ceder en grande para asegurar al Perú una fuerte protección y para promover su felicidad. Y para constancia lo firmaron en la sala de sesiones del consejo, a 24 de diciembre de 1821, en la heroica y esforzada ciudad de los Libres".

Se despachó al general Manuel Llano y Nájera a Guatemala y a José Morales y Ugalde con destino a Méjico, para uniformar las opiniones en el propósito de implantar la monarquía constitucional como forma de gobierno en todas las naciones hispanoamericanas. García del Río y Paroissien recibieron encargo de tratar con el gobierno de Chile el objeto de la misión que llevaba. "A su paso por ésa — escribía confidencialmente San Martín a O'Higgins— instruirán a Ud. verbalmente de mis deseos; si ellos convienen con los de Ud. y con los intereses de Chile, podrían ir dos diputados por ese estado, que, unidos con los de éste, harían mucho mayor peso en la balanza política, e influirían mucho más en la felicidad futura de ambos estados. Estoy persuadido de que mis miras serán de la aprobación de Ud., porque creo estará Ud. convencido de la imposibilidad de erigir estos países en república. Al fin, yo no deseo otra cosa que el establecimiento del gobierno que se forme sea análogo a las circunstancias del día, evitando por este medio los horrores de la anarquía. ¡Con cuánto placer no veré en el rincón donde pienso

meterme, constituida la América bajo una base sólida y estable! Repito, por último, que García hablará a Ud. verbalmente sobre planes que no me es posible fiar a la pluma".

La idea de Monteagudo sólo era una reminiscencia de las gestiones que en 1818 practicaron Rivadavia y Belgrano para solucionar, a un tiempo, el doble problema de la anarquía y del reconocimiento de la independencia. Un escritor español, partidario de la independencia, José Rivadeneira, había preconizado, también, la misma solución en una especie de estudio político.

La monarquía, implantada en la forma que propuso Aranda, no habría realizado el propósito que éste perseguía de conservar a España las colonias; pero habría permitido a los pueblos hispanoamericanos segregarse dentro de esta forma de gobierno. En esta eventualidad, su evolución habría sido, tal vez, la del Brasil, y habrían realizado grandes progresos bajo un régimen de orden. Pero la restauración monárquica, después de la independencia, cuando ya habían germinado el odio hacia esta forma de gobierno y el entusiasmo por la república, era sencillamente una utopía y un nuevo factor de perturbación. O'Higgins, que en aquella ocasión no había podido actuar de frente por no contrariar a San Martín, consiguió del senado chileno que quemara el acta en que constaba la autorización concedida a Irisarri para gestionar en Europa un príncipe para Chile. "Antes que entrar en semejantes proyectos, permitiría que me hicieran pedazos" había dicho a Cienfuegos. Ahora, volvió a rechar la idea. Conservaba la fe en la forma republicana, y era uno de los pocos que aún confiaba en una

reacción de orden en el correr del tiempo. Pero su actitud frente a los resultados de la revolución, distaba mucho de reflejar el estado de ánimo de la opinión americana entre 1820 y 1830.

La parte crítica o negativa, tan desarrollada en Monteagudo, no podía desenvolverse en Portales, cuya abundancia positiva se alcanzó sólo a expensas de la riqueza crítica o negativa. Pero está implícita en su creación; mejor dicho, es su punto de arranque. Percibe con gran claridad la estructura étnica chilena; la falta de experiencia práctica del gobierno; el pesado bagaje de prejuicios y de corrupción administrativa legado por la colonia; la debilidad ideológica de los teóricos (Martínez de Rozas, Camilo Henríquez, Egaña, Infante, etc.) sobre la organización política; y las tendencias de la aristocracia a destruir el gobierno en nombre de la libertad. Frente a este panorama, que su construcción tomó en cuenta hasta en su último detalle, desde que actuó como estadista, no pronunció una palabra; pareció ignorar lo. Mucho antes, allá en 1822, cuando aún no soñaba con asentar sobre tan débiles 'cimientos una construcción que desafiara a los años, había dicho: "La democracia, que tanto pregonan los ilusos, es un absurdo en los países como los americanos, llenos de vicios, y donde los ciudadanos carecen de toda virtud, como es necesario para establecer una verdadera república". Más aquí termina su acuerdo con el pensamiento contemporáneo. Todos creen que lo que existe en América no puede seguir. Unos pocos cerebros, mal conformados, persisten en ensayar nuevas formas de gobiernos democráticos. Uno que otro aguarda una reacción espontánea en el correr de una centuria. O'Higgins es

de este número. La casi totalidad se vuelven hacia el pasado. Unos lo quieren restaurar material y moralmente. Los más cerebrales se limitan a tomar la forma de gobierno: una monarquía constitucional sin el espíritu y sin los vicios de la colonia.

El genio intuitivo de Portales, apartó de su camino todo regreso material o moral al pasado; no se remonta la historia. "La monarquía no es tampoco el ideal americano". La monarquía se ha hecho odiosa y los genios políticos no luchan contra los sentimientos. Se embarcan en ellos y los gobiernan. Su misión es abrirles cauce y derivarlos en un sentido útil al devenir histórico; no atravesarse en el torrente desbordado para ser arrastrado por él. El nombre, la palabra hueca, nada significa; lo que importa es la realidad del gobierno; y esa realidad debe ser "un gobierno fuerte, centralizador"; una entidad al mismo tiempo impersonal y eficaz; un gran símbolo durable en el tiempo. Toda dictadura, toda forma de gobierno que se vincule a una persona, debe excluirse.

Más no basta el gobierno fuerte e impersonal. Es necesario, además, que sea ejercido por "hombres que sean un verdadero modelo de virtud y patriotismo, y así enderezar a los ciudadanos, por el camino del orden y de las virtudes". Aquí ya Portales no sólo se aparta de sus contemporáneos, sino que entra de lleno en la anticipación de las ideas socio lógicas que debían dominar hacia el final del siglo XIX y comienzos del XX. Un gobierno sin alma, es un cadáver; una fórmula política, una momia. La república necesita un alma, en reemplazo del alma colonial que murió. En este terreno, nada puede la propaganda racional. Hay que crear la por sugestión; hay que

sembrar, que entrañar en los ciudadanos los gérmenes. De ello surgirán sentimientos, aspiraciones y deberes cívicos, que entrelazándose tejerán la nueva alma nacional. El alma así creada, reaccionará, a su turno, sobre la masa, se incrustará en ella y se convertirá espontáneamente en norma de conducta cívica, informando al cuerpo inerte. La ciencia no ha logrado aprisionar el secreto íntimo del proceso; pero es más real que el hecho histórica externo. La intuición percibe el nacimiento, el desarrollo, las crisis, los cambios y la decadencia del atina de los pueblos con una claridad que jamás alumbra la confusión del aspecto externo del devenir histórico. Es que de la vida, la ciencia y la razón sólo han aprisionado la corteza muerta.

Tiende, en seguida, la mirada hacia el futuro; pero sin olvidar el punto de partida. At emprender el vuelo hacia el porvenir, hay que mirar la base que sustenta el impulso y la resistencia de las alas... "venga el gobierno completa mente liberal, libre y lleno de ideales, donde tengan parte todos los ciudadanos..." "cuando se hayan moralizado". Es decir, cuando el vigor de las alas permita remontar el espacio, sin los peligros de una caída fatal. De esta última parte se desprende una posición muy destacada frente al concepto de la libertad. La libertad es negativa. Si ponemos en libertad al criminal, tendremos el crimen; si al virtuoso, la virtud ; si al perezoso, la pereza ; si al activo, el trabajo. Por consiguiente, el problema que se plantea al estadista es crear en el ciudadano las virtudes cívicas y los hábitos; hacerlo patriota, honrado, laborioso, consciente de sus deberes cívicos y respetuoso del orden y de las leyes. Si, inculcadas

estas virtudes y capacidades, le damos, paulatinamente, el uso de sus derechos, tendremos un pueblo próspero, ordenado y progresista. Si, por el contrario, empezamos "por dejar lo libre de la tuición de los elementos superiores antes de capacitarlo, tendremos la anarquía, el robo, el asesinato, la abyección moral y física; y como término, el regreso a la barbarie. La libertad por sí misma no engendra ideas-fuerzas ni forma hábitos.

\* \* \* \*

La concepción del gobierno fuerte e impersonal bajo la forma republicana, la realizó Portales radicando el poder en la presidencia de la república, con sucesión adoptiva y atribuyéndole la representación de la gran masa inconsciente, que formaba del 70 al 80 por ciento de la población de Chile. Esta creación recuerda, en la forma, el cesarismo bajo los Antoninos. Pero su estructura íntima y su posición en el devenir histórico son muy distintas. El momento histórico en que ambas formas afloran es opuesto. La creación portaliana simboliza el paso de lo informe al estado en forma, el surgimiento del alma nacional evocada del caos por el genio creador. El cesarismo de los Antoninos está colocado, por el contrario, en plena disolución, cuando la forma se ha reintegrado ya al caos. Las bases en que descansan ambos sistemas de gobierno en cuanto realidades, son, también, muy distintas. El cesarismo vive de la vida de fuerzas morales ya muertas y del apoyo militar. El régimen portaliano se realiza por una tradición encarnada en una minoría que se re nueva a sí misma, a la cual anima el sentimiento muy vivo de la religión del gobierno. Su punto de apoyo es espiritual.

Para comprender la estructura íntima de la creación portaliana, hay que partir del hecho de que Portales, por atavismo étnico, tenía la concepción romana del estado, como entidad independiente y superior al conglomerado de los individuos, municipios, ciudades o regiones. En esta concepción, trasplantada a un país nuevo, sin tradiciones particularistas ni municipales arraigadas, y sociológicamente maleable, sólo tienen vitalidad el estado y el ciudadano. Provincias, gobernaciones y municipios, pasan a ser simples órganos de enlace.

Ya tenemos la génesis del gobierno centralizador, pues el estado concebido así lleva implícita esa forma de gobierno. Veamos ahora la del gobierno fuerte. Un gobierno centralizador tiene en su estructura misma, cierta tendencia a su ejercicio enérgico. Paternalmente, sólo se gobierna a los inmediatos al gobernante, a aquellos que reciben la sugestión directa del prestigio o ascendiente personal. Pero en Portales la energía gubernamental es, a la vez, la expresión de su propio carácter, de su concepto de la libertad y de la necesidad indirecta del resto de su creación política. Su carácter resuelto e imperioso, que imprime un sello indeleble a todos sus actos en cuanto individuo y en cuanto estadista, tenía necesariamente que reflejarse en su concepto del estado y del gobierno. El gobierno debe ser algo esencialmente activo, debe tener un pensamiento propio y definido delante de todo problema, una voluntad resuelta frente a la solución y los medios de realizarla sin estorbos ni dilaciones.



El concepto de la libertad pudo contrariar el reflejo del temperamento y del carácter de Portales sobre su concepción del gobierno. Contra lo que parece a primera vista, arraigaba en él muy hondo el sentimiento de la libertad individual. Pero es un sentimiento que entraña un concepto de la libertad totalmente opuesto al hispanoamericano en general y al castellano-vasco en especial. En 1822 había escrito: "Son débiles las autoridades, porque creen que la democracia es la licencia". Ya aparece la primera divergencia. Opone violentamente la libertad a la licencia, concepto que nunca pudo penetrar en el hispanoamericano, para quien andar a tiros en la calle fue siempre un derecho, y la represión un acto de tiranía, un atentado contra la libertad. En otros términos, en Portales la libertad es el ejercicio de la actividad individual dentro de las normas jurídicas y del límite que ellas imponen, subordinado siempre a la necesidad política superior de la existencia del estado en forma. Si ahogarla, transgrediendo esas normas, es un atentado, violar las normas es la destrucción misma de la libertad. Pero el desacuerdo es aún más hondo. Es imposible encontrar en otro estadista una oposición más vigorosa al concepto castellano-vasco de las relaciones entre el gobierno y la libertad. Sin volver sobre el origen étnico e histórico del concepto vasco, él se expresa por una relación constante entre la energía de un gobierno central y el grado de libertad de que se siente el ciudadano en posesión. En la misma medida en que aumenta la eficacia del gobierno, disminuye la libertad en el ciudadano. Por la inversa, cada atribución restada al gobierno, en cualquier terreno que sea, es una

conquista para la libertad. En Portales, la acción del estado y la del ciudadano, se realizan en planos apartes. Hay en este aspecto de su ideología política una verdadera superación del concepto inglés moderno, que el estado occidental no alcanzó a incorporar a su estructura, y que, sin embargo, fue perfecta mente realizable. Siendo distintas las órbitas de acción, nada se opone a la coexistencia de un gobierno muy enérgico y muy activo con una libertad muy vigorosa. Basta evitar la confusión de los planos en que las dos actividades se mueven. La concepción es nítida; pero la realización, que habría sido posible en el pueblo inglés, era imposible en un derivado del pueblo español. La oposición mental entre el genio moldeador y la raza moldeada fue en este terreno irreductible. Al vasco no le interesó mayormente la libertad individual, que siempre tuvo en exceso. Sólo le atrajo la destrucción del estado orgánico y del gobierno fuerte. El deseo de sacudir la banderilla clavada en su complexión mental atávica del estado, era en él demasiado vivo.

Portales, por su parte, necesitaba formar hábitos de orden y crear por sugestión virtudes cívicas. Debía imponerlos de arriba abajo, haciendo activo en los demás lo que estaba sólo en él, y en menor grado en muy pocos más. En el terreno político, a diferencia del religioso, el instrumento más eficaz de sugestión es el gobierno fuerte cargado de ideales. La limitación que esta necesidad imponía al concepto vasco de la libertad política, iba a ser la arena en que, andando el tiempo, tenía que desarrollarse la lucha; y el resultado, a la larga, no podía ser dudoso. El sino racial debía necesariamente

prevalecer sobre el sino individual. Pero durante los sesenta años que duró el régimen, aunque debilitándose gradualmente, el gobierno activo, enérgico y centralizado coexistió con una libertad individual también activa.

Conviene dejar para párrafo aparte el tercer aspecto de la concepción, portaliana del gobierno: el impersonalismo y sus razones psicológicas.

Hay todavía un cuarto aspecto, que es un reflejo de la estructura cerebral innata en el concepto del estado. El estado debe ser laico, no por razones políticas, sino porque así germinó en Portales la idea del estado. Por suerte, este concepto estaba arraigado en su raza. La oposición entre el estado y la iglesia, y la consiguiente tendencia a destruir el primero en aras de la segunda, estaba latente; pero sólo germinó más tarde. El concepto de Portales es el de Montt, con más inteligente flexibilidad en el roce con la fuerza tradicional de la iglesia. No porque el estado sea laico debe chocar con la enorme fuerza social que ésta representa. No hace gran caso de la religión. Las cartas ya reproducidas hacen innecesario ahondar más en este aspecto. Pero, mientras acentúa la supremacía del estado sobre la iglesia, halaga al clero y lo utiliza como fuerza política. El peligro para la salud del estado está en la iglesia y no en sus ministros.

Esto es lo que hay dado en la concepción política portaliana. Es una emanación de su estructura cerebral; un molde de rígido acero, en el cual la realidad histórica debe encuadrarse, quepa o no quepa en él, así le quede estrecho como le sobre. Esta última era felizmente la relación entre el molde y la realidad.

Esto es lo que hay dado en la concepción política portaliana. Es una emanación de su estructura cerebral; un molde de rígido acero, en el cual la realidad histórica debe encuadrarse, quepa o no quepa en él, así le quede estrecho como le sobre. Esta última era felizmente la relación entre el molde y la realidad.

Pero al lado de este elemento rígido, hay en la concepción portaliana un elemento sugerido por la visión directa de la realidad: la convicción de que en el grado actual de desarrollo mental y de aptitud política, los pueblos americanos son incapaces de gobernarse a sí mismos democráticamente. No se revuelve contra la democracia ni contra la forma republicana. Presiente que el porvenir inmediato se orientará hacia ellas. El problema que se le presenta es el de crear en estos pueblos un gobierno que pueda presidir su desarrollo ordenado, sin contrariar el desenvolvimiento de su capacidad política. Se representa en toda su crudeza el hecho de que del 70 al 80 por ciento de los ciudadanos carecen aún de la capacidad necesaria para pensar y sentir políticamente. Y sin entrar en disquisiciones de ninguna especie, afirma el derecho del gobierno a pensar y a sentir por los que no son capaces de pensar ni de sentir; y este derecho debe ejercitarse "por el resorte principal de la máquina", que, en su creación, es el poder ejecutivo, ligeramente regulado por el congreso y por el poder judicial.

Mas, y esto es de la esencia de su creación, éste no es derecho arbitrario. En primer lugar, está subordinado a la obligación correlativa de velar por los que representa. Por consiguiente, debe ejercerse siempre en un sentido nacional, superior no sólo al interés

individual o regional, sino, también, a todo interés de clase. En seguida —y esto es también esencial— no debe en caso alguno ahogar la expresión del sentimiento y del pensamiento de los que son capaces de pensar y de sentir políticamente. "El país — dice a Garfias— necesita de un buen papel, al lado del monótono Araucano: el silencio de otras prensas puede interpretarse, a lo lejos, por opresión en que las mantiene el gobierno". Y en otra carta: "A mi amigo Cavareda remito esos impresos en que se me pone lindo. Léalos Ud., si quiere divertirse". El gobierno, en cuanto representante de la gran masa, debe jugar lealmente con la opinión consciente dentro de un equilibrio variable, cuyas tendencias pueden expresarse así: mientras el pensamiento político del corto número de los que en Chile son capaces de pensar, se encuadre en el interés general y no comprometa, por errada dirección, la suerte del país, el gobierno debe abstenerse de ejercitar su derecho. Al asomar la desviación, debe corregir el rumbo por la influencia moral y por la destreza, si es suficiente; y con enérgica acción, si aquéllas no bastan. En caso de descarrilamiento, debe intervenir con todas las fuerzas de su brazo poderoso, que representa la inmensa mayoría del país. Ya en carta a Benavente escrita en 1824 esboza con gran nitidez esta idea: "Estas son —le dice las circunstancias en que nos ha puesto (permítame Ud. decir) la absoluta libertad con que se quiere mantener a los hombres recién nacidos y autorizarles los extravíos propios de su edad".

En esencia, es una tutela sobre la aristocracia castellano-vasca. Portales no tiene por ella simpatía; pero la conceptúa la única base

sobre la cual era posible asentar en su época un gobierno estable y serio. Conoce a fondo sus virtudes y sus defectos; sus capacidades y sus fallas. La tutela está calculada para suplir las últimas. Lo original es que los componentes humanos, los individuos que forman la entidad impersonal, destinada a ejercer esta tutela, tenían necesariamente que salir de la misma casta que iban a tutelar. Una honda intuición psicológica le permitió salvar este escollo a primera vista infranqueable. El individuo, en general, es uno como simple ciudadano y otro como gobernante. Esta dualidad se acentúa especialmente en el vasco. Si se penetra a fondo en el alma vasca, se advierte que su repulsión atávica por la forma romana del estado, deriva del hecho de no ser posible, dentro de esa forma, su participación directa en el gobierno, de no poder ejercerlo por sí mismo, por sus parientes, o por el hombre cuyo prestigio siente personalmente, porque lo conoce y lo trata; en otros términos, de no poder realizar dentro de la concepción romana, su concepto hereditario del gobierno local. Pero de ninguna manera, de incapacidad para realizar en cuanto individuo la forma romana del gobierno. Buena prueba de su aptitud dieron los emperadores romanos de origen ibero, Ignacio de Loyola y muchos de los grandes gobernantes españoles. Es una repugnancia a someterse en cuanto ciudadano a la forma de gobierno que fluye de la concepción romana del estado; pero no una incapacidad de realizar esa forma en cuanto gobernante. El genio de Portales adivinó esta psicología, y su poderosa imaginación le sugirió la salida que ni el sentido común ni el razonamiento habían encontrado. Basta dar al castellano-vasco

que gobierne un punto de apoyo, y se revolverá contra su propia casta, contra los destructores del estado, de entre los cuales acaba de salir. Es el caso de Errázuriz Zañartu, de Santa María y de Balmaceda. El punto de apoyo lo encontró en la representación de la masa inerte.

¿Cuál es el origen inconsciente de esta intuición? ¿Es cómo se ha insinuado, una reminiscencia del concepto cesariano en que se transformó la primitiva idea romana del estado? No es probable. Mas, si así fuera, sería un cesarismo impersonal, austero y seco, colocado en la infancia de un pueblo, como rodrigón, para guiar su desarrollo, y no en la senectud, como puntal para sostener el desmoronamiento y la disolución final. Una misma ficción habría, en este caso, servido de base a dos concepciones políticas diametralmente opuestas.

\* \* \* \*

El gobierno chileno de 1830-1891 no es el único gobierno de orden que ha existido en América. Rosas gobernó, por sí o por sus secuaces, en Argentina, desde 1828 hasta 1852; y Porfirio Díaz, en Méjico, desde 1884 hasta 1911, sin contar su primera presidencia. Tampoco es el de Chile el único caso de sucesión regular en el mando. Páez y Soublette se alternaron en el gobierno de Venezuela dentro de un ritmo que duró algunos años, que, a veces, revistió la apariencia de una sucesión regular.

Pero nada hay de común entre esos gobiernos y esas sucesiones, y el régimen portaliano. Flores, Rocafuerte, Rosas, Díaz, O'Higgins, Santa Cruz, Bolívar, Santander, etc., lograron gobernar, se

mantuvieron a lo menos en el poder, merced al ascendiente o a la aptitud personal, que les permitió enfrenar la anarquía. Al gastarse el prestigio o al des aparecer el gobernante, nada quedó detrás de ellos. En la sucesión entre Páez y Soublette sólo hay un prestigio mantenido por asociación, a fin de renovarse algo y de gastarse menos rápidamente, sin el menor asomo del concepto impersonal del gobierno. En la concepción portaliana, el gobierno es una entidad abstracta, un símbolo llamado presidente de la república, absolutamente separado de la persona que lo ejerce. No se obedece a Joaquín Prieto, a Manuel Bulnes o a Manuel Montt, sino a una entidad: el presidente de la república. La persona se renueva de hecho por adopción. El poder ejecutivo, representante de la masa inconsciente, tiene por sí sola un poder electoral muy superior a la totalidad de la opinión consciente, sin necesidad de violentarla. Además, dentro de la concepción portaliana, nunca se debe ir abiertamente contra ella; debe guiársela, antes que doblegarla.

La adopción no es, en consecuencia, libre. Debe recaer en un ciudadano que, además de reunir las capacidades y las virtudes cívicas esenciales dentro del concepto portaliano del gobierno, tenga el prestigio y las simpatías de la opinión consciente. Este fue uno de los errores de Balmaceda, El sucesor esbozado reunía los mayores merecimientos, pero no cumplía la última exigencia.

La incertidumbre del gobierno personal desaparece dentro de este régimen; y la necesidad de sacrificar la honradez y la corrección administrativa para halagar a los partidarios, cesa. El prestigio reside en el cargo, en la entidad abstracta que sirve de máscara al



mando efectivo de un individuo de capacidad política real, ya sea el mismo presidente o algunos de sus ministros. Al terminar su mandato o al enfermar el presidente en ejercicio, lo reemplaza la persona que él indique dentro de las normas éticas y constitucionales que presiden la adopción. El gran elector, el representante del 70 o el 80 por ciento de la masa inerte, no necesita ser halagado; no tiene concupiscencias. El nuevo mandatario entra, así, al desempeño de su cargo sin compromisos partidaristas, o con muy pocos compromisos; y está libre para llenar las severas exigencias morales en que, según se verá más adelante, se asienta el prestigio del régimen portaliano. En esta forma, creó Portales una tradición que eliminó el azar.

Queda por señalar otra superioridad del concepto impersonal del gobierno. El pueblo español y sus derivados, "esta gente descontentadiza de todo lo bueno, malo y regular", tiene un poder de crítica que hace efímera la popularidad de todo gobernante. Su mentalidad, esencialmente negativa, sólo ve el defecto y sólo repara en lo disconforme con su criterio. El que rechaza el gobierno enérgico, se ceba en la energía; el religioso, en la irreligiosidad; el belicoso, en el pacifismo; y el resto del gobernante desaparece, aun que se trate de un hombre superior. La impersonalidad, si no preserva de la crítica al mandatario, salva, a lo menos, el prestigio de la entidad abstracta. El descontento entretiene su inquietud con la esperanza de que el período presidencial tiene un término, y otro hombre, en el cual se complace siempre en suponer cualidades distintas del blanco actual de su negativismo, lo reemplazará.

\* \* \* \*

El concepto portaliano del estado lleva implícito un código de las relaciones entre el estado y el ciudadano, que no se conoció en el pasado colonial, ni se encuentra formulado con igual energía en ningún otro pueblo hispanoamericano. Este código está formado sencillamente con el concepto que Portales tenía de los deberes y de los derechos cívicos.

El ciudadano debe al estado, ante todo, el orden, el acatamiento a los poderes constituidos y el respeto a las leyes, sin el cual no hay salud pública posible. Le debe, en seguida, brazo militar, no sólo para defender una causa justa, sino también para imponer, cuando el interés nacional lo exija, soluciones necesarias al desarrollo futuro, cualquiera que sea su grado de justicia. Le debe, por último, esfuerzo, trabajo físico e intelectual, actividad creadora de riquezas y de fuerzas intelectuales y morales. Se los debe "porque él mismo era una encarnación viva del progreso en todos los ramos de la actividad humana que estaban a su alcance"; Este esfuerzo lo gastará el individuo en levantar su propio peso, para no gravar a la colectividad; y puede aplicar el sobrante a labrar su propio engrandecimiento, siempre que no lesione la salud nacional. Al engrandecerse él, engrandece a la colectividad. Pero debe también — y esta obligación recae especialmente sobre los que tienen alguna superioridad— sacrificarse espontánea y desinteresadamente por el bien público. Él lo ha sacrificado todo, renunciado hasta la remuneración indispensable para vivir. Entre sus adeptos muchos hicieron lo mismo. El doctor Vicente Bustillos, joven formado por su

esfuerzo desde la condición de modesto empleado de una farmacia, siendo muy pobre, ofreció en 1833 hacer gratuita mente la clase de farmacia en el Instituto Nacional; y como el gobierno, impuesto de su situación, le asignara un sueldo de quinientos pesos, contestó: "Al recibir mis títulos, en ellos he visto que se me asigna la renta de quinientos pesos anuales, y si el gobierno ha tenido razones para no admitir mi ofrecimiento, suplico a V. E. se sirva decir a S. E. lo admita en la cantidad de doscientos pesos, que cedo en beneficio de la clase que desempeño, al menos, durante el primer año, que es consagrado al estudio de la química, en el que se necesitan mayores recursos".

En cambio, el individuo nada debe pedir directamente al estado, a lo sumo, al inutilizarse, un pequeño amparo, y esto sólo cuando la solidaridad familiar no se lo brinde privadamente. El estado, en Portales, no es un refugio de incapaces o de perezosos; no es un órgano de despojo del apto en beneficio del inepto. Su misión es colocar al individuo en condiciones favorables para que desenvuelva sus aptitudes y se convierta en unidad de crecimiento y de poderío, que sumadas a las demás unidades, labren el poder y las fuerzas nacionales frente a los demás pueblos en la lucha por la supervivencia y por el predominio.

El ciudadano debe esperar los beneficios de la colectividad indirectamente, en lo material, del orden, de la justicia y de la sanción inflexible, que le permitirán desarrollar su esfuerzo individual; y de las grandes obras de progreso y de los establecimientos de instrucción que le facilitarán el desarrollo y el

perfeccionamiento. En lo moral, debe contentar se con el orgullo de ser ciudadano de un pueblo sano, fuerte, respetable y respetado.

Un deber cívico que pesa sobre los ciudadanos y sobre el estado, cada uno en su esfera, es el de formar las capacidades individuales que se adviertan. El progreso no se realiza por medio de declaraciones de principios, sino de la elevación intelectual y moral del ciudadano. Todo talento que queda inaprovechado, toda capacidad que no se desarrolla al máximo, son fuerzas perdidas para el progreso nacional. En 1833, el fallecimiento de su hermano mayor, José Miguel Varas de la Barra, dejaba en el desamparo a Antonio Varas, niño de dieciséis años que cursaba humanidades en el Instituto Nacional. Manuel Montt, Ventura Marín, Manuel Cerda y Ventura Cousiño, le tendieron la mano. A los veinte años era profesor de filosofía e inspector de externos; a los veintiuno era vicerrector del mismo establecimiento; a los veintidós se graduaba de agrimensor; a los veinticinco, se recibía de abogado y se le designaba para el alto cargo de rector del primer establecimiento de enseñanza de la república. Lo que movió a los particulares y al gobierno a ayudar primero y a exaltar después a los más altos puestos al joven provinciano, huérfano y desvalido, no fue sino muy secundariamente el recuerdo de los merecimientos de su hermano. Fue el deber cívico de desarrollar y de aprovechar para la colectividad el extraordinario valer del joven estudiante; fue el presentimiento de la elevación moral y del vigor mental del estadista, que necesitó rebajar la grandeza y la profundidad de sus concepciones, a fin de poder realizar la parte de ellas, compatible

con las ideas de su época y las posibilidades de su país. El caso de Varas es sólo ejemplo resaltante de un hecho que, entre 1830 y 1891, se observa a cada paso en todas las esferas de la actividad nacional, y que constituyó una de las grandes fuerzas morales de la creación portaliana.

\* \* \* \*

La génesis de la constitución de 1833 y el estudio de las bases teóricas y prácticas en que se asienta, pertenece a la historia de la administración Prieto. Pero hay dos aspectos de que no es posible prescindir en el esbozo de la creación portaliana: el concepto del estadista frente al código constitucional y las relaciones entre ese código y la concepción política de Portales.

Para la mayoría de los chilenos, el orden, la sucesión regular del gobierno y los progresos alcanzados por el país, derivan de la prudencia y de la sabiduría de la constitución del 33. Para una minoría corta, pero intelectualmente muy activa, ese código ha sido un agente de tiranía y de despotismo que ha contrariado la evolución política nacional. Tal vez sea Barros Arana el que más decididamente ha reaccionado contra este doble error. Reconociendo con su buen sentido natural, la mayor adecuación del código del 33 a la capacidad política de la época con relación a los que le precedieron, no ha incurrido en la candidez de hacer derivar de él fenómenos que, como el orden, el progreso y las medidas represivas impuestas por las conspiraciones, obedecen a factores sociológicos y a actos de gobierno. La constitución del 33 es un código sensato, adecuado a las modalidades del país, que ha revestido de forma

jurídica y permitido desenvolverse en sentido favorable fuerzas que están fuera de él.

El concepto de Portales sobre las constituciones es el concepto sociológico de hoy. La constitución es al organismo social lo que el traje al individuo. Debe quedar a la medida del cuerpo y bien cortado para que permita la libertad y comodidad de los movimientos. Mas, tanta mentecatez habría en confundir el traje con el cuerpo individual, como en confundir la carta escrita con el sistema de gobierno, Creía, como Lassatle y como Bismarck, que la verdadera constitución de un país no consiste en la hoja de papel escrito sino en los hechos reales. Con una misma constitución un gobierno puede ser bueno y puede ser pésimo. "No me tomaré la pensión — escribió— de observar el proyecto de reforma- Ninguna obra de esta clase puede ser absolutamente buena, ni absolutamente mala; pero ni la mejor, ni ninguna servirá para nada si está descompuesto el principal resorte de la máquina". Ochenta años más tarde, Spengler desarrolló este mismo concepto en la siguiente forma: "Ninguna constitución, considerada en sí y formulada en el papel, es nunca completa". "Lo no escrito, lo indescriptible, lo habitual, lo sentido, lo evidente predomina de tal manera —cosa que los teóricos no comprenderán nunca— que, en la descripción de un estado, los datos constitucionales no dan si quiera una sombra de lo que constituye la forma esencial de él en la realidad viviente. Un estado cuyo movimiento se so metiera estrictamente a una constitución escrita, quedaría dañado para la historia".

Sin embargo, Portales no concibe un estado sin constitución y sin leyes. El traje no es el individuo, pero es indispensable dentro de la vida civilizada. La constitución y las leyes son el traje del organismo social. El 6 de enero de 1832 escribe a Garfias: "Dígale (a don Mariano Egaña), en reserva, que van a convocarse extraordinariamente las cámaras, y que como hijo de vecino, le agradecería escribir sobre la necesidad y conveniencia de reformar los códigos; y que entregue a Ud. los borradores para remitírmelos, y que puede contar con el sigilo: yo me encargaré de publicarlos oportunamente, y haremos lo posible para que, después de interesada la opinión nacional, se hagan a un lado las pasiones, para dejar pasar el proyecto presentado por el gobierno, porque, si hay algo con que no pueda conformarme, es la retardación de una obra cuya necesidad, acaso, llega a ser exagerada en mi juicio". El 3 de agosto: "mucho me agrada la noticia de que et compadre (don Andrés Bello) se haya hecho cargo de la redacción del proyecto de reforma de la constitución". Y el 8 de diciembre, con motivo de las gestiones que ha iniciado para apresurar el despacho de la constitución, vuelve a escribir: "Yo no he hablado a ningún miembro de la convención para que vaya a casa del señor Egaña, que nunca me trató él de tal paso: solamente les supliqué que uniformasen y uniesen sus votos al del señor Egaña, para evitar las demoras y males que ocasiona la divergencia hasta en los puntos o materias más 'insignificantes". Opinando sobre un punto concreto, dice: "Celebro el progreso de la convención. En el artículo de esclavos está mi opinión conforme con la de Vial y de Rengifo; y lo estará la de

Ud., si compara ambas constituciones". Finalmente, el 23 de mayo de 1833 pidió a Fernando Urizar Garfias que le mandara una copia del bando publicado para la jura de la constitución.

Ahora, ¿cuál fue su influencia en las deliberaciones? No hay datos que permitan apreciarla documentalmente. Sólo se puede anotar el hecho de que prevaleció en la convención la tendencia centralizadora de Gandarillas contra Egaña, y el concepto del ejecutivo fuerte frente al congreso, de éste contra aquél. En otros términos, las direcciones en que el pensamiento de cada uno coincidía con el pensamiento de Portales. Las informaciones tradicionales de segunda mano que alcanzamos a recoger, coinciden en que Portales, a pesar de no haber querido tomar parte oficialmente en la gran convención, fue consultado en todas las resoluciones fundamentales, asistió privadamente a varias sesiones y decidió muchos puntos de detalle, además de los rumbos generales. Sotomayor Valdés, que alcanzó a consultar a los contemporáneos, había llegado ya a la misma conclusión. Las apreciaciones de Vicuña Mackenna en esta parte, como en casi todas las reflexiones que emanan del juicio y no de la intuición, no resisten el más ligero examen.

A pesar del arma decisiva que se puso en manos del congreso, radicando en él la autorización para el cobro de las contribuciones, "en la constitución de 1833 los poderes públicos y las instituciones, giran en torno del ejecutivo como los planetas en torno del sol". El congreso sólo podía funcionar por derecho propio tres meses en cada año. La elección estaba influida, al margen de la constitución,



por el poder electoral del ejecutivo. La limitación de las incompatibilidades permitía al presidente reclutar un crecido grupo de congresales formado por los empleados de mayor valer, honorables y competentes, cuya conducta política tenía que ser solidaria de la suya. La facultad legislativa estaba controlada por el veto presidencial. Una ley vetada se estimaba no propuesta, y no podía ser presentada de nuevo en la legislatura del mismo año. Aprobaba de nuevo en la legislatura siguiente, podía ser vetada otra vez; y el congreso necesitaba los dos tercios para insistir en ella. El poder judicial era, en la práctica, generado por el presidente, que nombraba la mayoría del consejo de estado. A él tocaba, también, velar por la pronta y cumplida administración de justicia; y la tuición de los tribunales superiores estaba sujeta a su potestad. Las municipalidades quedaron reducidas a rodajes meramente administrativos, sujetos a la injerencia y al derecho a veto de los intendentes y gobernadores en sus resoluciones. El presidente era reelegible, disposición que, combinándose con el enorme poder electoral del gobierno, extendía prácticamente a diez años la duración del período presidencial. La responsabilidad del presidente se limitaba a pocos delitos; y no podía hacerse efectiva sino "en el año in mediato, después de concluido el término de su presidencia". Mayor importancia tienen las relaciones entre la constitución del 33, como fórmula jurídica, y la concepción política portaliana como realidad. Desde luego, hay en la constitución, obra de juristas, principios teóricos de derecho público que quedan al margen de la concepción política portaliana como realidad. Son, en su mayoría,

declaraciones teóricas bastante elásticas para no chocar con ella, o que, a lo menos, permiten la conciliación con un poco de buena voluntad por ambas partes. En cambio, la mitad de la concepción política real queda fuera del código. El funcionamiento práctico del régimen no depende sólo de "la eficacia del resorte principal de la máquina" (el ejecutivo), sino de que ese resorte tenga punto de apoyo; y se ha visto que ese punto es el derecho del gobierno a sentir y a pensar política- mente por los que son incapaces de hacerlo. Este derecho tenía, fatalmente, que quedar al margen de la constitución. A la luz de las ideas de hoy, tiene tanta base, a lo menos, como la monarquía de derecho divino, o como la soberanía popular; mas, en aquellos años, habría sido necesario crear una nueva teoría del derecho público; y ni Gandarillas ni Egaña tenían alas para semejante empresa, ni de tenerlas, es probable que su genio teórico volara a la zaga del genio de la acción.

Mientras "el peso de la noche", o sea, la inconsciencia de la gran masa inerte, sumada al espíritu pasivo y hereditario de la obediencia, se agrupó espontáneamente en torno del gobierno, éste pudo legitimar su derecho a intervenir en la designación de congresales y de presidentes, con la voluntad de los que le abandonaban su representación. Más adelante, cuando fue necesario disputar los votos de esa masa a corrientes de opinión que la solicitaban en diversos sentidos, el conflicto estalló. Lo que al comienzo fue el ejercicio de un derecho no escrito, que nadie disentía con base seria en la opinión, poco a poco se convirtió a los ojos de los disidentes en un abuso que falseaba la expresión de la

voluntad popular. Pero no por eso fue menos eficaz. Mediante él vivió Chile sesenta años de un gobierno que honra a la América; y de la fuerza de su vida, treinta años de paz material, en medio de una honda crisis moral, derivada de factores bien ajenos a la creación portaliana.

En otro terreno el funcionamiento de toda constitución presupone su respeto no sólo por el poder constituido, sino también por los ciudadanos. Desde el momento en que estos últimos conspiran, aquél está en la imposibilidad de mantener las instituciones dentro de las reglas constitucionales. La convención, previendo el caso, consultó, con gran acierto, el recurso de las facultades extraordinarias, para afrontar estas emergencias que en la América española constituyen un estado crónico. Esta válvula de escape hizo posible la subsistencia del resto de la constitución durante los veintiocho años que tardó la formación del hábito de respetar a la autoridad constituida.

Esta válvula ha sido el punto de partida de una paralogización curiosa. La frecuencia con que se ejercitaron las facultades extraordinarias ha sido señalada por nuestros historiadores y escritores políticos como reflejo de la tiranía y arbitrariedad de los distintos gobiernos, y no como medida del número de conatos revolucionarios que hubieron de sofocar. Por una amnesia semejante a la que les ha producido su falso concepto del pasado, se les escapa el hecho de que el gobierno constitucional presupone el respeto del ciudadano a la constitución y al poder. En su fobia racial contra el gobierno, no reparan en el contrasentido que

envuelve la censura de las medidas que aquél se ve forzado a tomar para mantener su existencia, en lugar de la censura al conspirador o al revolucionario que las provoca con sus actividades subversivas. Proceder revolucionariamente contra un gobierno legítimamente constituido, es un hábito y una necesidad de la actividad política hispanoamericana. Pero censurar doctrinariamente al gobierno por las medidas que el espíritu revolucionario le fuerza a adoptar es, sencillamente, una mentecatez, un reflejo de la perturbación mental que engendra la ideología.

\* \* \* \*

Un régimen de gobierno, .cualquiera que sean su estructura teórica y su apropiación a la capacidad política del pueblo, es una fórmula muerta, si no está animado por fuerzas espirituales. En un estado orgánico, esas fuerzas vienen del pasado, y son la elaboración espontánea del genio de la raza. En 1830, entre nosotros, la forma recién emergía del caos, evocada por el conjuro de Portales. No resurgió, como se ha pretendido, una forma antigua momentáneamente eclipsada; lo ya muerto no renace en la historia. Lo que surgió, fue una forma nueva y vigorosa, pero aún infantil y plástica. Las fuerzas espirituales que la engendraron, al principio, están sólo en Portales y en muy pocos más. La gran masa inerte es aún incapaz de creaciones espirituales. Entre los conscientes, el alma del pasado vive aún en unos pocos; un concepto ideológico de la libertad, infecundo por el momento, anida en algunos; y los más están en el período de transición entre la antigua fe que murió, y la nueva fe que aún no nace. Es un momento propicio para moldear

una con ciencia cívica. La oposición de un pasado muerto y de un doctrinarismo infecundo, nunca ha opuesto resistencias serias. El estado de transición en las creencias, ha sido siempre el más plástico a la acción del genio creador.

Sobre estas bases inició Portales la sugestión de las fuerzas espirituales en que descansa su creación política, con tal rapidez y energía, que hemos necesitado años de contacto íntimo con el alma colonial para convencernos de que, a diferencia de los factores sociológicos que hicieron viable el nuevo régimen, ellas no derivan del pasado. Para bosquejarlas, es indiferente partir de la conciencia cívica de Portales, tal cual se exteriorizó en su actuación, o de la conciencia cívica del pueblo chileno como se destaca entre 1850 y 1891. Nunca en el terreno político un alma individual se encarnó más perfectamente en el alma nacional.

El gobierno tiene por norte el bien general, que excluye todo espíritu de clase, toda ventaja regionalista y todo interés particular, que no encuadre dentro del interés nacional.

La primera de las virtudes del gobernante y del ciudadano es el patriotismo; pero un patriotismo completamente diverso del antiguo. El odio a España pasa a segundo término y debe desaparecer rápidamente. España, lo mismo que Francia e Inglaterra, es una simple entidad nacional distinta de la nuestra: no es el verdugo ni es la madre patria. En su lugar nació un sentimiento activo de amor a la patria constituida en nación independiente, no sólo frente a España y a las naciones europeas, sino también frente a todos los pueblos restantes de la América. Chile se mueve, ahora, en la

nebulosa americana en el sentido de afirmar su individualidad y de imponerla en la dirección de su interés y de su porvenir, desconocido hasta entonces. La voluntad viril de conservar y de extender el poderío, mueve a gobernantes y a ciudadanos a rivalizar en el engrandecimiento moral y material de la patria; a cifrar su ambición y su orgullo en ser ciudadanos de un Chile grande, fuerte y respetado. Chile es el primero entre los pueblos hispanoamericanos. Ser chileno es un título de orgullo, y conservar este motivo de orgullo es el primero de los deberes del ciudadano.

El orden emana del patriotismo. El que atenta contra él, atenta contra la prosperidad y contra el porvenir de su patria. El revolucionario es un mal ciudadano que se coloca en el mismo plano moral que el enemigo extranjero; más aún, en Portales se confunde con el traidor. No sólo no debe subvertirse el orden, sino que no debe hablarse de atentados contra el orden. El hablar incita a cometerlos, y repercute en el exterior desfavorablemente para el prestigio del país en cuanto nación organizada y seria. El gobierno necesita borrar hasta la última huella de su origen revolucionario; debe parecer un gobierno legítimo, el sucesor regular de una serie de gobiernos, también regulares, que se pierden en la noche de los tiempos. Ni en alusión debe asomar la reminiscencia de una era de desorden o de anarquía. El parecer en la historia deviene rápidamente en el ser. Conviene reprimir las conspiraciones sin estrépito, y aun aparentando que sólo son extravíos aislados de algunos locos. Al capturar a Freire, dueño de una rada fortificada y al frente de más de quinientos hombres, con una compañía, al

caminar solo a Quillota a apagar la hoguera en que debía perecer, lo mueve no sólo la audacia, sino la necesidad del parecer nacional. Un ejército que se niega a marchar contra el enemigo de su patria, es el mayor baldón que puede afrentar a un pueblo, Si alguna vez su espíritu deseó reencarnarse, no fue frente a Loncomilla ni a Concón; fue frente al patíbulo de Vidaurre. Le habría hecho gracia de la vida, en cambio de que sellara sus labios y no afrentara al ejército chileno y a su patria con las confesiones que la sugestión de Santa Cruz le dictó al pie de la fosa.

La honradez es una fuerza moral, que apenas cede al patriotismo, entre los rasgos que labran la grandeza de una nación y crean el prestigio de un gobierno. El gobernante no sólo debe ser honrado sino que también debe parecerlo. Y no basta serlo en el sentido pasivo en que lo fue Pinta, evitando todo provecho personal que pueda dar pábulo a la maledicencia. Debe serlo en sentido activo, estimulando la honradez en los demás, apartando de la administración a los de dudosa moralidad y castigando ejemplarmente las incorrecciones administrativas.

La justicia al mérito y a los derechos adquiridos, es indispensable para una administración correcta y eficiente. Debe desterrarse el favoritismo tradicional en la provisión de los empleos. "Jamás daba empleos por empeños ni los hacía valer, por su parte, en favor de nadie. El mérito, las aptitudes y la escala de ascenso de la ley eran todo su sistema..." "Acosado de empeños para proveer una vacante de canónigo en el coro de la Catedral de Santiago, los rechazó, y ofreció el cargo a un párroco octogenario de la de Curepto, al cual

sólo conocía por sus merecimientos". Fuerzas morales son, también, la capacidad de gobernar y el respeto inflexible a las leyes. La importancia que adquieren en la creación portaliana, las hace acreedoras a párrafo aparte.

\* \* \* \*

El gobierno debe ser esencialmente activo. Necesita tener frente a todo problema un concepto claro y definido, una solución concreta y la voluntad y la inteligencia de los medios necesarios para imponerla. La idea es inerte; pero, desde que se incorpora a ella el deseo de realizarla, desde que nace la voluntad de imponerla, se convierte en una fuerza. Es una fuerza que mueve a la masa pasiva; que domina, con el prestigio de la fuente de que emana, las ideas dispersas, vagas y débiles de la gran mayoría de la opinión; y que, reforzada por estos elementos, aplasta por sugestión colectiva o por decisión la rebeldía de las ideas individuales divergentes. El ejercicio activo fortifica el órgano; desarrolla en el mandatario la capacidad de mandar y forma en el ciudadano el hábito de obedecer. Existe en la masa la inclinación natural a delegar la tarea de sentir y de pensar. Que el gobierno piense y sienta hondo y siempre de acuerdo con el interés nacional; que se formen los gobernados la conciencia de que lo animan propósitos superiores de bien público; y todo lo que el gobierno obre de acuerdo con las normas éticas, se impondrá por él solo hecho de pensarlo y de quererlo.

Este proceso es muy antiguo y muy vulgar en su esencia. Con cambios en los medios de sugestión, es el secreto. de todos los conductores de hombres, desde Alejandro hasta Felipe II, y desde



Pedro el Grande hasta La Gasca. Pero en Portales aparece algo nuevo. El prestigio, partiendo desde una personalidad, no rebota hacia ella engrandeciéndola, sino que se refleja en una entidad abstracta e impersonal: el gobierno. Toda su actuación tiende a eclipsar su personalidad y a transferir, mediante su poder de sugestión, el prestigio que emana de su genio, hacia esa entidad impersonal y duradera. Esto es nuevo en la historia; y la elevación ética del proceso palidece ante su genialidad psicológica y ante las dotes que presupone su realización.

El hábito de obedecer ha sido impuesto a los pueblos siempre por la fuerza material, sostenida por la sucesión regular de gobernantes de derecho divino, rara vez combinada con el acaso feliz, durante siglos. Los grandes dominadores de hombres han sido sólo eslabones de una larga cadena que ha formado el hábito. Ninguno ha logrado forjarlo por sí solo. En este sentido, sería absurdo suponer que Portales creó de la nada el hábito de obedecer al gobierno. En el caos que sucedió a la revolución, flotaba, próximo a extinguirse, el hábito colonial de obedecer a un poder constituido. Era un camino ya abierto, que los abrojos y los baches habían tornado intransitable; pero que podía ser rehabilitado por quien tuviera la visión y las fuerzas necesarias para hacerlo. Esto es lo que, por una aberración, se ha llamado restauración moral y material del pasado. Aprovecharse del punto de apoyo que brinda el pasado, para volar hacia el porvenir, no es restaurar el pasado; por el contrario, es alejarse de él. La vuelta al pasado — 7 no ya al pasado inmediato, sino al remoto, a la animalidad primitiva— está

precisamente en el polo opuesto: en la caída y la ruptura de las alas, como consecuencia de la pérdida del punto de apoyo, que fue la fuente de que emanó la anarquía americana.

Ahora bien, la existencia de este hábito, aún latente, de obediencia pasiva, nada resta al genio de Portales. El hábito de obedecer existía desde el extremo norte de Méjico al Cabo de Hornos; y ni Iturbide, ni Bolívar, ni Santander, ni Flores, ni Santa Cruz, ni Rivadavia, ni Dorrego, ni Pinto, ni O'Higgins, ni nadie, logró transformarlo en una fuerza viva capaz de informar un estado orgánico. Nada resta; tampoco, a su poder de sugestión que le permitió transferir a la entidad abstracta del gobierno el prestigio emanado de su propio genio. En el terreno político, nunca un hombre tuvo este poder en igual grado. Para comprenderlo, es menester reparar en que el punto de apoyo que le brindó el pasado se limitó al hábito de obedecer a un gobierno impersonal, o sea, a la portada de la creación política. El resto de ella se realizó venciendo tendencias del genio racial, que rara vez en la historia ha logrado dominar el poder del genio individual. El concepto del gobierno activo, lo mismo que el del gobierno fuerte, no sólo no estaba en el genio político de la aristocracia castellano-vasca, sino que eran su antítesis. Su ideal — ya se ha dicho— se expresó siempre por el gobernante pacato, cuerdo, lento en la forma y en el fondo, poco capaz de acción pero incapaz de errores; por lo que se ha llamado en Chile el hombre equilibrado: Pérez, Pinto, Vicente Reyes, Ramón Barros Luco, Elías Fernández Albano. En el odio a Montt y a Varas entra, en primer término, el exceso de personalidad y el exceso de actividad. Al

castellano-vasco siempre le irritó la personalidad de gran relieve; la acción té fue antipática; y la personalidad y la acción reunidas lo exasperaron. Si toleró a Vicuña Mackenna su dinamismo, es porque no lo tomó en serio; porque sólo vio en él un loco bueno e inofensivo; y porque frente al gobierno fuerte, vistió la librea vasca. Según se verá más adelante, Portales consultó en sus designios políticos una válvula de escape para la oposición entre su sistema de gobierno y el genio de su raza. Pero, entretanto, para crear el gobierno abstracto tuvo que imponer, a golpes, el gobierno fuerte y activo. Se ha dicho que el milagro fue posible merced al terror a la anarquía. No sólo concedido, sino anticipado; lo hemos visto hace más de treinta años. Sin el terror a la anarquía, o el combo de Portales destroza contra el yunque a la aristocracia castellano-vasca, y su creación queda nonata, pues no había otras fuerzas en que pudiera apoyarse, o el combo salta en pedazos, y la creación habría quedado igualmente inédita. Mas, concédase, también, que nada duradero puede asentarse sobre una sugestión de pánico. Si el concepto del gobierno activo perduró en Chile sesenta años, el hecho se debió a una sugestión de muy diversa naturaleza emanada del genio magnético de Portales, que se esbozará más adelante, en el Capítulo XV.

\* \* \* \*

El gobierno activo lleva implícita una exigencia fecunda en alcances; la capacidad de gobernar. Exige en la primera magistratura, en los ministerios a lo menos, la presencia de uno o de varios hombres de cierto intelecto, de voluntad re suelta y de instinto político seguro

que imprima dirección superior y constante al gobierno. Estos hombres son escasos y hay que reclutarlos dondequiera que se encuentren. Fue el punto de partida de lo que, abusando algo de las palabras, podría llamarse la democratización aristocrática del gobierno. Durante el predominio de la oligarquía, vemos llamar' afanosamente al gobierno y a la administración a todas las capacidades dondequiera que se produzcan; así se las descubra en una remota provincia, o emerjan desde la más humilde condición social. Sólo se les exige encuadrarse individual y cívicamente en las rígidas normas morales del concepto portaliano del gobierno. Si la renovación de los hombres no es más violenta, débese a que la masa popular, cargada de sangre aborígen, es poco fecunda en la producción de hombres superiores.

El alcance de esta necesidad, no para en la extensión paulatina del ejercicio del gobierno a todos los individuos de algún instinto político, que, en definitiva, importa la participación de todos los elementos capaces de representar a los demás en la lucha de la historia. Lleva, también, implícito el afianzamiento del concepto del gobierno para el bien general, como oposición al egoísmo individual o de clase. Hombres surgidos de distintos orígenes y formados por diversos ambientes familiares, no pueden sumarse en un sentido oligárquico. La resultante tiene, necesariamente, que ser la orientación portaliana hacia el bien general, único cauce en que pueden converger sus esfuerzos cívicos.

El designio está muy vivo en Portales. Su actuación es una lucha, que tiene algo de trágico, por encontrar hombres capaces de realizar

sus ideas políticas. Quiere infundir a los demás su propio intelecto, su voluntad, su civismo, su abnegación y hasta su instinto político. En una especie de alucinación, cree verlos latentes en los otros, y se irrita con el fracaso de los estímulos que les aplica para despertarlos. Su desesperación es no poder transmitir su propia capacidad a diez, a veinte, a ciento de sus contemporáneos; y crearle a la nueva majestad, el gobierno impersonal, ministros y servidores no sólo en el número que exige, sino también con una fuerte reserva, en previsión de las sorpresas del porvenir incierto. Dondequiera que supiese' que descollaba alguna inteligencia, trataba de levantarla; y de esta suerte se explica la elevación de Irarrázaval, por haber hecho un buen reglamento de policía de seguridad, estando empleado de secretario de la intendencia de Santiago; la de García Reyes, porque, siendo estudiante, había escrito un buen artículo sobre la guerra contra el Perú; la de Sanfuentes, Montt y otros jóvenes inteligentes y laboriosos. Su plan era crear alrededor suyo un plantel de empleados instruidos y aptos..."<sup>122</sup>

Sólo le estaba permitido sembrar la semilla fecunda. Otros serían los ojos que debían presenciar su germinación y otras las manos que recogerían los frutos. Benavente, Gandarillas, Egaña, Rengifo estaban ya moldeados en un sentido que no era el suyo. Su sombra los reamoldó imperfectamente. Alcanzó a advertir que su concepto del gobierno y de la administración había anidado en la geométrica estructura intelectual y moral de Montt. Y a las tres y media de la

---

<sup>122</sup> Vicuña Mackenna, Don Diego Portales, t. II, pág. 344.

mañana del 6 de junio de 1837, ya con un pie en la eternidad, su intuición vio destacarse entre las brumas que envolvían los cerros desolados del Barón, la silueta seca y adusta de Varas. Divisó en ella su propia conciencia cívica, su abnegación, su rabia del bien público, su energía indomable y casi su propio instinto político. Se volvió," entonces, hacia el ase sino, y tranquilamente, dijo: "Vengan dos hombres a bajarme". El estadista de carne y hueso podía entrar en el más allá. Su espíritu se había incrustado en la conciencia nacional, y su alma reencarnada quedaba esperando alerta el momento en que fuera necesario empuñar de nuevo el timón. Una tradición se había fundado.

\* \* \* \*

Un estado orgánico, regido por un gobierno impersonal, sólo puede ser gobernado dentro de normas jurídicas respetadas por los mandatarios, y por los ciudadanos. De aquí el afán de Portales por exigir la dictación, primero, de esas normas y por hacerlas respetar, después. Llegó en este terreno hasta la obsesión y hasta la insolencia. Aguijoneó a los legisladores para que reformaran la legislación anticuada e inaplicable. La justicia de equidad, administrada, como consecuencia de esa inadecuación, más que justicia, le parecía arbitrariedad. Si no reformó la legislación entera, fue por defecto de capacidad de los hombres de su época y de tiempo material para la realización de semejante tarea, y no de deseos. Toda transgresión a la ley le parecía de una grave dad trascendental. "Por extraño que ello parezca en su voluntad imperiosa e invasora —dice un escritor— nadie ha desplegado más

escrúpulos ni más rigor que él en el ejercicio de la nueva ley fundamental", aludiendo a la constitución.

Más, para comprender este aspecto de su personalidad, hay que reparar en las psicologías muy diversas del espíritu jurídico de Portales y .del espíritu jurídico del castellano-vasco. Ya, en otra parte, se aludió a esa diferencia. No estará de más insistir en ella. Dentro del concepto romano, la forma jurídica no es un molde que da al cuerpo social contornos definidos e inmodificables. Por el contrario, es la forma jurídica la que se pliega al desarrollo, estirándose o encogiéndose en la medida que lo exigen las transformaciones del cuerpo social. Es un traje crecedero y acomodaticio que, con parches y remiendos, continúa vistiendo el organismo sin estorbar su desarrollo y. sin chocar con él. Dentro del concepto castellano-vasco, el derecho es rígido. A lo menos en teoría, se desea encuadrar en él la realidad social y se cree divisar en la trizadura del molde, y no en el crecimiento y en las modificaciones del organismo, las causas de desborde del contenido. De aquí el afán por encerrar en un molde nuevo el contenido derramado del antiguo. Si, entre nosotros, este espíritu se advierte atenuado, débese el hecho algo a la influencia del concepto portaliano y quizás al mayor porcentaje de sangre goda que llevamos en la masa de la sangre.

La ley es para Portales algo vivo. Si no se la respeta, debe derogarse. La transgresión le resta prestigio y la con vierte en un estorbo que embaraza al bueno y lo coloca en inferioridad respecto del malo. Y,

mientras de más arriba emana la transgresión, mayor es su gravedad.

No quiere fusilar a Nicolás Cuevas, porque estima que los atentados contra su persona no deben elevarse a la categoría de atentados contra el estado; y dio a la tramitación un giro que, legalmente, permitía eludir el fusilamiento, No quiere castigar a Boza, ni a la mayoría de los complicados en la conspiración del sur, incubada por los agentes de Santa Cruz; y hace que Tocornal, en su ausencia, declare que, siendo el delito anterior a la vigencia de la ley de los consejos de guerra permanentes, el fiscal Romero no debe instruir el sumario de acuerdo con la ley, que lo habría colocado en la alternativa de fusilar o de transgredirla.

Ya antes, el mismo criterio lo había llevado a un choque casi decisivo con Prieto. Quiso el presidente ascender por favoritismo al mayor Juan Vidaurre Leal, partidario decidido del régimen y adepto de Portales. El ministro Cavareda se opuso, y Prieto, aprovechando una ausencia de aquél, hizo refrendar el decreto por el subsecretario. Con este motivo, con fecha 26 de junio de 1833, redactó Portales la renuncia de los últimos empleos que desempeñaba, cuyo texto es el siguiente: "Es ya demasiado público que entre los días 1° y 3 del corriente, S. E. el presidente de la república, sin precedente acuerdo, mandó a un oficial del ministerio de guerra tirar el despacho de teniente coronel a un sargento mayor del ejército, y que después de haberlo firmado, lo remitió a US, para que lo refrendase. Se sabe también que, habiéndose negado US. a suscribirlo, S. E., por medio del mismo oficial de la secretaría del



cargo de US., le intimó que haría firmar el título a un oficial si US. continuaba en su negativa, y que US. contestó dignamente que no pudiendo ceder sin traicionar su conciencia, dispusiese S. E. del ministerio.

"Se ha tomado razón en las oficinas respectivas del despacho autorizado con la firma del primer oficial de la secretaría, .y US. presentó su dimisión, que ha retirado después, según dice, por evitar mayores males, que yo no alcanzo a divisar, porque me parece que no hay otros de un orden superior que los que deben nacer de un atropellamiento del código fundamental; y sea lo que fuere, se ha infringido abiertamente el artículo 86 de la constitución en los mismos días en que ha sido jurada; infracción que se hace más notable cuanto el presidente de la república pudo legalmente haber cumplido sus deseos pidiendo a US. los sellos y nombrando otro ministro, en cuyo juicio fuese justa la orden que US. no encontraba así en el suyo.

"Se ha permitido, además, o diré mejor, se ha presentado a los jefes de las oficinas donde se ha tomado razón del despacho y al inspector del ejército, que le puso el cúmplase, la ocasión de quebrantar el mismo artículo constitucional que dispone expresamente no pueden ser obedecidas las órdenes del presidente de la república que carezcan del esencial requisito de la firma del ministro.

"Ha corrido cerca de un mes sin que haya habido un diputado que, conforme al artículo 92 de la carta, haya formalizado la acusación que debe hacerse a US., por más inocente que aparezca; ni se ha

visto que algún funcionario acuse. a los empleados infractores que obedecieron la orden.

"Esto da lugar a esperar que la constitución va a quedar impunemente atropellada, y abierta la puerta para quebrantarla en lo sucesivo.

"Habiendo sido yo uno de los que esforzaron más el grito contra los infractores e infracciones de 828 y 829: cuando en los destinos que me he visto en la necesidad de servir, he procurado, con el ejemplo, el consejo, y cuanto ha estado a mi alcance, volver a las leyes el vigor que habían perdida casi del todo, conciliarles el respeto e inspirar un odio santo a las transgresiones que trajeron tantas desgracias a la república, y que nunca podrán cometerse sin iguales resultados; cuando hasta hoy no he bajado la voz que alcé con la más sana mayoría de la nación contra las infracciones de la constitución del 28; cuando no debo olvidar que ellas fueron la primera y principal razón que justificó y aseguró el éxito de la empresa sellada con la sangre vertida en Lircay, no puedo manifestarme impasible en estas circunstancias, ni continuar desempeñando destinos públicos, sin presentarme aprobando, o al menos, avenido ahora con las infracciones que combatí poco antes a cara descubierta.

"Para no aparecer, pues, caído en tal inconsecuencia, y para contribuir al sostén de las instituciones por el único medio que está en mis facultades, hago de todos y cada uno de los distintos cargos y comisiones que el gobierno tuvo a bien confiarme, la más formal renuncia, cuya admisión tengo derecho a esperar tan pronto como

US. se sirva dar cuenta a S. E. de esta petición. Y al hacerlo, ruego a US. tenga a bien asegurarle que en el retiro de la vida privada a que soy llamado para siempre, serán incesantes mis votos por el acierto del gobierno y la prosperidad de la república.

"Ojalá US. fuese tan feliz que lograra persuadir a S. E. el presidente de que su propia reputación y suerte de los chilenos que más se han empeñado en darle pruebas inequívocas de distinción y de una ilimitada confianza, le demandan la reparación del daño que les ha inferido una resolución suya, tomada sin duda por no haberse fijado en su valor y consecuencias, y de que nada le sería más honroso y nada más conducente a la consolidación del orden público y del Código constitucional, que aparecer vindicándolo con la cancelación del despacho expedido, y el castigo de los empleados que no se opusieron a su curso".

El favoritismo y los empeños, que subvierten las normas administrativas, le irritan tanto como las mismas transgresiones legales. He aquí cómo se expresa del ascenso de los mayores Manuel García y Marcos Maturana, fiscal y denunciador de un complot, en carta a Cavareda: "Me ha sido sensible la precipitación con que el gobierno ha ascendido a García, Maturana, etc. Parece que tales premios tuviesen por objeto esclarecer por principio que nadie debe cumplir con su deber sin esperar recompensa. ¿No habría sido lo mismo ahora que dentro de seis meses? ¿Era necesario graduarlos aun antes de celebrar el consejo y pronunciar la sentencia en la causa que ha dado mérito a los ascensos? ¿No parece esto más bien una compra que el gobierno ha hecho de los agraciados para que

obrasen en su sentido? ¿Qué han avanzado éstos con cambiar de palas en las charreteras más que un nuevo gasto sin aumento de sueldo? ¿Urgía tanto darles un honor que deja de serlo por la indiscreción con que se prodiga, y por la falta de dignidad y de pulso tan necesarios para mantenerlo? ¿No es un principio de eterna verdad en el orden del mundo y de la condición humana que no se aprecia lo que cuesta poco para adquirirse y se encuentra fácilmente? ¿Se afanará lo mismo el hombre en buscar arena que en buscar el oro? ¿No parece que se hace estudio en quitar al empleado el estímulo de esforzarse en el cumplimiento de sus obligaciones, dándole a saber que a muy poca costa puede adquirir lo que podía costarle mucho?"

Igual juicio le merecen con frecuencia los empeños de deudos y amigos suyos: "Cuando vea a Vicente Larraín, mi cuñado — escribe—, dígame que su recomendado Olate tiene malísima opinión sobre su manejo en la alcaldía, que ando haciendo averiguaciones sobre algunos hechos que le imputan y que si resultan ser falsos, tendré mucho gusto en atender a su recomendado". Y en enero de 1833 encarga decir a Elizalde y su señora "que ¿quién les ha metido en la cabeza que va a vacar una tenencia en el resguardo? C... ya no tengo paciencia para empeños por empleos, y empeños cuando no hay ninguna vacante, y empeños para que dé como mil al que merece uno o no merece nada".

\* \* \* \*

La sujeción a normas jurídicas de los actos del gobierno y del ciudadano, sólo es posible mediante la sanción. Se ha insistido

tanto en el concepto de la sanción en Portales, que sería inútil volver sobre él. Al hablar del atavismo romano que hay en su genio y al esbozar los rasgos del estadista, se acentuó mucho el divorcio profundo que en el concepto de la sanción en general y muy especialmente de la política hay entre él y su pueblo. Se hizo notar que el concepto de la sanción política no existe en la aristocracia castellano-vasca y el de la sanción en general está muy debilitado. Se llamó, también, la atención hacia el hecho de que en Portales la psicología de la sanción reviste la forma fría del concepto romano, que la acerca al cumplimiento de un deber y la aleja del sentimiento de la venganza que siempre toma en el alma ibera. Resta sólo recalcar la dureza de la lucha que Portales necesitó librar en este terreno contra Prieto, que antes de asumir el mando le había empujado al castigo de los delitos políticos, contra sus amigos, contra sus enemigos, y hasta contra la posteridad. La aristocracia castellano-vasca asustada, consintió durante veinte años en someterse al gobierno; mas no se sometió a la sanción común, sino con muchas limitaciones. Le pareció muy natural que Pinto fusilara doce infelices para restablecer la disciplina en el ejército. Pero cuando Portales, delante de la traición frente al enemigo, habló de fusilar, no al instrumento inconsciente, sino a las cabezas, se unió como un solo hombre ante semejante atentado contra sus fueros. La sanción sólo fue efectiva en Chile a raíz del crimen del Barón; y no fue esa vez la sanción fría, seca y austera de Portales, sino la expresión de la ira y del furor público que ascendió hasta las alturas. Forelius y uno o dos más de los ajusticiados, purgaron un

crimen ajeno; y, entre los que quedaron impunes, se contaron más de uno de los grandes responsables.

Catorce años más tarde, la sanción tal cual la concibió Portales, se afirmó por un momento con Montt y con Varas, para hacerse innecesaria desde entonces en el terreno político.

\* \* \* \*

Un aspecto de la concepción portaliana que ha pasado inadvertido, es su orientación político-social definida. Es natural que así haya ocurrido. Como ya se ha dicho, el hispanoamericano tiende a percibir sólo lo simple, lo que es fácil reducir a fórmula o postulado; y en Portales, si los procedimientos del realizador son sencillos, la creación misma dista mucho de serlo. El hecho de que, desde que comenzó a actuar políticamente, ni sobre este aspecto de su obra ni sobre los demás, expresara propósitos, constituye ya una capa de neblina que dificulta la visión. La circunstancia de que su intuición se aproxima mucho a la tendencia que predominó hacia el final del siglo XIX, o sea, al momento en que estuvieron situados la mayoría de los observadores, produce un mimetismo psicológico que hace aún más difícil la percepción.

Para percibir bien la tendencia social del régimen portaliano, hay que situarla entre las corrientes opuestas en medio de las cuales surgió. Se ha visto que la fe en la democracia, lo mismo que un concepto sui generis de la libertad hicieron parte esencial de la ideología doctrinaria que meció la cuna de la independencia. Desentrañando el contenido sentimental e ideológico del concepto de democracia en sus apóstoles hispanoamericanos de la época, se

advierten en él dos elementos bien separados, que predominan, según la complejidad mental y sentimental del apóstol. Hay una creencia religiosa en la eficacia mágica de la fórmula sobre la organización política de los pueblos. Infante fue, tal vez, el representante más genuino de esta creencia, aunque la haya teñido con su admiración por el federalismo, excluyendo las demás formas de la democracia. Y hay, también, un sentimiento de justicia social muy vivo en Pedro Félix Vicuña y en algunos más. El espíritu realista de Portales apartó, desde el primer momento, el primer aspecto. Fue un convencido de que la implantación de la democracia en los pueblos hispanoamericanos de su época produciría la anarquía y la miseria colectiva, en vez de la felicidad social que se perseguía. De aquí el odio que profesó a los ideólogos y que éstos, a su vez, le profesaron.

Pero se han engañado medio a medio historiadores y biógrafos cuando, partiendo de esa convicción, han supuesto que Portales fue, también, reacio al segundo aspecto del concepto hispanoamericano de la democracia. Frente a la PORTALES 237 justicia social tomó una posición, no sólo más definida que la de O'Higgins, Freire y Pinto, que no tuvieron materialmente tiempo de plantearse el problema, sino, también, que todos los gobernantes y políticos chilenos del siglo pasado. Más aún, es una fantasía o una autosugestión del biógrafo, divisar en Portales, como creyó ver Alberto Edwards, un convencido del fracaso definitivo de la democracia como forma de gobierno. Contemplada objetivamente, nada más distante de la creación portaliana que el pensamiento

socio lógico que Maeterlinck expresó diciendo: "No tenemos ejemplo, en nuestros anales, de que una república realmente democrática, haya durado más de algunos años sin descomponerse y desaparecer por la derrota o la tiranía. Nuestras multitudes tienen en política la nariz del perro, que no gusta más que de los malos olores, y su olfato es casi infalible para escoger lo peor".

El eje del concepto político-social de Portales lo forma, por el contrario, la creencia en una capacitación gradual de los pueblos para gobernarse democráticamente. No la espera de la fórmula política, a la cual no concede valor —y de aquí su choque con los doctrinarios— sino de una elevación gradual en los sentimientos y en las ideas de la gran masa, que, en el correr del tiempo y de la civilización, la tornarán apta para recibir sugerencias elevadas que hagan posible un gobierno' de tipo superior en una fase lejana de la evolución social. Hemos insinuado que este concepto se aproxima —no que se confunde— al que prevaleció hacia el final del siglo XIX. En la intuición portaliana está muy vivo el presentimiento de un futuro predominio de las su gestiones en cuanto factores sociológicos. Su propia obra, apenas fue más que una sugerencia potente y fecunda. En cambio, el concepto político generalizado hacia la segunda mitad del siglo XIX, es muy confuso; es más un deseo que un convencimiento racional derivado de la historia.

El concepto podrá ser sociológicamente erróneo, si se juzga del futuro por el pasado; podrá ser antipático para el aristócrata y para el revolucionario. De hecho, ha sido el blanco del odio inconsciente de ambos. Pero no entenderá su creación más que Vicuña



Mackenna, que Lastarria o que Sotomayor Valdés, el que no lo perciba o el que lo deforme por simpatías afectivas o ideológicas. Tampoco se logrará comprenderla a fondo sin reparar en otra visión realista y en una tendencia afectiva de Portales que se ligan estrecha mente a su concepto político-social.

Portales presintió intuitivamente el problema racial chileno. Sería aventurado afirmar que se lo planteó en los términos claros y precisos que Montt veinte años más tarde. Hasta que aparezca algún juicio concreto (la correspondencia con Garrido está aún inexplorada), lo discreto es suponer una percepción intuitiva inconsciente. Pero toda la creación portaliana se asienta en un concepto clarividente del problema racial chileno y de sus peligros sociológicos; y así piró a resolverlo. Sería caer en el mismo pecado de los antiguos historiadores entrar a discutir si este problema era o no soluble por otros medios que la lucha y la eliminación de los elementos heterogéneos; y decidir si, en este terreno, la concepción portaliana fue una ilusión o una tentativa genial, fallida en las vicisitudes del suceder. Habría que entrar en las posibilidades que el futuro reserva a las grandes sugerencias como agentes de cambios sociológicos estables, o más concretamente, como reacciones duraderas contra las tendencias espontáneas del sentir y del pensar racial, condicionados por el desarrollo y por los cambios en la constitución étnica, que van realizando insensiblemente las selecciones sociales. A pesar del interés científico del problema y de su trascendencia práctica no inferior, sin sacar de quicio la historia,

sólo podemos anotar su influencia como elemento de la concepción político-social portaliana.

En cuanto a la disposición afectiva a que hemos aludido, había en Portales, como ya se insinuó, acentuada distancia por la aristocracia gobernante. Le irritaban su concepto castrado del gobierno, su miopía, su pequeñez de propósitos y su egoísmo, cuando estímulos fuertes no exaltan sus sentimientos. Su misma prudencia le parecía a menudo cobardía o chochez. Es una antipatía que emana de las divergencias de los temperamentos y de los caracteres. La toleró como un mal necesario; se apoyó en ella, en defecto de toda otra base de sustentación para el edificio que necesitaba construir.

Esta disposición afectiva debió empujar a Portales en un sentido distinto del de su actuación histórica. Vicuña Mackenna lo comprende intuitivamente; y se asombra de que no haya seguido la senda de Manuel Rodríguez y de Carrera. Si hubiera de buscarse una explicación racional a este enigma, ella estaría anticipada en la índole esencial mente constructiva del genio de Portales y en su concepto del problema racial. Pero no debe olvidarse que, cuando predomina en él la intuición, es un esclavo del sino, un autómatas insensible a las influencias afectivas y a los dictados de la razón, que marcha hacia un futuro ignoto, lo mismo por el terreno llano que por las estrechas y resbalosas veredas que bordean los precipicios políticos y sociales. Propósito racional o impulso intuitivo, el hecho es que, en vez de re volverse contra la aristocracia, como lógicamente lo habría hecho un político normal,

partícipe de sus sentimientos, la doblegó sin destruirla; e hizo de ella un punto de apoyo y un instrumento al servicio de la realización de un designio del cual, tal vez, él mismo no tuvo conciencia. La encaminó a un porvenir inmediato de orden y de progreso enérgicamente orientado hacia la elevación material y moral de las masas; y en un futuro lejano, hacia la fusión de los elementos raciales heterogéneos. Sin desconocer su presentimiento intuitivo de los peligros del problema racial, no está de más advertir que este último aspecto de su orientación político-social está ya contenido en la tendencia unificadora de su genio.

De este complejo conjunto de tendencias y sentimientos, surgió un gobierno aristocrático, cuya finalidad fue crear la democracia, no por su extensión a la masa inconsciente, sino por la elevación gradual de ella. La inclinación anti oligárquica del régimen portaliano es la más 'acentuada que conocemos, entre las creaciones políticas surgidas en días de paz social. Su propósito fue reunir en una élite gobernante la honradez, la laboriosidad, la previsión y la cordura del castellano-vasco, y la agilidad intelectual, el optimismo y la admiración por los hombres superiores del español meridional; y orientar la acción política de esta élite hacia rumbos que son, precisamente, la antítesis de la política de clase. El instinto siempre presintió este aspecto de la creación portaliana. Nunca divisó en ella ni en la tradición que la realizó, un gobierno de clase orientado en sentido oligárquico. Los propios elementos étnicos tampoco se engañaron. La gran mayoría de la aristocracia castellano-vasca, aceptó a regaña dientes el régimen portaliano. No

sólo le chocaba su concepto del estado y del gobierno, sino que se sentía convertida en instrumento de designios que no eran los de su clase. En cuanto al corto número de espíritus superiores que realizaron la tradición, estaban, como se ha repetido, movidos por una exaltación cívico-religiosa, por una religión del gobierno que reflejaba fielmente la tendencia portaliana primitiva. Por lo que respecta al elemento andaluz, simpatizó de preferencia con los hombres que, como Carrera, Manuel Rodríguez y Balmaceda, respondían más a su concepto ancestral del revolucionario o del caudillo; pero en ningún momento exteriorizó antipatías por el régimen portaliano. Por el contrario, fue su abnegado defensor en las grandes crisis bajo Montt y Balmaceda.

Por otro lado, anticipación clarividente de un conflicto aún lejano, nacida en un período histórico que, ni de lejos, recuerda la época de la Roma de los Gracos, la creación portaliana no se tiñó siquiera de la apariencia de una resultante de la lucha de clases.

Sin embargo, casi un siglo más tarde, al estallar esta lucha, como reflejo del ritmo mundial y como resultado de la desintegración étnica de la aristocracia gobernante, se formó la creencia en una oligarquía que habría gobernado a la república dentro de un espíritu de clase. Es la repetición de un fenómeno psicológico tan antiguo como la historia. Sin salir de la casa, los sentimientos que germinaron de la lucha por la emancipación, formaron un concepto totalmente de formado del régimen colonial, que aún hace parte de nuestra historia. Más tarde, la racha doctrinaria liberal engendró el fantasma de un régimen político retrógrado, tiránico y despiadado,

sobre la base de una serie de gobiernos los más progresistas, los más ilustrados, los más justos y los más benévolos que ha conocido la América española. Obedeciendo a la misma ley psicológica, los sentimientos que engendró la lucha de clases han inventado un régimen oligárquico, que jamás ha existido en Chile; han teñido con el color del cristal a través del cual la miran, una creación cuyo espíritu fue la antítesis del gobierno de clase. Y los futuros historiadores, en lugar de recoger esta creencia como factor sociológico fundamental del período histórico que se abre en 1920, le concederán, lo mismo que sus predecesores, realidad en el pasado, añadiendo un eslabón más a la cadena de creencias que en la historia reemplazan a la realidad<sup>123</sup>.

\* \* \* \*

Desde que Portales asumió el gobierno, su reserva se tornó absoluta, como se recordará. De su actuación se desprende una concepción política cuya profundidad misma la hizo inaccesible a

---

<sup>123</sup> La creencia en una oligarquía imaginaria que gobernó en Chile dentro del espíritu de clase, tenía necesariamente que engendrar una literatura que refleje el estado sentimental de que esa creencia proviene. Es muy natural que los escritores políticos empapados en esos sentimientos, no sólo vean una oligarquía que no existió, sino también, que le atribuyan, como hemos leído, el atraso de la evolución mental del araucano y la propagación de la sífilis. Pero calificar, dentro de la historia, de oligarquía los gobiernos de Portales a Balmaceda, pasando por Montt y por Varas, es prostituir la historia a la pasión o a los intereses políticos del momento. Oligarquía, en sentido etimológico, es el gobierno de un pequeño número de individuos o de familias, que tienden a excluir a los demás; y et llamado al gobierno de todas las capacidades fue la esencia del régimen portaliano. En derecho político, es el gobierno que se ejerce en provecho de una clase en detrimento del bien público; y el régimen portaliano sometió a todas las clases sociales al estado y las encuadró dentro de las normas de la época que miraban al bien general. Por algo la aristocracia y sus escritores han juzgado déspota a Portales, por algo combatieron a Montt con el arzobispo Valdivieso a la cabeza y por algo se batieron en 1891. Fue tan fuerte la tendencia anti oligárquica del régimen portaliano, que sus efectos persistieron más allá de su derrumbamiento a través de la acefalia gubernativa o gobierno de los partidos entre 1891 y 1920. Pueden formularse a este último régimen todos los cargos imaginables, me nos el de oligárquico. El único partido que exteriorizó tendencias de clase fue el demócrata, y no las exteriorizó en sentido oligarca.

sus contemporáneos. A no descubrirse la carta de 1822, los historiadores y los políticos, que casi siempre se detienen en la superficie de los hombres y de los acontecimientos, habrían continuado negándola.

Lo mismo ocurre en el terreno económico. Portales tuvo un concepto claro y definido sobre la expansión económica chilena, elaborado, como el político, con absoluta prescindencia de todo elemento teórico. Se destaca de su actuación y de su correspondencia con una extraña fuerza. Pero hay entre ambas concepciones una diferencia: mientras miró su concepción política como algo provisional, como un simple rodrión destinado a apuntalar la incapacidad de los pueblos hispanoamericanos, en tanto llegan a la madurez, en la concepción económica, se advierte algo de definitivo e ineludible.

El deseo de convertir a Chile en una gran nación, es el pensamiento central de la creación portaliana. Todo lo que Portales pensó y realizó tuvo este único norte. No distrajo un pensamiento ni un esfuerzo en otra dirección. Fue, en este sentido, uno de los genios más unilaterales conocidos.

Una gran nación necesita una base material que la sus tente, y esta necesidad primordial se planteó al estadista en toda su crudeza. Pero no se dejó arrastrar por los espejismos de la grandeza ficticia. No compartió las ilusiones de los chilenos sobre las maravillosas riquezas agrícolas de su suelo. En 1830 veía en nuestro territorio una de aquellas regiones en que la naturaleza es poco y la aptitud del hombre es casi todo. Tuvo la visión, que sólo ochenta años más

tarde debía ser desarrollada, de la limitación de los factores físicos de desenvolvimiento económico.

Cuando en 1835 las provincias de Cuyo manifestaron deseos de reintegrarse a Chile, único oasis de paz en media de la anarquía americana, rechazó la anexión. No la rechazó por razones morales o políticas, sino porque, estando se paradas por cordilleras infranqueables, jamás podrían formar con el resto de nuestro territorio un estado orgánico unitario, fuertemente centralizado. Chile, en lugar de robustecerse, se debilitaría en el esfuerzo por conservar a Cuyo y preservarlo de la anarquía argentina. La Patagonia era una incógnita, y hacia el norte se extendían terrenos desérticos cuyo valor aún se ignoraba. El desarrollo chileno estaba, a su juicio, encerrado por la naturaleza entre el mar y la cordillera, y debía realizarse por el esfuerzo industrial y comercial de sus habitantes, y no por anexiones territoriales. Una evolución económica de esta naturaleza exige, ante todo, orden, trabajo inteligente y sobriedad pública y privada para acumular los capitales necesarios en la etapa comercial y fabril. El estado debe pedir al ciudadano el mínimo de contribuciones, a fin de no substraer energías al desarrollo económico. La administración debe ser muy sencilla, muy eficaz y muy económica. Cada servicio innecesario, cada empleado en exceso y cada gasto no indispensable, son fuerzas substraídas al engrandecimiento nacional. La economía chilena para sostener la concurrencia de los demás países americanos, más pródigamente dotados por la naturaleza, necesita un hándicap favorable en el terreno del orden y

de la sobriedad gubernativa. Hay que hacer prodigios de economía inteligente.

Por el momento, el comercio, la navegación, la agricultura y la minería, son las fuentes de producción. Divisa aún distante el florecimiento de la industria fabril. No confía en la varilla mágica de la protección, sin la aptitud económica en la población y sin los capitales abundantes y baratos.

El proteccionismo y el librecambio doctrinarios, en el sentido que después dividieron a los chilenos, son expresiones que para Portales carecen de sentido. Los prejuicios de la política colonial tampoco cuentan para él. En este terreno, es el espíritu más avanzado de su época, no en el sentido falso que lo fueron más tarde los discípulos de Courcelle sino en el del siglo XX. Frente al peor dotado, al inferior en aptitudes, la política debe ser ampliamente liberal. Su empeño es conceder al Perú el máximo de franquicias, y obligarlo, de grado o por fuerza, a la reciprocidad. Pero habría pensado en sentido diametralmente opuesto, si la marina mercante o el comercio peruanos hubieran estado más desarrollados que los chilenos. Frente al más apto, la política debe ser de protección y de defensa. Ante la solicitud del comercio para extender al extranjero el cabotaje, estalla indignado y hace notar que hasta Francisco Antonio Pinto — que para él era la encarnación del cosmopolitismo y de la condescendencia— supo conservar este tráfico a los nacionales.

Otro aspecto curioso de las ideas político-económicas de Portales, que por su anticipación tampoco ha podido ser comprendido antes



de ahora, es la conciencia de la inutilidad de las medidas artificiales, o sea, de las que no tienen base en los factores físicos de expansión económica, en la posición geográfica o en la aptitud actual de la población. Es uno de los pocos hispanoamericanos, que, sin caer en la fórmula del "dejar hacer y dejar pasar", no participó de la cándida fe en la eficacia de la legislación económica, que ha subsistido hasta nuestros días. Así como el valer político de un pueblo depende del civismo y de la moralidad de los ciudadanos, y no de la constitución y de las leyes, la grandeza económica deriva del trabajo, de la economía y de los elementos físicos, y no de la legislación. Estimando mucho a Manuel Rengifo, lo llamaba "Don Proyecto", por su confianza en la eficacia de las leyes.

Intentó Portales realizar sus propósitos de expansión económica exterior, aprovechando los sentimientos de americanismo. Se había generalizado hacia esa época, en la mayoría de los políticos hispanoamericanos, el deseo de crear vinculaciones económicas entre los diversos pueblos desgajados de España; y se creía que el medio más eficaz de alcanzar este objetivo, era equipararlos aduaneramente a las diversas secciones o provincias de un mismo estado, mediante tratados comerciales que concedieran franquicias recíprocas al intercambio de productos y a la navegación. Con mirada de águila, el gran estadista divisó el vasto campo de expansión económica que esta política abría a su patria. Reunidas las diversas secciones de la América española en una especie de Zollverein que abría las aduanas a los miembros de la asociación y las cerraba con derechos mayores a la mercadería europea y

norteamericana, todas las ventajas redundaban, en esa fecha, en favor de Chile. Ya constituido en estado en forma, con dilatadas costas, ochenta buques mercantes y una aptitud económica superior a la de la mayoría de los pueblos que entraban a la unión, tenía necesariamente que predominar en el comercio con sus hermanas, aún desorganizadas y presas de la anarquía. La rápida cuadruplicación de la marina mercante iba a ser la consecuencia in mediata. La expansión agrícola y aún la industrial, estimuladas por la navegación y el comercio, debían seguirla de cerca. El empeño de Portales por formar la escuela de pilotos, per salvar la marina mercante de la competencia europea y numerosas medidas más, que en su época no se comprendieron, eran números de su hábil plan de expansión económica y comercial.

Esta concepción estaba, por desgracia, ligada a su persona, y no fue fuente de una tradición como la creación política. Ninguno de sus continuadores fue capaz de recoger sus concepciones económicas, ni de desarrollarlas frente a la política comercial europea, que tenía todos los factores de triunfo a su favor. El curso natural del desarrollo histórico prevaleció sobre las concepciones del genio; y Chile mismo se convirtió en cliente de las economías europeas<sup>124</sup>.

Tampoco le permitieron los acontecimientos realizar sus miras en el desarrollo económico interno. En primer lugar, estaban

---

<sup>124</sup> Sotomayor Valdés, que comprendió el genio de Portales aún menos que sus detractores, ha calificado este intento "como el producto de una política bien intencionada, pero errónea". Errónea no en cuanto a su posibilidad frente a la presión europea, sino en cuanto era contraria a los principios de la economía política. Por lo demás, este empeño en encerrar el curso de la historia dentro de las cascaras de nueces vanas de los postulados y principios sociales, políticos y económicos, es común, no sólo a Amunátegui, a Vicuña Mackenna y a Barros Arana, sino también a buena parte de los historiadores europeos del siglo XIX.

subordinados al éxito de su política comercial; eran un simple corolario de ella. En seguida, el momento de transición política en que le cupo actuar y la necesidad de reposo, después de los grandes quebrantos experimentados por el país, hicieron imposible el desarrollo de una política económica enérgica durante su primer ministerio. La guerra con la Confederación absorbió las energías nacionales durante el segundo. Su acción tuvo que limitarse a echar los cimientos de una expansión futura, que sólo debía florecer hacia la segunda mitad de la administración Bulnes y los dos primeros tercios de la administración Montt.

Quedaron perdidas, pues, para Chile y para el relieve de su personalidad, las extraordinarias dotes de Portales en el terreno de la política económica y comercial, que, como ocurre casi siempre, contrastan con la medianía de sus aptitudes como comerciante privado. Si hubiera podido volver a actuar diez años más tarde, cuando los frutos de su genio político comenzaron a madurar y la inyección de Chañarcillo había ya tonificado la economía nacional, su clarividencia, su sentido de la realidad, su firmeza de juicio y su valor, habrían llevado a Chile a una prosperidad y grandeza difíciles de calcular. Grandes estadistas supieron continuar su obra política; mas ninguno fue capaz de recoger su herencia en el terreno de la política económica. Luis Aldunate Carrera, sin disputa el que mayores dotes reveló, no tuvo ni su vivo sentido de la realidad, ni las aptitudes del hombre de acción. Hasta hoy la mentalidad chilena no ha desenvuelto las capacidades que hacen posible el desarrollo de una política económica y comercial, análoga a la practicada por

los pueblos europeos y cuyos gérmenes se advierten con gran vigor en las intuiciones de Portales. La ausencia de sentido práctico, la ignorancia de nuestras posibilidades y de las de la economía mundial, la falta de clarividencia, la incapacidad de perseverar, una generosidad enfermiza, y un necio acatamiento a los principios económicos, han hecho de la política económica chilena, después de Portales, una cadena de errores, de imprevisiones y de renunciaciones. Chile es uno de los pueblos que, en este terreno, se ha desarrollado a pesar de sus gobernantes.

Entre los mandamientos de la religión del gobierno que surgió del calvario del Barón, figura el desdén por la popularidad. No debe confundirse este desdén con el desprecio de la opinión pública. Portales y sus continuadores fueron, casi sin excepciones, políticos de instinto. Bastará recordar los eclipses voluntarios del propio Portales, cuando las palpitaciones de la opinión exigían un compás de blandura; y la renuncia de Varas a la presidencia en 1861. La incompreensión que se les ha achacado, está en la miopía de los ideólogos y razonadores que los han juzgado y no en la realidad de su actuación. Tampoco debe verse en ella el desprecio por la gran masa. El primero de los mandamientos de la religión portaliana, el que forma la piedra angular del edificio, es el gobierno para el bien general. La suerte del humilde y del desvalido, fue intensa preocupación de los gobiernos portalianos. No lo halagaron, ni le prometieron paraísos irrealizables; pero velaron por él y extremaron esfuerzos por levantarlo gradualmente desde la infancia mental que fue la resultante del cruzamiento con el aborigen, desarrollando sus

aptitudes e inculcándoles hábitos de vida regular y civilizada. Lo que el progreso de las clases populares debe a los gobiernos portalianos, constituye una de las grandes lagunas de la historia de la república,

El desdén de la popularidad, no responde, pues, a un sentimiento aristocrático, salvo en el sentido del valer y de la superioridad, menos aún a una tendencia oligárquica, en la religión portaliana. Es sencillamente el desprecio por el histrionismo, que fue la resultante de la estructura moral de Portales, de las tendencias de la aristocracia castellano-vasca y de la forma misma en que nació y se propagó la religión del gobierno.

Había en Portales una repulsión innata por el histrionismo. El oropel del mando le pareció siempre una debilidad moral; las frases que encarnan en la masa un concepto o despiertan sus sentimientos, eran para él hojarascas; y la teatralidad y la postura histórica, gestos ridículos, famas se fingió instrumento del destino. Su austeridad cívica lo tornaba, en este terreno, incomprensivo aun respecto de hombres de valer real. Se recordará que, en Bolívar, vio poco más que un histrión; y aun viviendo los tiempos de Avellaneda, difícilmente habría acertado a comprender cómo puede gobernarse con frases a una nación seria.

La aristocracia gobernante, por su lado, cuya psicología política marcaba el polo opuesto a la de Portales, coincidía con él en este rasgo, que parece provenir del fondo racial, o a lo menos, ser una resultante de la forma en que se cruzaron en Chile las dos sangres. Hay en el alma castellano-vasca una repulsión viva, no sólo por el

histrionismo en su forma aguda, sino aun por el halago de la opinión. Le pare ce una debilidad que rebaja, una falta de hombría. Cree divisar en todo lo que tiende a conquistarla, una falsía, una falta de austeridad política.

A esta disposición común del genio y de la aristocracia se unió la forma en que surgió y se propagó la religión portaliana. Portales no tuvo que luchar por el poder, como Bonaparte o como Mussolini. Fue obligado a gobernar contra su voluntad por los acontecimientos y por el terror colectivo a la' anarquía. No necesitó conquistar y rendir la opinión. La opinión vino a él y se le entregó espontáneamente en el deseo de engendrar el orden. Gracias a esta circunstancia, su genio, incompleto en este aspecto, pudo aflorar.

Igual cosa ocurrió con la propagación de la doctrina. No se realizó por medio de la palabra, sino del ejemplo y del instinto político. En su concepción había tal fuerza de genio, calzaba de tal manera con el pasado, con el presente y con el devenir histórico, que se impuso por sí sola. Antes de él, nadie la había siquiera vislumbrado. Pero una vez esbozada, todos los que fueron alcanzados por la sugestión, la sintieron algo suyo. Había en ella la simplicidad y la trascendencia de las creaciones del verdadero genio. El poder de sugestión de Portales, exaltado por la dramaticidad de su asesinato, encarnó su creación en la conciencia de los contemporáneos y de la posteridad, con una eficacia que la más tenaz de las propagandas habladas o escritas no habría logrado.

Los pontífices de la nueva religión, Tocornal, Montt, Varas, Errázuriz y Santa María, y casi todos los sacerdotes, fueron fieles

observantes del mandamiento. Los gobiernos portalianos no vivieron del halago a la opinión. La dirigieron con instinto político, sin mendigar su aplauso ni usar de los recursos del histrionismo. Vivieron del prestigio religioso de la sombra de Portales, que supieron conservar con su honradez, su elevación moral y su patriotismo. Su ascendiente emanó siempre más de su integridad moral que de su capacidad política.

Esta manera de gobernar se encarnó con tal fuerza en la conciencia de los dirigentes que, cuando Vicuña Mackenna y otros de menos fuste, rompiendo con ella, quisieron conquistarse la opinión a la yankee, por la propaganda, se tuvo al genial escritor por loco y a los demás por ambiciosos despreciables. Mucho más tarde, cuando el último de los grandes presidentes portalianos intentó conjurar la catástrofe de 1891, echando en la balanza en que se pesaban los destinos de su patria el valer indiscutible y las simpatías de su personalidad, para buscar una base más amplia de opinión, se tuvo este acto por abusivo e incorrecto.

En la conclusión de la "Historia de la época de Diego Portales", se verá con qué tenacidad el espíritu, siempre conservador de las formas, de la aristocracia, mantuvo este mandamiento de la religión portaliana y el papel que jugó en la crisis de 1920. De tal manera es un reflejo del fondo psicológico ancestral del castellano-vasco, que ni la dura experiencia realizada en carne propia ha logrado desarraigar lo., Todavía en 1932, el presidente Montero y sus cooperadores, intentaron gobernar dentro del austero mandamiento portaliano, que ordena al gobierno vivir del prestigio que emana

espontáneamente de la superioridad moral, sin recurrir a los expedientes que conquistan la popularidad<sup>125</sup>.

\* \* \* \*

Desde el punto de vista teórico que predominó en el siglo XIX, la forma de gobierno ideada por Portales es una dictadura impersonal, velada bajo la forma republicana. Sin embargo, esta dictadura funcionó, en todo momento, dentro de una elevación moral y de una prudencia que hizo de Chile el paraíso de la libertad, de la justicia, de la honradez y del bienestar en la América española. Las declamaciones de los historiadores políticos, reflejan el ofuscamiento engendrado por la ideología o por la pasión y no una realidad. Es que en los estados en forma, por sobre las constituciones escritas se ciernen siempre las fuerzas espirituales, el mandato imperioso del alma de un régimen que coge al mandatario y lo en cuadro dentro de normas inflexibles.

Más necio es, todavía, decir que el régimen portaliano fue inspirado por amor al despotismo, o que nació de la ignorancia. Su cuna fue el odio al despotismo y una concepción sociológica que se levanta a muchos codos de altura sobre las elaboraciones teóricas. Fue la concepción genial de una forma de gobierno que hizo posible la libertad, la honradez, la justicia, la civilización en una palabra, en un pueblo que carecía de las capacidades necesarias para sostenerlas como expresión espontánea de su genio y de su grado de desarrollo; pero que reunía condiciones para realizarla, si se las

---

<sup>125</sup> Este párrafo se ha añadido al tomo de 1902-1906, para llenar un vacío que había quedado en el esbozo de la creación portaliana



imponía de arriba abajo una poderosa sugestión apoyada en grandes fuerzas espirituales y en una sanción severa.

## Capítulo XV

### **Factores psicológicos que hicieron posible la realización del régimen político de Portales**

*Simplificación momentánea del factor racial—Virtudes y defectos políticos de la aristocracia. —El terror a la anarquía y la exaltación del alma castellano-vasca. —La masa inerte y el recuerdo de la obediencia pasiva. —Apoyo provisional del ejército de Prieto— Formación de la nueva conciencia cívica en el ejército. —Receptividad psicológica del pueblo chileno. —Sagacidad política de Portales.— Flexibilidad periódica del régimen*

*"Sólo alcanzan el azar feliz los que lo merecen",  
—Ribot.*

Una cosa es concebir un régimen político conveniente a un conjunto dado de factores sociológicos, y otra es realizarlo. En la primera tarea, sólo trabaja la intuición; en la segunda, entran en juego, no sólo la sagacidad y el poder de sugestión del estadista, sino, también, lo que se ha llamado el azar feliz. "Sólo alcanzan el azar feliz los que lo merecen", se ha dicho con profunda exactitud. Pero no está en la mano del genio forjar el azar mismo.

La realización práctica del régimen de Portales sólo fue posible merced a un conjunto, casi milagroso, de circunstancias. La primera de todas es el momento desde el punto de vista étnico. Se ha visto que el elemento superior traía en Chile desde la colonia los gérmenes de una escisión profunda, en la dualidad psicológica entre

el castellano-vasco y el andaluz meridional. Portales no tropezó con esta debilidad interior al asentar en la clase directora su construcción, pues estaba aún latente y sólo debía estallar noventa años más tarde. Tampoco le estorbó la gran masa inerte formada por el mestizo. Lejos de ser un factor de complicación, le sirvió de punto de apoyo a su sistema, frente al castellano-vasco, cuyo concepto del gobierno tuvo necesidad de rectificar. Desde el punto de vista étnico, sólo necesitó tomar en cuenta este último elemento. Igual facilidad encontró en la unidad etnográfica y en la ausencia del espíritu regional exaltado. Sí se estima en 900.000 habitantes la población de Chile hacia 1830, excluyendo los 100.000 araucanos, la provincia de Santiago, con 500.000 habitantes, formaba más del 60 por ciento de la población total. La única gran ciudad era la capital. En ella se habían concentrado la riqueza, la cultura, la capacidad de gobernar y todo lo que da la influencia moral y política. Coquimbo, que representaba una tradición colonial menos vizcaína, no alcanzaba a los 100.000 habitantes; y Valdivia y Chiloé, cuyo aislamiento pudo convertirlos en focos de anarquía regional, no llegaban a 50.000. Portales sólo necesitó, pues, contemplar el espíritu de Santiago y de Concepción. El último, no tanto en razón de sus 200.000 habitantes, sino de la influencia militar creada por la guerra de Arauco y por el íntimo contacto en que el ejército convivió siempre con el espíritu de esta ciudad. Las fuerzas que tuvo necesidad de domar se redujeron, en consecuencia, a la aristocracia castellano-vasca, rebelde al gobierno activo y enérgico; al sentimiento regional penquista; y al hábito del cuartelazo. Este

hábito se había desarrollado en una forma alarmante bajo el régimen pipiolo, y amenazaba hacer imposible el establecimiento de un gobierno organizado. Pero aún no habían aparecido, según se ha visto, verdaderos caudillos. O'Higgins y Freire fueron más ciudadanos que caudillos; y de los tres que mostraron bríos, Carrera y Manuel Rodríguez desaparecieron antes de destruir las bases latentes del gobierno orgánico, y Campino careció del instinto y de la fertilidad de recursos necesarios para imponerse.

\* \* \* \*

La aristocracia castellano-vasca, elemento que sirvió de base activa al régimen portaliano, y, a la vez, el único que necesitó dominar, desde el punto de vista político, ofrecía un conjunto de aptitudes que inútilmente se buscarían en los demás componentes étnicos del pueblo chileno hacia 1830; y también de defectos que, en circunstancias ordinarias, le habrían sido imposible dominar.

Ultimo elemento incorporado a nuestra sociedad, el vasco llegó cuando la guerra de Arauco había entrado en una nueva fase. El crecimiento de la colonia la colocaba ya a cubierto de las vicisitudes de una invasión. El araucano había concluido por recluirse en los restos de su antiguo territorio, conviviendo con el invasor en una especie de acuerdo, que sólo interrumpían, de tiempo en tiempo, los abusos de una u otra parte. La guerra, sin desaparecer, había dejado de ser la ocupación dominante; y el comercio y las actividades agrícolas atraían ya al español sedentario, ofreciéndole la posibilidad de hacer vida de familia y de labrarse una posición mediante el trabajo metódico.

La inmigración vascongada, que se había iniciado en el siglo XVII, cobró desarrollo en el XVIII, El vasco que llegó durante este último siglo, correspondía a los tipos del vizcaíno y del navarro corrientes, honrado, laborioso, previsor y amante de la vida regular. Al mezclarse con la aristocracia criolla, a pesar de los frecuentes enlaces en consanguinidad, perdió algo de su dureza racial, pero conservó en gran parte sus cualidades.

Desde el punto de vista político, ofreció a Portales las mismas inclinaciones y aptitudes: el espíritu de orden y el hábito de la vida regular; la capacidad de prever y la economía; y, por sobre todo, la honradez. De la austeridad vasca, fecundada por el genio de Portales, nació ese admirable concepto de la honradez política y administrativa que, después del patriotismo, fue la más vigorosa de las fuerzas morales del régimen portaliano. Del alma castellano-vasca, si no materialmente de su sangre, surgió la hermosa serie de los presidentes de Chile, moralmente no igualada por la de otras repúblicas. De ella brotó el espíritu que informó al personal administrativo y judicial, laborioso, inteligente y probo, que hizo de Chile un pueblo aparte en la América española. Finalmente, reflejo del alma vasca fue, también, el buen sentido y el espíritu de economía previsor que caracterizó a los gobiernos chilenos de 1830-1891.

Al lado de estas grandes cualidades, adolecía la aristocracia chilena, en el terreno político, de grandes defectos. El primero es la falta de imaginación, y la consiguiente estrechez de criterio político. La pobreza imaginativa se traduce en cierta sensatez; previene contra

las fantasías y las aventuras; pero torna al gobierno incomprensivo en los momentos de transición, e incapaz en las grandes vicisitudes. Además, engendra la cobardía moral. El que no ve, vacila, se retrae, y permanece en la inacción, cuando sólo la acción enérgica puede conducir la nave al puerto. El vasco sólo obra vigorosamente a impulsos de la pasión, que, libre del control intelectual, se convierte en una fuerza ciega, ajena a toda sagacidad, que anula momentáneamente hasta el instinto de conservación colectiva. La revolución de 1891 sólo pudo realizarla el alma vasca en un momento de exaltación doctrinario-sentimental.

El segundo es el negativismo, la visión de las dificultades antes que la de las posibilidades, y de los defectos antes que la de las cualidades. Esta disposición de la mente empuja en el sentido de la crítica negativa áspera y despiadada. Convierte a la opinión en una lima que gasta todos los prestigios y hace imposible el gobierno eficiente. Si, en los días de Portales, hubiera tenido la prensa el poder y la masa de la población la capacidad receptiva de hoy, el régimen portaliano habría sucumbido al nacer, gastado moralmente por la crítica y la mordacidad de la aristocracia. Se hace difícil comprender hoy cómo pudo resistir en pie hasta 1891, el ataque de Lastarria, de Vicuña Mackenna y de la falange de escritores y de oradores empeñados en demolerlo. Sólo el carácter negativo de la crítica y la indiferencia de la gran masa, explican el milagro.

Finalmente, el concepto del estado y del gobierno, era en el elemento castellano-vasco la antítesis del concepto de Portales, según se ha dicho repetidas veces. Se ha creído de visar en la repulsión del vasco

por el concepto romano del estado, un atavismo étnico, una manifestación del parentesco con el hombre de la Kábila. Característica racial atávica a producto de las condiciones del desarrollo histórico, la tendencia misma no puede discutirse. En Chile, apenas la independencia rompió la imposición goda del estado, la tendencia ancestral estalló con fuerza incontenible. Constituyó el eje de la lucha política durante el curso del siglo XIX. Fue el escollo de O'Higgins y el de todos sus sucesores. La esencia misma de la anarquía chilena fue la lucha entre la necesidad de un gobierno eficiente y el genio de la aristocracia, que tendía a radicado en juntas, en congresos o en mandatarios sin voluntad propia. Cuando Lastarria, Vicuña Mackenna y demás publicistas atacan más tarde el régimen de Portales, es el genio de la raza el que estalla en ellos con la fuerza de la cólera comprimida durante largos años, contra un sistema de gobierno que lo irrita y lo exaspera. La libertad sólo es el ropaje con que se viste el sentimiento racial. Los que llevamos en nuestra estructura cerebral la herencia de otras razas, percibimos el fenómeno con gran nitidez. Si a Lastarria se le hubiera entregado el gobierno, lo mismo que Pinto, lo habría devuelto, después de algunos meses, suplicando que continuaran otros ejerciéndolo en la forma portaliana. En uno y otro no hay siquiera asomo de ideas ni de convencimiento racional. Hay sólo sentimientos surgidos del oscuro inconsciente del fondo racial. Precisamente en esto estribó la potencia demoledora de sus escritos; y el poder de sugestión, que empujó a una aristocracia entera a

imponer, con las armas, su propia decapitación a un gobernante que se empeñaba en prolongar sus días.

En un pueblo sin imaginación, todo político de instinto y todo hombre que ve más allá de lo común, parecen locos o desequilibrados. En un pueblo que, por herencia ancestral, siente repugnancia por el gobierno activo y eficiente, los grandes estadistas de voluntad firme, como Varas, el argentino Pellegrini, Montt y Balmaceda, parecen necesariamente tíranos; y los que, buscando la realización de sus ideales, procuran llegar al gobierno, son notados de ambiciosos. El desinterés por el mando constituye la más alta nota del estadista. El mayor mérito de Pinto fueron sus repetidas dimisiones delante de una situación que no fue capaz de afrontar, y el secreto íntimo de la antipatía a Portales es haber dominado esa misma situación que ni Pinto, ni los congresos ni nadie en América logró dominar. El acto más alabado de O'Higgins es su dimisión; y, si Balmaceda le hubiera imitado, habría perdido el pedestal en que le ha colocado el elemento meridional; pero habría redimido a los ojos del castellano-vasco los pecados propios y los de sus antecesores.

En un pueblo de psicología negativa, el hombre de gran capacidad de acción se gasta con rapidez vertiginosa. A la vuelta de meses, su prestigio desaparece destruido por la crítica implacable. Le ocurre lo que al nadador entre algas: mientras más energía y actividad despliega, más resistencias suscita contra su avance.



El azar brindó a Portales una coyuntura, y su genio despertó fuerzas dormidas, que le permitieron sortear el escollo en que habían naufragado sus predecesores.

\* \* \* \*

Las resistencias del alma castellano-vasca al concepto portaliano del estado, fueron domadas por dos fuerzas psicológicas muy diversas en su naturaleza y en su trascendencia.

La primera fue la sensación de espanto. Sin enlazar intelectualmente la anulación del gobierno, que era su propia obra, con la anarquía, la aristocracia experimentó los efectos en la medida necesaria para asustarse, sin llegar la hondura del fenómeno hasta destruirla en cuanto base del orden. El terror la tornó más tratable, moderó su repugnancia al concepto portaliano del estado y suavizó su antipatía al gobierno activa y eficiente. Todo el que tenía intereses que perder, así fuera agricultor, comerciante o rentista, se mostró dispuesto a tolerar el nuevo régimen, cuya esencia era la fe exaltada en su eficacia contra la anarquía. No era éste un elemento político activo de gran valer; pero era susceptible de ser organizado y de prestar cooperación efectiva. El fenómeno es tan notorio, que se le ha admitido sin discusión, aun por los historiadores.

Mas, aunque este terror hubiera sido mayor y aunque se le hubiera renovado cada cierto tiempo, jamás se habría realizado la creación de Portales, ni Chile habría conocido el gobierno de 1830 a 1891, sin un rasgo recóndito del alma vasca, que ha pasado inadvertido; y, que, sin embargo, fue el factor decisivo en el devenir histórico chileno del siglo XIX. El vasco, y el ibero en general, son capaces de

exaltación interior tenaz hacia fines ideales, cuando los espolean estímulos que logran irritar sus sentimientos en un sentido impersonal y superior. Ya durante la dominación romana vemos al ibero salir de su individualismo negativo, para abrazarse, como individuo, en la grandeza romana, y perderse con ella en la acción universal. Más adelante, lo volvemos a ver, movido por la fe, presa de igual exaltación, sumergirse en el misticismo o abrazarse de nuevo en la acción universal. En Ignacio de Loyola sólo se supera una tendencia que está en su raza.

Viniendo al caso nuestro, si la fe en el orden fue el aspecto de la sugestión portaliana que encontró eco en las almas vulgares y pequeñas, de ningún modo fue el que actuó sobre las almas elevadas y los caracteres vigorosos. Lo que actuó sobre estos últimos, fue su emoción del bien público, su patriotismo exaltado, su orgullo de chileno y su abnegación en aras de la colectividad. Fue el cruzado que perseguía un ideal, el que aguijoneó los sentimientos de los espíritus superiores, e hizo germinar en ellos la religión del gobierno. De esta exaltación brotaron los colaboradores activos: Tocornal, Egaña, Garrido, Bustillos, etc., entre los con temporáneos; Montt, Varas, Balmaceda, etc., entre los continuadores. La fuerza que los mueve, es la misma que animó a Ignacio de Loyola.

La religión del gobierno y del bien público, supeditó con una sugestión activa y potente la repugnancia atávica del vasco por el gobierno fuerte. Fue ella la que reclutó los ministros a la nueva religión; y la que permitió a una corta minoría de escogidos imponerse, no sólo a la gran masa inerte, sino también al grueso de

su propia casta durante sesenta años. Fue menester que otra sugestión contraria, igual mente poderosa, reanimara la tendencia atávica que la primera había aplastado, para que el edificio portaliano, minado por su base, se tumbara.

De las dos fuerzas, la primera, o sea, el terror a la anarquía, fue importante en el momento inicial. Sirvió de pun tal provisional al orden, mientras se formaba la segunda. Pero el alma real de la creación portaliana fue, hasta su último momento, la exaltación del alma castellano-vasca en la religión del gobierno, de la honradez y del patriotismo. A cincuenta y cuatro años de distancia de la tragedia del Barón, el último pensamiento de Balmaceda fue para la patria "a la cual ha amado sobre todas las cosas de la vida".

\* \* \* \*

Un dato desconocido hasta hoy por la posteridad, es la posición de Portales frente a la opinión. Los historiadores de este período, poco capacitados para apreciar fenómenos de esta naturaleza, han reemplazado la investigación por hermosas tiradas de frases, que reflejan la pasión del escritor, o han pasado por alto algo que no se han sentido capaces de advertir.

Forzando un poco el cálculo, puede concederse la capacidad necesaria para pesar en la opinión política, entre los años de 1830 y 1837, tal vez el 20 por ciento de la población. Hemos comprendido en este número a los incapaces que, por adhesión a otros, siguen su opinión. Así, un hacen dado que tiene concepto político y cuarenta y nueve inquilinos más o menos adictos, los contamos por cincuenta. De este 20 por ciento, a lo menos la mitad eran partidarios del

gobierno de Prieto; un cinco a un seis por ciento lo aceptaba, reservándose el derecho de criticarlo, pero listos para sostenerlo en caso de peligro; y sólo un cuatro o un cinco por ciento eran enemigos decididos. De los últimos, unos pocos trabajaban activamente en las conspiraciones y los de más aguardaban que la base estuviera socavada para ayudar a derribarlo. El resto, el 80 por ciento del país, era una masa amorfa, reacia a toda actuación política que seguía al gobierno, así fuera el de Prieto, el de Freire, el de O'Higgins o el de Pinto, por hábito, por "el peso de la noche", empleando la frase de Portales.

Dentro de la forma orgánica que el estado tomó bajo la mano de Portales, tenía éste, en el momento de ser asesinado, del 95 al 96 por ciento del país de su lado. Pero un simple cambio en el gobierno podía llevar el 90 por ciento de la opinión en contra suya. El gobierno y una corta opinión dirigente, lo eran todo; la gran masa de los ciudadanos aún era nada. No es que se les arrebatara sus derechos, como se afirma en los delirios ideológico pasionales, que en Chile se han llamado historias, sino que no tenían opinión, porque ni eran capaces de formarla, ni de conservar con alguna estabilidad la que los elementos dirigentes intentaban inculcarles.

Estas proporciones se alteraron, paso a paso, hasta que, habiéndose pronunciado en 1891 contra el gobierno casi el 80 por ciento de la opinión consciente, logró la oposición, por primera vez, arrastrar a más de la mitad de la masa in consciente, merced a la intensidad de la sugestión colectiva que se produjo. Pero en 1830, al advenimiento de Portales, la masa inerte representaba una mayoría aplastante.

Portales vio con mirada de águila el punto de apoyo que esta masa ofrecía al gobierno activo, animado de voluntad enérgica que quisiera dar a la república forma orgánica. Bastaba arrogarse su representación; y se la arrogó sin preguntarse con qué derecho lo hacía y sin que nadie se lo discutiera. Por lo demás, en caso de preguntársele, habría respondido sin vacilar: "Con el del bien público y el de la salud de la colectividad". Al arrebatarse esta masa inerte al revolucionario profesional, al demagogo, o al político que la usaba para fines particulares, ajenos al propio interés de la masa, el gobierno portaliano, cuya alma y cuya esencia misma eran el bien general, cumplía un deber. Tomaba la representación de la masa inerte, ejercitando un derecho que ella era incapaz de ejercer; más, tomaba, también, su tuición desde un punto de vista ético de que sólo podía encargarse el gobierno.

Se ha visto ya que Portales encontró en este elemento inerte y en el derecho del gobierno a pensar y a sentir por él, no sólo una base material de estabilidad, sino, también, un punto de apoyo al gobierno contra las tendencias oligarcas estrechas. Lo armó de una fuerza que, sin destruir lo bueno de la aristocracia, le permitió corregir su influencia y atajar toda inclinación egoísta. Resta sólo explicar el factor psicológico que permitió al gobierno hacerse obedecer de la masa. Es "el peso de la noche", dice Portales; es decir, el hábito de obedecer durante casi tres siglos a un gobierno impersonal, a un símbolo. Había un cauce abierto, que la revolución obstruyó a medias. El régimen de Portales se deslizó por él. Pero, lo repetimos una vez más, deslizar una nueva alma nacional, y un

nuevo régimen de gobierno por el cauce que había recorrido otra alma y otro régimen anteriores, no es resucitar esa alma ni renovar ese régimen. No porque un moderno transatlántico recorra la ruta que, años atrás, recorrió un velero, aquél se convierte en velero. No porque un gobierno, esencialmente distinto en su estructura y en su espíritu, se desenvuelva sobre el hábito de obedecer a un poder impersonal, ya creado por el régimen colonial, se convierte en su restaurador. Cuando Lastarria alude a esta restauración, es lógico. Para él todo gobierno que no emane, como el de Estados Unidos, de la voluntad política colectiva, en cuanto ideólogo, y que no concibe la libertad como una negación del estado, en cuanto vasco, es retrógrado.

\* \* \* \*

En el general Prieto y en su influencia sobre el ejército del sur, encontró Portales un punto de apoyo inicial para imponer el orden y comenzar su edificio, que difícilmente habría encontrado en otro general. Prieto se apartaba mucho del tipo corriente del militar de la época. Mostró en el poder una flexibilidad que le transformó en un verdadero mandatario civil. Sin condiciones ni arrestos de caudillo, se prestaba admirablemente para iniciar el tipo de gobernante impersonal que era de la esencia de la creación portaliana. Conciliador, sensato, y de una sagacidad superior a la que se le ha reconocido, como se ha dicho en otra parte, fue un complemento del genio de Portales. Y no sólo lo fue en cuanto suplió vacíos o atenuó defectos del genio creador, sino, también, en cuanto factor ineludible de la realización práctica del régimen.

En tres sentidos contribuyó a hacerlo posible. La rivalidad entre penquistas y santiaguinos era uno de los escollos con que tropezaba la organización política chilena. Prieto lo salvó provisionalmente. Siendo penquista, Concepción y su espíritu regional se sintieron representados en el gobierno. Si este hecho no aquietó a todos los penquistas, por lo me nos restó la mayor parte de sus fuerzas a la oposición regionalista. El espíritu santiaguino, por su parte, no tropezó en él con la incomprensión y la falta de tacto político de O'Higgins y pudo moldear con su ambiente a su gobierno.

Desde otro punto de vista, Prieto, como Garrido, hizo de mediador plástico entre el genio de Portales y el espíritu avasallador de la aristocracia santiaguina. Moderó su excesiva irritabilidad, atenuó el rigor de la sanción portaliana, cuyo espíritu nivelador era lo que más exasperaba a la clase dirigente, y le hizo concesiones transitorias, que entraban en la concepción portaliana, pero que, realizadas por intermedio del primer mandatario, suavizaron la distancia que la aristocracia le tenía en cuanto pensón.

Por último, sin hacer el papel de caudillo, mantuvo, por medio de Bulnes, ascendiente sobre el ejército del sur, hasta que, en 1836, se lo arrebató la sagacidad del genio superior de Santa Cruz. Aun en estos momentos, Bulnes conservó cierto control sobre parte de esas tropas. Sin ser su influencia decisiva, en el ejército del norte supo atraerse a algunos militares, en quienes comenzó a germinar él concepto de la lealtad al gobierno con los caracteres de una religión. Maturana, García y Vidaurre Leal son las primeras manifestaciones de un nuevo espíritu que, poco a poco, cobró desarrollo; y que, al

propio tiempo que enaltecía moralmente al ejército chileno, cimentaba el orden sobre bases sólidas.

\* \* \* \*

El apoyo de Prieto ofrecía sólo una base provisional al nuevo régimen. Del calvario del Barón surgió un nuevo concepto de la lealtad y del pundonor militar, que fue el verdadero sostén de la creación política de Portales. El ejército sintió en carne viva la ignominia del asesinato y la vergüenza de la cobardía moral frente a las responsabilidades. El teniente coronel Juan Vidaurre, "para librar a sus descendientes del baldón eterno que envuelve el nombre de Vidaurre emblema de la más pérfida e inicua alevosía", solicitó autorización para cambiar su apellido; y el gobierno le contestó que bastaba le agregara la palabra Leal, respuesta que con tiene, en germen, el nuevo concepto del pundonor militar. No hay apellidos infames: hay actos o extravíos infames. El mismo teniente coronel había marcado la senda del honor y del deber con el propio apellido que creía execrado. Los hijos y los nietos del infortunado coronel, siguiendo la misma senda, podían sin sonrojo llevar el apellido y redimir la mancha con igual derecho que otro chileno cualquiera. Vidaurre simbolizó un extravío colectivo en el concepto del deber y de la lealtad militar. Era ese concepto extraviado y no un apellido, lo que había que substituir.

La irritación que causó en el país el asesinato del ministro, quedó grabada en forma indeleble en el ejército; y sus efectos persistieron por largos años. La declaración, in concebible en boca de un jefe de estado mayor general, de que se sublevaba porque se le mandaba a



morir frente al enemigo, desviada del sentido que Vidaurre quiso darle, despertó una ola de indignación que los historiadores y la prensa misma ocultaron por piedad y por orgullo patriótico. Traspasó la frontera y cubrió de ridículo al ejército chileno. Santa Cruz fue el primero en expresar su desprecio por el instrumento de que se había servido. Repugnó al gobernante el asesinato, por un grupo de oscuros jefes y oficiales, del gran estadista al cual, temiéndole, admiraba. La obra demoledora que entrañaba el motín, despertó la antipatía del gran constructor. Dentro de sí mismo, su porción de sangre blanca sintió asco del recurso a que le había obligado a recurrir la lucha por la supervivencia. Y todo esto lo descargó sobre el grupo de inconscientes que", atraídos por el fuego fatuo de las declamaciones política, y empujados por su mano, habían atentado contra su patria, al atentar contra las instituciones sobre las cuales empezaba a levantarse su grandeza. "Los hombres que debían conquistar el Perú — hizo escribir en el periódico oficial de la Confederación— son esos mismos que han huido vergonzosamente delante de los milicianos de Valparaíso; son los mismos que aprisionaron y asesinaron al que les puso las armas en las manos para someterlos. Tal era la fidelidad y tal el heroísmo de nuestros presuntos conquistadores". Et 26 de julio volvió el mismo diario a tocar el punto en forma que importa un refinamiento de crueldad con hombres que iban a expiar en el patíbulo su falta de pundonor militar. El gobierno peruano entregó dinero a sus aliados pipiolos, encargados de la propaganda revolucionaria contra Prieto y contra la expedición. Esto dio base a la maledicencia, tanto en el

Perú como en Chile, para afirmar que se había comprado a Vidaurre y a los oficiales que le secundaron, Cuando los diarios chilenos tocaron el punto, El Eco, en vez de desmentirlos, contestó: "¿Se han vendido los revolucionarios? Si se han vendido, no han hecho más que copiar al pie de la letra el tipo que les presenta el mismo general Prieto, que también supo venderse..."

El despertar moral ante el doble latigazo que cruzó su rostro, fue en el ejército chileno el punto de partida del desarrollo de un nuevo concepto que le levantó a una altura moral no alcanzada en América. El militar no sólo debe obediencia al gobierno, sino que le debe, también, su brazo. Muchos años más tarde, cuando ya el régimen de Portales había hecho crisis, un descendiente de una de las más anti guas familias militares, daba forma a este concepto diciendo; "No somos agentes de la autoridad; somos el brazo armado del gobierno. Tenemos la obligación de acatar sus órdenes sin deliberar, y si estas órdenes no placen a un cierto número de ciudadanos, que se culpe de ello al pueblo, que fue quien eligió libremente a sus gobernantes. El militarismo no existe, pues, en el país como cuerpo político; existe únicamente como un sentimiento de amor a la patria, a cuya defensa y a cuya existencia aportan las fuerzas armadas su abnegado concurso y están dispuestas a rendir su vida como han jurado hacerlo"<sup>126</sup>

Catorce años después del Barón, el coronel Marcos Maturana, al recibir a su hijo atravesado por dos balazos, frente a la esquina del cuartel de artillería, dice; "Bueno me ha salido el muchacho", con el

---

<sup>126</sup> General Orozimbo Barboza.

mismo orgullo que lo diría frente al enemigo exterior. A esa misma hora se desarrollaba en el fondo del claustro de la Recolectión Franciscana una escena, tal vez la más rica en contenido moral que recuerdan los anales de nuestras contiendas civiles, y que hemos narra do en párrafo aparte.

El general Bulnes, el vencedor da Yungay, la mayor gloria americana de su generación, al bajar de la presidencia, necesitó afianzar con su espada el legado de Portales. Un avance prematuro de la infantería, a consecuencia de una información errada, comprometió el éxito de la batalla de Loncomilla. Un desliz del enemigo le brindó la oportunidad de deshacer su caballería, y el triunfador de Yungay cargó al frente de sus escuadrones para darles empuje y compensar el número. Ahora sí que era realmente la sombra de Portales, encarnada en un nuevo concepto del deber cívico militar, la que arrollaba la numerosa caballería de Cruz.

En una carga secundaria, durante la persecución, la caballería del gobierno arrojó sobre las bayonetas del teniente coronel José María Silva Chávez, que había flanqueado por la derecha las posiciones de Cruz, a un grupo de dispersos. Después de rendir a los fugitivos, cubierto de polvo y jadeando de cansancio, se sentó Silva sobre una piedra mientras le cinchaban de nuevo el caballo, y dijo al oficial de caballería que tenía al frente: "Al fin lavé mis manos de la infamia de Quillota"<sup>127</sup>. Era el mismo teniente que colocó tos grillos a Portales.

\* \* \* \*

---

<sup>127</sup> Dato de Gregorio A. García, que asistió a la batalla como comandante de guardias nacionales,

Al hablar de los efectos psicológicos del mestizaje, se dijo que disminuyó la dureza del alma racial en las sábanas progenituras, tornando al mestizo muy sugestionable. El cruzamiento del vasco con la antigua aristocracia castellana produjo, con menor intensidad, un fenómeno análogo. El poder de sugestión de Portales parece haber sido uno de los más vigorosas que se registran en el terreno político. Sin embargo, sin la maleabilidad relativa que el cruzamiento produjo en el alma vasca, difícilmente habría podido penetrarla tan hondo. Se encuentran casos de españoles puros totalmente sugestionados, como Garrido, castellano oriundo de Segovia. Mas, una cosa es sugestionar individualmente a quien, tal vez, tenía predisposición atávica a sentir y a pensar en la misma dirección; y otra, sugestionar un alma racial tan antigua y tan dura como la vasca. Si logró Portales desviarla transitoriamente en su dirección ancestral, debióse el hecho a la relajación de su tenacidad originada por el cruzamiento. Además, estaba en Chile fuera de su ambiente y colocada en condiciones sociológicas muy distintas de las de su país de origen. Su superioridad económica le había transformado en una aristocracia gobernante, posición que, si por un lado tenía que exaltar sus instintos de dominio y de gobierno, por otro le restaba base popular y simpatías en el fondo racial formado por otros elementos, colocándola en una situación que sólo podía conservar mediante el orden y el gobierno. Por antipático que le fuera el gobierno activo y enérgico, mientras la prédica de Lastarria, de Vicuña, de Cifuentes, de Irarrázaval, etc., no perturbó

su instinto, exaltando sus sentimientos, presintió que su suerte estaba ligada al gobierno y al orden.

La mediocridad de Portales frente a los grandes conductores de hombres, no degeneró en ausencia del tacto político. Lo poseyó y en alto grado. Supo distinguir lo que era ineludible aniquilar para la implantación de su régimen de lo que podía coexistir con él; y no incurrió en la torpeza de aumentar artificialmente las dificultades que le oponían la realidad social y política. Precisamente lo que sus biógrafos, historiadores y políticos destituidos de sagacidad psicológica, le han reprochado, es lo que exterioriza una capacidad política real.

O'Higgins exigió al país esfuerzos que excedían su capacidad económica; en este punto, como gobernante, llegó a la inconsciencia. Portales, por el contrario, se empeñó en restaurar la prosperidad; en ahorrar sacrificios, cuya resultante tenía que ser el malestar interior. Buscó la regulación de los ejercicios financieros en la economía y el orden, sin imponer nuevas contribuciones que el país no podía pagar. Con su truhanería habitual dijo una vez: "Con los chilenos se puede hacer todo, menos tocarles el bolsillo"<sup>128</sup>. La forma que dio a la expedición de 1837, surgió de este deseo.

Igual táctica gastó en el terreno religioso. Dejó a salvo su concepto del estado laico y convivió con el clero, que no era estorbo para su política.

\* \* \* \*

---

<sup>128</sup> Frase de Portales a Francisco Encinas Echeverría.

El momento histórico en que actuó Portales, se caracterizó, tanto en América como en Europa, por la frecuencia y la energía de las reacciones de la opinión pública en el terreno político. El fenómeno parece haber herido vivamente su atención. En carta destinada a Tocornal, hace un esbozo penetrante de estos vaivenes en la marcha política del pueblo inglés. En otra carta, hablando del mismo Tocornal, subraya, como "una de las cualidades que le distinguen, el tino para saber aflojar oportunamente", evitando "los graves males que vienen de una inconsiderada tirantez".

Su instinto político, aguzado por estas observaciones, le movió a imprimir a su actuación un ritmo paralelo a lo; vaivenes de la opinión. Asumió el ministerio en 1830, en un momento en que la opinión, presa del terror a la anarquía, ansiaba un gobierno enérgico, y aprovechó la oportunidad para imprimirle rumbos en el sentido que intuitivamente divisaba y para reorganizar la administración con extrema energía. Realizada la tarea, a pesar de los ruegos del gobierno y de los deseos de la opinión, se alejó, a fin de que hombres más conciliadores y que presentaban menos blanco a la antipatía vasca por el gobierno activo, evitaran la acumulación de resistencias. Cuando divisó el bajel derivar peligrosamente, empuñó de nuevo el timón, resuelto a volver a alejarse tan luego como terminara la guerra contra la Confederación Perú-Boliviana. Este ritmo fue uno de los mandamientos tácitos del decálogo político portaliano; y se cumplió como resultante espontánea de las relaciones entre la estructura del régimen y la opinión. Bulnes concilio diez años con la soberbia castellano-vasca; Montt y Varas

reaccionaron vigorosamente en el sentido portaliano del gobierno activo, fuerte y carga do de ideales cívicos; Pérez dejó descansar al país y adormeció las resistencias en un *dolce farniente* que calmó la irritación; Errázuriz Zañartu levantó olas, al apretar de nuevo "el resorte principal de la máquina"; Pinto lo aflojó como oliva de paz; Santa María empuñó fuertemente el timón, arrojando las leyes sobre cementerios y sobre el estado civil como carnaza, para entretener el furor castellano-vasco. Las circunstancias lo forzaron en la elección de sucesor; y advirtiendo el contraste entre la vigorosa personalidad de Balmaceda y las exigencias de blandura y relajación en el mando que, psicológicamente, debían sucederse a su agitada presidencia, dijo: "Este loco no termina el período"; y la profecía se cumplió.

## Capítulo XVI

### Trascendencia histórica de la tradición portaliana

—*El mes El calvario del Barón. —Paucarpata y Yungay. —La tradición. —Un alma nacional. —La religión del gobierno. —La ascensión.*

*"Los grandes individuos destruyen, a veces, más que edifican, por el hueco que su muerte deja en el torrente del su ceder. Pero crear una tradición significa eliminar el azar . . . si se realiza, surge un pueblo soberano, en el único sentido digno y posible en el mundo de los hechos: una minoría, perfectamente criada, que se renueva a sí misma; una minoría con tradición probada en larga experiencia; una minoría que incluye en su esfera todos los talentos y los empleos, y, por tanto, se encuentra en armonía con el resto del país gobernado. Semejante minoría se convierte lentamente en una verdadera raza...y decide con la seguridad de la sangre y no del intelecto. Todo sucede en ella por sí mismo, ya sin necesidad del genio. Es la substitución del gran político por la gran política". —*

*Spengler.*



Todos los aspectos del régimen de Portales, lo mismo sus líneas maestras que sus rasgos secundarios, están contenidos en su concepción, Pero la fugacidad de su actuación y la modestia de sus dotes en cuanto conductor de hombres, sólo le permitieron realizar una parte pequeña. La construcción, apenas iniciada, parecía fatalmente condenada a desaparecer con él. Su propia personalidad debió cruzar como meteoro el modesto escenario sudamericano; y hundirse en el curso del suceder, sin dejar tras de sí recuerdo duradero. Pero el apóstol salvó al estadista. Suplió sus debilidades y prolongó en el tiempo, mediante una tradición, la influencia de su genio creador.

La importancia de la tradición fundada por Portales es trascendental en la historia de la república. Delante de ella, la obra realizada por el estadista, como ya se dijo, casi no tiene importancia. El orden, la forma de gobierno, la organización administrativa, la justicia, las fuerzas espirituales que crearon el estado orgánico, en una palabra, el sano y robusto desarrollo material y moral de 1830-1891, arrancan de Portales; pero lo realizó, después de sus días, la tradición legada por su genio. Se puede afirmar, sin temor de ser des mentido por los acontecimientos, que, cualesquiera que sean las vicisitudes que el futuro nos reserve, semejante influencia no se repetirá. Es que en Portales el político está supeditado por et apóstol; es que en él el místico sólo se detuvo en el límite preciso en que debía ahogar al estadista.

\* \* \* \*

Portales, como Bismarck, fue uno de los elegidos por el sino para vengar al individuo de la esclavitud del ambiente colectivo; para quebrantar momentáneamente su despótico reinado y humillarlo bajo la planta de una individualidad vigorosa. Pero, al paso que el hidalgo de Pomerania fue sólo un aislado de su época, el estadista chileno lo fue de su tiempo y de su raza. No necesitó, como él, domar las sugerencias ideológicas emanadas de la literatura política. Hacia 1830 carecían del vigor que alcanzaron dieciocho años más tarde; y a Chile de esa fecha, sólo llegaba su eco desvaído. Además, estaba aún muy vivo el recuerdo de su fracaso al contacto de la realidad. En cambio, necesitó imponer el orden a una generación para la cual el motín y la asonada eran un derecho anejo a la libertad. Tuvo que crear el concepto de la honradez y formar el hábito del trabajo eficiente en las diversas ramas de la administración; que restablecer la sanción en un pueblo que había perdido hasta el recuerdo de ella; y que aplastar al militarismo, que realizaba los cuartelazos, persiguiendo granjerías, bajo el manto hipócrita de los principios y de los postulados políticos. Todo esto levantó tempestades de odios y le suscitó enemigos irreconciliables. En otro terreno chocó contra la frialdad y contra la resistencia pasiva que oponía a su concepto del estado y del gobierno las inclinaciones atávicas de su raza. Tampoco podía encontrar comprensión de parte del intelectual. Las concepciones que se adelantan demasiado a su tiempo no pueden ser acogidas por el pensamiento contemporáneo.

Para domar este concierto de resistencias, como se ha visto, sólo dispuso de un corto número de admiradores sugestionados por su genio; de una crecida multitud de timoratos, que se asieron de él como a tabla de salvación; y de la gran masa de los inconscientes, que le siguieron por el hábito de obedecer.

Imposible imaginar un terreno menos propicio para el desarrollo de una tradición que perpetuara su régimen. Sin embargo, en este ambiente, cuyo fondo era la indiferencia y la antipatía encubierta: caldeado más por el odio de sus enemigos que por el afecto de sus amigos, la fuerza magnética de su genio hizo germinar una de las más vigorosas tradiciones que recuerda la historia en el terreno político.

\* \* \* \*

A través de las vicisitudes del desarrollo histórico, ve nía generándose un proceso psicológico inaparente, pero trascendental, desde el advenimiento mismo de Portales. Paso a paso, deslizándose entre las breñas que sembraban el terreno, la sugestión emanada de su genio, venía encarnándose en algunos espíritus afines, como Garrido y Tocornal, y en los más receptivos entre las mentalidades divergentes como Garfias, Bustillos, Elizalde, Cavareda, Maqueira y Vergara Albano. Al desaparecer Portales, la sugestión había realizada ya, silenciosamente, una larga jornada. Tres acontecimientos históricos le dieron impulso súbito y la convirtieron fulminantemente en tradición.

El primero fue el calvario del Barón. Si desaparecieran las normas éticas que sirven de medida a las acciones humanas, y en el devenir

la substituyera la importancia del ser vicio inmediato prestado a la colectividad, las figuras de Portales y de Vidaurre, enlazadas, deberían simbolizar en el mármol el periodo histórico de 1830-1891. El intuitivo genial que había en Vicuña Mackenna lo presintió; pero el razonador se encargó, como en todo el curso de su obra, de estropear la intuición y de hacerla degenerar en una inepticia que ha sido blanco de la mofa de los que nacieron con ojos para ver sólo la apariencia de la realidad histórica. Sin el calvario del Barón, difícilmente se habría consolidado la balbuciente tradición portaliana; y en ningún caso habría alcanzado el vigor y la fuerza con que se desarrolló entre 1830 y 1891. Al desaparecer el estadista de carne y hueso, su vigorosa personalidad dejó de ser el trapo rojo que exacerbaba la envidia, la maledicencia y la pequeñez del alma española; y su genio poderoso cesó de ser un insulto para la mediocridad de los demás. La misma antipatía ancestral del castellano-vasco por su concepto del gobierno, experimentó una sensación de alivio. En su lugar surgió súbitamente un símbolo. Como los rayos del sol al desgarrarse las nubes que lo ocultan, los destellos del genio de Portales, disipadas las brumas que habían acumulado el odio, la envidia y la incomprensión, alumbraron el lado bueno del alma castellano-vasca. Portales no conoció el miedo. En la cobardía colectiva, asumió sin vacilar las mayores responsabilidades que pueden descansar sobre un hombre. Rodeado de enemigos, amenazado por la venganza a todas horas, continuó impertérrito el camino hacia la meta que divisaba su clarividencia. Objeto de diversas tentativas de asesinato, desdeñó el

castigo de los instrumentos del crimen; y con la conciencia de que se le asesinaría, rehusó toda precaución de seguridad personal, mientras creaba todas las que su imaginación le sugería para la seguridad del país. Este raro valor cívico impresionó profundamente el alma chilena. El contraste entre el valor del estadista y la cobardía moral del ambiente, despertó la admiración. Tan notorio fue el fenómeno, que el grande empeño de las almas bajas, desde el primer instante, fue falsear los detalles de su asesinato, para destruir este factor del ascendiente póstumo de su genio. Y más tarde, cuando ya la aversión instintiva del genio castellano-vasco había relegado a la turbamulta de los políticos hispanoamericanos la figura del estadista, el doctrinarismo liberal, empeñado en destruir su creación, esgrimió la misma arma.

Al disiparse las brumas acumuladas por las pasiones, brilló, también, a los ojos de las almas generosas, la abnegación cívica de Portales. El espectáculo del caballero andante que arrojó en las aras de la patria su tiempo, su reposo, sus gustos, su fortuna y su vida, en un supremo renunciamiento de sí mismo, hirió las fibras más nobles del alma española, exaltó a la vez sus sentimientos místicos y caballerescos. La llama cívica en que ardía, propagó el incendio en el alma racial.

En su generosidad, en su franqueza viril, en su honradez y en su desdén por el gesto y por la teatralidad, el castellano-vasco reconoció sus propias cualidades; le sintió uno de los suyos, a través de las hondas divergencias en el concepto del gobierno, en el

temperamento y en las fantasías y genialidades de su carácter. La sugestión en estos aspectos se deslizó por una pendiente suave.

Las concepciones políticas que están destinadas a convertirse en realidades, llevan en sí mismas una fuerza magnética que irradia y penetra espontáneamente en los sentimientos, generando la creencia y orientando las voluntades. Participan, aunque sin su duración, de la naturaleza de las creencias religiosas. El fondo místico que había en Portales, se encarnó en su creación realista. Le imprimió calor, vida, simpatía expansiva y extraña fuerza de sugestión, con absoluta independencia de su personalidad y de los acontecimientos externos. Bastó que el asesinato del Barón quitara de la vista al déspota para que la poderosa sugestión impersonal hiciera presa en los mismos que, vivo, le combatieron. Los discípulos renegados, Benavente, Rengifo y su séquito, atraídos de nuevo por una fuerza invisible, inconsciente mente volvieron a ser ejecutores de sus mandatos imperiosos.

\* \* \* \*

Los otros dos acontecimientos que fortalecieron el des arrollo de la tradición portaliana, fueron el tratado de Paucarpata y la victoria de Yungay.

La gestión gubernativa que se siguió al asesinato de Portales, en el aturdimiento del primer momento, fue un simple eco mecánico de los propósitos del estadista. Se hizo religiosamente cuanto se creía que entraba en las miras del genio desaparecido. En el deseo de ahorrar al país los duros sacrificios de la guerra con la Confederación, Portales había organizado, según ya se vio, una

columna de poco más de tres mil hombres, que a última hora pensó elevar a cuatro, cuya dirección efectiva se había reservado, bajo la más cara del comando nominal del almirante Blanco Encalada. Esta columna tenía por objeto asestar a Santa Cruz un golpe rápido en un punto de su dilatado frente; y provocar, con su efecto psicológico, el levantamiento interno Perú-boliviano. Nunca pensó Portales agredir con semejantes fuerzas el grueso del ejército protectoral, ni exponerse a ser envuelto por él. Por eso resolvió embarcarse él mismo en la expedición. Conforme a su norma invariable, reforzada esta vez por la naturaleza de la concepción, mantuvo su designio dentro de una reserva impenetrable, aun para sus colegas de gobierno y para el comando de la expedición. Prohibió a Tocornal que comunicara al presidente su pensamiento hasta que saliera la expedición.

El plan del ministro se cumplió después de sus días. El almirante Blanco Encalada partió al frente de una columna de poco más de tres mil hombres, llevando como mentor al guatemalteco Antonio José de Irisarri. Entretanto, en el tiempo corrido entre el motín de Quillota y la salida de la expedición, los asuntos internos del Perú y de Bolivia cambiaron en sentido favorable al Protector. Las concomitancias militares que Portales creía haber anudado a espaldas del conocimiento oficial del gobierno chileno y de los emigrados peruanos, o no tuvieron la solidez que les atribuyó o se desataron, como consecuencia del asesinato y de las medidas preventivas que arbitró Santa Cruz.

Ni Blanco ni Irisarri eran capaces de dominar las grandes dificultades de una expedición como la que se les confió, aun teniendo por contendor a otro adversario que Santa Cruz. Mientras aquél tramitaba un desafío entre fuerzas equivalentes de ambos ejércitos, semejante al de los Horacios y de los Curiacios; y éste negociaba, el Protector en volvió con fuerzas superiores al ejército chileno. Blanco tuvo que pactar la paz a fin de salvarlo de la destrucción<sup>129</sup>, Pero las complacencias del sino con las concepciones del genio, labraron con el tratado mismo uno de los bloques más sólidos de la tradición portaliana. La mentalidad incaica de Santa Cruz, cuya flexibilidad y fuerza de penetración nunca se admirarán debidamente, dio bote delante de algunos rasgos del carácter chileno. Había entre ellos y su estructura psicológica racial, demasiada distancia para que pudiera salvarla. Hasta el rechazo del tratado de Paucarpata, creyó que la inquietud chilena ante la reconstitución del virreinato era un simple reflejo de la clarividencia de Portales, que desaparecería con la supresión del estadista. Mora, Novoa y los demás emigrados chilenos, reforzaron su error. Dentro de este convencimiento, un acto de generosidad estaba indicado. La devolución de la columna de Blanco, que pudo destruir, era, a su juicio, oliva de paz.

La reacción que produjo en Chile el tratado fue muy distinta de la que Santa Cruz esperaba. Portales lo había logrado despertar sino a medias la voluntad guerrera nacional. Más tenaz que la de los

---

<sup>129</sup> Blanco e Irisarri, lo mismo que Garrido y que casi todos los plenipotenciarios y marinos extranjeros que trataron a Santa Cruz, quedaron materialmente hechizados. Anotamos el hecho como dato psicológico útil para el bosquejo de la personalidad del gran inca.



pueblos hermanos, siempre fue de reacciones más lentas. Además, como se recordará, hacia 1837, estaba aún resentida por el intenso desgaste de veinte años de revoluciones y de guerras. Aparte de la enérgica y hábil propaganda de Santa Cruz, que, por medio de los pipiolos recalcitrantes, abarcó desde el comando superior del ejército hasta el hacendado colchagüino, dominaba en el país un deseo de paz y de reposo que el sectarismo ideológico de algunos escritores ha interpretado como oposición popular a la política guerrera de Portales. En realidad, sólo en la laxitud que sigue al exceso de acción. Un estímulo más fuerte tenía que provocar la reacción; y ese estímulo fue el tratado de Paucarpata. Herido el orgullo nacional, la masa araucano-gótica y la aristocracia gobernante reaccionaron en un impulso que abrazó a la nación entera, sin distinción de gobiernistas ni opositores. En vez de revolverse contra el gobierno, cada ciudadano tomó su parte de sacrificios, y el país afrontó virilmente la lucha, sin intimidarse ante las amenazas del gobierno inglés, que, con gran alborozo de O'Higgins, intentó impedir de hecho la prosecución de la guerra.

Esta reacción fue un. paso decisivo hacia la unidad nacional. El resto lo hizo la victoria de Yungay. Si Blanco hubiera vencido, habría sido el triunfo de un bando sobre el enemigo extranjero, y esto era ya algo. Bulnes simbolizaba el valor y el esfuerzo de la nación entera cuando catorce meses más tarde, el 20 de enero de 1839, sobre el campo de batalla, dijo a sus soldados: "Habéis luchado contra posiciones inexpugnables, vencida las elevaciones más escarpadas y pisado sobre las nubes para tomarlas. Habéis

hecho todos más que vuestro deber y aún sobrepasado mis esperanzas. El golpe mortal a la Confederación está dado, el estandarte protectoral, las banderas de su guardia y cien trofeos más, se hallan en nuestro poder; y el Perú respira hoy día, y la América toda, libre de inquietudes y de zozobras, os saluda como a los campeones y antemural de su independencia".

Portales había logrado crear la unidad material y sembrar la semilla de la unidad moral. Del campo de batalla de Yungay surgió, por primera vez, desde la independencia, un vínculo que unió a los chilenos con un lazo común por encima de la discordia anterior. Del mismo campo brotó el sentimiento de la nacionalidad tal cual ha llegado hasta nuestros días. Al concepto negativo, y estéril que había, engendrado la revolución de la independencia, se sobrepuso un sentimiento activo y potente, una idea-fuerza, capaz de informar un alma nacional. Chile afirmó su personalidad a la faz de la América y del mundo. Desde ese momento, los ciudadanos de América, San Martín, O'Higgins, Bello y los demás, tuvieron que optar entre ser chilenos o ser extranjeros. Los aventureros interamericanos, Novoa, Irisarri, García del Río, etc., se recluyeron en sus hogares, se consagraron a tareas literarias, o buscaron pueblos aún informes para proseguir su actuación. La batalla de Yungay es, espiritualmente, el hecho histórico más trascendental en la historia de la república. La revolución de la independencia sólo fue un interrogante abierto delante del porvenir, y la guerra del

Pacífico, a pesar de las mudanzas materiales que fueron su consecuencia, no tuvo honda significación espiritual<sup>130</sup>.

\* \* \* \*

Todo, el que observe con alguna atención la vida nacional entre 1830 y 1839, percibirá un hervor semejante al que anuncia en la colmena la proximidad de la enjambrazón.

Sugestiones, acontecimientos, procesos espirituales, se cruzan, accionan y reaccionan entre sí. Todos emanan del genio de Portales y todos ostentan los síntomas inconfundibles que presenta la vida colectiva en los momentos de in tensa renovación. La victoria de Yungay fue la corriente eléctrica que determinó la síntesis. Una tradición, forjada hasta en sus últimos detalles por el genio de Portales, surgió súbitamente con gran vigor de contornos y exuberancia de vida.

Se realizó, entonces, un fenómeno extraño. La desaparición del gran ministro había producido en el país entero una sensación de vacío, una inquietud delante del porvenir, que alcanzó hasta sus' adversarios. En la ansiedad que res pira la oración fúnebre del señor Valdivieso, hay algo más que un recurso retórico y que un reflejo de la emoción oratoria. Desde la victoria de Yungay, sucede a la ansiedad una sana confianza en el porvenir. El país se siente regido por una mano más segura y más duradera que la de Portales. Su figura retrocede con rapidez vertiginosa al claroscuro. "Don

---

<sup>130</sup> ) Lastarria presintió confusamente que algo trascendental surgió de la guerra con la Confederación, sin lograr expresarlo. Ya hemos dicho que estos chispazos alumbran en sus libros, cada vez que dormita su estéril y confuso doctrinarismo. En cambio, Vicuña Mackenna no vislumbró los grandes procesos espirituales que tomaron cuerpo en Yungay y que debían presidir la vida nacional hasta 1891, para disolverse en una lenta agonía de veintinueve años (1891-1920),

Diego Portales, autor de la guerra, el genio infatigable que había creado ejércitos, que había hecho silenciar la oposición interior que ella encontraba en los chilenos, que le había procurado aliados poderosos, que había sido el alma, que había elevado y sostenido a este mismo gobierno, don Diego Portales descansaba silencioso en su tumba; todos recogieron los laureles que él les preparó y ni una sola voz, ninguna musa elevó una copa de vino para recordar su nombre y hacerle libaciones a sus manes"<sup>131</sup>. En el mensaje de 18 de septiembre de 1841, en que Prieto, al dejar el poder, resumió la áspera labor desarrollada durante su decenio, sólo una alusión de paso rememora, sin nombrarla, a la ilustre víctima del Barón. El instinto colectivo, inconscientemente, se apartó del estadista que, ya cumplida su misión, empezaba a hundirse en el pasado; y se orientó hacia la tradición legada por él, que representa lo vivo y futuro. Su vigorosa personalidad se esfumó, casi enteramente, del recuerdo de una generación que le conoció y que actuó con él.

El fenómeno fue tan intenso que hizo posible una curiosa autosugestión colectiva. La aristocracia castellano-vasca acabó por sentir suya una creación que le había sido impuesta contra su voluntad. El intelectual de la generación pasada fue más lejos; y sus pocos sobrevivientes continuaron divisando casi hasta nuestros días en la creación portaliana una resultante de la capacidad política del pueblo chileno. Barros Arana sólo vio en la consolidación del orden y en la organización política, una consecuencia de los factores sociológicos, distintos de los hispanoamericanos en general, que se

---

<sup>131</sup>) P. F. Vicuña, Paz Perpetua, de julio de 1840.

reunieron en Chile, y del desarrollo de la capacidad política de la aristocracia, producido por la cultura y por el hábito mismo del gobierno autónomo. La intensidad de la sugestión no le permitió recordar que, en su país de origen, las razas componentes de la aristocracia habían exteriorizado un concepto del estado opuesto al que presidió la organización política chilena. Tampoco le permitió advertir que, entre 1823 y 1829, la misma aristocracia gobernó en Chile dentro de su concepto ancestral del estado. Cuando redactó la historia de la administración Bulnes, hacía largos años que la sugestión portaliana había muerto espiritualmente y una sombra de estado orgánico continuaba manteniendo el orden por la fuerza de la vida. Y sin embargo, no se dio cuenta de que las supuestas capacidades políticas desarrolladas por la cultura y por la experiencia, germinaron bruscamente en 1830 al advenimiento de Portales, y desaparecieron en una agonía paralela a la agonía de la tradición portaliana. No vio que la aristocracia castellano-vasca, libertada espiritualmente de la sugestión por las reacciones espontáneas del genio racial, reforzadas por la prédica doctrinaria de Lastarria y de Vicuña Mackenna, de Cifuentes y de Irarrázaval, y materialmente, por las victorias de Concón y de La Placilla, había encuadrado de nuevo el gobierno dentro de los rumbos caros a sus inclinaciones hereditarias. Nada le sugirió el hecho, para él tan familiar, de que el conjunto de factores sociológicos de que hace derivar el orden, fue un legado colonial que estuvo latente en todo instante; pero que ni Martínez de Rozas, ni Carrera, ni O'Higgins, ni Rodríguez, ni Freire, ni Egaña, ni Pinto, ni Benavente, ni

Gandarillas, ni ninguno de los caudillos o de -los políticos de la época, logró fecundar. Nada le sugirió tampoco la circunstancia de que, con cortas variantes, los mismos factores, inclusive la raza, existieron en otros pueblos hispanoamericanos; y se disolvieron en el torbellino del suceder sin engendrar un estado en forma.

Ocurrió con la tradición portaliana un fenómeno opuesto al que se observa normalmente. Las personalidades vigorosas dejan, con frecuencia, tras de sí una cauda que sólo se desvanece lentamente. Medio siglo después de descender Montt y Varas las escalas de la Moneda, todavía existía un partido montt-varista. Hasta hoy resuena en las luchas políticas la denominación de balmacedista. Estas caudas que dejan los grandes caracteres al desaparecer del escenario, son de origen estrictamente personal; emanan de la sugestión directa que la personalidad del estadista ejerce sobre sus ad miradores; y se transmite de padres a hijos como un legado de afecto, independiente de la comunidad ideológica con el gran hombre admirado. Nada más frecuente que ver a los componentes de estas caudas pensar y obrar en sentido opuesto a la personalidad que las generó. Las tradiciones fundadas por los grandes genios son siempre impersonales; reposan sobre las creaciones políticas con absoluta abstracción del genio mismo. Las concepciones de Bonaparte se encarnaron en la organización social y política del siglo XIX con la más completa independencia del culto napoleónico y de los intereses dinásticos que arrancan del gran corso. Legó a la posteridad, a la vez, una gran tradición y una extensa cauda.

Portales sólo legó una tradición. Nadie ha oído hablar de un partido ni de un culto portaliano.

La tradición portaliana, lo mismo que todas las grandes tradiciones políticas, continuó generándose a sí misma, hasta el momento en que la tendencia ancestral de la raza encarnada en la ideología doctrinaria, la destruyó. Dominó rápidamente, no sólo a las inteligencias medias superiores, como Tocornal, Bulnes, Irarrázaval, sino también a los cerebros más poderosos de la época. Estructuras mentales tan recias, como las de Montt y de Varas, y naturalmente dispuestas a pensar en sentido muy distinto del de Portales, se doblegaron como cañas flexibles; y se convirtieron en activos agentes de la tradición que los había cogido en sus garras. El medio se modificó a su vez; y se tornó el más poderoso instrumento de propagación. Balmaceda fue el producto de la influencia de Montt y del ambiente. Errázuriz Zañartu, Pinto, Santa María, Altamirano, Amunátegui, Echaurren y la casi totalidad de los políticos que realizaron el gobierno portaliano, fueron el producto de la sugestión invisible del medio. Como ya se hizo notar, en la mayor parte de ellos, el político obraba portalianamente y el intelectual discurría como anti portaliano. La dualidad alcanza en algunos los límites de lo patológico.

Durante los sesenta años que duró, la tradición portaliana mantuvo, con rara tenacidad, su acentuado carácter religioso. Fue una religión del gobierno, una fe y un culto laicos, cuyos mandamientos fundamentales eran el patriotismo, la abnegación cívica, la honradez, la justicia, el orden, el respeto inflexible a las

leyes y la seriedad y la decencia en todos los actos públicos y privados.

\* \* \* \*

Un alma nacional surgió bruscamente. Sentimientos nuevos brotaron en los ciudadanos. Preceptos y -recomendaciones que hasta ese momento habían sido letra muerta o palabras barridas por el viento al salir de los labios de los gobernantes, se hicieron carne. Una fuerza invisible comenzó a alejar al ciudadano de los fuegos fatuos de las ideologías políticas y de las revueltas estériles, y a empujarle hacia la actividad moralizadora y fecunda del trabajo regular. La repugnancia por los sacrificios de la vida ciudadana, se transformó en entusiasmo por el cumplimiento de los deberes cívicos. Desde Santiago hasta Arauco y hasta Copiapó, el agricultor, el minero, el abogado, el comerciante y el joven profesor, forman la oficialidad de la guardia cívica; y roban al descanso dominical el tiempo necesario para instruirla. El pueblo se habituó a cumplir este deber. El ejército que la había visto nacer con malos ojos, porque divisaba en ella un freno a la licencia, tomó a pecho lavar la infamia del Barón: siguiendo la senda del honor marcada por los batallones cívicos de Valparaíso; y lo que comenzó como una expiación dolorosa, acabó en un destello de elevación moral que lo dignificó y le conquistó la gratitud de los propios y la admiración de los extraños. Se identificó con ella; y ya borrado el recuerdo del Barón, cívicos y soldados de línea, futres y rotos vencieron o murieron, confundidos en un mismo impulso en la quebrada de



Tarapacá, en los lomajes de Tacna, en el Morro de Arica y en las fortificaciones de Chorrillos y de Miraflores.

Los odios implacables entre carrerinos y o'higginistas y la rivalidad entre penquistas y santiaguinos, se desvanecieron con rapidez. En su lugar surgieron otras divisiones y rivalidades; pero supeditadas por fuerzas superiores que enlazan a los ciudadanos en sentimientos comunes antes desconocidos.

Un sano optimismo, una confianza tranquila en el porvenir anima a la colectividad. La capa directora se abrasa en ansias febriles de crecimiento y de progreso; y se esfuerza, abnegadamente, en levantar de la postración en que lo dejó el cruzamiento con el aborigen, y no la opresión artificial, al grueso fondo mestizo. El instinto le hace presentir que, si el presente es suyo, el porvenir está contenido en la masa, depositaria de la energía renovadora del desgaste nervioso que la civilización impone a la capa superior. Bajo la apariencia del prejuicio aristocrático que viene del pasado, las puertas de la fortuna, de los honores y del gobierno se abren de par en par para todo valer verdadero. El joven surge de la más modesta condición social y llega a la cumbre casi vertiginosamente. Montt y Varas impulsan estos ascensos con una energía que hace sospechar cierta irritación contra la aristocracia. Pero el alma castellano-vasca en todo el esplendor de la juventud y de la fuerza, coge al joven advenedizo y lo moldea como a un blando pan de cera. El ciudadano y el estadista viste la librea portaliana hasta en el último detalle. Aprisionado por el espíritu aristocrático, en vez de enorgullecerse de su ascenso, oculta su origen y ya a la segunda generación presume

de descendiente de los encomenderos coloniales. Se produce así la ilusión de una oligarquía cerrada, que jamás existió ni material ni espiritualmente; pero que, más tarde, encarnada en los sentimientos que provocó la antipatía racial, será, como tantas otras ficciones, enseña de combate en las luchas sociales.

\* \* \* \*

Por sobre la sana efervescencia vital que anima al conjunto, se cierne, presidiéndola, la majestuosa entidad abstracta que surgió del mismo foco creador que el alma nacional: el gobierno. Se suceden en él hombres de temperamentos, de caracteres y de estructuras intelectuales variadas y aun opuestas. Abre la portada Bulnes, representante del buen sentido racial, realzado por la elevación de alma y la sagacidad intuitiva. Le sucede Montt, poderosa mentalidad catalana, orientada hacia lo útil y lo práctico, voluntad firme, fría y activa sostenida por un raro valor moral; e integrándose con él, para formar entrambos la mayor personalidad que haya regido un estado americano, Varas, volcán en perpetua erupción de patriotismo, de valor cívico y de abnegación ciudadana, alumbrada por destellos de concepciones realistas y de instinto político que rectificaron el rumbo y salvaron la nave. Pasa el timón a Pérez, cuerdo, indolente y socarrón; y a Errázuriz Zañartu, vizcaíno, con todos los arrestos de la aristocracia criolla, que espoleó furiosamente su propio contenido, que, ya en el poder, domó sus pasiones y que estrujó a cuantos le rodearon, en el empeño de no quedar aplastado entre las grandes cumbres que le habían precedido y las que divisaba alzarse por delante. Siguió Pinto, cuerdo

recto, de bastante energía negativa y de mucho amor propio contenido; pero tardo, opaco y destituido de los rasgos que dan relieve a la personalidad de un mandatario, a quien cupo, por ironía, la misión de levantar ejércitos, inventar recursos y vencer a dos naciones. Y hacia el final, Santa María, encarnación del conservador descreído y del aristócrata inquieto, autoritario y absorbente. Y, por último, la más simpática de las personalidades que integraron la serie de los presidentes portalianos. Desde su figura aristocrática y romántica, sin dejar de ser varonil, hasta su alma mística encendida en un altivo concepto del cargo y en un ardiente patriotismo; desde la ausencia de esos grandes desarrollos intelectuales, que exaltan la personalidad ante el historiador, pero la deshumanizan y la substraen a la comprensión y al afecto de los gobernados, hasta su exterior andaluz, casi teatral, todo hacía de Balmaceda una valiosa reserva para el futuro incierto, que el sino malgastó en cerrar con broche de oro la creación política con que compensó a la más desvalida de las ex colonias españolas.

Las reformas constitucionales y legales se suceden con rapidez. Quien se atenga a ellas creará que el régimen político ha evolucionado trascendentalmente; y que, hacia 1891, ya no existía ni en cuerpo ni en espíritu.

En la realidad, la heterogénea serie de mandatarios que desfilaron por el poder, bajo opuestas etiquetas y a través de numerosas reformas constitucionales, fueron pilotos que se sucedieron en el timón del bajel con una continuidad asombrosa de rumbo. Una camisa de fuerza, la tradición, aprisiona a los gobernantes y a sus

colaboradores desde el instante que pisan las gradas de la Moneda, y una mano invisible los empuja por el sendero que recorrieron los predecesores.

Todos dejan a la puerta los principios y los postulados, para guiarse sólo por la sangre y por el instinto; queman lo que han adorado y adoran lo que han quemado. Algunos aceptaron el poder como el cumplimiento de un mandato cívico; otros, como Errázuriz Zañartu y Santa María, con sumieron su actividad política en alcanzarlo; pero todos, siguiendo el ejemplo de Portales, lo cargaron como una cruz. Montt y Bulnes, muy jóvenes y embalsamados en la conciencia de haber creado una nación, sobrevivieron algunos años. Prieto y Pérez, reacios por temperamento a la contienda y a su desgaste nervioso, murieron trece y dieciocho años después de dejar el mando. Los demás, gastados por la áspera lucha entre el concepto portaliano del gobierno, que encarnaron y la antipatía racial por esa concepción, arrastraron por cortos días los jirones de una existencia inútil. Errázuriz Zañartu, Pinto y, sobre todo, Santa María, bajaron del gobierno con la amargura íntima de presentir ya contados los días del régimen político al cual debía Chile todo lo que era y con el remordimiento de haberlo comprendido sólo al asumir el mando. Ninguno quebrantó los mandamientos del decálogo; ninguno atentó contra el símbolo que encarnaba el gobierno, aspirando a perpetuarse en él. Una abundante literatura, reflejo de una corta pero violenta oposición, los calumnió y los escarneció mientras gobernaron; y, en la impotencia para derribarlos, aspiró a transmitir a la posteridad un concepto menguado de los presidentes

que tuvieron la insolencia de pensar y de querer políticamente. Pero la posteridad ha exaltado al primer puesto precisamente a los mandatarios que parecieron tiranos al escritor contemporáneo; y, mientras su figura no cesa de crecer, sus detractores no cesan de empequeñecerse. El desarrollo mental de los últimos veinte años, al permitir una visión más amplia y liberada de la estrechez intelectual castellano-vasca, ha hecho de esos gobernantes símbolos del contenido material y moral del período de 1830-1891, y ha tendido un velo piadoso sobre los "escritores que reflejaron el sentir de una aristocracia honrada y laboriosa, pero mentalmente estrecha y políticamente miope.

La administración es sencilla y eficiente. Un país sin comercio, sin industrias y sin capitales acumulados, cuyo territorio, en sus dos terceras partes, lo forman cordilleras y desiertos estériles, no soporta una administración rumbosa.

El estado no entraba el libre juego de la actividad industrial mezclándose en ella. Su acción directa sólo engendra la corrupción y la decadencia económica. En pueblos que aún tienen viva la repugnancia del salvaje y del hidalgo por el trabajo, desde el momento en que el estado se hace empresario, cesa la laboriosidad fecunda y la población se precipita en masa a mendigar el pan y el vestuario del estado. La lucha individual, con sus estímulos y sus durezas, es ineludible. Sólo ella incorpora en el individuo el hábito del trabajo y sólo ella labra la prosperidad de una nación.

El gobierno no por esto deja de ser esencialmente activo, como en la primitiva concepción portaliana. Tiene pensamiento propio frente a

los problemas, domina a la colectividad por sugestión y la guía espiritualmente. No invade el campo de la actividad privada; pero acomete todas las grandes obras necesarias para que aquélla pueda desarrollarse vigorosamente; estimula el progreso en todos sus aspectos; y corrige dentro de ciertos límites la aspereza excesiva de la lucha individual, apuntalando al débil que lo merece. Nada más distante del espíritu de los gobiernos portalianos que la fórmula del dejar hacer y del dejar pasar. El estado es una gran fuerza que, espiritualmente, lo dirige todo.

El decálogo se realiza con igual vigor en el terreno moral. Los mandamientos que constituyen la base del prestigio moral del régimen, se cumplen inexorablemente. Mientras los caudillos de h' América española escapados al puñal ostentan en el extranjero la opulencia sostenida con el producto de sus latrocinios; mientras los grandes gobernantes de los demás estados labran, a expensas de las tierras nacionales y del prestigio que da el cargo, su fortuna personal conjuntamente con la prosperidad pública, los presidentes chilenos afrontan una existencia de privaciones; y legan a sus hijos sólo el recuerdo de su honradez y el ejemplo de su austeridad. Los que tenían fortuna, la consumieron, en todo o en parte, procurando aliviar al erario del peso de los gastos de representación. Los que eran pobres, conocieron todas las angustias de la miseria. Manuel Montt, para nivelar su sencillo presupuesto de vida, arrendaba una parte de su casa. El ruido de los inquilinos mortificaba sus nervios alterados por la enfermedad; y dirigiéndose al hijo que más tarde debía gobernar, también, la república, dijo con resignación: "Hay

que conformarse con las molestias que impone la pobreza". La señora Irene Herrera, por recomendación del médico, insinuó a su marido, el ministro Antonio Varas, la necesidad de llevar sus hijos pequeños a la costa. Varas estudió su presupuesto de gastos, y al día siguiente le contestó: "Este año no podemos hacerlo". Aníbal Pinto, que había heredado alguna fortuna, salió de la presidencia en tal estrechez financiera que Juan Pablo Urzúa, no queriendo herir su delicadeza, para que subviniera a sus necesidades más premiosas, inventó en su diario "El Ferrocarril" un puesto adecuado a la situación y al carácter del ex mandatario. Domingo Santa María bajó de la presidencia dejando al país en posesión del salitre. Antes de irse a Valparaíso, y ya herido de muerte, tuvo que analizar minuciosamente las economías necesarias para vivir con sus pequeños recursos<sup>132</sup>. Y, sin embargo, ninguno de estos mandatarios necesitaba prevaricar para vivir una vida de opulencia, de desahogo, a lo menos. A todos se les ofrecieron representaciones y juicios cuantiosos; los rehusaron, porque su conciencia los conceptuaba ofrecidos en razón del ascendiente moral que su prestigio podía ejercer sobre los gobernantes o sobre los magistrados; y el mandamiento portaliano prohibía explotar en provecho personal el prestigio que emana del desempeño presente o pasado de un cargo público. La camisa de fuerza portaliana casi hizo innecesaria la sanción. Jueces y funcionarios rivalizaron en honradez y en celo en el cumplimiento del deber. Austeros, sensatos, abnegados, laboriosos, cada uno agregaba con orgullo su

---

<sup>132</sup> Datos de Pedro Montt al autor; de Irene Herrera a Raimundo del Río y de Juan P. Urzúa a Pilar Vergara de Armanet.

grano de arena al edificio moral que se levantó sobre los cimientos legados por el genio creador. Si de tarde en tarde sonaba una nota discordante, la sanción pública y gubernativa caía sobre el culpable con dureza despiadada. Una sugestión tan poderosa de honradez y de sacrificio patriótico caldeaba el ambiente, que saltan a cada paso notas, no ya quiijotescas, sino feroces. El presidente Santa María dio una de esas notas, que hoy la pluma se resiste a estampar, pero que entonces fue aprobada por amigos y adversarios.

El elemento andaluz meridional, de psicología opuesta a la del castellano-vasco, estaba tan supeditado que apenas unos cuantos intuitivos, Portales, Montt, Sarmiento, Varas y Balmaceda, se dieron cuenta de su existencia. Sin embargó, cada vez que gobernó un gran mandatario, la admiración por el caudillo, latente en su sangre, despertó su letargo. Se batió del lado de Montt y de Varas con un denuedo de que no se le creía capaz. Los que se hicieron matar en Loncomilla, estaban ya animados del nuevo concepto cívico militar que brotó del Barón; pero en muchos se advierte la adhesión al mandatario civil, que no los halagó, pero que despertaba su admiración por la fuerza mental y la energía de voluntad con que se había impuesto a la orgullosa aristocracia criolla. En el grupo de jóvenes que Montt reclutó para reemplazar el concurso que le retiró la aristocracia, predominaba el elemento de psicología andaluza. Gobierno de colegiales, apodó despectivamente al nuevo personal administrativo la aristocracia que acaudillaron los prelados Valdivieso y Salas, unidos a Matta, a Gallo, a Errázuriz Zañartu y a Santa María. Mas, ese grupo de jóvenes, dirigidos por una cabeza



superior y por un gran carácter, reveló una capacidad administrativa que no tuvo par antes ni después en la América española; y una adhesión abnegada al mandatario, que sobrevivió a sus días<sup>133</sup>. Más tarde, el mismo elemento de psicología andaluza constituyó la base de la enérgica resistencia que Balmaceda opuso al espíritu dominante de la aristocracia, poderosamente reforzada por la sugestión ideológica que engendraron Lastarria, Vicuña Mackenna, Amunátegui, Valdivieso, Salas, Matta, Irarrázaval, Cifuentes, Rodríguez y sus aláteres.

Los elementos pasivos de la aristocracia castellano-vasca y los meridionales adictos a los gobiernos, recibieron de sus adversarios el apodo despectivo de "carneros"; y formaron lo que se llamó el partido oficial primero y liberal de gobierno, después. La gran masa inerte, gobernada por "el peso de la noche", o sea, por el hábito de obedecer a un símbolo, el rey de España, suministró la fuerza material con que los gobiernos portalianos pudieron enfrenar a la altiva aristocracia, inclinada a los gobiernos de juntas y, en su defecto, de congresos.

Pero la tradición portaliana, a pesar de estos puntos de apoyo, difícilmente habría cumplido su sino histórico, sin el nuevo concepto del pundonor militar que germinó de la tragedia del Barón. Prieto y Bulnes, si no tuvieran como estadistas otros merecimientos, por el solo hecho de haber lo grado formar ese concepto, integrarían, por derecho propio, con Portales, Montt y Varas, el quinteto de los forjado res de la nación chilena. La abnegación de

---

<sup>133</sup> Nótese que estos elementos actuaron bajo Montt encuadra dos dentro de las severas normas de la tradición portaliana, que supeditaba sus inclinaciones hereditarias.

Vidaurre Leal, de Maturana, de García y de sus imitadores, los levanta a igual altura que los grandes estadistas realizadores de la creación portaliana. Sin la antipatía aristocrática por el concepto del gobierno que su espada sostuvo, un grupo simbolizaría la abnegación cívica-militar que ellos encarnaron.

Un país en que el orden se mantuvo desde 1830 hasta 1891, gobernado dentro de semejantes normas morales, a pesar de su extrema pobreza y de su ubicación geográfica, tenía que realizar rápidos progresos. El amor había transformado a los ojos de Portales la humilde ramita en haces de brillantes cristales. La transfiguración fue una imagen del devenir anticipada por la visión del gran intuitivo. La pobre y desvalida colonia, en cortos años, sobrepasó en bienestar, en fuerzas efectivas y en prestigio a sus hermanas, tan largamente favorecidas por la naturaleza en su desigual reparto de los factores materiales de expansión económica. Desde que se plegaron a la actividad productora, el pueblo mestizo y el nieto del encomendero ascendieron moral y materialmente. El territorio se transformó merced a un esfuerzo tenaz, que no creó, como al oriente de los Andes, raudales de riqueza, pero que endureció los músculos y templó la voluntad. El elemento andaluz, inteligente y optimista, pero imprevisor y holgazán en el terreno económico, mantenido en estrecha tutela por el castellano-vasco, mal de su grado, tuvo que seguir su ejemplo. La simplicidad de la administración y la exigüidad del presupuesto no le permitieron encontrar en él un refugio al margen del trabajo fecundo, contra las exigencias de la vida. Las vías de comunicación, la enseñanza y la

influencia de la clase gobernante, empezaron con energía la tarea de levantar el fondo racial desde el bajísimo grado de civilización en que yacía. Irisarri, que había conocido a Chile en diversas épocas, escribía en 1846: "La capital de Chile... era una ciudad de mala fábrica, de pésimos empedrados, con sus casas mal amobladas, y en donde un puente de calicanto, un tajamar a orillas del río, una casa de Moneda sin concluirse y una casa pública en medio de la plaza, eran las únicas obras que parecían emprendidas por hombres civilizados. Las artes y los oficios se hallaban allí en un estado más deplorable que en los más tristes pueblos de indios de México y de Guatemala. El que ahora ve a Santiago y a sus alrededores con sus hermosas quintas a la inglesa; el que halle en sus cafés y posadas la limpieza y gusto de la Europa, el que visite aquellas tiendas y almacenes tan bien surtidos, y en donde se tienen las mercaderías extranjeras a tan cortos precios, el que observe el exquisito gusto con que están las casas amobladas, y los cómodos y lucidos carruajes que recorren las calles y caminos; aquellos carruajes, digo, que ya son obras de fabricantes del mismo país, haría muy mal de creer que todo aquello se había producido en más de treinta años. Ellos (los chilenos) serán con el tiempo los que vean su país más floreciente, porque el impulso está ya dado; y sean cuales fuesen los acontecimientos que sobrevengan, las semillas esparcidas sobre aquella tierra fecunda y bien dispuesta germinarán por sí mismas y han de dar sus resultados. Allí los hombres, cansados muy pronto de perder el tiempo empleándolo en cuestiones políticas, que no son entre nosotros sino cuestiones de

nombres o de personas, han conocido que el interés de la sociedad no está sino en la prosperidad de todos los individuos, y que esta prosperidad no es la obra de las teorías que dividen a los hombres en facciones opuestas, sino de la práctica de aquellos principios que todos reconocen como indisputables".

Durante la administración Errázuriz Zañartu desempeñó el cargo de ministro plenipotenciario de S. M. B. en Chile Sir Horace Rumbold, uno de los más ilustres diplomáticos ingleses del siglo XIX. Observador inteligente y profundo, con un largo bagaje de experiencia recogida a través de su carrera, la solidez de las instituciones chilenas, la prudencia de los mandatarios, la economía severa de la administración y la laboriosidad de los habitantes, hirieron vivamente su atención. Al término de su misión presentó a su gobierno una memoria sobre el estado económico, político y social de Chile, que él mismo resumió en los siguientes términos: "Las páginas que preceden habrían sido escritas inútilmente si no diesen al lector la idea de una nación sobria, práctica, laboriosa, bien ordenada, gobernada prudentemente, que forma un gran contraste con los otros estados del mismo origen y de instituciones análogas que se extienden en el continente americano. Chile debe los beneficios de que goza a las tradiciones implantadas en su administración por los fundadores de la república; a la parte preponderante que la clase culta y acomodada ha tomado en la dirección de los negocios públicos; a la feliz extinción del militarismo; al cultivo de los instintos conservadores innatos en él; a la ausencia casi completa de esas fuentes occidentales de riqueza

que la providencia ha prodigado tan abundantemente en algunas de las naciones vecinas; a la necesidad de recurrir a un gran trabajo, rápidamente recompensada por un suelo generoso; a la constancia paciente y a la aptitud para el trabajo de su población; y, sobre todo esto, tal vez, a la negligencia de sus antiguos señores, que lo obligó, apenas sacudido el yugo, a crearlo todo por sí mismo, apelando a los esfuerzos excepcionales de la nación. Todo esto se resume en dos palabras: trabajo y cordura". Pocas veces en la historia un pequeño país se impuso en igual medida a la consideración y al respeto de los extraños.

## Capítulo XVII

### Mirada retrospectiva

*"La creación portaliana entraña, en esencia, un gobierno activo, enérgico y eficiente, en pugna con la tendencia racial, inclinada a los gobiernos pasivos, realizados por medio de juntas, de los congresos o de mandatarios sensatos y probos, pero sin pensamiento ni voluntad propios; la justicia social y el bien general, como finalidades, opuestas a las tendencias oligarcas y al espíritu de clase; y su ejercicio por una élite de alto valor moral y cívico y de gran capacidad política, en oposición a la democracia, que tiende a radicar el mando en los que halagan sus apetitos. Es una concepción política que, si por un lado difiere fundamentalmente del pasado y de la tendencia racial, por otra se opone vio lentamente al liberalismo doctrinario del siglo XIX.*

1906.

*En 1854, Desmadry solicitó de los escritores que conocieron a Portales, una biografía, y todos se excusaron "diciendo que, para escribirla dignamente, era necesario ponerse a su altura". Presentían la grandeza de su genio y la trascendencia de su creación, sin acertar a expresarla.*

Hemos llegado al término de la jornada histórica que condujo al pueblo chileno a los días de sereno esplendor que debía vivir bajo las alas del genio de Portales. Es una jornada áspera y accidentada, fecunda en esfuerzos y en desfallecimientos. Las ilusiones cifradas en la emancipación alumbraron por un instante la ruta, para desvanecerse, como espejismos, al contacto de la realidad. Espeso matorral cerró el horizonte. El espíritu de la raza, el eco milenario del pasado, empujó a la aristocracia gobernante en la misma dirección que sus progenitores habían recorrido en las montañas de Vizcaya y en las mesetas de Castilla. Fuegos fatuos, disfrazados de democracia, de libertad, de dictadura y de federalismo, salieron a su encuentro o le hicieron señas al pasar. Conducían a abismos cuyos senos se abrían para tragársela. El instinto de conservación la preservó de unos; se detuvo al borde de otros. Con un brazo roto y sangrando de los pies y de las manos, continuó su repechada vana hacia la barrera que cierra el pasado. Cayó agotada en la mitad de la cuesta polvorienta; irguió el cuello para explorar una vez más el horizonte; y no divisando otra ruta, se recostó a aguardar su fin con la serena dignidad del alma española. Un brazo poderoso, salido de su seno, pero vaciado en otro molde por el sino histórico, la alzó en vilo; y le mostró, más allá del desfiladero, al parecer infranqueable, en dirección opuesta a la que llevaba, la amplia carretera que conduce al porvenir ignoto. Sus ojos debilitados nada vieron; mas, el genio, cogiéndola del brazo, la arrastró hacia la ruta que su clarividencia divisaba. Cargándola a cuestras en los pasos peligrosos,

empujándola a caminar por sí misma en los trechos despejados, fue sorteando los obstáculos, que a cada instante amenazaban despeñarlo con su carga. Ya al final, cuando el terreno llano estaba a un paso, el genio conductor, buscando un atajo que acortara la jornada, pisó en el vacío y rodó en el precipicio.

Presa de honda consternación, la aristocracia castellano-vasca se detuvo vacilante. El horizonte se cerró de nuevo en una noche lóbrega. Pero, al tender la vista en la dirección señalada por el genio, divisó una estela luminosa que arrancaba del precipicio y conducía a la amplia carretera que lleva al futuro. Era el espíritu de Portales, que, transfigurado en alma nacional, antes de reintegrarse al cosmos, iba a in formar el trozo de historia que lleva su nombre, y que debía constituir un oasis en la vergonzosa anarquía hispano americana. Se encaminó con paso firme en el sentido señalado por la estela; pero llevando en su pecho la añoranza del pasado vivido en las montañas de Vizcaya y en las me setas de Castilla; y en lo íntimo, un rencor inconsciente contra el genio que la apartó del camino de sus simpatías ancestrales.



## Capítulo XVIII

### **Panorama de los procesos que informan el apogeo, el ocaso y la muerte de la tradición portaliana**

*Concepto de la historia distinto del tradicional. — En qué consistió la creación portaliana. — Espina dorsal de la época 1830-1891. — Urdimbre del período 1891-1920.—Gestación del predominio del elemento andaluz e importancia creciente del factor racial.—*

#### *Conclusión*

Como ya se adelantó en el prólogo, este ensayo está concebido dentro de un concepto de la historia que se aparta de los tradicionales, y especialmente, de los que se llaman historia narrativa e historia filosófica. El primero mutila la historia, limitándola a la narración puramente externa de los acontecimientos; y entre nosotros ha concluido por confundirla con la investigación. El ripio y la arena son materiales indispensables para levantar un edificio de concreto. Pero sin el hierro que arma, sin el cemento que une y sin la concepción arquitectónica quedarán eternamente ripio y arena. Del mismo modo, sin los fenómenos espirituales que informan el suceder, sin los procesos psicológicos que enlazan los acontecimientos, y sin la forma que engendra la vida, las más valiosas colecciones de documentos sólo son receptáculos de polvo y alimento de polillas.

El segundo concepto constituyó un verdadero extravío. Triturar los hechos y los procesos históricos para formar con ellos una masa plástica susceptible de ser vaciada en moldes filosóficos, científicos

o políticos, no sólo es una tarea estéril, sino, también, una manifestación patológica de los trastornos causados en el cerebro humano por la intoxicación racionalista del siglo precedente.

La historia es una simple corriente de existencia, una de las múltiples manifestaciones de la vida, imposible de ser encerrada en leyes, ni encuadrada en sistemas filosóficos, sociológicos o políticos. El suceder histórico se nos presenta como un telar con vida propia, en el cual la trama va elaborando los procesos que forman la urdimbre del devenir, sobre la base de algunos hilos dados, sujetos también a continua transformación, como el territorio, el clima, la fauna, la flora y la raza, influido irregularmente por acontecimientos eventuales.

Para aprehender la verdad relativa que nos es accesible, necesitamos mirar la realidad cara á cara, con espíritu libre de todo prejuicio científico, doctrinario o afectivo. Cuanto más nos separemos del mundo de las abstracciones y cuanto más nos internemos en la realidad, más la penetraremos. Necesitamos recorrerla en todas direcciones. El que no se interne en la selva sólo tendrá una idea incierta de lo que encierra; mas sólo ganando, después, la altura, es posible formarse concepto real del conjunto, de los contornos y de los accidentes.

\* \* \* \*

La evolución política del pueblo chileno entre 1830 y 1891 no fue la expresión de su genio y de sus aptitudes, en el sentido en que lo fue la romana, o lo es hoy la francesa, la inglesa y la yanqui. El sentido común siempre advirtió este hecho, y el mismo doctrinario no lo

desconoció. Lo que no comprendió fue su trascendencia sobre la forma de gobierno y el régimen político. Tampoco fue la resultante de la capacidad de la clase dirigente, como quiere Barros Arana. Nadie que tenga alguna familiaridad con la etnología o con la sociología entra siquiera a considerar semejante explicación, La capacidad política que brota súbitamente en 1830 y des aparece también súbitamente en 1891, es un buen tema para un cuento oriental; pero en la etnología no hay precedentes que abonen su posibilidad. Las aptitudes políticas de los pueblos cambian, como todo lo vivo; pero no dan saltos acrobáticos de semejante magnitud. Ese período histórico es la resultante de una sugestión de índole religiosa del alma castellano-vasca, que logró des arrollarse y vivir sesenta años merced a un complejo con junto de factores raciales e históricos y de algunos sucesos eventuales. Este elemento racial predominaba en ese momento y traía hereditariamente algunas de las características de las grandes aristocracias gobernantes: era serio, honrado, laborioso y previsor. Atravesaba, además, uno de esos momentos en que la energía vital parece empujada hacia la creación política por el impulso cósmico. Pero su concepto eunuco del estado, su indigencia de instinto político, su inclinación crítica y negativa, que tanto contrasta con la virilidad de su carácter y su antipatía ancestral por el gobernante de pensamiento definido y de acción, la condenaban a desaparecer rápidamente del escenario. Representaba un elemento biológicamente femenino y psicológicamente receptivo, que desfilaba en el suceder ofreciéndose para ser fecundado. Portales representó biológicamente el elemento

macho; psicológicamente, el foco de sugestión; espiritualmente, el soplo de vida, el aliento creador. En este sentido figurado se habla de creación portaliana. Sin Portales, las posibilidades políticas que encerraba el elemento castellano-vasco habrían desaparecido sin dejar nada tras de sí; pero sin ellas, el genio de aquél se habría disuelto, también incumplido.

La expresión no debe, pues, sugerir la idea de que el genio de Portales creó motu proprio un alma nacional y un gobierno en forma. Ambos fenómenos fueron la resultante de una sugestión creadora que, si necesitaba genio como elemento masculino, necesitaba también virtudes raciales como elemento femenino. No se trata, en consecuencia, de un fenómeno que pueda producirse a voluntad, ni repetirse idéntico. Años antes o años más tarde, Portales nada habría podido crear. Suprimase en los espíritus escogidos del elemento castellano-vasco la capacidad de exaltación político-religiosa, o suprimase el asesinato del Barón o las personas de Prieto, de Bulnes o de Montt, y la historia de Chile sería otra.

El gobierno chileno de 1830 a 1891 no fue, pues, la resultante de una fórmula inventada por un genio, sino de un conjunto de ideas-fuerzas que una sugestión potente y tenaz hizo germinar en una aristocracia gobernante, incapaz de realizar por sí sola semejante gobierno, pero capaz de recibir la sugestión y de realizarla bajo su influencia.

\* \* \* \*

El período histórico 1830-1891 está informado por fuerzas casi exclusivamente espirituales. Los elementos físicos, los procesos

raciales y las mismas vicisitudes históricas, carecen en él de importancia. En ningún momento son factores sociológicos activos. Su espina dorsal es la lucha entre la sugestión portaliana por mantener encerrado al genio de la raza en la jaula que le construyó; y los esfuerzos de éste por escaparse, a veces mediante la astucia, a veces remeciendo furioso los barrotes, a veces dando contra ellos cabezadas, hasta que en 1891 logra, por fin, romperlos. La tendencia religiosa que imprimió a este duelo el arzobispo Valdivieso, lo mismo que la contraofensiva de Santa María, son una simple traslación de la lucha a un terreno también espiritual.

Paralelamente se desarrollan otros procesos. El aumento de las comunicaciones con Europa, el desarrollo de la enseñanza y la fase en que entra el desenvolvimiento mental, cambian la fisonomía misma de la evolución: disminuye su espontaneidad relativa del primer medio siglo; y se hace más y más refleja, hasta concluir, hacia el final, en una imitación que se acerca mucho al remedo de las exterioridades de la civilización europea. Pero los efectos inmediatos de los tres procesos se suman, como aliados, a los esfuerzos de la tendencia racial por romper los barrotes de la jaula portaliana. La admiración por las instituciones políticas extranjeras "y el deseo de implantarlas en Chile, aumentaron con el contacto. Los principios políticos encontraron tierra y clima tropicales en la media cultura, combinada con el grado del desarrollo mental, y se revolviéron furiosamente contra la jaula.

Los efectos lejanos se expresan por la gran crisis moral que va a ser la consecuencia del quebrantamiento demasiado brusco de las ideas

y de los sentimientos tradicionales y de los desequilibrios engendrados por la enseñanza<sup>134</sup>. Pero estos efectos sólo se manifestaron después de 1891 y algunos permanecieron latentes hasta las vísperas de 1920.

Durante el mismo período se produjo un crecimiento considerable del agregado social y se operaron modificaciones en el sentido de la evolución económica; y en la constitución racial se realizaron cambios Mas no se traducen aún en factores activos de la evolución; son todavía la urdimbre del futuro.

\* \* \* \*

Pero de este predominio de los factores espirituales durante sesenta años, no debe inferirse que ellos son siempre el eje de la historia. Tal como se nos presenta el suceder, hay períodos en que pierden mucho su importancia delante de los procesos raciales, de los factores físicos y aun de los acontecimientos sobrevinientes. Dentro de nuestra propia historia, el proceso que informa la vida colonial es la formación de la raza. Por delante de la época de 1830-91 se extiende un período, el de 1891-1920, en que el gobierno se torna la expresión del genio político de la aristocracia castellano-vasca. El proceso dominante en él es la pérdida del prestigio de la minoría gobernante. Sostenido por la fuerza de la vida del régimen portaliano y por el hábito del orden que le legó, se extingue en una lenta agonía. Aparentemente el fenómeno es de índole espiritual: es la consecuencia de la falta de políticos de cerebro fuerte y de voluntad enérgica, cuya permanencia en el gobierno hace imposible

---

<sup>134</sup> Véase Nuestra Inferioridad Económica y la Educación Económica y el Liceo.

la psicología vasca, admiradora del gobernante equilibrado, sin pensamiento ni acción política; y de la consiguiente desconfianza en la masa gobernada. Incurriría, sin embargo, en el simplismo, el historiador que, siguiendo a Spengler, viera en él la causa exclusiva de la caída de la aristocracia castellano-vasca. El pensador que ha convivido largos años con reacciones de esta índole, sospechará en el furor crítico que se desarrolla en este período, un síntoma morboso de mayor trascendencia.; y por poco que rastree, descubrirá una manifestación de la crisis moral que venía generándose desde antiguo y que sólo afloró con la intensa sugestión del pesimismo que engendró la pérdida de las ilusiones que una sugestión anterior había cifrado en el derrumbamiento del régimen político portaliano. Se trata, todavía, de procesos espirituales en sentido amplio; pero ya de índole sociológica muy distinta al que forma la espina dorsal del período 1830-1891.

Ahondando más, encontrará, también, el investigador que este mismo período está poderosamente influido por un proceso biológico que viene desde antiguo; pero que sólo se exterioriza con fuerza hacia 1920. La aristocracia castellano-vasca nunca tuvo fondo racial propio en el cual renovarse. La civilización y el consumo nervioso que origina, venían gastando sus nervios sin posibilidad de renovarse en la masa. Tuvo que actuar con los mismos elementos ya muy usados, cuya voluntad y cuyo valor moral estaban resentidos, o que acoger elementos extraños que, necesariamente, debían relajar su tenacidad psicológica y bastardearla.

\* \* \* \*

Igual complejidad ofrece el período que se abre en 1920. El elemento andaluz meridional se adueñó del poder en alas de una reacción contra "la oligarquía" (el castellano-vasco) con la cual antes había convivido y aun refundiéndose a medias. Una especie de chispa eléctrica descompuso el cuerpo de la minoría gobernante en sus elementos primitivos, y precipitó al uno contra el otro. Pero el fenómeno venía preparándose desde muy antiguo y fue la resultante del conjunto de procesos que hemos pasado en revista. El desgaste biológico, la misma semi fusión con el elemento andaluz y la crisis moral, habían debilitado a la aristocracia castellano-vasca, sobre la cual pesaron más directamente el gobierno y la civilización. Los esfuerzos gubernativos de Portales, de Montt y de Varas para estimular la fusión; el desarrollo de la enseñanza; los cambios en la actividad económica; en una palabra, el sentido mismo de la evolución, habían levantado al andaluz y nivelado las posiciones, sin que la fusión estuviera aún con solidada. Los lazos que lo mantenían eran las poderosas fuerzas morales de la creación portaliana: el patriotismo, la abnegación cívica y el espíritu de sacrificio por la colectividad. Estas fuerzas se rompieron al derrumbarse en 1891 el andamiaje político portaliano; y los elementos raciales heterogéneos de la minoría gobernante quedaron sin vínculo que los uniera, expuestos a segregarse desde el momento en que una sugestión empujara al uno contra el otro. Esa sugestión fue la lucha presidencial de 1920.

Manuel Montt divisó con mucha claridad el peligro. Fue esta clarividencia y no la antipatía a la aristocracia, el móvil de sus



esfuerzos por abatir el orgullo castellano-vasco y por levantar y refundir en la minoría gobernante al elemento andaluz meridional. De ella emana la extraña lucha entre un mandatario bondadoso, prudente y sin apego al mando por el mando, que no fue testarudo ni obcecado, y una aristocracia a la cual no tenía distancia y con impacencias de progreso que ansiaba con más vehemencia que los Amunátegui, los Barros Arana y los Gallo, todos conservadores delante de él. Creía que, al derrumbarse la estructura del régimen portaliano, iba a arrastrar consigo las fuerzas morales que constituían el lazo de unión del heterogéneo conjunto de elementos raciales que formaban nuestra nacionalidad; y que, tras una breve lucha de las facciones, iba a sobrevenir la descomposición definitiva<sup>135</sup>. Colocado en la alternativa de hacer un gobierno fácil, entregando por partes la creación portaliana al furor racial y al delirio ideológico, para calmarlos, o de desencadenarlos sobre su cabeza, empuñando fuertemente el resorte del gobierno, a fin de que su sucesor pudiera aflojarlo sin descarrilar el régimen, optó, sin vacilar, por lo último. Quiso prolongar sus días, a costa de su tranquilidad, con la esperanza de que alcanzara a consolidarse la fusión. Arrojó reposo, afectos, popularidad y todo cuanto miraba al presente y a su persona, en aras de un ideal lejano.

\* \* \* \*

Como lo advertimos en el prólogo, esta visión de la personalidad de Portales y de su influencia en la evolución política del pueblo chileno surgió entre 1902 y 1906, a medida que recorriamos las

---

<sup>135</sup> Conversación de Pacífico Encinas con Sarmiento en Buenos Aires

fuentes de la historia de la república; y ha atravesado intacta treinta años, durante los cuales nuestras ideas no han cesado de ampliarse y de rectificarse.

Aunque choca violentamente con el concepto recibido que domina nuestro ambiente intelectual, germinó ajena a todo afán de novedad, a todo deseo de singularización y aun a todo propósito de publicidad. No somos nosotros los llamados a pronunciarnos sobre su valor. Tampoco son los representantes del concepto tradicional. Por encima de nuestras estructuras mentales divergentes se alza un juez infalible: el porvenir. El decidirá, a corto plazo, de qué lado está la realidad.